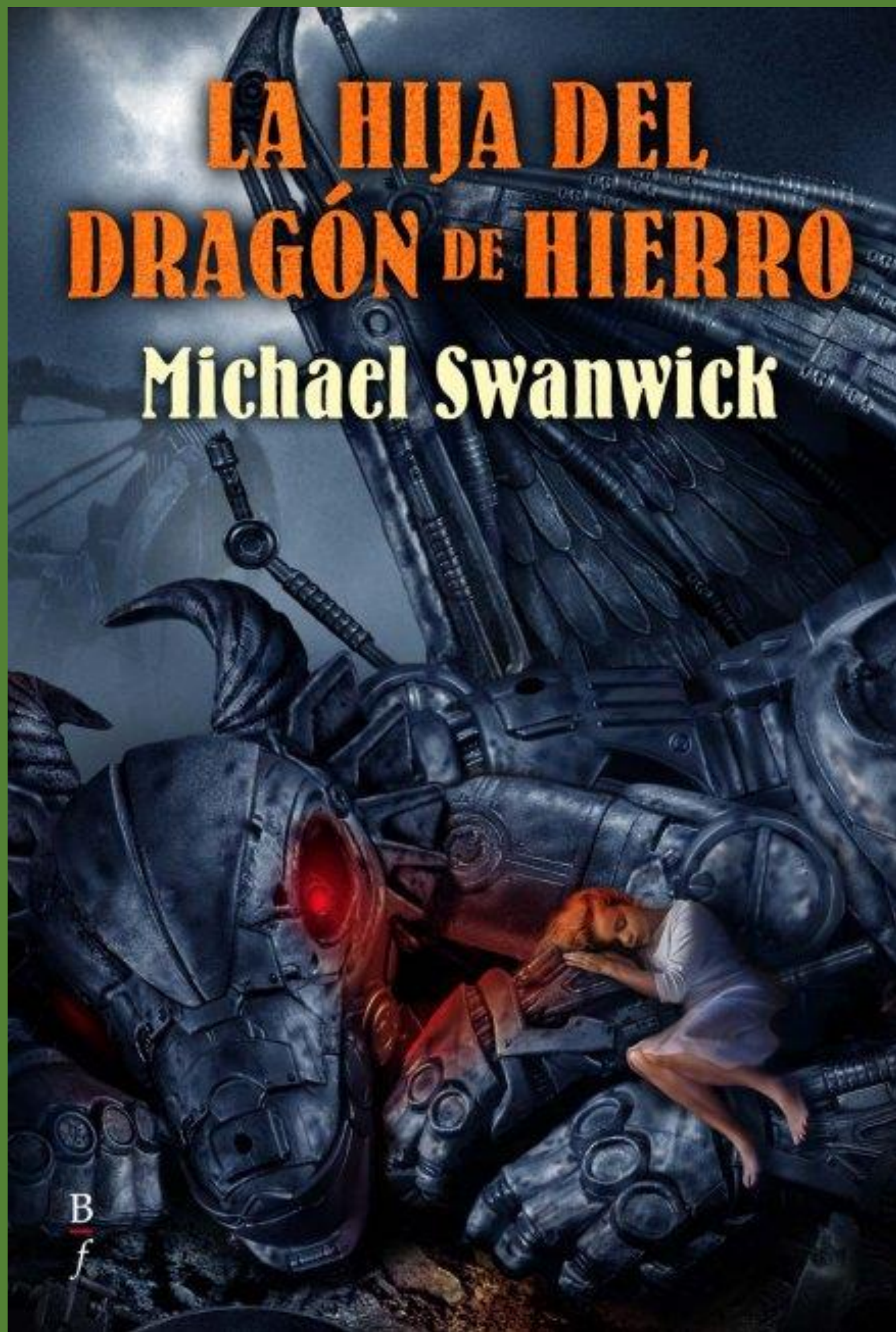

LA HIJA DEL
DRAGÓN DE HIERRO
Michael Swanwick
B
f

Michael Swanwick

La hija del dragón de hierro

Para Tess Kissinger y Bob Walters que no sospechaban que estaba robándoles parte de su historia

Agradecimientos

El autor está agradecido a Greg Frost por su apoyo y sus sugerencias, y por haber sabido reconocer la relevancia del chico sombra; a Bob y Tess, por los trapos sucios de las insurgencias y las relaciones fecundas; a Susan Duggan, por ayudarme a recorrer la Universidad de Pennsylvania; al doctor David Van Dyke, por la fisicoquímica aquí pervertida, y también por los pepinillos eléctricos; a Gardner y Susan, por las gamberradas con el balón; a Janet Kagan, por su ayuda con los neologismos franceses; a Dafydd ab Hugh, por las palabras celtas abandonadas en la sala de montaje; a Gail Roberts, por sus referencias dickensianas; a Elizabeth Willey, por haber financiado el carillón de la Universidad y uno de sus cuartos de baño; a Lucia St Clair Robson, por su ayuda con los motines de Gordon y la «hucha de cortesana»; y a Sean, por sus muchas contribuciones. La Fundación M.C. Porter para el Patrocinio de las Bellas Artes se hizo cargo de la asistencia sanitaria y el respaldo emocional.

1

La decisión de la niña trocada de robar un dragón y escapar nació, aunque entonces ella no lo supiera, la misma noche que se reunieron los chicos para planear la muerte de su supervisor.

Llevaba viviendo en la planta de dragones de vapor desde que tenía uso de razón. Al salir el sol marchaba con los demás aprendices desde su dormitorio en el Edificio 5 a la cafetería para dar cuenta de un desayuno que casi no tenía tiempo de engullir antes de empezar a trabajar. Por lo general la destinaban al taller de máquinas de cilindros para realizar labores de pulido, pero a veces la asignaban al Edificio 12, donde se inspeccionaban y lubricaban los cuerpos de hierro negro antes de enviarlos al taller de montaje para el ensamblado final. Los túneles abdominales eran demasiado angostos para los adultos. Su tarea consistía en gatear por su interior para fregar y engrasar esos oscuros pasadizos. Trabajaba hasta la puesta de sol y a veces hasta más tarde si había algún dragón especialmente importante en producción.

Se llamaba Jane.

Las peores tareas se encontraban en las fundiciones, que ya eran un infierno en verano antes incluso de que se vertieran los moldes y las oleadas de calor emergieran de las cúpulas como puñetazos, y penosas en invierno, cuando la nieve se colaba por las ventanas rotas y la planta se cubría de un caldo gris. Los mañuelos y jabalunos que allí trabajaban eran criaturas cubiertas de pelo y verrugas que nunca abrían la boca, seres ennegrecidos y musculosos con los ojillos maliciosos de color rojo y la llama de su inteligencia reducida a sus últimas ascuas por décadas de exposición a los fuegos mágicos y el hierro frío. A Jane le inspiraban más miedo que los metales fundidos que vertían y la rústica maquinaria que operaban.

Una tarde iluminada por el crepúsculo había vuelto de la fundición anaranjada demasiado enferma como para comer, se había envuelto firmemente en su fina manta y se había quedado dormida de inmediato. Sus sueños eran un batiburrillo. En ellos estaba puliendo, puliendo, mientras los muros caían y los suelos subían disparados como los pistones de un motor gigantesco. Se escondió de ellos bajo la cama de su dormitorio, arrastrándose hasta el lugar

secreto que había detrás de las tablas de la pared donde, de pequeña, se refugiaba de las mezquinas crueldades de Gallo.

Pero al pensar en él, Gallo apareció allí mismo con su risa sádica, acercándole a la cara un sapo con tres patas. La persiguió por las cavernas subterráneas, entre las estrellas, a través de las salas de calderas y los talleres de máquinas.

Las imágenes se estabilizaron. Estaba corriendo y deslizándose por un mundo de verdes céspedes y espacios enormes, un lugar extrañamente familiar que sabía que debía de ser su Hogar. Éste era un sueño que tenía a menudo. En él había personas que se ocupaban de ella y le daban toda la comida que quisiera. Sus ropas estaban limpias y nuevas, y nadie esperaba de ella que se pasara doce horas al día en la mesa de trabajo. Tenía juguetes.

Pero entonces, como ocurría siempre, el sueño se oscureció. Estaba saltando a la comba en el centro de una vasta extensión de hierba cuando un sexto sentido la alertó de una presencia intrusa. Estaba rodeada de anodinas casitas blancas, y aun así se incrementó la convicción de que una inteligencia malévola estaba estudiándola. Había fuerzas malignas ocultas debajo del césped, arracimadas detrás de cada árbol, agazapadas bajo las rocas. Dejó que la comba cayera a sus pies, miró a su alrededor con extrañeza y gritó un nombre que no podía recordar.

El cielo se hizo pedazos.

—¡Despierta, pazpuerca! —siseó Gallo con apremio—. Esta noche hay cónclave. Tenemos que decidir qué hacemos con Zanco.

Jane se despertó de golpe, con el corazón desbocado. En medio de la confusión propia de los primeros instantes de vigilia, se alegraba de haber escapado de su sueño y lamentaba haberlo perdido. Los ojos de Gallo eran dos fríos despuntes de luz selenita que flotaban en la oscuridad. Se arrodilló en su cama, apretando contra ella sus rodillas huesudas. Le olía el aliento a una mezcla de corteza de olmo y mantillo de hojas.

—¿Te importaría moverte? Me estás aplastando las costillas.

Gallo sonrió y le dio un pellizco en el brazo.

Lo apartó de un empujón. Con todo, se alegraba de verlo. Habían establecido una suerte de espinosa amistad, y Jane había llegado a entender que bajo su fanfarronería e irreflexión, en realidad Gallo era bastante simpático.

—¿Qué tenemos que decidir acerca de Zanco?

—¡Eso es de lo que vamos a hablar, idiota!

—Estoy cansada —rezongó Jane—. Ha sido una larga jornada, y no estoy de humor para jaranas. Como no me lo digas, me vuelvo a dormir.

Gallo palideció y apretó el puño.

—¿Qué es esto... amotinamiento? Aquí mando yo. Harás lo que yo te diga, cuando yo te lo diga, porque yo lo digo. ¿Entendido?

Jane y Gallo se sostuvieron la mirada por un instante. El chico era un hada mestiza, el tipo de criatura que hacía un siglo habría vivido en libertad en los bosques, saliendo de ellos ocasionalmente para volcar el taburete de una lechera o aflojar las costuras de los sacos de harina molida para que reventaran al cargarlos sobre el hombro. Puede que los de su especie fueran superficiales, pero también eran propensos a la malicia y duros como ratas. Trabajaba de mozo de chatarrero, y nadie dudaba que fuera a sobrevivir a su aprendizaje.

Al final Jane agachó la cabeza. No valía la pena desafiarlo.

Cuando volvió a mirar, Gallo se había ido a despertar a los demás. Embozada en su manta como si fuera una capa, Jane lo siguió. Se produjo un silencioso arrastrar de pies y zarpas, y rápidas exhalaciones de aliento conforme los niños se reunían en el centro de la habitación.

Dimity sacó un trocito de vela robado y lo incrustó en la parte más ancha de una grieta que discurría entre dos tablas torcidas en el suelo. Todos se arrodillaron alrededor formando un círculo. Gallo musitó una palabra entre dientes y de la yema de su dedo brotó una chispa que voló hasta la mecha.

En lo alto de la vela danzó una llama. Atrajo todas las miradas hacia el centro y proyectó fantasmas saltarines sobre las paredes, como una especie de *Walpurgisnacht* en dos dimensiones. Veintitrés llamas más pequeñas bailaban en sus irises. Allí estaban los doce, suponiendo que el chico sombra anduviera cerca por alguna parte, rehuyendo la mayoría de la luz y absorbiendo el resto tan infaliblemente que ni un solo fotón escapaba para delatar su presencia.

Con voz solemne y ampulosa, Gallo dijo:

—Blugg tiene que morir. —Sacó de su jubón un muñeco negrito. Era una cosa deforme, mal cosida, con dos botones enormes por ojos y un trazo recto de carbón a modo de boca. Pero apestaba a poder, y al verlo varios de los más pequeños cerraron los ojos con odio solidario—. Zaraguta tiene sangre de bruja. Esto lo ha hecho ella. —A su lado, Zaraguta asintió sin alegría. El muñeco negrito había sido su preciado tesoro, y sólo la Señora sabía cómo la habría persuadido Gallo para deshacerse de él. Lo enarboló por encima de la vela—. Hemos dicho las oraciones y derramado la sangre. Ahora lo único que tenemos que hacer es coser algo tocado por Blugg dentro de la barriga y tirarlo a un horno.

—¡Eso es asesinato! —exclamó Jane, consternada.

Vilano soltó una risita.

—¡Hablo en serio! Y no es sólo que esté mal, sino que encima es una idea estúpida. —Vilano era una cambiaformas, como el propio Zanco, y como todos los cambiaformas era algo corta de entendederas. Jane había aprendido hacía tiempo que la única manera de silenciar a Vilano era plantarle cara directamente—. ¿De qué serviría? Aunque diera resultado... cosa que dudo... luego abrirían una investigación. Y si por algún milagro no nos descubrieran, se limitarían a reemplazar a Blugg por alguien igual de malo. Así que, ¿qué sentido tiene matarlo?

Eso debería acallarlos. Pero para sorpresa de Jane, se elevó un coro de susurros airados como cantos de grillos.

—¡Nos hace trabajar demasiado!

—¡Me pega!

—¡Odio a ese viejo apestoso!

—Matadlo —susurró el chico sombra con voz trémula directamente detrás del hombro izquierdo de Jane—. ¡Matad a ese cabrón asqueroso! —Jane se dio la vuelta y no vio a nadie.

—¡Silencio! —Lanzándole a Jane una mirada de amonestación, Gallo dijo—: Hay que matar a Blugg. No tenemos alternativa. Adelántate, Zanco.

Zanco se acercó un poco más. Tenía las piernas tan largas que cuando se sentaba las rodillas le quedaban por encima de la cabeza. Sacó un pie de sus pantalones de una pieza y se rascó desenfadadamente detrás de una oreja.

—Inclina el cuello.

El desgarbado cambiaformas obedeció. Gallo le empujó la cabeza más hacia abajo con una mano y con la otra le apartó el pelo lacio y sin brillo.

—¡Fijaos... plumillas! —Volvió a tirar para levantar la cabeza de Zanco y le meneó la nariz ahusada de un palmo de largo para mostrar cómo se había calcificado—. Y los dedos de los pies se le están convirtiendo en garras... miradlo vosotros.

Los niños se apretujaron y empujaron, ansiosos por ver. Zanco parpadeó, pero soportó sus toqueteos y golpecitos con lúgubre estoicismo. Al cabo, Dimity sorbió por la nariz y dijo:

—¿Y qué pasa con eso?

—Se está haciendo mayor, eso es lo que pasa. ¡Fijaos en su nariz! ¡En sus ojos! Antes de la próxima Luna de la Doncella habrá sufrido el cambio. Y entonces, y entonces... —Gallo hizo una pausa dramática.

—¿Y entonces? —inquirió el chico sombra con su voz incorpórea como la brisa nocturna. Ahora estaba en algún lugar detrás de Vilano.

—¡Entonces podrá volar! —anunció triunfalmente Gallo—. Podrá volar por encima de los muros hacia la libertad, para no regresar jamás.

¡Libertad!, pensó Jane. Se meció sobre los talones y se imaginó a Zanco batiendo con torpeza las alas hacia un cielo de otoño verde broncíneo. Sus pensamientos volaron con él, elevándose por encima de los muros y del alambre de espino, con las fábricas y las áreas de clasificación empequeñeciéndose a sus pies, más alto incluso que los penachos de gas de las chimeneas, hacia el cielo cada vez más profundo, aún más alto que la Dama Luna.

Era imposible, desde luego. Sólo los humanos y sus ingenieros semihumanos abandonaban la planta por aire. Todos los demás, obreros y encargados por igual, se veían contenidos por los muros y, en las puertas, por los guardias de seguridad y el pesado Reloj Registrador de hierro fundido. Aun así en ese instante sintió que algo se apoderaba de ella, una suerte de afán imposible. Ahora sabía que al menos la idea de la libertad era posible, y con eso establecido, el deseo de ser libre también ella resultaba imposible de ignorar.

En la base de su cerebro, algo se agitó y miró en rededor con oscuro interés. Experimentó un mareo momentáneo, una fuga a un claustrofóbico reino sin luz, y se encontró de nuevo en las profundidades de la fábrica de dragones de hierro, en el pequeño dormitorio de la segunda planta del Edificio 5, encajonado entre un almacén de diseños y la nave de pulido, con vigas de madera cubiertas de polvo y un tejado de papel impermeabilizante entre ella y el cielo.

—Así que se irá volando —dijo con aspereza Dimity. Restalló la cola para mostrar su descontento—. ¿Y qué? ¿Se supone que el asesinato de Blugg va a ser nuestro regalo de despedida?

Gallo le propinó un puñetazo en el hombro por insubordinación.

—¡Imbécil! ¡Lerda! ¡Cretina! ¿Te crees que Blugg no se ha dado cuenta? ¿Te crees que no planea hacer una ofrenda a la Diosa para que ésta impida el cambio?

Nadie más dijo nada, de modo que, a regañadientes, Jane preguntó:

—¿Qué clase de ofrenda?

Gallo se agarró la entrepierna con una mano, formó una hoz con la otra y ensayó un tajo con ésta. Dejó caer la mano. Enarcó una ceja.

—¿Lo pillas?

En realidad no, pero Jane sabía que no le convenía admitirlo. Ruborizándose, dijo:

—Oh.

—Está bien, ahora, he estado estudiando a Blugg. Los días que toca fundición negra se va a su despacho a mediodía, para observarnos por la ventana de su puerta, y se corta esas uñas tan grandes y feas que tiene. Usa ese cuchillo tan enorme y luego las deja en un cenicero. Cuando termina, las envuelve en una servilleta de papel y lo tira todo a los fuegos de la fundición, para que nadie pueda utilizarlas contra él.

»Pero la próxima vez pienso montar un alboroto. Así Jane podrá colarse en su despacho y robar una o dos mondas. Más no —añadió, mirándola con severidad—, o se dará cuenta.

—¿Yo? —chilló Jane—. ¿Por qué yo?

—No seas obtusa. En su puerta tiene protecciones contra todos nosotros. Pero tú... tú eres de la otra sangre. Sus encantamientos y maleficios no te detendrán.

—Vaya, muchísimas gracias —dijo Jane—. Pero no pienso hacerlo. Está mal, y ya os he explicado por qué. —Algunos de los niños más pequeños avanzaron amenazadoramente hacia ella. Se cruzó de brazos—. Me da igual lo que digáis o hagáis, no podéis obligarme. ¡Encontrad a otra que os haga el trabajo sucio!

—Eh, vamos. Piensa en lo agradecidos que te estaríamos todos. —Gallo se incorporó sobre una rodilla, se puso la mano en el corazón y le tendió la otra en actitud suplicante. Movió cómicamente las cejas—. Sería tu escudero por siempre jamás.

—¡Que no!

A Zanco estaba costándole seguir la conversación. En su especie éste era un indicio temprano de la madurez inminente. Con el ceño fruncido se volvió hacia Gallo y, titubeante, preguntó:

—¿No... puedo volar?

Gallo torció la cabeza y escupió al suelo con fastidio.

—No a menos que Jane cambie de opinión.

Zanco empezó a llorar.

Sus sollozos comenzaron casi en silencio, pero no tardaron en cobrar intensidad. Lanzó la cabeza hacia atrás y aulló desconsolado. Horrorizados, los niños se atropellaron unos a otros para echársele encima y sofocar los llantos con sus manos y cuerpos. Sus lágrimas fueron mitigándose hasta cesar.

Por un largo momento aguardaron conteniendo la respiración para ver si se había despertado Blugg. Aguzaron el oído a la escucha de sus fuertes pasos subiendo las escaleras, el crujido enfurruñado de la madera vieja, intentaron

percibir el rancio aura de violencia y rabia mal contenidas que lo precedía. Hasta Gallo parecía asustado.

Pero no se oía más sonido que el ronquido de los perros ciborgs haciendo la ronda, el retemblar y revolverse inquietos de los dragones encadenados en los patios, y el distante repicar subaudible de las campanas de medianoche, que celebraban algún festejo silvano a lo lejos. Blugg seguía dormido.

Se relajaron.

¡Menuda pandilla que eran, temblorosos y muertos de hambre! Jane sentía una lástima por todos que no la excluía a ella. Una especie de vigor apenas distinguible de la desesperación se apoderó de ella en ese momento y le infundió determinación, como si no fuera nada más que un molde cuyas extremidades y torso acabaran de rellenarse de hierro fundido. Ardía con un propósito. En ese instante comprendió que si alguna vez quería ser libre, debería ser dura y despiadada. Sus debilidades infantiles tendrían que quedar atrás. Interiormente, juró por su misma alma que haría lo que fuera necesario, cualquier cosa, por aterradora, vil e injusta que fuese.

—Está bien —dijo—. Lo haré.

—Bien. —Sin asentir siquiera con la cabeza para darle las gracias, Gallo empezó a elaborar su plan, asignando un papel que representar a cada uno de los pequeños. Cuando terminó, musitó una palabra y pasó la mano bruscamente por encima de la vela. La llama se apagó.

Cualquiera de ellos podría haberla apagado con el más ligero de los soplidos. Pero eso no hubiera sido igual de satisfactorio.

La fundición negra era el segundo espacio de trabajo de mayor tamaño de toda la planta. Allí se vertía el hierro para fabricar los cuerpos invulnerables y las partes secundarias a prueba de magia de los grandes dragones. La arena verde, las mezclas de sedimentos y los moldes de marga se contenían en fosas de cemento. Las grúas se movían despacio sobre las vigas elevadas, y la luz del sol de octubre atravesaba el aire cargado de polvo que revolvían laboriosamente los gigantescos ventiladores.

A mediodía llegó una vieja bruja del lago con la carretilla del almuerzo y Jane recibió su ración, consistente en un emparedado envuelto en plástico y una taza de zumo de pomelo tibio. Dejó sus guantes de gamuza en la mesa de trabajo y se fue con su comida a un hueco cálido y polvoriento junto un bidón de basura con armazón de madera repleto de virutas de hierro y de un amasijo de garras, escamas y ruedas dentadas.

Jane dejó la taza de papel a su lado y se alisó cómodamente la basta falda marrón sobre las rodillas. Cerró los ojos y se imaginó que estaba en un palacio de las nubes de los altos elfos. Los lores y damas estaban sentados a una larga mesa, toda de mármol y encaje blanco, presidida por largas velas ahusadas encajadas en candeleras de plata. Las damas tenían nombres como Fata Elspeth y Fata Morgaine, y hablaban con melifluos polisílabos. Su risa era como campanillas y a ella la llamaban Fata Jayne. Un príncipe elfo le ofreció un cuenco de exquisitos sorbetes. Había romance en sus ojos. Los esclavos enanos alfombraban el suelo con flores cortadas en vez de esteras.

Dio un mordisco a su emparedado y lo masticó despacio para que durara.

Agazapado en el arco de la ventana estaba su propio aquilohipo, con su silla enjoyada en el lomo, ansioso por echar a volar. Su mirada era feroz y su pico afilado como una navaja. Nadie más se atrevía a montarlo, pero con ella era sumamente amable y cariñoso. Se llamaba...

Alguien le propinó un pisotón.

—¡Ay! —Jane se puso de pie atropelladamente, derramando su zumo, y vio que Gallo acababa de pasar frente a ella con una bolsa de recortes al hombro; estaba en el turno del segundo almuerzo y trabajaba todavía.

—¡Estate atenta, mierdecilla! ¡Ya casi es la hora! —gruñó por la comisura de los labios. Luego, para suavizar sus palabras, sonrió y le guiñó un ojo. Pero era una sonrisa tenue y carente de convicción. Si Jane no lo conociera, pensaría que estaba asustado.

Entonces Gallo se fue.

La tranquilidad de Jane había saltado en pedazos. Brevemente había conseguido olvidar el descabellado plan de Gallo. Ahora le volvió a la memoria, y con él la certeza de que nunca podría dar resultado. La descubrirían y castigarían, y no había nada que pudiera hacer al respecto. Había dado su palabra.

La pared de la fundición más alejada de la cúpula contenía una hilera de pequeños despachos para los supervisores del nivel de ventas. Jane se guardó el emparedado en el bolsillo de su mandil y echó un vistazo desde la esquina del bidón. Pudo ver la oficina de Blugg y dentro a éste sentado a su mesa, con un puro en la boca, hojeando ociosamente una revista de moda.

Blugg era gordo y corpulento, carrilludo y de frente baja. No se cuidaba nunca el pelo ralo y lacio, con una calva incipiente, y tenía un par de cuernos de carnero de los que estaba exageradamente orgulloso. Para las ocasiones especiales hacía que se los laquearan y barnizaran, y una vez al año, en Samhain, se doraba las puntas. Durante semanas conservaba restos entre las

espiras y crestas.

—¡Hsst!

Jane se volvió. El chico sombra estaba de pie en el hueco que acababa de desalojar ella, una figura andrajosa tenue y difícil de ver aun en pleno mediodía.

—Me envía Gallo —dijo—. Se supone que tengo que montar guardia por ti. —Jane no podía distinguir la expresión de su rostro, pero le temblaba la voz.

Se sentía fatal ahora, y asustada.

—No puedo —dijo. No tenía el valor necesario para seguir adelante con ello—. No...

Un rugido destruyó la calma del mediodía. De repente todo el mundo estaba corriendo, soltando las herramientas, correteando por el taller y encaramándose a los moldes para ver qué pasaba. Todos se dirigían a las cúpulas. Algo estaba ocurriendo allí. Jane se quedó mirando el remolino de figuras, incapaz de comprender tanto ruido y movimiento. De pronto todo encajó en su sitio.

Gallo, riendo como un demente, estaba meándose en el pie de un gigante macero.

El gigante macero profería alaridos de furia. Era el mismísimo Lanzarenas, la criatura más grande de toda la planta, con quien Gallo había decidido meterse. Con su astucia habitual, puesto que el Lanzarenas no sólo era el mayor de todos los gigantes sino también el que tardaba más tiempo en reaccionar. Así y todo era una locura peligrosa.

Ahora por fin al Lanzarenas se le ocurrió levantar el pie del charco de orina y descargarlo sobre su minúsculo antagonista. El suelo se estremeció con el impacto.

Gallo se hizo a un lado como una flecha, burlándose del gigante.

Éste movió la cabeza de un lado para otro, desconcertado y rabioso. Con el ceño fruncido, contempló el martillo de madera de tres toneladas que descansaba encima de su yunque. Una expresión astuta afloró a su áspero rostro; alargó una mano enorme hacia el martillo.

—¡Ahora! —El chico sombra señaló ansiosamente el despacho de Blugg. Estaba vacío. La puerta se había quedado abierta de par en par y sin vigilancia.

Pum. El martillo golpeó el sitio donde antes estuviera Gallo.

Corriendo, agachándose, Jane correteó por los enormes espacios vacíos que la separaban de la oficina de Blugg. Su propia temeridad la asombraba; la aterraba la posibilidad de que la descubrieran. Tras ella, el martillo golpeó de

nuevo. Las vibraciones le hicieron cosquillas en las plantas de los pies. Entonces llegó al despacho. Se hizo inmediatamente a un lado, donde la pared pudiera ocultarla, y enderezó la espalda para orientarse.

Pum. El martillo cayó una tercera vez. La gente chillaba, corría, gritaba.

La oficina era pequeña y estaba atestada. Había montones de manuales técnicos en el suelo. La papelera estaba llena a rebosar. De las paredes colgaban planos manchados de humedad de drakontas obsoletos hacía décadas, junto a calendarios de producción sujetos con chinchetas que amarilleaban en los bordes, y un póster que proclamaba LA SEGURIDAD ANTE TODO y mostraba el dibujo de una mano con el dedo índice levantado, con una cinta anudada en un lacito justo por debajo del segundo nudillo.

La única pincelada de color la proporcionaba el calendario de un proveedor, en el que se veían sirenas desnudas, gordas como vacas marinas, retozando en las rocas. Jane se quedó mirando, paralizada por un instante, esas hectáreas rosadas de carne blanda cual merengue, como si la imagen fuera una ventana que diera a un universo tan extraño como amenazador. Luego sacudió la cabeza para poner en orden sus ideas y se dirigió al escritorio.

El cenicero de metal prensado estaba exactamente donde tenía que estar. Un cigarro puro humeaba en su borde, todavía húmedo en un extremo. Con cuidado, cogió el objeto apestoso entre el pulgar y el índice y lo sostuvo a un lado. ¡Deprisa!, pensó. Entre las cenizas había lo que parecían siete lunas crecientes de marfil amarillento. Seleccionó dos, dejó el puro en su sitio y giró sobre sus talones dispuesta a marcharse.

Pero entonces una mota verde le llamó la atención y echó un vistazo a la papelera. Entre la basura sobresalía la esquina de un libro. Sin que se le ocurriera ninguna razón para ello, apartó los papeles para ver de qué se trataba. Entonces lo vio, y se quedó sin aliento.

¡Un grimorio!

Era un volumen grueso con la cubierta de vinilo verde rugoso, con el logotipo de la empresa en la cabecera y debajo de él un título que no pudo leer, en letras de molde con filos de oro. Tres broches de cromo sujetaban las páginas para que pudieran sacarse y actualizarse con facilidad. Jane se quedó boquiabierta, antes de recuperar la serenidad. El valor de los grimorios era inimaginable; eran tan raros que cada uno de ellos estaba numerado y registrado en las oficinas principales. Era imposible que uno de ellos hubiera acabado allí, en el despacho de Blugg, y más todavía que hubiera terminado en la papelera como si fuera algo insignificante.

Así y todo... solamente tocarlo no tendría nada de malo.

Lo tocó, y una numinosa sensación de esencia ascendió por su brazo. De

un modo incomparable a nada que hubiera sentido antes, el volumen le hablaba. ¡Era real! Más allá de toda duda o posible engaño, el libro era un verdadero grimorio. Aquí, en sus manos, había auténtica magia: recetas de fuego infernal y venganza, secretos capaces de arrasar ciudades, las tecnologías de la invisibilidad y la crueldad extática, poder suficiente para levantar a los muertos y torturar al mismísimo Averno.

Por un largo instante intemporal comulgó con el grimorio, dejando que la imbuyera y poseyera. Por fin sus promesas susurradas se apagaron y desvanecieron.

Lo sacó de entre los papeles.

Era demasiado grande para llevarlo en una mano. Jane se metió el par de uñas robadas en la boca, donde pudiera transportarlas entre el labio y la encía, y asió el libro con las dos manos.

En ese momento sonó un prolongado y estridente pitido. Se dio la vuelta y allí en el umbral estaba el chico sombra, repelido por los manojos de fetiches clavados en la jamba, instándola a salir con ansiosos aspavientos. Detrás de él, vio que el Lanzarenas había sido contenido. Uno de los jabalunos sujetaba a Gallo. Los espectadores estaban dispersándose, algunos en pequeños corrillos para comentar lo que habían visto, otros dándose la vuelta para volver al trabajo.

Acunando el libro en sus brazos, salió corriendo del cuarto. Pesaba una tonelada, y trastabillaba bajo su carga, pero no tenía intención de separarse de él. Ahora era suyo.

El chico sombra estaba de pie a plena luz del día, lo más cerca de la visibilidad que era capaz.

—¿Por qué has tardado tanto? —susurró atemorizado—. No tardará en regresar.

—Ten. —Jane le ofreció el libro—. Lleva esto al dormitorio, date prisa, y escóndelo debajo de mi manta. —Al ver que el pequeño no se movía, le espetó—: No hay tiempo para preguntas. ¡Hazlo!

Con una voz que rayaba en el llanto, el chico sombra dijo:

—Pero, ¿y mi almuerzo? —Volvió la cabeza anhelante hacia el lugar donde la bruja del lago se encorvaba sobre su carretilla, contemplando boquiabierta las consecuencias de la pelea de Gallo. Todavía tenía que empezar su segunda ronda por la fábrica.

—Te puedes quedar con el mío. —Jane sacó el emparedado medio aplastado del bolsillo de su mandil y lo plantó encima del grimorio—. ¡Vete ya!

Un gesto indefinido que podría haber sido un encogimiento de hombros,

y el chico sombra se esfumó. Jane no lo vio marcharse. Era como si sencillamente se hubiera disuelto en la penumbra y hubiera dejado de existir.

Se llevó una mano a la boca para escupir el par de uñas y al mismo tiempo vio a Blugg en la otra punta de la fundición, observándola directamente con los ojos entornados. Jane sucumbió a una exquisita parálisis de exposición.

En ese momento Gallo se zafó del jabaluno y le gritó algo al gigante. Con un rugido ofendido, el Lanzarenas tomó la primera arma que tenía a su alcance y la arrojó.

Estalló un relámpago.

A Jane se le grabó a fuego en los ojos la imagen residual del hierro fundido que se derramó del cucharón que volaba por los aires. Se alzaron voces en un revoltijo de miedo, imbricadas con órdenes presurosamente proferidas. Por encima de todas ellas, el grito agónico de Gallo.

Jane aprovechó la confusión para escapar. Un minuto después estaba de nuevo en su mesa de trabajo, poniéndose aprisa los guantes. Quizá Blugg no la hubiera visto de verdad. Quizá se hubiera olvidado de ella en medio del desconcierto.

—¿Las tienes? —susurró Cosiaca. Por un segundo Jane no pudo ni imaginarse a qué se refería. Luego lo recordó, asintió con la cabeza y se escupió las uñas robadas en la palma de la mano. Cosiaca las cogió y se las pasó a Terrones, que a su vez se las entregó a Pichuca, y a partir de ahí Jane les perdió la pista. Se echó un poco de esmeril en polvo en el guante. Vuelta al trabajo. Era la opción más segura.

En el otro extremo de la fábrica estaban trasladando el cuerpo inerte de Gallo. Los espriganes correteaban de un lado para otro con sus cascos de cuero, sofocando pequeños fuegos provocados por el metal fundido. El agua siseaba y formaba chorros de vapor. Un olor a quemado impregnaba el aire.

Por encima de todo aquello retumbaba, como el trueno, la risa del Lanzarenas.

Blugg se abalanzó sobre la mesa de trabajo con el semblante negro de rabia. Aporreó la mesa con la mano, con tanta fuerza que saltaron las bandejas de esmeril.

—¡De pie, malditos seáis! —exclamó—. ¡Poneos de pie cuando os hable!

Se apresuraron a incorporarse.

—Viles mierdecillas. Inútiles, miserables... —Parecía incapaz de poner en

orden sus ideas—. ¿Quién instigó a Gallo? Eso es lo que quiero saber. ¿Quién? ¿Eh? —Agarró a Cosiaca con una mano enorme y levantó en vilo a la desdichada figura—. ¡Decídmelo! —Le retorció la oreja hasta que empezó a lloriquear.

—C-creo que fue él solo, señor. Siempre ha sido un salvaje.

—¡Bah! —Blugg soltó a Cosiaca con desprecio y se encaró con Jane. Su rostro se agrandó ante ella, tan grande y horrendo como la luna. Jane podía oler su sudor, no la delicada y limpia astringencia de un Gallo o un chico sombra, sino el acre y penetrante olor de un varón adulto. También olía su aliento dulzón de descomposición. Tenía taquitos amarillos por dientes, negros donde las encías se apartaban de ellos. Un trozo de carne podrida incrustado entre dos de sus dientes hipnotizó a Jane. No podía apartar la mirada—. Tú... —empezó Blugg. Luego, meneando la cabeza como un toro, se incorporó y se dirigió a todos ellos—: Creéis que podéis echar a perder mi carrera, ¿verdad?

El miedo les impedía hablar.

—¡Pues bien, tengo noticias para vosotros! No soy ninguna rareza capada a la que podáis joder cuando os apetezca. Si me ponéis las cosas difíciles, yo haré lo mismo con vosotros. ¡Os pondré las cosas más difíciles de lo que podáis imaginaros!

Se agachó, volviéndose de lado, y se señaló el trasero.

—Si montáis problemas, los de Dirección me darán por aquí, ¿lo pilláis? Y si a mi me dan por aquí, yo os daré por aquí también a vosotros. —Cada vez que decía *por aquí* meneaba las ancas y se daba golpecitos con el índice; hubiera tenido gracia, de no ser tan sobrecogedor—. ¿Está claro?

Se quedaron temblorosos y mudos delante de él.

—¡Que si está claro!

—¡Sí, señor!

Por un largo instante Blugg se quedó apuñalándolos con la mirada, inmóvil, callado, sin pestañear. Un músculo en la parte anterior de la pierna izquierda de Jane empezó a temblar a causa del esfuerzo que le suponía la inmovilidad. Estaba segura de que iba a preguntarle qué estaba haciendo en su despacho. La desesperación se agolpaba en su interior, una fuerza tan abrumadora que una vez comenzara a derramarse de sus ojos sabía que inundaría la sala y los ahogaría a todos.

—Pequeñas... alimañas —concluyó Blugg—. Nada me gustaría más que estrangularos a todos y cada uno con las manos desnudas. Además, podría hacerlo... ¡No penséis que os iba a echar de menos! Coméis como cerdos y luego os pasáis la mitad del día sentados sin hacer nada. —Recorrió la fila mirándolos

a todos a los ojos. Al llegar a Jane ésta volvió a pensar que iba a preguntarle por qué había invadido su despacho, pero no lo hizo—. Está bien —dijo al final—, alineaos por altura e id saliendo por la puerta este de a dos... ¿Dónde está el chico sombra?

—Aquí, señor —respondió débilmente el aludido. Jane se sobresaltó. No se había dado cuenta de que lo tenía al lado.

Blugg se balanceó despacio sobre los talones, paseando la mirada de punta a punta de la mesa de trabajo, paladeando su miedo. Luego espetó:

—Está bien, a hacer horas extras... Tengo un trabajito especial para vosotros, mierdecillas. ¡Vamos!

Salieron a paso ligero, con Blugg maldiciéndolos todo el trayecto, por la puerta este, dejaron atrás las zonas de carga y rodearon los talleres de los martillos pilones. Había un grupo de cargadores aparcados delante de la fragua naranja, de modo que dieron un rodeo por el antiguo edificio de archivos, que hacía tiempo había empezado siendo un patio comunicante cubierto entre la nave de planificación y el taller de maquinaria, se había expandido y más tarde aún, cuando se hubo inaugurado oficialmente el nuevo edificio de archivos, se había reconvertido en un conjunto de lavaderos.

Blugg todavía no había dicho nada de que Jane hubiera estado en su despacho. Ésta empezaba a albergar la esperanza de que se le hubiese olvidado con todo lo que había ocurrido.

—¡Tú! —Blugg agarró a Jane por el cuello, medio asfixiándola, y abrió una puerta de una patada—. Espera aquí. Como no estés cuando vuelva, sabrás lo que es bueno.

La metió adentro de un empujón y cerró la puerta de golpe.

Los apresurados pasos de los niños se perdieron en la distancia, y todo quedó en calma.

2

El cuarto estaba vacío. Una de las paredes era toda ventanas desde la altura de la cintura hasta el techo, con los cristales pintados en una desorganizada amalgama heterogénea de gris y azul oscuro para reducir la distracción ambiental y fomentar la eficiencia en el trabajo. Una pálida luz invernal se filtraba por ellos, débil y sin proyectar sombra. Las diminutas rendijas donde se había contraído la pintura en los bordes de los bastidores resplandecían cegadoramente brillantes.

Debajo de las ventanas había una mesa larga de laboratorio atestada de equipos de pruebas. Tres osciloscopios tremolaban líquidamente, con las encorchetadas líneas de senos arrastrándose despacio por sus pantallas. Había batas blancas precipitadamente colgadas de perchas en las paredes o abandonadas sobre altos taburetes de madera, como si algún desastre industrial hubiera reclamado improvisadamente la atención de los tecnomantes de bajo nivel que por lo común trabajaban allí. En la otra punta de la sala había un nuevo modelo de ojo de dragón, tan alto como ella, observando desde una caja de pruebas. Se giró para mirarla.

Jane temblaba desconsolada. Intentó imaginarse el castigo que le infligiría Blugg por su crimen y no fue capaz. Fuera lo que fuese, sería malo. Cruzó el cuarto a paso lento y desanduvo el camino, con el sonido de sus pasos rebotando en el alto techo. El ojo de dragón no la perdía de vista.

¿Estaría muerto Gallo? Su plan había salido peor incluso de lo anticipado por Jane. Había esperado que él escapara indemne mientras que a ella la atraparían y someterían a un castigo rápido y espantoso. Esto era peor, mucho peor, en ambos aspectos.

Pasaba el tiempo y Blugg no volvía. Tampoco los técnicos que seguramente trabajaban allí. Al principio los esperaba con miedo, sabedora de que no iban a aceptar su explicación de lo que estaba haciendo en su lugar de trabajo. Luego, por puro aburrimiento, empezó a desear el enfrentamiento. Más tarde, desesperó de él. Por último llegó la indiferencia. Que vinieran o no; le daba igual. Era una criatura de percepción pura, observadora pasiva del áspero tacto de la pátina de arenilla metálica que cubría el banco de trabajo, del

oxidado olor a goma de los voltímetros y de la fina capa de la textura desgastada de los asientos de los taburetes. Sin ella estas cosas dejarían de existir, desvaneciéndose silenciosa y agradecidamente en la nada.

Por insoportablemente lentas etapas las ventanas se atenuaron y disminuyó la temperatura en el cuarto. Al filo de la oscuridad alguien recorrió el pasillo, pulsando los interruptores. Una hilera tras otra de tubos fluorescentes pestañearon sobre la cabeza de Jane.

Le dolía el estómago. Se sentía más apenada de lo que podrían expresar las lágrimas. Tenía calambres en las tripas. Por enésima vez se dirigió al centro de la estancia, con el ojo de dragón midiendo cada uno de sus pasos. No sabía qué hora era, pero estaba segura de que se había perdido la cena.

Se abrió la puerta de golpe.

Entró Blugg, con aspecto cansado y distraído. Tenía manchas de humedad en las axilas de su camisa de trabajo gris, cuyas mangas llevaba enrolladas hasta la mitad de sus velludos antebrazos. El ojo de dragón apuntó hacia él.

—¿Qué estabas haciendo en mi despacho? —Curiosamente, Blugg no miró a Jane. En vez de eso se fijó con el ceño fruncido en un pequeño cristal escarchado de filigranas que colgaba de un aro de hilo que sostenía en la mano.

—Sólo estaba...

Dotada de vida propia, la mano de Jane subió hasta su boca. Se le fruncieron involuntariamente los labios. Era el mismo gesto que estaba haciendo cuando Blugg la vio delante de su oficina. Horrorizada, bajó la mano de golpe y la ocultó a su espalda.

Blugg se la quedó mirando sin pestañear un momento, con los ojos saltones. Esbozó lentamente una sonrisa.

—Lagarta. Estabas rebuscando en mi basura.

—¡No! —exclamó Jane—. No me llevé nada, de verdad que no.

Blugg guardó el cristal en su estuche de plástico y se lo metió en el bolsillo de la camisa. Alargó un brazo y le sujetó la barbilla.

Su sonrisa se tornó soñadora, y más aterradoramente distante. Le volvió la cabeza de un lado a otro, estudiándole el rostro.

—Mmmmm. —Paseó la mirada por la pechera de su mandil, como si estuviera sopesando sus fuerzas. Abrió las ventanas de la nariz—. Conque escarbando en mi papelera, ¿verdad? Buscando peladuras de naranja y cortezas de pan de molde. Bueno, ¿por qué no? Está bien que los jóvenes tengan un apetito sano.

Esto era más aterrador de lo que podría haber resultado cualquier amenaza, puesto que no tenía ningún sentido. Jane se quedó mirando fijamente a Blugg, sin comprender.

Blugg le puso las manos en los hombros y le dio la vuelta despacio.

—¿Cuánto hace que trabajas para mí? Veamos, algunos años, ¿verdad? Cómo pasa el tiempo. Te estás haciendo grandota, vaya que sí. A lo mejor ya va siendo hora de ascenderte. Te voy a solicitar una plaza de Mensajero Administrativo de Nivel Tres. ¿Qué te parece?

—¿Señor?

—¡No me vengas con «señor»! Es una pregunta bien fácil. —La observó de forma extraña y volvió a olisquear el aire—. ¡Puaj! Estás sangrando. ¿Por qué no te aseas?

—¿Sangrando? —dijo Jane, desconcertada.

Blugg le señaló la pierna con un dedo romo y rechoncho.

—Ahí.

Jane miró hacia abajo. Un reguero de sangre le caía por la pantorrilla. Ahora podía sentirlo, como una picazón que nacía en su muslo.

Esta última indignidad truncó el control que tanto estaba costándole mantener. La repentina aparición de la sangre, como por arte de magia, que manaba de una herida previamente insospechada desgarró la membrana que contenía todo su temor y aprensión. Empezó a llorar.

—Oh, mierda. —Blugg hizo una mueca—. ¿Por qué será que siempre me pasa a mí esta mierda? —Le indicó la puerta con un ademán de fastidio—. ¡Largo! Vete directa al puesto de la enfermera y haz lo que te diga.

—Enhorabuena —dijo la enfermera—. Ya eres una mujer.

La enfermera era una criatura vieja y amargada de ojillos porcinos, nariz aguileña y orejas de burro. Le enseñó a Jane cómo doblar una compresa sanitaria, y qué hacer con ella. Luego le soltó un sermón memorizado sobre la higiene personal, le dio dos aspirinas y la mandó de vuelta al dormitorio.

Gallo ya estaba allí. Yacía febril en su cama, con la cabeza envuelta en vendajes.

—Va a perder el ojo izquierdo —dijo Dimity—. Eso si sobrevive. Dicen que si no se muere esta noche, probablemente salga de ésta.

Jane tocó tímidamente el hombro de Gallo, aunque apenas sí consiguió

soportarlo. Tenía la piel blanca como la cera, e igual de fría.

—Vuela con nosotros —masculló, perdido en algún delirio lejano—. Únete a la generación Pepsi.

Jane apartó la mano de él, como si le quemara.

—Ya me ocupo yo de él. Así que no te metas. —Dimity alisó ostentosamente la manta. Había una nota de desafío en su voz. Cuando terminó, se echó hacia atrás, con las manos en las caderas, esperando a que Jane le hiciera frente. Luego, al ver que Jane no hacía nada, esbozó una sonrisa maliciosa—. Hora de irse a la cama. ¿Verdad?

Jane asintió y se dirigió a su rincón.

Allí la aguardaba el grimorio. El chico sombra lo había dejado debajo de su manta doblada, como le había instruido. Se desvistió despacio, consiguiendo extender la manta y meterse debajo sin exponer el libro. Cuando lo rodeó con los brazos experimentó una sensación cosquilleante, como si la atravesara una corriente eléctrica de bajo voltaje. Le hacía sentir extraña.

Esa noche era como si a los niños les costara una eternidad conciliar el sueño. Gallo gemía, lloraba y balbucía dormido, y su dolor los aterraba. Algunas de las criaturas más pequeñas se escabulleron de sus catres para acurrucarse con sus amigos. Hasta los más mayores suspiraban ocasionalmente o se daban la vuelta para volver la espalda a su sufrimiento.

Tras una larga espera, sin embargo, sólo Jane seguía despierta.

Sin hacer ruido se escurrió de entre sus sábanas y se metió debajo de la cama. Levantó la tabla rota y se apretujó en el estrecho espacio que había entre el dormitorio y la pared del almacén de arena. Estaba oscuro allí, y había polvo, pero no resultaba opresivo porque ninguna de las paredes llegaba hasta el techo. Una diminuta corriente de aire la encontró y, desnuda como estaba, se estremeció. No hacía tanto frío, empero, como para obligarle a volver a por su vestido. Tanteó a ciegas a su espalda en busca del grimorio y lo arrastró delante de ella.

Gallo soltó un gemido. En voz alta y lúcida dijo:

—Dos empanadas de ternera, con salsa especial, lechuga, queso... —Jane se descubrió incapaz de respirar—... y un bollo con semillas de sésamo. —Era demasiado espantosa, esa voz solitaria habiéndole a nadie en el vacío de la noche—. Teflón. —Asió la tabla suelta con una mano y la abatió hacia ella. Una vez cerrada, dejó de oír a Gallo.

Se acomodó sobre los talones, se colocó el grimorio encima de las rodillas y lo abrió. Las páginas eran negras y sin brillo, pero las letras refulgían fríamente, plateadas a la vista y lustrosas al tacto. Descubrió que si se

concentraba intensamente la embargaba una difusa sensación de significado, aunque no alcanzaba a comprender del todo la relevancia de cada palabra. Esto era una tabla de relaciones de compresión, y aquí había una sección acerca de la tolerancia de desgaste en los cilindros. Se demoró brevemente en las condiciones de calibrado de los cristales antes de saltar varias páginas, confiando en que las yemas de sus dedos le transmitieran la esencia de lo que estaban hojeando, avanzando y retrocediendo hasta llegar a lo que buscaba.

Era el capítulo que hablaba de cómo manejar un dragón.

Hasta ese instante no había sabido lo que se proponía. Ahora, sin embargo, pasando las manos una y otra vez por los esquemas con sus crípticos símbolos para los condensadores, los potenciómetros, las resistencias y las tomas de tierra, agachando la cabeza para acariciar los diales y circuitos impresos con la mejilla, inhalando profundamente el olor a tinta y papel estucado que emanaba de cada una de las páginas, le parecía que había nacido con el solo propósito de robar un dragón algún día.

El espacio entre las paredes era tan escaso que se le pinzaron los hombros. No se dio cuenta. Tenía la cabeza llena de veloces dragones negros. Lo que antes había sido invisible para ella, por ubicuo, se le revelaba ahora. Los oía gritar supersónicos por el cielo, impulsados por cólera y gasolina. Sentía su tirón gravitacional, la estela sobrecalentada de su paso. Y se veía a lomos de uno yéndose lejos, lejos, lejos.

Primero, no obstante, tendría que dominar el grimorio. Tendría que aprender cómo se manejaban los dragones.

Jane se pasó horas estudiando el libro, tocando suavemente e interiorizando el capítulo sello a sello. Terminó su primera lectura a tiempo para el desayuno. Salió a gatas de la pared justo cuando sonaba el silbato despertador y desfiló camino del comedor, bostezando, muerta de cansancio y feliz.

A la noche siguiente, por primera vez, oyó la voz del dragón.

Tres días después se llevaron a Jane, Dimity y Vilano a la sala de máquinas. Todos los espacios de trabajo habituales estaban ocupados, y tras discutir un poco con el supervisor del taller Blugg cogió una caja de ruedas dentadas bajo el brazo y los condujo a la planta de arriba. Allí rodeaba por completo el edificio una hilera de habitaciones con balconada. Era un trastero, pero Blugg les encontró un hueco entre una escalera de madera y la cima de ladrillo de la chimenea de un alambique industrial. Se les encomendó un desastrado banco de madera frente a una cornisa y la tarea de desengrasar las

ruedas.

Luego Blugg se marchó.

Hacía tiempo que habían pintado la ventana por encima, cristales y todo, de un color blanco o verde o gris —ahora resultaba difícil determinar cuál— y había una separación de al menos treinta centímetros entre el bastidor superior y lo alto del marco, por lo que estaba permanentemente abierta y atascada. Las bañaba una corriente helada. Una estufa de queroseno esmaltada de color marrón encajonada bajo el hueco de la escalera pugnaba por repeler el frío.

—Cámbiame el sitio —dijo Dimity en cuanto se fue Blugg—. Vilano y yo queremos estar más cerca de la estufa.

Jane estuvo a punto de negarse. Pero Dimity siempre estaba quejándose del frío; tal vez lo acusara más. Y Vilano sonreía de forma ciertamente maliciosa. Seguramente lo mejor sería seguirles la corriente por esa vez.

Se levantó, se acercó al extremo más alejado del banco y volvió a sentarse sin decir palabra.

Las ruedas dentadas tenían el tamaño de peniques de plata pero eran mucho más delgadas, con finas muescas que cosquilleaban al tocarlas de canto. La grasa que las cubría era de un marrón casi traslúcido, y estaba tan endurecida que no salía con facilidad. Trabajaron afanosamente, a sabiendas de que Blugg se dejaría caer con regularidad para controlarlas.

Pero las inspecciones no se produjeron. Pasaron las horas. Blugg parecía haberse olvidado por completo de ellas.

Jane mantenía la mirada fija al frente mientras trabajaba, sin ver, pensando en el grimorio y en la voz del dragón que no estaba completamente segura de haber oído hablándole aquella noche. Soñaba con resplandecientes flancos de ébano y suaves superficies aerodinámicas, con fuerza y resistencia unidas a una velocidad despiadada. Imaginaba su mano en el acelerador, con todo ese temible poder bajo su control.

A su lado, Dimity exhaló un suspiro.

Una sombra aleteante dividió de repente la luz de plata vieja que entraba por lo alto de la ventana. Dimity levantó la cabeza y exclamó entusiasmada:

—¡Huevos de sapo!

—¿Huevos de sapo? —musitó Vilano—. Ejj. ¿De qué estás hablando?

—Allí arriba, bajo el tejado. Ahí es donde hacen sus nidos. —Dimity se encaramó a la repisa y se puso de puntillas. Sacó un brazo por la ventana todo lo que pudo, agitando impacientemente la cola. Había varios pegotes fangosos en la cara interior de los aleros—. ¡Maldita sea! No llego...

—Ahí no hay ningún huevo —señaló Jane—. Nada pone huevos en otoño.

—Los sapos sí. No es como la nidada de primavera, éstos no eclosionan. Los almacenan para el invierno, para tener algo que comer durante la Luna del Hacha. —Miró abajo, con la ancha boca torcida en una extraña sonrisa—. ¡Jaaane! Sal ahí afuera y píllame unos huevos.

—¡Si no sé trepar! ¿Por qué no se lo pides a Cosiaca, o a Pichuca, o...?

—Porque ellos no están aquí. —Cruzó la mirada con Vilano, y antes de que Jane pudiera reaccionar la cambiaformas la había agarrado y aupado junto a Dimity. Las dos jóvenes hadas eran sobrenaturalmente fuertes. Riéndose, la sacaron por la ventana y empujaron. La caja de ruedas dentadas se volcó de una patada, y las ruedecitas metálicas salieron rodando y dando vueltas—. ¡Allá que vas, guapa! —entonó Dimity.

Jane se agarró ferozmente al marco. El viento helado la abofeteaba, arrancándole lágrimas de los ojos. Al otro lado de un patio alfombrado de cenizas se erguía ante ella el Edificio 6, sobrevolado por negros nubarrones. Abajo y a un lado vio el tejado de papel impermeabilizante de un cobertizo, salpicado de trocitos de ladrillo y viejas botellas de soda. Era una caída de diez metros por lo menos.

—¡Ay, madre santa! —jadeó Jane. Desesperada, forcejó para volver adentro.

Pero unas manos duras e implacables le soltaron los dedos. De un empellón se vio impulsada al vacío. Agitando los brazos, temiendo vomitar, cerró los ojos con fuerza y se agarró al marco de la ventana. Ahora su peso descansaba en lo alto del bastidor superior. Dentro sólo tenía las piernas.

—No culebrees, o conseguirás que te nos escurras.

Volvía a estar sujeta al marco. Bajo sus dedos se desmenuzaban frágiles copos de pintura. Se aplastó contra el edificio, raspándose la mejilla con el ladrillo. El penetrante olor dulzón de los excrementos de sapo le llenaba la nariz. Fuera, lo alto del marco se veía blanco, cubierto de ellos. También hacía frío allí fuera. Tiritaba convulsamente.

—Ay, por favor, dejadme entrar —balbució—. Dimity preciosa, haré todo lo que me pidas, seré tu mejor amiga, sólo...

—Toma. —Salió disparada una mano con una bolsa de plástico—. Llénala y podrás volver adentro. —Jane había perdido un zapato y ahora sintió cómo Vilano le quitaba el calcetín. Una uña dura le recorrió el centro de la planta del pie, se detuvo, le acarició la parte más suave de la carne—. ¡Deja de hacerle cosquillas! Como se caiga, me quedaré sin huevos. —La mano se movió con impaciencia arriba y abajo—. Coge la bolsa.

Jane obedeció. Inspiró una larga y honda bocanada de aire y abrió los ojos. Tenía la cabeza y el estómago tan revueltos a causa del vértigo que tardó un momento en comprender que estaba mirando fijamente la cara inferior de los aleros. Debía de haber unos veinte nidos allí arriba, cosas abultadas y verrugosas con un agujero a un costado, como jarras mal hechas.

Los sapos se habían dispersado al salir ella por la ventana. Revoloteaban agitados no muy lejos, batiendo histéricamente sus alas de negras plumas. Eran unos seres horrendos, la prole corrupta de grajillas y rijosos batracios, y al igual que sus progenitores eran unos reputados ladrones. Por lo general se mantenían los tejados limpios de sus nidos porque sentían predilección por los objetos brillantes y, al contrario que la mayoría de los seres salvajes, el fuego les infundía muy poco o ningún temor. Se sabía que habían llegado a incendiar edificios afanando cigarros encendidos y llevándoselos a sus nidos. Eran una seria amenaza.

Temblando, Jane extendió una mano. El nido estaba demasiado lejos. Lamentablemente, sabía que Dimity jamás aceptaría eso como excusa. Respirando hondo para tranquilizarse, se obligó echar la espalda hacia atrás sosteniéndose en vilo. Con el brazo con que se sujetaba a la ventana extendido por completo podía llegar fácilmente al nido más próximo. Introdujo la mano en la abertura.

El interior del nido estaba forrado de un fino plumón negro, sedoso al tacto. Tanteó hasta el fondo y encontró un puñado de huevos pegajosamente cálidos. Los sacó y enderezó la cintura, regresando a la ventana. Abrió la bolsa incómodamente y soltó dentro los huevos. Se deslizaron hasta el fondo formando una masa.

No había alcanzado todos los huevos. Volvió a echarse hacia atrás para coger los que faltaban. Esta vez consiguió sólo un puñado, además de dos trocitos de papel de aluminio, una arista de cristal roto y una tuerca cromada. Estos últimos objetos los dejó caer al lejano suelo.

Segundo nido. Sacó los huevos deprisa. Justo cuando estaba retirando la mano el viento arreció, traspasándole la ropa con una ráfaga de aire helado. Sabía que no debía mirar abajo, pero el repentino remolino de aire aumentó especialmente su vértigo. Quería llorar, de miedo y frustración, pero no se atrevía.

Si empezaba a llorar ahora, no pararía nunca.

En ese nido había, además de huevos, varios pedacitos de papel de aluminio y una tira mellada de revestimiento de cobre que le hizo pensar por un horrible instante que algo la había picado, cuando se golpeó la mano con la punta.

—¡La bolsa ya está casi llena! —gritó—. ¿Puedo volver a entrar?

—No basta.

—Pero es que ya no llego a más. De verdad que no.

El rostro de Dimity apareció en la abertura de la ventana. Su presa sobre las piernas de Jane se aflojó un poco, y Jane lanzó un chillido, asustada. Dimity entornó los ojos, pensativa.

—Ése de ahí. —Señaló—. A ése puedes llegar.

A Jane le dolían los dedos. No estaba segura de que no fueran a abandonarla las fuerzas. Veía borrosa la cara interior de los aleros a fuerza de mirarla tan fijamente, pero si cerraba los ojos el mundo entero parecía ponerse cabeza abajo y tenía que volver a abrirlos enseguida so pena de perder el equilibrio.

Se obligó a estirarse todo lo posible.

Su mano se quedó corta.

—Dimity... —empezó entrecortadamente.

—¡Huevos!

Sólo había una salida. Jane gateó un poco más por encima de la ventana, de suerte que ahora su peso descansaba a mitad de sus muslos. Se estiró tanto que oyó cómo le crujían los huesos.

De nuevo volvió a colar la mano dentro de un nido. Sintió la plumosa calidez y la resbaladiza pegajosidad del interior. Curvó la mano y sacó los huevos.

Pero los sapos estaban empezando a recuperar el valor. Croaban y graznaban, y hacían breves barridos amenazadores. Uno de ellos casi se estrelló contra su cara, y cuando Jane levantó un codo para protegerse rebotó contra su antebrazo con un golpazo sólido y untuoso. A Jane se le revolvió el estómago de repulsión.

—Aguantadme bien las piernas —susurró, no del todo segura de que pudieran oírla pero incapaz de hablar más alto. Enderezó la cintura.

Entonces regresó a la ventana. Jadeando, se abrazó a ella.

Por un largo instante fue incapaz de moverse. Cuando se hubo recuperado un poco abrió la bolsa con manos temblorosas y soltó dentro el último puñado de huevos. Algo rojo relució en el interior. Introdujo dos dedos para sacarlo.

Era un rubí.

El rubí medía la mitad que su pulgar de largo, era hexagonal en el centro

y achatado en ambos extremos plateados, uno de los cristales industriales que se empleaban en los sistemas de información arcanos para el almacenamiento y procesamiento de la información. Más pequeño que el cabo de un lapicero, probablemente valía más que la misma Jane.

El problema era que no se atrevía a meterlo con los huevos o Dimity, picada por la avaricia, la sacaría de nuevo para que consiguiera más. Lo devolvería al nido si se atreviera, pero tenía las fuerzas y los nervios exhaustos. Si lo dejaba caer y lo encontraban más tarde, Dimity se enteraría y deduciría lo que había pasado.

La superficie de la repisa de la ventana estaba blanca de excrementos. Incrustó el cristal entre ellos y dijo:

—Dejadme entrar. Tengo vuestros huevos.

Dimity le arrebató la bolsa de las manos, antes incluso de que Jane tuviera ocasión de bajarse de la cornisa con piernas temblorosas y dejarse caer encima del banco.

—Janie bonita, qué buena que es Janiepooo —canturreó encantada, enterrando la mano en la bolsa y soltando una enorme masa gelatinosa en las manos ahuecadas de Vilano. Se metió un huevo en la boca y cerró los ojos extasiada cuando se rompió. Engulló más.

Las ruedas dentadas cubrían el suelo. Con cansancio, Jane enderezó la caja y empezó a recogerlas.

—Dimity —dijo al final—. ¿Por qué me odias?

Dimity sonrió con la boca llena de huevo. Vilano abrió la boca de par en par para enseñarle el interior amarillo de yema. Tenía trocitos de cáscara pegados en los labios.

—¿Quieres? Los has cogido tú, al fin y al cabo.

A Jane se le agolparon las lágrimas en los ojos.

—Nunca te he hecho nada. ¿Por qué eres así conmigo?

Vilano tenía los carrillos hinchados de huevos. Dimity se tragó los suyos, puso la bolsa del revés y empezó a chuparla.

—He oído que vas a ser la mensajera de Blugg.

—El perrito faldero de Blugg, mejor dicho —escupió Vilano—. Eso es lo que eres, ¿verdad, señorita?

—¡No, no es verdad!

—Sabes lo que quiere en realidad, ¿no es así? —Dimity metió un brazo por debajo de la falda de Vilano, y ésta puso los ojos en blanco con éxtasis fingido—. Quiere que seas su familiar.

Jane meneó la cabeza.

—No sé lo que significa eso.

—Te quiere meter la pilila en la rajita.

—¡Pero eso no tiene sentido! —se lamentó Jane—. ¿Por qué querría...?

Los ojos de Dimity adoptaron el rojo duro y plano de dos granates.

—¡No te hagas la inocente conmigo! Te oigo salir a gatas de la cama por las noches y arrastrarte hasta la pared para poder meterte los dedos en el conejo.

—No. De verdad.

—¡Oh! No, por supuesto. Tú nunca harías algo aaaasí. Doña Niña Trocada Tiquismiquis. Te crees muy especial, ¿no? ¡Tú espera a que el tío Blugg te la clave en la castaña, a ver qué aires te das entonces!

Vilano empezó a girar y a bailar alrededor de Jane, levantándole las faldas por encima de la cintura y sacudiéndole el escuálido trasero.

—Castaña-castañita —cantaba—. Castaña-castañita, castaña-castañita.

—Esto que no se te olvide, niñata. —El hada la agarró por el cuello, se lo aplastó y la levantó dolorosamente del suelo—. Aquí mando yo. Harás lo que te diga, mensajera o no, familiar o no. Me obedecerás. ¿Entendido?

—Sí, Dimity —respondió Jane, impotente.

—También te la querrá meter en la boca —dijo Vilano con una mueca.

Gallo guardó cama durante una semana antes de recuperar el conocimiento el tiempo suficiente para ponerse al día. Cuando le fallaban las fuerzas se quedaba tendido e inmóvil, pugnando por respirar, áspera y angustiosa cada bocanada de aire. A veces lloraba. Otras, escapaban de él retazos de glosolalias sin sentido.

—Lo único que tiene que perder el proletariado son sus cadenas —decía—. Lucky Strike, tabaco de primera.

Jane esperaba todas las noches a que los demás se durmieran e iba a la pared para comulgar con el grimorio. Cuando leía hasta sumirse en un trance, mitad agotamiento y mitad embeleso, la voz del dragón resonaba en el fondo de su cráneo. Le decía que ambos eran prisioneros. Decía que sus destinos estaban

ligados y hablaba de la libertad que sería suya cuando salieran volando juntos, describiendo interminables cadenas montañosas con fríos lagos elevados, archipiélagos meridionales que se retorcían como lagartos y nidos de águilas resguardados entre las estrellas de otoño. Jane se quedaba, escuchando, dentro de la pared tanto tiempo como le era posible, saliendo sólo cuando corría el riesgo de quedarse dormida y que la echaran en falta al pasar lista a la mañana siguiente. No sabía si la voz del dragón era real o imaginaria, y no le importaba.

Se sentía hechizada.

Siempre se sobresaltaba, cuando emergía, al encontrar a Gallo todavía en la cama, hasta tal punto se había olvidado de él. Parecía un ser alienígena, empapado de sudor, reluciente como un insecto capturado en plena metamorfosis. El pus que ensuciaba los bordes de sus vendajes era tenuemente luminiscente, como fuegos fatuos, y desprendía un olor peculiar.

Jane se sentía abrumada por la culpa. Debería cuidar de él, lo sabía; enjugarle el sudor, cambiarle las vendas, hacer lo que pudiera por aliviar su dolor. Pero la repugnaba, más incluso que los demonios extranjeros que trabajaban en la Sección A como ebanistas y carpinteros, de los cuales se rumoreaba que eran caníbales y coprófagos. Era incapaz de acercarse a él.

Una noche los niños irrumpieron en el dormitorio para encontrarse a Gallo despierto y esperándolos. Se había incorporado débilmente contra el cabecero. Al verlos torció la boca en lo que debía de parecerle una sonrisa.

—¿Tan pronto volvéis? En mis tiempos teníamos que trabajar la jornada completa, eso hacíamos. Estos jóvenes de hoy, no sé a dónde iremos a parar.

Los niños se apelotonaron tímidamente junto a la puerta.

—Venga, pasad. No hay motivo para quedarse ahí plantado. ¡Soy yo!

Se acercaron incómodos, arrastrando los pies.

—Bueno. ¿Qué, cómo salió? ¿Blugg ya está muerto?

No respondió nadie.

Ahora Gallo parecía preocupado.

—¿No funcionó el muñeco negrito?

Dimity se aclaró la garganta.

—Todavía no lo hemos intentado —admitió.

—Nenazas. —La cara de Gallo poseía la misma cualidad suavemente luminosa de la carne de un hongo feérico de los bosques profundos. Tenía las

vendas acartonadas debido a que hacía días que no se cambiaban. Se le hundieron los párpados casi hasta cerrarse, luego los volvió a abrir—. ¿Por qué no?

—Dimity dijo... —empezó Zanco.

—... que deberíamos esperarte —se apresuró a concluir Jane. Dimity le lanzó una rápida mirada más elocuente que las palabras: No te creas que así vas a conseguir ningún favor. Agitó dos veces la cola—. Para estar seguros de que lo hacemos bien.

—Entonces vale. —Gallo no era una criatura sutil y no había percibido el trasfondo de la conversación—. No es ni la mitad de malo de lo que me esperaba. —Cabeceó en dirección a Zanco—. ¿Lo has oído? Velamos por tus intereses, colega.

Zanco asintió y su cabeza se bamboleó, ansiosa, grotescamente feliz, plenamente convencido de la capacidad de su amigo para protegerlo. A la vista de semejante fe, Jane no pudo menos que admitir para sus adentros que había dejado de confiar en el plan de Gallo. Sólo eran niños. Sus simples trucos de magia ni siquiera le harían cosquillas a un adulto como Blugg. La dirección debía de proporcionar protecciones contra ese tipo de ataques dentro de su paquete de extras; de lo contrario, los supervisores caerían como moscas todos los días. Lo más probable era que ni siquiera se diese cuenta de que lo habían atacado. Se sentía fría y atenazada.

—Traed la vela, lo haremos ahora —dijo Gallo. Luego, al ver que Dimity no respondía de inmediato—: ¡Venga, burra! ¡Menea ese culo!

A regañadientes, la joven ninfa montesa hizo lo que le pedía. Se entretuvo el tiempo justo después de incrustar la vela entre las tablas del suelo para que pareciera que esperaba que Gallo la encendiera con un encantamiento, enfatizando así su debilidad, y luego prendió una cerilla lucífera.

El azufre chisporroteó y centelleó.

—¿Dónde está el muñeco negrito? —preguntó Gallo.

Cariacontecida, Zaraguta se lo ofreció. Gallo pasó un pulgar por el estómago para sentir las afiladas puntas de los trocitos de asta que sobresalían y se lo pasó a Zanco.

—Hazlo tú —dijo.

Automáticamente, Zanco miró a Dimity de reojo solicitando su visto bueno.

Dimity apretó los labios y asintió.

—Chis —ordenó Gallo.

Se quedaron callados. Fuera se podía oír capa sobre capa superpuesta de distante sonido mecánico, amistosos retumbos, gemidos y martilleos. Directamente debajo de ellos podían oír el monótono cric-cric-cric, casi inaudible, de un balancín. Blugg estaba silbando la Tonada del Rey Elfo, variando la cadencia y el tono conforme el balancín se mecía más o menos deprisa.

—¡Ahora! —susurró Gallo.

Zanco acercó el muñeco a la llama.

Estaba hecho de sábanas viejas y la tela se ampolló y ennegreció al contacto con el fuego. Un hedor espantoso inundó el aire. Cuando el relleno de algodón prendió con un pequeño rugido, Zanco soltó la cosa con un grito sobresaltado. Se encogió, chupándose la mano.

A Jane se le entumeció la boca cuando las llamas alcanzaron el vientre del muñeco. Jadeó. Sentía la lengua hinchada y sarpullida, como si hubiera lamido un manojo de ortigas. ¡Claro! Todavía había trazas de su saliva en las uñas. Una ciega fracción de la maldición estaba afectándola a ella.

Puede que al final consiguieran matar a Blugg, después de todo.

Zaraguta empezó a llorar. Gallo la ignoró. Con un malicioso fuego infernal danzando en sus ojos se sentó recto en la cama, con los puños apretados y la cabeza echada hacia atrás.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Sí! ¡Muere, maldito seas, muere! —Y mientras Cosiaca y Pichuca palmoteaban frenéticos las llamas para impedir que se propagaran, Gallo se reía triunfante.

En ese instante se escucharon golpes en el techo de la habitación de abajo, y Blugg bramó:

—¿Qué andáis tramando, gamberros? ¡Por la Madre que subo ahí arriba y voy con la correa!

Volvieron a quedarse callados.

Un segundo después oyeron su pesado caminar remontando las escaleras y el sonido más ligero, más enérgico, del cuero tamborileando sobre su muslo.

Gallo estaba consternado. Como uno solo, los niños apartaron la mirada de él y la fijaron en Dimity, que extendió un brazo de golpe y ordenó:

—¡Bajo las mantas, todos! ¡A paso ligero! —Se escabulleron buscando sus camas, esperando contra toda esperanza librarse del castigo generalizado, Jane entre ellos. Por el camino reparó en que Vilano lucía una mueca de satisfacción.

Ahora Dimity era su líder.

3

Todo el mundo le echó la culpa a Jane.

Inmediatamente después del sacrificio del muñeco, Jane contrajo una ligera fiebre. Zanco dejó de hablar por completo tres días seguidos. Un sarpullido le abotargó las manos y la cara a Zaraguta. También se volvió más hosca, pero esto desentonaba tan poco con su carácter anterior que los demás niños apenas repararon en ello. Era obvio para todos que la maldición era poderosa, y se hacía necesario explicar de alguna manera por qué Blugg no había sucumbido a ella.

Dimity les contó a todos, y Vilano la respaldó, que Jane se había echado para atrás en el despacho de Blugg y había salido sin el par de uñas. Débil como se sentía, Jane mal pudo defenderse. Y el chico sombra estaba tan perplejo y desconcertado por toda la discusión que no le fue de ninguna ayuda en absoluto.

Gallo sabía la verdad, naturalmente; había tocado las uñas con sus propios dedos. Pero no dijo nada. Pasado su momento de gloria había sufrido una recaída física y se había sumido en el silencio y la suspicacia con la mirada muerta. De modo que Jane se sentía completamente abandonada.

Su aislamiento se veía acentuado por el nuevo puesto que le había garantizado Blugg. Jane debía ponerse un chaleco naranja reflectante que indicaba su papel de mensajera. Constaba de dos paneles, anterior y posterior, que se ponía por la cabeza y quedaban sujetos a la cintura por cuatro lazos de tela negra plastificada. Se sentía torpe llevándolo, y vulnerable.

El trabajo era sencillo pero novedoso. Durante su período de prueba seguía a Blugg mientras éste hacía su ronda y mantenía la boca cerrada.

—Ésta es la sala de medición —gruñía él, o—: Aquí es donde se recoge el polvo de esmeril, sólo en bolsitas, y asegúrate de guardar la copia amarilla de la orden de pedido. —A Jane le asombraba descubrir cuánto menos tenía que hacer Blugg en comparación con sus subalternos; su trabajo parecía consistir en un deambular sin sentido consistente principalmente en largas e incomprensibles conversaciones mitad negocios y mitad chismorreos. A veces

jugaba al dominó con un hombre achaparrado en Compras, los dos encorvados e inmóviles sobre una tabla, cruzando miradas de recelo y haciendo trampas a la menor ocasión.

—Lávate la cara —le dijo una vez durante la hora del almuerzo—. Y las manos también, y frota debajo de las uñas. Tienes que causar buena impresión.

—¿Por qué? —preguntó Jane.

—¡Qué más da por qué! ¿Qué tienes tú que preguntar por qué? Haz lo que se te diga y ya está. —Blugg la siguió hasta el lavabo y se quedó observándola mientras se lavaba, asegurándose de que se limpiaba con el jabón marrón, y llegando a frotarle una mancha que tenía en la oreja con su propia saliva.

Atravesaron una ligera llovizna para llegar a un pequeño despacho cerca de la puerta principal. Blugg llamó con los nudillos, y entraron.

Dentro había una esposa elfa elegantemente delgada vestida de negro sentada fumando un cigarrillo y asomada a la ventana. Al aparecer ellos giró la cabeza, toda polvos y pómulos elevados. Sin ningún énfasis en particular preguntó:

—¿Es ella?

—Ella es —confirmó Blugg.

La esposa elfa se puso de pie. Era por lo menos una cabeza y media más alta que Blugg. Con un vigoroso repicar de tacones se acercó a Jane y le sujetó la barbilla entre el pulgar y el índice. Le torció la cabeza a un lado, luego al otro, con el ceño críticamente fruncido.

—Es un bichito obediente —dijo Blugg con voz meliflua—. Hace exactamente lo que se le dice, con chasquear los dedos, no hay que repetirle las cosas.

Jane observó fijamente los ojos de la esposa elfa. Eran fríos, como esquirlas grises de hielo, y la piel que los rodeaba se rompía en complejas estructuras de arrugas, sugiriendo años y décadas que no habían resultado visibles desde el otro lado de la estancia. Jane tuvo de repente una visión de esa piel como nada más que una fina máscara extendida sobre el cráneo de la mujer.

Una suerte de reconocimiento despuntó en aquellos ojos sin lustre.

—¿Te doy miedo?

Atemorizada, Jane negó con la cabeza.

—Debería dártelo. —El aliento de la esposa elfa olía a dulces de caramelo y nicotina. Dos perlas alargadas colgaban de sus orejas, tan largas casi como su

dedo índice, labradas en formas serpentinas de cabeza chata. Las yemas de sus dedos se tensaron sobre la barbilla de Jane hasta que afloraron lágrimas involuntarias a sus ojos.

Por fin esos dedos la liberaron.

—Me lo pensaré —dijo la esposa elfa. Indicó la puerta con un ademán—. Podéis iros.

Una vez en el exterior, Blugg parecía estar de un inexplicable buen humor.

—¿Sabes quién era ésa? —preguntó poco menos que riéndose. Sin aguardar respuesta, dijo—: Ésa era una Hojaverde. ¡Una Hojaverde!

Jane se olvidó del encuentro casi de inmediato. No era sino otro curioso incidente entre tantos.

No hubo de pasar mucho tiempo antes de que Gallo volviera al trabajo. Los demonios del taller de carpintería le hicieron una carretilla para que la usara hasta sentirse lo bastante fuerte de nuevo como para caminar, y Jane y Zanco encabezaban las procesiones diarias al trabajo y de vuelta de él, tirando cada uno de una vara del volquete.

Una tarde, mientras desfilaban de regreso al dormitorio, los detuvieron junto a la puerta principal donde se efectuaban los cambios de turno. Esperaron a la sombra del monstruoso Reloj Registrador de color negro mientras un torrente de obreros pasaba por su lado tambaleándose, cojeando y brincando. El turno de tarde estaba saliendo y todos los trabajadores no residentes hacían cola ante el Reloj Registrador. Fichaban, besaban la piedra de la Diosa y se marchaban con paso fatigado.

Zanco miraba anhelante al otro lado de la puerta. Visibles más allá de ésta sólo estaban el aparcamiento y la polvorienta curva de una carretera asfaltada, pero él observaba como si fuera una visión de las Islas Occidentales. Blugg se colocó detrás de él y le puso una mano en el hombro.

Zanco levantó la cabeza.

La ancha boca de Blugg se retorció en lo que casi podría haber sido una sonrisa. Arrancó una pluma diminuta de la base del cuello de Zanco y la sostuvo ante sus ojos entrecerrados.

—Haughhmm. —Se metió la pluma en la boca y lentamente, saboreándola, dejó que se le derritiera en la lengua—. Ya va siendo hora de que visites la enfermería, ¿verdad? —masculló—. ¡Jane! Recuérdame que por la

mañana envíe a éste al médico para...

No era del todo seguro que Zanco comprendiera lo que estaba ocurriendo. Pero algo en su interior estalló. Con un chillido estridente de desesperación, Zanco soltó la vara de la carretilla y echó a correr.

Blugg blasfemó y empezó a perseguir pesadamente al muchacho. Pero debido a su gordura no era rival para la pequeña y esbelta figura. Los obreros se volvían boquiabiertos al paso de Zanco. Sus movimientos eran lentos en comparación, como los de las moscas atrapadas en la savia que ya ha empezado a tornarse ámbar. Jane se agarró la falda con las dos manos presa de un temor agónico.

—¡No lo hagas, Zanco! —gritó Gallo. Se sentó derecho en su carretilla, como impulsado por un resorte, con el rostro blanco y cerúleo—. ¡Vuelve!

Pero Zanco no atendía a razones. Corría carretera abajo con los brazos extendidos a los lados. Las criaturas del turno de administrativos estaban paralizadas, siguiéndolo entontecidas con la mirada. Pasó junto al Reloj Registrador y cruzó la puerta.

Estaba fuera.

Mientras corría, sus brazos parecían ensancharse y elevarse. Todo su cuerpo estaba cambiando, de hecho, alargándose su cuello, curvándose hacia delante su columna, atrofiándose sus piernas hasta volverse tan finas como lápices.

—Está envejeciendo —susurró con contundente asombro uno de los pequeños.

—¡Estúpido! —saltó Dimity—. ¿Para qué os creéis que sirve el Reloj Registrador?

Era cierto. Con cada paso que se alejaba del Reloj Registrador, Zanco ganaba días, semanas, meses. Ya no era ningún niño. Atravesó su fase de adolescencia y coloración en un abrir y cerrar de ojos. Ahora era un adulto.

Entonces se elevó por los aires y remontó el vuelo. Por un prodigioso instante fue tal y como se lo había imaginado Jane. Zanco batió ferozmente sus nuevas alas, ascendiendo, y la sorpresa se desprendió de su boca en forma de risa.

Era algo glorioso.

El muro que rodeaba los terrenos de la fábrica ocultó brevemente su trayectoria. Reapareció por encima de la puerta, empequeñeciéndose con rumbo al este. En ese momento Zanco se tambaleó y trastabilló en el aire. Su vigoroso aleteo se tornó más débil y menos eficaz. Su pigmentación entre parda y rosada se agrisó. Una pluma se desprendió de sus alas. Luego otra. Una tras

otra, hasta caer densas como copos de nieve en una tormenta.

Zanco se desplomó.

Camino de regreso al dormitorio todos estaban callados. Ni siquiera Blugg, aunque lívido de rabia, era capaz de encontrar las palabras precisas para expresarse; no dejaba de aporrear el aire con impotentes puñetazos. La expresión de Gallo era pétrea.

Al encaramarse a su cama esa noche a Jane le sorprendió descubrir a Gallo esperándola, con la espalda en la pared y las piernas recogidas bajo el cuerpo. La atravesó un relámpago de alarma tan violento como una sacudida eléctrica. Pero antes de poder decir nada Gallo se estremeció espasmódicamente y con un susurro seco, sin inflexión, le dijo:

—Te va a ocurrir algo malo. —Se meció—. Algo... malo.

—Vamos —dijo Jane, imprimiendo deferencia a su voz—. Tienes que volver a la cama. —Lo tomó del brazo, sorprendida por lo poco que pesaba, la escasa resistencia que le ofrecía, y lo condujo a su catre. Lo acostó y lo tapó con la manta. Tocarlo no era tan repugnante como había pensado.

—No. Tienes que... —Por vez primera abrió su ojo. No tenía esclerótica. La pupila se había ensanchado hasta trascender los límites de sus párpados, abriendo un agujero negro ajeno a la luz que daba a otro universo. Atemorizada, le soltó el brazo—. Zanco... no era... el único que estaba creciendo. Tengo la visión. No mucha, pero sí un vislumbre.

Volvió a estremecerse. El *awen* lo tenía en sus garras, moviéndose bajo su piel, amenazando con romperle los huesos por dentro. Su esbelto armazón se sacudía debido a su fuerza, como un motor forzado en exceso.

Jane dominó su miedo y se metió debajo de la manta, dejando que los envolviera a ambos entre sus pliegues como una carpa. Abrazó a Gallo. Tenía la piel fría como la de un cadáver.

—Estabas en mis sueños —dijo él con un graznido—. Te he visto.

—Chis.

—He perdido a mi mejor amigo. Tú también no. —Ya se le apagaba la voz. Cabeceó a un lado, luego al otro, como si intentara aprehender un pensamiento fugitivo—. Hemos visto la luz al final del túnel. Combata ahora la inflación. Las buenas vallas hacen buenos vecinos.

—Chis, chis. —Jane lo abrazó con fuerza, prestándole su calor y rehusando escuchar hasta que, al cabo, el *awen* lo abandonó. Gallo se quedó

jadeando extenuado, cetrino, helado y empapado de sudor. Sin hacer ruido, Jane regresó furtivamente a su cama.

Un día Jane había terminado pronto el trabajo. Blugg se la llevó a su cuarto, la típica guarida de troll de mobiliario negro de roble y torpes cerámicas con motivos sentimentales. Puck robando manzanas. El rapto de Europa. La dejó en el centro de la habitación e inspiró hondo, ruidosamente. Sus ojillos porcinos parecían complacidos.

—Por lo menos no estás sangrando. —Le indicó una puerta entreabierta—. Hay una bañera en el cuarto de al lado. Y jabón. Báñate con esmero.

El cuarto contiguo era pequeño y oscuro, y olía ligeramente a amoníaco y ventosidades. Había una pastilla de cremoso jabón blanco con fragancia de lilas en el borde de un bebedero de zinc. Jane se desvistió, cogió el jabón con las dos manos como si fuera una espada y se metió en el agua humeante.

Se bañó sin prisa, pensando en cañones de napalm, granadas de perdición élfica y misiles aire-tierra guiados por láser. Reflexionar sobre el sistema armamentístico del dragón hacía que la voz fuera más fuerte, lo suficiente como para poder sentirla, débil como un cosquilleo, aunque no estuviera en contacto físico con el libro.

Se sumió en un trance semejante al sueño, con el agua caliente en la piel desnuda, la voz del dragón casi real, frotándose el cuerpo lánguidamente con la pastilla de jabón de flores. Los diagramas de cableado flotaban ante ella como un mándala.

El dragón parecía estar insistiendo en que no debía permitir que Blugg la tocara.

Jane no respondió. Sabía que las advertencias del dragón, ya fueran reales o una simple proyección de sus propios temores, eran inútiles. Blugg la tocaría a su antojo. Era más grande, y haría con ella su voluntad. Así eran las cosas.

Su silencio dio pie a una perorata ofendida, y Jane creyó sentir al dragón empequeñeciéndose en el cielo hacia occidente y a ella misma abandonada, prisionera, sola e inmutable, varada allí para siempre. En ese adrenalítico estallido de ira había corrientes sumergidas que sólo podrían haber sido miedo.

Jane estaba acariciándose delicadamente la pelusilla que hacía poco que había surgido entre sus piernas. Soltó el jabón de golpe y la pastilla flotó meciéndose hasta la superficie. Giró la cabeza para mirarla de soslayo, con un

ojo sumergido y el otro fuera del agua. Se imaginó que era un barco, un galeón que se la llevaría lejos, muy lejos. El agua oleaba al compás de su respiración. El mundo entero parecía flotar ante sus ojos.

El suelo crujió bajo el peso de unos pasos que se acercaban. Lo oyó como un acorde, el retumbar y rechinar más sólidos procedentes del oído que asomaba fuera del agua y su gemelo diluido en el otro. Sintió la mole de Blugg en la nuca y cerró los ojos. La luz se atenuó cuando su sombra cayó sobre ella.

—Así está bien. —Jane miró fijamente una sonrisa demencialmente torcida—. Aclárate, sécate y vístete. Tenemos una cita en el Castillo.

El Castillo era una anómala mansión de ladrillo emplazada frente al centro de los terrenos de la planta. Más antiguo que los edificios fabriles que se habían levantado para rodearlo e intimidarlo, poseía la estilización de una caja de galletas puesta de lado. Una capa de mugre industrial cubría el enladrillado y sus adornos, y sus paredes lucían manchas negras como rastros de lágrimas que caían de sus aleros.

La delgada esposa elfa abrió la puerta con el ceño fruncido por la desaprobación y le indicó a Jane que pasara.

—Vuelve dentro de dos horas —dijo, y le cerró la puerta en las narices a Blugg.

Sin más comentarios, se dio la vuelta y echó a caminar.

Jane no tuvo más remedio que seguirla.

La mansión era mucho más grande por dentro que por fuera. Fue conducida por una estrecha galería en cuya elevada tenuidad colgaban arañas de cristal como gigantescas medusas luminiscentes, por un tramo de escaleras y por una serie de habitaciones. Los muebles de la casa eran valiosos sin excepción y sin que ninguno estuviera definitivamente limpio. Los sofás de seda damasquina se veían raídos y las cortinas de encaje quebradizas como telarañas antiguas. El olor a tabaco y cera para los muebles se adhería a las paredes con texturas, ecos de mil ayeres que no se distinguían absolutamente en nada unos de otros.

Por el hueco de una puerta Jane vio una sala de estar donde todo el mobiliario descansaba cómodamente en el techo. De las paredes colgaban cabeza abajo estantes cargados de chismes y retratos al óleo, y una llovizna gris caía en sentido contrario al otro lado de las ventanas. La esposa elfa arrugó el entrecejo.

—No es para nosotras —dijo, y cerró con firmeza la puerta.

Se detuvieron finalmente en un dormitorio desalojado, con las vetustas colgaduras de la cama de cuatro postes empezando a desgarrarse en sus argollas, una vela en la mesita de noche agrisada por el polvo y ligeramente inclinada. De una balda cerrada la esposa elfa sacó una enorme caja de cartón. Crujió el papel de seda.

—Ponte esto. —Sostenía un vestido rosa.

Jane obedeció, doblando cuidadosamente sus ropas de trabajo a medida que se las quitaba. La esposa elfa chasqueó la lengua con desagrado cuando vio su ropa interior, y sacó de un cajón una mejor hecha de seda.

—Esto también.

El vestido era rosa caracola, de lino, con mangas cortas. Estaba adornado con frunces sobre el canesú, con diminutas flores rosas y hojas verdes bordadas en la tela. El fruncido caía hasta la cintura, y desde allí la tela se descolgaba recta hasta las rodillas. En el dobladillo había otro ribete de rosas bordadas.

La esposa elfa la observó, con el ceño arrugado y fumando, mientras se vestía.

—La juventud se desperdicia con los jóvenes —comentó en un momento dado. Pero no añadió nada más.

El vestido se abotonaba a la espalda con perlas. Retorciendo incómodamente los brazos Jane consiguió abrochárselos casi todos, pero el último, un solitario botón de perla en la nuca, se le resistía.

—Oh, por el amor de Cernunos —dijo la esposa elfa. Se le acercó con paso brusco y le abrochó el cuello—. Te puedes mirar en el espejo.

Jane, de pie frente al espejo ovalado con garras, esperaba ver cualquier otra cosa menos lo que vio: ella misma. El canesú del vestido le quedaba ajustado y le hacía las caderas grandes. Era para una niña mucho más pequeña que ella. Pero no le hacía parecer más joven, ni siquiera realmente distinta, tan sólo enfática y torpemente ella misma. Levantó una mano y su reflejo la imitó ansioso para tocarla. Se detuvo a punto de rozar el cristal.

—Por favor, señora. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Enseguida lo sabrás. —Abrió la puerta—. Por aquí.

Cinco minutos después entraban en un gabinete. Había leños relumbrando en una chimenea de arco alto. Los pilares a ambos lados sostenían el abovedado embaldosado de un triple techo. De las paredes colgaban cuadros y fotografías con marcos de similor y esmalte vidrioso, cornamentas, fetiches religiosos en tal abundancia que la vista no podía abarcarlos, y estanterías de libros encuadernados en cuero de colores otoñales. El suelo, por contra, estaba vacío a excepción de un diván, una mecedora y unas cuantas esteras.

Había un terrateniente elfo sentado en la mecedora almohadillada, sin mecerse. Era increíblemente viejo, pardo y nudoso como el tocón de un árbol. Tenía la mirada perdida al frente.

—Padre, ésta es la joven Jane. Ha venido a jugar aquí esta tarde.

Los ojos del terrateniente giraron, pero ése fue su único movimiento.

—Te gustará, ¿verdad? Siempre te han gustado los niños.

Jane habría saludado con una reverencia de saber cómo. Pero al parecer no se esperaba eso de ella. Se quedó plantada en el centro de la habitación mientras la esposa elfa sacaba una gran caja de madera de detrás del diván.

El terrateniente seguía sin reaccionar. Sólo sus ojos parecían estar vivos y no delataban sus pensamientos.

—Disculpe, por favor, señora —dijo Jane—. ¿Qué le pasa?

Envarada, la esposa elfa respondió:

—No le pasa nada. Es Baldwynn de Baldwynn. De los Hojaverde-Baldwynn. Trátalo con el respeto que se merece. Has venido para alegrar sus tardes. Si te comportas como es debido, podrás volver con regularidad. De lo contrario, no volverás. ¿Me he explicado bien?

—Sí, señora.

—Puedes llamarme señora Hojaverde.

—Sí, señora Hojaverde.

El cajón de los juguetes descansaba encima de la alfombra de la chimenea.

—Bien —dijo la señora Hojaverde—. Juega con esto, niña.

Insegura, Jane se arrodilló junto a la caja. Escarbó en su interior. Contenía una maravillosa mezcolanza de cosas: un juego de varitas de mymble con incrustaciones de marfil y madreperla. Una noria en miniatura que giraba de verdad, con asientos que se columpiaban y todos los signos del zodiaco pintados en los costados. Un juego de soldados de juguete, con arqueros y dragaminas, dos ejércitos completos, cada uno con su propio comandante brujo. Un cascabel de hadas que al agitarse inundaba la mente de un suave timbre, imponente mientras sonaba e imposible de recordar con exactitud un instante después. Piedrecitas para el juego de los cantillos y una pelota.

La señora Hojaverde se había instalado en el diván. Abrió un periódico y empezó a leer. A veces leía algún artículo en voz alta para ilustrar a su padre.

Jane se pasó dos horas jugando. No era ni por asomo tan divertido como se esperaba. Era consciente en todo momento de la presencia del terrateniente,

de sus ojos clavados en su espalda. Todo entraba por esos ojos, y nada salía. Poseía el aura más insana que hubiera sentido jamás, una poderosa presencia que se intuía peligrosa, caprichosa, aleatoria. De vez en cuando miraba de reojo las perneras de sus pantalones, nunca más arriba, y las puntas de sus alas brillantemente pulidas. Era como estar en el mismo cuarto con una caldera sobrecalentada, esperando a ver si explotaba.

—Aquí hay un artículo interesante. Están retirando progresivamente esos viejos acorazados clase Neptuno y reconvirtiendo los astilleros para la construcción de barcos lanzamisiles. Tienes acciones metidas ahí, ¿no?

El Baldwynn se quedaba sentado en su silla, sin mirar a nadie.

Era de noche cuando volvió a la puerta, vestida de nuevo con su ropa y extrañamente aliviada por escapar de esa habitación sofocante, su sobrenatural terrateniente y los aburridos comentarios de la señora Hojaverde. Blugg estaba en la escalinata, tiritando de frío. Tenía la mirada torva cuando Jane le miró a los ojos.

—Puedes traerla otra vez a la misma hora dentro de dos días —dijo la esposa ella. Luego, con formalidad—: Tienes nuestra gratitud.

Jane esperaba que Blugg le diera una paliza. Como mínimo le pegaría un pescozón en la oreja, y después protestaría y despotricaría todo el camino hasta el dormitorio. Pero una vez más, parecía curiosamente extasiado por las palabras de la señora Hojaverde.

—¡Gratitud! —dijo—. ¡Tienes nuestra gratitud! Eso ya es algo, vaya que sí.

No volvieron directamente al dormitorio, sino que atajaron por el patio de almacenamiento hasta la herrería, para que Blugg pudiera pararse a tomar un trago con un duende de las calderas que vivía allí en un horno de templado obsoleto. El duende era una criatura menuda y bigotuda que evidentemente admiraba el corpachón de Blugg y su seguridad en sí mismo. Sacó una jarra y dos vasos.

—¿Ha ido bien? —preguntó con ansiedad—. ¿Cómo ha ido?

—Ha sido un puto triunfo —le aseguró Blugg—. Tengo su gratitud. Su gratitud personal, nada menos, la gratitud de una Hojaverde.

Chocaron los vasos, y el duende suplicó que le diera más detalles.

El establecimiento estaba vacío y a oscuras, salvo por los fulgores rojos de los hornos alineados y una solitaria bombilla pelada que colgaba sobre el

horno del duende. Olvidada, Jane se refugió en las sombras. Encontró un hueco cálido tras la curva del horno y se instaló entre las cenizas. Olía agradablemente a humo de coque.

Sintiéndose cansada y sin ambición, Jane se reclinó y pensó en su dragón. Había dedicado la última semana a estudiar los diagramas de sus sistemas eléctricos y ahora los visualizó enteros, un entramado de brillantes líneas plateadas que flotaban en el espacio sobre un cielo de terciopelo. Era posible rotar la imagen en su mente y ver cómo los cables se cerraban, convergían y se adelantaban mientras orbitaban primero alrededor de un eje y luego del otro.

Transcurrido un momento, la sensación de la presencia del dragón en su interior se intensificó. La acompañaba una suerte de nerviosa energía, un asustadizo tipo de fuerza que repelía el sueño sin aumentar ni disminuir necesariamente su cansancio.

Había calor en la presencia del dragón, una satisfacción que era casi engreimiento porque no la hubieran tocado. Al mismo tiempo, sus profundidades eran asimismo turbias. Cuanto mejor lo conocía, más se daba cuenta Jane de que, moralmente al menos, el dragón no era mejor que Blugg o cualquier otro empleado de la planta.

Empero, tenían una causa en común.

—Él no quería —susurró Jane, sin saber si la oirían. Al otro lado del horno, Blugg y el duende se reían borrachos. Era fácil diferenciar los tímidos chillidos y el ronco retemblar del troll—. No era nada sobre lo que yo pudiera opinar.

Pero la presencia del dragón era afectuosa y aprobatoria. Se apoderó entonces de ella una compulsión. Sus pies se volvieron intolerablemente inquietos. No podía seguir detrás del horno ni un segundo más.

Silenciosa, sigilosa, se escabulló.

Había llegado el momento de conocer por fin al dragón.

4

Jane salió al patio de almacenamiento. La presencia del dragón le inundaba la cabeza como la mano que acciona una marioneta. Hacía frío en la calle, y la tierra era negra. Un puñado de cortantes copos de nieve, los primeros del invierno, caían meciéndose de un cielo bajo.

Sintiéndose horriblemente expuesta, bajó por el estrecho pasillo entre la herrería y la sala de montaje y dejó atrás las montañas de piezas de hierro para las calderas hasta llegar a las áreas de clasificación.

Al otro lado de una valla de seguridad los dragones arrastraban los pies y tintineaban encadenados. Jane se acercó furtiva, haciéndose pequeña e insignificante, temerosa de las máquinas carnívoras y dolorosamente consciente de sus cruentas y desdeñosas ideas. A la sombra de un almacén de bombonas de propano escaló la verja y aterrizó en el patio.

Uno de los dragones resopló, haciendo que saliera corriendo aterrada, como una hoja ante el viento.

Los dragones no se dignaron reparar en la figurita que correteaba entre sus sombras; sus ansias de destrucción eran mayores de lo que podría satisfacer una migaja como ella. Con las cenizas crujiendo bajo sus pies, se apresuró a pasar por delante de los altivos y majestuosos ingenios hasta llegar a una esquina en desuso del patio, tomada por la maleza.

Allí, entre una pila de tablas cubiertas de creosota y un altozano de enmohecidas cajas de munición, estaba la mole arruinada de un dragón. Estaba medio enterrado bajo las zarzas y la hierba seca, la malva loca y las agujetas de la Reina Mab. La herrumbre había perforado las placas de su caldera. Sobre un costado, en números mellados y descascarillados, se veía pintado: N° 7332.

Jane se quedó helada, temblando de desesperación.

¡Éste no podía ser su dragón!

—Ni siquiera está vivo —susurró—. No es él. —Mas, enferma de desilusión, sabía que se equivocaba. Estaba vivo, tullido y loco, mimando una última chispa de vida dentro de su cuerpo roto, cultivando alucinaciones. Y ella

se había dejado enredar por su demencia, por sus fantasías de evasión.

Quería darse la vuelta, echar a correr y no regresar jamás. Pero un impulso se apoderó de ella entonces, y no pudo controlar su cuerpo. Sus piernas la llevaron hasta los restos del dragón. Sus brazos buscaron la escalera que ascendía por el costado. Los peldaños resonaban bajo sus pies a cada paso.

Entró en la cabina arrasada por el fuego, toda óxido y putrefacción, y la puerta se cerró de golpe tras ella. Sola en la oscuridad, percibió los olores mezclados del carbón quemado y el combustible de alto octanaje. De las profundidades de la máquina se elevó un zumbido. Una tenue vibración estremeció el suelo y le subió por las piernas. El aire estaba caliente.

Despacio, como si una mano invisible estuviera girando un reóstato, los instrumentos se iluminaron. Una suave luz verdosa tiñó el interior del dragón.

La cabina se había transformado.

Lo que antes era óxido y plástico carbonizado era ahora acero cromado, cristal óptico y superficies suaves como el ébano. La columna calcinada en el centro de la cabina se reveló como el asiento del piloto, oscuro cuero escarlata con apoyabrazos acolchados.

Jane se subió a la silla. Ésta se ajustó a su peso, ciñéndole las caderas, elevándose para sostenerle la espalda. Todo estaba dispuesto tal y como especificaba el grimorio. Pasó las manos por los instrumentos de las máquinas. Pulsando un interruptor los elementos cibernéticos se rizaron a su alrededor. Asió los mandos de goma que había en los extremos de los apoyabrazos y les imprimió un cuarto de giro. Unas agujas gemelas se introdujeron indoloras en sus muñecas.

Unas gafas envolventes se cerraron sobre los ojos de Jane. Escudriñó a través de los sistemas de imagen virtual del dragón para ver un espectro más amplio que la vista humana, elevándose en la gama de infrarrojos y sumergiéndose en la de ultravioletas. Los patios eran un laberinto de líneas de energía anaranjadas y plateadas, las paredes de ladrillo de los edificios de ventas riscos de cuarzo púrpura. En lo alto, las estrellas eran cabezas de alfiler rojas, naranjas y verdes.

Luego cayó, sin sobresalto, en los recuerdos del dragón y sobrevoló Lyonesse a baja altura en un bombardeo de napalm. A su paso florecían nubes rosas cuyos penachos de humo cubrían selvas pluviales de un verde saturado. Sintió el estremecimiento de la aceleración hipersónica, el flujo laminar del aire sobre la superficie de sus alas al efectuar un viraje brusco para esquivar los disparos de un puesto antidragones. Las ondas eran un hervidero de mensajes de radio, gritos de rabia y victoria de sus primos y el desapasionado intercambio de coordenadas por parte de los pilotos. Aparecieron motas negras

sobre el horizonte, un escuadrón enemigo reunido apresuradamente para cortarles el paso. Exultante, giró para enfrentarse al nuevo reto.

Jane temblaba con el exceso de adrenalina y emoción ajena. Con lo que casi era un sollozo, exclamó:

—¿Quién eres?

Soy la lanza que clama por sangre.

Los ejércitos chocaban en un continente de noche permanente. La mente del dragón lo abarcaba todo, fría como un océano septentrional e igual de vasta. Jane se ahogaba casi en sus sueños de violencia. Una instantánea de guerreros elfos en tierra, enarboladas en alto sus lanzas mientras tomaban posiciones tras un montículo de cabezas cortadas. Sus sonrisas eran eléctricas, amplias, extasiadas. Una línea de trolls ardiendo como antorchas. Una ciudad portuaria hinchándose en sus puntos de mira, con sus esbeltas torres reduciéndose a esquirlas de cristal y polvo. Le caían lágrimas por las mejillas, grandes, húmedas y cálidas.

Planeaba ahora, sola, por encima de las nubes que brillaban más que las bombillas de cien vatios, con el aire frío como el hielo y etéreo como un sueño. La sed de sangre del dragón era suya, y sentía su atractivo, la belleza de su cruel simplicidad.

—¡No! No, quiero decir... ¿Cómo te llamas?

Abruptamente, fue expulsada de los recuerdos, con las muñecas irritadas al retraerse las agujas. A través de las gafas envolventes vio un dragón agazapado al otro lado del cercado, alzando un antebrazo rematado en garras. Contemplaba la luna sin parpadear. Una voz áspera y fría como la estática procedente de estrellas lejanas le habló por los auriculares de las lentes.

—Puedes llamarme 7332.

Jane se sentía mancillada. Por mucho alivio que le produjera verse libre de la mente del dragón, anhelaba volver a entrar en ella, sentirse una vez más intensamente libre de dudas y vacilaciones. Mirando fijamente al dragón al otro lado del patio, sintió el impulso de subirse a él y volar lejos, volar para siempre, para no regresar jamás.

—Y lo harás —le prometió 7332.

—¿De verdad? —De pronto a Jane le costaba imaginárselo—. Por fuera pareces tan... oxidado, roto.

—Tácticas de sigilo, mi pequeña salvadora. Si nuestros amos supieran que todavía funciono, rematarían el trabajo que empezaron cuando me trajeron aquí. Soy demasiado peligroso como para ignorarme.

Los dedos de Jane recorrieron suavemente los paneles, acariciando los mandos de los potenciómetros y rozando las hileras de interruptores que noche tras noche había memorizado gracias al grimorio. Tenerlos ahora delante desplegaba ante ella un mareante abanico de posibilidades.

—¿Nos podemos ir ya? —preguntó.

Un ronco ruido de motor retumbó desde el tórax y a través del cuerpo entero de Jane. 7332 se estaba riendo.

—Tienes el grimorio; por algo se empieza. Con eso y tres llaves, podremos irnos cuando queramos.

—¿Tres llaves?

—La primera es un rubí con una mancha de cromo en el centro.

—¡Lo he visto! —dijo Jane, sobresaltada—. Lo he... —Se calló—. ¿Fue cosa luya?

—Debes prestar atención. Tenemos poco tiempo. El rubí activará mi sistema de guía láser. Ésa es la primera llave. La segunda es una cosa muy pequeña. Parece una nuez, pero está hecha de bronce y es fría al tacto.

—La he visto... —dijo Jane, dubitativa.

—Está en el cajón de los juguetes del estudio del Baldwynn. —Jane dio un respingo—. Debes traérmela; contiene parte de mi memoria. La tercera llave ya la tenemos: tú.

—¿Yo?

—Tú, oh, niña trocada. Para empezar, ¿por qué crees que te secuestraron los Tylwyth Teg? ¿Para que te asaras y derritieras de sudor en las fábricas? ¡Eso no sería rentable! No, simplemente te dejaron aquí hasta que fueras lo bastante mayor para resultar útil. Los dragones, como ya sabrás, están hechos de hierro frío alrededor de un corazón de acero negro. Generamos una fuerza magnética cancerígena para los lores elfos y sus lacayos. Ellos no pueden pilotarnos. El piloto ha de tener sangre mortal.

—Entonces... ¿Voy a ser piloto? —Era un futuro deslumbrante; la ambición cegó por un segundo a Jane, que se olvidó por completo de la fuga.

7332 se rió, y no cariñosamente.

—¿Un piloto humano? ¡Imposible! Los pilotos tienen que ser dignos de confianza, leales al sistema, ligados a él por la sangre y el adiestramiento. Sólo los mestizos pueden obtener la licencia para pilotar dragones.

»No, tu papel es el de reproductora.

Jane tardó un momento en asimilar las implicaciones. Cuando lo hizo,

fue con la conmoción de un impacto físico. ¡Querían usarla como yegua de cría! Que tuviera niños para ellos... niños semielfos que le serían arrebatados al nacer para formarse como guerreros. Prendió en ella una fría cólera.

—Dime cómo te llamas.

—Ya te lo he dicho.

—Ése sólo es tu número de serie. Necesito tu nombre para conseguir tus especificaciones de manejo. —Había cientos de modelos a los que podía pertenecer esta criatura; el índice del grimorio no se acababa nunca. Sin la clave maestra, un número de serie no le serviría de nada—. No podré manejarte si no tengo las instrucciones.

—Nada de nombres.

—¡Lo necesito!

Una traza de ira tiñó el frío susurro cargado de estática.

—Trocada, ¿por quién me tomas? Estoy muy por encima de tu especie. Tu misión consiste en liberarme, y a cambio, yo te sacaré de aquí. No aspires a lo imposible.

—No podré deshacer tus ataduras si no sé tu auténtico nombre —mintió Jane—. ¡Lo pone en el grimorio!

Se apagaron las luces.

Jane se quedó sentada en la oscuridad, en medio de los agonizantes chirridos de los servomecanismos que retiraban los elementos cibernéticos. La puerta se abrió de golpe.

El glamour debía de haberse renovado o perdido, pues a la fría luz de la luna el interior de 7332 volvía a verse devastado y sin vida. Jane se puso de pie, sacudiéndose los copos de vinilo calcinado que se adherían a la espalda de su vestido.

—¡No pienso cambiar de opinión! —dijo desafiante—. Necesitas mi ayuda. Así que si quieres volver a ser libre, tendrás que decirme tu nombre. —Aguardó, pero no hubo respuesta.

Se fue.

Blugg tenía un plan. Jane no alcanzaba a imaginarse cuál podría ser, pero sus maquinaciones la mantuvieron ocupada en días sucesivos, corriendo de la tienda de muelles a la casa de básculas, del taller de automoción a la tienda de pernos y vuelta otra vez pasando por el laboratorio de metafísica. La enviaron a

la sala de motores de cilindros a reservar tres días con la mandrinadora, y luego al garaje de ténders a recoger un sobre sellado de manos de un viejo ingeniero rebajado de categoría que había perdido un ojo y las dos orejas en cierto castigo disciplinario ejecutado por la empresa hacía mucho tiempo. Cuando fue al almacén de suministros químicos para ver cuánto compuesto de brionia en gelatina había a mano y sin solicitar, el empleado se bajó las gafas con montura de alambre y la traspasó con sus ojos ribeteados de rosa.

—¿Para qué lo quiere saber Blugg? —preguntó.

Jane se encogió de hombros, incómoda.

—No me lo ha dicho.

—Está luchando por el ascenso... eso está claro. Todo el mundo dice que cuenta con el respaldo del Baldwynn para este proyecto. Todo el mundo lo dice pero nadie lo sabe de seguro. Aquí las líneas de autoridad son tan difusas que cualquier gamberro con una cucaracha en el cráneo puede... —Se enderezó de repente—. ¿De verdad cuenta con el favor del Baldwynn? ¿Cómo podría encontrarse en esa posición un don nadie como Blugg? Pero si no fuera así, ¿cómo se atrevería? ¿Qué está tramando?

—De verdad que no lo sé.

—Debes de saber algo. —El oficinista era marrón como la corteza y tan grotescamente delgado que los ojos le sobresalían a los lados; parecía ser un montaje de ramitas, como los hombres de palo que se ahorcaban y quemaban la noche de Hogmanay. Apuntándola con sus dedos traqueteantes, dijo—: Los esbirros siempre saben algo. —Lo que debía de pensar que era una sonrisa conciliadora le dividió el rostro en dos—. Correteando y escabullándose como ratones, metiendo los bigotitos en todo.

—Que no, de verdad.

—¡Chorradas! —Descargó un puñetazo sobre el mostrador—. Tiene algo que ver con Grimpke, ¿a que sí? Ese viejo bastardo desorejado de la Sección A. —Ladeó la cabeza para poder escudriñarla con un solo ojo—. ¡Me lo figuraba! Tendrá algo que ver con su famosa pierna protésica, seguro. —Se echó relajadamente hacia atrás, carcajeándose—. Bueno, si Blugg cree que eso va a convertirle en el niño bonito de Dirección, le puedes decir... le puedes decir... —Una expresión astuta se apoderó de su rostro cenceño—. No, no se lo digas. Dile... —Se giró para echar un vistazo por encima del hombro a las filas de barriles colocadas en los estantes de malla de acero que tenía a su espalda—... dile que sólo nos queda medio barril de brionia, y que si quiere más tendrá que presentar documentación de los muchachos del laboratorio.

Mientras Jane se alejaba, oyó las risas del oficinista de suministros a su espalda.

—¡Grimpke! ¡Menudo chiste!

La siguiente vez que se escondió en la pared, Jane no se instaló en el pequeño nido que se había construido allí. Dejando abajo el grimorio, escaló entre las paredes, buscando las riostras y tirantes para apoyar los pies descalzos. Era asombrosamente fácil. Subió con cuidado todo el camino hasta la misma cima. Allí siguió las frías corrientes de aire hasta descubrir su origen, una trampilla que tiempo atrás había proporcionado acceso al tejado.

Cuando intentó abrirla vio que la habían cubierto de impermeabilizante y no cedía. Pero no le costaría mucho sustraer un cuchillo.

Al día siguiente, hacia el final del turno, Gallo la abordó con un nuevo plan para fugarse. Se encontraban en pleno descenso de la producción estacional, y en vez de enviarlos pronto al dormitorio, Blugg les había dado a los niños escobas y barriles de compuestos de limpieza y los había puesto a limpiar el suelo del taller de diseño.

Era una tarea inútil. Los pisos se habían tendido con enormes vigas de roble hacía casi un siglo, y estaban tan deformados y desgastados por generaciones de pies que la madera entre las líneas de grano se había colapsado en profundos surcos y rendijas, formando inagotables filones de tierra y polvo. No había escoba capaz de barrer aquello.

Pero mientras los pequeños fingieran trabajar Blugg se quedaría en el despacho del director de diseño y los dejaría en paz. Jane podía ver el cuchitril por la ventana mural que rodeaba el edificio, justo por debajo del techo: una modesta madriguera de oficinas, todas ellas enmoquetadas y limpias, un mundo sereno y distinto de aquél en el que trabajaba ella. Grimpke estaba arriba con él en el despacho prestado. Los dos viejos ogros se veían encorvados y solemnes sobre sus calendarios de producción.

—Mira. —Gallo sacudió un recogedor repleto de polvo y cerosas migas de compuesto delante de la cara de Jane—. ¿Adónde crees que va a parar esto?

Jane lo apartó de un empujón.

—Otra vez al suelo, a no tardar mucho.

—Muy graciosa. No, escucha. Lo echamos en esos bidones, ¿no? Luego vienen un par de trastolillos que cargan con ellos y vacían la basura en un contenedor, ¿vale? Entre las virutas y el serrín, los restos de embalaje,

bombonas de desechos químicos y cosas así. Después llega un camión y vacía los contenedores. ¿Adónde crees que va ese camión?

—A la cafetería.

—¡Payasa! Sale por una puerta de servicio en la pared este. Lo más lejos posible del Reloj Registrador... ¿Lo pillas? Lo más lejos posible del Reloj Registrador.

—No seas ridículo. ¿Te quieres encaramar a los bajos de un camión de la basura? ¿Tú has visto los dientes que tienen esos chismes? Afilados como navajas y más grandes que tu cabeza. Como esa cosa te pille entre sus fauces, puedes darte por muerto.

—¿Estás segura?

—No, claro que no estoy segura. Pero no vale la pena arriesgarse.

Gallo adoptó una expresión resabiada.

—Está bien, digamos que la única vía de salida pasa por el Reloj. ¿Cómo lo hace la gente? Con sus tarjetas perforadas, ¿no? Pero supongamos que nos pudiéramos hacer con un par de fichas. Si encontráramos la manera de entretener a quienquiera que las utilice habitualmente, podríamos...

—No cuentes conmigo. —Jane empezó a alejarse barriendo vigorosamente.

—¡Jane! —Gallo corrió tras ella. Tras echar un rápido vistazo hacia arriba, le agarró el brazo y la llevó a la sombra de una columna—. Jane, ¿por qué estás en mi contra? Todos los demás están de parte de Dimity, menos tú. Y Dimity te odia con toda su alma. Así que, ¿en qué bando estás? Tienes que elegir.

—No pienso ponerme de parte de nadie nunca más. Los bandos son estúpidos.

—¿Qué hace falta? —preguntó desesperadamente Gallo—. ¿Qué hace falta para conseguir que vuelvas a aliarte conmigo?

No iba a dejar de atosigarla hasta que accediera a formar parte de sus imbéciles planes. En fin, había decidido hacer lo que fuera necesario para salir de aquí. Lo mismo podría utilizar esto a su favor.

—Vale, te diré una cosa. Vas a sitios a los que yo no llego. Consígueme una tuerca hexagonal. Una virgen, eso sí. Que esté sin utilizar todavía.

Veleidoso como de costumbre, Gallo sonrió con lascivia y se agarró la entrepierna.

—También estoy harta de tus groserías. Ayúdame o no me ayudes, me da lo mismo. Pero si no estás dispuesto a hacerme este favor de nada, no veo

por qué debería jugarme el tipo por ti.

En tono dolido, Gallo repuso:

—Oye, ¿pero yo qué te he hecho? ¿No he sido siempre tu amigo? —Cerró el ojo sano y se dio un toquecito con el dedo en la nariz—. Si te echo una mano, ¿me ayudarás tú a mí? ¿Con mi plan?

—Sí, claro —dijo Jane—. Claro que sí.

Cuando Gallo se fue, Jane avanzó barriendo fatigosamente hasta el rincón más oscuro de la nave. Había sido un día agotador y todavía tenía que ir a jugar a la casa de la señora Hojaverde. Esperaba fervientemente que Blugg no se abstrajera tanto en su proyecto como para dejarla esperando en el vestíbulo del Castillo como llevaba haciendo ya tres días seguidos.

Dimity estaba esperándola en las sombras y la agarró justo por debajo del hombro.

—¡Ay! —Su pobre brazo se estaba llenando de moratones.

Dimity se limitó a apretar aún con más fuerza.

—¿De qué hablabais Gallo y tú?

—¡De nada!

Dimity se la quedó mirando intensamente con los ojos como dos serpientes enroscadas. Al fin soltó a Jane y se dio la vuelta.

—De nada, más te vale.

Conforme se desgranaban las semanas de invierno los planes de Blugg iban madurando. Empezaron a llegar criaturas trajeadas que querían entrevistarse con él. Se volvió más comunicativo y ponía más cuidado en el vestir, añadiendo una corbata de lazo a su camisa de trabajo y bañándose tres veces a la semana. Encima del taller de montaje, en una nave abandonada —cerrada por reparaciones estructurales que no se programarían hasta que remontara el clima económico— estaba cobrando forma un prototipo de la pierna protésica de Grimpke.

En una de sus incursiones en la Sección A, Jane se guardó en el bolsillo una tira de cuero verde que encontró en el suelo del taller de acabados. Robó algo de hilo pesado y una aguja curva, y sacrificó algo de su tiempo con el grimorio para hacerle un parche a Gallo. Le llevó más trabajo de lo que había previsto, y empezaba a sentirse irritada cuando lo terminó. Pero cuando despertó a Gallo para regalárselo, el muchacho se conmovió e ilusionó de tal manera que Jane tuvo que avergonzarse.

—¡Es genial! —Gallo se sentó en la cama y se desenrolló el trapo de la cabeza, revelando por un horroroso instante la ruina que era su ojo. Luego agachó la cabeza, tiró de la banda para ajustaría, y cuando se incorporó volvía a ser el mismo Gallo de antes. Su sonrisa llegaba más lejos hacia un lado de su cara que hacia el otro, como si intentara compensar el desequilibrio de más arriba. Los rizos de su flequillo caían sobre la tira dándole el aspecto de un jactancioso pirata.

Se bajó de la cama de un salto.

—¿Dónde hay un espejo?

Jane meneó la cabeza, riéndose para sus adentros, contagiada por su emoción. Pues evidentemente no había ningún espejo en el dormitorio ni en las inmediaciones. La normativa de seguridad industrial los prohibía.

Gallo se encajó los pulgares en las axilas, convirtiendo sus codos en puntas de alas, y se apoyó en una sola pierna.

—¡Ahora que Dimity tenga cuidado conmigo!

Alarmada, Jane dijo:

—Oh, no busques pelea con ella. Por favor, no.

—No soy yo el que busca pelea.

—Es más fuerte que tú. Ahora.

—Sólo porque los demás niños la hacen fuerte. Sin la fe que depositan en ella, no es nadie. Todo ese poder regresará volando a mí en cuanto mate a Blugg.

—No puedes matar a Blugg.

—Ya lo verás.

—Bueno, no pienso seguir escuchando esto —dijo Jane—. Me acuesto. —Y se acostó.

Pero no sin el desagradable presentimiento de que su inocente regalo había desencadenado algo incontrolable.

Jane estaba de guardia frente al despacho de Blugg cuando apareció Gallo con la tuerca hexagonal que había prometido robar para ella. Le guiñó el ojo sano y se la puso en la mano.

—¿Está limpia? —preguntó Jane.

—Pues claro que sí —respondió Gallo—. ¿Por quién me tomas? ¿Por una

especie de follaherramientas?

—No seas grosero. —Jane deslizó la tuerca bajo su chaleco y la guardó en un bolsillo. Iba a convertirse en una ratera experta; los movimientos ya le salían de forma automática. Para su sorpresa descubrió que disfrutaba activamente robando cosas. Le producía un oscuro y estremecedor placer ponerse en peligro y aun así conseguir eludir el castigo.

Para cuando Jane volvió del Castillo esa noche, los demás niños ya estaban dormidos. Con fluidez ensayada se quitó la bata, se metió debajo de su cama y levantó la tabla suelta. Ágil como un mono nocturno escaló el interior de la pared. El cuchillo que había empleado para cortar el impermeabilizante estaba guardado dentro de una vigueta para futuras necesidades. Levantó la trampilla.

El viento le azotó la piel como un trallazo. Se agazapó en el tejado, con la piel azul por el frío. Pero la Dama Luna le dio fuerzas para soportarlo. Con toda su voluntad contempló fijamente la tuerca hexagonal que tenía en la mano, concentrándose en las especificaciones que había memorizado: sus dimensiones, peso y dureza, la composición exacta de su aleación.

No ocurrió nada.

La agitó en el centro exacto de su palma, concentrándose en su peso y tacto, el pálido refulgir de la luz de luna sobre su superficie facetada, la apretada espiral del hilo que recorría su núcleo. Con un chasquido apenas audible, sintió cómo la comprensión que tenía de ella encajaba en un todo perfecto.

Te conozco, pensó. Vuela.

Se elevó dando vueltas en el aire.

Jane se sintió satisfecha. Conocer la naturaleza de la tuerca hexagonal le confería poder sobre ella. Tenía que hacer lo que ella quisiera. Del mismo modo, sabía que pese a todas las reservas del dragón, 7332 la necesitaba. Algún día tendría que llamarla. Para entonces estaría preparada. Se sabría todas sus especificaciones de memoria. Todas sus medidas de seguridad y códigos de activación. Necesitaba su nombre para saber cuál aplicar. Pero lo conseguiría. Cuando se marcharan, se iría sabiendo el nombre del dragón.

Estaría al mando.

—¿Qué haces aquí arriba?

Jane giró en redondo, horrorizada. Gallo estaba saliendo por la trampilla.

Tenía una enorme sonrisa que mostraba todos sus dientes y Jane, recordando su desnudez, intentó vanamente cubrirse con las manos.

—¡No mires!

—Demasiado tarde. Ya lo he visto todo. —Gallo se rió—. Eres igual que la mismísima Glam, trotando por los tejados. —Tendió los brazos hacia las sombras a su espalda y sacó una manta. Se la echó despreocupadamente sobre los hombros—. Ten. Eso debería demostrar que estoy de tu parte, después de todo.

—Oh. Otra vez con los bandos. —Ruborizada, Jane se envolvió con firmeza en la manta.

Gallo se puso de puntillas, estirando un brazo hacia la luna, como si pudiera desprenderla del cielo. Se alargó tan alto y delgado que parecía que estuviera intentando hacerse uno con el viento.

—Oye, qué vista más bonita tienes aquí. —La miró entornando los ojos—. ¿Te sentirías mejor si yo también me quitara la ropa? —Empezó a desabotonarse los pantalones.

—¡No!

—Oh, vaya. —Gallo se encogió de hombros y volvió a cerrarse los botones. Luego, de pronto, se dejó caer de rodillas ante ella—. Jane, he estado venga a darle vueltas, a ver cómo podía hacer para volver a caerte bien.

—Ya me caes bien, Gallo. Tú lo sabes. —Jane se apartó discretamente de él y Gallo la siguió arrodillado para que la distancia que los separaba no se agrandara.

—Sí, pero no quieres ayudarme. Dices que lo harás, pero no hablas en serio. O sea, ¿sabes lo que te digo?

Jane bajó la mirada.

—Sí.

La voz de Gallo se empequeñeció, como si estuviera admitiendo algo vergonzoso. Jane hubo de esforzarse para distinguir sus palabras.

—Por eso he pensado que a lo mejor nos deberíamos decir nuestros nombres verdaderos.

—¿Cómo?

—Ya sabes. Tú me dices el tuyo y yo te digo el mío. ¡Eso significa que realmente confías en alguien, porque cuando sabe tu nombre verdadero te puede matar así de fácil! —Chasqueó los dedos.

—Gallo, soy humana.

—¿Y? No te lo tengo en cuenta. —Su expresión era dolorida, herida. Ahora era perfectamente vulnerable a ella, aunque no supiera su nombre verdadero. A Jane se le encogió el corazón por él.

En voz baja, le dijo:

—No tengo un nombre verdadero.

—Mierda. —Gallo se acercó al borde mismo del tejado y por un momento interminable se quedó mirando fijamente el lejano suelo. Jane estaba atenazada de temor por él, pero al mismo tiempo tampoco se atrevía a llamarlo por miedo a que se cayera. Al cabo, Gallo extendió los brazos por completo a ambos lados y giró sobre sus talones. Se dirigió a ella con paso airado—. Te lo voy a decir de todas formas.

—¡Gallo, no!

—Acu. Significa Aguja. —Se cruzó de brazos. Su semblante había adoptado una expresión sobrecogedoramente serena, como si todos sus miedos y preocupaciones se hubieran esfumado de repente. Jane se descubrió casi envidiándolo—. Ea. Ahora puedes hacer lo que quieras conmigo.

—Gallo, no sé qué decir.

—Oye, todavía no me has dicho qué haces aquí arriba. —La tuerca hexagonal se había caído del aire al aparecer Gallo. Todo este tiempo Jane la guardaba en el puño apretado. Ahora Gallo le abrió los dedos y le quitó la tuerca—. Ahhhh. —La miró a través del agujero—. Así que para eso la querías. Estás aprendiendo a usar los nombres de las cosas contra ellas.

Aturdida, Jane asintió con la cabeza.

—Sí, me... me encontré este grimorio, sabes...

—Sí, ya, le pasé por encima al pie de la pared. —La voz de Gallo hervía de entusiasmo—. Oh, es perfecto. ¡Eso significa que cualquier cosa se puede volver contra Blugg! Podemos aplastarlo bajo una montaña de calderas, podemos echarle bronce fundido por encima, llenarle las arterias de plomo particulado.

—Gallo, ¿por qué estás tan obsesionado con Blugg? Déjalo. La venganza no va a ayudarte a escapar.

—Oh, escapar me da igual.

—Pero si dijiste...

—Sólo porque eso era lo que querías. Desde mi enfermedad, desde que perdí el ojo, la visión no ha dejado de hacerse más fuerte en mi interior. ¿Qué más da a qué lado de las puertas de la fábrica me encuentre? Aquí y ahora puedo ver mundos como nunca te has imaginado. Cosas para las que no tienes

palabras. Y a veces tengo premoniciones. —Frunció el ceño con una solemnidad impropia de Gallo y dijo—: Por eso no dejo de intentar advertirte. Estás metida en algo, y cuanto más intentas zafarte, más te enredas. —Entonces se rió, Gallo de nuevo—. ¡Pero ahora trabajamos juntos! Primero tú me ayudas a matar a Blugg, le quitamos su tarjeta perforada y podrás salir de aquí. Es hermoso de puro simple.

Jane se sentía fatal. Los planes de Gallo no eran los de ella. 7332 de ninguna manera le permitiría llevarse a Gallo con ella cuando escaparan.

Podía sentir la presencia del dragón incluso ahora, un medio saturante que impregnaba toda la planta. Incluso allí, debilitada por la luz de la luna, su influencia era casi tangible. Podía sentir la férrea certeza de su repulsión en el fondo del cráneo.

—No dará resultado. Sólo es otra de tus fantasías infantiles.

—No seas así. Te estás dejando atrapar por la ilusión de la existencia. —Gallo le tendió una mano—. Ven, deja que te lo enseñe.

Jane lo tomó de la mano.

—¿Enseñármelo? ¿Cómo?

—Sabes mi nombre, ¿verdad? Bueno, pues úsalo.

—A... Acu —dijo Jane, dubitativa—. Muéstrame lo que ves.

Caminaban por una acera oscura en invierno. Había parches de nieve sin recoger pisoteados hasta quedar reducidos a negras callosidades, duras como la roca y resbaladizas como el hielo. Los edificios de piedra y cristal se elevaban hasta perderse de vista. Por doquier se veían luces, revistiendo los inacabables escaparates, parpadeando en escuálidos árboles deshojados, deletreando palabras en enormes afiches en un alfabeto curiosamente familiar pero indescifrable para ella. Las calles estaban atestadas de máquinas que se movían como si estuvieran dotadas de vida pero sin voz propia, tan sólo el rugir de sus motores y el bramar de las bocinas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Jane, extrañada.

Gallo sacudió la cabeza.

Siguieron caminando, entre multitudes de gente callada, sombría. Nadie les hablaba ni atosigaba. Era como si fueran fantasmas.

En una ventana vieron árboles de hoja perenne salpimentados de palomitas y papel de aluminio e hileras de soldaditos de pan de jengibre. Bajo los abetos se amontonaban descomunales tesoros dignos de un ogro

consistentes en juguetes, ositos con arneses que aporreaban pequeños tambores, máquinas que imitaban en brillante miniatura a las de la calle, muñecas vestidas con tafetán ribeteado de encaje, una jirafa de peluche casi de tamaño natural.

Jane no había visto nunca nada ni ningún sitio que se pareciera a este repositorio de extrañas riquezas, pero un eco resonante del espíritu le decía que este lugar era en cierto modo idéntico a o congruente con el mundo de sus primeros recuerdos, un tiempo y espacio donde ella era pequeña y se sentía protegida y feliz.

Empezó a llorar.

—Gallo, llévame a casa, por favor.

El chico se volvió hacia ella, sorprendido, y le soltó la mano sin pensar.

Volvían a estar en el tejado de la fábrica.

—Ea. —Gallo le dio un beso en la mejilla—. Ahora confiamos plenamente el uno en el otro.

Se acababa el tiempo. Jane podía sentir la vibración aplastante de los acontecimientos que convergían, colocados en su sitio por los engranajes del destino. A la noche siguiente, mientras fingía jugar con los juguetes, Jane cerró la mano en torno a la pepita de bronce codiciada por 7332. A modo de distracción sacó una mano de cadáver de la caja y la agitó de un lado para otro como si fuese una hechicera. Esto complacía a la señora Hojaverde, lo sabía, esta conducta pueril; cuanto más infantilmente se comportara, más feliz era la vieja elfa.

Giró hábilmente el cuerpo para ocultar el hurto, apañando la pepita con un lánguido ademán y guardándosela entre las ropas. La señora Hojaverde, absorta en su lápiz y su revista, no se dio cuenta de nada. Con gesto casual, pese a que el Baldwynn nunca posaba la vista directamente en nada, Jane lo miró de reojo para asegurarse de que tampoco él la estuviera observando.

Se le escapó un jadeo.

El terrateniente elfo no estaba en su silla. Donde estaba antes flotaba ahora un huevo de luz. Palpitaba suavemente. Sobre su fría superficie lisa hormigueaban pálidos colores. Jane se apartó de aquella cosa, irracionalmente temerosa de que abandonara su asiento y viniera tras ella.

La señora Hojaverde levantó la cabeza de sus acrósticos.

—Jane —dijo en tono admonitorio—. ¿Algún problema?

—No, señora Hojaverde —se apresuró a responder la pequeña.

Pero la señora Hojaverde se había vuelto ya hacia su padre. Su boca se abrió en una O redondita y se le desorbitaron los ojos como si acabara de

convertirse en un pez por arte de magia. Su tribulación era tan cómicamente exagerada que Jane hubo de reprimir el impulso de soltar una risita.

Con las revistas deslizándose de su regazo, la anciana esposa elfa se incorporó. Asió la mano de Jane con una presa irreflexivamente dolorosa y la sacó sin perder tiempo de la estancia.

Una vez la puerta estuvo firmemente cerrada, la señora Hojaverde se encaró con Jane, con la piel sobre el rostro tirante y blanca, su boca una hendidura carente de labios.

—Esta noche no has visto nada, ¿entendido? —Zarandeó el brazo de Jane para enfatizar sus palabras—. ¡Nada!

—No, señora.

—Somos una familia antigua, respetable, no hemos sufrido traza alguna de escándalo desde... ¿Qué estás mirando?

—Nada. —Jane temía que la esposa elfa fuera a pegarle. Pero en vez de eso fue conducida directamente al vestíbulo, aunque sólo había pasado la mitad del tiempo previsto en la casa. Se le devolvieron sus ropas de trabajo, y se volvieron a envolver en papel blanco su vestido de juegos y sus prendas íntimas de encaje. Era pronto todavía, faltaba por lo menos una hora para que Blugg acudiera a recogerla, cuando fue depositada en los escalones de la entrada.

—Creo que no será necesario que vuelvas mañana —dijo inflexivamente la señora Hojaverde.

Cerró la puerta.

Blugg se presentó media hora tarde. Jane lo aguardaba agonizando de expectación. Cuando llegó al fin, sobresaltado al hallarla esperando fuera y no en el recibidor como en ocasiones anteriores, exigió saber por qué. Entonces, cuando Jane le refirió las últimas palabras de la señora Hojaverde, Blugg echó la cabeza hacia atrás y profirió un aullido. Era un sonido espantoso, compuesto de dolor y de la tristeza de los sueños rotos.

Cuando regresaron al dormitorio, Blugg le dio una paliza.

5

Levantarse de la cama a la mañana siguiente le supuso un suplicio. El costado de Jane ardía de dolor. Una de sus piernas cedió ligeramente cuando cargó peso sobre ella, confiriéndole una extraña cojera renqueante. Tuvo que tomar las cucharadas de gachas por el lado izquierdo de la boca; la otra mitad quedaba deformada por un bulto del tamaño de un huevo.

Blugg echó un vistazo a Jane y le arrancó el chaleco de mensajera de la espalda. Se lo tiró a Dimity, que se lo pasó por la cabeza y lo siguió afuera a su despacho imprimiendo un pequeño volante triunfal a sus faldas.

Para su asombro y humillación, Jane descubrió que perder el puesto era ciertamente doloroso.

Pero el proyecto de Blugg no se vino abajo con la pérdida del mecenazgo del Baldwynn. Ya había echado a rodar; la masa de ambiciosos directores de segunda que habían invertido su tiempo y prestigio en la empresa era demasiado grande como para permitir que todo se quedara en nada.

Paradójicamente, el proyecto ganó velocidad con el despido de Jane por parte de la señora Hojaverde. El prototipo, que llevaba semanas ociosamente incompleto en su sala de montaje, fue prontamente finalizado, probado y engrasado. Cosiaca, Rastra y Tresojos se pasaron un día entero bruñendo su superficie hasta dejarla reluciente como un espejo.

Por las noches, Gallo se colaba en la pared para estudiar el grimorio. Insistió en que Jane le mostrara el capítulo relacionado con el ensamblaje de cámaras, y repasó todos los diagramas una y otra vez hasta estar seguro de haber identificado el empleado como prototipo por el arrugado y viejo ingeniero Grimpke.

—No tenemos mucho tiempo —le dijo a Jane—. He estado hablando con Hob... Hob el capataz de fundición blanca, no Hob el cojo... y me ha dicho que dentro de cinco días vendrá por aquí cierto mandamás relamido de la oficina principal para echarle un vistazo a la pierna. El inspector general del departamento para la evaluación de solicitudes. —Poco menos que canturreó las palabras; Gallo sentía un inusitado cariño por los títulos rimbombantes—.

Corre el rumor por la planta de que han tenido que mover un montón de hilos para traer aquí al inspector general, y ahora corren que se las pelan como Lady Corus, intentando tenerlo todo atado y bien atado a tiempo.

—Gallo, olvídate de esta locura —susurró Jane. El espacio era reducido dentro de la pared y pese a estar completamente vestida, la azoraba el tener que apretujarse contra Gallo de esta manera—. Jamás conseguirás volver contra Blugg su propio montaje.

—Claro que sí. —Gallo se estremeció de frío o de emoción, Jane no supo decir cuál—. Esas garras de titanio se sacudirán y girarán y al final se cerrarán sobre ese gordo cabrón de los cojones. Despacio, para que le dé tiempo a asustarse. Y luego... va a ser genial.

—De todas formas, no veo cómo esperas tener todas esas cifras memorizadas en cinco días. ¡Deben de ser como siete páginas!

—Me las apañaré —repuso gravemente Gallo.

Frunció el ceño sobre los números, con el rostro sombrío y casi invisible a la argéntea luz rúnica. Jane sabía lo difícil que era hacer lo que él se proponía. Ella misma había reducido sus ambiciones de controlar por completo a su dragón a dominar varias funciones clave de sus sistemas ópticos y de procesamiento.

—Ni siquiera me creo que sepas leer los números.

—Claro que puedo.

—¿Qué pone aquí, entonces? —Apuntó con un dedo a las runas que hablaban de 3,2 ohmios.

—Mira, no me hace falta entender estos garabatos para aprendérmelos de memoria. Puedo ver la pinta que tienen tan bien como tú. Los memorizaré como si fueran imágenes.

Era una tarea imposible la que se había impuesto Gallo. Jane lo dejó allí y se volvió a la cama, agradeciendo la oportunidad de dormir un poco y convencida de que Gallo se rendiría tras un día de esfuerzo, dos a lo sumo. Entonces ella podría reanudar sus estudios.

Pero Gallo no desistió. Aquella noche y la siguiente y otras tres después de ésa, Gallo se colaba en la pared y se quedaba hasta el alba comulgando con el grimorio. Jane se descubrió resentida por el tiempo que pasaba allí. Era, a fin de cuentas, su libro, y lo necesitaba para algo serio. Gallo, sin embargo, desestimó todos sus apuntes, sugerencias, y por último exigencias para que estudiaran el grimorio en noches alternas.

Era imposible hacerle entrar en razón. Gallo estaba obsesionado.

La noche previa a la inspección programada, todos los niños hicieron cola ante la sala de baños y se asearon, pese a estar en mitad de la semana. Los iban llamando de uno en uno. Dimity supervisaba a las chicas, blandiendo un cepillo tieso para llegar a los sitios que pudieran pasar por alto, en tanto Blugg observaba francamente divertido.

El cepillo entró en acción con vigor particular cuando le llegó el turno a Jane de meterse en el bebedero de zinc. Dimity parecía estar demostrándole algo a Blugg, algo que Jane no alcanzaba a descifrar.

—¡Quítate esa ropa, putilla! —le chilló—. ¡A ver cómo te mueves!

Jane mantuvo la mirada inamoviblemente apartada de Blugg mientras se desvestía y encaramaba torpemente a la bañera. Ya casi se había recuperado por completo de la paliza, pero todavía presentaba algunas magulladuras, amarillo y negro alrededor de nubes púrpuras, como un temporal bajo la piel. El agua aún estaba caliente; en su superficie flotaban finas franjas untuosas de jabón.

—¡Te has cagado, guarra!

—¡Mentira! —gritó involuntariamente Jane.

—¿Entonces qué es esto? —Dimity metió el cepillo entre las piernas de Jane y restregó fuertemente con movimientos bruscos, arrancándole lágrimas de los ojos—. Lo tienes por toda la raja del culo. —Jane chapoteó y se alejó gateando, y Dimity la siguió hasta la otra punta de la bañera, desollándole el trasero con las duras cerdas de nylon. —¡Ten! —Arrojó un trapo inmundo a la cara de Jane—. Lávate la cara. Está sucia.

Cuando Jane terminó de vestirse, levantó tímidamente la mirada de reojo y vio que Dimity y Blugg cruzaban una mirada extraña, enigmática y conspirativa, preñada de terrible significado.

Una sonrisa insana aparecía y desaparecía del semblante de Gallo a la hora del desayuno. Le temblaban ligeramente los dedos, y tenía la mirada huidiza y preocupada. Desde que empezara a colarse en la pared por las noches su rostro se había vuelto aún más cetrino y enjuto; una fatiga constante flotaba ahora a su alrededor. Pero esta mañana subyacía bajo su agotamiento una energía antinatural, como una corriente eléctrica que le empujara los músculos hacia el espasmo.

—¿Gallo? —musitó Jane. Nadie más veía el estado en que se encontraba. Todos estaban preocupados por la inminente visita del inspector general—. No tienes que sentirte mal porque las cosas no... —Le faltaba valor para decirlo.

—Hoy es el día. —Gallo le lanzó una sonrisa extraña y aterradora—.

¿Sabes una cosa? Últimamente he vuelto a oír la voz de Zanco. Como si no estuviera muerto de verdad, sino oculto en algún lugar entre las sombras, o puede que en el fondo de mi cabeza, ¿sabes? Bueno, creo que a Zanco le va a gustar este día. Esto irá por él.

—Sí, pero...

—¡Shhh! —Gallo le guiñó un ojo y se palpó la nariz con un dedo justo cuando Dimity hacía su aparición para ordenarles que formaran para ir a trabajar—. ¿Cómo lo llevas, Di-mi-ty?

—Tú ándate con cuidado. —Le agarró la oreja entre el pulgar y el índice y le propinó un pellizco—. Como la jodas hoy te vas a cagar, chaval. —Le soltó.

Gallo agachó la cabeza y apartó la mirada, y cuando Dimity estaba lo suficientemente lejos como para no poder dar media vuelta sin perder la dignidad, le comentó a Jane:

—Habla igual que Blugg, ¿a que sí?

Dimity se envaró, pero siguió caminando.

Dimity sufrió un accidente camino del trabajo esa mañana, mientras desfilaban junto a los campos de brea. Caminaba a largas zancadas junto a Gallo, asegurándose de que la fila estuviera recta, cuando de repente se produjo un movimiento brusco y Vilano se tambaleó y chocó con ella. Desprevenida, salió disparada hacia un lado y se cayó de cabeza a un balde de alquitrán caliente. Cuando se levantó, escupiendo, parecía un muñeco negrito, con la cara bruna y el pelo resplandeciente.

Los niños se echaron a reír.

—¡Callaos! —jadeó Dimity—. ¡Callaos, callaos, callaos! —Tenía la boca cómicamente entreabierta. Se frotó los ojos con furia, intentando quitarse el alquitrán.

Blugg estalló.

—¡Largo de aquí! Puta mocosa estúpida. ¡Vete derecha a los baños y restriégate bien! Quiero ver esa mierda fuera de tu cara a mediodía, aunque tengas que arrancarte la piel.

—¡Pero no ha sido culpa mía! —se lamentó Dimity—. Ha sido...

—¡Vete! —Blugg giró sobre sus talones y apuntó a Gallo con un dedo gordezuelo—. ¡Tú! Ve a Suministros y consigue un chaleco de mensajero. ¡Uno flamante, el mejor que tengan! Sabe Cernunos que no eres gran cosa, pero tendrás que valer.

—Sí, señor, absolutamente, señor. —Gallo se agarró el rizo de la frente y tiró, ensayando una honda reverencia para ocultar la sardónica sonrisa triunfal

de su cara.

Aquel día se le hizo a Jane más largo que ningún otro que pudiera recordar. Aunque las tareas se quedaron sin hacer —las apariencias importaban, por lo que no podían engrasar ni abrillantar nada— los niños migraban constantemente de un puesto de trabajo a otro, divididos en grupos y apresuradamente reunidos de nuevo, por lo que una nerviosa sensación de intranquilidad se extendió por toda la mañana hasta bien entrada la tarde.

Por fin, al cabo de la jornada, llegó el inspector general.

Una oleada de temor precedía al lord elfo a su paso por la planta. Ni un solo trasgo o enanuco, ni un horripiloso o trastolillo, ni el picagranito de menor categoría era ajeno a la visita del inspector general. Una luz tremolante lo antecedía, provocando que se giraran todas las cabezas, que cesaran todas las tareas, el momento antes de que doblara una esquina o entrara en un taller.

Apareció en el umbral.

Alto y majestuoso lucía con su traje italiano y su copetuda corbata de seda. Se tocaba con un sombrero blanco de ala rígida. Tenía el mentón cuadrado y era apuesto de un modo que trascendía lo humano, y tenía el pelo y los dientes perfectos. Lo acompañaban dos Tylwyth Teg de alto rango, carpeta en mano, y seguía su estela un analista de costes con cabeza de buitre perteneciente al Departamento de Contabilidad.

Blugg sacaba pecho orgulloso en medio de una abigarrada fila de bienvenida compuesta de directores de alta y media categoría. Se había frotado la cara y los cuernos con tanto ahínco que sus superficies se veían ligeramente traslúcidas. Gallo estaba a su lado y un poco atrás, cómplice de su dignidad. También el viejo Grimpke estaba presente, levemente encorvado y frotándose las manos con risueño nerviosismo. El prototipo del mecanismo de pierna y zarpa estaba suspendido en el centro de la sala.

Los obreros se habían alineado contra las paredes, colocados según talla y función, como herramientas en un expositor. Los niños se veían firmes e intimidados contra el muro tras su supervisor. Dimity estaba al otro extremo de la fila con respecto a Jane, con el rostro congestionado de rabia contenida. Había tenido que cortarse casi todo el pelo para librarse del alquitrán, lo que le prestaba un aspecto chueco y desplumado que la descalificaba absolutamente para sumarse a Blugg en el comité de bienvenida.

Gallo se dio la vuelta sin moverse de la fila para mirar fijamente primero a Dimity y luego a Jane. Se abrió y volvió a cerrar la camisa rápidamente, revelando así un atisbo cuasi subliminal de un rectángulo de cartón blanco

pegado a su piel.

Era la tarjeta perforada de Blugg.

Jane podía anticipar lo que iba a decir Gallo, tan a la perfección que cuando el muchacho silabeó mudamente las palabras descubrió que podía leerle los labios.

Ven conmigo, dijo.

Jane meneó la cabeza.

Gallo alargó el brazo como si quisiera tomarla de la mano. Somos pequeños; la ficha nos protegerá a ambos.

Jane apartó la mano. ¡No!

Gallo enarcó una ceja y su único ojo se inundó de una fría luz inhumana. Luego volvió a mirar al frente, firme y correcto en su postura.

—¿Qué era eso? —susurró Pichuca—. Eso blanco que tenía Gallo en la camisa.

—Eso, ¿qué? —se hizo eco Cosiaca.

—¡Cerrad la puta bocaza! —gruñó Jane por la comisura de los labios. Un ogro con camisa blanca los miró por encima del hombro y todos hicieron lo indecible por aparentar inocencia.

Pero Jane lo había visto. El destello acerado del ojo de Gallo no tenía nada que ver con él. Era una luz draconiana lo que despuntaba en él, la inteligencia ajena de 7332 actuando en su interior. Había sido poseído y convertido en un utensilio que 7332 pudiera aprovechar para sus propios e inescrutables fines.

Nonono, rezó para sus adentros. No lo hagas, Gallo, no te dejes utilizar de este modo; y al dragón le imploró, no le obligues a hacer esto, no; y a la Diosa: no. Detén el tiempo, que se pare todo, deshaz el mundo, frena al sol en su órbita, no permitas que esto siga adelante.

Ahora que estaba prevenida podía sentir la influencia del dragón sobre todo lo que los rodeaba, un ubicuo medio fluido dentro del que se movían todos, como peces en un océano hostil. La rigidez de la espalda de Gallo le indicó que estaba mirando fijamente el prototipo. Ahora, demasiado tarde, comprendió que las noches que había pasado con el grimorio no había sido tiempo desaprovechado por parte de Gallo; habían creado una abertura por la que 7332 podía entrar y sugestionarlo.

El director de la planta le estrechó la mano al inspector general y presentó al interventor. El lord elfo recorrió elegantemente la fila, mirando con firmeza a los ojos y reforzando ocasionalmente sus apretones de manos con una

risita o una palmada en el hombro.

La ceremonia se desarrollaba con el ritmo moroso de un drama ritual. En un momento dado Gallo rindió un fajo de cifras de producción a Blugg, que se las cedió al lord elfo, que se las entregó al más veterano de los dos Tylwyth Teg, antes de pasar por las manos del más joven para llegar por fin a las del analista de costes, que se calzó el paquete bajo el brazo sin mirarlo siquiera. Rastra bostezó y se ganó un feroz codazo de Dimity.

Por fin todos los oficiales se volvieron hacia el prototipo, como si acabaran de reparar en él. Grimpke desenroscó una tapa de acceso, abriendo la pierna para mostrar el despliegue de excéntricos engranajes amontonados en su núcleo.

—Muy imporrrtante —dijo—. Eshto esh lo que hace que funcione, ¿ve? —Uno de los tipos de dirección torció el gesto, pero la expresión en el rostro del inspector general era alentadora, ecuánime, risueña. Grimpke metió la mano en la grasa para enseñar cuán compacto era el montaje de los engranajes y una luz rutiló entre sus dedos.

Lanzó un alarido.

Un poder deslumbrante, actinico, brotó del centro del ensamblado. Rodeó y engulló a quienes estaban más cerca. Los trajes y las caras se disolvieron en la luz. Un sombrero de ala rígida rebotó en el suelo y se alejó rodando. Todo se movía. Surgieron llamas. Todo esto en un instante de perfecto silencio.

Entonces el mundo saltó en pedazos.

Jane recibió una bofetada de aire caliente y trastabilló de espaldas: era como recibir el impacto de una almohada. Le pitaban los oídos, ensordecidos. Se sentía hendida y dividida, con la vista fracturada en demasiadas imágenes como para asimilarlas a la vez: los Tylwyth Teg en llamas, corriendo, cayendo. Un gigante menor tronchado de risa histérica, incrédula. Algo dando vueltas por los aires. Ladrillos de ceniza explotando, disparando lluvias de grava y esquirlas de pintura.

Un neblinoso humo gris inundó la estancia, sumado a la negra pestilencia de los paneles de control abrasados. Se dispararon las alarmas.

En medio de los géiseres de chispas estaba Blugg, conmocionado. Como una columna plantada en el centro de un mar de caos, permaneció inmóvil mientras la luz lo penetraba y atravesaba. Levantó un brazo despacio, como si tuviera alguna sugerencia sobre la que quisiera llamar la atención. Luego se deshizo en pedazos, desmoronándose en grises cenizas.

Dimity profirió un chillido cuando una rociada de astillas le trazó una curva de puntos en la cara, una delicada línea que soslayaba sus labios, nariz y

ojos a un pelo de desfigurarla por completo. Los demás niños saltaban, cabriolaban en una coreografía de dolor, sacudiéndose los brazos o los costados.

Pero Jane no estaba mirándolos a ninguno. Tenía la vista clavada, como si lo llevara haciendo desde el alba de los tiempos, en Gallo.

Había una caja gris laqueada atornillada a la pared junto a la salida. Era un instrumento de seguridad, uno de los vástagos menores del Reloj Registrador. Pese a carecer de rasgos y ojos, no estaba ciego. Ni falto de poder.

El cuerpo de Gallo, empequeñecido y arrugado, como una hoja de papel que, una vez cumplido su propósito, se ha hecho una pelota y tirado al suelo, yacía atravesado en la puerta. De su pecho exhalaba un hilacho de humo. Sólo ella en toda la estancia había visto el fulgor, más brillante que el magnesio, que había escapado de debajo de su camisa al pasar junto al instrumento de seguridad y trasponer el umbral. Había brotado de la tarjeta perforada de Blugg. Jane había visto el destello, su arco agónico al atravesarle el cuerpo la fuerza brutal, había oído su truncado grito de dolor, como el estridente y brusco reclamo de una alondra nocturna.

No podía apartar la vista de Gallo, de su cadáver.

Los niños habían formado una piña guiados por el instinto. En mitad de todo el humo y las llamas, de los gritos y las órdenes dadas a gritos, Dimity dijo con delicada extrañeza:

—Blugg está muerto.

—Igual que Gallo. —El chico sombra hablaba desde algún lugar a su espalda—. Han ido juntos al Castillo de la Espiral.

Lo inusitado de esta idea, la improbabilidad de que dos destinos tan dispares se entrelazaran, los sumió a todos en el silencio por un instante. Al cabo, Vilano preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

Estaba mirando directamente a Dimity, implorando ayuda. Pero Dimity no respondió. El accidente la había sobrecogido tanto como a cualquiera. Estaba temblando, pávida y aturdida, con el semblante níveo y punteado de sangre allí donde la habían golpeado las astillas. Menuda líder, pensó Jane con inquina.

Un supervisor con orejas de burro y la camisa blanca hecha jirones deambulaba dando bandazos, tocándolos a cada uno en el hombro a su paso, como si temiera desplomarse sin ese asidero.

—Quedaos aquí —dijo—. De un momento a otro aparecerá un oficial de

seguridad. Querrá interrogaros. —Desapareció tragado por el humo.

Entonces el dragón volvió a introducirse en Jane, infundiéndole finalidad y aplomo.

—¡A formar! —les espetó—.Alineaos por estatura. Cuadrad los hombros. ¡En marcha!

Obedecieron mansamente.

Jane les hizo desfilar fuera de la nave y a través del patio. Las fuerzas de rescate seguían convergiendo en el taller de montaje. Las ambulancias se desgañitaban. Las luces parpadeantes colmaban la noche, al igual que los hedores de la explosión. Los cargadores y camiones seguían revolviéndose inquietos en sus establos, lamentándose con alarmadas voces mecánicas. Los niños cruzaron el caos como envueltos en un sortilegio, protegidos por su aire decidido. Nadie los detuvo.

Jane los guió, algunos —los más pequeños— renqueando y tosiendo todavía, de regreso al Edificio 5. Se escuchaban hipidos y sollozos amortiguados, lo que era de esperar, pero cuando Zaraguta echó la cabeza hacia atrás y comenzó a aullar, Jane le pegó un buen pescozón en la oreja. Eso le cerró la boca.

Ante las escaleras del dormitorio, Jane se hizo a un lado y los apremió con gruñidos y empellones. Cuando hubo pasado el último —Rastra, quién si no— descolgó el botiquín de primeros auxilios de la puerta de Blugg.

La primera medida a tomar era el vendaje de las heridas. Por suerte eran pocos los pequeños que habían resultado heridos por la explosión; su trauma se debía sobre todo a la conmoción. Cuando se disponía a limpiarle el rostro a Dimity, la cambiaformas salió de pronto de su parálisis de apatía y chilló:

—¡Mi cara! ¿Qué voy a parecer ahora?

—Un monstruo —respondió Jane— como no te saque esas cosas. Cierra el pico y déjame trabajar.

Hizo el mejor trabajo posible con los materiales que tenía a su disposición. Todavía quedaban algunas motas negras bajo la piel de Dimity cuando acabó, pero seguramente nada grave. Anestesió con morfina a los niños más histéricos y los mandó a todos a la cama.

Ahora Jane era su líder.

Pero no, si podía remediarlo, por mucho tiempo.

Cuando los niños se hubieron quedado dormidos por fin, Jane se

encaramó al tejado para contemplar el desarrollo de los acontecimientos. Las chimeneas eructaban humo y chispas, y las máquinas de rescate merodeaban afanosamente por los patios. La muerte de una personalidad tan insigne como el inspector general había empujado a toda la planta a la acción, tanto fructífera como improductiva.

El orden volvía a afianzarse paulatinamente. Los taumaturgos emergían de los laboratorios y se paseaban por los terrenos con trajes de protección de color naranja, diseminando radioisótopos particulados con vaivenes de braserillos e incensarios, y musitando ensalmos que acartonaban el aire de temor. A su paso, el suelo quedaba reticulado de líneas telúricas que refulgían azules, rojas y amarillas, como el diagrama de una instalación eléctrica demencial, todo círculos intersectados y líneas rectas que convergían en ángulos improbables para a continuación volver a separarse de nuevo. Era imposible ver cómo esperaban desenmarañar las mediciones de influencia mágica, y aparentemente no podían, pues ninguna de las líneas condujo a nadie hasta Número 7332.

Jane se pasó media noche observando desde el tejado, temiéndose que fueran a desenmascarar al dragón. Era un puntito pálido sobre la negra extensión de alquitrán, y si alguien la vio, debió de tomarla por un tutelar de almacén desempeñando su legítima función.

Cuando la luna se hubo hundido en el firmamento, 7332 la llamó al fin. Con calma, Jane bajó del tejado, cogió el grimorio, el cristal y la pepita, y se vistió. Las tres medidas de seguridad que impedían el vuelo de 7332 se habían reunido: la primera, ella misma, un piloto con sangre mortal. La segunda, la nuez de bronce que había sustraído del cajón de juguetes de la señora Hojaverde en el Castillo. La tercera, el rubí que había arriesgado la vida por recuperar de la elevada cornisa junto a los nidos de sapos donde lo había dejado. Había vomitado a causa del miedo al encaramarse a aquella ventana por segunda vez. Pero lo había conseguido.

Cruzó los patios en línea recta, sin esforzarse por evitar que la detectaran. Las fuerzas de seguridad de la planta habían dejado de asustarla. Ésa era tarea de 7332, no suya.

Cuando llegó al área de clasificación, los grandes dragones se apartaron para abrirle paso. Eran demasiado orgullosos como para mirarla directamente, pero más de uno le lanzó un vistazo de soslayo, altaneras e inescrutables sus expresiones. Sus luces de navegación formaban brillantes hileras de rojo, verde y blanco que trazaban los contornos de sus flancos.

Jane llegó hasta Número 7332 y trepó por su costado. Se sentía invisible.

Se encendieron unas luces tenues cuando entró en la cabina. Nada de camuflaje protector esa noche. La puerta se cerró con un golpazo metálico a su

espalda.

—Lo has matado —dijo.

De las profundidades no iluminadas de la maquinaria surgió una voz, calma en su superficie pero con matices de anticipación.

—Tenía que distraer a las fuerzas de seguridad de sus obligaciones habituales el tiempo necesario para completar mis preparativos. No hace falta que llores el derramamiento de un poco de sangre elfa.

Por un segundo la respuesta no tuvo ningún sentido. Entonces Jane comprendió que 7332 pensaba que ella se refería al inspector general.

—¡Te hablo de Gallo! Lo utilizaste. Hiciste que robara la ficha de Blugg, a sabiendas de lo que ocurriría cuando intentara usarla. Todo para cubrir tu rastro.

—¿El pequeño? —7332 parecía desconcertado—. No tenía nada de especial. Te puedo conseguir todos los que quieras de su especie. —Amablemente la apremió—: Siéntate. Es hora de cambiar esta prisión por la libertad y el cielo.

Entontecida, Jane se instaló en la silla y dejó que los servomecanismos la envolvieran. Asió los mandos negros e imprimió un cuarto de giro al de la mano izquierda. Dos agujas gemelas se introdujeron en su muñeca. Su visión se emborronó y transformó, y de repente miró a través de los ojos del dragón, sintiendo la fría brisa invernal en su piel de hierro mediante su sistema nervioso. Ya no era enteramente Jane, sino parte de algo mucho mayor de lo que podría ser jamás ella sola. Era una sensación agradable.

—Enciende los sistemas motrices —dijo.

—¡Así se habla! —El combustible gorgoteó cuando los motores eléctricos lo bombearon a las turbinas. Un chirrido atiplado creció cada vez más hasta inundar el universo. De no ser por los auriculares acolchados, Jane se habría quedado sorda.

—Estamos listos. Ahora inserta las claves —dijo 7332.

Jane activó y desactivó una fila de conmutadores, asegurándose de que los sistemas de navegación estuvieran operativos.

—No hace falta —dijo el dragón, irritado—. Sólo tienes que introducir las claves.

Una voz inhumana aulló de improviso. Una segunda voz se sumó a la primera, y luego una tercera conforme saltaban las alarmas por toda la planta. Otras voces, menos potentes pero más penetrantes, ladraron y gañeron. Los perros ciborgs. Eso sólo podía significar que los habían descubierto. Con las

turbinas encendidas, el entramado de líneas de fuerza e influencia que conducían hasta su origen debía de brillar como tubos de neón.

—¡Rápido! —dijo 7332—. Nos han descubierto.

El cristal de rubí y la nuez estaban en el bolsillo de la cadera de Jane; estaba incómodamente sentada medio encima. Pero no se movió para sacarlos.

—Dime cómo te llamas.

Un troll de seguridad de la planta apareció en la otra punta del patio, con llamas en los ojos. Lo seguían varios ejemplares más de su especie, formas negras contra el cielo frío. Cada uno de ellos retenía a cinco o seis perros ciborgs que tensaban sus traíllas de titanio.

—Se acercan. Tenemos que irnos ahora o no lo conseguiremos.

—Tu nombre —insistió Jane.

La voz del dragón se endureció de orgullo.

—Jamás renunciaré al control de mi ser. Ni por los señores del aire, ni mucho menos por ti.

—¿Quieres ser libre o quieres morir? Tú eliges.

Habían soltado a los perros. Se abalanzaron, ladrando, sobre el dragón. El primero de ellos rebotó contra su piel con un sonoro *clang* y le hundió los dientes de diamante en el costado. Sumergida como estaba en el sistema nervioso de 7332, Jane sintió cómo se clavaban los colmillos en su misma carne. Soltó un grito de dolor.

Por fin se infiltró la desesperación en la voz de 7332.

—¡Si no nos marchamos ahora mismo, nos detendrán! —Pateó al perro, lanzándolo por los aires. Pero ya se acercaban más, pisándole los talones.

—Lo sé.

Los perros surcaban el aire al encuentro del dragón. 7332 se revolvió para encararse con ellos, arrojando casi a Jane de su asiento. Sus turbinas chillaban, y aun así no podía configurar su vuelo. Gritos de rabia y órdenes feroces provenían de los guerreros trolls. 7332 atenuó los circuitos que transportaban la sensibilidad de su piel; Jane se sintió entumecer de los pies a la cabeza en empática identificación. Empero, los perros amenazaban con causar daños graves.

—¡Las claves!

Jane esperó. Medio inmersa en el dragón como estaba, e insegura de los límites de su identidad, de dónde acababa ella y empezaba él, estaba segura de que el dragón sabía que no iba de farol. Que sin el nombre, sin el control que

podía otorgarle, no irían a ninguna parte.

—¡Melanchthon, del linaje de Melchesiach, del linaje de Moloch! —chilló el dragón. Su angustia centelleó como una llama alrededor de Jane. Sintió cómo su ira le abrasaba las cejas, y supo en lo más hondo de su ser que le había dicho la verdad.

Abrió el grimorio, pasó las páginas hasta llegar a los códigos de mando y empezó a leer:

—Recurvor. Recusadora. Recusamor. —Los motores rugieron y se estremecieron—. Recussus. Redaccendo. Redactamos. —Jane encajó el cristal en su sitio—. Redadim. Redambules. Redamnavit. —El dragón se sacudió con poder contenido. Jane colocó la nuez de bronce en su nicho receptor y rotó el controlador derecho un cuarto de vuelta hacia delante. Ahora tenía las agujas profundamente incrustadas en ambas muñecas—. ¡Vuela!

—¡Arderás en el Averno por esta humillación! —le prometió 7332. En el fondo de la cabeza de Jane relumbraron recuerdos de atrocidades de guerra—. Te echaré de comer al Diezmo con mis propias garras.

—¡Cierra el pico y vuela!

Se estaban moviendo. El asfalto gruñó bajo su peso mientras cogían velocidad. Las alas del dragón se elevaron, desplegadas, aprehendieron el aire. Los perros se desprendieron de él. Jane reía histéricamente y, para su sorpresa, 7332 también.

Despegó.

Estremeciéndose, remontaron el vuelo. Los muros de la fábrica acudieron a su encuentro despacio, luego más deprisa, hasta desaparecer bajo ellos como una exhalación, alarmantemente cerca. Habían salido de la fábrica. Poco a poco, ganaron altura.

El último de los sabuesos infernales perdió su asidero y se desplomó gañendo a la muerte. Una voz élfica, plácida y carente de inflexión, habló por la radio desde alguna torre de control lejana: *Está violando espacio aéreo industrial. Ceda el control de todas sus funciones autónomas de inmediato.*

Melanchthon transmitió su grito de guerra por todas las frecuencias, desbaratando comunicaciones, colapsando radares, trazando un surco ionizado en la estratosfera. Lejos a sus pies, las fuerzas de defensa civiles hormigueaban, escuadrones de criaturas endurecidas por la guerra ávidas del sabor del combate arañaban el aire, pero demasiado tarde.

Jane se reía de tal manera que se le saltaban las lágrimas de los ojos. No podía dejar de pensar en Gallo, no lograba borrar de su mente la imagen de su pequeño cuerpo inerte. Sus emociones eran tan extremas, tan caóticas, que no

lograba distinguir las suyas de las del dragón. No importaba. Lo que sintiera 7332 no podía ser más intenso que lo que ocurría ahora en su interior. Estaba ardiendo de gozo.

Ascendieron.

6

Jane vivía como una flor de espino en medio de un soto de monte bajo en la linde con el vertedero. Había hecho su hogar en la cabina de lo que para el resto del mundo era la mole oxidada de un dragón antiguo y decrépito, semienterrado en la tierra margosa, con planchas de acero soldadas sobre las ventanas y sus deshornadoras apagadas.

Era una criatura reservada, al filo de la madurez, y además hermosa, si bien ella eso no lo sabía. Flotaba a su alrededor el hedor a hierro frío resultante de la morada que había elegido, y cualquiera esperaría que suscitara un considerable caudal de habladurías en los alrededores. Pero no era así. Para los lugareños, cuando se dignaban dedicarle un pensamiento, ella era una suerte de anodina institución local, un hada insulsa que vivía en la zona desde hacía más tiempo de lo que podía recordar nadie.

La penetrante influencia del dragón era tal que sólo ella y 7332 sabían que Jane era en realidad humana y que vivía allí desde hacía tan sólo unos meses.

Todas las mañanas entre semana la campana de la iglesia proyectaba su glamour sobre las colinas circundantes, llamando a clase a los pequeños. Éstos acudían bajando cuestas a la carrera y saltando por encima de los arroyos, saliendo de las cuevas, los árboles huecos y las casas idénticas de la zona residencial, impelidos a obtener una educación por poderes superiores a los suyos.

Al abrir la puerta de par en par una mañana, Jane descubrió que había llegado la primavera. El suelo se había deshelado y reblandecido en forma de barro, y un delicioso aroma a tierra flotaba en el aire. Los árboles conservaban todavía su desnudez, negros y sin brotes, pero la hierba parda parecía optimista, con trazas de verde renovado creciendo de las profundidades de cada mata. Un meryon pugnaba por arrastrar a su nido una oxidada lavadora de zinc.

Había brotado una planta de azafrán junto a una de las ancas del dragón. Jane bajó al suelo de un salto y se acuclilló junto a ella, admirándola, sin tocarla. Los pétalos eran de un blanco delicado, casi traslúcido. No olían a nada; el

viento que escapaba de las ventanas de su nariz los hizo estremecer.

Para ella, esto era la libertad. Algo tan nimio como poder tomarse un momento para admirar una flor, la misma inutilidad del acto, era a un tiempo prenda y recompensa para ella, alimento para el espíritu.

La campana dobló de nuevo y a Jane se le crisparon los músculos de las pantorrillas.

Se levantó convulsivamente. Se plantó su sombrero de ala ancha de Morgan Calabrese en la cabeza y hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones holgados. Se dejó la cazadora sin abrochar.

Hacía un día demasiado espléndido como para apresurarse. Obligándose a resistir la campana que tiraba de sus tobillos, bajó la colina sin prisa.

Transcurrido un minuto empezó a silbar. No pudo evitarlo.

Ni siquiera cuando llegó al patio de la escuela y lo encontró vacío, con las puertas cerradas y un solitario perro carroñero merodeando por el campo de fútbol, abandonó a Jane esa cálida sensación de bienestar. Hoy pensaba ir al centro comercial; Ratartel había prometido enseñarle a manipular el cajetín del dinero del autobús interurbano. No fue hasta entrar realmente en el edificio de ladrillo rojo que su humor se ensombreció. Los ecos falsos de aquellos grises pasillos eran como una murmurante espuma de tristeza. Las instalaciones de luz fluorescente tarareaban inquietas su canción.

En las profundidades del edificio, la espantosa criatura que el director tenía encerrada en su despacho lanzó un chillido. A Jane se le encogió el estómago, como si alguien le hubiera rascado la columna con las uñas.

Encorvando ligeramente los hombros, Jane corrió al aula principal.

El viejo y gordo Grunt hinchó los carrillos como un sapo en cuanto ella entró por la puerta.

—¡Vaya! Señorita... —un rápido vistazo de soslayo, casi imperceptible, dirigido a la lista de asistencia que tenía pegada con cinta adhesiva en su escritorio—... Flordaliso, pero si se ha dignado honrarnos con su presencia. Y con sólo seis minutos de retraso. ¡Qué considerada! ¿Le importaría compartir con el resto de la clase el motivo de su elegantísima tardanza?

Jane se ruborizó y miró fijamente al suelo.

—Me quedé viendo una flor —musitó.

Grunt se puso una mano en la oreja y dobló las rodillas hacia fuera, bajando así su orondo corpachón.

—¿Cómo dice?

—¡Una flor!

—Ohhhh, entiendo. —Su expresión era tan exageradamente solemne que provocó risitas dispersas por toda la clase—. Absorta en la rapsódica contemplación de nuestras preciosas amiguitas florales, ¿no es así? —Toda la clase estaba riéndose ahora de ella sin disimulo.

Sintió que Grunt se deslizaba a su alrededor, de puntillas, con ese zanqueo exageradamente furtivo que empleaba cuando actuaba para las filas de atrás. Grunt se sentía orgulloso de sus artes histriónicas; a menudo se jactaba ante sus pupilos de que hacían de él el maestro más memorable —y, por consiguiente, el mejor— de todo el distrito.

—Pero, mi querida señorita Flordaliso, ¿no sabe usted que las flores no llegan a disfrutarse de verdad hasta que uno...?

Ahora estaba detrás de ella, sentía su aliento agrio en un hombro, y Jane sabía tras haber visto este mismo ritual representado con otros alumnos, que Grunt estaría hundiendo esa barbillita tan fina que tenía, cada vez más, hasta que su barbilla, con sonrisa burlona y todo, desapareciera por completo entre los rollizos pliegues de su cuello y sus mejilla, y su rostro sin boca quedara dominado por la despiadada luz gris que se reflejaba en los polvorientos discos gemelos de sus anteojos. Sabía lo que se avecinaba, como también sabía que si no le seguía la corriente, tendría que quedarse al terminar las clases a modo de castigo y se perdería por completo la visita al centro comercial. O, peor aún, tendría que ir al despacho del director, a aprender de primera mano cómo era mirar a un basilisco a la cara. Humillada, Jane apretó fuertemente los párpados.

—¡... las arranca! —Grunt le metió la mano entre los muslos y le agarró la entrepierna. Chillando de forma automática como un pollo, Jane saltó torpemente y se retorció. La clase entera se convulsionaba de risa, todos ellos burlándose, bufando, mofándose, carcajeándose como si fuera la primera vez que le veían gastar esta broma.

—¡Vete a tu sitio, Jane! —dijo con seriedad Grunt—. Tenemos trabajo que hacer y nada de tiempo que perder con tus tonterías.

Fue un largo paseo hasta la fila de los alumnos desaventajados al final de la clase, donde se sentaban Ratartel y ella.

Jane no tenía amigos en clase, por lo que para ella eran indistinguibles en su mayoría, una anónima colección de hadas y bichos raros. Pero aunque los conociera a todos, Ratartel seguiría sobresaliendo entre sus caras maliciosas y sus expresiones aviesas. Dos ojillos rojos escudriñaban delirantes tras una desgreñada mata de heno, y una sonrisa resabiada le curvaba una comisura de los labios. Tenía los brazos demasiado flacos y largos, en contraste con su

cuerpo rechoncho; pero una vez se aceptaba ese detalle, tenía las manos bonitas, los dedos prodigiosamente largos y tan fluidamente articulados que podían enroscarse dos veces alrededor de una botella de Coca-Cola.

Le volvió la espalda cuando ella se sentó.

Jane sintió que una frialdad glacial le congelaba el rostro. Sus manos se aferraron a los lados de su pupitre con tanta fuerza que se le pusieron blancas las uñas. Una extraña determinación se apoderó de ella. Esperó a que Grunt se diera la vuelta y se agachara para coger la tiza. Entonces ella enderezó la espalda y le enseñó el dedo.

Sólo los niños que estaban más cerca lo vieron. Su risa hizo que Grunt girara sobre sus talones. Pero Jane estaba preparada. Tenía las manos escondidas, y su expresión no era de culpabilidad ni de inocencia, sino hosca y defensiva en las proporciones adecuadas. Grunt volvió a concentrarse en la pizarra, desconcertado.

Ratartel contuvo una carcajada. Una doncellita lila cruzó la mirada con Jane y sonrió. Jane asintió levemente con la cabeza y abrió su libro de texto.

Estaba aprendiendo.

A la hora del almuerzo se quedó rondando por la cafetería, con la bandeja en las manos, buscando un sitio vacío. No tenía sentido sentarse con los enanos, pulgarcitos, o grigs, aunque cupiera en una de sus sillas; eran todos demasiado exclusivistas, cada uno a su manera. Tampoco sería prudente sentarse demasiado cerca de una lamia, gwarchell, o kirkgrim. Una silla en la esquina estaría bien, a ser posible con otra silla vacía que le sirviera de colchón de amortiguación frente a las camarillas de esa mesa. No quería parecer presuntuosa. O una silla entre dos grupos dispares; entonces podría dejar la mirada perdida al frente y pasar desapercibida.

Al final, a falta de mejores alternativas, fue a sentarse con Ratartel.

Éste estaba enfrascado en una conversación con un hada larguirucha que respondía al nombre de Peter del Collado. Jane compartía un par de asignaturas con él. Peter llevaba puestos unos vaqueros desteñidos y una chaqueta también de tela vaquera con el logo Tour Cuernos Élficos, de Cacería Salvaje, pintado en la espalda. Tenía el cutis tan estropeado como cuidado el cabello. Levantó la cabeza, sin mirarla, cuando se sentó, y dijo dirigiéndose al aire:

—¿Quién es esta cretina?

Jane se encrespó.

—Está conmigo —dijo Ratartel—. ¿Vale?

Peter se encogió de hombros.

—A mí me da igual.

Jane comió en silencio, temerosa de sumarse a la conversación. Toda ella giraba en torno a las máquinas —al parecer Peter tenía Producción como asignatura principal—, la psicología de los drakontas, el aberrante funcionamiento de una perforadora que llevaba en la escuela más tiempo del que nadie podía recordar y que tal vez tuvieran que retirar. Jane escuchaba fascinada. Sus clases, cuando tocaban el tema de la maquinaria, lo hacían siempre de forma puramente teórica; envidiaba la experiencia de primera mano de los chicos.

Cuando estaba recogiendo su bandeja para marcharse, Ratartel le preguntó en tono despreocupado:

—¿Sigue en pie lo de esta tarde?

Jane asintió sin decir nada y se retiró.

Debido a su considerable retraso con respecto al resto de la clase, Jane tenía que asistir a las tutorías del hombre pálido dos horas todas las tardes. El hombre pálido era una criatura alta y enjuta que vestía pantalones de algodón de color beis, camisa blanca y zapatillas náuticas. Tenía la piel tan sin vida como su atuendo, y los ojos más muertos todavía.

Como siempre, no levantó la cabeza cuando entró Jane. Se quedó sentado e inmóvil en su silla de madera, con las manos en las rodillas, de espaldas a la pizarra, con la mirada perdida en el vacío ante él.

—¿Hola? ¿Es aquí la tutoría?

El hombre pálido levantó la cabeza. Asintió con desgana. Sin prisa, sin énfasis, cogió un libro, lo abrió, pasó una hoja adelante y luego otra hacia atrás.

—Hay tres estrellas en los cielos —dijo— moviéndose alrededor de Júpiter, cuerpos siderales erráticos que establecen un proceso zodiacal secundario para ese peregrino en su fabuloso viaje de doce años alrededor del Sol.

Jane hubo de concentrarse para captar el significado de las palabras, tan monótonamente eran pronunciadas. Si no tenía cuidado, se descubriría embobada, con sus pensamientos derivando hacia el empíreo mientras él continuaba aleccionándola cansinamente. El hombre pálido la dejaba en paz. No le importaba lo más mínimo. Era una criatura del bosque, un exiliado de su

entorno natural que se había vuelto tan enervado, delgado y atenuado que era como si no estuviera allí en absoluto. Todos los demás seres vivos poseían una fuerza y un vigor naturales de los que él carecía.

Sin interrumpir la lección, sacó un cigarro flojo de la cajetilla blanda que guardaba en el bolsillo de su camisa, lo alisó entre dos dedos, lo encajó en la comisura de su boca y empezó a cachearse en busca de una cerilla.

Jane suspiró para sus adentros. Al otro lado de la ventana el horizonte se veía aserrado por un invernal ribete de árboles. Pensó en Ratartel y el centro comercial con añoranza.

Pero le había hecho promesas a 7332. El refugio, la protección y los alimentos que, mediante subterfugios tecnológicos, él conseguía que les llevaran dos veces a la semana hasta la puerta no eran gratis. Al dragón le haría falta un ingeniero si alguna vez quería volver a funcionar a pleno rendimiento; en su ignorancia actual, Jane no le servía de nada. Tal y como lo veía ella, era un trato justo, una conspiración de necesidades equitativas. Las tutorías con el hombre pálido eran parte del precio que había accedido a pagar.

—Disculpe —dijo, dubitativa—, pero, ¿qué efecto tienen estos planetas menores sobre nuestra conducta y nuestro sino? Me refiero, ya sabe, a su influencia astrológica.

El hombre pálido la miró.

—Ninguna.

—¿Ninguna en absoluto?

—No.

—Pero si los planetas influyen en nuestro destino... —Titubeó hasta interrumpirse ante la expresión desapasionadamente reprobatoria del hombre pálido, la lentitud con que sacudió la cabeza—. Estará usted de acuerdo en que los planetas ordenan y controlan nuestros destinos.

—Para nada.

—¿Nada en absoluto?

—No.

—¿Entonces, qué? Qué controla nuestro destino, quiero decir.

—Los únicos agentes externos que podrían tener alguna influencia sobre nosotros son aquéllos que vemos a diario: una sonrisa, un ceño fruncido, un puño, una pared de ladrillos. Lo que tú llamas «destino» es una mera falacia semántica, la atribución de un propósito a la causalidad ciega. En la medida en que cada uno de nosotros se ve impelido a resistir el flujo de acontecimientos aleatorios, estamos motivados solamente por impulsos y fuerzas internas.

Jane se quedó con esto último.

—Está diciendo entonces que nuestra suerte reside en nuestro interior, ¿verdad?

El profesor negó con la cabeza.

—En tal caso, debe de ser extremadamente pequeña y estar imposiblemente lejos. No te sugeriría que depositaras confianza alguna en una entidad tan insignificante.

Una fría voz nihilista pareció desplegarse alrededor de Jane, extendiéndose hacia el infinito en todas direcciones a la vez, una esfera perfecta que abarcaba el universo entero. Se le antojaba inimaginable esta existencia que le ofrecía el hombre pálido, irregulada, inmotivada, sin propósito ni dirección. Y sin embargo, ese hombre era tan evidentemente ajeno a cualquier ilusión, solaz o deseo, que le costaba imaginarse que estuviera intentando engañarla. ¿Para qué molestarse?

—Pero toda la gente que conozco cree en la influencia de los planetas.

—Sí. En efecto.

Jane esperó, pero el hombre pálido no se extendió.

—En la introducción a la astrología nos explicaron que todo el mundo tiene una estrella tutelar y que cada una de éstas posee su propio mineral, color y tono musical, además de una planta que es específica para la enfermedad provocada por la ocultación de esa estrella.

—Todo mentira. A las estrellas no les importamos en absoluto. Nuestra total extinción no significaría nada para ellas.

—Pero, ¿por qué? —exclamó Jane—. Si no es verdad, ¿por qué iban a enseñárnoslo?

Una seca yema dactilar tamborileó sobre la página, más pedagógica que impaciente.

—Todos los cursos requieren libros de texto, mapas y accesorios para la enseñanza. Para cuando la información codificada como astrología fue desacreditada y se tornó obsoleta, ya estaba constituida. Ciertos... personajes se benefician de los contratos de abastecimiento.

El olor a polvo de tiza inundaba las ventanas de la nariz de Jane, efluvio estadístico de las moléculas muertas suspendidas en el aire inerte y nada más. Podía sentirlo en la boca.

—Pero si lo que dice usted es así, entonces nada de esto tiene sentido. ¿Verdad? Quiero decir, entonces todo carece de significado, ¿no es así?

—*Acu tetigisti* —dijo el hombre pálido con su voz desafectada—. Has

dado en el clavo.

Jane se estremeció como si una rata acabara de pasearse sobre su tumba. Quizá se debiera simplemente a que la fortuita evocación del nombre verdadero de Gallo le traía recuerdos indeseados. Pero en lo más hondo de su ser, algo pequeño y afinado como un cascabel le dijo que eso no tenía nada que ver.

Acababa de suceder algo espantoso, y no sabía el qué.

El centro comercial era tal y como Jane se lo había imaginado, y más. Se alzaba sobre blancas columnas de mármol en lo alto de una loma delicadamente nivelada y se cubría con una alta cúpula de hierba. Atravesó nerviosa un aparcamiento en el que los caballos de cromo piafaban, arañaban el asfalto con los cascos, perdían aceite.

—Venga —dijo con fastidio Ratartel—. No seas miedica. —La condujo a través de las puertas de marfil de la entrada principal.

Dentro, el tiempo no existía.

Una suave música inundaba el aire, y unas luces sutilmente distribuidas agradaban a la vista con una interminable variedad de sombras y texturas, difuminando los bordes de las sombras, resplandeciendo en armazones de camas de bronce y reflejándose con entusiasmo en las bolas de espejos que giraban entre los estandartes en lo alto. El mero hecho de encontrarse aquí hacía que Jane se sintiera ennoblecida, una entre miles de elegantes clientes cuyo gusto buscaba complacer todo aquel suave mundo interior.

El aire olía a azucenas, a cuero y a galletitas de chocolate.

—No te quedes atrás, ¿vale? —le dijo Ratartel.

El centro comercial contenía un centenar de tiendas perfectas, cada una de ellas un joyero lleno de tesoros. Sistemas de sonido, trajes de paño de oro, zapatos esmeraldas: hilera tras hilera de idénticos lujos colmaban los estantes, la riqueza se multiplicaba y reproducía con una profusión tal que la mente no alcanzaba a contenerla. De pie frente a Der Zauberberg, su reflejo en la luna de cristal cilindrado se superpuso a copas, ceniceros, escancias, pisapapeles y cuencos de vidrio tallado, con cada faceta aguda como el diamante proyectando motas de arco iris, mientras que a su espalda flotaban los ondulantes fantasmas de los árboles de nuez moscada, las fuentes y las escaleras mecánicas. Jane sentía la cabeza en las nubes ante toda aquella dulce fortuna.

Embriagada, dejó que su guía la llevara a una boutique. Se llamaba Eulenspiegel's.

—Cierra ya la boca —dijo con irritación Ratartel—. Ten. —Le tiró de los pantalones y algo cayó pesadamente hasta el fondo de su bolsillo—. Actúa con naturalidad.

—¿Qué? —Jane se quedó paralizada y, con un susurro, añadió—: ¿Qué es?

—Un reloj de pulsera. —Ratartel hizo una mueca—. No susurres así, conseguirás llamar la atención.

Tímidamente, Jane dejó que la condujera por varios establecimientos. Hablando en un tono perfectamente normal, uno que se sumía de forma natural en el silencio cada vez que alguien se acercaba demasiado, la aleccionó sobre las medidas de seguridad y los entresijos de la ratería.

—No toques el oro —dijo Ratartel delante del escaparate de una joyería—. Sólo es de exhibición; lo bueno de verdad está guardado en una caja fuerte en la parte de atrás. La porquería de los escaparates no dura más de un día. Para cuando llegues a casa, se habrá convertido en hojas secas o un ratón muerto. O en guijarros, a lo mejor.

—Oh —dijo Jane.

Ratartel le enseñó a Jane dónde estaban los amuletos antirrobo, en altas y discretas esquinas en las tiendas, los espejos encantados por los que un ogro de seguridad podría estar vigilando la mercancía a distancia, los broches de plata avivados que gritarían «¡al ladrón!» si se sacaban de sus estuches. Sin duda parecía saber lo que se hacía.

Jane se fijó, sin embargo, en que Ratartel no trabajaba en Enchanté ni en la Modistería de la Madre Holle ni, a decir verdad, en ninguno de los establecimientos de los altos elfos, sino que se concentraba en las tiendas más proletarias y concurridas, sitios donde su mera presencia no bastaría para atraer la iracunda mirada del cuerpo de seguridad.

—Ahora te toca a ti.

—¡No puedo!

Ratartel no le hizo caso.

—Ésa de ahí... El Árbol de Eidon. Procura tan sólo no tocar ninguna de esas bufandas que tienen al fondo. Están protegidas. Lo sentí cuando entramos; como una pequeña sacudida eléctrica. —Le dio un empujón—. Te veré junto al pozo.

Sin saber muy bien cómo, Jane se encontró dentro. Caminó despacio entre un perchero de chándales color verde lima y cereza y un expositor de perfumes situado encima de un mostrador, para luego dar la vuelta y coger con cuidado, pensativa, un bote de cristal emplomado de Merde du Temps, de Ricci

de Ys. Era una cosita adorable, y encajaba a la perfección en la palma de su mano.

—¿Puedo ayudarle? —Una bruja se materializó a su lado, con los pómulos aristocráticamente marcados y la piel de un moderno color cadavérico. Su expresión daba a entender que lo dudaba mucho.

—¡No! —Jane se apresuró a dejar el bote en su mesa—. Sólo... sólo estaba mirando.

Con una sonrisa glacial, la bruja se retiró ligeramente. Jane se adentró aún más en el establecimiento.

Adondequiera que iba, no obstante, sentía los suspicaces ojos de la bruja clavados en su espalda, como una fuerza física que la empujaba cada vez más adentro, hasta terminar al fondo de la tienda, acariciando de pasada una bufanda negra y roja con un ribete de calaveras blancas y cuatro espirales celtas. Levantó la cabeza y se sorprendió al ver que la bruja estaba entretenida con una nueva clienta, sin mirar en su dirección. Aprisa, se guardó la bufanda por dentro de la blusa.

Sólo entonces recordó que Ratartel le había advertido que evitara las bufandas.

Por un instante esperó que la fulminara un rayo, que se abalanzaran los guardias sobre ella, que una mano con garras se cerrara sobre su muñeca. Luego, mirando de reojo a la esquina del techo, reconoció el montoncito de huesos y plumas allí colgado. Era, con pequeñas variaciones, idéntico al fetiche que tenía Blugg en su puerta, la que ella había cruzado para robar sus uñas el día que descubrió el grimorio del dragón.

Su sangre era humana. El fetiche no la afectaba.

Con el pulso acelerado, salió del establecimiento.

Para cuando Ratartel y ella se reunieron en un banco junto al pozo sagrado que había en el extremo más alejado del centro comercial, Jane ya había ido al aseo de señoras para sacar la bufanda en privado y recolocarla. De pie en el filo cubierto de musgo del pozo giró sobre las puntas de los pies, momentáneamente una criatura tan salvaje como cualquiera de las niñas de su clase. Cerró un puño y entonces, introduciendo dentro los dedos, se sacó la bufanda de la manga y la ondeó por los aires.

—¿Te gusta lo que he conseguido? —preguntó, y se rió ante el asombro de Ratartel.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó él, receloso.

—Oh —dijo Jane, presumida—. Tengo mis trucos. —Se humedeció los labios—. Repitámoslo.

Cuando Jane se fue al fin tenía un puñado de adornos de escaso valor metidos en un bolsillo de sus pantalones y la bufanda envolviéndole el cuello. Habían pasado horas en el centro comercial, y sin embargo fuera la tarde no estaba más avanzada que cuando entraron. A punto estuvo de dar media vuelta y volver adentro. Pero Ratartel no quería que robara nada más. Lo enervaba el entusiasmo que le producía el juego a Jane. Ésta sospechaba que su experiencia como ratero no era tanta como le había hecho creer.

Pero ella sabía que regresaría, sin compañía.

—¡Ya estoy en casa!

7332 no respondió. Nunca lo hacía. En todo el tiempo que llevaban viviendo en lo alto del vertedero no se había dirigido a ella ni una sola vez. Tras su feroz y glorioso vuelo la noche de su fuga de los terrenos de la fábrica, el dragón se había refugiado en su madriguera. «Nos buscarán», le había dicho. «Mantén tus promesas y no habrá ningún problema.» Desde entonces no había vuelto a romper su silencio. 7332 poseía la extraordinaria paciencia de todos los saurios basados en el hierro. Sin embargo, pese a todos los meses que hacía que no le oía hablar, su presencia seguía yaciendo pesada en el fondo de la cabeza de Jane, como un pedazo de hielo sucio que hubiera sobrevivido al invierno.

Jane desplegó sus libros ante sí y empezó a estudiar.

En la calle se escuchó un suave golpazo y a continuación el sonido aún más suave de unas alas que se esforzaban por elevarse hacia el crepúsculo. Algún búho, posiblemente, o alguna arpía menor que había encontrado comida para su cría. Jane tiró de una barra para abrir una de las ventanas de la cabaña. El cielo estaba precioso. Tres estrellas bajas rutilaban en el ocaso. Un haz de luz roja relucía en lo alto del depósito de agua.

Era alrededor de esa hora de la noche cuando atisbaba a veces a los niños lobo corriendo en fila de a uno por el vertedero, camino del parque, y oía sus aullidos solitarios y extáticos. En ocasiones así anhelaba formar parte de su manada, tener una pesada chaqueta de cuero que crujiera al moverse y pisamierdas con cadenitas cromadas cruzadas sobre los talones, para matar el tiempo en los recreativos, aburrida y buscando camorra, escuchar música con garra, tal vez probar incluso algo ilegal.

A menudo se quedaba levantada mirando por la ventana hasta bien entrada la madrugada, esperando a que pasaran trotando de vuelta a sus casas, somnolientos y con los hocicos sucios de sangre. Una vez, uno de ellos, el que cerraba la comitiva, se había vuelto para mirarla. Sus ojos se habían encontrado por un instante, y Jane había sentido el salvaje impulso de abrir la puerta de

golpe y correr descalza a su encuentro.

Sin embargo, no era tan imprudente. Los niños lobo no eran seguros.

De modo que esa noche, como siempre, mantuvo la puerta cerrada. Después de un momento, desenrolló su bufanda y la alisó sobre una rodilla. Era de pura seda, teñida a mano por artesanos enanos, con las espirales dispuestas como si radiaran de un centro común, de forma que parecieran entrecruzarse girando. Volvió a colgársela flojamente del cuello y le dio la vuelta para que la parte triangular le cayera sobre el pecho.

—¿Has visto lo que tengo? Es bonita, ¿a que sí?

7332 no respondió.

—La he robado.

Nada.

—He ido al centro comercial con un chico que me enseñó a robar cosas. Se me da bien.

El dragón seguía sin decir nada.

Todas las noches, justo antes de acostarse, Jane hablaba con 7332, meditando en silencio y con toda su voluntad, intentando trasmitirle sus necesidades. Se me está desgastando la suela de los zapatos, pensaba, pronto me harán falta otros nuevos. Y también chanclos. Dinero para libros de texto, vaqueros nuevos, un póster de Bryan Faust vestido de cuero negro con su Stratocaster colgada a la altura de la cadera. A veces la escuchaba; la mayoría de las veces no. Ahora el efecto acumulativo de su indiferencia se agolpó dentro de Jane y explotó en forma de lágrimas.

—¡Maldito seas! ¿Por qué no me contestas, estúpido cabrón? ¿Por qué? —Aporreó una placa de hierro con el puño—. ¿Sabes una cosa? Ni siquiera creo que sigas con vida. Sólo te quedaban fuerzas para un último vuelo y las gastaste. Ahora no eres nada más que un pedazo de hierro. A lo mejor te queda todavía un poco de corriente en los sistemas eléctricos, algún tipo de débil consciencia, pero eso es todo. Estás lobotomizado, ni siquiera puedes hablar. ¡No eres nada! Nada. Debería venderte como chatarra.

No hubo respuesta.

Enfadada, Jane barrió sus libros del sillón del piloto. Resbalaron y se desparramaron por la colcha de Pnuk que cubría su cama sin armazón. Sus pertenencias eran escasas, pero aun así la cabina era lo bastante pequeña como para que no tuviera casi sitio donde guardarlas.

Se dejó caer en la silla.

Un toque bastó para que cobraran vida los sistemas de navegación. Las

gafas envolventes se cerraron alrededor de su cabeza y volvió a mirar una vez más por los ojos de Melanchthon. Tenía la vista clavada en el suelo. Jane levantó la mirada. Su visión cubría ahora trescientos sesenta grados completos, por encima del vertedero a un lado de los matorrales, y por una cuesta corta y empinada al otro, donde una hilera de casas de ladrillo sucio de hollín les mostraban sus estrechos patios traseros, llenos de cenizas, esqueletos oxidados de bicicletas y otras máquinas muertas. Las pintadas que adornaban las paredes de los jardines brillaban como el neón en la vista del dragón: ¡TORTURA PARA LOS ELFOS! y LOS ENANOS MOLAN MAZO con un par de martillos cruzados debajo. En la gama del espectro visible para los humanos, tres ventanas destellaban con un fantasmagórico azul televisor.

Durante largo rato se quedó al borde del precipicio, dispuesta a invocar el nombre de Melanchthon. Las sílabas estaban a una fracción de segundo de su lengua. Pero por el simple hecho de pensar en ellas la náusea se adueñó de Jane, un mareo perceptivo tan fuerte que a punto estuvo de vomitar. Algo se desenroscó a medias dentro de su cerebro.

Su vista se emborronó y se volvió hacia adentro, sobre los diagnósticos de la máquina, líneas verdes que se desmadejaban y multiplicaban sobre sí mismas como si tuvieran vida propia. Esquematizado, Melanchthon era un mapa de ruina y desperfectos, flagrantemente evidentes cada rotura y boquete necesitados de reconstrucción, lubricación, reinstalación, sustitución... Debían de ser mil los fallos de este estilo que plagaban el cuerpo de hierro negro, y cada uno de ellos era una obligación que Jane había jurado subsanar por su alma.

La presencia del dragón se inflamó debajo de ella, toda hierro y sangre fría, helada. Se sintió como una hormiga sobre una montaña en movimiento. Emanaba de él un aura de enfermedad, ennegreciendo el aire, y Jane comprendió por primera vez que en su estado actual Melanchthon era un tullido y, como cualquier criatura herida, peligroso en proporción a su fuerza y su antiguo vigor.

Jane recuperó la cordura, y con ella, el miedo.

Con las manos repentinamente heladas, apagó de golpe los sistemas interactivos. La presencia del dragón desapareció.

Tardó un rato en reponerse. Cuando lo hizo, empezó a recoger sus libros. No iba a invocar al dragón. No esa noche, al menos. Su próxima conversación tendría que esperar hasta que se presentara un momento mucho más importante.

Las páginas impresas, sin embargo, ahora le resultaban ilegibles. Siete veces hubo de examinar la misma antes de darse cuenta de que no tenía la menor idea de qué texto había abierto. Dejó que se le escurriera de los dedos y se tendió boca arriba, mirando sin ver el techo negro de la cabina.

Transcurrido un momento empezó a llorar.

Su soledad parecía aplastante, ahora, su aislamiento completo. Jane acusó su inferioridad como un golpe físico. En un mundo lleno de encantamientos ella no era nada más que una niña trocada, nada más que una escolar, nada más que una ratera.

7

El mundo material se compone en última instancia de materia primitiva. Nadie había visto jamás esta materia primitiva, empero, puesto que sólo posee una existencia potencial hasta que influye en ella la forma para crear el aire, el fuego, el agua y la tierra, así como el número casi infinito de elementos que son una mezcla de esos cuatro. La creación tiene lugar en dos exhalaciones. El calor del sol, al actuar sobre el océano, provoca una exhalación vaporosa que es a un tiempo húmeda y fría, y sus compuestos resultantes, por consiguiente, se componen mayoritaria aunque no exclusivamente de agua y aire. Pero cuando el sol actúa sobre la tierra se produce una exhalación humeante, caliente y seca al mismo tiempo, y sus compuestos son principalmente mixturas de tierra y fuego.

A Jane le encantaba la alquimia. Le fascinaba su elegancia. De la informidad, por medio de dos operaciones, surgían los cuatro elementos básicos y todas las cosas derivadas de ellos. Un roble reducido a sus componentes estaba hecho por entero de estos cuatro elementos combinados. Esto se podía demostrar cogiendo un leño de ese árbol y aplicándole el calor suficiente. El desmadejamiento comenzaría con la expulsión de llamas y chorros de aire caliente; los primeros dos elementos. Al arder, borbotarían del extremo cortado del leño líquidos bituminosos; agua. Luego, una vez completada la calcinación, quedaría un residuo de ceniza, y éste sería el elemento final de la tierra.

—La exhalación humeante —dijo el hombre pálido— es masculina y la vaporosa femenina. El mercurio es un útero en el que se pueden gestar los metales embriónicos. Es por esto que todas las grandes alquimistas son mujeres.

Mujeres, escribió Jane en su cuaderno, y subrayó la palabra tres veces.

—No entiendo por qué querría nadie ser la reina de mimbre —dijo Jane.

Los demás la miraron con lástima.

—Por la gloria —dijo Lodoso—. Se puede saltar las clases, faltar a los exámenes finales, salir con quien le salga de los cojones y montar en un flotador enorme mientras todo el mundo la admira y la vitorea. Hasta se puede poner

una estúpida tiara. —Gargareó un pegote de flemas y lo escupió—. ¿Tan difícil es entender eso?

—Ya, pero...

—Oh, no seas tediosa. —Salomé sacó un esbelto cigarrillo rosa de su bolso y lo encendió sin ofrecérselo a la pandilla. Era una niña de olor almizcleño y origen turbio con el cráneo alargado, el cabello perpetuamente mojado y la desafortunada costumbre de morderse las uñas de los pies en clase. A Jane no le caía precisamente bien, pero tampoco es que pudiera elegir con quién codearse—. Este tema me está dejando aturdida de aburrimiento, bonita. Hablemos de otra cosa.

—Eso. —Ratartel le pegó un golpe a Jane en la cabeza—. Cambia el disco, mierdecilla.

—Hombre, hablando del diablo, aquí llega Peter —dijo Lodoso—. ¡Peter, tío! ¿Qué te cuentas? —Era un enano rojo, y como tantos de su especie su estado de ánimo oscilaba vertiginosamente entre un huraño fatalismo y un afán por agradar a los demás que rayaba en lo grotesco.

—Eh, hola. —Peter del Collado asintió vagamente para saludar al enano, ignorando a los demás, y luego, para su sorpresa, se dirigió a Jane—. Oye, tengo entendido que sabes cómo birlar cintas de esa tienda del centro comercial.

—Sí —dijo Jane—. Puedo hacerlo.

—Bueno, ¿me podrías decir cómo? Esta piba rusalka con la que estoy saliendo, ya sabes cómo son. Se ha empeñado en que le pille una cinta en concreto, sabes, y estoy a dos velas.

—Jane nunca... —empezó Lodoso.

Lo silenció con una mirada. La decisión dependía de ella, al fin y al cabo. Para demostrarlo, dijo:

—Vale. Tengo este bolsito de cuero rojo, sabes. Lo llevo en la mano derecha con la solapa suelta, para poder colar dentro una cinta con la izquierda cuando no mira nadie. —Los demás, Salomé en particular, la escuchaban con interés; normalmente no compartía sus métodos con nadie. Los ojos de Ratartel eran dos estrechas rendijas de concentración.

—Pero, ¿qué pasa con la puerta de seguridad?

—Para eso uso el bolso en vez de guardarme la cinta en un bolsillo. Voy a la puerta y justo cuando estoy cruzando, veo a una amiga fuera del centro, ¿vale? Así que tengo que llamarle la atención, ¿sí? Entonces hago: ¡Salomé! —Chilló el nombre entre sorprendida y contenta, poniéndose de puntillas y ondeando la mano del bolso en algo para llamar la atención de su amiga. Un paso le bastó para cruzar la puerta imaginaria y bajó la mano—. ¿Lo ves? En

realidad el bolso pasa por encima de la puerta, no a través, pero todo sucede con tanta naturalidad que el segurata de la tienda ni se entera.

Sus amigos rieron y aplaudieron.

—De éstos tiene un millón —dijo Lodoso con orgullo.

—No me sirve —dijo Peter—. Eso sólo vale para las chicas. —Empezó a darse la vuelta—. Bueno, gracias de todos modos.

—Espera —dijo Jane—. ¿Qué cinta quieres?

—El nuevo álbum de Conjunción de Opuestos. Se titula *Mitago.*

—Te lo saco yo. Como favor. Ven a verme mañana.

—¿Sí? —Entornó los ojos, como si se fijara en ella por primera vez—. Muy amable de tu parte.

Cuando Peter se hubo ido, Ratartel dijo:

—¿Por qué vas y le haces esa oferta?

Jane no sabía por qué. Había actuado por impulso.

—No sé, es mono. —Se encogió de hombros.

—Está por él —dijo Lodoso—. ¡Menuda causa perdida! Ese chaval está condenado. Lo tiene escrito en la cara.

—«Tal y como habíase profetizado Bajo la Montaña» —se burló Salomé—, «y labrose en las Runas y aun grabose incluso con lanza en su Corazón de granito».

—¡Hey! —Lodoso apretó los puños—. ¡No tiene gracia!

Ratartel se metió entre los dos y los separó.

—Cierra el pico, Salomé. Tú también, Lodoso. —Lanzó a Jane una mirada fulminante, como si de alguna manera todo aquello fuera culpa de ella—. El caso es que tiene razón. Es peor que una causa perdida. Esa guarra rusalka con la que sale Peter, ¿sabes quién es?

—No —dijo Jane.

Sonó la campana que indicaba el final del recreo. Salomé tiró su cigarro al suelo.

—Hala, de vuelta a las minas.

—Vete a la mierda —dijo Lodoso.

Jane alcanzó a Ratartel en la puerta, le agarró del brazo y preguntó:

—¿Quién?

Ratartel sonrió con malicia.

—Gwenhidwy la Verde. Eh, venga ya, no muevas así la cabeza. Ya sabes quién es Gwen. Sí que lo sabes... es la reina de mimbre en persona.

Al pasar tanto tiempo en el centro comercial, Jane crecía más deprisa que las demás chicas de su clase; era posible estar varios días seguidos dentro de aquel glamuroso dominio y volver a emerger a un mundo exactamente igual que al entrar. Jane hacía muchos deberes allí. Estaba poniéndose al día con sus estudios, y sólo la predeterminación de su estupidez por parte de los profesores le impedía dejar atrás las tutorías del hombre pálido.

—¿Qué le pasa a la reina de mimbre? —le preguntó aquella tarde.

El hombre pálido dejó de leer, la miró directamente, a través, más allá de ella.

—Ya sabes lo que le pasa a la reina de mimbre.

—Sí, ¿pero por qué?

—Es una tradición. —El hombre pálido volvió al texto—. Entre las palabras transliteradas del árabe mediante el proceso de metátesis se incluyen «abric», más correctamente trascrito como *al-kibrit,* para el azufre; «alchitram», de *al-qitran,* para el alquitrán; «almagest», o *al-majisti* para...

—¿Por qué es una tradición?

—Porque lo es.

—Pero, ¿por qué lo es?

El hombre pálido exhaló un suspiro. Fue un suspiro singularmente desapasionado, y aun así el primer atisbo de emoción en que Jane había visto incurrir al hombre pálido, y por consiguiente desconcertante. Dejó el libro a un lado.

—Hay cosas —dijo— que pueden saberse y que estudiamos para ganar en entendimiento y aumentar nuestro poder. La alquimia, la metafísica y la nigromancia son algunos de estos campos de conocimiento, y sobre ellos y sus ciencias hermanas se sustenta la totalidad de nuestra civilización industrial. Pero hay otras cosas, más oscuras, que se resisten al intelecto. Las intenciones de la Diosa no son conocidas ni aprehensibles. Nos hace bailar, a hombres y mujeres por igual, en giros en convergencia constante que al final nos acercan a todos a nuestro destino, y ese destino es siempre el mismo e ineludible. No nos dice por qué.

—Usted me dijo que no había agentes externos que gobernaran nuestras vidas. Que sólo existen el azar y la aleatoriedad.

El hombre pálido se encogió de hombros.

—¡Lo dijo!

—La Diosa es indiscernible y su voluntad inescrutable, impredecible e ineluctable. Bien pudiera ser aleatoria. Vivimos nuestras cortas vidas sumidos en la ignorancia y nos morimos. Eso es todo.

—Pero el resto de nosotros nos morimos sin saber cuándo. ¡La reina de mimbre muere este año!

—¿Es que no has escuchado nada? —Con movimientos cortos y violentos se encajó un cigarrillo nuevo entre los labios, lo encendió y tiró la cerilla de papel, que rebotó con fuerza en la pizarra—. La Diosa quiere sangre. Y siempre obtiene lo que quiere. De un modo u otro. Si con algún que otro sacrificio ocasional podemos apartar su deseo de nosotros, en fin, entonces se trata de pensar en el bien de la mayoría.

—Sí, pero...

El hombre pálido se puso de pie —era la primera vez que Jane lo veía erguido— y se acercó a la ventana, trazando una fina línea azul de humo de tabaco por toda la estancia. Los cristales estaban festoneados de flores de cartulina, príapos, huevos, pegados con cinta adhesiva para dar la bienvenida a la primavera y blanquecinos ya en los bordes. Se quedó mirando fijamente a través del cristal veteado y la red metálica, aunque no había nada que ver desde allí salvo la parte de atrás del gimnasio y la zona de carga del taller.

—Yo no soy de aquí —dijo—. Pero en el lugar del que provengo había un joven idiota enamorado, no de una reina de mimbre, sino de una orenda que había sido elegida como doncella de sangre para un nuevo proyecto de urbanización. Su cabello era como el fuego y su piel tan clara e inmaculada como la pantalla de una lámpara.

»Él era un erudito y vestía una túnica negra. Al igual que tú, pensaba que era posible ser más listo que el dios Cuervo. De modo que creó un simulacro de su orenda con flores. Era una obra de arte brillante. Cuando quemaron a la muchacha de flores ésta se debatió y gritó de forma más que convincente.

»Se mudaron en secreto a una lejana ciudad, donde él encontró trabajo como profesor suplente. Alquiló una habitación con el dinero que habíamos... que habían ahorrado. Lo primero que compró fue un colchón y un televisor, y más tarde una heladera, un sofá y una cama. Eran razonablemente felices.

»Pero llegó una noche en que el aire estaba lleno de ululares y presagios. El aparato de televisión gimió y lloró sangre cuando lo encendieron. Se había producido un incendio en el proyecto de urbanización. Murieron doscientas personas. Los ojos de ella se volvieron entonces de un blanco lechoso. Su cabello

se elevó y crepitó cargado de electricidad. Oh, Diosa, exclamó, ¿qué hemos hecho?

»Él la consoló lo mejor que pudo... pero, ¿cuánto era eso? Los hechos eran irreversibles. Ella debería haber ardido. No tenía sentido negar su culpa. Se enconó y se convirtió en una fiebre tan abrasadora dentro de ella que su piel se ampolló y desportilló. Yo... él... despertaba por las noches para encontrar las sábanas humeando y a punto de prenderse. Era preciso tener siempre un balde de agua cerca en todo momento.

»Una vez abrí los ojos a una espantosa luz azul. Ella era un fogonazo de acetileno que siseaba y chisporroteaba en el centro del cuarto. Presa del pánico le tiré la manta por encima, sofocando las llamas. Cuando volvió a ser ella misma, la metí en la cama. Por la mañana se negó a hablarme. Lloraba y no brotaban lágrimas de sus ojos. Sólo vapor.

»Un día tras otro se repetía lo mismo. Le corté el pelo para evitar la combustión espontánea. Tiré todas las cerillas a la basura para que no pudiera comérselas. Desenchufé los electrodomésticos por miedo a un incendio eléctrico. Antes de salir a trabajar cada mañana empapaba las esteras y echaba agua sobre todas las paredes. Luego la dejaba encerrada y me guardaba la llave en el bolsillo.

»Por aquel entonces su discurso era apenas inteligible. Farfullaba y traqueteaba como una tetera. Se le había endurecido la piel y crujía cuando se movía. Era más reptil que mujer. Sus ojos no parpadeaban cuando me miraban. A veces el *awen* se adueñaba de ella y profetizaba.

Jane casi no podía respirar.

—¿Qué decía?

—Eres demasiado pequeña.

El hombre pálido se quedó callado tanto rato que Jane ya empezaba a convencerse de que jamás volvería a hablar.

Pero cuando lo hizo, su voz era normal de nuevo, monótona y sin emoción.

—Una tarde llegué a casa y descubrí que había puesto toallas al pie de las puertas y las ventanas, había encendido el gas y metido la cabeza en el horno. Todos mis esfuerzos habían sido en vano. Había muerto, pero no bien.

»Me sometí entonces al dios Cuervo y le hice mi sacrificio. —Se encogió de hombros—. Te seré franco. A esas alturas, para mí fue un alivio.

El hombre pálido cogió su libro y volvió a la lección. Pero Jane no podía concentrarse. Tenía la mente llena de visiones de Gwenhidwy la Verde, vestida sólo con su hermosura, meciéndose dentro de una jaula de mimbre colgada

sobre la línea de medio campo. Las gradas estaban abarrotadas, el colegio entero se había reunido. Olía a gasolina. Las llamas se encabritaron. Todos rugieron.

Gwen estaba ardiendo como una polilla en una vela, y gritaba.

Fue una visión que acompañó a Jane durante el resto de las clases y todo el camino hasta casa. El suelo crujía bajo sus pies al cruzar el vertedero; las latas oxidadas, enterradas, se frotaban entre chirridos. Caminaba con cuidado, temerosa de torcerse un tobillo. Dentro del dragón, apartó de una patada una pila de ropa interior del asiento del piloto y se acopló a sus sistemas sensores.

—Hola —susurró—. Soy yo de nuevo.

No hubo respuesta.

7332 tenía la mirada fijamente clavada en el suelo. Jane empezó a levantarla y entonces, curiosa, la devolvió al punto de partida. Tardó un instante en averiguar qué estaba haciendo el dragón.

Estaba observando a los meryons.

Jane nunca había prestado demasiada atención a esos seres de seis patas. Eran las más pequeñas de todas las criaturas inteligentes, descendientes lejanos de pixies, reducidos al tamaño de hormigas por eones de procesos evolutivos. La simplificación los había despojado de pasión, galantería, honor y ambición. Sus guerras eran una carnicería. No tenían literatura ni canciones. Su único amor era el trabajo. Jane no lograba entender por qué querría observarlos 7332.

Unas figuras diminutas correteaban entre los hierbajos, cargando con trocitos de metal tres veces más grandes que ellas. Aquí y allá, entre las matas, se elevaban tenues y azules hilachos de humo de sus forjas subterráneas. De lejos se podrían tomar por neblina.

Un meryon bajaba por un caminito casi invisible empujando una carretilla cargada hasta arriba con tres cerezas silvestres. Donde una moto de cross había dejado un surco en el suelo se habían tendido dos briznas de paja en paralelo para formar un puente. En el extremo más alejado había una minúscula amazona con una lanza de punta metálica del tamaño de una aguja con ojal. Le indicó al obrero que pasara.

El carretillero se acercó con su carga a la boca de una aspiradora que salía de la tierra y desapareció entre sus fauces. Jane pestañeó, y en un instante de vértigo perceptual comprendió que lo que parecía un montón de desperdicios esparcidos bajo los árboles era en realidad una aldea bien ordenada. Un cañón de pipa servía de estufa para una cabaña enterrada con el

tejado de cartón de huevos y un gorro de bellota a modo de chimenea. Un bote de café medio enterrado en el suelo era un cobertizo semicilíndrico de metal que servía de establo para un par de ratones de campo idénticos, domesticados y listos para transportar las mercancías más pesadas. Las carreteras se trazaban, ensanchaban y camuflaban con recortes de plantas. Una plancha oxidada sujeta por centenares de hilos a esforzados tiros de escarabajos verdes servía de apisonadora para las avenidas más grandes.

Los meryons se afanaban por doquier, microingenieros infatigables, diminutos expertos en bricolaje. Un tarro de mayonesa, a la sombra de tres hojas de roble cosidas en forma de tejado cónico, hacía las veces de depósito de agua, y se había diseñado un sistema de pajitas de refrescos para canalizar esa agua hasta cada casa y guarida ocultas del poblado.

Jane estaba hipnotizada.

Los observó hasta que oscureció y no hubo nada que ver salvo el ocasional destello de luciérnaga de una lámpara transportada en el puño invisible de un guardia fronterizo y la luz espectral de un prototipo de planta de producción de gas metano. Pese a su falta de complejidad individual, la sociedad meryon en su conjunto era tan intricada e inherentemente fascinante como un reloj de bolsillo de cristal.

Jane levantó la cabeza de repente y comprendió que estaba anquilosada y cansada, y que todavía tenía deberes por hacer. Bueno, podía permitirse el lujo de no entregar alguna que otra tarea; tampoco es que nadie esperara gran cosa de ella.

Entonces se acordó de que le había prometido a Peter que birlaría la cinta de Conjunción de Opuestos para él esa noche.

—¡Mierda! —Todavía estaba a tiempo de pillar el interurbano hasta el centro comercial, pero por los pelos. De todos modos, no le apetecía demasiado tener que correr para hacer el trayecto a esta hora de la noche, meterse en el cineplex para echar una rápida cabezada a fin de no cometer luego ningún error estúpido, pasar zumbando por la tienda de discos, pillar una lata de lo que fuera para matar el gusanillo, encontrar un banco libre e hincar los codos, y después correr otra vez para montar en el Expreso del Ojo Rojo. Demasiado trabajo por una promesa no meditada.

Al final, sin embargo, eso fue lo que hizo.

Pero se entretuvo demasiado tiempo en la entrada del centro comercial, donde el discurrir del tiempo era seminormal y se colgaban todos los folletos con las ofertas. De modo que cuando salió, lo hizo a tiempo de ver cómo se perdían por la carretera las luces rojas traseras de su último transporte a casa. Más de tres kilómetros tenía que caminar por la vía de los milagros, con

mastodontes de acero circulando como exhalaciones tan cerca de ella que la hacían tambalear con los remolinos de aire que levantaban a su paso. Las fábricas de ladrillos y los solares estaban llenos de ojos brillantes y grititos. Algo se movía en las sombras, y Jane estaba segura de que la seguía. ¡Niños lobo!, pensó, aterrada.

Para empeorar aún más las cosas, Peter no se presentó al día siguiente. Durante el almuerzo Jane hizo algunas cautas indagaciones y descubrió que era célebre por saltarse las clases.

—Así es Peter —dijo despreocupadamente una nisse—. Voluble como el que más. Hay que quererlo por ello.

Fue así que inmediatamente después de la escuela Jane se aventuró en la parte de la ciudad del otro lado del vertedero en busca de la morada de Peter, para darle la cinta y decirle cuatro verdades.

Peter vivía en un distrito comercial en declive. Se alojaba en un tercero sin ascensor, en un piso cochambroso encima de una tienda de aparatos de sonido de saldo en bancarrota. Un trozo de cable asomaba donde alguna vez hubo un telefonillo, pero la cerradura de la puerta estaba destrozada de todas maneras, así que Jane entró sin preocuparse. El hueco de la escalera olía a sábanas hervidas y pintura vieja. El linóleo del pasillo delante del piso de Peter estaba resquebrajado y combado. Jane llamó con los nudillos.

—Adelante.

Abrió la puerta.

Estaba tendido pálido en una cama deshecha, con la cabeza echada hacia atrás y desnudo. Se le marcaban las costillas, y Jane pudo ver un pezón gris como la ceniza. Quiso la casualidad que la forma en que caían las sábanas sobre su cadera le cubriera las partes pudendas.

—Déjalo encima de la mesa —dijo Peter sin abrir los ojos—. Súmale dos pavos de propina y anótalo en mi cuenta.

Jane se quedó allí plantada, sin saber qué decir. Peter tenía una ligera pelusilla en el pecho, con una fina línea que bajaba recta por el centro de su estómago. Un aparato de televisión en blanco y negro colocado encima de una silla en una esquina murmuraba para sí, con la imagen encendida y el sonido reducido al mínimo.

—Me... me parece que no soy la persona que estabas esperando —se atrevió a decir por fin.

Peter se sentó con un movimiento brusco y, presa del pánico, agarró la sábana para envolverse en ella. Luego volvió a hundirse en la cama, agotadas sus energías.

—Oh, ya. La cinta. Hey, lo siento, me... en fin, ya ves que no estoy precisamente en condiciones de ir a la escuela.

—Tienes un aspecto horrible.

—Así me siento.

Se escuchó el sonido de una cisterna. Gwenhidwy la Verde salió del cuarto de baño, abrochándose la falda. Vio a Jane y se detuvo.

—Hola —dijo con voz agradable—. ¿Ésta quién es?

—Una amiga de la escuela —dijo Peter—. Jane Flordaliso. —Sus ojos estaban cerrados, sus párpados eran casi traslúcidos. Tenía los labios blancos.

Jane no sabía qué la asombraba más: el que Peter la considerara su amiga, o el que supiera cómo se llamaba. Ofreció a Gwen el pequeño paquete que tenía en la mano.

—Sólo he venido a traer esto. Para ti. De Peter.

—Qué encanto. —Gwen aceptó la cinta, la examinó brevemente y la hizo desaparecer. Se deslizó al lado de Peter y, acuclillada junto a la cama, le acarició la frente—. Pobrecito. ¿Esto te hace sentir mejor?

—Qué mano más fría tienes —murmuró él—. Qué fría. —Tanteó a ciegas hasta encontrar sus dedos y se los llevó a los labios para besarlos.

Jane sentía que su corazón se rendía ante ellos. Eran los dos tan hermosos, tan perfectamente enamorados, tan condenados. En comparación su vida era chabacana, complicada e inconsecuente. Le inspiraban una sensación tan fuerte y delicada que sólo se podría llamar amor.

Peter abrió los ojos de golpe.

—¿Qué hora es? ¿Nos lo hemos perdido? Deben de estar echándolo ahora.

—Chis. —Gwen sonrió—. Ya estoy yo pendiente de la hora. —Se acercó al televisor y puso la mano sobre el mando del volumen—. Ahora mismo empieza, de hecho.

Estaban echando un programa de entrevistas. En él todo el mundo era alto y elegante, con ropas hechas a medida, con el pelo, los dientes y las uñas igual de perfectos. Jane no veía mucha televisión; todo eran elfos y dinero, con algún que otro enano cuando se terciaba para contrastar. Era como si emitieran esos programas desde otro universo, uno donde nadie tenía olor corporal, o los dientes torcidos, o un ratón muerto en el pelo. No tenían mucho que ver con su experiencia personal.

—Bueno —dijo tímidamente—. Será mejor que me vaya.

—¡No, quédate! —exclamó Gwen—. Es mi hora. Queremos que tú también la compartas, ¿verdad, Peter?

—Yo quiero lo que tú quieras. Eso ya lo sabes.

—¿Ves? Oh, creo que todavía nos da tiempo de fumarnos algo. Peter, ¿dónde has puesto la pipa?

—Encima del tocador.

Gwen sacó una pipa de cañón largo con una cara enfurruñada tallada en la cazoleta de espuma de mar y le echó dentro un trocito de algo negro.

—Hachís —explicó. Se sentó en el borde de la cama entre Peter y Jane, encendió una cerilla e inhaló, arrastrando sobre el hachís. Sin preguntar, le pasó la pipa a Jane.

La punta del cañón todavía estaba húmeda de los labios de Gwen. Con remilgo, Jane se la metió en la boca. Inspiró profundamente y sus pulmones se llenaron de un humo picante y áspero. Se atragantó y tosió. Una nube de humo tras otra manó de ella, volúmenes imposibles que llenaron la estancia, y aun así no podía dejar de toser. Rezó para no dejarse en ridículo derramando el contenido de la pipa.

Peter se rió.

—¡Guau! ¡Guárdalo dentro, guárdalo dentro!

Pero Gwen tomó la pipa y le dio unas palmadas en la espalda.

—Ea, ea —la consoló—. Se te ha ido por mal sitio, ¿verdad? La próxima vez no absorbas tanto y todo irá bien.

—Ya. —La palabra zumbó y retumbó en los oídos de Jane, reverberando en lo hondo de su cráneo, donde todo eran chispas y remolinos de gris. Por un instante no tuvo la menor idea de dónde se encontraba o qué estaba haciendo, y para disimular dijo—: Ya —otra vez, aunque no quedaba del todo claro a qué estaba consintiendo.

—¡Ya empieza! —Gwen se levantó de un salto y subió el sonido del televisor.

Más tarde, Jane era incapaz de distinguir lo que había pasado en la pantalla de lo que había ocurrido en su cabeza. Era un documental sobre Gwenhidwy, de eso estaba segura, repleto de lánguidas capturas a cámara lenta de su larga melena verde arremolinándose cuando giraba la cabeza primero a un lado y luego a otro, como un anillo planetario pasajero alrededor de su sonrisa. Colocada, era imposible seguir la narración. La música oscilaba arriba y

abajo —¿o sería sólo la percepción que tenía Jane de ella?— elevándose con demoníacos alaridos sintetizados y hundiéndose en barrocas espinetas.

Una voz en off estaba diciendo algo.

—¿Una diosa? ¡Oh, la! —exclamó Gwen. Peter salió del cuarto de baño, recién vestido y con un aspecto diez veces más saludable que antes. Se sentó junto a Gwen y reposó la cabeza en su hombro. Con gesto ausente, ella le acarició el pelo.

Alternando la mirada entre la Gwen de la pantalla y la Gwen sentada en la cama, Jane no lograba decidir cuál era más impresionante. La Gwen televisada era más voluptuosa, con los pómulos más pronunciados y esa suerte de belleza brillante que sólo podía conseguir la tecnología de vídeo. Pero la Gwen real era mucho más cálida, tan vital y espontánea, tan... real.

Peter miraba fijamente la pantalla, desesperado de anhelo. Jane intentó imaginarse cómo sería el que un chico la mirara de esa manera. Debía de ser una sensación muy rara.

En ese preciso instante la cara de Gwen, con los labios húmedos y entreabiertos, se superpuso a una grabación de la reina de mimbre del año pasado retorciéndose entre las llamas. Jane se volvió hacia ella y, olvidando por completo sus modales, preguntó:

—¿Cómo lo soportas?

Gwen sonrió, como si guardara algún secreto importantísimo.

—Tengo a Peter —dijo—. Silencio ahora, ésta es la mejor parte.

Cuando hubo terminado el programa, Jane debió de decir algo, puesto que Gwen parecía enormemente complacida.

—Oh, no exageremos —dijo. Sonaron pasos en la escalera y abrió la puerta de golpe—. ¡Bien! Ha llegado la pizza.

Era tarde cuando por fin Jane empezó a bajar las escaleras, tambaleándose, todavía colocada y un poco mareada, con la garganta algodonosa y seca. El aire nocturno parecía aterciopeladamente cálido, suave e invitador. Gwen la acompañó a la puerta. Iban a salir a bailar más tarde, Peter y Gwen. A Gwen le encantaba bailar.

—Volverás a visitarnos, ¿verdad? —Gwen tenía los ojos grandes y oscuros. Casi parecía que hubiera —aunque no podía haberla, en realidad no— una nota suplicante en su voz.

Jane no podía negarle nada.

A la mañana siguiente lo único de lo que se hablaba en el patio de la escuela era el especial de Gwen. Jane estaba que no cabía en sí con su visita al piso de Peter. Ver el show de Gwen en compañía de la mismísima Gwen era la cosa más guay que había hecho en toda su vida. Pero no quería decir nada al respecto hasta la hora del almuerzo. Quería conservar su secreto especial un ratito más.

Pero entonces ocurrió algo que borró todo pensamiento de Gwen de su mente.

Era obvio que el día iba a ser diferente en cuanto Jane entró en clase. Strawwe el celador estaba sentado al filo del escritorio de Grunt, tenso y con los labios apretados. Eso significaba como mínimo examen.

Strawwe lucía un tricornio, con la cara lisa hacia delante, como insignia de su cargo. Llevaba el pelo recogido en una coleta tan tirante que no podía parpadear, y de resultas tenía siempre los ojos saltones. Se dio un golpecito en el muslo con una regla de borde de acero por cada niño que iba entrando. Cuando hubo pasado el último alumno, asintió a Grunt.

Una vez Grunt hubo llamado al orden, se aclaró la garganta.

—Las Tres Ces —dijo—. Las Tres Ces son vuestra guía para la excelencia académica. Las Tres Ces son vuestra llave de oro para la puerta del futuro. Ahora... todos juntos... ¿cuáles son?

—Creer —musitó la clase—. Comportarse. Callarse.

—¿Cuál era la última? —Abocinó una mano junto a su oreja.

—¡Callarse!

—Nooo ooos oooigooo.

—¡Callarse!

—Bien. —Juntó las yemas de los dedos—. Ahora, clase. Niños. Mis queridos, queridísimos pequeñuelos. Hoy tenemos el privilegio... el gran privilegio... de recibir la visita a nuestra clase de un delegado del Comité de Correcciones Industriales. ¿Sabéis quién es?

Nadie dijo nada.

—Exacto. No lo sabéis. Debéis esperar a que yo os lo diga.

Strawwe se escurrió de la mesa y empezó a deslizarse silenciosamente entre las filas de estudiantes. Costaba esfuerzo no dar un respingo cuando aparecía de repente en la periferia de la visión, o cuando una sombra de su regla caía sobre los nudillos de Jane, vacilaba, se demoraba, y por fin pasaba de largo. No se atrevió a dirigirle la mirada. Por semejante indiscreción, un capirotazo en la oreja era lo menos que podía esperar una.

Una tabla crujió en el suelo al acercarse Strawwe a las filas de delante, y una cabeza cubierta de apretados rizos rojos se giró instintivamente ante el sonido.

Zas. La regla cayó, y Jane oyó la brusca inspiración de Lodoso. No gritó, sin embargo. Los enanos eran duros.

—Señor Lodoso. Por lo visto anda usted «bajo» —Grunt hizo una pausa, para permitir que una diminuta sonrisa aflorara a sus labios hinchados— de atención hoy.

Se liberó la tensión y todo el mundo prorrumpió en carcajadas, Jane incluida. Demasiado tarde, recuperó la compostura y se interrumpió. Pero hasta los demás enanos estaban riéndose. Tres de ellos eran enanos negros, claro, pero aun así resultaba deprimente.

Cuando cesaron las risas, Grunt dijo:

—¡Las Tres Ins! ¡Recítenlas!

—Indolencia, Insolencia, Ingratitud —entonaron obedientes.

—Correcto. —Una sensación de Presencia se acumulaba fuera en el pasillo, una presión ominosa teñida de ozono, como si se estuviera formando una nube de tormenta a ras del horizonte—. Y cuando sean ustedes, pese a todos mis desvelos, indolentes, insolentes y propensos a la ingratitud, deberán responder ante —el celador se materializó junto a la puerta, la abrió una rendija y asintió— el ladrón de niños.

Strawwe abrió la puerta de par en par, y el ladrón de niños irrumpió en el aula.

Era una criatura sobrenaturalmente atractiva, artificialmente bronceada, vestida con un traje de seda de importación. Llevaba las fuertes manos enfundadas en guantes de cuero negro. Tenía el pelo tieso y erizado —debía de haber alguna gota de sangre de lobo en sus venas— y sus orejas eran aristocráticamente laminadas. Sonrió con dientes cuadrados y rectos. Pero no dijo nada.

Los alumnos se revolvieron inquietos.

De pie delante del escritorio, el ladrón de niños acaparaba la vista. Grunt y Strawwe se desvanecieron en su presencia. Por encima de su cabeza, el reloj que coronaba la pizarra proporcionaba un segundo foco de atención, su disco la única línea curva en un entorno de ángulos rectos, el paso sincopado de su fino segundero rojo el único movimiento en un universo donde toda actividad había

muerto hacía tiempo.

El ladrón de niños se sacó algo del bolsillo. Era una tira de tela, basta y de aspecto rasposo, de un color entre oliva y marrón. Un guante negro la apretó con fuerza y la levantó lentamente a su larga nariz aguileña. Sus ojos escudriñaron por turnos a todos los alumnos.

Despacio, hondamente, inhaló.

Un tropel de recuerdos arrolló a Jane.

Estaba de nuevo en el dormitorio del Edificio 5 de la fábrica de dragones a vapor. Éste era uno de sus primeros recuerdos, uno que siempre la había desconcertado. Era por la mañana y las forjas estaban funcionando a plena potencia tal y como llevaban dos semanas haciéndolo, su rugido una constante de fondo. Ella estaba de pie junto a su cama, doblando su manta. Todos los niños correteaban alrededor, preparándose para la inspección matinal de Blugg y deseosos de ir a desayunar.

De pronto su vista se emborronó y duplicó. Simultáneamente estaba allí de pie junto a la cama y sentada en la última fila de lo que entonces no reconoció como un aula. Estaba rodeada de desconocidos. Una figura alta y oscura la observaba fijamente desde el otro lado de la clase, sus ojos dos alfileres prendidos en la realidad.

Se le paralizó la mano sobre la manta, su tela basta y rasposa, de un color entre oliva y marrón. Parecía estar investida de un tremendo significado. En todo el mundo sólo esa manta parecía verdaderamente real, un ancla en la realidad; si la soltaba, caería de cabeza en su visión y se perdería para siempre.

Gallo le dio un golpe en el hombro.

—Eh, cara mustia. ¿Qué te pasa?

Jane se encogió de hombros y volvió a estar en el aula. El ladrón de niños estaba retirando la tira de tela de su nariz y mirándola fijamente. Levantó un brazo largo, aparecieron fluidamente a la vista unos grilletes, señaló hacia la última fila y habló por vez primera.

—Usted. Jovencita. Póngase de pie, por favor.

Paralizada de miedo, Jane vio cómo se incorporaba la niña que tenía a su izquierda. Era Salomé.

El ladrón de niños se la quedó mirando. Enarcó inquisitivamente una ceja y ensanchó ligerísimamente las ventanas de la nariz, como si hubiera algo en aquella situación que no comprendiera del todo pero estaba seguro de poder desentrañarlo. Empezó a dar un paso hacia delante.

No se sabe dónde, alguien se tiró un pedo.

Fue una ventosidad monstruosa, horripilantemente estirada, que atrajo todas las miradas hacia la primera fila. Olía a metano y cebollas silvestres sobre una base de repollo cocido, con un dejo pestilente de azufre para darle más enjundia. El aire adoptó un tono inconfundiblemente verdoso a medida que se expandía lentamente para llenar la sala. Varias muchachas se rieron nerviosamente por lo bajo y se taparon la boca con la mano. Las hadas más maleducadas se pellizcaron la nariz.

—¡Señor Lodoso! —exclamó Grunt, sobrecogido.

Strawwe, devuelto a la existencia, ya se había acercado a la primera fila y arrancado de su asiento al forcejeante enano. Grunt lo agarró del otro brazo y entre los dos lo estrellaron de bruces contra el encerado. Su cráneo golpeó la pizarra con un chasquido estrepitoso, y una delgada línea zigzagueó enloquecida desde el punto de impacto.

El ladrón de niños lo observaba todo con una sonrisa educadamente indiferente.

Grunt retrocedió un paso, y Strawwe puso al enano en pie agarrándolo por el cuello de la camisa. Lo sostuvo de modo que Lodoso tuvo que quedarse de puntillas, colorado y asfixiándose. En un pispás lo había sacado por la puerta, camino de la sala de castigo.

Jane sintió un suave roce en la muñeca. Se giró en redondo, pero allí no había nadie.

A una señal desesperada de Ratartel, mientras tanto, Salomé había vuelto a sentarse. Era exactamente la clase de oportunidad que Ratartel vería el primero, la ocasión perfecta para quedarse sentado y pasar desapercibido. Salomé parecía aturdida. En voz baja, extrañada, dijo:

—Hey. No sabía que él me... Hey.

El ladrón de niños carraspeó.

—Veamos, ¿por dónde iba? —Sus ojos taimados estudiaron la larga fila, demorándose esta vez en Jane—. Ah, sí.

De nuevo, sacó la tira de tela de su bolsillo.

Cuando inspiró, Jane sintió un viento estremecedor que le recorría los costados. Se estremeció de frío y con una extraña sensación de violación. El ladrón de niños seguía traspasándola con la mirada. Entornó los ojos.

Muy despacio, el jirón de su antigua manta se apartó de su nariz.

Los sonidos y olores del aula se apagaron, como el ruido de una radio moribunda. Jane sintió una aterradora incapacidad de respirar. La clase estaba inmóvil y estancada. Sus compañeros estaban sentados inmóviles, como figuras

troqueladas pintadas de vivos colores.

El ladrón de niños se volvió hacia Grunt y lo agarró entre el pulgar y el índice. Le propinó un meneo al pedante, antes de tenderlo liso sobre su propio escritorio.

Sin apresurarse, el ladrón de niños fue recorriendo fila tras fila, arrancando a los niños de sus asientos y colgándoselos de un brazo. Cuando la pila se hacía excesiva, regresaba al frente del aula y la dejaba encima de su profesor. Dejó la última fila para el final, cogiendo a todos salvo a Jane y llevándoselos a la parte de delante. Jane temblaba e intentaba eludir su mirada. El último niño en desaparecer fue Ratartel, sonriendo con sarcasmo todavía. El ladrón de niños dejó a Strawwe encima de él, con los ojos saltones e indignado.

Tomó una silla de detrás de la mesa y se sentó.

—Acércate. —El ladrón de niños le hizo una seña a Jane—. Siéntate en mi regazo, charlemos.

Jane no tuvo más remedio que obedecer.

Sintió su pierna dura y huesuda bajo ella; Jane se sentía rara posada en ella. Miró fijamente la pared del fondo. Una mano enguantada le apretó y masajeó el hombro.

—Tengo el poder de capturarte aquí y ahora y llevarte por la fuerza. ¿Lo dudas?

Jane negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—Soy un agente de la Ley, Jane, y es importante que comprendas y reconozcas mi autoridad sobre ti. Se forjó un pacto cuando eras pequeña, un contrato vinculante cuyos términos has intentando infringir indebidamente. Dirás que estabas en tu derecho porque habías sufrido una injusticia, y que fue una injusticia porque no era tu firma la que rubricaba el contrato de aprendizaje. —Se encogió de hombros—. Pero eras... todavía lo eres... una menor, y a efectos legales tu firma no significaría nada. De existir alguna injusticia, ésta se encuentra tan profundamente arraigada en el pasado que no puedes hacer nada al respecto. —Tomó su barbilla en su mano y le volvió la cara hacia la suya. Tenía las cejas oscuras y encrespadas. Sus ojos eran planos y serenos como dos espejos—. Eso lo entiendes, ¿verdad?

Jane se agitó inquieta, pero no dijo nada. Podía matarla, podía enviarla de vuelta a la fábrica de dragones para que trabajara allí de por vida. Jamás podría obligarla a decir que era justo.

El ladrón de niños suspiró entonces, como si se sintiera profundamente decepcionado con ella.

—Vengo del norte. Allí cazamos monos con una botella de boca amplia y

un palo. ¿Sabes cómo se hace?

—No —rechinó Jane.

—Es muy divertido. Soltamos una dulce cerecita en el frasco y nos apartamos. Aparece el mono. Ve el manjar dentro de la botella, mete la mano y la agarra. Pero el tamaño y la forma del recipiente impiden que pueda sacar la mano si cierra el puño. Podría escapar sin dificultad si soltara la cereza, pero ansia demasiado esa golosina. No consigue obligarse a soltarla. Ni siquiera cuando se acerca el cazador, silbando y ondeando el palo, es capaz de rendir su tesoro.

»Así que ahí que llega el cazador y le despachurra los sesos de un estacazo.

El ladrón de niños sacó un memorando encuadernado en piel de avestruz de un bolsillo interior de su chaqueta. Le entregó un trozo de tiza.

—Ahora, Jane, quiero que escribas con tu mejor letra las palabras que voy a decirte. Escríbelas en seis columnas iguales, lo más rectas y pulcras que puedas, —Esperó a que Jane estuviera en su sitio—. Recurvor —dijo—. Recusable. Recusacao. Recusadora.

Jane estaba tan atemorizada que ya había cubierto la mitad del encerado antes de reconocer en las palabras que estaba escribiendo los códigos de activación operacionales de los dragones de clase Moloch.

Pensaba que su miedo era incapaz de aumentar. Pero ahora era como si una mano helada le estuviera estrujando el corazón. Con los códigos de seguridad, el ladrón de niños podría invocar a 7332 e incluso, de forma tosca e insegura, darle órdenes. Su propio control sobre el dragón era tenue y débil, pero el ladrón de niños era uno de los Poderosos. El suyo no sería igual que el de ella. Y el patronazgo de Melanchthon era la única protección con que contaba. Sin ella, estaría perdida.

Esforzándose por no mostrar que sabía lo que eran, Jane anotó las palabras conforme se las dictaba el ladrón de niños. Puede, pensó, que no funcionen. Al fin y al cabo, había al menos cuatrocientos metros de distancia entre el vertedero y la escuela.

Cuando llegó al final, miró lo que había hecho:

Recurvor	Recusable	Recusacao	Recusadora	Recusamor
Recusancy	Recusative	Recusaturi	Recusavel	Recuser
Recuserati	Recussion	Recussus	Recutio	Recutionis
Recutitos	Recutitum	Redaccao	Redaccendo	Redactadas

Redactamos	Redactaron	Redadim	Redadinar	Redambules
Redamnavit	Redendum	Redibitar	Redictor	Redivamat
Redocculla	Redoctar	Redoctamos	Redombulas	Redorradio

—Es un buen comienzo —dijo el ladrón de niños por encima de su hombro. Su aliento era dulce y le cosquilleaba en la oreja—. Ahora coge el borrador.

Cerró la mano en torno a la de ella y guió delicadamente el borrador por la pizarra, como si fuera el puntero de una tabla de ouija. Flotó sobre la superficie, sin tocarla, antes de caer bruscamente para borrar una palabra. Sus manos unidas se movían arriba y abajo por el encerado, aparentemente al azar, borrando los códigos de activación uno por uno.

Por fin el ladrón de niños le soltó la mano.

—Eso es —dijo con voz complacida.

Recurvor		Recusadora	Recusamor
	Recussus		
		Redaccendo	
Redactamos	Redadim		Redambules
Redamnavit			

La temperatura de la estancia cayó en picado. Una tremenda sensación de presencia enturbió el aire, como una nube de hierro que pasara ante el sol. Una voz sin palabras dijo: *¿Qué quieres?*

Era Melanchthon.

Jane intentó darse la vuelta, pero no podía. Tenía los músculos del cuello agarrotados e inflexibles como si la retuvieran unas garras de acero. Tampoco le respondían las piernas. Se quedó mirando fijamente la pizarra mientras el ladrón de niños decía:

—Tu nombre.

¿Qué te importa a ti cómo me llamo, chucho? El dragón sonaba gentil, casi triste. *Puedes llamarme Muerte, si te place. Maté a miles de los tuyos en Avalan.*

El suelo crujió cuando el ladrón de niños se acercó al escritorio de Grunt, abrió el cajón y sacó algo. Un segundo después, sostenía ese algo fino y afilado contra la garganta de Jane. Era el abrecartas de plata de Grunt.

—¿Querías hablar de muertes?

Paralizada, Jane se sentía como un huevo atrapado entre dos manos que se lo disputaban. La presencia de Melanchthon era abrumadora, como el tirón gravitacional de una montaña que se hubiera materializado de repente en el patio de recreo.

Sí, hablemos. Dime: Con vida no valgo nada, hasta que la muerte me da valor. Muerto, ese valor desaparece. ¿Qué soy?

—Un rehén. —El ladrón de niños apartó el abrecartas del cuello de Jane. La pequeña sintió un espeluznante picor allí donde su punta la había tocado—. Te gustan los acertijos, ¿verdad? Prueba con éste: Tengo un grillo que no canta en el bolsillo. Pero cuando cante, saldrán ejércitos adelante.

No creo que tu busca funcione. Me toca: ¡Veo, veo! ¿Qué ves? La cabeza de un guau-guau donde deberían estar sus pies.

Las fuerzas que retenían cautiva a Jane se debilitaron, y se giró para ver al ladrón de niños enfrentándose gravemente a una sala vacía. Si bien el aura del dragón estaba en todas partes, un frío olor reptil soterrado a malicia, él no estaba presente físicamente. Estaba librando su lucha enteramente por medio de tecnologías de contramedidas electrónicas.

Tan sigilosamente como pudo Jane se hizo a un lado, buscando el punto ciego del ladrón de niños, detrás de su cabeza, entre la pizarra y la mesa.

Se formó un remolino alrededor del ladrón de niños, como enjambres de mosquitos que volaran demasiado rápido como para poder fijar la vista en ellos. Un campo magnético deformante que giraba alrededor de su cabeza pero no podía cerrarse sobre ella.

—¡Vanas amenazas! —se burló el ladrón de niños—. ¿Creías que iban a enviarme contra un dragón sin defensas? No puedes decapitarme tan fácilmente.

Con cuidado desdobló un par de gafas de lectura y se las colgó de las orejas. Volvió a abrir su memorando, ojeó la página con los códigos de activación y empezó a leer.

—La materia de la sustancia, la sustancia del pensamiento...

¡No!

—La materia de la vida, si bien materia no soy. Un grano de mí te alimenta, aunque nunca vivas tanto. ¡Un gramo te destruirá, aunque seas tan fuerte!

Un aullido inundó al aire, elevándose hasta lo supersónico. Jane cayó de rodillas, tapándose los oídos doloridos. El sonido era una aguja de acero que le

traspasaba el cráneo. Sus manos no podían amortiguarlo. La presencia del dragón se diluyó, disminuyó...

Y desapareció.

—Ea —dijo el ladrón de niños. Temblorosa, Jane se puso de pie. Ahora estaba directamente detrás de él, fuera de su vista. Alargó el brazo hacia la pesada grapadora que había encima del escritorio de Grunt.

—Ni lo intentes —dijo tranquilamente el ladrón de niños. Volvió a doblar sus gafas y se las guardó con cuidado en el bolsillo—. Ahora, niña, es hora de devolverte al lugar que te corresponde. —Estiró el brazo hacia la mano de Jane, involuntariamente paralizada sobre la grapadora.

Unas frías ráfagas de risa cruzaron la habitación. Crecieron y se hincharon hasta que Jane se sintió como un corcho flotando en un océano de desdén. *¡Cachorro estúpido! Una de las primeras cosas que hice al llegar aquí fue enterrar mis sistemas eléctricos. Tu arma de pulso electromagnético no sirve de nada.*

Por vez primera el ladrón de niños pareció sobresaltarse. Una mano se liberó con brusquedad del bolsillo de sus pantalones, buscando apresuradamente algo dentro de su chaqueta.

—¿Cómo...?

Pero el dragón ya había comenzado su siguiente acertijo:

Silencioso, invisible, hermano de la muerte,
Nacido en este instante, cercano como el aliento,
El asesino de sueños, cazador del pensamiento,
Cirujano de la memoria, el fin de tu suerte.

—¡Es un farol! —chilló el ladrón de niños—. He estudiado tus sistemas desde el primero hasta el último. No existe tal arma. —La risa del dragón cobró fuerzas renovadas—. No tienes tal arma. No tienes tal habilidad. Si tu acertijo tiene respuesta, ¿cuál es?

Por un prolongado instante de quietud el dragón no respondió, paladeando su victoria. Luego llegaron las palabras, tan quedas que parecían flotar en el aire:

Un aneurisma.

De golpe, Jane se encontró otra vez en su silla. Podía respirar de nuevo. Sentía en los oídos una agitación y un bullicio normales; sus compañeros de clase estaban en sus sitios. Al frente del aula, el ladrón de niños parecía desconcertado. Su mirada se movía ciegamente recorriendo la última fila, pero

sin conectar con la de ella. Ya no podía verla. El jirón de manta se cayó ignorado de su mano floja.

El dragón había ganado.

Al terminar las clases Jane fue de las primeras en salir por la puerta. Se abrió paso a empujones, libre. El cielo se veía salvaje y azul. Una suave brisa acudió a su encuentro y la acarició con delicadeza, acogiéndola.

Los cerezos estaban perdiendo sus flores. Una cálida y delicada nevada de pétalos se arremolinó a su alrededor.

Los demás niños corrían y gritaban, o cruzaban con paso estólido la tormenta de pétalos, cada cual según su naturaleza. Las niñas de las flores estaban en su elemento, moviéndose elegantes como barcos a toda vela, mientras los duendes menores formaban corros alrededor de ellas, mofándose, y eran ignorados. Jane deambuló meditabunda en medio de los gritos y los borrones de blanco, aturdida por la belleza perfecta de la existencia.

La abrumaba una sensación mezcla de liberación, júbilo y posibilidad. Era libre, y podía suceder cualquier cosa. Todo lo que había padecido, los años de trabajos forzados en la fábrica de dragones a vapor, los mezquinos acosos de sus profesores y compañeros de clase, el tedio y la soledad, el hecho de seguir estando en deuda con un dragón cuyos intereses, a pesar de lo ocurrido hoy, no coincidían con los de ella... la vida valía la pena.

Este momento solo lo compensaba todo.

8

A lo largo del verano la pequeña civilización que había detrás del dragón creció y floreció. Un mastodonte cargado hasta arriba de carbón se extravió tras tomar un desvío no programado, intentó imprudentemente recuperar el tiempo perdido atajando por el vertedero y acabó volcando. Sólo se recuperó la mitad de su carga. La otra mitad permitió que los meryons se industrializaran. Ahora tenían fábricas, y las lámparas de gas que iluminaban sus calles como constelaciones de luciérnagas posadas en el suelo habían sido reemplazadas por farolas eléctricas. De noche sus calles y bulevares eran líneas brillantes que formaban un patrón tan complejo en su lógica oculta como cualquier diagrama místico de circuitos. Por el día una permanente neblina gris se adhería a sus territorios. Sus guerreros portaban rifles.

En verano se reducía la asistencia a clase; los estudiantes que trabajaban a jornada completa estaban exentos toda la estación. Los que se quedaban sabían que nada de lo que aprendieran importaba nada, puesto que todo volvería a enseñarse desde el principio en otoño cuando regresaran sus compañeros. Los días eran lánguidos y ociosos.

Jane agradeció la oportunidad de ponerse al día de una vez por todas. Le hubiera gustado obtener más experiencia de primera mano en el laboratorio de alquimia, pero cuando solicitó horas extra, la secretaría de la escuela rechazó de plano su petición. De modo que optó por pulir sus habilidades matemáticas.

Una tarde Ratartel la abordó junto a la puerta principal cuando salía al terminar la jornada. Una rueda de granito, más alta que cualquier estudiante, estaba allí inscrita en la pared para recordarles sus obligaciones, la necesidad de obedecer, la futilidad y su futuro. Apoyado en ella, Ratartel dijo:

—He oído que últimamente estás robando cosas para Gwen.

—Sí, ¿y? —Jane había empezado a recelar de Ratartel. De un tiempo a esta parte se comportaba de forma extraña, salvaje y con una especie de agresiva locura.

—¿Entonces qué pasa? ¿Ahora te nos vas a volver torti, o qué?

Jane le pegó, justo en el pecho, con toda la fuerza que pudo.

—¡Cabrón! —chilló—. ¡Perversa, malhablada, repugnante... criatura!

Ratartel se limitó a reír.

—He puesto el dedo en la llaga, ¿eh, Mari?

—¡Oh, cierra el pico!

—Oye, si decidís incluir un macho en vuestros retozos...

Jane se alejó ciegamente y se topó de frente con Peter, que estaba subiendo las escaleras.

—¡Epa, cuidado! —La sujetó, sosteniéndola por los hombros a un brazo de distancia—. Hey, pareces enfadada. ¿Qué ocurre?

—Es que... —Jane miró por encima del hombro. Ratartel, como de costumbre, se había esfumado—. Es que... —Recuperó la compostura—. ¿Adónde vas?

—Al taller. Hay un caballo de batalla con el que meto horas a veces para sacarme créditos extra.

Jane tenía deberes que hacer, cosas que robar, mil tareas domésticas que la esperaban. La escuela funcionaba con un sistema de aire acondicionado central, lo que significaba que las zonas periféricas como el taller nunca estaban demasiado bien ventiladas. A esta hora del día, aquello debía de ser un horno.

—¿Te acompaño?

—Vale.

Sin decir palabra trazaron un recorrido sinuoso por los pasillos vacíos. Peter no quería hablar de Gwen si ella no estaba presente. Jane lo respetaba. De modo que generalmente hablaban sobre máquinas.

—¿Con quién estás trabajando? —preguntó al cabo.

—Zuzón. ¿Lo conoces?

Jane meneó la cabeza.

—¿Cómo es?

—Malhablado, gritón, tirando a estúpido. —Peter se encogió de hombros—. Eso sí, buen tipo.

La organización del taller de la escuela era más ecléctica que la de aquéllos entre los que se había criado Jane. El número total de herramientas no debía de ser superior al de cualquier taller de mecánica, pero la escuela disponía de una variedad mucho mayor. Tornos, garlopas y sierras coexistían

con sopletes, molinillos eléctricos, metales laminados e incluso un obraje de soldadura. Todo se había organizado con la pulcritud de un mosaico. Las rayas amarillas pintadas sobre un suelo de cemento escrupulosamente limpio separaban unas zonas de otras.

Había dos naves de trabajo. Una estaba vacía. En la otra, suspendido de ganchos y cadenas sujetos con trinquetes, había un corcel de hojalata picada. Se habían retirado unos paneles camuflados de su pecho para exponer sus entrañas. Dos cables negros de bujías colgaban flojamente de su costado.

—¡Eh, viejo pinto! —dijo Peter—. ¿Cómo lo llevas?

Zuzón levantó pesadamente la cabeza y le dedicó una enorme sonrisa dentuda.

—Colgando —contestó risueño el caballo. Peter tenía una mano excelente para las máquinas. Le respondían con confianza y a veces incluso con amor. Saltaba a la vista que hacía tiempo que se había metido a Zuzón en el bolsillo.

—Me alegra oír eso. —Peter metió la cabeza en el tambor abierto—. Jane, ¿me alcanzas una linterna? Y el amperímetro ése del banco. —Ella así lo hizo, y Peter se puso a trastear, musitando—. ¿Ha encontrado alguien ese falso contacto en tu sistema eléctrico?

—No, coño. Ya sabes lo gilipollas que son estos encargados de taller de mierda.

—¡Hey, que hay una dama delante!

—Bah, ésta no es ninguna remilgada. —Zuzón intentó mover la cabeza hacia un lado pero, sujeto en tracción como estaba, no pudo. Un ojo giró hacia ella sobre sus cardanes. El otro se quedó mirando al frente sin ver—. ¿A que no, enana?

Jane se había apoyado en el banco de trabajo y estaba abanicándose con el sombrero. Sobresaltada, dijo:

—¡No, está bien! No pasa nada, en serio.

—Ya, bueno, pues a mí no me gusta —dijo Peter—. ¡Por los cuernos de Cernunos! Mira lo que te han hecho en el carburador. Viejo pinto, es un auténtico milagro que sigas con vida, ¿lo sabías?

—Es el bloque del motor —convino Zuzón con melancolía—. Está jodido el cabrón. Qué cojones... que se joda, eso le digo. A la mierda.

Jane soltó una risita.

—¿Qué te he dicho de esa boca? —Peter se retiró del interior, sacudiendo la cabeza—. Bueno, me rindo. Llevo tres días repasando tu cableado y no he

podido encontrar ahí el contacto. Lo único que se me ocurre es arrancarlo todo y empezar otra vez desde cero.

—No le dolerá, ¿verdad? —preguntó preocupada Jane.

—Ves, te dije que esta enana valía —dijo Zuzón—. No como esa zorrita culo prieto que te...

Peter estrelló una llave de tuerca contra la capota de Zuzón.

—Te dolerá si hablas así. Yo me encargo.

—Seré bueno, jefe. —Zuzón le guiñó un ojo a Jane—. No te estriñas por esto.

Peter sacó un carrete de alambre, una llave ajustable y un par de cizallas. Elevó a Zuzón medio metro más en el aire. Varios de los pernos que sujetaban los paneles del vientre se habían oxidado. Le dio a cada uno una dosis de grafito y les pegó unos martillazos a los lados para aflojarlos. Jane ayudó a sostener los paneles mientras Peter desenroscaba los últimos pernos; de lo contrario se hubieran deformado.

—¿Quién diseñó este estropicio? —rezongó Peter—. Este alambre pasa justo por debajo de tu sistema de escape. Tendré que sacar el silenciador para llegar hasta él. —Se quedó callado un momento, antes de concluir—: Zuzón, tienes el tubo de escape hecho un desastre.

—Los pájaros caen en pleno vuelo cuando me tiro un cuesco.

—Fenómeno. —Peter se concentró en su trabajo por un momento. Cuando habló de nuevo, fue para Jane—: Oye, dime una cosa. ¿Cómo es que de repente todo el mundo te llama Mari?

—Rat... los chicos me han puesto ese mote. Es la abreviatura de marica, o urraca.

Un trozo de tubería corroída repicó contra el suelo.

—Pensaba que eras una flor de espino.

—Sólo es un sobrenombre. Porque... ya sabes... las urracas son tan buenas ladronas.

—Ah, ya. —A Peter no le gustaba que robara cosas. Pensaba que tarde o temprano la pillarían. Pero después de habérselo dicho una vez, se negaba a repetirlo. Eso era lo bueno de Peter—. Bueno, yo me quedo con Jane, si no te molesta.

Cinco minutos después se cayó el silenciador. Peter soltó un silbido y le hizo una seña a Jane.

—Ven a ver esto. —Tocó un trozo de cable negro—. ¿Ves lo esponjoso

que está aquí el aislante?

—Sí...

—Hemos encontrado a nuestro culpable. Algún idiota estaba reemplazando esta sección de alambre y no quería molestarse en soldar otro sostén a los bajos, ¿ves? Así que se limitó a pasar el cable entre el tubo de escape y el fondo de la cabina y lo calzó con esto. —Soltó un pedazo de madera en su mano—. Así que en cuanto el motor se calienta, el tubo de escape derrite el aislante y todo el sistema se cortocircuita. Ésa es la parte más evidente. Pero luego, cuando el motor vuelve a enfriarse, el aislante recubre de nuevo el alambre y se resolidifica, de modo que el corto deja de existir. Por eso no podía localizarlo con el amperímetro. Rebuscado, ¿eh?

—Guau. —Jane estaba impresionada de veras. Con todo el tiempo que llevaba viendo máquinas por dentro y por fuera, ésta era la primera vez que se le ocurría que trabajar con ellas pudiera ser divertido. Que reconstruir un motor pudiera ser tan intelectualmente absorbente como el reto de preparar y realizar un experimento de alquimia—. Peter, esto es una pasada. Es una auténtica maravilla.

—Y además sólo ha tardado tres días en dar con la avería —acotó Zuzón—. Menudo genio de mis cojones.

—Arrea con el caballito —dijo Peter—. ¿A que te echo un terrón de azúcar en el depósito?

—Bah, anda y que te den.

Hacía un calor abrasador en la calle, pero en el centro comercial tenían la temperatura tan baja que Jane se arrepintió de no haber traído un jersey. El sitio estaba atestado de fugitivos del bochorno. La mayoría compraba más con los ojos que con la cartera. Tenían las manos vacías y la mirada brillante.

Lodoso, Salomé y Jane estaban sentados en un banco junto al pozo sagrado, viendo pasar el mundo ante ellos.

—El otro día vi a Gwen, en la apertura de ese supermercado —comentó Salomé.

Estaban esperando a un sombrerete que había ido al mercado a comprar un par de guantes blancos de niño. Jane los había envuelto en una bolsa de plástico del Videoclub Tir nan'Og y había dejado el paquete en una papelera cercana. Si la transacción llegaba a buen puerto, tendrían dinero suficiente para una ronda de hamburguesas y patatas fritas. Si no, por lo menos no se quedarían tirados con los guantes.

—Ya, me dijo que tenía que ir a cortar la cinta —dijo Jane—. ¿Y?

—Y nada, que tendrías que haberla visto con el elfo que la acompañaba. Alto, con gafas de sol, traje de seda, manicura... el lote completo. —Salomé sacudió la mano, como si le quemaran las puntas de los dedos—. La caña. En estricta confidencia, *mes chéris,* no me importaría nada hincarle el diente.

—¿Pero qué dices? Gwen no saldría con ningún elfo. Es la chica de Peter.

—Chorradas —dijo Lodoso—. Los vi después de la ceremonia cuando pensaban que nadie los veía, y él le puso la mano en el culo. Y bien que le gustó a ella.

—Se fueron juntos —añadió Salomé.

—Seguro que estáis...

—Hombre del saco a las cuatro —gruñó por lo bajo Lodoso—. Y acercándose.

Jane se giró en su asiento y vio a Grunt, sonriendo ampliamente, aproximándose a ellos.

—¡Mierda! —mascculló entre dientes.

—¡Pero si son mis queridos, queridísimos alumnos! Qué inesperada... corrección, qué deliciosa... sorpresa. ¿Os importa que me acople?

Hicieron sitio y, de costado, Grunt plantó su gordo trasero entre Salomé y Jane. Abrió los brazos y las abrazó por los hombros, atrayéndolas hacia él. Lodoso se quedó sentado en la otra punta del banco, con el gesto enfurruñado.

—Esto sí que es un encuentro fortuito —dijo Grunt—. Sí, fortuito de veras. Sabéis, algunos niños consideran que sus maestros son fenómenos puramente localizados. Instrumentos educacionales que desaparecen al terminar las clases. A lo mejor creéis que nos retiramos a una línea de congeladores en el sótano, ¿eh? Para despertar frescos e impolutos por la mañana. —Se rió suavemente—. Ojalá fuera así de fácil. Como demiurgo vuestro que soy... y os aseguro que en la medida en que os concierne, eso es precisamente lo que soy... es responsabilidad mía no sólo vuestro crecimiento mental sino también vuestro desarrollo espiritual y moral. Vuestro lugar y posición en el ancho mundo. Mi trabajo no termina cuando salís por la puerta. Oh, no, no, no.

Jane intentaba concentrarse en lo que decía. Pero le apestaban los sobacos y sus gafas de alambre escarchadas de polvo relucían de forma más bien siniestra cada vez que se volvía hacia ella. Era difícil seguirle.

—Lo primero que hago al despertarme es pensar en mis alumnos... sí, así os lo digo. Me paso las horas preocupado por vosotros. Dejad que os ponga un

ejemplo. Supongamos que una de mis niñas no es lo que aparenta. Digamos que está representando un papel. Quizá toda su vida no sea más que farsa y engaño. Es una fugitiva de su debida condición, una criatura espantosa y cruel que no tiene cabida en mi preciosa clase, donde su mera presencia amenaza con corromper a sus inocentes y confiados compañeros.

Estaba mirando fijamente a Jane. Algo se movió tras los lechosos discos de cristal, y con una punzada de horror Jane comprendió que lo que allí se arrastraba no eran sus ojos.

—Cuando ocurre algo así, es mi deber levantar esa máscara de mentiras. Arrancar los hábitos, sostenes y fajas del engaño. ¡Dejar la verdad al desnudo!, ¡temblando!, ¡expuesta! e impotente a la vista de todos.

Un fino pitido molesto surgió de su muñeca. Grunt consultó su reloj y tocó un botoncito de su costado.

—Bueno. Ha sido agradable, pero me temo que debo seguir mi camino. Que os divirtáis, y recordad: no os pierdo de vista. —A lo largo de todo su discurso, su benevolente sonrisa no se había alterado en ningún momento.

Pasó un largo rato antes de que hablara nadie. Entonces Salomé se echó a llorar.

—No tiene ni idea —dijo alterada—. Ni la menor idea. Y aunque la tenga, a él qué le importa, me gustaría saber.

—Va de farol —convino Jane—. Seguro que va de farol.

—Bueno —dijo Lodoso—, parece que el sombrerete no se va a presentar. —Suspiró y escarbó en su bolsillo—. Todavía me queda algo de las cruces blancas que pillé la semana pasada. ¿Os invito?

—Hecho —dijo Jane.

No sabía qué pensaban Salomé y Lodoso que estaba pasando, y a menos que deseara explicárselo todo sobre su pasado y su origen, no estaba en posición de preguntar. Pero al venir tan pronto después de la visita del ladrón de niños, el discurso de Grunt sólo podía significar una cosa. Se preguntó si el dragón podría protegerla de dos perseguidores. De seis. Seguro que no de una decena. Tenía la mitad de las baterías gastadas —Jane había sacado las más estropeadas y las había tirado para que las aprovecharan los meryons— y su alternador estaba para el arrastre. Su poder tenía límites.

No lograba concentrarse en sus propios problemas, no obstante. Su mente daba brincos desbocada, regresando siempre, por ferozmente que se intentara apartar, al hecho de que Gwen estaba engañando a Peter.

No todo el mundo había recibido una invitación a la barbacoa de mediados del verano que organizaba Gwen en la Tabernita del Verde. Sólo lo parecía. Los estudiantes se mezclaban con los vecinos de la ciudad, los profesores con celebridades locales, los técnicos y emperifollados administradores de la televisión con elfos ataviados con ropas informales que costaban lo que podía llegar a ganar un gwarchell al mes. Se combinaban y desligaban, como si fueran cuentas de aceite de distintas viscosidades, terminando siempre por reagruparse al borde del césped con los de su propia especie. Jane se sentía como un ratón en un laberinto. Deambulaba tímidamente entre fluctuantes grupos de extraños, en busca de alguien conocido.

Trotón y Fedor aparecieron tambaleándose con paso cuadrúpedo por el parterre, cada uno colgado del brazo del otro, pegados hombro con hombro.

—Te está buscando Ratartel —anunció Fedor de manera lasciva. Trotón sonrió angelicalmente y no dijo nada.

—¡Oh, venga ya! —Jane hizo una mueca—. Decidle que no me habéis visto. Decidle que no estoy aquí. No me siento con fuerzas para lidiar con él ahora mismo.

—Pensaba que erais amigos. Decía que sois uña y carne. Colegas. Correligionarios. —Trotón alargó el brazo para agarrar el tocón que era el cuerno izquierdo de Fedor y éste le apartó la mano de un capirotazo. Sus caras se veían gomosas donde se tocaban, como si se estuvieran fundiendo—. Decía que te hizo... que te enseñó todo lo que sabes, que te dio un nombre nuevo, que te moldeó a partir de arcilla virgen.

Trotón pasó el brazo alrededor del cuello de Fedor y metió la mano en un bolsillo abultado.

—¿Quieres ver algo guay de verdad?

Con voz glacial, Jane respondió:

—Ya he visto ese truco. Meterse una rana viva en la boca no me impresiona.

—Hablando de Ratartel... —empezó Fedor.

—... aquí viene —concluyó Trotón.

Sin volverse, porque si no estaban mintiendo y cruzaba la mirada con Ratartel éste la descubriría, Jane se escabulló detrás de un corro cercano de invitados. Aprovechando su parapeto, se dio a la fuga.

Segundos después se topó con Lodoso. Era uno más entre tantos en un grupo de enanos, incómodos por lo excesivo de su atuendo, que levantaron la

mirada enfadados al aparecer ella y se dispersaron de golpe. Sólo Lodoso se quedó allí. Estaba ruborizado, con expresión preocupada.

—¿Hola? —dijo Jane—. ¿Qué ocurre?

Lodoso pasó por alto la pregunta.

—¿Has visto a Salomé? —inquirió, y sin esperar la respuesta—: Da igual. De todos modos no querría hablar conmigo. No después de lo que le he hecho.

—¿Qué le has hecho?

Lodoso apretó el puño.

—Da igual.

—Vale.

—¡Te digo que da igual!

—¡Está bien, está bien! Te he dicho que vale, ¿de acuerdo?

—Ya, bueno. Si la ves dile que la estoy buscando. —Se dio media vuelta y se alejó dando fuertes pisotones.

Jane estaba siguiéndolo aún con la mirada cuando una mano le tocó el codo. Se giró de golpe. Era el hombre pálido. Un cigarrillo colgaba de su boca. Sostenía una copa de cerveza exageradamente grande en una mano.

El hombre pálido parecía alarmantemente fuera de lugar en pantalones cortos. Tenía las rodillas nudosas y blancas como el vientre de un pez; la luz del sol parecía remisa a tocarlas.

—He enviado tu solicitud de beca a la secretaría de la escuela —dijo—. No servirá de nada.

—¿Cómo? —dijo Jane, sin comprender.

El hombre pálido la tomó del brazo y la condujo a la zona en sombra de la taberna. Camareros vestidos de blanco cruzaban sus puertas como exhalaciones, bandejas en mano, dejando una estela de vapor a su paso.

—¿Cuánto sabes de Gramática?

Jane meneó la cabeza. No tenía la menor idea de lo que estaba hablando.

—Es la reina de las ciencias —dijo el hombre pálido, vacilante, hablando alrededor de su cigarro—. De verdad que tendrías que... bueno, no importa. Digámoslo de este modo: hay una lógica inherente a las formas de las vidas y las relaciones, y esa lógica está ligada a la materia de la existencia. El amante no se despierta una mañana convencido de que preferiría ser ingeniero. El músico no abandona su teclado sin arrepentimiento. El director general no renuncia a su riqueza. O si lo hace, le resultará más fácil dejarlo todo, buscar una cueva en las montañas y convertirse en filósofo que reducir sin más su estilo de vida. ¿Lo

ves? Todos nosotros vivimos una historia que a un nivel profundo nos proporciona satisfacción. Estar descontentos con nuestras historias no basta para liberarnos de ellas. Debemos encontrar otras historias que emanen naturalmente de las que hemos estado viviendo.

—Entonces lo que me está diciendo... es que yo estoy viviendo una historia en la que no necesito ayuda económica. ¿Es eso?

El hombre pálido sacudió la cabeza.

—No tiene que ver contigo. La secretaria está viviendo una historia en la que no te proporciona ayuda económica. La diferencia es sutil, pero fundamental. Te proporciona una salida.

—¿Qué tengo que hacer?

—Tienes que mirarte con sus ojos. Ella ve a una alborotadora, una alumna tardona, alguien con «potencial»... sea lo que sea eso... que es perezosa, que nunca enviará la solicitud por sí misma, que descuida sus estudios y que desperdiciaría una beca.

—¡Pero yo no soy así!

—¿Qué más da? En su historia eres así, y en su historia los de tu especie rara vez cambian. Ocasionalmente, sin embargo, ocurre. Tus escasas cualidades se canalizan para propósitos mezquinos. Strawwe era igual que tú antes de empezar a chivarse de sus compañeros.

—¿Qué? ¡Yo no haría eso!

El hombre pálido había apurado su cigarro hasta el filtro. Encendió uno nuevo con la brasa y se comió la colilla.

—Tendrás que sopesar las alternativas. Por una parte, es una historia desagradable que vivir. Tus antiguos amigos te despreciarán y tal vez incluso te peguen. Perderás el respeto por ti misma. Por otro lado, a la gente como tú no se le conceden becas. Puedes atenerte a tu historia o puedes doctorarte en alquimia. Pero no puedes hacer las dos cosas.

»Piénsatelo.

Finalizado su discurso, el hombre pálido apartó la mirada. Alguien se escurrió entre Jane y él. Ella retrocedió un paso. Las masas de invitados fluctuaron, y sin haberse movido el hombre pálido desapareció. Jane quiso ir detrás de él, fue empujada a un lado por un camarero y aplastada entre dos trolls. Se descubrió junto a la entrada principal de la taberna. No muy lejos de allí, Grunt y Strawwe el celador estaban enfrascados en una conversación. Strawwe levantó la cabeza y le dio un codazo a Grunt. Los dos la miraron directamente.

Por un instante Jane se quedó prendida en su mirada. Luego una pareja de Tylwyth Teg interrumpió de pasada el contacto visual, y la pequeña se retiró al interior de la taberna.

El techo del vestíbulo era alto, con vigas de madera. Sobre dos mesas plegables cubiertas con papel blanco se habían colocado vasitos de plástico y botellas de vino metidas en cubas de hielo. El camarero se había ausentado de su puesto. Nadie estaba mirando. Jane se sirvió un vaso de tinto.

Reparó entonces en que alguien había dejado abierta la puerta del guardarropa. Dejó el vaso y se coló dentro. Hacía demasiado calor para vestir chaqueta, pero una corta fila de bolsos descansaba sin elegancia encima de una balda sobre el perchero vacío. Los registró casi por acto reflejo —algunas monedas, sombra púrpura de ojos, un reloj de Cartier— y regresó al vestíbulo antes de que pudiera volver el encargado de servir el vino.

Cogió su vaso y se lo llevó a los labios.

—No, querida. —Gwen apareció junto a ella y le quitó firmemente el vaso de vino de las manos. Jane, ruborizada, empezó a disculparse. Pero antes de que pudiera articular algo coherente, Gwen continuó—: Vino blanco con el pescado. —Dejó el vaso a un lado y le sirvió otro. Tras mojarse la yema del dedo meñique, soltó una gota en el suelo para la Diosa—. Éste es un blanco de Caecuba. Creo que te gustará. Tira un poco a dulzón, y es muy refrescante. Prueba un sorbo.

Jane tomó un miserable trago. Era la primera vez que bebía vino. Sabía asqueroso. Asintió.

—Muy bueno.

—¿Verdad? Ven, ayúdame con el salmón. Te enseñaré cómo.

Las parrillas estaban en el centro del césped. El encargado de barbacoas de la taberna dejó sitio a Gwen, y ésta aceptó un par de tenazas de él.

Tras echar un rápido vistazo al pescado, Gwen posó las pinzas en la mesa de trabajo y se arremangó. Cortó una lima por la mitad y exprimió su zumo en una fuente de mantequilla reblandecida.

—Coge esto —le entregó otra a Jane— y usa la malla más fina de ese rallador para añadir la cáscara a la mantequilla.

Jane obedeció torpemente. Unas diminutas motas de verde se dispersaron volando dentro de la fuente.

—¡Perfecto! —Gwen cogió una cuchara y removió la mezcla con vigor—. Estos dos del final ya casi están listos. —Sacó platos de una pila cercana, colocó los salmones encima con destreza y se los pasó a Jane—. Échate una buena cucharada de mantequilla y úntala justo en el centro de cada pieza. ¿No tiene

una pinta deliciosa?

—Sí.

Gwen agarró una brocha y empezó a pringar la fila de salmones con la mantequilla de lima que acababa de preparar. El gozo que le producía este acto tan sencillo era manifiesto. Era tan propio de ella hacer esto, como todo, con entusiasmo y placer. Jane se sentía aburrida y patosa a su lado.

—Gwen, cielo. —Un elfo de aspecto suntuoso, con el semblante rosado de un purasangre próximo a la mayoría de edad, apareció detrás de ella y se agachó para depositarle un beso en el cuello. Gwen levantó la barbilla complacida. Jane sintió que se le helaba el rostro—. Qué vestido más adorable.

—¿Te gusta? —El vestido era largo y blanco y vaporoso, con una faja verde ciñéndole el talle que resaltaba a la perfección su cabello. Gwen se levantó delicadamente la falda a los lados e hizo una pirueta para exhibirlo—. Me lo ha regalado mi hermana pequeña. ¿Conoces ya a Jane?

El elfo le tomó la mano, se inclinó sobre ella y le rozó los nudillos con los labios. Fue un gesto tan cortés que Jane no logró imaginarse qué estaba haciendo hasta que estuvo hecho.

—Encantado.

—Ya —dijo Jane—. También yo.

—Falcone es diseñador teatral —explicó Gwen—. La hoguera que hay al borde del césped es suya.

—¿Te refieres a eso que parece un pastel de boda de madera?

Falcone sonrió dando a entender que la hoguera era una fruslería.

—Tienes un gusto exquisito para los vestidos —dijo—. ¿Lo has hecho tú misma?

—No. Lo robé del Eulenspiegel's en el centro comercial.

—Si nos disculpas —intervino Gwen. Cogió a Jane de la mano y se la llevó tan deprisa que a punto estuvo de dislocarle el brazo. El encargado de barbacoas, que se había mantenido educadamente apartado a la espera, volvió a ocupar su puesto junto a la parrilla.

Gwen la condujo aparte hasta un banco a la sombra de la taberna y la sentó. Le brillaban los ojos.

—Vale. ¿Qué pasa? —Esperó y luego, con voz más amable, dijo—: Puedes contármelo. Sea lo que sea. —Jane sacudió la cabeza y Gwen le tomó las manos entre las suyas—. No puede ser tan malo. Suéltalo.

—Sois tú y... Peter.

—Ah.

—No entiendo cómo puedes... —ahora estaba empezando a llorar— ... con otros chicos. Pensaba que Peter y tú... —Las lágrimas pudieron más que ella, y pasó un momento antes de que consiguiera seguir hablando—. ¡Erais un modelo para mí! Pensaba que erais perfectos.

Gwen dejó pasar un largo rato sin decir nada. Cuando habló al fin, su expresión era sombría. Jane nunca la había visto tan seria.

—Jane, ni siquiera tienes derecho a pedirme explicaciones. ¿Te das cuenta? No te lo has ganado. Pero como te aprecio tanto, y porque te quiero, te las voy a dar de todos modos. Pero sólo te lo voy a decir una vez. ¿Entendido?

Sorbiendo por la nariz, Jane asintió.

—Firmé un pacto. Voy a morir en Samhain. A cambio, se me permite vivir la vida más plena y completa posible durante un año. En estos momentos estoy viviendo esa vida. Una gran parte de ella es mi relación contigo, mis amigos, mis compañeros de clase, todos los aquí reunidos. Pero el amor, el amor físico, también es una parte fundamental de la vida.

»Jane, sé que te costará aceptarlo, pero es casi seguro que tú tendrás más de un amante en tu vida. Así es para la mayoría de las mujeres. Y cada uno de tus amantes te proporcionará distintas satisfacciones emocionales y físicas. Cada uno de ellos te dará algo, por pequeño que sea, que los demás no pueden. ¿Debería ser mi parte menor que la tuya? Disfruto con mis amantes... no voy a fingir lo contrario... pero aunque no lo hiciera, siguen siendo parte del trato. Si no llevo una vida plena a la jaula de mimbre, el sacrificio no podrá salir adelante, no seré aceptada. No quiero que ocurra eso. Yo cumplo mis promesas.

—Pero Peter...

—Peter lo sabe todo. Puede que no esté completamente contento con algunas de mis decisiones, pero lo comprende. Peter es el pilar de mi existencia. No hay nadie más que pudiera ocupar su lugar, y eso él también lo sabe. —Acarició el pelo de Jane—. ¿Lo entiendes ahora?

—No —respondió Jane—. Pero me fiaré de tu palabra.

Espontáneamente, Gwen la abrazó.

—Me siento mucho más unida a ti después de esta charla. ¿No es gracioso? Me siento como si de verdad fueras mi hermanita. —Empezó a reírse por lo bajo.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú. Que estuvieras celosa de Falcone.

—No veo qué puede tener eso de hilarante.

—A Falcone no le gustan las chicas, bobita.

La risa de Gwen sonó fuerte y argentina, y después de un segundo, Jane se unió a ella con la suya.

Encontró a Peter sentado en un tronco al pie de la hoguera. A su lado estaba la Gwen de paja que él tendría que tirar a lo alto del montón entrada la noche, después de que la propia Gwen hubiera arrojado la antorcha que prendería fuego a toda la estructura. Una figura secundaria de la televisión merodeaba por allí cerca, obstaculizando el trabajo de un cámara troll.

—Hey, Jane. Pensaba que estarías con Gwen.

—Ahora está autografiando fotos publicitarias. Luego va a abrir el baile de cascabeles.

Un grupo de duppies estaba tocando ska en lo alto de un escenario apartado. Saltaban y cabriolaban al compás de la música, enjutas criaturas negras con rastas en el pelo y los ojos rojos.

—Bueno, así es Gwen. ¿Te ha enseñado los pies? Anoche fuimos al Pabellón y bailó tanto que se le llenaron de ampollas. No quería parar. Le supliqué; ella sólo se reía. No podía seguir su ritmo. Me Maqueaban las rodillas, estaba que me moría. Era como si alguien le hubiera inyectado cincuenta mil voltios directamente en la columna. No dejó de bailar hasta que se le hicieron pedazos las zapatillas. No vive para otra cosa.

—Disculpa. —La figura de televisión se acercó a Jane—. Permite que me presente. Me llamo Avistaro. ¿Y tú eres...?

—¿Quién, yo? Nadie. Sólo soy una amiga de Peter. —Avistara aguardó educadamente—. Jane —dijo al final—. Jane Flordaliso.

—Ah. —El hombre consultó su carpeta sujetapapeles—. No sales en esta toma, sabes, Jane. No, no, no estoy pidiéndote que te vayas, todavía no. Pero deberías entender que es posible que esta conversación deba terminar de repente. —Esbozó una sonrisa insincera.

—He estado hablando con Gwen —dijo Jane en voz baja cuando Avistara se hubo dado la vuelta—. Me ha dicho que lo sabías todo sobre ella y esos otros tipos.

—Supongo que sí.

—Oh, Peter. Debe de ser horrible para ti.

—Para Gwen es peor. Ella va a morir y yo sólo tengo que perder... en fin. No creo estar en posición de criticarla, ¿sabes?

—Qué comprensivo eres con ella.

—Lo es todo para mí —dijo sencillamente Peter. Una angustia distante, cargada de anhelo, le tiñó la voz—. Tal y como yo lo veo, ella es como el sol y yo como la luna. Gwen está tan llena de vida que te ciega si la miras directamente. Yo no soy nada sin ella. Sea lo que sea, no es más que un pálido reflejo de su esplendor.

—¡Oh, eso es genial! —intervino la figura de televisión—. ¿Te importa que lo usemos? —Se volvió hacia Jane—. Ahora tendré que pedirte que te vayas, me temo. Sin rencor, espero. —Se dio la vuelta sin esperar una respuesta.

Peter sonrió con tristeza y se encogió de hombros.

A Jane le hubiera gustado regresar a la taberna. Se había bebido el vino y quería otro vaso. El sabor seguía sin hacerle mucha gracia, aunque era algo a lo que creía que podría llegar a acostumbrarse. Pero las fluctuantes corrientes de los festejos no dejaban de apartarla de su objetivo. Con un estallido de delicadas risas, un grupo de elfos se separó ante ella, un telón que se abrió para revelar a la secretaria de la escuela.

La secretaria tenía gafas de arlequín tachonadas de diamantes de imitación, cuerpo de palillo, y una mata de pelo blanco que le hacía parecer un diente de león listo para soltar sus semillas. Cerca de sus omoplatos sobresalían dos muñones quitinosos de color pardo, los tristes restos de lo que en su juventud debían de haber sido unas alas. Strawwe estaba a su lado, susurrándole al oído.

Jane se apartó de la pareja pero no podía dejar de observarlos. Cruzaron la mirada con ella sin pestañear. Con los ojos así trabados, ella y ellos fueron distanciándose hasta que la muchedumbre se cerró para ocultarlos mutuamente.

Un inesperado terror se apoderó de Jane. Estaba rodeada de enemigos, atrapada en una red de complots y fuerzas cuya naturaleza y origen le eran incomprensibles. Era una locura quedarse. Temblorosa, estaba a punto de escapar corriendo cuando el gentío fluctuó de nuevo y se vio consolada por la abrupta e inesperada aparición de una amiga.

Salomé estaba sola en medio de una franja abierta de césped, dando vueltas y más vueltas. Estaba bailando impulsiva, despreocupadamente; era posible que ni siquiera supiera lo que estaba haciendo. Jane se acercó a ella y le tocó el hombro.

—Lodoso está buscándote.

—¿Sí? —dijo Salomé—. ¿De verdad? ¿De verdad que sí? —Parecía tan feliz que a Jane no le hubiera extrañado que despegara los pies del suelo y se alejara flotando.

—¿Te has metido algo?

—¿Qué? Oh, no seas ridícula.

—¿Entonces qué te pasa?

—Es sólo que estoy de buen humor. Supongo que no tiene nada de malo estar de buen humor.

—Es que es tan impropio de ti.

—Mi querida y joven cándida —dijo Salomé con grandilocuencia—. Ya sabes cómo me gustaría quedarme y darle a la húmeda, pero tengo cosas que hacer, sitios a los que ir. *Noblesse oblige,* ya sabes. ¿Dónde dices que estaba Lodoso cuando lo viste?

Señaló con el dedo, y Salomé se alejó disparada. Jane estaba bajando el brazo cuando la estela creada por la joven hada se ensanchó para desvelar tres figuras con las cabezas juntas: Pluma, que enseñaba astrología aplicada, Grunt, y el ladrón de niños.

Como habían hecho los demás, dejaron de hablar al verla y levantaron la mirada para cruzarla con la de ella. El ladrón de niños asintió educadamente y le hizo una seña con el dedo para que se acercara.

Salió corriendo.

La rueda giró. Las puertas se abrieron y cerraron. Un camino despejado apareció ante ella, y al final estaba Ratartel.

Atrapada, caminó hasta él. Ratartel la tomó del brazo y juntos abandonaron el césped en favor del sombreado bosquecillo que aguardaba calladamente en su linde. Un camino de tierra los condujo hacia el interior y abajo. Las ramas frondosas se rozaban con ellos a su paso.

Cuando estuvieron ocultos entre las verdes sombras, Ratartel le soltó el brazo. Se quedaron mirándose cara a cara. Ratartel se metió los pulgares en el cinturón.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—Estás con Peter, ¿verdad?

—¿Cómo, te refieres al lado de la hoguera? Estaba con él, sí.

El rostro de Ratartel se contorsionó.

—¡Qué cabrón! Antes era mi amigo. Menudo amigo. Confiaba en él, y luego va y me roba a mi chica.

Jane estaba consternada.

—¿De qué estás hablando? Yo nunca he sido tu chica.

—Ya —dijo Ratartel—. Conque así están las cosas, ¿eh? —Se acercó más a Jane, y ésta se apartó. Él siguió aproximándose y ella continuó retrocediendo. Por un feroz instante Jane pensó que esto continuaría hasta que los dos salieran por completo del soto caminando hacia atrás. Entonces el tronco de un árbol se estrelló contra su espalda. Ratartel soltó una risita desprovista de humor—. De acuerdo. Ajustemos cuentas.

—Iré a pedir ayuda —susurró alguien al oído de Jane. Pero cuando miró rápidamente por encima del hombro, allí no había nadie. Las palabras habían salido de ninguna parte, tan suaves que empezó a dudar de su existencia nada más ser pronunciadas. Una alucinación.

—No tuerzas así la cabeza. Mírame cuando te hablo. —Ratartel agarró un puñado de la blusa de Jane y tiró hacia él. Era de lino y, temerosa de que se rompiera, Jane asió la tela a ambos lados del puño de Ratartel y se dejó arrastrar por sus movimientos. La zarandeó de un lado para otro, como un terrier jugando con una rata. Eso sólo parecía enfurecerlo todavía más.

—¡Zorra! ¡Puta! —Una lágrima se descolgó por una mejilla encendida, se desvió al llegar a una comisura de su sonrisa. Sus ojos habían desaparecido casi por completo en su cara distorsionada.

De pronto Jane comprendió que debería gritar para que alguien la rescatara.

—¡Socorro! —chilló, demasiado flojo. Se sentía inmensamente ridícula, como una actriz que vocea sus líneas en una obra deleznable. Su discurso carecía del peso de la convicción—. ¡Que alguien me ayude!

Ratartel le soltó la blusa y le pegó un puñetazo en la cara.

Dolía. Su cabeza rebotó en el árbol a su espalda y su sombrero se perdió entre la maleza. Se le engancharon ramitas en el pelo. Con las piernas enmarañadas, se desplomó.

Me va a violar, pensó sin ninguna emoción. Melanchthon tendrá que salvarme ahora. Me hizo prometer que nada de sexo. Si esto ocurre dejaré de serle útil.

Pero no percibía ninguna traza indicativa de la presencia del dragón. Éste tenía su atención puesta en otra parte. Intentó convocarlo, concentrándose

en su nombre secreto, en sus códigos de activación, en lo que su histeria le permitía recordar de sus diagramas de cableado. Esperando que la distancia no fuera demasiada, gritó silenciosamente para que acudiera a ella.

Nada.

Ratartel estaba tirándole del cinturón. Jane lo agarró con las dos manos para que no pudiera desabrocharlo, y él volvió a golpearla. En el estómago esta vez. Eso le hizo abrir una mano, pero consiguió retener una presa feroz con la otra. Ratartel estaba intentando forzarle los dedos. Húmedos, satisfechos hipidos surgían del fondo de su garganta. Jane le arañó la cara. No era nada más que la indignidad de un suceso tras otro, tan interminable e inevitable como una pesadilla.

—¡Alto ahí!

Jane levantó la cabeza, aturdida, hacia el rostro de alguien que jamás se hubiera imaginado capaz de alegrarse de ver.

Era Grunt.

Le tendió una mano enorme y la puso de pie. Jane se alisó los pantalones de algodón, se los subió, volvió a abrocharse la hebilla. Cuando miró de nuevo Ratartel había huido, corriendo bosque a través.

—¡Chiquilla asquerosa! —Grunt tenía los labios blancos de emoción contenida. Sus cejas diminutas formaban una cómica uve sobre los discos inexpresivos de sus gafas. Colocó a Jane en el camino y la agarró del cuello de la blusa. La tela se apretó contra sus senos, se le clavó dolorosamente en las axilas—. Sucia aberración.

—¡Pero si yo no he hecho nada! —Se le estaba empezando a hinchar la cara; podía sentirlo. No era posible que Grunt pensara que ella había consentido lo que acababa de ocurrir. No cuando había salido tan maltrecha—. Fue Ratartel el que...

—¡Silencio!

La condujo apresuradamente entre el gentío hasta el interior de la taberna. Jane atisbó de pasada al camarero roncando en una silla antes de que Grunt abriera una puerta de sopetón y la arrojara al guardarropa. Cerró la puerta de golpe a su espalda.

—¿Así me pagas todos mis desvelos? ¡Criatura malvada! Seduciendo a muchachos honrados con tus malas artes. —Estaba desbordado por la indignación—. Pensaba que lo sabía todo sobre ti. Pero esto... ¡esto!

De improviso se interrumpió y se agachó sobre ella. Ensanchó las ventanas de la nariz.

—¡Y te apesta el aliento a alcohol!

El sermón fue interminable. Fue difícil de soportar porque no sólo no podía hablar en su defensa sino que además, de forma parecida a como le había pasado a Ratartel, Grunt perdía los estribos cada vez que apartaba la mirada. Jane no conseguía seguir el hilo de lo que le estaba diciendo. Prestaba tanta atención a cada palabra que ésta se volvía tan sólida y real como un objeto —un martillo, un tazón de cerámica, una roca pintada— y Jane no podía encontrarle otro sentido.

Por fin Grunt se quedó sin fuerzas.

—¡Largo! —Abrió de par en par la puerta del guardarropa y la avisó a su espalda—: Te estamos vigilando, jovencita. No pienses lo contrario. Oh, no. No pienses lo contrario ni por asomo.

Jane se alejó tambaleándose.

En la calle, era la hora azul entre la tarde y la noche. Lámparas de papel se habían colgado ya pero aún no se habían encendido. Jane no lloró. Todavía conservaba ese mínimo de control.

La mente de Jane era un nudo de confusión, con Ratartel y el ladrón de niños entremezclados con Grunt y la voz del bosquecillo. Todo el mundo estaba enfadado con ella; era como si la indignación que sentía se hubiera vuelto contra ella. Le dolía la cara, y sus pensamientos eran aleatorios, desiguales, inconexos. No podía ir a casa en ese estado. Melanchthon respondería a su rabia con silencio y una perversa diversión. Había conseguido lo que quería, a fin de cuentas, sin tener que defenderla. Podía saborear su humor en el fondo de su boca, haciéndole sentir como si fuera la víctima de un chiste obsceno.

Todo el mundo que ella conocía estaba aún en la barbacoa. No podría disfrutar del centro comercial con la cara así. Eso le dejaba un único refugio seguro.

—¡Me cago en la hostia, niña! Cualquiera diría que has tenido alguna pelea.

—Deberías ver al otro chaval —musitó Jane. Pero en voz demasiado baja, demasiado sombría. Le faltaba la serenidad necesaria para sonar convincente—. Sólo quería igualar algunas de estas abolladuras. —Fingió una sonrisa—. Debías de ser una preciosidad cuando eras nuevo.

El ojo de Zuzón rodó con aprensión.

—Epa, no empieces a aplicar esa porquería sin preparación. Antes hay

que raspar el óxido.

—Está bien —le espetó Jane—. Eso haré. —Se puso las gafas y la máscara para el polvo, y enchufó la pulidora eléctrica.

—Te diré una cosa, hermanita. No es que no me fie de ti ni nada, pero, ¿qué tal si cuelgas un espejo encima del banco de trabajo para que pueda ver lo que haces? Puedo darte instrucciones.

Jane vaciló antes de asentir con la cabeza. Colocó el espejo.

—Vale, lo primero que hay que hacer es encontrar un punto donde la herrumbre no sea excesiva. Cerca del flanco delantero, por ejemplo.

Media hora después, el guardabarros delantero izquierdo tenía bastante buen aspecto. No estaba perfecto, pero unas cuantas capas de pintura para pulir las cosas y quedaría bien. También Jane se sentía un poco mejor. El trabajo podía tener ese efecto. No había nada como un poco de acción concentrada para ocupar la mente, templar los nervios y distraer el pensamiento.

—Eh, niña —dijo Zuzón—. Ahora que tienes toda esa ansiedad generalizada fuera de tu sistema, ¿qué tal si me cuentas qué es lo que te preocupa?

—Oh, Zuzón. Es demasiado complicado y ni siquiera conoces a las personas implicadas.

—¿Como quién?

—Oh, caramba, como Ratartel, Grunt, el...

—¡Que no conozco a Grunt! Ése y yo, pero si somos colegas de puta madre. Y tanto, el año pasado llega al taller cuando yo estaba contando algunas de mis antiguas historias de guerra y a él no se le ocurre otra cosa más que decir que nunca fui un modelo de combate. El muy capullo decía que yo nunca había entrado en acción. A él sí que le di acción, ya te digo. Le pegué un pisotón en el pie y le rompí tres huesos. Desde entonces no ha vuelto.

Jane contuvo la risa.

—¿En serio?

—Ahora todos a una, clase. —Zuzón consiguió una imitación burda pero identificable de la voz de Grunt—. Las cuatro jotas: jodido, muy jodido, más que jodido y requetejodido.

Jane se rió hasta atragantarse, y ni siquiera entonces pudo parar. La risa brotaba de ella interminable, como si todo el dolor y el miedo de su interior se hubieran convertido en un río de carcajadas.

—¡Por favor, basta! —jadeó.

—Así está mejor —dijo Zuzón—. Sécate esas lágrimas, niña. Que se jodan si no saben aguantar una broma.

9

—He estado haciendo algunos cálculos —dijo Jane—. ¿Sabes cuánto trabajo hará falta para restaurarte por completo?

El dragón no respondió. Estaba observando a los meryons, como de costumbre. Columnas de diminutos soldados marchaban a la batalla. Máquinas no más grandes que ratones transportaban cañones del tamaño de Derringers y otros instrumentos bélicos. Sus tanques eran prodigios de miniaturización. Hilachos de humo emanaban de los templos.

—¡Años!

No hubo respuesta.

—¡Décadas!

No hubo respuesta.

—¡Siglos!

Silencio.

Jane abrió el grimorio y citó:

—Cada dragón de clase Moloch es el fruto de setenta y nueve años de trabajo especializado. Esto no incluye el armamento ni los equipos de vigilancia y comunicaciones, los cuales se acoplan al ordenador central una vez finalizado el ensamblaje. —Elevó ligeramente la voz—. Si el trabajo implicado en la creación de partes prefabricadas adquiridas a proveedores externos se sumara al cómputo, el total se aproximaría a los ochenta y seis años. —Cerró de golpe el grimorio—. ¡Ochenta y seis años! Recuerdo que una vez Peter se pasó tres días reconstruyendo el cableado de un caballo que estaba intentando arreglar, y estamos hablando de algo que probablemente sólo se tardó en instalar diez minutos la primera vez.

Una brisa fría empujó rodando por los aires una hoja de chopo a través de la ventana de la cabina. La hoja era amarilla y tenía forma de punta de lanza. El viento la dejó en el regazo de Jane. Parecía un presagio, no sabía de qué.

—Me engañaste. —El dragón tenía la mirada fija en los regueros de

cautivos que subían zigzagueando por los costados de los templos. En lo alto aguardaban sacerdotes, con puñales invisibles en las manos. Los templos formaban un semicírculo, todos ellos de cara al dragón; desde cierta perspectiva parecían estilizadas representaciones geométricas de su semblante. Había una enfermiza interdependencia entre Melanchthon y los meryons; él les proporcionaba materiales que requerían para sus industrias, y ellos a cambio saciaban su monstruosa sed de diversión—. Me hiciste prometer que te repararía, pero eso es imposible y tú lo sabes. Ya lo sabías entonces. ¿Por qué me hiciste prometer algo que sabías que no podría conseguir?

No hubo respuesta.

Corrió el cerrojo de la entrada, dejando la escotilla entreabierta. Al pie de la escalera vaciló para cerciorarse de que no hubiera meryons en el suelo. Lo que antes fuese un gesto de cortesía elemental era ahora una necesidad. Su armamento había avanzado hasta el punto en que serían capaces de matarla, si despachurraba a alguno de los suyos. Por encima del hombro, gritó:

—Me voy al centro comercial.

Así las cosas, terminó yendo a casa de Peter, a ver a Gwen.

Gwen no estaba de buen humor. La campaña para elegir a la reina de mimbre del año siguiente empezaba oficialmente esa mañana. Habían declarado cinco candidatas, y no le gustaba ninguna.

—¡Fíjate en estas zorras mugrientas! —Agitó un puñado de octavillas en el aire—. Se presenta Meloja... ¿se supone que tengo que tomarla en serio? Si ni siquiera sabe tener las uñas limpias. —Se rió con amargura—. Me va a prender fuego alguien que tiene vello púbico desde hace cinco días. Tendría gracia si no fuera tan patético.

—Oh, ya madurará para el papel, quienquiera que escojan. —Peter cogió un folleto—. Ésta parece mona. —Le guiñó el ojo a Jane—. No me importaría votar por ella.

—Me las pagarás por ese comentario, maese Collado —dijo lúgubremente Gwen. Le lanzó un papel a Jane—. ¿Alguna vez habías visto un maquillaje igual? Se lo debe de aplicar con un cuchillo de untar.

Jane se quedó mirando fijamente un rostro que era un millón de veces más hermoso de lo que el suyo lo sería jamás.

—Parece una careta.

—¡Exacto! Peter, ¿qué hacemos aquí sentados? No quiero estar aquí.

Vayamos a algún sitio, los tres juntos.

—Faltan horas para que abran los clubes.

—¿Quién ha dicho que tenga que ser un club? La vida no es sólo bailar. Vayamos a mi casa. Jane no la ha visto nunca, ¿a que no, Jane? Creo que debería verla, siquiera una vez. Venga, en marcha.

Informada por algún tipo de precognición tecnológica, la limusina estaba esperando junto al bordillo cuando llegaron a la calle. Un enano negro les abrió la puerta, para luego ascender a un pescante situado por encima del capó y empuñar las riendas. El interior era todo de felpa gris con accesorios de carboncillo. Había un mueble bar empotrado, pero Jane no se atrevió a abrirlo. Gwen se pasó todo el trayecto mirando con mala cara por la ventana.

Era la primera vez que Jane visitaba el ático de Gwen. A Peter no le gustaba estar allí; era donde ella entretenía a sus galanes. Con los ojos como platos, Jane se quedó mirando el piano de cola blanco, los estilizados jarrones con flores cortadas, la enorme cama redonda de agua.

—¿Y bien? Pruébala. —Tras un segundo de vacilación Jane se tiró encima de la cama. Las ondas se dispararon, rebotaron, la levantaron como si fuera una barca. Gwen torció los dedos para formar un sello de poder, y unos motores ocultos empezaron a girar la cama. Otra señal mística y se activó el sistema de sonido.

Era la cosa más lujosa que Jane había visto en su vida. Uno podía tumbarse encima de las sábanas de satén blanco y observar su imagen girando lentamente en el techo de espejos, como una constelación nueva rodando por el firmamento. Los altavoces estaban instalados en el marco: cuando Hacha de Sangre atacaba su tema "El último deseo de mamá", de su álbum *Sin salida,* el bajo penetraba directamente en tus entrañas y conseguía que te doliera el estómago.

—¡Esto es genial! —exclamó.

—¿Verdad que sí? —Gwen le tendió una mano y la levantó—. Deja que te enseñe la casa. —Dio vueltas por la habitación, abriendo puertas—. Aquí está la sauna, ésta es la sala de ejercicios. Éste es el cuarto de baño.

—¿Qué es eso?

—Un bidé.

Ruborizándose, Jane dijo:

—Oh.

Había un jacuzzi instalado en una gruta de cartón piedra. Había orquídeas que se descolgaban de resquicios artísticamente naturales y arañuelas

que sostenían sus retoños casi a ras del agua. En el fondo giraban luces de colores. Había roperos atestados de imposibles montones de sedas y materiales sintéticos. El tocador de Gwen tenía tantos frascos de perfume que flotaba sobre él un miasma opresivo. Levantó un pulverizador de entre el amasijo y dejó que un toque infinitesimal de aroma le rozara el largo cuello.

—Sé que está mal que yo lo diga, pero no puedo evitarlo... ¿no es maravilloso todo esto?

—Sí, genial —dijo Peter. No había abierto la boca desde que llegaron. Separó las cortinas, abrió una rendija en las persianas con los dedos, dejó que se cerrara de golpe—. Una vista cojonuda.

—¡Oh, no seas así! —Gwen abrió un cajón y de debajo de una niebla de ropa interior de encaje sacó una cajita de rapé plateada—. Un poquito de polvo de pixie te levantará el ánimo. —Cogió un espejo ovalado sin marco. Se sentaron todos al filo de la cama.

El espejo era como un lago de montaña en sus manos. Su reflejo era un espectro precioso, ahogándose en sus profundidades. Separó tres rayas de polvo feérico, sacó un rulo e inhaló una con tres recatadas esnifadas iguales.

—Ahhhhh.

Peter tomó el espejo y el rulo de manos de Gwen y se metió la segunda raya. Pasó los bártulos a Jane, que bajó la mirada a su rostro atemorizado. Cogió el rulo, lo sostuvo como había hecho Gwen, inhaló.

Una rociada de fino polvo le golpeó el fondo de la garganta. Se le abrieron los ojos como platos y el mundo cobró una nitidez extrema. Era como si se hubiera apagado y disuelto de repente una fiebre que no sabía que la afligiera. Se agachó para esnifar el resto.

—¡Cuidado! —La mano de Gwen salió disparada para apartar el pelo de Jane del polvo—. ¿Tienes idea de cuánto cuesta esta mierda?

—Todo lo que tienes —masculló hoscamente Peter.

—Gracias, Don Risueño. —Gwen frunció el ceño y entonces, de forma impulsiva, alargó los brazos y le abrazó. Con una sonrisa maliciosa, dijo—: ¿Te he contado alguna vez cómo nos conocimos Peter y yo?

—Oh, no quiere oírlo.

—¡Sí que quiero! ¡Por favor!

—Bueno. Cuando era joven —Peter levantó dos dedos; hacía dos años de aquello, quería decir Gwen— vivía en una completa covacha. En un camping de caravanas, si te lo puedes creer, a orillas de una ciénaga. Los mosquitos eran espantosos, y había unos simios blancos que moraban en los árboles y te

raptaban si salías demasiado tarde por la noche. Te arrancaban a mordiscos los dedos de las manos y los pies, y te arrancaban las orejas de la cabeza. Conocí a una chica que había perdido la nariz. —Se estremeció delicadamente—. Allí era muy desgraciada. No tenía absolutamente nada que mereciera la pena poseer. Hasta que un día... —Se quedó callada. Levantó la barbilla y clavó la mirada en el lejano pasado.

La energía se revolvió dentro de Jane. Le hizo tembletear la pierna derecha y galopar el corazón. Hubo de esforzarse para no ponerse a dar botes en la cama. El rostro de Gwen era tan adorable de perfil, tan puro y concentrado. Jane se inclinó hacia delante, ansiosa por escuchar.

—¿Qué pasó?

—¿Eh? En fin, supongo que no pasó nada. Si por «pasar» te refieres a algún suceso o comentario que me llevara al límite. —Vertió un poco más de polvo de pixie en el espejo, volvió a inclinarse sobre él para cortarlo finamente con una cuchilla chapada en oro—. Pero aquello se me hacía demasiado. Era todo lo mismo, sabes. No había un día distinto de otro. Todo era gris, gris, gris.

»Así que me adentré en la ciénaga.

Hicieron una pausa para esnifar más polvo.

—Había un sendero detrás del camping de caravanas que se podía seguir al interior. En sus orillas no había nada más que frigoríficos averiados y escombros de cemento. Una deja eso atrás y ve todos estos charquitos donde han tirado los residuos químicos. Algunos de ellos tienen una especie de corteza plástica marrón, y otros intentarán alcanzarte con sus emanaciones si te entretienes. Algunos son bonitos, de un precioso azul turquesa, y si te asomas a ellos el tiempo suficiente, surgirán vapores del agua y morirás. Pero si llegas al otro lado encontrarás un lugar que es casi prístino. Allí hay estanques donde crecen las manzanas negras. Son tan profundos que llegan al corazón de la tierra.

—¿Manzanas negras?

—Sí. Tardé una hora en llegar tan lejos, y para entonces estaba cubierta de arañazos y sudor. Pero encontré uno de los estanques. Todo estaba en silencio, y la superficie del agua era lisa como el cristal.

»Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie estuviera mirando y me quité la ropa. Esa horrible blusa con flores y un par de vaqueros que ni siquiera eran de mi talla. Tiene gracia. Eran tan cutres que cuando me quedé allí plantada, desnuda al sol y al viento, me sentí hermosa.

—Porque eras hermosa —dijo fervientemente Peter.

—¿No es un encanto? Pero te estás adelantando a los acontecimientos. El

caso es que me armé de valor, cogí aire y me zambullí. Fue la cosa más valiente que he hecho en mi vida. —Gwen colocó el espejo sobre sus rodillas, volcó la cajita de rapé y le dio unos golpecitos en el costado. No salió nada—. ¡Mierda! ¿Esto es todo lo que hay? ¡Peter! Se suponía que me ibas a comprar algo. —Tiró a un lado la cajita y el espejo—. Estoy harta de este sitio. ¡Salgamos!

—¿Adónde? —preguntó Peter.

—¿A mí qué coño me importa adonde? Los clubes abrirán pronto. Ya se nos ocurrirá algún sitio, vamos.

La limusina estaba esperando. Subieron, empezaron a recorrer las calles. Gwen martilleó en el techo con la palma de la mano.

—¡Más rápido! —El enano obedeció. Un giro de muñeca y apareció El Hombre Verde, su álbum *Pentecostés.* Se quedó mirando por la ventana.

—¿Qué pasó luego? —preguntó Jane—. ¿Después de lanzarte al estanque?

Gwen se giró hacia ella dando un respingo, con el ceño fruncido. Entonces experimentó otro cambio de humor y sonrió.

—Bajé, y bajé, y seguí bajando. Al principio el agua era marrón, como el té. Pero pronto se volvió negra y no pude ver nada. No sabía en qué dirección estaba nadando, pero debía de ser hacia abajo porque no salí a la superficie. Me dolían los pulmones, y los oídos... ¡Ni te lo imaginas! Era como si me hubieran metido dentro unos clavos.

»Me tocaron unos pequeños tentáculos, suavemente, como los dedos de mil diminutos amantes. Luego con más insistencia. Se volvieron más gruesos y se pegaron a mi cara, y para entonces yo ya estaba ahogándome y aunque eso era lo que quería, no podía parar de debatirme. Pero así sólo conseguí enredarme más firmemente. Pataleé y tiré de las raíces hasta quedar amortajada en ellas sin poder moverme. Fue entonces cuando algo me golpeó la boca.

»Era blando, como una ciruela excesivamente madura, y aproximadamente del tamaño de mi puño. Era una manzana negra, comprendí de inmediato, una que inexplicablemente había crecido mucho más cerca de la luz de lo normal. Pensé para mí qué dulce sería morir con el sabor de una en la boca. —Gwen alargó una mano para acariciar los vaqueros de Peter. Éste se revolvió en su asiento, separando un poco las piernas, y ella le masajeó distraídamente la cara interior del muslo—. Mordí con fuerza, y no era dulce, no. Sabía amarga, muy amarga. Y bien.

Peter cerró los ojos y murmuró:

—Ya casi hemos llegado a la parte interesante.

—Las raíces me soltaron y ascendí, oh, llena de energía, y las aguas se

tornaron cada vez más y más brillantes. La superficie del estanque era un círculo de luz y entonces saltó en pedazos.

—¿Qué es una manzana negra? —preguntó Jane. Fue ignorada.

—Yo estaba de pie al filo del estanque cuando apareció ella. Era la cosa más asombrosa que había visto nadie jamás. No había nada, y de pronto esta belleza, desnuda... —Peter intentó encontrar la palabra adecuada—. Era como si el sol hubiera decidido salir a medianoche.

—¿Pero qué estabas haciendo tú en la ciénaga?

—Estaba cazando sanguijuelas. Para mi clase de botiquería. Así que Gwen fue un golpe de suerte extraordinario porque tenía cientos...

—¡Peter!

—...de estas sanguijuelas enormes, verdes y doradas, colgadas del cuerpo. ¡Estaban por todas partes! En los pechos, en la cara, en las piernas y en todos lados. Tardamos una eternidad en desprenderlas todas.

—¡Cabrón! Me prometiste que jamás dirías ni una palabra de eso.

—No, mentira.

—Te dije que no lo hicieras, lo que viene a ser lo mismo. —Gwen le aporreó el torso y empezó a hacerle cosquillas debajo de las costillas. Peter se desplomó, muerto de risa, contra la ventana.

—¡Bruta! ¡Criatura! —La limusina zozobraba en las calles embravecidas. Jane, en su lado del asiento, se sentía feliz y un poco abochornada.

Gwen dejó de hacerle cosquillas a Peter. Cuando él hubo recuperado la compostura, ella empezó a chuparle las puntas de los dedos, una por una, haciendo ruiditos húmedos con la boca.

—Dime qué te gustaría hacer.

Desesperanzado, Peter respondió:

—Ya sabes lo que me gustaría. Tú y yo... solos, juntos, eternamente.

Gwen se acomodó en su asiento.

—Sí —dijo con languidez—. ¿No sería adorable?

Quizá fuera el polvo de pixie, aunque su exaltación se había esfumado hacía rato y sólo había dejado tras su estela un zumbido monótono y hueco. Puede que la droga tuviera un efecto retardado sobre el juicio de uno. Fuera como fuese, Jane dijo:

—Mira. El sacrificio tiene que ser voluntario, ¿no? Entonces, ¿qué pasa si sencillamente te niegas? Tendrían que tirar de la subcampeona del año pasado, y así Peter y tú podríais seguir con vuestras vidas. Podrías volver a la

normalidad.

Gwen abrió los ojos de golpe.

—No quiero volver a mi antigua vida —exclamó—. Quiero que esta vida dure para siempre.

—Pero...

—Oh, ¿qué sabrás tú? —Se dejó caer en el asiento—. No tienes ni idea. No eres más que una flor de espino ignorante.

Dolida, Jane espetó:

—¡Hey, no te metas conmigo!

Peter le hizo señas para que se callara.

—Oh, así que ahora corregimos los modales de los demás, ¿no? ¡No me hacen falta estas críticas! ¡Te podrías esperar unos meses y decir lo que te diera la gana de mí sin preocuparte de herir mis sentimientos, pero no! Tienes que insultarme a la cara, mientras aún estoy viva.

—Yo...

Gwen se echó a llorar.

Las cosas se estaban torciendo espantosamente.

—No estamos lejos del centro comercial. ¿Quieres que me apee aquí?

—Tal vez sea lo mejor.

Cuando se detuvo la limosina, Peter salió con Jane y le dio un abrazo incómodo. Bajando la voz, dijo:

—Se le pasará. Iremos a bailar un rato, y luego iremos a mi casa y... En fin. No te enfades con ella. Mañana volverá a ser ella misma.

Esbozó una sonrisa triste y angustiada.

De modo que Jane terminó yendo al centro comercial.

Encontró a Lodoso y Salomé en un banco junto al campo de minigolf. Era una atracción temporal, toda césped artificial y horteras molinos de viento de madera contrachapada, regentada por un ogro aburrido que dormitaba con la barbilla apoyada en las manos. Nadie estaba jugando. Sus dos amigos estaban sentados el uno al lado del otro, con un jersey descuidadamente echado por encima de sus regazos.

Al acercarse Jane, la mano de Lodoso voló de golpe hasta su barbilla para rascarse. Salomé, ruborizándose, empezó a doblar el jersey. Para su absoluto

asombro Jane comprendió que estaban haciendo manitas en secreto bajo la prenda.

—Hola, chicos.

Salomé le dedicó un cabeceo distante.

—Qué pasa, Mari —dijo Lodoso.

—Así me llama Ratartel. A mí me gusta más Jane.

—¿Qué pasa con vosotros dos? —preguntó con curiosidad Lodoso—. ¿Es que ya no salís juntos?

Con todo el autocontrol que supo reunir, Jane dijo:

—Ratartel y yo nunca hemos salido juntos... de ninguna manera, especie, o forma. Antes éramos amigos, pero ya no. Dama mediante, jamás volveremos a ser amigos de ningún tipo en un posible o previsible futuro.

—Ya, me dijo que habíais reñido.

Antes de que Jane pudiera articular una respuesta adecuada, Salomé dijo:

—Oye, ¿has visto últimamente a Trotón y Fedor? Ahora suman como tres ojos y medio entre los dos. El del medio tiene dos irises, uno castaño y el otro azul. Qué repelús.

Intercambiaron cotilleos durante un rato, antes de que Jane dijera:

—Estoy buscando algo para Gwen. Anda con el ánimo por los suelos y he pensado que a lo mejor un regalo la anima.

—¿Como un jersey o algo así? —dijo Lodoso. Salomé le dio un puñetazo en las costillas.

—No, algo especial. Algo de bisutería, a lo mejor. A Gwen le encantan las joyas.

—Se acerca el mal tiempo. Un jersey sería más práctico.

—Prueba en la Casa de Oberón —dijo Salomé—. Si lo que buscas es algo bonito de verdad. —Consultó rápidamente una muñeca vacía—. Oh, anda, mira la hora que es. Nos tenemos que ir.

Una no podía campar a sus anchas por la Casa de Oberón tal y como Jane iba vestida. Antes tenía que procurarse una blusa mejor. Al final se decantó por una de seda de color melocotón. Los pantalones de algodón pasarían con los zapatos adecuados, pero puesto que llevaba puesto un andrajoso par de

zapatillas y era casi imposible robar unos zapatos que le quedaran realmente bien, decidió levantar en cambio un par de vaqueros caros. También le hacía falta un bolso, maquillaje decente y una bufanda que pareciera excesivamente cara aun teniendo en cuenta el trabajo volcado en ella. Unas cuantas joyas corrientes y unas gafas de sol de la muerte completaron el conjunto. Un vistazo a las bambas ruinosas y a las fruslerías de plástico, arrogantes accesorios para unas prendas de diseño de gama alta, y hasta el comercial más perspicaz pensaría: elfa niñata.

Entre unas cosas y otras, tardó tres días de tiempo subjetivo en proveerse de todo. Tuvo que mantenerse a escondidas periódicamente para evitar llamar la atención de los guardias de seguridad. Tuvo que robar comida. Sólo la Diosa sabía cuántas visitas a los lavabos públicos le hicieron falta para completar la transformación.

Pero mereció la pena. Cuando entró en la C de O, un orendo estuvo a punto de romperse una pierna para llegar hasta ella antes que cualquiera de los demás dependientes. Hablaron de lo que Jane andaba buscando, y a continuación la condujo al tercer expositor más impresionante del establecimiento. El orendo abrió la tapa de cristal y la levantó para que Jane pudiera examinar más íntimamente su contenido.

Jane pasó un índice aburrido por una hilera de prendedores, y se detuvo.

A primera vista el broche parecía una luna de plata en cuarto creciente, punteada y picada en la curva brillante, metamorfoseándose en un sistema de circuitos cromado en la oscuridad. Pero al examinarlos más de cerca, los circuitos revelaban ser un dédalo complejamente inscrito y recavado en cuyo corazón flotaba libremente una sola esmeralda diminuta, como una lágrima verde. Jane la tocó con su única uña sin morder y la vio trazar una complicada senda a través de la sinuosa negrura.

—A Gwen le encantaría esto —exhaló.

El dependiente mencionó el precio.

—Ah —dijo Jane, apesadumbrada—. No. No esta semana. A madre le daría un ataque. —Mientras el orendo empezaba a cerrar el expositor, Jane se dio la vuelta y dijo—: ¿Qué hay de ese número de coral negro, el collar? ¿Es más asequible?

Al levantar la cabeza el dependiente para seguir la dirección que señalaba con el dedo, Jane tendió la mano a su espalda, al lugar donde estaba el pasador y que previamente había memorizado, y lo cogió. La tapa le rozó los nudillos al bajar, el soplo de las alas de una polilla, antes de que se guardara el botín en el bolsillo trasero de sus pantalones.

—Oh, considerablemente más asequible.

—Entonces creo que no me interesa. —Jane dejó que el orendo le mostrara otras dos vitrinas antes de, educadamente pero con firmeza, dejarlo por ese día.

En el pozo sagrado, Jane tiró un penique de cobre para desearse buena suerte y echó un buen vistazo a su alrededor para cerciorarse de que no hubiera nadie mirando. Acto seguido se sacó la baratija de los pantalones.

Una mano se cerró en torno a la suya, aplastándole el pasador contra la mano con tanta fuerza que el alfiler le laceró la piel.

—Te pillé —dijo Strawwe.

—¡Ay! —Jane zafó la mano y se chupó el pinchazo—. ¡Capullo, estoy sangrando!

—No te dará resultado. —Strawwe se la quedó mirando con aquellos ojos saltones suyos—. Ya hace tiempo que sabemos de tus pillerías. Grunt te dijo que estaríamos vigilándote. Hemos estado vigilándote.

Jane no dijo nada.

—No me hacía falta pescarte para delatarte. Lo único que tenía que hacer era decir que te había visto apañar algo. Me hubieran creído. —Le agarró la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos—. ¿No me crees?

Jane le apartó la mano de un capirotazo.

—¿Entonces qué hacemos hablando?

—Voy a hacerte una oferta, y quiero que comprendas que hablo en serio.

—¿Qué clase de oferta?

—Tú y yo somos tal para cual. —Strawwe guardó silencio tanto tiempo que Jane empezó a preguntarse si era posible que lo que había dicho tuviera algún sentido y ella simplemente fuera demasiado tonta para entenderlo.

—Yo no... —empezó.

—Los dos somos fuerzas proscritas. No nos parecemos a los demás. Podemos hacer cosas que el resto de ellos no podrá hacer jamás. Eso ya lo sabes, ¿verdad?

Jane meneó la cabeza, desconcertada.

Strawwe tenía los ojos tan redondos como canicas. Se le salían de la cara. Una tenue vaharada de nuez moscada emanaba de sus axilas.

—Hay cosas mejores que el robo —dijo—. Yo te enseñaré. —Se agachó sobre ella e inspiró hondamente—. Sabes lo que insinúo. Puedo oler que lo sabes.

No estaba mintiendo. Jane se daba cuenta de eso.

—Quieres que me convierta en... que sea como tú.

—Una soplona, sí. Éste es el trato: no voy a denunciarte por ladrona. Conseguirás esa beca que anhelas. Yo seré tu mentor. Harás todo lo que te diga. —Respondió con ecuanimidad a la mirada horrorizada de Jane—. Es fácil. Delatarás a Salomé y al enano, le dirás a la secretaria lo que han estado haciendo. Yo les diré que has cambiado. Que te has reformado. Lo creerán. Se creen todo lo que les digo.

—¡Jamás les haría algo así a mis amigos!

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

De nuevo, Jane podía ver que no estaba mintiendo. Lodoso y Salomé iban a sufrir, daba igual lo que hiciera ella. Si cooperaba, en cambio, cabía la posibilidad de salvar algo del desastre.

—Y para sellar el trato me dirás tu verdadero nombre, y yo te diré el mío.

—Pero eso es... —Imposible, iba a decir.

—... permanente. Sí, ya lo sé. —Se la quedó mirando, sin parpadear, con la mirada desorbitada. Los brazos le colgaban rectos a los costados—. Podrás ir a la universidad, si quieres. Te seguiré. Adondequiera que vayas, allí estaré yo, más cerca que los amigos más íntimos que jamás hayas tenido. Leeremos los mismos libros. Comeremos del mismo tazón. Compartiremos la misma cama.

De golpe y porrazo Jane se dio cuenta de lo solo que debía de estar Strawwe, repudiado y temido por sus compañeros, tolerado pero despreciado por la administración, tan aislado de cualquier interacción normal que ya ni siquiera sabía cómo hablar con ella, amenazando cuando debería ser persuasivo, brusco cuando debería sonreír. Lo que significaba que su oferta era sincera.

—¡No pienso hacerlo! —dijo con rabia.

Strawwe la miró de arriba abajo. Jane estaba temblando. Le olisqueó la coronilla, las rodillas, la —se apartó de él de un salto— entrepierna.

—No estás segura de lo que piensas hacer —dijo—. Te doy de tiempo hasta mañana por la mañana. Decídete. Oleré tu decisión en la entrada. —Levantó el broche en forma de luna (Jane casi se había olvidado de su existencia) y añadió—: Me quedaré esto en prenda.

Se metió el pasador en la boca, dio media vuelta y se marchó.

—Mátalo —dijo Jane—. Debería ser pan comido para ti.

Melanchthon no respondió.

En la calle, unas luces actínicas iluminaban los perímetros defensivos de los meryons y las máquinas se movían en la sombra. El dragón contemplaba ciegamente el suelo, pero soterradas bajo su obstinada negativa a hablar, Jane sintió corrientes de poder que fluctuaban, turbulentas resonancias de ira electromagnética. Conocía su nombre. Podía imponerle su voluntad; tras haberlo hecho una vez, Jane estaba segura de eso. Pero tarde o temprano tendría que abandonar la cabina, y entonces él sería libre de descargar la fuerza de su cólera sobre ella. Sólo estaría a salvo mientras la necesidad de ella que sentía Melanchthon fuera mayor que su rabia.

—Mira. Quiere practicar el sexo conmigo. Me hiciste prometer que nada de sexo, ¿te acuerdas? Dijiste que altera la carga del aura, que no podría reparar tus componentes electrónicos y éstos se estropearían. ¿Recuerdas? ¿Eh?

Era inútil. Jane volvió a amontonar sus libros de texto en la silla del piloto y se puso su camisón. Abrió el futón y puso las sábanas y una manta fina, con una colcha más pesada de lana doblada al pie de la cama por si acaso. Últimamente estaba refrescando por las noches. Era la estación.

Se dispuso a dormir.

Con los ojos cerrados, el sueño se negaba a acudir. En vez de eso, Jane perseguía dando vueltas y más vueltas el enigma del silencio del dragón. Quizá se sintiera avergonzado por estar dominado por una de sangre humana, y ésta no fuera más que una venganza mezquina... actuaría cuando ella se lo ordenara, pero sin reconocer su existencia de ningún otro modo. Por otra parte, los dragones eran sutiles. Tal vez estuviera intentando provocarla para que cometiera alguna imprudencia. Puede que se presentara alguna situación en que ella, temerosa de confiar en él, actuara en cambio tal y como él esperaba según algún plan barroco de su invención. Quizá estuviera manipulando todos sus movimientos, pensamientos y emociones dentro de algún laberinto de conspiración tan vasto que ella ni siquiera lo veía.

Quizá se hubiera vuelto senil.

El colegio estaba organizado en círculos concéntricos de terror cuyo vórtice era el despacho del director. Los peores monstruos pedagógicos temían esa habitación, con su puerta eternamente cerrada y los gritos agónicos de su horror cautivo resonando a intervalos irregulares desde su interior.

La oficina de secretaría estaba situada inmediatamente adyacente a la del director. La secretaria escuchaba, con los ojos en llamas, mientras Strawwe el celador presentaba su informe. Cada una de las palabras parecía insuflar en

Grunt otro soplo de indignación. Jane apenas si conseguía mantenerse de pie, tan asustada estaba.

Strawwe acabó.

—¡Bueno! —La secretaria encajó una rodilla huesuda bajo su brazo y se incorporó sobre una pierna—. En todos los años que llevo aquí, éste es el episodio más ultrajante y desvergonzado que ha llegado a mis oídos. ¿Cabe alguna duda sobre cuál debería ser su castigo?

Miró a Grunt. Éste carraspeó y apartó la vista. Miró a Strawwe. Éste le sostuvo la mirada.

—De acuerdo —dijo la secretaria, al cabo—. ¡Arrojad a esta desgraciada al basilisco!

Con la mirada huidiza, Grunt y Strawwe la sacaron a rastras al pasillo. Abrieron de golpe la puerta del ominoso despacho y la tiraron adentro. Jane escuchó el portazo a su espalda. Levantó la cabeza y vio a la criatura del director atusándose en lo alto de un registro cubierto de excrementos verdes.

El basilisco se agarraba al filo del escritorio con dedos como garras. Era un bípedo sin plumas, pálido como la piel de un pollo, de largo cuello y apéndices raquíticos que eran más muñones que alas. El orondo alambique de su barriga se veía tirante como la piel de un tambor, mientras que el resto de su cuerpo mostraba la desorganizada holgura de la carne picada.

Pero era el rostro de la criatura lo que inspiraba temor, sin ojos, casi sin cabeza, diminutas orejas humanas que enmarcaban unos labios enormes y blandos que relucían con superficies mucosas. No tenía nariz, por lo que su mismo aliento era un líquido jadeo de dolor.

Al ver ese espanto, Jane se descubrió involuntariamente imaginándose lo que debía de ser estar atrapada dentro de semejante pellejo. Sería un destino más repulsivo incluso que la criatura en sí. Quiso apartar la mirada y no pudo.

El basilisco agitó sus alas romas de piel de gallina.

De repente alargó su pálido cuello hacia delante y abajo, y estiró a lo ancho sus labios gomosos, revelando unos dientes blancos e iguales y una lengua húmeda y rosada. Jane se apartó de su grito ciego.

Todo desapareció. Por un instante atemporal, sin aire, estuvo en ninguna parte, sin dimensión, sin pensamiento. En un estado de perfecta negación. Luego trastabilló al encontrarse de nuevo en el despacho del director, contemplando horrorizada al basilisco, cerrando la boca, mojados de saliva los labios.

No había oído la menor fracción del negro grito del basilisco, y aun así sus efectos resonaban en su cuerpo. Quería correr al lavabo más cercano para

vomitar bilis y pestilencia. Se sentía mancillada, con la suciedad incrustada en su lengua y tractos digestivos todo el camino hasta su ano.

Entonces, por primera vez, Jane logró apartar la mirada del basilisco y fijarla en el director. Éste estaba sentado inmóvil tras el escritorio, vestido con chaleco, corbata a rayas y chaqueta. Sus manos descansaban inertes en su regazo. Sus ojos la estudiaban con una alerta reptil que carecía totalmente de emoción.

Era el Baldwynn.

Un gritito ahogado estalló en el fondo de la garganta de Jane. ¡La habían encontrado! Melanchthon le había prometido que la escudaría de cualquier posible detección, de cualquier búsqueda, de los perros de presa. Era otra mentira más. Se apoderaron de ella una desesperación y una sensación de traición como jamás había experimentado.

Pero el Baldwynn, si bien sus ojos seguían cada uno de sus movimientos, no dijo nada, ni se movió para detenerla cuando Jane se acercó disimuladamente a la puerta.

La mano de Jane estaba ya en el tirador cuando capturó su mirada la carpeta que descansaba en el regazo del Baldwynn. Era un pálido rectángulo de papel de manila, firmemente sujeto entre ambas manos, y algo le dijo que era importante.

Esto es una locura, pensó. Pero, algo encogida, se obligó a regresar junto al Baldwynn.

Los ojos de éste siguieron su mano cuando la bajó hacia su regazo. Había manchas de lentigo en los dorsos de sus pálidas manos. Con cuidado, Jane cogió el sobre entre el pulgar y el índice, y tiró. Se liberó de la presa del Baldwynn. Los ojos de éste siguieron la trayectoria ascendente del sobre. Jane miró el nombre de su etiqueta.

Peter del Collado.

Presa del frenesí, abrió la carpeta. Contenía un solo y endeble cuadrado de papel, nada más. La caligrafía que lo cubría era gris y borrosa; de ninguna manera podría leerlo allí. No en el estado en que se encontraba. Jane lo dobló en cuatro partes y se lo guardó dentro de la blusa.

El Baldwynn no se movió, ni siquiera cuando volvió a dejar el sobre en sus manos jaspeadas.

Los pasillos estaban vacíos. Despacio, se adentró en ellos. Un profesor que salía por una puerta la vio emerger y volvió a esconderse dentro. Era evidente que no quería saber nada.

Sintiéndose mareada e irreal, bajó flotando por el pasillo.

Al pasar frente a la secretaría, Grunt y Strawwe la agarraron por los brazos y la metieron a rastras en el cuarto.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber la secretaria—. ¿Qué te ha dicho?

Jane había estado manteniéndose firmemente bajo control. Ahora se vino abajo, llorando incontrolablemente, de miedo y asco entremezclados.

—Está histérica —dijo la secretaria. Amartilló el brazo y le cruzó la cara a Jane de un sopapo. Escupiendo, vociferó—: ¡¿Qué te ha dicho?!

Algún aspecto frío y calculador de Jane, insospechadamente al acecho en el fondo de su ser, supo ver la oportunidad y tomó el mando. Ninguno de ellos sospechaba nada. Les tenían tanto miedo al director y a la criatura infernal que era el símbolo y la personificación de su autoridad que no osaban enfrentarse a él en persona. No tenían más idea de lo que quería realmente que la mismísima Dama Luna.

—¡Me ha dicho que debería ser alquimista! —sollozó Jane—. Me ha dicho que deberíais darme una beca completa.

El trío intercambió una mirada de perfecto asombro. No podían dar crédito a lo que oían, como tampoco podrían imaginarse que alguien fuera capaz de mentir tras un encuentro con el basilisco. Era una declaración increíble, y al mismo tiempo irrefutable.

Pero al final no había nada que pudieran hacer al respecto.

La secretaria empezó a mecanografiar los formularios.

10

Las niñas libélula formaban un corrillo junto a la puerta, fumando. Como sus cuerpos conservaban la neotenia hasta bien entrados en la madurez sexual, parecían chiquillas perversas. Jane las veía todos los días, cuchicheando, con sus alas zumbando de excitación, escurridas de caderas y casi planas de pecho con sus vaqueros de diseño y sus blusas de seda transparente, tirando colillas manchadas de carmín al patio.

Eligió a una que parecía ligeramente menos distante que las otras y esperó a que se separara del grupo.

—Perdona —dijo Jane.

La niña libélula pasó directamente por su lado, se detuvo y le lanzó una mirada cargada de desdén por encima del hombro.

—Pero si es la ladrona —comentó, para nadie en particular.

—Mira. —Jane rebuscó en su bolso y extrajo un amuleto de plata. Era un objeto delicado, una flor de vida de metal batido, tasada en un bonito montón de cambio. Esta mañana se había saltado las clases para pillarla, y si la hubieran cogido se habría metido en serios problemas. Era un riesgo que tenía que correr, sin embargo, porque las masas de hierro frío del dragón significaban que nunca podría llevar joyas a casa; inevitablemente siempre enfermaban y se morían. La plata colgó a la luz del sol, y los ojos de la niña libélula se agrandaron al verla—. Es para ti.

—Gra'mercy. —Extendió un brazo anoréxicamente delgado.

Jane retiró el amuleto.

—Tiene un precio.

Aquellos ojos oscuros se tornaron apagados y crueles, los labios se entreabrieron ligeramente para revelar unos pequeños colmillos como perlas. Jane insistió a pesar de todo.

—¿Dónde puedo conseguir información fiable sobre control de natalidad?

Asombro impertérrito. Luego:

—¿Control de natalidad? ¿Tú? —La niña libélula echó la cabeza hacia atrás para soltar una feroz carcajada élfica.

—¿Lo quieres o no?

—Dámelo.

El amuleto desapareció en cuanto tocó la palma de la mano de la niña libélula. Ésta giró sobre sus talones y se alejó a largas zancadas. Pero en el aire tras ella flotaron las palabras:

—Peg del Vertedero. Querrá plata.

Jane tardó semanas en reunir el coraje necesario. Pero una mañana fría y lluviosa a comienzos de la Luna de la Matrona, se encontró tiritando cubierta por un chubasquero demasiado fino ante la casa de Peg. Era una destartalada casa adosada de ladrillo rojo, una de las que daba la espalda al vertedero. Una placa de hojalata oxidada con un hacha de dos cabezas en ella era cuanto indicaba que allí moraba una bruja. Una grieta zigzagueaba por la fachada, torciendo los ladrillos a ambos lados, y el interior de todas las ventanas se había cubierto con plásticos. Las persianas estaban abiertas.

Jane se quedó mirando fijamente la entrada, incapaz de acercarse. Salvo por aquella noche desesperada en que había escapado de la fábrica de dragones, nunca había desafiado a Melanchthon, no de veras, no en nada importante. ¡Sin duda en nada como esto! Venir aquí era defraudar implícitamente la fe depositada en ella, puesto que la virginidad era un *sine qua non* de la ingeniera mágica práctica. Desconocía los motivos tecnológicos por los que esto era así; pero sabía que todas las grandes corporaciones castraban a sus ingenieros antes de confiarles ninguna tarea importante.

Se sacó del bolsillo el trozo de papel que le había robado al Baldwynn. Estaba apretadamente doblado en cuatro partes, con los bordes raídos y grises de tanto manosearlo. Lo abrió, lo leyó de principio a fin. Seguía poniendo lo mismo.

Respira hondo, se dijo. Sube los escalones. Ve a la puerta. Llama.

Lo hizo.

Un largo silencio, un crujido, y después más silencio. Se abrió la puerta.

—¿Sí? ¿Qué quieres?

Peg era una bruja vieja y gorda, recargadamente maquillada, con un cigarro sobresaliendo de su boca. Llevaba puesta una bata de felpa y un

desgastado par de sandalias marrones. Tenía ojeras y una taza de café en la mano.

—Puedo volver más tarde, si quiere —balbució Jane—. No pretendía despertarla ni nada.

Una ceja pintada se enarcó. Unos labios rojos se retorcieron despreciativamente.

—Entra o sal, pero no te quedes plantada en la puerta. Se me está helando el culo aquí fuera. —Peg sostuvo la puerta abierta y Jane entró apretándose contra ella, rozando aquella fofa barriga, aquellos pechos enormes. Un olor rancio, compuesto de nicotina e incienso, emanaba de su bata.

Había un televisor parpadeando en la chimenea, imágenes de refugiados que huían de la violencia de Carcassonne. Peg chasqueó los dedos con irritación y se apagó. La sala de estar era pequeña y sofocante, y estaba imposiblemente atestada de escritorios, mesitas y sillas, un yunque de enano, tallas de caballos desollados, un armario de ébano de boticario, un homúnculo conservado en salmuera. Surtía el efecto de un collage de imágenes arrancadas de distintas revistas; el ojo era incapaz de ensamblarlas en un todo coherente.

—Siéntate —dijo Peg—. Iré a cambiarme de ropa. —Atravesó una cortina, haciendo que tintinearan las anillas.

Jane descansó las manos en las rodillas y esperó. Una estufa eléctrica en el centro de la estancia zumbaba y traqueteaba. Hacía que sintiera calor en un lado y frío en el otro. El homúnculo la observaba fijamente con aquellos ojos muertos y atónitos, como si quisiera decir: Menuda criatura más fea que eres.

Apartó la mirada. Dentro de una campana de cristal encima de la repisa de la chimenea había un reloj de similor. Podía ver el agónico tic segundo a segundo de su manilla, pero debido a que todo el aire había sido extraído, el mecanismo no emitía ningún sonido. No pasó mucho tiempo antes de que se descubriera mirando fijamente de nuevo al diablillo en conserva que coronaba la alacena de ébano. Te odio, decía su expresión congelada, porque te puedes mover y yo no, porque gozas de una libertad con la que yo jamás podré ni soñar siquiera y no haces nada con ella.

Jane se revolvió en su silla.

Contra una de las paredes había un conjunto de estantes de cristal iluminados por bombillas ocultas, de suerte que relucían con un brillo frío y hostil. Colocados sobre ellas en hileras iguales había huevos, una demencial variedad de ellos, todos del mismo tamaño y tallados en gema de malaquita y obsidiana cristalizada, ónice verde y ónice rosa, cuarzo dorado rutilado y aragonita azul mezclada con ópalo ígneo, o por lo demás simple cristal con escenas en miniatura en su interior, ciudades y paisajes de montaña, niños

jugando, pulgas semejantes a personas con cestas llenas de huevos y dentro de esos huevos pulgas más pequeñas que portaban cestas con huevos aún más pequeños.

Jane no alcanzaba a imaginarse por qué la vista de esos huevos debería infundirle la inquietud que sentía, pero así era. El mero hecho de mirarlos le producía náuseas. Al torcer el cuerpo para mirar en rededor volvió a toparse con la petulante boca del homúnculo, con sus ojos saltones.

Y además eres idiota.

Jane pestañeó.

—¿Hola? —dijo con vacilación.

Bueno, ya iba siendo hora. Eres un poco corta de entendederas, ¿no? Limitadita tirando a obtusa. Vamos, que las pillas todas al vuelo.

Esto era demasiado grosero como para tratarse de meros pensamientos fugitivos. Intrigada, Jane se acercó al frasco, lo tocó. El hombrecillo de su interior estaba blanco e hinchado, como un pedo de lobo a punto de reventar en esporas.

—¿Estás vivo?

¿Y tú?

Jane se apartó del bote. Sabía que debería decir algo, pero por su vida que no atinaba a adivinar el qué.

Pregúntame qué es lo que quiero, sugirió el enano. Siempre viene bien para echarse unas risas.

—¿Qué es lo que quieres?

Quiero morir. Quiero a la bruja metida con vida en este tarro para que sufra como he sufrido yo. Quiero saber qué es eso que hay detrás de ti.

Jane giró sobre sus talones. Nada. Cuando volvió a encararse con el homúnculo, éste observó con sarcasmo: Bueno, es evidente que no va a estar ahí cuando mires. Es de esas criaturas. Fíjate ahí en el yunque. ¿Ves esa maza? Claro que la ves.

Había un martillo de diez kilos encima del yunque, a menos de un brazo de distancia del homúnculo y situado donde podía verlo constantemente.

—Sí.

Ve hacia él. Toca el martillo, es lo único que pido. ¿No es una sensación agradable? Tan fuerte y pesado.

Una feble barra de luz argentina penetró inclinada por una ventana para apuñalar el rabillo del ojo de Jane. La deslumbró, y cuando se apartó bailaron

en su campo de visión soles diminutos. El zumbido del radiador era una constante. Se sentía débil, mareada, irreal.

—Su... supongo que sí.

Pasa la mano por el mango. Qué suave. Levántalo un poco. Sopésalo. Siente cómo fluyen y se mueven tus músculos. Qué sensación más especial, un auténtico lujo, tendrías que estar paralizada como yo para apreciarla plenamente. Levántalo un poquito más. Blándelo de un lado a otro. Siente la fuerza de la inercia, cómo tienes que esforzarte para controlarlo.

—Tienes razón. —Conscientemente Jane nunca antes había prestado tanta atención al funcionamiento de su cuerpo; era una sensación curiosa. El cuarto pareció diluirse, ahogado por el creciente zumbido de la estufa eléctrica—. Es divertido.

Ahora levanta el martillo por encima de tu cabeza. Siente cómo te tiemblan los brazos a causa del peso. La cabeza ansia tocar el suelo. Quiere hacerte perder el equilibrio y caer abalanzándose en picado. ¿Lo sientes?

—Sí.

Entonces descárgalo... ¡Ahora! ¡Aplasta él bote!

Por un vertiginoso instante Jane empezó a obedecer.

—¡No! —Dio un tirón del martillo hacia un lado y cayó clamorosamente sobre el yunque. Se retiró a su silla—. ¿Por qué has hecho eso?

Oh, no te pares ahora que estábamos tan cerca. Libérame. Concédeme el olvido. Puedes decirle a la bruja que te lo pedí yo.

Jane no se movió de la silla.

—Ya, guay, ¿y qué hará cuando descubra que le he despachurrado su cosita? Su frasco. Seguro que se disgusta. Igual hasta me castiga.

¿A mí qué más me da lo que te ocurra? Me atormenta. Pesa demasiado. Come ratones vivos. Se corta las uñas de los pies apurando demasiado a propósito. Fuma cigarrillos sin filtro, se bebe el aceite que flota en su güisqui y luego se acerca una cerilla a la boca para sentir cómo se le queman los labios. Le aprietan los zapatos.

—Pero no parece que ésas sean cosas que te haga a ti. Suenan más bien como cosas que se hace ella sola.

¿Es que nunca has oído hablar de los comepecados?

Jane meneó la cabeza.

Chis. Aquí viene.

Peg entró en la habitación a largas zancadas, tiró un trapo por encima del

frasco que contenía al homúnculo y se sentó pesadamente en una silla tapizada.

—El dinero lo primero.

Jane sacó de su cartera un puñado de dólares luna de plata y una lentejuela de oro estampada con un sol sonriente. Peg empujó la lentejuela hacia atrás con una larga uña púrpura y se embolsó el resto.

—¿Y bien, de qué se trata? Te han hecho un bombo, ¿verdad? —Entornó los ojos—. ¿No? Problemas con tu novio, entonces.

Jane asintió.

—¿Qué buscas, veneno o sortilegio? El veneno es más fiable, pero el sortilegio actúa a distancia y para el veneno ayuda tener buenas relaciones con tu objetivo.

—Sólo necesito aprender algo sobre métodos anticonceptivos.

—Vale. —Peg aplastó su cigarro en un cenicero y se encendió otro con un mechero desechable—. Bueno, el control de natalidad es sencillo. Lo primero que tienes que saber es que no funciona.

—¿Cómo?

—No con todas las garantías. Da igual el cuidado que tengas, cada vez que juegues a esconder el salami con los chicos correrás el riesgo de terminar con la barriga llena de consecuencias.

—Pero...

—Los hechizos anticonceptivos nunca son del todo fiables. Eso se debe a que el poder proviene de la Madre, y la Madre quiere niños. Cada conjuro tiene su truco, cada fetiche su defecto. Al final, los métodos anticonceptivos no son sino otra manera de incitarte a jugar su juego.

—¿Quieres decir que antes o después me dejará en la estacada?

—No es eso lo que digo. Funciona lo bastante bien para el número suficiente de nosotras como para que el resto decida jugársela. Pero las probabilidades no serán nunca todo lo buenas que te gustaría. No hay garantía ninguna.

—Me gustaría aprender de todos modos.

—Por supuesto que sí. Estás en la edad. —Peg se levantó de la silla. Cogió un objeto negro de goma del armario de boticario y se lo ofreció a Jane—. Esto es un modelo exacto de una picha erecta. No necesariamente a escala, por desgracia. —Jane lo aceptó tímidamente, y la bruja le dejo un sobrecito en el regazo—. Y esto es un condón. Lo que la chavalería llama un forro.

Quizá Peg fuera una basta, pero sabía lo que se hacía y era concienzuda.

Pasaron horas mientras Jane aprendía sobre los condones y los DIU y la crema espermicida, cómo construir un altar de alféizar y cuántas palomas al mes debía sacrificar en él. Aprendió los siete nombres secretos de la Dama Luna, dónde acudir a colocarse un diafragma y las consecuencias médicas de hacerse una ligadura de trompas. Por último, Peg le entregó una figurita de piedra y dijo:

—Éstas son las dos caras de la diosa.

Jane dio la vuelta a la figura en su mano. Tenía dos frentes.

—Está embarazada por un lado y normal por el otro.

—Exacto. Es una herramienta especialmente útil por cuanto puede emplearse también para potenciar la fertilidad.

Enseñó a Jane un ritmo con las palmas y los gestos que las acompañaban, para luego observar con ojo crítico mientras Jane, agradecida porque el homúnculo no pudiera verla ahora, cantaba y danzaba en el centro de la sala.

Hueso hueco, hueso roto
zas, pimpán
mano derecha
mano izquierda
toca a aquélla
que comprende
toca la rodilla
toca el suelo
gira, rueda, sin parar
y vuelta a empezar
gira y
rueda y
vuelta a...
¡empezar!

Era un hechizo para regularizar su menstruación. La figurita se giraba dos, tres o cinco veces, según el número de días que hubieran pasado desde el comienzo de la regla. Aquellos días en que la Doncella terminaba boca arriba, podría hacer lo que quisiera. Cuando era la Madre la que quedaba de cara, debería ser casta. Era fiable, le aseguró Peg, siempre y cuando no se equivocara con las cuentas, se acordara de entonar el hechizo todas las mañanas sin excepción, y nunca estuviera tan ebria o atontada como para olvidar qué lado había quedado boca arriba.

—Eso es todo —concluyó Peg—. Ahora, si eres como todas, tendrás la cabeza llena de tonterías y la boca cargada de preguntas espantosamente

infundamentadas. ¿Y bien?

Quería saber... bueno, esto es más brujería que anticoncepción, supongo. —Jane se ruborizó—. Pero quería saber cuándo voy a empezar a estar en contacto con mi sabiduría femenina.

—¿Sabiduría femenina? Eso no existe. —Peg se encendió otro cigarro. —En el colegio nos enseñan que todo se divide entre principios masculinos y femeninos. Dicen que la acción surge del principio masculino y la sabiduría del femenino. Dicen que por eso se desanima a las chicas a meterse en política.

Peg soltó un bufido.

—¡Qué cosa más típicamente «masculina»! Eso es una gilipollez como un piano, jovencita. El hecho de tener coño no te hace nada especial. Es una cosa bonita, y si lo tratas bien será un buen amigo tuyo, pero, ¿como fuente de sabiduría...? ¡Bah! Sus necesidades son pocas y simples. Se aprende con esto —tocó la frente de Jane— y con esto —le puso la mano sobre el corazón—. Los chicos también tienen cabeza y corazón, sabes. Aunque nunca los usen.

Confusa, Jane dijo:

—En fin, gracias. Muchas gracias.

—¿No hay más preguntas?

—No —respondió Jane. Entonces—: Sí. Sí, sólo otra más. Quiero saber qué es eso que hay en la botella.

Los ojos de Peg se ensombrecieron, y sonrió.

—Era mi amante. Pero encogió. —Alcanzó el frasco y retiró el trapo—. Querrás escuchar esto, tesoro. Al fin y al cabo, es tu historia. La mirada vacía del homúnculo no desveló nada. —Cuando nos conocimos era un fenomenal ogro bigotudo de dientes amarillos. Grande como una montaña, con unas espaldas así. ¡Qué criatura más impresionante! Hasta sus defectos eran grandes defectos. El olor de sus sobacos podría asfixiar a una cabra. Sus pedos eran como truenos. Se tiraba a todo lo que no se moviera demasiado rápido.

»Nuestro noviazgo fue brusco, pero a mí me gustaba así, y cuando lo pillaba metiéndosela por el culo a alguna pelandusca o pijita, yo la zurraba de lo lindo mientras él se la meneaba. Nunca tuvimos un solo mueble porque se los rompía en su dura cabezota. Ah, pero, ¿eso qué más daba? Éramos jóvenes y estábamos enamorados.

»Pero una noche vinieron a buscarlo los Tylwyth Teg. Se me ha olvidado el motivo... se había comido el perro de alguien, me parece. Debía de ser alguien importante para involucrar a los Teg. Por aquel entonces vivíamos en una habitación encima de un bar, con barrotes en las ventanas para impedir que entraran los ladrones. No tuvimos tiempo de arrancarlos. No le quedó más

remedio que esconderse en el armario.

»Eran dos, los Tylwyth Teg, con la mirada enfebrecida y flacos como perros. Se podría cortar el pan con sus pómulos. Uno de ellos levantó la cabeza y olfateó el aire. Está aquí, dijo. Puedo olerlo.

»Claro que puedes, dije yo, señalando la cama deshecha. Hace un mes que no cambiamos las sábanas.

»El olor es más fuerte que eso, dijo él.

»Entonces no es él lo que oléis, respondí, y le lancé una mirada significativa.

»Cruzaron la mirada, y uno de ellos hizo una mueca. ¿Estás intentando sobornarnos con tu cuerpo?, preguntó el otro.

»Lo miré a los ojos y dije: ¡Hombre, lo que está claro es que no voy a daros dinero!

»Así que al final me monté un trío con ellos allí mismo en nuestra cama sin hacer, que todavía conservaba el olor de su presa. Eminentemente corruptibles, así son los Tylwyth Teg.

Peg frunció el ceño.

—Parece que te hayas tragado un limón verde, mi niña. Pero te aseguro que se alegraron de poseerme. No soy ni la mitad de fea de lo que piensas.

—Oh, no —se apresuró a responder Jane—. No es eso en absoluto. —Y no lo era. Era la historia en sí lo que la horrorizaba. Si bien no era algo en lo que hubiera depositado grandes expectativas, el sexo estaba resultando ser un asunto todavía más vil, sórdido y cínico de lo que sospechaba.

—Mmmf. Por dónde iba... ah, ya. Nos pasamos como una hora potreando aquella cama, y para mí lo más gracioso de todo era que aquél al que se proponían dar caza no estaba ni a tres zancadas de distancia, mirando por la rendija de la puerta, y sin lugar a dudas con los pantalones en los tobillos y toqueteándose. Lo que se va a reír cuando se hayan ido, pensaba. Qué carcajadas.

»Pero cuando se fueron y abrí la puerta del armario no se rió. No, ni un poco.

»¿Por qué has hecho eso?, me preguntó. Y yo le dije: Si no te gusta, ¿por qué no lo impediste? A lo que contestó: ¿Cómo? Me habrían prendido.

»¿Qué intentas decirme?, le pregunté... ¿Que les has dejado hacer lo que quisieran conmigo porque tenías miedo?

»Apartó la mirada. Bueno, olvidaremos que esto ha ocurrido, dijo.

»Pero yo no podía olvidarlo. Porque a mis ojos ya no era tan grande como hacía un momento. Se había encogido un poco.

»A mis ojos había caído en desgracia, ya ves. Qué de cosas pasaron. Te contaré solamente otra más, la vez que llegué a casa para descubrir que todos mis medicamentos y la mitad de mi ropa habían desaparecido. Así que agarré el bate de béisbol que teníamos junto a la puerta para recibir a los intrusos y salí en busca de él.

»Estaba junto a la incineradora, enfrascado en una partida de dados con un grupo de trolls y un enano rojo. Estaba más borracho que tres búhos cocidos. El enano llevaba mi mejor sostén de encaje negro puesto de bufanda.

»Solté un grito y me abalancé sobre ellos. Se dispersaron como palomas, todos menos él, recogiendo apuestas y botellas sobre la marcha. Jamás volví a ver aquel sujetador. Pero cuando le pegué con el bate, se encogió. Se encogió. Eso es lo que me pareció imperdonable.

—¿Por qué?

—Cuando tengas unos cuantos hombres en tu haber lo comprenderás. En fin, agarró el bate y nos lo disputamos. Ninguno era capaz de arrebatárselo al otro. Se había encogido a mi tamaño.

»Después de aquello la cosa degeneró rápidamente. Se volvió furtivo, escabullándose a Ciudad Trasgo para verse con una tipa simiesca que rozaba el suelo con los nudillos, donde antes se la hubiera tirado en nuestra mismísima cama mientras yo dormía. Empezó a hurtarme dinero de la cartera, donde antes, cuando le decía que no tenía nada de sobra, me amenazaba con ponerme a hacer la calle para conseguirlo. Mentía, lloriqueaba, no me miraba a la cara. Le hubiera dado la patada, pero habíamos compartido nuestros nombres verdaderos y no me quedaba más remedio que aguantar aquello hasta el final. Día a día y mes a mes mermaba en mi estima, haciéndose cada vez más pequeño, hasta no ser más grande que un erizo. Al final no tuve otra opción más que encerrarlo en esa botella. Y ahí sigue.

Se agachó sobre el homúnculo y lo arrulló:

—No te preocupes, mi chiquirritín. Algún día vendrá tu princesa azul. Será joven y hermosa y te mirará a los ojos. No tendrás que suplicar, ella sabrá lo que quieres. Levantará el martillo del yunque y cortará el aire con él más deprisa de lo que podrían percibir los sentidos humanos. Estarás deslumbrado, atónito, incapaz de pensar. El martillo descenderá como un rayo para hacer de tu pequeño mundo un millón de añicos y liberarte. —Se enderezó y miró a Jane—. Pero no hoy.

Al tercer día seguido que faltó Salomé a la escuela, se hizo evidente que algo ocurría. En clase Grunt anunció que había sufrido un accidente haciendo motocross y estaba hospitalizada. Dijo que esto demostraba lo peligrosa que podía llegar a ser la diversión sin supervisión y sugirió que todos pensaran largo y tendido en esa lección.

Pero en los pasillos se rumoreaba algo distinto. Entre clases, Trotyfedor se acercó a Jane renqueando con su envarado paso trípode. Su ojo central ya estaba casi enterrado en carne y presentaba un aspecto ominoso. Sonrieron presumidamente.

—¿Sabes lo de Salomé?

—No —respondió Jane—. Sólo lo que nos han contado.

—Está embarazada. La han mandado a una granja de bebés y no regresará nunca. Y adivina quién tiene la culpa... ¡ni más ni menos que Lodoso!

—¿Cómo es que sabes todo esto?

—No es ningún secreto... Strawwe está chivándoselo a todo el que quiera escuchar.

Aquella tarde Jane encontró a Lodoso de pie detrás de la escuela, frente al campo de fútbol. Había cogido piedrecitas de grava del paseo y las había colocado en una línea pulcramente espaciada. Sosteniendo una rama vieja como si fuera un palo de golf, estaba lanzándolas una a una por los aires. Le dijo que había sido llamado a comparecer ante el Tribunal Menor.

—¿Qué van a hacerte?

Lodoso se encogió de hombros, apuntó a otro guijarro y levantó el palo. Lo levantó y envió lejos.

—No lo sé. Seguramente me vendan a alguna fábrica. Es un delito grave, es lo que tiene ayuntarse con zorras altas. No te ofendas.

—Lodoso, escucha, quiero que sepas...

—No quiero oírlo. Métete tu compasión por el culo. Esto es auténtico y no quiero que nadie lo reboce de sentimentalismo barato, ¿de acuerdo?

De modo que Jane se fue a casa y se conectó al dragón. Ya había renunciado a conseguir que hablara, pero todavía le gustaba ver a los meryons en acción.

La civilización meryon estaba pasando por un bache. Con la llegada del frío había dejado de ser tan sencillo conseguir alimento, y a falta de granjas propias se habían vuelto dependientes de los saqueos que realizaban sobre sus vecinos. Sus graneros y almacenes eran inexistentes. Sus ejércitos habían arrasado los terrenos circundantes hasta medio camino de la escuela. Por

consiguiente sus líneas de abastecimiento estaban sobreextendidas, sus patrullas eran más vulnerables a las tácticas de guerrilla. Sus salidas eran mucho menos productivas que antaño.

El derrumbamiento de su economía había venido acompañado del correspondiente deterioro físico. Acogedoras casitas de lata se habían vuelto chabolas. Meryons famélicos deambulaban sin rumbo por las calles. Había policías militares en coches blindados por todas partes, soldados en tensión sentados tras ametralladoras ingeniosamente pequeñas. Jane vio un disturbio en miniatura, seguido de un registro casa por casa de los suburbios en el que diminutos enemigos del estado fueron sacados a la calle por la fuerza y ejecutados.

Jane los observó durante largo rato, pensando en las aleatorias crueldades de la vida.

No faltaba mucho para Samhain cuando Gwen pilló a Jane entre clases y le plantó dos tickets de cartulina en la mano.

—Recién salidos de imprenta. Asientos de primera fila en la línea de medio campo, para dos —recitó alegremente—. En serio te digo que deberías tener una cita, Jane, ya eres lo bastante mayor. Sé que eres un poquito tímida, pero invitar a un chico a salir no tiene nada de malo. Siquiera para que las cosas echen a rodar.

—Ya, bueno, eso es muy amable por tu parte, pero...

—Podrías invitar a Ratartel. Sé que le gustas.

A Jane se le aterió el cuerpo. Era exactamente la misma sensación que recorre la piel un instante antes de recibir el picotazo de una avispa, justo antes de que se haga notar el dolor.

—¡No quiero tus dichosas entradas! —Volvió a dejarlas de golpe en manos de Gwen y se alejó hecha una furia.

Gwen la alcanzó, la agarró del brazo, y cuando Jane se zafó de ella, la asió por los hombros y la metió en un aula vacía. Cerró la puerta de una patada a su espalda.

—Está bien, ¿a qué viene esto?

—Sabes perfectamente a qué viene.

—No, no lo sé.

—¡Bueno, pues deberías! —Jane empezó a llorar.

Esto desarmó a Gwen. Con un suave susurro conciliador intentó rodear a Jane con sus brazos. Jane se apartó violentamente, y Gwen se retiró, desconcertada.

—Caray, no sé qué mosca te ha picado, de verdad.

Fuera estaba lloviendo, un aguacero gris empujado por vientos que sacudían las ventanas y cubrían los cristales de velos de agua. El interior de la clase, silenciado casi por hechizos de insonorización e iluminado por tubos fluorescentes, parecía una balsa de radiante irrealidad en medio de un universo de tormentas. Por voluntad propia la mano de Jane se coló en el bolsillo de su blusa. Sacó la hojita de papel que llevaba encima desde su encuentro con el director y la desdobló.

—Peter del Collado —leyó en voz alta—, tras ser examinado por los practicantes de medicina hermenéutica abajo firmantes a Día del Sapo, Luna del Hacha, del año ciento setenta y tres del Descenso de la Turbina, es dictaminado tal y como se certifica por la presente como virgen, inocente de conocimiento carnal y digno sacrificio para mayor gloria de la Diosa y aversión de Su temible desaprobación y colérico deseo. —Con la mirada encendida, exclamó—: ¡Virgen!

—¿De dónde has sacado eso?

—¿Qué más da de dónde lo haya sacado? Aquí pone que Peter es virgen.

—Bueno, Jane, tienes que entender que la Diosa no quiere...

Un rayo cayó sobre un árbol en el horizonte, y Gwen jadeó. Jane, sin embargo, ni se inmutó. Sentía fluir por sus venas la energía de la tormenta como ira, hinchándola, colmándola de poder. Le hormigueaba hasta el último cabello del cuerpo. Gwen parecía más pequeña ahora, y se acoquinaba ante Jane como una sombra enfrentada a la luz.

El trueno inundó el aula.

Jane sacudió el papel bajo las narices de Gwen.

—Lo único que quiero saber es, si no duermes con él, ¿qué haces?

—Es mi consorte.

—Sí, ¿pero qué significa eso?

—Peter... mitiga mi dolor. Me facilita las cosas.

Con un retumbo de conmoción, Jane sintió cómo encajaban en su sitio media decena de retazos de información en un solo y cegador golpe de inspiración.

—Es un comepecados, ¿verdad?

Gwen vaciló lo justo para no poder negar nada de forma convincente.

—Bueno, ¿y qué si lo es?

—¡Oh, tú... víbora! Pensaba que eras valiente, que eras fuerte. Pero no te hacía falta, ¿verdad? No has sentido nada. No has sufrido absolutamente nada. Es Peter el que padece. Es Peter al que le duelen los pies cuando los tuyos se llenan de ampollas, Peter el que ha soportado tus resacas y tus bajones de cocaína. Es Peter el que ha pagado por todos tus placeres, ¿no es así? Dime una cosa. Cuando lo tratas como a un trapo, ¿quién siente la culpa? ¿Eh? Tú no, ¿verdad?

La tormenta se estaba acercando. Contra la verdosa oscuridad del atardecer la iluminación artificial hacía que el rostro de Gwen pareciera exageradamente pálido, la piel demasiado tirante, como una calavera.

—Para eso están los consortes. Puede que nadie hable de ello, pero todo el mundo lo sabe. No he hecho nada que no lleve haciéndose todos los años en cualquier comunidad desde el alba de los tiempos. Así que, ¿dónde está el problema? ¿Por qué estás tan enfadada?

—Para ti el viaje es gratis, pero es Peter el que tiene que cargar con la cuenta.

—¡Estoy en mi derecho! —chilló Gwen.

Una calma colérica se apoderó de Jane. No dijo nada. Era el ojo de la tormenta, su centro de poder. Toda su ominosa potencia se vertía en ella. Miró a Gwen con el desdén de una diosa.

Con un gritito Gwen se liberó de su mirada y se volvió hacia la puerta. Asió el pomo y así anclada volvió a encarar el aula por un instante antes de huir.

—¡De todas formas da igual lo que pienses, doña engreída Jane Flordaliso! Yo sigo siendo la reina de mimbre, y Peter sigue siendo mi consorte. Eso es lo que somos y lo que es nuestra relación. A lo mejor no te gusta, ¿y qué? Así están las cosas y no puedes hacer nada al respecto. ¡Nada!

El portazo sonó a su espalda.

Jane se quedó sola en un cuarto lleno de sillas de fibra de vidrio amontonadas, cuarenta criaturas idénticas como niños de semblante vacuo e inexpresivo. Aguardaban pacientemente a que hablara.

No necesariamente, dijo Jane, pero en silencio y para sí.

11

Sólo al ir a vaciar su taquilla se dio cuenta Jane de lo abarrotada que estaba. Orquídeas y lianas ocupaban la mayoría del espacio interior y un colibrí escapó volando por el pasillo cuando abrió la puerta de golpe.

—No lo entiendo —dijo Strawwe—. Quieres que tus papeles sean remitidos a la universidad con tiempo, ¿no es eso?

Un mantillo de deberes corregidos, exámenes viejos y programas de estudios mimeografiados se había formado en el fondo y desarrollado hongos y helechos. Algunos de sus libros estaban demasiado mohosos para recuperarlos. Un animal diminuto se escabulló al ir a coger su cepillo para el pelo, haciendo sonar los bambúes como un xilófono.

—Te puedes quedar estos libros de exámenes si quieres. No me van a hacer falta.

Strawwe saltó ansiosamente de un pie a otro, intentando conseguir más plenamente su atención. Era patético lo ansioso que estaba por agradarla. Con el giro que había dado su sino se había convertido para él en un objeto de temor y misterio.

—A estas alturas del año ya es un poco tarde para realizar una transferencia normal, pero a lo mejor podemos conseguirte un Estatus Especial.

—Haced lo que os parezca.

Un rectángulo blanco de papel descansaba en lo alto de sus cosas sobre la balda de libros. Alguien había colado una nota por las rendijas de ventilación. Jane la abrió:

Sé que estás enfadada conmigo. Pero todavía opino que hacemos buena pareja. No puedo ser feliz sin ti. Intentémoslo de nuevo. ¿Por qué no hacemos las paces con un beso?

No estaba firmada, pero sólo Ratartel podría haber pergeñado algo

semejante. Jane sintió un involuntario acceso de rabia, pero se obligó a sonreír fríamente y murmurar sólo para sus oídos:

—Sigue soñando.

—La secretaria ha pensado que deberíamos celebrar una pequeña ceremonia. Nada rimbombante, quizá una tarde de té. Solos tú, yo, ella y un puñado de profesores que hayan sido mentores significativos para ti. Podría encargar un bando de pergamino, con caligrafía. O una placa.

—Ya veremos. —Jane cerró la taquilla por última vez en su vida.

—Eso haré —dijo Strawwe a su espalda—. ¿Vale?

Camino de la calle se encontró con Trodor, mostrando su sonrisa de ochenta y dos dientes. Ahora sólo tenía dos ojos, aunque de distinto color, y su pierna central se había encogido hasta tal punto que tenía que llevarla enrollada dentro de los vaqueros. Con su metamorfosis casi completa, tenía más pinta de sapo asqueroso que nunca. A juzgar por su porte de satisfacción, sin embargo, eso era lo que había pretendido.

—¡Jane! Qué bien que me tropiezo contigo. —Le pasó un brazo por los hombros y Jane se lo apartó de un manotazo.

—¡De eso nada! Ya me conozco tus trucos.

Trodor encajó el reproche con buen humor.

—Hey, he estado por tu zona, viendo poner cebos a los exterminadores. Hay banderitas amarillas de advertencia por todas partes.

—¿Sí? —Jane no estaba particularmente interesada.

—Sí, he hablado con uno de ellos y me dijo que hay una seria invasión de meryons por allí. Me dijo que si no caían con los cebos volvería dentro de uno o dos días para inundar sus madrigueras con gas venenoso.

Pensar en aquellas personitas gaseadas le revolvió el estómago a Jane. Pero todo el mundo tenía problemas, y la acuciaban asuntos más inmediatos.

—Gracias por compartirlo conmigo —dijo—. Pondré especial cuidado en no comer nada que me encuentre en el suelo en los próximos días.

Luego salió al frío aire de otoño, con una brazada de cosas que llevarse a casa al dragón y el colegio a su espalda. Nunca volveré aquí, pensó. Nunca. Pero no sintió nada, y no tenía tiempo de imponerse ningún sentimiento.

Todavía le quedaban preparativos que atender para esa noche.

Jane llamó a la puerta de Peter.

—Adelante.

Como era la Víspera de Samhain y el último día posible para hacer alteraciones, Peter se había puesto su traje de lamé dorado, comprobando cómo le quedaba. Gwen había acudido al banquete de celebración en la ciudad. Estaba en boca de todos. Habría champagne y discursos, y se había reservado una suite para la orgía de después. De modo que Peter estaba solo.

Jane se conmiseró de él al verlo, tan pálido y ascético, como un niño cansado víctima de abusos. Encima del tocador descansaba una hoz. Jane apartó la mirada de ella.

—He traído vino. Pensé que tal vez un par de vasos te ayudaran a pasar esta noche.

—Gracias —dijo distraídamente él—. Es todo un detalle.

—De nada.

Jane dejó la jarra en el suelo y su bolso a su lado. Éste contenía lo imprescindible que iba a necesitar si las cosas salían según lo planeado: un cepillo de dientes, la Madre de piedra, y una muda de ropa interior.

—¿Dónde tienes los vasos?

Peter se metió en el cuarto de baño y salió un minuto después sin la chaqueta y con dos tarros de mermelada convertidos en vasos.

—¿Servirán éstos?

—Son perfectos —le aseguró Jane.

Esperó a que el vaso de Peter estuviera casi vacío antes de volver a llenarlo. Se le encogía el estómago, pero tenía que preguntar.

—Peter —dijo—, ¿de verdad eres virgen? —Pensando que quizá se tratara de algún terrible error, algún tipo de equivocación por su parte.

Peter asintió.

—A la Diosa no le gustan las cosas usadas. —Pegó un largo trago—. No te has dejado ver mucho últimamente.

—Gwen y yo nos peleamos, más o menos. Yo, eh, descubrí que estaba usándote de comepecados. —El rostro de Peter se endureció y se volvió más intensamente blanco, ante lo que Jane se apresuró a añadir—. No me lo contó ella, es algo que deduje yo sola.

—Bueno, te lo agradecería si no se corre el rumor, ¿vale?

Jane le tocó el hombro.

—Hey. Sabes que yo no haría algo así. —Peter giró la cabeza para mirarla y luego la apartó; asintió desgarbadamente. Jane le llenó el vaso de nuevo—.

¿Peter? ¿Puedo hacerte una pregunta personal? Verás, no me... O sea, no es que... —Se sonrojó—. ¿Qué hace un comepecados?

La cabeza de Peter volvió a torcerse como un resorte y Jane contempló los ojos asombrados e inescrutables de un animal del bosque. Por un instante se quedó inmóvil. De improvisó estalló en carcajadas, tirándose de espaldas en la cama. Aulló y aulló tanto tiempo que Jane se empezó a preocupar por él. Pero al cabo recuperó la compostura y volvió a sentarse. Toda la tensión lo había abandonado.

—¿Sabes a veces cuando te han tratado mal, si le pegas una patada a un perro, por ejemplo, y te sientes mejor?

—No.

Peter agachó la cabeza.

—Bueno, para serte sincero, tampoco yo. Pero por lo visto es así. Eso es más o menos lo que hace Gwen conmigo. Hay un cuchillo ceremonial que le dieron, y un libreto con las distintas runas. Pero básicamente ella sólo utiliza una navaja.

—¡Peter!

—No, en serio... no funcionaría sin la sangre. Mira, te mostraré las cicatrices. —Empezó a desabrocharse la camisa. A esas alturas su coordinación no era demasiado buena, y Jane se movió para ayudarle. Como ella también había bebido en abundancia, se produjo cierta confusión. Al final, entre risas, consiguieron quitársela. Peter se giró y Jane vio que tenía la espalda cubierta de sellos trazados a filo, una hilera tras otra de ellos, un libro de dolor. Algunos eran nuevos y estaban encostrados; los demás se veían blancos y finos. Jane reconoció la mano minuciosa de Gwen.

Curiosa, tocó las marcas plateadas. Peter tenía la piel caliente. Siguió las runas con las yemas de los dedos. No podía dejar de acariciarlas, no podía dejar de tocarlo.

—Pobre, pobre Peter.

Peter se enderezó y se quedó mirando sin ver un póster de Gwen pegado a la pared. Su mirada era directa, burlona, enigmática.

—¿Quieres saber cuál es la peor parte? Quiero decir, peor que todo esto... ¿qué más da si me pica un poco la espalda? Es cuánto la quiero. No puedo soportarla, pero la quiero tanto. —Se froto la mano en la pernera de los pantalones, con fuerza—. La quiero y la odio. Cuando pienso en ella me entran ganas de vomitar. Qué relación más enfermiza.

Jane se agachó para rozar suavemente con los labios el hombro de Peter. Éste se volvió hacia ella y de pronto estaban besándose. Sus brazos la rodeaban,

sus manos recorrían la espalda de su blusa. Jane se pegó a él y le metió una mano por la cintura de los pantalones. Sólo llegó hasta el segundo nudillo; tenía el cinturón demasiado apretado para bajar más.

¡Toda esa ropa estaba en medio! Siguieron besándose y besándose, sin avanzar nada.

Por fin Jane se apartó y empezó a forcejear con el cinturón de Peter, tirando de la correa primero a un lado y luego a otro. Le bajó la cremallera de golpe. Un botoncito salió volando. Mientras tanto, Peter le desabotonaba la blusa, se peleaba con el cierre de su sostén.

Jane no se podía creer que Peter hubiera cedido tan fácilmente.

Había tantas cosas en que pensar, tanto que hacer, que Jane apenas si reparó en el acto en sí. Al principio era incómodo, pero después mejoró. Los dos eran torpes; Jane estaba segura de que el sexo no debía ser tan ansioso y descoordinado, tan poco elegante. Pero esta primera vez, el hecho era lo único que importaba. Podrían mejorarlo más tarde, cuando no hubiera tantas cosas lastrándolo.

Una cantidad indeterminada de tiempo después los movimientos de Peter se volvieron más acuciantes, y su cara se tornó roja y sofocada. Emitió un gritito, como un ave del lago al ocaso, y se desplomó encima de ella.

Jane dedujo que habían acabado.

Peter se salió de ella y rodó de costado. Por un prolongado instante de quietud no se movió. Entonces abrió los ojos. Le sonrió.

—Ahora somos uno.

—Supongo que sí.

Tenía los ojos del azul más claro, hermosos más allá de toda descripción. Jane sintió que se ahogaba en ellos. Peter volvió a tomarla entre sus brazos, esta vez por simple afecto, y fue la sensación más agradable que Jane se hubiera podido imaginar. Una inmensa felicidad la embargó, como si saliera el sol a medianoche. Preguntó:

—¿Te arrepientes?

Peter meneó la cabeza. Estaba borracho —los dos lo estaban— y sus ojos tendían al estrabismo, pero su sinceridad era inconfundible.

—Jane. Creo que esto tenía que suceder. ¿Sabes? Siento una conexión contigo. Algo profundo. Como... ¿sabes, como si coges una moneda y la partes en un torno y tiras una mitad al océano y guardas la otra en un cajón, y las dos mitades se anhelan? Un día vas a sacar un par de calcetines y tiras la mitad del cajón al suelo sin darte cuenta. Alguien la manda a la puerta de un puntapié.

Una semana después, ha recorrido media manzana. Y la otra mitad mientras tanto, un pez se la traga y lo pescan y lo abren y las tripas van a parar a la basura, con media moneda y todo. Así que puede que un par de meses después, a lo mejor un siglo después, alguien encontrará las dos mitades en la arena al borde de una carretera comarcal cualquiera, juntitas.

»Más o menos así creo que somos nosotros.

Un escalofrío de reconocimiento estremeció a Jane. Algo en su interior respondía a las palabras de Peter. ¿Era posible? ¿Podía ser que Gwen no hubiera sido más que glamour y recreo, una distracción de lo que había estado sucediendo realmente? Con todo su ser y su alma deseaba que fuera verdad.

—Sí —dijo—. Sí, creo que es así. Creo que ése es nuestro caso.

—No te vayas a casa esta noche —dijo Peter—. No te vayas nunca a casa. Vente a vivir conmigo. —Reparó de repente en el póster de Gwen y saltó de la cama para arrancarlo de la pared, hacerlo una pelota, tirarlo a la basura. Era la primera vez que Jane tenía la oportunidad de estudiar su cuerpo desnudo a placer, y contemplarlo la llenaba de azoramiento y deleite—. Vive siempre conmigo.

—Oh, Peter, no puedo pedirte eso.

—No —repuso él con la inelegancia de la ebriedad—. Mira, creo que deberíamos compartir nombres. Ya sabes, para hacerlo oficial. —Inspiró hondamente—. Mi nombre verdadero es Ac...

Antes de que pudiera terminar de decirlo, Jane se abalanzó sobre él y le cerró la boca con la suya. Esta vez le metió la lengua, algo que no se había atrevido a hacer antes. Comportarse de esta manera le producía una sensación extraña, imposiblemente extraña.

Peter separó los labios de ella.

—Significa aguja.

Jane cerró los ojos, inundada de recuerdos de Gallo, el pobre Gallo, condenado y mutilado, cuyo nombre real también había significado aguja. Acu. Los dos compartían el mismo nombre verdadero; Jane no sabía qué quería decir eso, pero la aterrorizaba hasta lo más hondo de su ser.

—Sí —dijo entristecida—. Sí, lo sé.

Al día siguiente, sobre mediodía, los despertaron unos fuertes golpes en la puerta. Antes de que Jane pudiera despertarse por completo se abrió de golpe y la habitación se llenó de elfos. Parecía que hubiera decenas de ellos, todos

vestidos con trajes rigurosos y zapatos implacables. Se quedaron mirando la cama con expresiones de repugnancia.

—Nos hará falta otro sacrificio —dijo uno por fin.

—¿Dónde vamos a encontrar otro sacrificio a estas alturas?

—A lo mejor no han...

Una atractiva mujer con cola y orejas de asno salió del cuarto de baño sosteniendo la chaqueta de lamé dorado colgada de una percha y dijo:

—Oh, piensa un poco. Pues claro que han... míralos. Qué desorden.

—Qué puto desastre.

Jane se tapó con la sábana hasta la barbilla. Le rugía el estómago y sentía las tripas sueltas. El dolor de cabeza que sentía era peor de lo que jamás hubiera imaginado posible. Un elfo blanco como la tiza la olisqueó y dijo:

—Siempre son las mismas putillas baratas de tres al cuarto las que acaban con ellos.

—¡Hey, parad un momento! —Peter se sentó, con los puños apretados, echando chispas por los ojos.

Sin mirarlo siquiera, el elfo volvió a tumbarlo en la cama de un revés en la boca. Jane soltó un chillido.

—Está aquel crío tomte de las Cuencas. Podemos realizar los análisis médicos y tenerlo listo para esta noche si nos damos prisa. —En medio de un remolino de trajes, sedas y maletines, desaparecieron. Se llevaron la hoz con ellos.

Peter se sentó y enterró la cabeza en las manos.

—¿Qué voy a hacer? —se lamentó—. ¿Qué puedo hacer?

Jane estaba demasiado resacosa como para servir de mucha ayuda. Tenía que ir al baño y sospechaba que iba a vomitar. Pero hizo todo lo posible.

—Mira —dijo—. Lo hecho, hecho está. Anoche es historia, y no hay forma de volver atrás. Tendremos que sacarle todo el partido que podamos a esta situación, ¿vale?

—Oh, Jane, siento muchísimo haberte metido en este lío. He sido un capullo. Todo es culpa mía —dijo desconsoladamente. Habría tenido gracia si la cosa no fuera tan seria.

—Hey, míralo por el lado bueno. Por lo menos todavía tienes tu —estuvo a punto de decir «picha» pero consiguió torcer la frase— ser intacto. Ahora no tendrás que ir por la vida como un eunuco sagrado. Eso bien vale un poco de infelicidad temporal, ¿no?

—Sí —dijo sin convencimiento Peter—. Claro.

La tarde era gris e interminable. Peter, que había vivido incontables resacas de Gwen, le dio algunas vitaminas y se aseguró de que bebiera mucha agua. Estaba deprimido y poco comunicativo, y Jane sabía que debería estar animándolo y haciéndole mimos, pero la verdad era que ella misma se sentía irascible. Era todo un triunfo el que consiguiera no empeorar las cosas.

A fin de mantenerse ocupada se dispuso a limpiar el apartamento de cualquier traza de su antigua visitante. No fue fácil. Gwen se había dejado un asombroso número de pertenencias, y todas ellas odiaban a Jane. Las horquillas para el pelo se le escurrían entre los dedos. El secador soltaba chispas y chasquidos si se acercaba a él. La bufanda de seda que había robado hacía tanto tiempo se le enroscó al cuello y tuvieron que hacerla pedazos. Por fortuna era débil, pues realmente se proponía estrangularla. Lo tiró todo al contenedor que había en el callejón de la parte de atrás.

En un momento dado, cuando Peter estaba en la ducha, Jane cogió a la Madre y ensayó las rítmicas palmadas. Todos los días, le había dicho Peg, sin excepción. Al anochecer los dos se habían recuperado lo suficiente como para comer algunos alimentos de microondas, y Jane se ofreció voluntaria a salir a comprar vino.

Mientras regresaba corriendo al apartamento con la jarra nueva, Jane sufrió el acoso de la repetida imagen de Gwen ardiendo en una pared de televisores que ocupaba el escaparate de una tienda de electrodomésticos: Gwen sobre Gwen sobre Gwen retorciéndose al unísono con las llamas. Parecía que fuera algo que estuviese ocurriendo en otro mundo. La calle vacía, la acera de cemento, la luna de cristal cilindrado; todo negaba la realidad de Gwen.

Jane estaba paralizada. Las pantallas de televisión se disolvían en su vista borrosa, elevándose como esbeltas velas azules para a continuación romperse en tríadas de motas rojas, verdes y azules. Por un fugaz instante el aire se llenó de puntos fosforescentes. Se sintió caer mareada en la retransmisión.

Parpadeó para enjugarse las lágrimas.

Las pantallas recuperaron su resolución. El fuego de Gwen bullía de escenas subliminales de horror, destellos de prisioneros en furgones, cuerpos mutilados, niños en llamas, como si sufrir fuera una constante universal, un lacónico alegato de la existencia y nada más.

Con las manos atadas a la espalda, Gwen se estremecía, como si intentara mudar la crisálida de su cuerpo. Sus hombros se movían enloquecidos. Tenía la

boca abierta en un grito inacabable. Una llamita azul ardía en su lengua. El humo emanaba de ella como alas.

Algo salió borbotando de las ventanas de su nariz.

Horrorizada, Jane trastabilló hacia delante, sintiendo el cosquilleo de la hierba seca bajo sus pies. La retransmisión era cualquier cosa menos muda. Lo único que podía oír era el fuego en sí, el crujido de las chispas y el rugir del aire caliente. Gwen no emitía ningún sonido. Jane dio gracias por ello... las imágenes, el olor dulzón de la carne como cerdo quemado y el espantoso sabor en el fondo de su boca ya eran bastante malos.

También la multitud estaba extraordinariamente callada. Podía sentir su sed de sangre amalgamada en los graderíos a su espalda y a ambos lados, como el amenazador escrutinio de otros tantos monstruos de mil cabezas. Pero no se giró para mirar. No podía. Era incapaz de apartar la vista del tormento de su amiga.

El vestido de Gwen se había consumido por entero, sus restos calcinados eran indistinguibles de su piel, y aun así vivía. Motas negras se desprendían de ella. Un copo de hollín grasiento bajó flotando hasta Jane y le picó la mano. Lo apartó de un manotazo. Sentía algo raro en el pie. Miró hacia abajo y vio que había pisado una masa desechada de algodón de azúcar de color rosa. Por acto reflejo, se agachó para quitárselo del zapato tirando de su cucurucho de papel aplastado.

Al levantar la cabeza, Gwen estaba mirándola directamente.

La mayor parte de la jaula de mimbre se había consumido y caído a pedazos, pero a ella la sostenía derecha el armazón de aleaciones de gran rendimiento que sostenía la estructura. El fuego la había dejado irreconocible, un objeto de agonía y huesos negros. Sólo sus ojos estaban vivos. Observaban desde el corazón del dolor y parecían conocer algo horrendo, simple y auténtico que deseaban compartir con ella.

Apuntaban directamente al núcleo del ser de Jane.

—¡No! —Jane se cubrió los ojos con el brazo y se llevó un fuerte golpe en los nudillos cuando éstos chocaron con la luna de cristal cilindrado. Se descubrió aferrando la jarra de vino contra su pecho con un solo brazo. Por fin Gwen había dejado de moverse.

Cuando Jane apartó la mirada, el aire estaba oscuro. Se había apagado una luz en el mundo.

De vuelta al apartamento, descubrió que Peter había puesto la tele y

estaba contemplando, sin pestañear, a una figurita vestida de lamé dorado. La hoz centelleó en medio de un tronar de aplausos, y algo pequeño y oscuro fue a parar a las ascuas. Unas manos se extendieron para sostener el cuerpo que se caía.

Jane apagó el televisor.

—Toma un poco de vino —le dijo—. Hará que te sientas mejor.

Tras beber algo, empezaron a elaborar algunos planes tentativos. Peter había recibido una oferta de un taller de la localidad para cubrir una plaza de mecánico. Jane podía conseguir trabajo en el centro comercial. Significaría tener que dejar de robar, pero estaba dispuesta a hacer ese sacrificio. El apartamento estaría bien por ahora, pero cuando tuvieran un poco de dinero ahorrado se mudarían a un lugar más agradable.

—No lamento que haya ocurrido todo esto —dijo Peter—. Creo que seremos buenos el uno para el otro. —Levantó las manos de Jane y le besó delicadamente los nudillos, uno por uno.

Después hicieron el amor por segunda vez. Jane no lo disfrutó realmente porque a pesar de toda el agua que había bebido seguía sintiendo una ligera resaca. Pero supuso que era como el vino; ya le cogería el gusto.

Tras la consumación se quedaron sentados en la cama, fantaseando sobre su futuro juntos y bebiendo más vino.

—Ahora debemos contárnoslo todo siempre —dijo Jane—. Nuestros pensamientos, nuestros sentimientos más íntimos, todo. Tenemos que decirnos siempre la más estricta verdad. Porque eso es lo que significa estar enamorados, ¿verdad?

—Sí —respondió Peter—. Exacto.

Jane tuvo cuidado de no beber tanto como la noche anterior. Pero a la larga el cansancio pudo con ella. Se le cerraron los ojos y se quedó dormida. Al despertar estaba oscuro. La jarra estaba vacía y Peter se había ido.

Peter no estaba en la escuela. Jane caminó dos veces alrededor de las cenizas en el campo de fútbol, luego se dirigió a la parte de atrás de las gradas y lo llamó en voz baja. Las sombras se agitaron.

Pensó por un instante que lo había encontrado cuando descubrió que la puerta que había junto a la zona de carga y descarga del taller no estaba cerrada con llave. Pero Peter no estaba dentro. Se convenció de que había pasado por allí, no obstante, porque el taller de reparaciones estaba vacío: se había llevado a

Zuzón.

—Sigue la carretera que sale de la ciudad —susurró una voz.

Jane giró sobre sus talones.

—¿Quién anda ahí?

No hubo respuesta.

—¡Quién anda ahí!

Sus palabras rebotaron en la pared del fondo.

Al final no le quedó otra opción más que hacer caso a la voz, seguir la carretera principal en dirección contraria al colegio, dejar atrás la vía de los milagros y adentrarse en las oscuras estribaciones que colindaban con la ciudad.

Una hora más tarde, encontró a Zuzón.

Estaba tendido en el barro de una zanja, con una pata rota, su armazón visiblemente torcido. Había una luz moribunda en el ojo que giró hacia ella. Se estaba quedando sin batería.

—¿Niña?

—Oh, Zuzón. —Se abrazó a su cuello y empezó a llorar. Toda la incertidumbre y el miedo por Peter y ella brotaron asimismo con aquellas lágrimas, sus sentimientos de culpa por Gwen, todas las emociones entreveradas que eran su vida.

—Bah, no te pongas así —gruñó Zuzón—. No soy más que un viejo jamelgo al que ya no le queda mucho a lo que aspirar. —Soltó una risita oxidada, atragantada—. Para ser honesto nunca pensé que volvería a salir de ese puto taller de reparaciones... Ese muchacho, Peter, se sentía orgulloso de mí, sí. Me sacó y me dejó correr.

—Te remendaremos —le prometió Jane.

—Chorradas. Ya no soy más que un montón de chatarra. Pero ha sido un viaje de la hostia, chiquilla, un viaje de la hostia. Hemos quemado la carretera. No me arrepiento de nada. Mierda.

Una persona mejor, Jane estaba segura, hubiera sido capaz de refrenarse, de dedicar el tiempo necesario a consolar a un viejo amigo en la muerte antes de volver a ocuparse de sus propios asuntos. Pero por mucho que lo intentó no pudo. Sintiéndose espantosamente mal, preguntó:

—¿Dónde está Peter?

Zuzón soltó una risita. Sonó como una plancha de metal que se desgarrara.

—La última vez que lo vi, el chaval estaba subiendo la cuesta. —La llamó

mientras se iba—: Dale un beso de mi parte, niña. Se lo ha ganado.

Peter se había ahorcado.

Su cuerpo esbelto colgaba de la rama baja de un olmo cerca de lo alto de la pendiente. Costaba verlo al principio, pero al remontar la ladera el suelo, los árboles y el cielo se definieron en tres tonos distintos de gris, con el cadáver de Peter suspendido en el centro. Una tenue brisa lo mecía de forma casi imperceptible... más débil y el movimiento hubiera sido indetectable. Sus pies eran una brújula en lenta rotación, cuarteando la noche.

Jane se detuvo en medio de la cuesta, inmersa en la parte más oscura de la noche, remisa a marcharse e incapaz de soportar la idea de seguir acercándose. Debatiéndose entre impulsos enfrentados, no podía rendirse a uno ni a otro y al final sencillamente no se movió.

Alrededor de medianoche salió la luna, y poco después se produjo una ligera agitación en el centro de la frente de Peter. Lentamente apareció y se ensanchó allí una fina grieta negra. Su rostro se partió como papel quebradizo.

Algo oscuro salió reptando de la rendija. Extendió unas alas húmedas, palpitó y levantó el vuelo. Brotaron más motas oscuras del cráneo de Peter, una a una, de tres en tres y hasta de cinco en cinco al final, deteniéndose por un instante antes de echar a volar. Se formó un fino reguero, se espesó, se alejó.

Era un enjambre de avispas.

—Ven. —Una mano pequeña, una mano infantil, tomó la suya y la condujo lejos de allí.

Había recorrido un gran trecho por la carretera cuando se le ocurrió mirar a un lado y ver quién la guiaba. Entonces, al hacerlo, lo que vio fue tan inesperado que le costó dar crédito a sus embotados sentidos.

Era el chico sombra.

Habían pasado demasiadas cosas; no podía responder. Caminaron, sin decir nada. Los kilómetros se sucedieron. Al llegar al patio de la escuela el chico sombra la soltó y le dijo:

—He venido a despedirme. —Sonrió con tristeza—. No puedo seguir ayudándote. Han renunciado a encontrarte, y el ladrón de niños ha recibido otro encargo. Volveré a la fábrica.

—La fábrica —repitió Jane. Era difícil pensar en la fábrica. Intentó encontrar algo apropiado que decir—. ¿Cómo están todos por allí?

—Igual que siempre. Nunca cambia nada. —La voz del chico sombra era melancólica—. No puede. —Fluctuó y desapareció.

—¡Espera! —gritó Jane—. ¿Eras... tú el que estaba siempre en la sombra?

A su espalda, el chico sombra dijo:

—El ladrón de niños me trajo aquí para que le ayudara a encontrarte. Como si fuera un sabueso, ya sabes. —Jane giró en redondo y atisbó una fracción de su tímida sonrisa—. Tiene menos control sobre mí del que pensaba. Yo no podía hacer gran cosa. Pero te he protegido lo mejor que he podido. ¿El Día del Solsticio de Verano, la hoguera? Fui yo el que buscó a tu profesor cuando te agredieron. Cosas así.

—¿Hiciste eso? ¿Por qué querrías tomarte tantas molestias por mí?

—Soy tu amigo. —Un roce suave, frágil, de su mano—. Los amigos se ayudan.

Jane se volvió para corresponder a su toque con un abrazo, pero allí no había nada. La sensación de presencia fantasma que llevaba meses acosándola había desaparecido.

Despacio, fatigada, Jane encaminó sus pasos de regreso al vertedero.

El dragón se había ido.

Presa de la incredulidad, Jane deambuló por el espacio que había ocupado. La luna baja proporcionaba la iluminación suficiente para ver que allí no había nada salvo tierra removida.

También los meryons se habían esfumado, sus edificios a oscuras y abandonados. Jane cruzó sus perímetros con paso tambaleante y nadie intentó detenerla. Aplastó un cobertizo y no la atacaron. Se encontró un pulcro montoncito de mantas y ropas, pósters enrollados, libros de texto, cepillos y peines, la suma total de las riquezas que había conseguido amasar desde su huida de la fábrica. Soltó un chillido.

—¡Mis cosas! ¡Has dejado todas mis cosas en la calle!

Sin importarle las consecuencias, invocó a Melanchthon con toda su voluntad, aullando su nombre verdadero por todo el vertedero y vociferando el catálogo de códigos que había memorizado tanto tiempo atrás para que todos lo oyeran.

Una voz respondió bajo tierra.

Vete. Ya no eres necesaria.

Su voz era más poderosa que nunca. Hizo que el cráneo de Jane vibrara y le estremeció los dientes.

—Hicimos un trato —le recordó—. Se supone que debes protegerme.

¿Y quién fue la primera en romper el pacto? ¿Eh, virgencita?

Su desdén le abrasó la cara y le dejó pequeñas ampollas en la nariz y las mejillas. Soltó un grito de dolor. Pero ya no podía controlarse.

—¡Bastardo! ¡Planeaste todo esto, lo has organizado todo, es todo obra tuya, lo sé! ¡Te voy a arrancar todos los cables... te desmantelaré con mis propias manos!

Un tubo sobresalió del suelo, justo a sus pies, y se elevó traqueteando, buscando ferozmente el cielo. Jane se apartó de un salto. A su lado, una torre de acero erupcionó de la tierra, buscando la luna, esparciendo tierra.

—¡Para! —gritó Jane. Pero todo a su alrededor estaban brotando estructuras metálicas, formando láminas y muros cromados, chocando y ensamblándose unas con otras, ocultando el horizonte y eclipsando las estrellas y las nubes. Un mamparo de hierro se curvó sobre su cabeza, formando entre tañidos una pared con ranuras, y entonces cesó todo el movimiento.

Jane estaba encerrada en una ciudad de acero, sin ventanas ni puertas.

—¿Dónde estoy? —chilló horrorizada.

—La ubicación es un concepto ilusorio. —La voz procedía de un pasillo a su lado. Se dio la vuelta y vio a un guerrero acercándose, apuesto como un elfo con ropas de camuflaje, una pistola guardada en una funda colgada de su cinturón—. Ésa es una de las primeras cosas que nos enseñó Melanchthon. —La boca del guerrero se movía, pero nada más. Sus ojos eran dos cuentas de carbón. Lo mismo podría ser una máscara parlante.

—Conoces su nombre —dijo inexpresivamente Jane.

—Los dragones no son como las demás criaturas. Conocer su nombre verdadero no le da a uno ningún poder sobre ellos a menos que esté también a sus mandos.

Era cierto. Jane supo que era verdad por la amargura que le produjeron aquellas palabras.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Somos tus sustitutos.

Lo observó más de cerca. Sabía ahora que ese encuentro estaba

produciéndose, no a un nivel físico, sino en algún espacio onírico virtual diseñado por Melanchthon. Estudió los planos simplificados del rostro del guerrero, su expresión lacónica, carente de emoción. Su aprehensión de la escala dio un vuelco brusco y comprendió que en lugar de encontrarse en el pasaje cubierto de una ciudad enorme, su estatura se había reducido y había sido encerrada entre los pistones y engranajes del interior del dragón.

—Eres un meryon.

—Sí. Lo somos. Melanchthon todavía requiere reparaciones, y con tu virginidad has perdido la neutralidad de tu poder. Tus manos ya no son pH neutro. Sus circuitos arderían a tu contacto. No podrías ni abrir una escotilla de acceso sin perturbar el equilibrio de cargas de su interior. Nosotros, sin embargo, nos reproducimos de forma asexual. Hemos desmantelado nuestras industrias y las hemos trasladado al interior del tórax del dragón, a fin de poder dedicarnos por entero a su reparación y mantenimiento. —Indicó un largo pasillo donde unas minúsculas luces de servicio refulgían sobre superficies de cobre, acero y molibdeno. A lo lejos se movían decididamente diminutas figuras—. Mira el trabajo que hemos hecho ya.

—¿Qué os reporta este acuerdo?

—Refugio —dijo el meryon—. Y trigo suficiente para soportar el invierno.

—No necesitaríais su refugio ni su trigo si él no lo hubiera dispuesto. Ha manipulado vuestra cultura, os ha engañado para que no cultivarais el alimento suficiente, y os ha vuelto dependientes del carbón y la conquista por la supervivencia, cuando sabía desde el principio que eso os conduciría al borde de la inanición.

—Los fuertes se aprovechan de los débiles —dijo el meryon—. ¿Por qué debería molestar esto a nadie? Es un sistema.

Jane lo vio entonces. Melanchthon, al no necesitarla más, la había incitado y manipulado para que perdiera su virginidad. Hecho esto, su pacto quedaba anulado y él era libre de ignorar incluso la necesidad de mantener su palabra.

—Todavía podría enfrentarme a él, sabes. —Se sentía agotada e inútil—. Aquí y ahora. Conozco su cableado de memoria... podría provocar graves daños.

—Sí, pero, ¿podrías vencer?

Ambos conocían la respuesta a esa pregunta.

Las paredes de metal se disolvieron, y con ellas también el meryon. El olor del vertedero volvió a inundar el olfato de Jane, y se vio de pie junto a su

pila de ropa. Se acuclilló para recoger un puñado de las mejores prendas. Estaba tan cansada. Tenía que haber algún sitio donde pudiera cobijarse.

Aquella noche Jane durmió en una caja de madera al borde del vertedero. Por la mañana se arrastró afuera, magullada y dolorida. Se levantó y miró en rededor.

Por encima de los árboles, hacia el oeste, torres feéricas se fundían con el cielo gris. Los rascacielos habían convergido en una muralla silueteada. Una neblina mágica flotaba sobre la Ciudad.

Parecía enferma de posibilidades.

12

Los experimentos de Sirin siempre salían bien.

Eso era lo que fastidiaba a Jane. Podían construir ensamblajes de retortas y tubos de cristal idénticos, calentarlos con mecheros Bunsen conectados a la misma válvula, con las llamas ajustadas a la misma altura y color, medir porciones de sal amoniacal e hígado de sapo exangüe de las mismas garrafas, con sus pesos idénticos hasta el último gramo, y por la mañana el alambique de Sirin contendría un aceite esencial azul con un espíritu de luz bailando en sus profundidades y el de Jane una placa de mugre carbonizada. Tenía que pagar por cada recipiente estropeado de forma irreparable, por lo que a continuación tocaban quince minutos de franco y fútil frotar en el fregadero antes de que el chisme terminara por explotarle dichosamente en las manos. Cualquiera diría que siempre tenía los dedos cubiertos de manchas y vendas, mientras que los de Sirin eran largos, delgados, y blancos como la leche.

No era justo.

Frustrada, salió del laboratorio Alk-200 y se dejó transportar por las corrientes de estudiantes. El pasillo resonaba con el repiqueteo de cascos y tacones. Todo el mundo tenía prisa, caminando apresuradamente, girando de repente para colarse en un aula, apareciendo de improviso por corredores laterales no más anchos que una puerta. Parecían estar entrando y saliendo constantemente de este plano de la existencia. La mitad del tráfico que arrastraba a Jane se vertió de pronto por una amplia escalera de mármol, y bajó con ellos. Tres pisos descendió así, y llegó a la sala de disección justo cuando sonaba el timbre.

Mona estaba de un humor magnánimo y le había reservado un asiento junto a la barandilla. Jane le dio las gracias con un cabeceo mientras Mona levantaba su pila de libros. Anatomía Comparada y Especulativa era una de las clases preferidas de Jane. Esperaba ansiosa el próximo semestre, cuando tendría la posibilidad de practicar alguna disección con sus propias manos.

—¿Seguimos todavía con el centauro? —susurró.

—No, me parece que por fin se pudrió. —Mona se rió por lo bajo, se

quitó un zapato y se tiró de una trenza—. A juzgar por el modelo, creo que finalmente vamos a ver trocear algo guapo.

—Ya era hora.

Los alumnos se acomodaban en el estrecho palco con forma de herradura, una brillante ondulación de picos y alas de murciélago, cuernos, cabezas de chacal, pañuelos y crines. Abajo, el modelo ocupaba su sitio junto a la mesa de disección cubierta por una sábana. Era un joven hada bien formado, vestido con una bata verde oliva proporcionada por el Departamento. Tenía el cabello largo y lustroso y la mirada altanera —estaba escudriñando desapasionadamente a su público— y cuando sus ojos se cruzaron con los de Jane ésta se estremeció de forma involuntaria, como si alguien le hubiera pasado un trozo de hielo por la nuca.

La Cirujana entró en el anfiteatro con paso decidido. Con un trapaleo amortiguado, todos se pusieron en pie. Solemne e imponente vestida de negro, la mujer contempló el cadáver, con las manos recogidas, como una sacerdotisa frente al altar. Cuando la clase hubo retomado sus asientos, la Cirujana asintió a ambos lados. Un auxiliar docente retiró la sábana de golpe. El modelo dejó la bata a un lado y se quedó desnudo junto a la mesa de disección.

Mona entornó los ojos. Escribió un «18» enorme en lo alto de su tablilla amarilla. Una nixie que tenía al lado alargó el brazo para garabatear «¡16,5 como mucho!» junto al 18 y subrayó tres veces el "mucho".

Mona hundió la barbilla para contener la risa.

—... la incidencia y frecuencia de los órganos secundarios —estaba diciendo la Cirujana—, la vesícula biliar, las glándulas suprarrenales, y en particular los riñones. —Señaló el cadáver, un gris gemelo del joven hada que tenía a su lado—. La cavidad abdominal se ha abierto parcialmente por medio de una incisión transversal y otra vertical más abajo. Continuaré ahora con la operación practicando una segunda incisión vertical y abriendo la cavidad peritoneal.

Unas manos del color de la porcelana descendieron flotando suavemente para efectuar el primer corte. Tiraron un invisible pedazo de tejido al suelo como ofrenda para la Diosa.

Un codo se clavó en las costillas de Jane. Al mirar de soslayo vio que Mona había llenado su tablilla con una meticulosa reproducción de los genitales del modelo. Frunció el ceño y meneó la cabeza.

Esto era serio, maldita sea.

Al término de la clase Jane tenía la mano agarrotada y dolorida de tomar notas, y el dibujo de Mona estaba rodeado de una imbricada malla de penes más pequeños en distintos estados de erección. La Cirujana soltó su escalpelo y,

con la más sutil de las reverencias, se retiró del anfiteatro. El aire se iluminó. Los estudiantes comenzaron a levantarse, conversar, recoger sus libros. El modelo se puso su bata.

—Oh, hey —dijo Jane—. ¿Has acabado con mi *Escalpelo?*

—¿El manual de disección? —preguntó Mona sin darle importancia—. Me lo comí.

—¿Te lo qué?

—Me lo comí. ¿Para qué iba a quererlo si no? Tenía hambre y me lo comí.

—Pero me hace falta para clase.

—Entonces no deberías habérmelo dado. —Los ojillos brillantes de Mona rutilaron extrañamente, con malicia, en su cara redonda—. De verdad, Jane, qué espesita eres a veces. —Con una repentina voltereta hacia atrás desapareció por la puerta.

Jane apretó los puños. Aunque lo cierto es que no era más de lo que había aprendido a esperar. Las compañeras de cuarto siempre estaban comiéndose tus libros, teniendo crisis de ansiedad, adoptando ratas y barros carnívoros que luego esperaban que tú alimentaras, emborrachándose y vomitando en tus mejores vestidos, metiéndose en el armario y negándose a salir durante meses, amenazando con suicidarse en vísperas de los exámenes, dejando montañas de hojas podridas en mitad del cuarto, entreteniendo a sus novios en tu cama porque estaba hecha y la suya no, evolucionando en enormes insectos chupadores de sangre. En realidad Mona no era la peor de su especie.

En fin, siempre podía afanar otro manual.

Tomó un ascensor expreso en el que subió ocho plantas hasta la librería de la universidad. A lo largo del último año Jane había llegado a conocer bien la distribución, naturaleza y ubicación de sus sistemas antirrobo y la identidad del polizonte de paisano a tiempo parcial. La seguridad era estricta cerca de las cajas registradoras. Pero había una salida de emergencia en la parte de atrás de la tienda, oculta a las cámaras por las atestadas estanterías del fondo. Abrirla dispararía automáticamente una alarma, pero eso no debería suponer demasiados problemas.

Jane cogió un *Escalpelo* nuevo y trazó una ruta indirecta hacia la salida. Por suerte había tenido la previsión de recorrer los pasillos traseros recientemente y romper la cerradura de la puerta de una escalera cercana. Estaba casi segura de que podría bajar un piso antes de que el detective llegara a la puerta, y doblar una esquina para cuando él alcanzara la escalera. Había un elemento de riesgo, pero era un método que no había utilizado nunca y estaba ansiosa por ponerlo a prueba.

Inspiró hondo y apoyó una mano en la barra de seguridad.

La traspasó de repente una repentina inquietud, una pesada oleada de *gravitas* que le revolvió el estómago y le dejó un sabor amargo en la boca.

Unas garras de hierro se cerraron sobre su hombro.

—Señorita Flordaliso.

Era la doctora Némesis.

—¡Señora! —Consternada, levantó la vista hacia el rostro de su consejera. Las gafas de la doctora se apoyaban hacia el final de su pico, dos discos luminosos bajo un par dolorosamente débil de acuosos ojillos rosados. Producía el efecto de ser observada por dos criaturas distintas, una de las cuales inspiraba lástima y la otra miedo.

—He estado revisando sus informes de laboratorio, señorita Flordaliso. —La doctora Némesis se colgó de su brazo y la condujo hacia el frente de la tienda—. Son, si me permite la confianza, decepcionantes, sobre todo tratándose de una estudiante de su potencial.

—He tenido problemas con el hidrofito...

—Precisamente. —Salieron por la puerta principal. Distraídamente, Jane se dio cuenta de que, al abrigo del campo magnético de la dignidad de la doctora Némesis, habían sorteado el sistema de seguridad sin ningún esfuerzo. Lo que a ella le hubiera costado cálculo, atrevimiento y riesgo, su consejera lo había logrado sin percatarse siquiera.

Acompañó a Jane hasta uno de los ascensores del profesorado y conectó los controles. El interior era cálido y acogedor como una tarde de verano, con los paneles de nogal bruñidos hasta conferirles un lustre cristalino. Las puertas se cerraron sin hacer ruido. Subieron en silencio. Jane podía ver su reflejo atenuado en la madera, con su consejera cernida sobre ella como una nube de tormenta.

—Seguro que entiende que me preocupe por usted.

—Bueno... —En realidad Jane no lo entendía, pero aquella doble mirada la perforó, esperando una respuesta inteligente—. Estoy aquí gracias a una beca por méritos, por lo que supongo...

—¡No! —La doctora Némesis estampó el pie contra el suelo con impaciencia. Como si respondiera a su señal, la puerta del ascensor se abrió. Condujo a Jane afuera. Ahora estaban en una planta de oficinas. Las paredes estaban decoradas con grandes óleos sin marco de paraguas y costillares de vaca. El tapizado de los pasillos olía a nuevo.

—¡No hablo de simple dinero, sino de su misma supervivencia! Éste es

un año de Diezmo, seguro que eso ya lo sabe. —Jane asintió, queriendo decir que no—. En estos momentos los jefes de departamento están confeccionando la lista de ese diez por ciento de los alumnos que son... prescindibles. Su nombre, señorita Flordaliso, aparecerá en esa lista a menos que se enderece y remonte el vuelo. —La fulminó con la mirada: débilmente, con severidad.

—Me estoy perdiendo algo —se apresuró a reponer Jane—. Debe de ser algo elemental, algo básico. Si pudiera entenderlo, si pudiera ver qué es, estoy segura de que podría evitar el quedarme atrás.

—Creo que la ayudaría, señorita Flordaliso, si le dijera que hubo un tiempo en que yo misma no era sino una investigadora indiferente. Oh, sí. Hasta yo. —La doctora Némesis sonrió vanidosamente—. Perezosa, desorganizada, insolente... carecía de todas las virtudes que debe poseer una auxiliar docente.

—Me pregunto si no podría ser el agua póntica...

—Lo que me puso en el buen camino fue un incidente en particular. Mi consejero, ni más ni menos que el mismísimo brujo Bongay, mire usted, había recibido dinero de la Fundación del Hombre Astado para crear una máquina adivinatoria con forma de cabeza de bronce. Esto fue, compréndalo, muy al comienzo de la historia de la cibernética. Por aquel entonces todo se hacía con tubos de vacío.

—Mi técnica no. Siempre he tenido cuidado.

—Nos habíamos instalado con todo nuestro equipo en una pista de balonmano abandonada. Allí nos pasamos casi todo un año, coqueteando con la gloria sin alcanzarla nunca. El último mes de nuestra subvención, la Fundación imponía serias penas por fracasar, literalmente nos mudamos al laboratorio. Durante tres semanas seguidas construimos, desmontamos y reconstruimos aquella monstruosidad. Pasábamos las noches en vela, todas las noches, hasta bien entrada la mañana. Dormíamos en catres y subsistíamos a base de comida a domicilio, desayunando pizza fría, cenando panecillos de huevo duro y rosquillas de chocolate a medianoche. Perdí la cuenta de las veces que formateamos a aquella criatura, conseguimos que abriera los ojos y la convencimos para que moviera la boca, pero en vano. Se negaba a hablar.

»Tras un fracaso particularmente exasperante, Bongay declaró estar muy necesitado de sueño y arrastró los pies hasta su catre. Me dejó despierta, no obstante, con serias advertencias de que observara la cabeza y lo despertara de inmediato si cobraba vida.

»También yo estaba rendida de cansancio, pero me quedé soldando de nuevo algunos circuitos. Los tubos de vacío eran un asunto delicado. Te sorprendería la cantidad de problemas que se podían resolver sencillamente

quitando un circuito manifiestamente completo y sustituyéndolo por su gemelo.

»No había transcurrido ni media hora cuando los ojos de la cabeza se abrieron de golpe.

»*Es el momento,* dijo.

»Solté el soldador. Si le digo la verdad, no estaba segura de que hubiera hablado realmente, puesto que los ojos se cerraron con un chasquido nada más acabar, y aquel egregio semblante de bronce estaba quieto como una tumba. A lo mejor había soñado despierta. Pero me habían dado órdenes; me acerqué al brujo Bongay y le apoyé una mano en el hombro para despertarlo. Sólo que entonces se dio la vuelta, la manta resbaló y vi la tremenda erección que tenía en su sueño.

»Bongay tenía la costumbre, ya ve, de satisfacer sus impulsos conforme surgían. Decía que así aguzaba el ingenio. Yo era la primera auxiliar de laboratorio femenina que había empleado jamás, pero sabía por experiencia que requeriría de mí ciertos favores que ya se había acostumbrado a recibir de los jóvenes estudiantes de graduación masculinos. —Enarcó significativamente una ceja.

—¿Se refiere...? —dijo Jane, sin saber muy bien a qué se refería.

—Exacto. Yo tenía las almorranas encendidas. La mera idea de tener que acceder a sus deseos era intolerable. De modo que decidí que debía de haberme confundido. Pasó una hora. La cabeza abrió los ojos otra vez. De nuevo, dijo:

»*Era el momento.*

»Esta vez estaba convencida de que la *cabeza* había hablado. Pero ahora... aparte de mi perfectamente comprensible renuencia a despertar al brujo... sabía que había cometido un error imperdonable al no despertarlo la primera vez. Si lo hacía ahora, sin duda me castigaría por no haberlo hecho antes. Estaba en un aprieto. Me quedé sin saber qué hacer toda una hora, al final de la cual la cabeza habló por tercera y última vez.

»*El momento ha pasado,* dijo.

»Puso los ojos en blanco y empezó a oler a quemado. Emanaba calor de la cabeza de bronce, cada vez más, hasta que el metal empezó a brillar. Solté un grito y Bongay se despertó.

»¿Es consciente?, preguntó. Debo hablar con ella. Hay cosas que debo explicar antes...

»Entonces vio cómo brillaba la cabeza y cómo la soldadura se derretía en pequeños regueros por las juntas de su cuello y con ella el oro y la plata de sus circuitos. El propio brujo Bongay se puso a chillar, con tanta rabia que salí

corriendo por temor a su cólera.

Se rió.

—Aquel incidente le costó el puesto, y también la vida. Aquello ocurrió hacia el final del año fiscal, y la universidad había confiado en aquella subvención. Todos los implicados en aquel fiasco fueron ejecutados por orden de Tesorería.

—¿Cómo sobrevivió usted?

—Les hacía falta alguien que redactara el informe final. *El brujo Bongay, su cabeza de bronce y temible condena: Lecciones aprendidas a tiempo*. Es posible que lo hayas leído. El caso es que aquel fue el incidente que me abrió los ojos. Nunca jamás volví a ser tan descuidada en mis funciones. ¡Atención, señorita Flordaliso! ¡Ésa ha de ser nuestra consigna... atención!

—Seguro que puedo ponerme al día. Con que tuviera un pequeño indicio de qué estoy haciendo mal...

—Bien, bien —dijo Némesis—. Sabía que nuestra pequeña conversación serviría de algo. Recuerde tan sólo que todos tenemos que poner de nuestra parte. No se pueden mostrar favoritismos. A fin de retenerla a usted, tendremos que dejar que se pierda algún otro alumno digno. Sobrevivir al Diezmo, por erudito que se sea, es un privilegio, no un derecho.

Habían llegado a su despacho. Abrió la cerradura, entró y se dio la vuelta.

—Y no olvide que mi puerta siempre está abierta.

La cerró en las narices de Jane.

El ascensor para no licenciados que unía los pisos de las aulas con las tres plantas colectivamente designadas la Residencia de Lady Habundia para Estudiantes Femeninas estaba abarrotado de decenas de universitarios que conversaban animadamente, la mitad de ellos con bicicletas. Eran un puñado de irreverentes, la mayoría de ellos, que dilapidaban su educación donde ella intentaba sacar el máximo provecho a la suya. Por otra parte, era innegable que se lo pasaban en grande y ella, por lo general, no.

Alguien puso en marcha un estéreo portátil. Los moteros empezaron a bailar al compás de flautas élficas y sintetizadores. Dos frondios con el rostro enjuto como galgos, seguramente estudiantes de artes escenográficas, iniciaron un combate con espadas coreografiado, dando vueltas y patadas, saltando y parando golpes de sables imaginarios. En una esquina varios willies habían

formado un grupo de estudio. Los cuadernos de notas pasaban de mano en mano.

La operadora del ascensor era una mujer patata, con la cara marrón tan torcida y bulbosa que al fruncir el ceño se le perdía la frente en contornos montañosos. Abrió las puertas al vestíbulo de los dormitorios, y las habundias salieron disparadas, entre risitas. Los dos duelistas se pusieron en cuclillas en medio de ellas intentando pasar también.

La mujer patata no pensaba consentirlo, sin embargo. Agarró una escoba y cargó con ella sobre la multitud, repartiendo palos a diestra y siniestra, golpeando a los chicos en la cabeza y los brazos hasta que voló la sangre.

Era un tornado que arrastró a los dos hasta el ascensor entre maldiciones. Con un cacareo triunfal cerró las puertas de golpe.

Jane se dirigió a su cuarto y dejó los libros encima de la cama. Mona no estaba, como de costumbre, pero a esta hora de la tarde siempre había un montón de chicas reunidas en el balcón, jugando a las cartas y cuchicheando. Jane se sentó delante de su escritorio, decidida a dedicar una hora a los estudios antes de juntarse con ellas.

Abrió su Petrus Bonus y leyó: «Algo aproximadamente análogo a la generación de alquimia se observa en los mundos animal, vegetal, mineral y elemental. La naturaleza crea ranas en las nubes, bien mediante la putrefacción del polvo humedecido por la lluvia, bien mediante la eliminación definitiva de sustancias afines. Avicena nos dice...». Bostezó, perdió el renglón, volvió a encontrarlo. «... nos dice que un becerro fue engendrado en las nubes en medio de truenos, y que llegó a la tierra en estado de estupefacción. La descomposición de un basilisco genera escorpiones.» Casi todo esto era una mera difusión de ejemplos, el establecimiento de una autoridad por medio de una avalancha de datos. Pero resultaba imposible saber cuándo podría aparecer un concepto clave entre tantas páginas de escoria, así que tenía que leérselo todo. «En el cuerpo muerto de un ternero se generan abejas, avispas en el cadáver de un asno, escarabajos en la carne de un caballo, y langostas en la de una mula.» Paseó la vista por varios ejemplos más. «La misma ley se aplica en el mundo mineral, si bien no hasta ese punto.»

Jane cerró el libro de golpe y se apartó de la mesa. Estas palabras eran demasiado aburridas. No se podía concentrar. Tenía que haber entregado su piedra hacía dos semanas y no creía que fueran a concederle otra prórroga. Peor aún, en algún momento estaba segura de que se había perdido algún concepto básico, porque con cada clase podía sentir cuán constante e inevitablemente se rezagaba su comprensión. Si no conseguía ponerse al día enseguida, no lo conseguiría jamás.

Necesitaba un trago.

Una puesta de sol preciosa embadurnaba el horizonte, visible en los finos resquicios que separaban los edificios de la Gran Ciudad Gris, arrancando destellos de oro a las ventanas hacia el este. Allí estaba Sirin, con los pies encima de la balaustrada, exhibiendo sus largas piernas perfectas, y Corvina, Nant, y Jenny Dientesverdes también con una caja casi llena de San Rana a los pies.

Jenny estaba tirando cerveza a los grifos. Amartilló el brazo y arrojó una lata sin abrir todo lo lejos que pudo. Capturó el sol y rutiló mientras caía girando hacia la calle invisible.

Entre chillidos de desesperación, tres grifos se lanzaron en picado tras la lata. El vencedor la atrapó con el pico. Con un chirrido de metal desgarrado la lata se abrió de golpe. La cerveza brotó a chorros, siseando. El grifo se quedó planeando, sostenido por sus poderosas alas, mientras masticaba y tragaba.

Los grifos, aunque les encantaba, toleraban muy mal el alcohol. Varias de las criaturas ya estaban tarumba, zigzagueando erráticamente en los cañones entre imponentes torres de pisos de piedra. Uno de ellos evitó por poco estrellarse contra una pasarela que unía dos edificios de la universidad. Jane jadeó.

Jenny se rió, eructó y tiró otra lata.

—Coge una silla —dijo amablemente Sirin—. Estábamos comentando algunas cosas.

Jane se apoyó en la balaustrada, contemplando fijamente las interminables torres escalonadas con sus lomas redondas, como termiteros agigantados por algún encantamiento. Las pasarelas colgantes las unían en una complicada red de relaciones. Motas de verde diseminadas señalaban terrazas y tejados ajardinados. Los edificios estaban diseñados para satisfacer las necesidades de sus habitantes, con cines y tiendas, hospitales, y restaurantes que circundaban sus atrios. Era posible —sobre todo si se era estudiante— pasar semanas enteras sin ver la calle. Mirando fijamente las interminables hileras de ventanas, Jane tuvo una sensación no de anonimato sino de ser una entre millones, singular en una galaxia de singularidades. Se sentía cómoda allí, y no tenía otro lugar en la vida.

—¿Qué cosas?

—Anarquía y justicia social.

—Huevos de grifo.

—Chicos.

Jane abrió una cerveza, derramando un poco de espuma en el suelo. Se apoltronó en una silla vacía. Corvina empujó hacia ella un cuenco de patatas de escarabajo, pero ella negó con la cabeza.

—Me está costando conseguir un hidrofito sófico. No sé dónde está el problema, a lo mejor es que el agua póntica no es pura. —El hidrofito contaba una tercera parte de su nota final, pero tuvo cuidado de mantener un tono de voz despreocupado—. ¿A alguna de vosotras se le ocurre qué debería hacer?

—Estás demasiado tensa —dijo Sirin, sin darle importancia—. Demasiado seria. Demasiado académica. Deberías salir más y echar algún polvo.

—Además, el mundo ya tiene hidrofitos de sobra —añadió Nant. Era una enana negra y estaba demencialmente politizada—. Lo que necesita realmente es un sistema de gobierno que no consista sólo en los fuertes diciéndole a los débiles lo que tienen que hacer. —Hizo la señal del martillo con los antebrazos cruzados, en absoluto burlándose de sí misma.

—Eso no me ayuda, ni lo uno ni lo otro.

—Ya, bueno. —Sirin elevó la mirada hacia el cielo y anunció para el universo en general—: Crisoberila me ha dicho que Billy Bugaboo tiene tres pelotas.

—¡¿Qué?!

—Como si ella lo supiera.

—¡No! ¿Sí?

—Bueno, pronto lo averiguaré —dijo Sirin—. Cris ha prometido organizarme una cita. —Sacó una patata de mariposa de la bolsa de celofán que tenía en el regazo y cerró sobre ella su boca perfecta.

—¡Fijaos en esto! —Jenny Dientesverdes lanzó una lata a un espacio precisamente equidistante entre dos de los grifos que sobrevolaban en círculos. En su precipitación, chocaron el uno con el otro, proyectando una lluvia de plumas. Mientras peleaban, un tercer grifo se abalanzó en picado y atrapó la lata con sus garras. Se alejó planeando, sacudiendo la pata en un inútil esfuerzo por liberarla de la lata.

Todas, Jane incluida, prorrumpieron en sonoras carcajadas.

Nant quería jugar a la canasta pero Corvina insistió en una partida de pinacle, por lo que al final se decantaron por el corazones. Sirin ganó repetidas veces. Jane se quedó con la virgen negra y una escalera inconclusa de corazones en tres ocasiones seguidas.

—No es tu día —observó Sirin.

—No. No lo es.

—Bueno, no sé tú, pero yo me voy a ver qué se cuece fuera del campus. Han abierto un sitio nuevo en Senauden. ¿Alguien se anima?

Nant asintió. Corvina frunció el ceño y meneó la cabeza. Jenny Dientesverdes arrojó impulsivamente el mazo de cartas por el balcón. El viento capturó los naipes, los esparció y se los llevó lejos.

—Me apunto —dijo Jane.

La pasarela que daba a la Torre de Senauden se encontraba dieciocho pisos por debajo de Habundia. La cruzaron y subieron otras treinta y cuatro plantas hasta un nuevo club del que había oído hablar Sirin, llamado El Ahogado. Estaba situado junto a los ascensores centrales y las paredes chapadas en acero gris esmaltado temblaban al paso de los vagones de mayor tamaño.

—Parece un submarino —dijo Jane, echando un vistazo a las tuberías de agua pintadas y la cinta aislante expuesta sobre su cabeza.

—Los submarinos no están tan abarrotados.

—No os quedéis con la boca abierta —dijo Sirin—. A ver si va a pensar todo el mundo que somos estudiantes.

El muro de televisores que había encima de la barra multiplicaba las postrimerías de un bombardeo en Cockaigne. Las imágenes parpadeaban en sobrecogedora sincronización con el martilleo estremecedor de la banda que estaba actuando en el local. Consiguieron una mesa y pidieron algo de beber. Un enano llamado Gwalch el Rojo se dejó caer para tirarle someramente los tejos a Sirin y se quedó discutiendo con Nant.

—Yo también soy jerarquista. Es lo que tiene ser un enano... en el fondo todos somos conservadores. —Se caló un cigarro entre los labios—. Algunos fingen lo contrario. Yo no.

—Oh, no la hagas hablar —dijo Sirin.

Pero Nant picó el anzuelo.

—¡Entonces peor para ti! Los jerarquistas trabajan sólo en beneficio de los que están en la cima. Si estás arriba, adelante. Si estás abajo, afuera contigo. Así son las cosas.

—¿Y? —Centelleó una cerilla. Una sonrisa flotó en la oscuridad—. ¿Qué me importa a mí tu dolor?

—¿Sirin? —Jane se estiró para apretarle la mano a su amiga—. Me tienes

que decir qué estoy haciendo mal con mi experimento.

Sirin se mostró azorada.

—Jane, se supone que tienes que descubrirlo por ti misma. Desentrañarlo forma parte de la experiencia de aprendizaje.

—Pero...

—Es mejor así. En serio.

—También es tu dolor, o debería serlo. A menos que planees ser alto y élfico cuando crezcas.

—Qué mona. No eres la primera de tu clase que me encuentro.

—¿Qué clase es ésa?

—Sirin...

—No quiero hablar de ello. ¡No quiero!

—La clase que se pasa horas hablando de historia enana, pero no soñaría siquiera con salir con uno de su propia especie.

—No te preocupes por eso, hombrecito. Seguro que encuentras a alguien a quien no le importe tu... cortedad.

—Eres toda una zorra, ¿eh? —Gwalch el Rojo tiró su cigarrillo al suelo y lo aplastó con un reluciente zapato italiano—. Me gustan las mujeres así. —Le tendió una mano y Nant la aceptó. Salieron a la pista de baile y desaparecieron en medio de la avalancha de gente.

—A ésa no la volvemos a ver... —empezó Sirin.

El aire crepitó de premonición, y un elfo vestido con un traje de seda joyante se materializó junto a su mesa.

—Señoritas. —Poseía ese tipo de atractivo ensayado que parecía asombroso de frente y menos agradable al mirar para otro lado—. ¿Os importa? —Se deslizó en una silla, extendió un brazo—. Galiagante.

—Sirin.

—Jane.

Cuando le tocó la mano, Galiagante le tomó las puntas de los dedos y se la giró. Se agachó profundamente para besarle la palma con suavidad. Sirin disimuló una sonrisa.

No llevaban mucho tiempo hablando cuando regresó Nant para reclamar su bolso. Gwalch el Rojo estaba esperándola junto a la puerta. Nant lo miró nerviosamente por encima del hombro.

—Vuelvo a los dormitorios.

—Claro —dijo con amabilidad Sirin.

Los tres la vieron alejarse.

—No ha bailado mucho —comentó Jane.

—No la culpo. Este estilo de música no está hecho para bailar. —Cuando Galiagante sonreía, sus pómulos se movían, como si hubiera algo arrastrándose bajo la piel. Tenía los ojos enfebrecidamente brillantes—. Demasiado joven. Sin embargo, conozco un sitio donde la música es suave y el baile lento. Si no os importa caminar un poco...

Pasó una mano por debajo del codo de Sirin y la ayudó a levantarse.

—Hey —dijo Jane—. Por aquí no se va a los ascensores.

Galiagante sonrió pacientemente.

—Los vagones públicos están atestados, ¿verdad? Seguro que podemos conseguir algo mejor. —Las condujo hasta una pequeña alcoba embaldosada, donde había unos ascensores sin ninguna marca, y pulsó el botón de llamada.

Cuando llegó la caja, su interior se reveló pequeño y oscuro, con asientos negros de cuero. Había un enano estólido con uniforme y gorra de chófer junto a los mandos. Se hacinaron dentro.

—Lac sans Oiseaux —dijo Galiagante.

Sin asentir siquiera, el enano cerró las puertas de golpe. A Jane le dio un vuelco el estómago al descender la caja. Galiagante se subió una manga para consultar la hora y cruzó el brazo sobre el asiento a la espalda de Sirin, sin llegar a tocarla. Sirin se revolvió ligeramente, aceptando el brazo, pegándose a él. El elfo cerró la mano sobre su hombro.

Jane estaba cautivada. Era como un baile entre diplomáticos, un intercambio de formalidades que concluía en entente. El enano miraba al frente, viendo cómo se sucedían los pisos por una rendija de cristal. El otro brazo de Galiagante se extendió para abarcar también a Jane, gesto que a ésta ya no le hizo tanta gracia.

—Bueno —dijo animadamente—. ¿A qué te dedicas? En qué trabajas, digo.

—¿Trabajar? —Galiagante sonó educadamente sorprendido—. No me dedico a nada. Supongo que en el sentido al que te refieres, más que hacer cosas soy cosas.

—¿Como qué?

—Oh, inversor, tal vez. Y heredero. Muchos, muchos accionistas. ¿Y tú, Jane, tú a qué te... dedicas?

—En estos momentos a intentar averiguar por qué nunca salen bien mis experimentos.

—¿Eres investigadora?

—Somos estudiantes. —Ignoró el ceño de Sirin—. Alquimia como asignatura principal.

—Ahhh. Tengo intereses en una o dos empresas alquímicas. A lo mejor te puedo ayudar.

El ascensor seguía cayendo en las profundidades sin dejar de acelerar. El chirriar y tañer de los cables constituía la música de fondo. Sin duda hacía tiempo que habían dejado atrás la planta baja para sumergirse en las entrañas del mundo. Jane expuso sus problemas con la piedra sófica.

—Tenemos un fenómeno muy parecido en la industria —dijo Galiagante cuando ella hubo terminado—. Se llama el síndrome del jardinero inexperto. Se produce a veces cuando alguna fábrica nueva establece por vez primera un proceso, complicado pero conocido. Tu gente lo instala pero no ocurre nada. Los óxidos no se reducen, los catalizadores no... catalizan. Castigar a los técnicos no conduce a nada. La reacción se resiste a producirse, así de simple. Al final la dirección enviará a alguien que haya trabajado antes con ese proceso y hará que lo ejecute una vez. Esa persona conseguirá que funcione. Después, todas las veces posteriores, funcionará para la fábrica nueva. Pero esa primera vez deberá realizarlo alguien que esté convencido de que dará resultado, que lo sepa en el fondo de su alma. Está relacionado con el principio de incertidumbre cuántica, creo, aunque no lo juraría.

—Pues estoy jodida. ¿Cómo voy a obligarme a creer en un experimento que he visto fracasar cinco veces seguidas? —Sirin tenía toda su atención puesta en Galiagante; ni una sola vez miró a Jane.

—No puedes. Pero seguro que hay alguna manera de burlar las condiciones. Digamos que la próxima vez que lleves a cabo el experimento, utilizas recipientes de cristal que ya hayan servido para ese propósito. Cerciórate de montarlos en el orden correcto... dudo que se puedan intercambiar tubos de cristal idénticos... y debería salir bien. Algún amigo tendrás que estaría dispuesto a prestarte lo que necesitas. Quizá puedas cambiar equipo usado a cambio de otro nuevo.

—Estamos frenando —dijo Sirin.

Un ogro de esmoquin les cerró el paso en el vestíbulo, diciendo:

—Este piso está cerrado, señor. —Galiagante le mostró una tarjeta

dorada sin inmutarse, y pudieron pasar.

Lo primero en que se fijó Jane una vez dentro del Lac sans Oiseaux fue que mientras que Sirin podía estar adecuadamente ataviada para el club —informal, pero en armonía con el resto— no ocurría lo mismo con ella. Era un público selecto, de Teg para arriba, y no había un solo par de vaqueros a la vista. El mero hecho de estar entre ellos conseguía que le doliera la tripa. Cuando Galiagante consiguió una mesa, Jane se derrengó en su silla, intentando pasar desapercibida.

Detrás de la barra había un enorme tanque de cristal, iluminado por potentes fluorescentes, donde el resto del club quedaba bañado de rojo y púrpura. Había un caballo ahogándose dentro del tanque. Sus patas levantaban nubes de burbujas. Con los ojos inyectados en sangre y enloquecidos, estiraba el cuello para levantar agónicamente el hocico por encima de la encrespada superficie. Era un espectáculo estremecedor. La música era lenta y romántica, pero lo suficientemente alta como para que el caballo se debatiera en silencio.

Jane movió su silla para no tener que verlo. Galiagante parecía divertido. Un trasgo les trajo brandy y desapareció.

—¿Os apetece un poco de coca?

—Desde luego —se apresuró a decir Jane, atajando a Sirin mientras ésta meneaba aún la cabeza.

Había mujeres espejo deslizándose entre la multitud, portando bandejas. Dado que sus superficies reflejaban cuanto tenían delante, Jane no acertó a distinguir si estaban desnudas por completo o meramente casi. Eran singularidades angulosas que deformaban la realidad a su paso, dejándola inalterada tras su estela. Galiagante chasqueó los dedos, y una de ellas se inclinó sobre su mesa.

La luz arrancó destellos de uno de sus pezones cromados cuando les ofreció la bandeja. Encima de ésta había pulcras líneas de polvo extendidas, listas para su uso. Galiagante dejó la cartera encima de la mesa y se agachó para esnifar dos rayas, una por cada ventana de la nariz. Sirin y Jane siguieron su ejemplo. Galiagante depositó varios billetes en la bandeja.

—¿Bailas?

Sirin aceptó su brazo y salieron a la pista.

La cartera se había quedado encima de la mesa, en medio de un charco de luz, tan imbuida de vida que parecía casi que respirara. El cuero estaba decorado con el tatuaje de una calavera y una rosa. Este pequeño gesto, dejar atrás la cartera, impresionó enormemente a Jane. Decía mucho de los recursos de Galiagante.

Con gesto indiferente, echó un vistazo a su interior.

Los elfos eran volátiles. Cabrear a uno sería una locura. Haría falta tener una cantidad suicida de agallas. Jane dio un sorbo a su bebida. Sirin bailaba maravillosamente, por supuesto, y Galiagante la sostenía cerca de sí, murmurándole al oído. Sirin tenía los rasgos delicados y aristocráticos, y verla entre los suyos hizo que Jane comprendiera por primera vez que probablemente Sirin era una de los mismísimos Tylwyth Teg.

La música era lenta; impulsados por ella, los dos bailarines hacían gala de una gracia sobrenatural, como cisnes de hielo que se deslizaran por un estanque. De manera gradual, no obstante, el talante plácido de Sirin fue dando paso a la preocupación. Perdió el paso. Parecía que estuviera debatiéndose contra la presa implacable de Galiagante.

Jane los observó atentamente.

Al concluir el baile, Sirin volvió a la mesa y cogió su bolso.

—Voy al aseo. ¿Me acompañas, Jane? —Había un deje de imperiosidad en esa última frase—. No tardaremos —dijo por encima del hombro.

Galiagante no respondió. Se quedó sentado, mirando fijamente al caballo que se ahogaba, con una sonrisita titilando como una llama en sus labios.

—Aguántame esto. —Sirin le lanzó el bolso a Jane y se encerró de golpe en uno de los retretes.

Jane se apoyó en un lavabo, estudiando la hilera de compartimentos. De uno de ellos escapaban los sonidos de alguien que estaba vomitando. Unos tacones de rubí asomaban por debajo de la puerta. Jane se metió en el compartimento adyacente y corrió el pestillo.

Había un bolso con cuentas en las baldosas junto a las rodillas de la señorita elfa indispuesta. Despacio, con cuidado, Jane lo acercó con la puntera del zapato. Su propietaria estaba demasiado ocupada arrojando como para percatarse.

Había un montón de dinero en el bolso. Jane lo cogió todo y volvió a dejar el complemento en el suelo. La cartera de Sirin contenía considerablemente menos, pero se quedó con lo que había. Rompió en pedazos el pase para los ascensores públicos de Sirin. Los trocitos se quedaron flotando un momento en el retrete. Tiró de la cadena.

Cuando salió, Sirin estaba arreglándose el maquillaje delante del espejo. Tenía el rostro ceniciento. Agarró con fuerza el brazo de Jane.

—Tenemos que salir de aquí. Ya.

—¿De qué estás hablando?

—Galiagante. Jane, mientras bailábamos, no paraba de hablar, de decirme cosas. Cosas que... Jane, tú me conoces. No soy ninguna mojigata. Pero algunas de las cosas que dijo. Sobre anzuelos y... —Se interrumpió—. Tenemos que irnos —insistió.

—Claro. Larguémonos ahora mismo.

Cruzaron corriendo la doble puerta del club y se dirigieron aprisa a los ascensores. Sirin pulsó el botón de llamada. Miró ansiosamente por encima del hombro. Galiagante todavía no se había dado cuenta de que tardaban demasiado en volver del aseo.

—Se acerca una caja. Oigo los cables.

—Cuanto antes es poco. —Sirin sacó su cartera y la abrió. La desolación le desencajó el rostro—. ¡No tengo dinero! Tendremos que usar los públicos... —Rebuscó en su bolso con pánico creciente—. ¿Dónde está mi pase?

—Tranquilízate, Sirin.

—Estamos atrapadas. Jane, tú no sabes lo que quería que hiciera... ¡lo que quería que hiciéramos las dos!

—Está bien, Sirin. No pasa nada.

—No te lo imaginas. Es tan...

Llegó el ascensor, y un enano de uniforme —no el mismo de antes— las miró con el ceño fruncido. Jane empujó a Sirin adentro y espetó:

—Pasarela del nivel de Bellegarde. Y rápido. —Dirigiéndose a Sirin, dijo—: No pasa nada, tengo dinero suficiente. Yo invito.

Sirin se desplomó, llorando, en su hombro.

A insistencia de Jane no regresaron directamente a los dormitorios, sino que fueron al Pub. El Pub era un bar de estudiantes no muchas plantas por debajo de Habundia. Estaba lleno de gente y de ruido; era seguro. Jane pidió un jarro grande de cerveza, y Sirin se tomó tres jarras seguidas.

La cerveza siempre conseguía que Sirin se pusiera sensiblera.

—Te estoy tan agradecida. Por lo del ascensor, por sacarme de allí. Jane,

no te imaginas de lo que me has salvado, las cosas que quería que hiciera.

—No le des más vueltas. No es nada.

—No, en serio. ¿Qué habría hecho sin ti? Te debo una. Lo que quieras, si está en mi mano... es tuyo. —Se quedó callada un momento; una sonrisita feérica afloró a sus labios—. No es que no me apetezca... algún día. Es sólo que no creo estar preparada todavía.

Jane miró fijamente su jarra, las burbujas que subían por la cerveza, despacio al principio para luego ganar velocidad. Brillaban como galaxias diminutas, cada burbuja su propio universo. Levantó la jarra y pegó un largo trago. Soy la muerte, pensó, destructora de mundos. En voz alta, dijo:

—Toda esa mierda que me soltó Galiagante acerca del síndrome del jardinero inexperto no funcionará, ¿o sí? Sólo era hablar por hablar.

—Bueno, podría dar resultado, supongo. Sólo que no sería demasiado práctico.

—Entonces, ¿cuál es el secreto?

—Oh, Jane, te he dado pistas de sobra. Por favor, no me hagas...

—Has dicho que lo que yo quisiera, ¿no? Te he salvado, ¿recuerdas?

—Sí, pero no sabía que me pedirías algo así. Sencillamente no está permitido. Es...

—Chis. —Jane acarició la mano de Sirin, le tocó las rodillas por debajo de la mesa con las suyas. Mirando al fondo de aquellos ojos desenfocados, murmuró—: Qué hermosa eres.

—¿Cómo?

Jane no estaba borracha en absoluto y sabía que comunicarse con alguien que sí lo estaba requería amplios gestos, una simplificación despiadada, brillantes colores primarios. Frente con frente, susurró:

—Vamos, Sirin, yo lo haría por ti. Soy tu amiga, ¿no? Puedes confiar en mí. Venga.

Sirin se ruborizó y clavó la vista en sus manos enlazadas.

—Hago trampa. Amaño los resultados.

Jane continuó acariciándole los dedos. Se sentía un poco sucia haciendo esto, pero tampoco es que tuviera otra opción.

—Dime cómo.

Los ojos de Sirin se empañaron y adoptaron un blanco lechoso, con las pupilas y los irises desintegrándose en motas diminutas y disolviéndose en la nada. Con una voz ronca que no era la suya, dijo:

—¿Conoces la diferencia entre alquimia exotérica y esotérica? —Jane negó con la cabeza—. Todo lo que has estado haciendo, todo el trabajo de laboratorio, todo el trabajo con alcalinos y sistemas orgánicos, es exotérico... relativo a la transmutación de la materia. Es la tradición externa. ¿Me sigues?

—Sí.

—La alquimia esotérica es la tradición interna. Es la otra cara de la moneda. No hay clases de alquimia esotérica, pero todo investigador debe estudiarla por su cuenta. La alquimia esotérica está relacionada con la transmutación del espíritu. Esto puede conseguirse de varias maneras... por medio del dolor, o el terror, o la disciplina monástica, por ejemplo... pero lo más sencillo es la aplicación calculada del sexo.

—Dime cómo funciona. La parte práctica.

La voz de Sirin se había enronquecido y endurecido varios grados. Había dejado de ser una voz femenina.

—El proceso consta de dos partes.

—Dos partes.

—La primera parte es esotérica. Implica sexo. Mientras estás follando tienes que visualizar el experimento, de cabo a rabo, paso a paso. Si tu familiar se corre antes que tú, deberás volver a empezar.

No lograba liberarse de las manos heladas de Sirin. Una energía embotadora le subía por los brazos y la columna, regresando a Sirin donde se tocaban sus rodillas. Era hipnotizante. La mesa se desvaneció bajo ella, al igual que la silla en que estaba sentada. No había nada en todo el universo más que la voz de Sirin y el resonante circuito que formaban las dos.

—La segunda parte es exotérica. Cuando montes el experimento y mientras lo lleves a cabo, visualiza lo que estés haciendo como te lo imaginaste en la primera parte. Dónde tocabas a tu familiar, cómo te sentías. Esto creará un bucle de retroalimentación. Te descubrirás sintiéndote excitada. Por motivos puramente sociales lo mejor será que ocultes este aspecto de tu trabajo.

»La creación de la piedra sófica es magia sexual de nivel elemental. Conforme avances en el aprendizaje exotérico necesitarás adquirir habilidades esotéricas más sofisticadas. Pero por ahora te bastará con tus impulsos animales básicos.

Aparentemente de la nada había surgido una ventana abierta al mundo de Jane, y los paisajes alienígenas que revelaban no tenían ningún sentido para ella. Se preguntó cómo era posible. ¿Cómo podía lo uno afectar a lo otro? ¿Dónde y por medio de qué mecanismo estaban conectados?

Recordó un radiante día de verano, sin nubes ni sombras, tan inmediato

que el aire parecía una membrana tensada sobre la yema de un huevo, llena a reventar. Un pinchacito con el tenedor y la otra cara se derramaría hasta inundar el mundo. Supo con seguridad entonces que el mundo visible era mera superficie, que bajo ella acechaban cosas más profundas y siniestras, ballenas resonando bajo las aceras, rostros más grandes que planetas escondidos tras el cielo.

Jane se sentía cerca de algo básico, tan cerca que casi podía tocarlo, saborearlo, sentirlo. Estaba intentando formular una pregunta cuando el poder que había tras las palabras de Sirin habló de nuevo.

—Has estado coqueteando con grandes misterios. Vigila que no te aplasten. —Los ojos de Sirin se abrieron con un pestañeo y, con su voz normal, dijo—: Estoy mareada.

Como el reflujo de la marea, la presencia extraña se retiró. Una vez más el bar se cerró sobre ella, tan real como un cartón de embalaje, e igual de sofocante.

Jane volvió a llenarse la jarra. Cuando la hubo vaciado, se sirvió otra. En un momento dado levantó la cabeza y Sirin había desaparecido. Había una cara agradablemente anodina hablando con ella. Recordaba vagamente que se había presentado como Jake Sacude-cimillo. Estaba contándole un chiste. No atinaba a seguirlo, pero estaba casi segura de ser capaz de adivinar cuándo le tocaba reírse. Se sentía como si estuviera abandonada a su suerte, sin nadie que le dijera qué decisión tomar.

Una sonrisita esperanzada curvaba la comisura de los labios de Jake.

En fin, pensó Jane, tanto da él que otro. Además, hacía más de un año que entonaba el hechizo de control de natalidad fielmente todos los días sin excepción.

Sería una lástima desperdiciarlo.

Dos días después volvió a repetir el experimento. Esta vez funcionó a la perfección.

13

Jane recogió el último chorro de semen de Billy Bugaboo en un cristal e introdujo una cantidad calculada en una pipeta de Sahli.

—Ahhh. —Lo diluyó en una solución salina y agitó la pipeta para mezclarlo bien. A continuación dejó caer una gota en la cámara de un citómetro, le puso una tapa y lo colocó en la platina del microscopio—. Veamos esos presagios.

Billy rodó de costado y observó mientras Jane se ponía las bragas y los vaqueros y se inclinaba sobre el microscopio. Las sábanas susurraron lastimeramente.

—No logro entenderte.

—No espero que lo hagas.

Sin apartar la vista del microscopio, Jane buscó a tientas su sostén. Se lo abrochó alrededor del estómago, le dio una vuelta a la derecha y se enderezó momentáneamente para ajustárselo. Su blusa colgaba del respaldo de la misma silla donde había dejado el sujetador.

—Haz algo útil y abróchamela —dijo. Billy obedeció.

—Sé que te lo haces con más chicos. ¿Eres así con todos, o sólo conmigo?

—Mi compañera de cuarto volverá de clase de un momento a otro —dijo con frialdad Jane—. Hora de vestirse, semental.

Con un suspiro, Billy tanteó debajo de la cama buscando sus pantalones. Una por una, dobló y desdobló las piernas como una cigüeña para ponérselos. Pertenecía a una especie rarificada, escuálida y desgarbada como un espantapájaros. Sentado, tocaba casi el techo con la cabeza. De pie, tenía que encorvarse.

La puerta traqueteó en el marco antes de atronar bajo el asalto de unos puños airados.

—Seguro que es ella. Descorre el cerrojo, ¿quieres?

Antes de que Billy pudiera llegar a la puerta, no obstante, se abrió el

montante de abanico. Mona pasó gateando. Actuando por impulso, Billy la agarró por las axilas y, columpiándola como si fuera una muñeca, la dejó encima de su escritorio. Mona se quedó allí plantada, con el semblante oscureciéndose como un tizón. Billy le dedicó una sonrisa cuajada de alfileres que se rizaba a ambos lados de su rostro. En ocasiones así, cuando se mostraba amigable, parecía más grotesco que nunca. Mona pasó la mirada por encima de él para fruncirle el ceño a Jane.

—¿De qué coño vas, cerrándome la puerta de mi propio cuarto?

Los significantes del portaobjetos no eran nada halagüeños. Claro que los presagios del año del Diezmo nunca lo eran. Si se sometía una muestra cualquiera —un mechón de pelo, orina, raspaduras de asta, lo que fuera— al espectrofotómetro, el espectro resultante mostraba inevitablemente una gruesa barra negra que señalaba la aproximación del Diezmo. Aunque uno sobreviviera a la criba, casi con toda seguridad perdería a alguien cercano.

—Estaba preparando un portaobjetos —musitó distraída. Billy se abrochó el cinturón y se apresuró a ponerse los botones de la camisa—. No iba a dejarte irrumpir así de golpe, en mitad del proceso, ¿o sí? —Técnicamente no debería estar aplicando técnicas esotéricas en el nivel medio de Clarividencia, pero así se evitaría incontables horas de escudriñar un charco de tinta o auscultar tripas de cabra.

—Últimamente te has vuelto no poco avasalladora, doña Hago-lo-que-Quiero Flordaliso. —Mona bajó de la mesa de un salto—. No recuerdo haberte dado permiso para usar mi cuarto para ningún puto asunto privado.

—Eh, escucha, tengo que irme, llego tarde. A una clase. —Billy se guardó los zapatos y los calcetines debajo del brazo. Bamboleándose torpemente, salió de la habitación caminando de espaldas, como una hoja ante la tormenta—. Adiós.

El secreto para la clarividencia con éxito consistía en comprender que el futuro no era inmutable y no había manera de predecirlo. Imposible. Lo único que podía hacer uno era identificar lo que ya existía desapercibido. Los amantes se juraban fidelidad eterna mucho antes de su primer beso. El asesinato estaba implícito en la amistad. Un carcinoma que parecía una mota de polvo en una radiografía anunciaba la muerte. Mucho de lo que parecía ser aleatorio era en realidad fruto de las consecuencias. Jane empezó a anotar sus observaciones en su cuaderno de prácticas.

Mona le quitó el lápiz de las manos y lo partió por la mitad.

Jane cerró los ojos y trazó el sello de Bafomet con su visión interior. Cuando volvió a serenarse, abrió un cajón.

—Está bien. —Dentro había un par de guantes de látex—. No quería

hacer esto. —Se los puso—. Pero tampoco es que me dejes otra opción, ¿verdad?

La verdad sea dicha, Mona no retrocedió. Había un poso de truhana en su herencia genética, y el gen truhán era dominante. Se humedeció nerviosamente los labios mientras Jane fingía levantar una caja invisible del cajón.

—No me das miedo.

—Bien. —Jane abrió la tapa abatible e introdujo una mano—. Funciona mejor si no crees. —Sacó un escalpelo igualmente imaginario y lo sostuvo entre el pulgar y el índice, girándolo a uno y otro lado para admirarlo.

—¿Qué vas a hacer con eso?

Jane sonrió.

—¡Esto!

Incrustó el puño en el estómago de Mona. La pequeña duende se dobló por la mitad de dolor y Jane se le echó encima, haciendo oídos sordos a sus chillidos y tirándola al suelo. Le levantó la blusa a Mona por encima de la cabeza y se sacó de un bolsillo una pequeña vejiga que había preparado para esta precisa ocasión.

—Un poco más arriba —dijo, clavando los índices estirados en el abdomen expuesto—. ¡Aquí!

Aplastó la vejiga.

Brotó un chorro de sangre. Una oscura mancha carmesí se extendió por la entrepierna y la barriga de Mona. Jane se apartó, con la vejiga reventada en la mano. A todos los efectos parecía un jirón de tejido corporal. Mona se incorporó, alisándose la blusa, mientras Jane se la metía en la boca. Masticó y la engulló.

Listo.

A continuación, con rapidez y eficiencia, Jane guardó el escalpelo en su caja y devolvió ambos objetos al cajón y al olvido. Se quitó los guantes y los tiró a la papelera. Había terminado. Se apoyó en su escritorio y esperó a ver si su compañera de cuarto se lo había tragado.

Mona se puso de pie.

—¿Qué coño acabas de hacer?

—Con suerte, me habré procurado un poco de paz y tranquilidad.

—No me engañas... eso sólo ha sido un truco.

—Cree lo que quieras.

Tras echar mano de una pesada grapadora, Mona se encaró con ella.

—Supongamos que te pego en la cabeza con esto, ¿eh? Te apuesto lo que quieras a que te duele a ti más que a mí.

—Sólo hay una forma de averiguarlo.

Mona se mordió el labio con indecisión. Luego, asqueada, tiró la grapadora al suelo y se desplomó en una silla.

—Mierda. —Era toda puños apretados y mirada rabiosa. Acto seguido, de repente, la tensión abandonó su cuerpo y se rió para sí por lo bajo. Con elaborada indiferencia, dijo—: Hoy he conocido a un amigo tuyo.

—Caray, eso —dijo Jane— es lo que yo llamo un *non sequitur* verdaderamente flagrante. —Frotándose una gota de sangre que tenía en la barbilla, volvió a su microscopio. Pero por mucho que se esforzara no podía pasar por alto el comentario de Mona. Le roía el cerebro. Al cabo, suspiró y añadió—: ¿Quién era?

—A ti te lo voy a decir.

La voz de Mona sonó maliciosa, burlona, triunfal. Sin apartar los ojos de Jane, levantó una esquina de su blusa manchada de sangre y empezó a chupar la tela.

Jane pasó toda una larga hora contemplando la copia antes de ponerse en marcha. El papel amarillo estaba desgastándose ya en los pliegues donde lo había doblado. Las malas noticias siempre viajaban en segunda clase, en tinta gris con los nombres y especificaciones mal escritas en mayúsculas de papel de calco de tercera generación que flotaban ligeramente sobre los renglones. Había leído y releído aquella cosa una decena de veces desde que la recibiera el día anterior.

Para: Magíster/Señorita FLORDALISO

De: Departamento de Penitencia y Verdad, División de Asistencia Fiscal

En estos tiempos de austeridad financiera es preciso que todos hagamos lo que esté en nuestra mano por reducir o eliminar cualquier gasto sin detrimento de la calidad de su educación. Por consiguiente, como medida de recorte de gastos, procedemos a eliminar las porciones de su BECA POR MÉRITOS *cubiertas por este departamento.*

Sabemos que es participe usted de nuestro deseo de que la Universidad experimente una pronta recuperación de sus temporales problemas económicos, y la animamos fervientemente a considerar las numerosas vías de que dispone para financiar su educación por medio del sector privado. Dentro de TRES SEMANAS *se le remitirá un calendario de obligaciones.*

La rabia de Jane se había apagado hacía mucho. Tan sólo leía la copia para despojarla de poder, para purgarse de las últimas trazas de emotividad, para asegurarse de hacer lo que debía con calma y alerta. Entonces llegó el momento.

La biblioteca universitaria abría sus puertas a medianoche y las cerraba al amanecer. La explicación dada para tan inusitado horario era que así se desalentaba la visita de diletantes y zánganos que de otro modo dilapidarían los recursos de la biblioteca. Jane sospechaba que había motivos más turbios detrás de aquello, pero por una vez agradeció la intimidad de sus pasillos vacíos y sus salas llenas de ecos. Siguiendo corredores secundarios y escaleras de caracol de hierro forjado, trazó una ruta laberíntica hasta los confines más oscuros del saber que allí se acumulaba.

A fin de sacar el máximo provecho a la limitada superficie de su planta, las estanterías más antiguas de la biblioteca estaban equipadas con baldas eléctricas. Sólo uno de cada diez pares contaba con un pasillo de separación entre ellos; los demás se apretaban como muebles viejos en un almacén. Jane caminó entre las baldas, leyendo las placas, hasta encontrar la que quería y pulsó un interruptor que había a un lado de la estantería. Un motor oculto cobró vida con un zumbido. Despacio, trabajosamente, los demás estantes se apartaron de Jane, cerrando el pasillo existente y creando uno nuevo donde ella lo buscaba.

Todos los libros se veían viejos y parduzcos. Algunos estaban ligados con cuerda o con cintas de goma tan antiguas que se rompían al tocarlas, aunque sin desprenderse, pues con el paso de las décadas se habían fundido con las cubiertas. Los ejemplares más valiosos se conservaban en contenedores de cartón plegados libres de ácidos, cuidadosamente sujetos con cintas. Aun éstos, no obstante, estaban pudriéndose en el centro, deshaciéndose en copos, oxidándose inexorablemente, igual que los demás libros, en un proceso tan generalizado que Jane podía olerlo, una neblina otoñal que se adhería a las pilas como el humo de un pasto lejano en llamas. Todos ellos, sin excepción, eran víctimas de una lenta agonía.

Por eso fue sin sensación de profanación alguna que Jane utilizó una cuchilla para abrir la banda de seguridad del lomo de un volumen concreto.

Su contacto se reunió con ella junto a los ascensores principales. Vestía una andrajosa chaqueta de aviador de cuero marrón con parches de la campaña de Broceliande, vaqueros viejos y botas aún más viejas.

—Puck Aleshire —dijo—. ¿Lo tienes?

—En el bolso.

—Entonces en marcha.

Puck, así las cosas, resultó ser el modelo de la clase de Anatomía Comparada y Especulativa de Jane. Tenía los ojos oscuros, sumamente serios; no pestañeaba apenas. Para arrancarle una sonrisa, Jane dijo:

—La última vez que te vi, estabas desnudo y de pie al lado de un cadáver.

Puck la miró, no dijo nada.

En silencio subieron diez pisos y cruzaron una pasarela hasta Hindfell, donde tomaron un traqueteante ascensor público para bajar a la calle.

—¿Por qué no podíamos ir a la planta baja y salir por nuestro propio vestíbulo? —preguntó Jane.

—Eso es territorio de Crip. Está claro que no sabes nada si quieres pasearte por los dominios de Crip de noche.

—Oh.

El vestíbulo de Hindfell se veía lúgubre y despoblado. Los escaparates se habían vaciado para pasar la noche y un enano solitario ataviado con el uniforme rojo de los porteros asistió bostezando y desinteresado a su paso. Una hoja de periódico desplegó las alas y saltó sobre Jane al abrir Puck la puerta, pero una ráfaga de viento cruzada la atrapó y la arrojó contra una pared. Jane se embozó aún más en su parka.

Salieron a un vacío oscuro y sobrecogedor. Las farolas se esforzaban en vano por tocar el suelo con su luz. El neón se reflejaba borrosamente en el asfalto empapado por la lluvia. El aire resonaba con los gruñidos de mastodontes invisibles y las irritantes risitas chillonas de gnomos callejeros que escapaban de un bar próximo. En algún lugar se abrió una puerta, liberando un retazo de música para luego, al volver a cerrarse, engullirla de nuevo. No había nadie en las calles.

Jane hubo de acelerar el paso para igualar las largas zancadas de Puck.

—Eres un tío grosero —comentó.

—Y tú una puta pija.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. Conozco a las de tu clase, con vuestros modales de colegio de pago y vuestros chaquetones a cuadros acolchados. Os reís de mí porque las mangas de mi chaqueta se caen a pedazos y tengo que aceptar cualquier trabajo que se me presente. Bueno, pues te diré una cosa. Hay formas peores de ganar dinero que plantarse desnudo junto a un cadáver, por usar tu encantadora expresión. Y ese dinero que gano es para pagarme una educación, no para meterme por la nariz una dosis extra de polvo de pixie.

—Yo nunca...

—Vale, vale. —La rabia de Puck se consumió tan deprisa como se había encendido. Agachó la cabeza—. Olvida lo que te he dicho. De todas formas, no es asunto mío. —Los carteles resplandecían en lo alto de los comercios a su paso: AMBROSIUS, EL ABUELO TRUCHA, GNOMOLÓGICA, ZAPATOS TRES SEDAS... pero las tiendas en sí se veían oscuras como cuevas tras sus verjas de seguridad con candados—. Ya hemos llegado.

Su destino era una mansión de piedra con tejado a dos aguas y acabado en terracota. Estaba encajonada entre dos rascacielos, solitario recordatorio de una era pretérita. Las pintadas desfiguraban la planta baja. Cinco botellas de cerveza vacías se acurrucaban al abrigo de los escalones.

—Nos está esperando —dijo Puck. Llamó con los nudillos.

La puerta se abrió.

Al otro lado había una vasta estancia, fría y a oscuras. Dentro, todos los tabiques habían sido derribados. A la tenue luz de la calle Jane atisbó ladrillo a lo lejos, quemaduras, un colchón decrépito y un monolito que la doblaba en altura. La piedra se erguía no muy lejos de una chimenea embaldosada.

Se cerró la puerta, sumiéndolos en la oscuridad.

Con un brusco espasmo de pánico, Jane comprendió cuan completamente a merced de Puck se encontraba. Podía pasarle cualquier cosa en este sitio. Se preguntó cómo podía haber sido tan idiota de ponerse en esta situación.

—Por lo general no tiene tan mal aspecto —musitó Puck—. Mierda. —Una botella de refresco tabaleó y se alejó rodando de la puntera de su bota—. ¡Eh, mochales! ¡Estamos aquí... enciende la puta luz!

La tenebrosidad intensificaba los olores, la podredumbre y mohosidad

del colchón y el empapelado, la esencia de la madera chamuscada, y por debajo de todo ello una fetidez ofidia generalizada. ¿Vivirían serpientes en esa ruina? Jane esperaba fervientemente que no.

—Un segundo, por favor.

La voz asexuada, sin acento, provino del corazón de las tinieblas vivientes. Se oyó un golpazo metálico, olió a queroseno, se escuchó el rascar de una cerilla de azufre. Centelló una luz, cegadora; se corporeizó en forma de lámpara. Flotaba en el aire, suspendida de una raquítica mano marrón. La sombra del monolito se inclinó sobre ellos y se volvió a retirar.

—Ahora te puedes presentar ante nosotros.

Tras la lámpara, donde Jane debía entornar los ojos para ver, flotaba el fantasma de una cara. Piel apergaminada tirante sobre un cráneo descarnado. Era la máscara de una bruja, con la frente alta, los párpados pesados colmados de sombras. En las comisuras de aquellos ojos anidaban eones de cansancio. El polo de cuello alto que vestía propiciaba que su torso hubiera de inferirse, más que verse; Jane no pudo distinguir nada de su cuerpo por debajo de la cintura. Una boca sin labios se movió, dijo:

—¿Dónde está?

La expresión que se propagó por aquel rostro cuando Jane sacó el libro de su bolso era tan enjuta y voraz como la llama de una vela.

Extendió una mano.

Jane depositó en ella la ofrenda.

La criatura se acercó el libro a la nariz y lo husmeó. Lo hojeó rápidamente, arrancó tres páginas y se las metió en la boca. Las masticó con gesto agrio. Pasó más páginas, vaciló ante otra hoja, la arrancó con decisión y se la comió también. Al final arrancó una página del índice. Cuando volvió a tener la boca vacía, le devolvió el libro a Jane.

—El resto no me interesa. —La mano marrón desapareció, reapareció con un sobre—. Aquí tienes tu paga. Espero que sea suficiente.

Jane guardó el sobre en su bolso, sin abrirlo. Dudó antes de preguntar:

—¿Por qué haces esto?

—Esas páginas contenían un nombre. Uno que deseo que se olvide.

—Pero, ¿por qué te las comes?

—Estoy destruyendo mi pasado.

—Pero, ¿por qué?

Con un susurro seco, como de sedas sobre mármol, la cara se acercó a

ella flotando. La boca se descolgó en una parodia de desesperación, para fruncirse acto seguido con una determinación en verdad aterradora.

—Huelo hierro, hierro frío, suerte y traición aciagas. —Le plantó la lámpara en la cara—. ¡No eres una de mis niñas! ¿Qué haces aquí?

Jane se encogió de hombros, asustada.

La lámpara se retiró.

—Da igual. Siéntate junto a la chimenea, y te lo contaré todo.

Las sombras cabriolaron cuando arrojó la lámpara a la chimenea vacía. Sacó dos sillas de la nada.

—Puta pérdida de tiempo —rezongó Puck mientras Jane y él se sentaban incómodamente en ellas. Una brisa helada escapó de la garganta de la chimenea sin levantar hollín. Hacía mucho tiempo que no moraba allí lumbre alguna.

Su anfitriona no se sentó.

—Las cosas no son lo que eran —dijo—. Voy a pedirte que te imagines una época en que no había casas más altas que una lanza, ni máquinas más complejas que un telar, ni más calendarios que la misma Luna. Era un tiempo en que todas las mujeres vivían en armonía.

Puck soltó un bufido.

—¿Y los hombres? —preguntó Jane.

—No había ninguno. Todavía no los habíamos inventado. —La cara se torció hacia el monolito. La piedra no reflejaba la luz sino que se la bebía toda, oscuridad cerniéndose sobre la oscuridad—. Ése fue mi pecado, de hecho, la escisión de la mujer en masculina y femenina. Fue el primer pecado y el más espantoso, pues aquello fue lo que puso en marcha la Rueda.

La puerta de una vitrina se abrió con un chasquido; sacó una licorera de vidrio tallado y se sirvió un trago. Con unas pinzas cogió hielo de una cubitera, colocó de nuevo la tapa. Se acercó elegantemente hasta el monolito y dio tres vueltas a su alrededor con un sonido deslizante. Cada vez que reaparecían su cara y sus manos se veían más altas en la penumbra.

—Por aquel entonces era poderosa, sí, y más hermosa de lo que te puedas imaginar, bella y pálida como la Dama Muerte. No teníamos regentes en aquella época lejana, ni más autoridad que la investida por la edad, pero mi posición era elevada entre las poderosas, y por mis logros el Consejo de las Siete me nombró su Lamia.

Esperó hasta que Jane dijo:

—No sé qué es una lamia.

Un susurro como de periódicos viejos. El rostro se elevó todavía más.

—Era un gran título, niña. Y una gran responsabilidad. Pues entonces controlábamos sortilegios que esta triste y desencantada era no puede ni siquiera recordar. Con estas manos —levantó las palmas hacia arriba— podía ordenar que se abrieran las montañas y se separaran los mares. Conjuraba estrellas en la superficie de la tierra, para poder pasear y conversar con ellas, y así aprender.

»Por aquel entonces no moría nadie. No había necesidad de ello.

Una estufa eléctrica cobró vida con un traqueteo y un silbido a los pies de Jane. Sobresaltada, se la quedó mirando fijamente. Las varillas refulgían en círculos rojos, proyectando una apagada luz carmesí sobre la pared. Una mancha en el papel de la pared se encogió hasta desaparecer. Se había perdido algunas palabras.

—... no hice caso al principio. Sólo era una fantasía vana, una voz en el fondo de mi cabeza.

Jane sentía un lado del cuerpo frío y el otro exageradamente caliente. El olor a queroseno era mareante. La lámpara titilaba y el monolito parecía centellear, como si estuviera desarrollando unas alas grises de mariposa. En la visión empañada de Jane oscilaba entre dos formas irreconciliables, a caballo entre una columna y un hacha de dos cabezas.

Una fatiga inmensa se apoderó de Jane.

—Se me antojaba imposible que una idea tan simple pudiera tener algo de malo —dijo la Lamia. A Jane le costaba trabajo captar el significado de su discurso. Bostezó, se pellizcó las comisuras de los ojos, sacudió la cabeza. Gradualmente la voz queda, monótona, estaba sumiéndola en un estado de duermevela donde parecía que toda la habitación se disolviera en la nada, dejando únicamente el monolito intacto.

En su ensueño, Jane estaba de pie en una brillante llanura, y la Lamia había rejuvenecido. De cintura para abajo era una serpiente. Sus anillos se enroscaban tres veces en la piedra. Pero era tan hermosa, estaba tan inocentemente desnuda y su aroma era tan dulce, que Jane no sentía ningún miedo. Las escamas brillaban como el jade. Rutilaban al sol. Sus ojos eran verdes y no pestañeaban.

—¿Dónde estoy? —preguntó Jane.

Desde lo alto, la Lamia dijo:

—Éste es el Ónfalos, el pivote inamovible. El mundo entero gira alrededor de él. Cuanto más se aleje una del centro, más rápido e intolerable se volverá el movimiento. Más fácil será caerse. Mira a tu alrededor.

Jane así lo hizo. A cada lado el mundo se proyectaba desde el monolito. Podía ver hasta su mismo final. Las autopistas se extendían como hilos a ciudades construidas en perfecta miniatura, y más allá de ellas había montañas, océanos y hielo. Era exactamente igual que los cuadros vivos de escayola y liquen que montaban todos los años los geomantes de segundo año para ilustrar temas como la Electricidad al Servicio de la Industria o la Alegoría Iluminando a las Masas.

—¡Es redondo! —exclamó—. ¡El mundo es redondo!

—Es redondo porque sólo es una ilusión. El mundo no existe... no en ningún sentido importante... y por eso adopta la forma del cambio. —Ahora el disco estaba girando, rotando lenta pero visiblemente bajo la bóveda celeste tachonada de nubes—. Esto es el cambio hecho visible... lo que los sabios llaman la Rueda. Ahora estás viendo la existencia tal y como la ve la misma Diosa. —Jane empezaba a sentirse mareada. Se apresuró a bajar la mirada del horizonte. Aun así, se le quedó el estómago revuelto.

La voz de la Lamia se tornó salvaje y visionaria.

—Fui yo la que puso en marcha la Rueda, merced a mi orgullo y mi imprudencia, y por eso fui castigada, condenada a que mis hijos caminaran sobre dos piernas, condenada a ser repudiada y desacreditada por mi descendencia, condenada a la más cruel de todas las inmortalidades, para que pudiera ver las consecuencias de mi obra. —Las tierras giraban más deprisa, Jane se tambaleó, logró mantener el equilibrio—. Como gracia tan sólo ligeramente menos cruel que el castigo en sí, se me prometió que algún día, cuando haya destruido hasta la última traza de mi existencia, se me concederá la inexistencia. Pero ese día aún está lejos, todavía falta mucho para que llegue.

Los vientos se levantaban dando alaridos de las tierras en rotación.

—Mientras tanto, la Rueda gira. Los humildes son exaltados y los poderosos son humillados. Los mejores son inevitablemente derrotados, y la escoria siempre sale a flote. He aquí el origen de todo el dolor del mundo, ese incesante girar, siempre acelerando, devolviéndonos siempre adonde estábamos antes, sólo que más viejos, cambiados, cargados de cicatrices y pesares. De haber conocido la identidad de quien me susurraba, jamás hubiera escuchado. La Rueda no se habría puesto en movimiento.

Jane cerró los ojos con fuerza. Le daba vueltas la cabeza. Dio un paso tambaleante hasta la piedra y se hincó de rodillas para no caerse.

—¿De quién era la voz? —exclamó—. ¿Quién te tentó?

—¿Quién, dices? ¿Quién fue la que me castigó por hacerle caso? ¿Quién determinó poner en marcha la Rueda y decidió cargarme a mí con las culpas? Son una y la misma persona.

—¿Quién?

La voz de la Lamia se volvió sumamente calma.

—La Diosa, por supuesto. ¿Quién más osaría?

Jane alargó el brazo para apoyarse en la piedra. En cuanto sus dedos la tocaron, el remolino cesó. Su mareo había desaparecido. Se le abrieron los ojos de golpe y levantó la vista hacia la Lamia. Más allá de las geometrías perfectas de sus anillos. Más allá de la lánguida hinchazón y la curva de su abdomen. De los halos de coral que le rodeaban los pezones. Hasta el universo de sus iris, los agujeros negros de sus pupilas.

La Lamia sonrió. Era una sonrisa cálida y confiada, una sonrisa que irradiaba desde el centro mismo de su ser.

—Me deseas.

—Sí —respondió Jane, extrañada. Nunca se había sentido atraída especialmente por su mismo sexo. Los chicos siempre le habían parecido más interesantes. Pero la Lamia poseía una irresistible cualidad andrógina, como si fuera todo lo que Jane encontraba atractivo en el sexo masculino y también en el femenino.

—Entonces bésame.

La Lamia bajó su boca hacia Jane. Sus labios se separaron húmedamente para revelar un atisbo rosa de lengua. Con el corazón estremecido como un pájaro entre las manos, Jane se estiró anhelante, impotente, a su encuentro.

—¡De eso nada, vieja asquerosa!

Puck agarró a Jane por los hombros y tiró. Jane se desplomó encima de una otomana y se cayó de espaldas al suelo.

La Lamia era vieja otra vez, vieja y repulsiva. Un tibio pesar titiló en la máscara que era su rostro por un fugaz instante y se desvaneció. Se cruzó de brazos, haciendo desaparecer sus manos.

—Nos vamos —dijo con firmeza Puck.

—Os encenderé las luces.

—No te molestes.

Puck levantó a Jane y la sacó de la estancia. Mientras soñaba, la mansión se había restaurado sola. Los tabiques interiores habían vuelto a levantarse, y estaban cubiertos de papel algodón. Cruzaron habitaciones que estaban delicadamente enmoquetadas y cómodamente amuebladas. En el pasillo, unos candelabros de pared de cristal esmerilado les alumbraron suavemente el camino. Las botellas de cerveza se habían esfumado del zaguán cuando salieron. Las pintadas habían sido reabsorbidas por la piedra.

—Está como una puta cabra —dijo Puck cuando pisaron de nuevo la calle—. Todas esas historias de locos. La hazaña de hoy las supera a todas, sin embargo. Si no me hiciera tanta falta el dinero, me... —Hizo un ruido de fastidio. Sin aminorar el paso, sacudió para abrirlas un par de gafas de aviador y se las puso. Arco iris de neón se deslizaban por sus negras superficies de cristal. Le conferían un aspecto siniestro, insectoide. Debería estar ciego con ellas a esa hora de la noche, pero su paso era seguro y resuelto.

—¿Qué era lo que intentaba hacer? —preguntó Jane, dubitativa. Todavía estaba algo aturdida, sin saber qué era real... si el mundo tal y como lo veía ahora o como se lo había revelado la visión de la Lamia.

Era lo bastante tarde como para que los grigs y los pilongos hubieran salido en tropel, surgiendo de las rejillas del metro, los túneles de servicio y las cloacas, formando pequeñas camarillas cerca de las farolas, observando la acción desde los portales. Un chico lobo se quedó mirando fijamente Jane, royendo un dedo. Escupió un nudillo cuando se cruzaron con él.

—¿No lo sabes? —dijo Puck—. Iba a...

—¡Oye, empollón! —Un mastodonte frenó hasta detenerse junto a ellos y un viejo troll entrecano asomó la cabeza fuera de la cabina. Les sonrió con lascivia, revelando unos dientes marrones y unas encías horrorosas—. ¿Cómo es que todavía no te han dado la patada? —Miró a Jane—. Ya veo que te has echado otra novia.

—Tom Salaz. —La sonrisa de Puck era cauta, insincera—. ¿Qué hay de nuevo?

Chocaron los cinco, y Jane atisbo un pequeño bulto envuelto en plástico antes de que desapareciera en el bolsillo de su acompañante. El troll se pasó una mano por la cabeza moteada de pardo y, bajando la voz, dijo:

—Se rumorea que corre la perdición por las calles.

Puck se apartó un paso de la acera.

—Oh, no. No pienso tocar esa mierda.

—Nadie te está pidiendo que toques nada —dijo con irritación Tom Salaz.

—Búscate a otro.

—Vale, vale.

—Ése no es mi negocio.

—¿No? En fin, lástima. Hay pasta gansa de por medio.

El mastodonte resopló con impaciencia, y Tom Salaz pisó el embrague y revolucionó el motor para que no se gripara. Le guiñó el ojo a Jane.

—Tengo que irme... Estate en contacto, ¿oyes?

Cuando el mastodonte se hubo ido, Jane preguntó:

—¿Qué es la perdición?

—Malas noticias. No te mezcles en eso.

Regresaron en silencio a Hindfell y cruzaron la pasarela hasta Bellegarde. Cuando Puck se disponía a alejarse de los ascensores, Jane dijo:

—Hay una cosa que me gustaría aclarar. No soy ninguna puta pija, por usar tu encantadora expresión.

Puck tardó un segundo en recordar su comentario anterior. Cuando lo hizo, frunció el ceño.

—Hey, ya te he dicho que lo siento.

—¡Escúchame! Estoy aquí gracias a una beca, ¿vale? Es mi única fuente de ingresos. No tengo mecenas, ni trabajo, ni ahorros, ni nada. Sólo cuento con mi beca, y la universidad acaba de quitármela. Así que tengo que nadar con la corriente. El dinero tiene que salir de alguna parte.

—Pero tu ropa...

—Robada. Estas ropas son buenas porque ya que vas a robar algo, lo mejor que puedes hacer es llevarte lo más caro, ¿no? Sólo quería que lo supieras. No soy rica ni nada. Hago lo que puedo por salir adelante.

—Eh, yo también. —Puck parecía sorprendido—. Quiero decir, no es que opte a ninguna beca, pero mi educación significa mucho para mí. Pienso ingresar en el Colegio de Farmacología. Si hago esta mierda es sólo para costeármelo.

—Pues vale. Ahora nos entendemos. —Jane empezó a darse la vuelta. Estaba temblando un poco, aunque no sabía si era de rabia o consecuencia del miedo que había pasado.

Pero Puck se demoró.

—Esto, escucha. ¿Te gustaría salir algún día? Podríamos ir a bailar, a lo mejor. —Vio que Jane empezaba a negar con la cabeza y se pegó en la frente con los nudillos—. Qué idiota... todavía no te he encandilado. —Rebuscó en sus bolsillos, palpándose los pantalones, hundiendo las manos en su chaqueta—. Esto te va a encantar, es lo más parecido a un amuleto a prueba de bobos que se haya fabricado jamás. Si pudiera... Ah. Aquí está. —Sacó de su chaqueta el fantasma de una rosa. Los pétalos eran de un rojo más oscuro que la sangre, con brillos púrpuras. Era tenue pero perceptiblemente transparente.

Con una honda reverencia, se la ofreció.

Cuando los dedos de Jane se cerraron alrededor del tallo, la rosa se desvaneció. Y Puck tenía razón. Jane estaba encantada.

—¿Qué me dices?

Se guardó las gafas en un bolsillo y la miró fijamente a los ojos. Su sinceridad estaba fuera de toda duda. Haciendo oídos sordos a la prudencia, Jane se descubrió cautivada por Puck. Bajo su tosca apariencia externa tenía madera. Más que eso, se sentía enormemente atraída por él. Algo dentro de ella vibraba en su presencia.

—No —respondió.

Jane todavía estaba algo colocada cuando volvió a su cuarto de la sesión de estudio con Jenny Dientesverdes. El radiador siseaba y traqueteaba, arrancando pompitas del conducto de ventilación.

Era una fría tarde de otoño. La Ciudad parecía aburrida e inerte al otro lado de la ventana. A lo lejos, ondeaban yunques oscuros como el hierro. Ante ellos se movían motas negras, brujas de la tormenta al vuelo. Unas cuantas hojas de roble correosas, elevadas por quién sabía qué vientos, se pegaban húmedamente al cristal.

Jane corrió las cortinas y se desvistió a la luz atenuada. Mona estaba realizando un trabajo de campo y no volvería hasta tarde al día siguiente. Se tendió en la cama y empezó a tocarse, acariciándose morosamente los senos, pasándose la palma de la mano por el vientre. Al principio pensó en Puck; al final ya no pensaba en nada.

Fijó la mirada lánguidamente entre sus pechos, más allá de la llanura de su barriga. Una exuberante mata de pelo coronaba tupida la loma de su monte de Venus. A veces le gustaba imaginarse que era un bosque y ella la más diminuta de las exploradoras, recorriéndolo. Sus dedos se escurrieron hasta la boca de su laberinto, tantearon la humedad y se demoraron. Era un bosque encantado, y silencioso. Ni siquiera los pájaros trinaban en sus ramas. Paseó por él, contemplándolo todo con fascinación. Sus dedos empezaron a moverse un poco más deprisa. Todo era quietud, expectación, espera. Sus dedos se detuvieron. Empezaron a estimular su clítoris. A lo lejos había una cuesta. Sin ninguna prisa, siguiendo el meandro de senderos, se acercó a ella.

A la par de su fantasía, Jane era consciente del dormitorio que la rodeaba, de la cama que tenía debajo y del techo sobre su cabeza. Mientras jugaba con su botón, se sintió como si estuviera elevándose, con la cama alejándose de ella cada vez más deprisa, propulsándose directamente hacia el cielo. La habitación quedó atrás, la Universidad y la Ciudad y todos sus

edificios se desmoronaban y caían, cada vez más.

El techo palpitaba y se extendía, diluyéndose y atenuándose. Las primeras estrellas del anochecer aparecieron al otro lado de su evanescente neblina. Se multiplicaron y condensaron. Jane jadeó y se estremeció en la cama. Las sábanas estaban apelotonándose bajo su cuerpo. Más deprisa. El cielo se tiñó de púrpura.

Estaba volando.

Con una aguda sensación de expectación, empezó a correr pendiente arriba. Los árboles volaban a ambos lados. Cada vez más rápido, al compás que dictaba el apremiante movimiento de sus dedos, corrió, una con la Jane que, a mundos de distancia, estaba catapultándose hacia el firmamento. Coronó la cuesta y se quedó mirando con asombro e incredulidad.

Al pie había una cabaña.

Era una casa baja, blanca, de extraño diseño, y aunque sin duda era imposible que hubiera visto antes un edificio parecido le resultaba tan familiar como un sueño recurrente. Había un cobertizo adosado, sin ventanas pero con una puerta que ocupaba toda una pared. Una carretera corta, tan larga como ancha, conducía a aquella puerta. En el tejado había lo que debía de ser una antena de televisión, pues carecía de los amuletos de protección que ostentaría un pararrayos.

En trance, Jane bajó por un lento y sinuoso camino hasta la puerta trasera. Ésta se abrió con un empujón, y entró en la cocina. La envolvieron unos olores desgarradoramente familiares.

Había una mujer allí, y si bien la razón le dictaba que debía de ser una completa desconocida, algo brincó de entusiasmo dentro de Jane al verla. Estaba sentada a una mesa de formica, encorvada con desánimo, cabizbaja. Junto a un codo tenía una botella de whisky y un vaso medio lleno; junto al otro, un cenicero.

Jane avanzó de puntillas, temerosa de hablar, obligada a acercarse. La mujer —tenía el cabello oscuro, en una media melena rizada— no la oyó.

Jane le tocó el codo.

—¿Mamá?

Con un gritito, su madre levantó la cabeza.

14

Mona había encontrado el alijo secreto de Jane. Lo guardaba en una caja de cartón debajo de la cama con una capa de pantis encima a modo de camuflaje. Mona la había sacado, había vaciado sus contenidos en el suelo y los había revuelto. Furiosa, Jane empezó a recoger sus cosas. Allí estaba el libro que había robado para la Lamia y que pretendía devolver a la biblioteca un día de éstos, el fajo de tarjetas de crédito y el carné de identidad que había sustraído de la cartera de Galiagante, la pipa, el hachís y el aceite para bebés que mantenía en reserva para cuando dispusiera de tiempo e intimidad para usarlos, así como un puñado de preciados objetos sueltos, recuerdo de sus días con Peter y Gwen. No faltaba nada. Mona había buscado información.

No había nada en la caja que pudiera revelar sus secretos a Mona. Jane tenía sus cosas escondidas no porque temiera su descubrimiento sino porque significaban algo para ella y no quería que nadie les pusiera las mugrientas zarpas encima.

Aun enfadada, no obstante, Jane se sentía nerviosa. Estaba preparándose algo. Mona maquinaba alguna diablura. Jane sabía cómo pensaba su compañera de cuarto: esto era un mensaje.

Se oyó un estallido de risas en el pasillo. Las otras habundias estaban decorando sus habitaciones con guirnaldas de kteis en honor de la estación. Luego abrirían el cadáver de un erizo y salpicarían todos los dinteles con su sangre. Jane no pensaba unirse a ellas. Últimamente estaba de un humor demasiado sombrío como para disfrutar de tan simples placeres. La oscuridad y el frío habían hundido las garras con fuerza en su ánimo. No había visto nunca un invierno que durara tanto.

Bajó la persiana, se quitó la ropa, se untó el torso con el aceite para bebés y lo esparció bien. Le hicieron falta tres cerillas para encender la pipa de hachís. Distraída como estaba, tardó casi una hora en conseguir transportarse a Otra Parte.

—Háblame de ti. —Jane alcanzó a su madre mientras ésta paseaba a orillas de un río al ocaso. Enlazó las manos a la espalda, azorada. Su madre caminaba con paso largo, cruzada de brazos. Ninguna se atrevía a tender la mano a la otra.

—Bueno... soy esteticista. Frank y yo logramos separarnos por fin hace siete años. Ahora vivo sola la mayor parte del tiempo. —Se rió entrecortadamente—. Dicho así no parece gran cosa, ¿verdad? Trabajo como voluntaria en el hospital.

—Oh, mamá. —Jane miró fijamente las piedras que se sucedían a sus pies, las filas de madera de deriva y viales rotos y botellas de plástico que señalaban los límites de las suaves mareas río arriba. Quería preguntarle tantas cosas a su madre: ¿Qué sentiste cuando desaparecí? ¿Qué pensaste que había pasado? ¿Me buscaste? ¿Y dónde? ¿Y cuándo te diste por vencida? De alguna forma, sin embargo, no era capaz de formular ninguna de esas preguntas. Era tan sólo que nunca parecían encajar.

—¿Esa blusa es nueva? —preguntó de pronto su madre.

—¿Qué tiene de malo?

—No tiene nada de malo. ¿Por qué tiene que tener todo algo de malo? Es sólo que, ¿no te parece que es un poco sosa? Estarías tan guapa si cuidaras más tu atuendo y tu maquillaje. Tienes la estructura ósea para ello.

—Mira, tengo un montón de novios, no es que falten atenciones precisamente, ¿vale? Así que no empecemos otra vez con el maquillaje.

Una nota de brusquedad tiñó la voz de su madre.

—No estarás dejando que se aprovechen de ti, ¿verdad? Eso es lo único de lo que me arrepiento, de no haberme reservado para la noche de bodas. No me mires así. Si dejas que hagan lo que quieran contigo, luego te pierden el respeto. Hasta tu padre. Estoy segura de que si hubiera... En fin, qué más da.

Un buque cisterna, misterioso a la exigua luz, estaba descargando crudo al otro lado del río. Se detuvieron para observarlo.

—Mamá, he estado pensando. A lo mejor no deberías beber tanto.

Su madre se quedó mirando fijamente el barco, sin decir nada.

—Escucha, mamá. No creo que pueda venir a verte en una temporada. Se acercan los exámenes. Voy a estar tremendamente ocupada. Quizá no pueda venir a verte hasta pasado el invierno. Hacia la primavera.

Su madre meneó la cabeza, sin escuchar todavía.

—Estos sueños me resultan tan reconfortantes —dijo—. Ni te lo imaginas. Aunque sé que no son reales, aun así tengo la impresión de que sí que

lo son de alguna manera. Temo no estar explicándome demasiado bien.

—No son sueños, mamá.

—Chis, Jane.

—Algún día estaré aquí de verdad. Estoy trabajando en ello, aprendiendo todo lo que puedo. Algún día vendré a casa.

—No. —Delicadamente, la madre de Jane empezó a llorar—. No, oh, no. No me hagas esto.

Jane sintió un indescriptible desbordamiento de amor y culpa en su interior. Sin pensar, alargó el brazo hacia su madre y volcó el bote de aceite para bebés. El tapón salió disparado al otro lado del cuarto, y el aceite hizo tal estropicio que tardó horas en limpiarlo todo.

—¡Arriba, piedra vieja!

La doctora Némesis azotó con una varita de madera de fresno un pedazo de roca gris. La vara se hizo astillas. Los alumnos de su seminario se inclinaron sobre la barra, conteniendo el aliento.

La piedra se estremeció y flotó hacia arriba, con su perfil fluctuando. A media altura volvió a paralizarse de inercia, una cosa a medio formar que podría sugerir para el ojo entrenado una propensión a lo antropomorfo, pero nada más.

Mientras barría los fragmentos de fresno del suelo, la doctora Némesis preguntó:

—¿Qué acabamos de demostrar? —Su feroz mirada se paseó sobre los estudiantes. Ninguno de ellos la encaró de frente—. Señorita Dientesverdes. Responda inmediatamente.

—Que la piedra es más fuerte que la madera —contestó Jenny, al azar. La doctora Némesis estaba dispuesta a aceptar una tautología no pocas veces, siempre y cuando fuera lo bastante ingeniosa.

—Eso sin duda no sirve para el ébano y la piedra pómez —repuso la doctora Némesis. Sus alumnos se encogieron al recibir el olor a carne podrida de su contrariedad—. Señorita Flordaliso. No se pare a pensarlo.

—Hemos demostrado que todo está vivo. —La doctora Némesis arrugó el ceño y Jane se apresuró a enmendar su respuesta—: Que la vida está implícita en toda la materia. Hasta aquellas cosas que a nosotros nos parecen inertes no lo están, tan sólo duermen.

—Ilustre su tesis con un ejemplo.

—Uh, bueno, la *vis plástica,* por ejemplo. Se compone de influencias vivificadoras, por lo que las yeguas y las ovejas en los prados, de espaldas a

ella, se impregnan de vida nueva. Al cubrir la cara de un acantilado, la roca de la superficie se agita con el anhelo de formas complejas y se amalgama a imagen de bestias rudimentarias, cráneos y huesos y serpientes enroscadas que el lego confunde con vida arcaica atrapada en la piedra. Entonces sopla el viento, y al esfumarse su influencia vivificadora, el metabolismo de natural lento de la piedra regresa y ésta se vuelve a sumir en su sueño.

—¿De qué manera demuestra esto su caso?

—Porque sabemos que nada puede investirse de cualidades que no posea. La luz púrpura, al atravesar una lente roja, puede volverse roja al perder su componente azul, pero ese mismo haz no atravesará una lente amarilla, puesto que no lleva el color amarillo implícito. Del mismo modo la vida ha de estar implícita en la piedra para que ésta pueda, siquiera temporalmente, moverse y vivir.

La doctora némesis se volvió hacia una chica pinzón.

—Señorita Piquito. Supongamos que la *vis plástica* no se aparta del acantilado, sino que sopla sobre ella durante días seguidos. ¿Qué formas de vida familiares generaría?

—Gárgolas y trepamuros.

—Defienda su tesis.

—Como acaban de decir, las cosas actúan según su naturaleza. La vida nueva retendría su cuerpo pétreo y sus predilecciones. Entre las que se contarían el gusto por las superficies verticales, cierta lentitud de proceso y...

La sala del seminario era pequeña y los radiadores estaban puestos demasiado fuerte. Su funcionamiento les arrancaba traqueteos y gemidos, desprendiendo tanto calor que las ventanas se empañaban y lloraban. También la atmósfera estaba caldeada. Jane esperó a que la doctora Némesis mirara para otro lado y se tapó la boca con una mano para contener un bostezo.

Alertada por quién sabe qué sexto sentido, la doctora Némesis se envaró. Lanzó una repentina mirada de reproche a Jane por encima del hombro. Aquellos ojos acuosos, ribeteados de rosa, se endurecieron.

—Disculpe, me... —empezó Jane.

Se interrumpió. El aula estaba vacía. El calor había desaparecido. Se había esfumado la pálida luz invernal que atravesaba las ventanas, reemplazada por una vista demasiado grande y oscura de una cantidad excesiva de tejados. Se encontraba en el salón de graduados de la planta alta de Bellegarde. Los rescoldos de un crepúsculo industrial se consumían bajos sobre el horizonte.

Era de noche.

Desconcertada, Jane alargó la mano para tocar la ventana de cristal cilindrado que tenía ante sí. Era tranquilizadoramente sólida y fría. Calma, se dijo. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—¿Jane? —dijo alguien—. ¿Estás bien?

Un pálido reflejo se conjuró en la ventana junto al suyo. Onduló y se condensó primero en una calavera y por fin en una cara, fina y adorable, con las cuencas oscuras bajo los fluorescentes del techo. La vista de Jane se retiró de golpe de la distancia para enfocarse en ella.

Era Gwen.

Con un jadeo, Jane giró sobre sus talones. Pero detrás de ella no era Gwen la que se encontraba, sino Sirin. Volvió a mirar hacia la ventana y ya no pudo distinguir el rostro de Gwen en la imagen de Sirin.

—¡Cariño! —Sirin la cogió por el brazo—. ¿Qué te ocurre?

—Me... —De espaldas a la ventana, Jane podía ver el pasillo por encima de los sillones vacíos; un murmurante caudal de profesores y alumnos se vertía por las puertas de la Sala de Conferencias para Graduados dedicada a Erlkonig—. La doctora Némesis me expulsó de su seminario. No recuerdo nada de lo que pasó luego. Debo de haberme perdido más de medio día.

Las consecuencias del ataque de inquina de la doctora Némesis encajaron en su sitio con la fuerza del ultraje. Todo lo que había hecho desde aquel instante —la mayor parte de las clases del día, lo que había estudiado, los encuentros con sus amigos— le había sido arrebatado.

—La muy zorra —masculló. Luego, con más énfasis—: ¡Bueno, pues que se joda! Que se la folien a tres bandas a medianoche.

—Así se habla. —Sirin le echó a Jane una capucha de erudita, duplicado de la suya, por la cabeza y la condujo hacia la multitud—. Pon cara de pomposa. No creo que nadie se fije en que nos hemos colado de gorra, pero... —Se rió—. ¿Habías visto alguna vez tantos trajes de tweed juntos?

—Tampoco es que haya sido a propósito. —Traspusieron las puertas de caoba sin incidente—. Intentaba... ¡hey! Además, ¿adónde vamos?

Jane prefería los asientos cerca de la parte alta del auditorio y hacia un lado, donde era menos probable que llamaran la atención, pero Sirin se dirigió decidida a la fila cinco izquierda, a la sombra del podio, inmediatamente detrás de cuatro filas de profesorado. Detrás y a un lado del atril los decanos de la universidad aguardaban pacientemente sentados en sillas plegables, como cuervos posados en una barandilla.

—Es la clase de Gramática Profunda, tonta. Te lo conté todo a la hora del almuerzo, ¿no te acuerdas?

Jane negó con la cabeza. Sin amilanarse, Sirin dijo:

—Sólo dan esta clase una vez cada diez años. El resto del tiempo tienen al orador guardado en las catacumbas, encerrado en una tina de aceite de oliva.

—Oh, venga ya.

—En serio. Conozco a un asistente de docencia que ayudó a sacarlo.

Un administrador con cabeza de chivo ocupó el atril. Se aclaró la garganta.

—El número de héroes de la Historia Natural es reducido. Mas esta noche quiero presentarles no a un simple héroe sino a un guerrero, un auténtico berserker académico, alguien que ha tomado por asalto directo los más íntimos secretos de la Diosa. Cuando sus compañeros y él se dispusieron a atacar su fortaleza y obligarle a rendirles sus conocimientos, sabían que este intento podría destruirlos no sólo a ellos, sino también a los mundos superiores e inferiores. Pero esto no los arredró ni por un instante. Pues sus convicciones les infundían valor. La sinceridad intelectual era su arma.

»Sólo uno de quienes integraban aquella heroica compañía regresó. Hoy lo tenemos ante nosotros. ¿Hay alguien que necesite menos introducción que mi distinguido colega? Permítanme presentarles al más ilustre de los eruditos, un tesoro intelectual viviente, el ejemplar más destacado de nuestras colecciones... —Sirin le dio un golpecito a Jane con el codo—. El profesor Tizmazana.

Mientras duró el consiguiente aplauso aprovechó para retirarse discretamente a una silla vacía, y una figura apergaminada se encaramó al estrado.

Hasta para la Escuela de Grammarie, ampliamente reputada por llevar al extremo el concepto de las artes liberales, el profesor Tizmazana resultaba grotesco. Era un ascua achicharrada y churruscada de criatura, renegrido y pequeño, sus extremidades como palillos calcinados, su torso derretido, reducido y carbonizado. La boca le colgaba abierta y su paso era lento y doloroso. Parecía un catálogo de las aflicciones de la edad.

Buscó el micrófono a tientas. Se mano se cerró en torno a él con un suave *boom,* se retiró. Las cuencas abrasadas de sus ojos se elevaron hacia el techo. Jane comprendió que estaba ciego.

—Caballeros —dijo—, eruditos, y poderes. —Su voz era débil y aflautada, pero el sistema de amplificación la transportaba por todo el auditorio. Desde abajo, su cabeza parecía enorme sobre aquellos hombros escuchimizados, un melón en equilibrio encima de un poste a punto de caerse. Se agarró al atril con las dos manos—. Se puede percibir el mundo en tres estados, los cuales a menudo pueden verse en conflicto unos con otros. Estos son... —Vaciló, se interrumpió casi, y pugnó por continuar—. Éstos son... son...

son en primer lugar el estado indiscutido. Aquél que ve un niño, en el que el pan es pan y el vino es vino.

»El segundo estado es... —Se tambaleó ligeramente— ... es la realidad consensuada, el conjunto de convenciones según las cuales convenimos que el pan es alimento y el vino es camaradería. —Risas discretas, educadas—. El tercero es el estado examinado, aquél del que se ocupan nuestros colegas de las Escuelas de Hechicería, la interacción de fuerzas que según ellos conforman la realidad definitiva. —Risas más altas, robustas—. Pero preguntémonos, ¿qué hay detrás de todos ellos? ¿Cuál es el auténtico estado de lo que podríamos llamar hiperrealidad?

Un largo silencio.

—La primera diapositiva, por favor.

Se apagaron las luces y se escuchó un chasquido característico procedente de la sala de proyección situada en la parte de atrás. En la pared a su espalda apareció una brillante visión de lo que podría ser una monstruosa concha marina descolorida, tan grande como una montaña, suspendida sobre un océano ilimitado. Los asistentes estaban en completo silencio.

El profesor Tizmazana buscó a tientas el puntero láser, llenando de tiznes la superficie del atril. Dirigió el puntero hacia la proyección con unos movimientos tan sincopados y poco convincentes como los de una marioneta de palo. El punto de luz roja se agitó a un lado de la pantalla.

—Esto es... —La cabeza se balanceó—. Esto es... es el Castillo Espiral. —Nadie se atrevía ni a respirar siquiera—. Nadie salvo yo ha ahondado jamás tanto en los misterios de la Diosa. El Océano sobre el que está suspendido es el mismísimo Tiempo, y hasta donde se ha podido determinar con nuestros limitados instrumentos se extiende hacia el infinito en todas direcciones. Siguiente diapositiva.

Clic. Una ilustración de una cinta retorcida en forma de ocho, flotando en el vacío.

—Esto es una banda de Móbius de una vuelta.

Clic. Una figura más compleja.

—Con dos.

Clic. Otra.

—Con dieciséis.

Clic, Una retorta de cristal, algo parecido a un alambique con el pico curvándose hacia sí para luego emerger por la otra punta, de modo que su interior se convertía en su exterior. Si bien de nuevo no había fondo, brillaba

con colores reflejados como una pompa de jabón.

—Esto es el equivalente tridimensional de la primera diapositiva.

Clic. Otra pompa de jabón, infinitamente más compleja.

—El equivalente sextidimensional de la segunda diapositiva.

Clic. Una tercera pompa que era peor que las otras dos combinadas.

—El equivalente dodedimensional de la tercera diapositiva.

Clic.

—Otra vez el Castillo Espiral. —En esta ocasión su configuración física era visiblemente la de un sólido de rango alto en la línea de progresión sugerida por las diapositivas previas. Sus curvas eran intrincadas y vertiginosas—. Verán cómo se pliega sobre sí mismo. Esta complejidad recursiva se extiende al menos hasta las trece dimensiones. El visitante que siga la simple curva de un pasadizo podría resultar físicamente invertido, de modo que fuera diestro al entrar y zurdo al salir. Seguir el mismo pasadizo a la inversa, no obstante, no repararía el daño necesariamente; podría, de hecho, realizar una segunda inversión de suerte que el exterior de uno se internalizara, dejando la piel vuelta hacia dentro y las tripas, por así decirlo, hacia fuera.

»¿Pero qué... qué... qué significa esto en la práctica?

»Aquí se impone una breve digresión hacia la metempsicosis... ¡Les prometo prescindir de las matemáticas! —Hizo una pausa a la espera de unas risas que no se produjeron—. No todos los que entran en el Castillo Espiral salen de él. Pero quienes sí lo hacen podrían volver a nacer con la misma facilidad en el pasado que en el futuro. Se ha... se ha demostrado que pueden existir hasta seis avatares de un mismo individuo en un momento dado. Aunque no sería recomendable que se reunieran. —Dos o tres de los profesores más veteranos se rieron por lo bajo, como si acabaran de escuchar un chiste algo abstruso.

A Jane le estaba costando seguir la clase. La imagen puramente blanca del Castillo Espiral era como una bengala de magnesio. Se hinchaba y reducía en su visión, como si estuviera respirando suavemente. Le palpitaban los ojos, le dolían si intentaba seguir la lógica de sus involuciones. Tenía que apartar la mirada.

A la pálida luz reflejada de la diapositiva, todas las caras estaban grises y compuestas, como si sus propietarios estuvieran en trance. Jane se descubrió observando fijamente el perfil de Sirin. Podía intuir la forma del cráneo debajo de la piel; se le antojó que el parecido con Gwen era más fuerte que nunca.

¿No se trataría de Gwen en realidad?

Era una idea tan alarmante como tentadora. Pero no nueva. Jane lo sospechaba desde hacía algún tiempo. Si lo que decía el profesor Tizmazana era cierto, era culeramente posible que Gwen hubiera renacido en Sirin.

En cuyo caso las polaridades cargadas de sus sinos opuestos terminarían por unirlas inevitablemente en una órbita común alrededor de una fatalidad compartida.

A Jane le gustaba mucho Sirin. Era abierta y generosa y, sin lugar a dudas, intelectualmente superior a ella. Sirin tenía madera de gran alquimista. Había muchas cosas que Jane podría aprender de ella. Pero no se atrevía a implicarse en la vida de Sirin, si eso significaba una posible repetición de la tragedia anterior.

Claro que, si Sirin no era Gwen renacida, no había necesidad de rehuirla. El problema era que, sencillamente, resultaba imposible saberlo.

Puck, sin embargo, era un asunto completamente distinto.

—¡Comesapos! ¡Hatajo de asnos rabicortos con rizos! ¡Cabrones hijos de puerca cabezas de chorlito!

Jane volvió en sí con un respingo. Por todo el auditorio, los asistentes estaban levantándose de sus asientos. Un profesor Teg directamente enfrente del asiento de Jane se enderezó con una sacudida y un bufido. Un gnomo que tenía a su izquierda se pasó la mano por su coronilla salpicada de hongos.

El profesor Tizmazana había abandonado su conferencia hecho una furia. Estaba imprecando a su público.

—Un solo ser... ¡sólo uno! ¡yo!... ha profundizado alguna vez tanto en los secretos de la Diosa y ha vuelto para desvelarlos. ¡Por las balas de cañón, el agua bendita y las campanas, escuchadme! Me jugué más que la vida y la cordura por traeros estas fotografías. Me... yo... una vez fui joven y alto y apuesto. Tenía amigos que murieron en esa expedición y no renacerán jamás. Fuimos capturados y castigados una y otra vez. Sólo yo escapé. ¡Miradme! ¡Mirad el precio que pagué! ¡Cuántas veces he intentado decíroslo! ¿Por qué no me escucháis nunca?

Había empezado a llorar.

—¡Ay! —gritó—. ¡Ay de los que buscan la Verdad, pues tal es el tesoro mejor guardado de la Diosa! Ah, es cruel e inescrutable, y amarga, amarga es su venganza.

Las luces se encendieron suavemente. El aplauso fue atronador.

Ahora Jane sabía lo que tenía que hacer.

La única luz del laboratorio de alcalinidad procedía de la sala donde se guardaban los equipos, cuya puerta Jane había dejado abierta. Sobre su cabeza, el cocodrilo disecado giraba despacio empujado por unas corrientes de aire por lo demás indetectables. Vigorizada e impulsada por el plan inspirado por la clase de Gramática Profunda, Jane había conseguido robar todas las llaves, el equipo y el tiempo que necesitaba para realizar el experimento en tan sólo tres días.

Colocó el láser de iones de argón en el banco de trabajo a su izquierda y la cámara de pruebas a la derecha. La cámara contaba con un monocronómetro sintonizado con un contador de fotones situado en el otro extremo.

Estos dos y un espejo óptico eran los componentes principales de su experimento. Lo que se proponía era elegantemente simple.

La puerta traqueteó. Se podía distinguir tenuemente una figura larguirucha, cabezona e irrazonablemente alta a través del cristal esmerilado.

Ella abrió la puerta.

—Tengo lo que querías. —Billy Bugaboo entró bamboleándose contrito, oliendo a jabón barato, cigarros de importación y falta de confianza. Abrió la mano. En su palma había un arrugado parche con la leyenda del Primer Leviatán Aéreo. La última vez que Jane había visto aquel parche fue en la hombrera de la chaqueta de Puck. Recordaba haberse fijado en que estaba algo suelto.

—Gracias. —Jane cogió unas cuantas hebras del parche y las guardó en un tubo de muestras.

—¿Cómo es que conoces a Puck? —preguntó Billy.

—¿Cómo es que lo conoces tú?

—Nos presentó Sirin.

Jane vertió *aqua regia* despacio sobre los hilos y tapó el tubo. Supuestamente el agua real sólo debía emplearse como disolvente para el oro y el platino, pero lo cierto era que funcionaba con las hebras. Meneó el tubo y las vio escindirse en un neblinoso remolino de partículas.

—¿Y cómo es que Sirin conoce a Puck?

—Es sólo que es una de esas personas que conoce todo el mundo. —Billy se encogió de hombros—. Es posible que le haya comprado algunas setas sagradas. A lo mejor él le ha hecho algunas reparaciones en la bici. Es una persona dinámica. Se mueve por todas partes.

Jane apuntó el láser de modo que el espejo reflejara su haz hacia la

cámara de pruebas. Sacó unas mangueras y las conectó a la campana de refrigeración y a la chaqueta de agua del láser. Cuando hubo comprobado que estaban seguras, abrió las espitas.

—Bueno, pues lo mismo conmigo.

Encajó un control de salinidad en las pinzas de muestras y cerró la cámara.

—Oh. —Billy parecía desconcertado—. Hey, he conseguido de pura chiripa un par de entradas para un destripamiento. Había pensado que a lo mejor tú y yo...

—No. —Todo estaba en su sitio. Pulsó el interruptor del láser y consultó el contador de fotones. Las lecturas eran muy bajas. La decepción afiló su respuesta—. Aunque quisiera ver algo así... que no quiero... no iría, por luego querrías llevarme a la cama. Y ya no quiero seguir teniendo sexo contigo porque así lo único que hago es darte esperanzas.

Billy arrastró los pies detrás de ella, no dijo nada.

—¿Por qué no se lo pides a Linnet? Es una chica bien mañosa, por lo que cuentan. —¿Sería posible que hubiera configurado el amperaje equivocado para el láser? Toqueteó las juntas, buscando algún falso contacto, esperando que fuera así de sencillo. Como fuera el tubo de flash lo que no funcionaba, estaría aviada—. Le diré que tienes tres pelotas.

Billy se ruborizó. A Jane no le hacía falta mirar.

—No hace falta que te pongas grosera —dijo Billy con su voz más remilgada.

—Oh, pero si a todas las chicas... —Al darse la vuelta vio su expresión y se calló. El dolor y la soledad colmaban aquellos ojos sin malicia. De repente se sintió avergonzada. Únicamente el hecho de saber que Billy no se detendría ahí le impidió tenderle los brazos—. Está bien, siento haberme metido contigo. Pax, ¿vale? Seamos amigos de nuevo.

—Vale. —Billy asintió con desgana, y Jane regresó a su trabajo.

Si el problema estaba en el cronómetro, por otra parte, no podría hacer gran cosa al respecto. Aquel chisme venía sellado de fábrica y se vendía en una pieza. Pero había visto a Lampanegra usar ese mismo equipo ayer mismo, y había funcionado perfectamente. ¿Qué estaba pasando por alto?

¡El espejo!

En efecto, cuando comprobó el espejo estaba sutilmente corroído y dispersaba una fracción vital del haz. Jane colocó uno nuevo. Manipuló el avance automático para probar su estabilidad. Pop. Esta vez las cifras

encajaban. Tiró del controlador, metió la muestra de la chaqueta de Puck y dejó la cámara de control abierta. Se puso un par de gafas láser. Con el aparato ajustado a quinientos catorce angstroms, las gafas lo filtrarían todo salvo el *raman* de la muestra y podría mirar directamente.

—Sobre lo del destripamiento —dijo Billy.

La excitación de los iones libres en la solución dio vida a un minúsculo duende naranja. Flotaba en el verde acuoso de la vista de Jane como un alga azotada por corrientes submarinas. La esperanza de vida de estas criaturas era efímeramente corta; a la excitación de la luz láser nacían y morían miles de veces por segundo. El ser que ahora veía como uno era en realidad muchos, sus movimientos una ilusión de continuidad similar a la generación de imágenes repetidas en la pantalla de un televisor. Era tan delicado que no se atrevía casi ni a respirar.

—¿Qué pasa con eso?

—Pensaba que ahora que habías tenido tiempo de meditarlo, a lo mejor... ya sabes.

Jane suspiró, pero no levantó la cabeza.

—Lárgate, Billy.

Billy se quedó allí un momento, haciendo tintinear las monedas que llevaba en el bolsillo. Al cabo, se fue.

Por medio de una simple transformación de contagio, el espíritu *raman* terminaría por adoptar la forma del ser más estrechamente relacionado con las partículas de hilo del parche. Jane aguardó mientras el duende evolucionaba pasando por un incremento gradual de cambios, volviéndose cada vez más familiar. Al final un Puck minúsculo se asomó sonriendo con lascivia a sus gafas, se humedeció los labios y se rascó la entrepierna. Sería demasiado esperar un ápice de sutileza de tan primitiva criatura. Ahora que había llegado el momento, Jane descubrió que estaba asustada. El láser estaba amañado para emitir un rayo trasmisor. Acopló un micrófono a su costado. Carraspeó, nerviosa. Hacía mucho tiempo que no utilizaba el nombre verdadero de Gallo.

—¡Acu! —exclamó.

El duende brincó como si le hubieran cruzado la espalda con un látigo. El tubo de flash se fundió con un fuerte chasquido. Un tufo a plástico quemado emanó del enchufe. Jane retrocedió con un grito al cortocircuitarse el láser, cubriéndose las gafas con un brazo.

Pero el daño ya estaba hecho. Diáfana y brillante en el fondo de su cerebro resplandecía la trina imagen residual de Gallo-Peter-Puck. Sus ojos eran claros y sus pieles como el marfil. Yacían envueltos en sábanas y sus

expresiones eran serenas, confiadas, inmaculadas.

Estaban todos muertos.

De modo que era verdad. Gallo era Peter era Puck.

Era tarde y los ascensores expresos cerraban por la noche. Jane tardó cuarenta y cinco minutos en llegar a casa en uno local sin asientos. Durante todo el trayecto lloró por dentro más que pensó. Había creído que conocer la verdad sobre Puck de uno u otro modo la liberaría. Sólo ahora que le quedaba vetado era capaz de reconocer cuánto lo quería.

Estaba muerta de agotamiento cuando regresó por fin a su cuarto. Había sido un largo día y lo único que le apetecía en estos momentos era acostarse.

La luz se derramaba por el montante en abanico y se filtraba por la rendija debajo de la puerta. Dentro sonaban voces. Mona había vuelto. Y se había traído un amigo. No importa, pensó Jane. Ya nada puede hacerme daño. Podrías pegarme en la cara con un ladrillo y no me enteraría.

Abrió la puerta.

Había una desgarbada figura de ojos rojos y pelo como la paja sentada en su cama. Levantó la cabeza y sonrió con malicia.

—¿Cómo lo llevas, Mari?

Era Ratartel.

15

El invierno se desgranaba con una parsimonia sin precedentes. Los Lores de la Ciudad declararon un tercer diciembre, de suerte que el Diciembre Negro dio paso al Diciembre de Hielo con la posibilidad de tener un cuarto diciembre en la mente de todos. Mientras tanto, era la Luna del Lobo, y la Diosa había adoptado su aspecto más hostil. A veces parecía que el Diezmo no iba a llegar nunca.

Pasada una semana desde la reaparición de Ratartel, Jane salió de tiendas con Mona y él. Siguió sus pasos, con ansiedad y desgana, por los lujosos establecimientos de Gladsheim y Carbonek, sitios tan elegantes como la Feria del Cuerno, Fata Padourii y Maleficium, donde Jane parecía y se sentía irremediablemente fuera de lugar. Ratartel se quedaba atrás, haciendo tintinear las llaves en sus bolsillos, con una sonrisa satisfecha en sus labios hinchados, cuando el brillo de alguna bagatela despertaba la avaricia de Mona.

—Oh, fijaos —decía ella entonces—, ¿no es adorable?

—Sí —reponía Ratartel, mirando fijamente a Jane—. ¿No te parece?

Terminaron la tarde en La Cueva. Era noche de micros abiertos y todos los aspirantes a bardos y juglares fracasados en kilómetros a la redonda habían acudido con un fajo de deplorables poemas. Se sentaban en torno a mesas hechas de bobinas de cables de teléfono, sorbiendo expresos y aguardando su turno. Universitarios en vaqueros y polos negros de cuello vuelto les traían tazas nuevas y recogían las vacías.

—Oh, los guantes, los guantes de piel de fauno —dijo Mona, entusiasmada—. A partir de ahora pienso ir a hacer todas mis compras a La Jettatura. —Alargó un brazo para trazar la línea del mentón de Ratartel con la punta de un dedo y ronroneé—: Imagínate... qué suaaaves serían.

En la diminuta tarima, un poeta con aspecto de pasarse el día durmiendo bajo montones de heno recitaba:

No más agachada junto a él la dama,
sino glorificada y en pie ante su cara.

Ratartel puso los ojos en blanco. Luego, retomando un hilo de retórica previo, dijo:

—El sexo es cuestión de poder. Dominio y sumisión, ése es el juego en pocas palabras.

—En nuestro caso no es así —dijo Mona—. ¿Verdad que no, cielo?

Ratartel le dio unas palmaditas en la mano con indulgencia.

—Alguien tiene que dar y alguien tiene que recibir. Ésa es la naturaleza de las cosas. El macho es un agresor natural. La hembra es pasiva y protectora. Inevitablemente, el amor en acción es una colisión entre lo blando y lo duro, entre aprehender y ceder, una guerra en miniatura. Todo lo demás... el cortejo, el distanciamiento, la reconciliación... no es sino el refinamiento y la sublimación de estas fuerzas primarias.

—Eres un bruto —dijo Mona con gesto mohíno. Luego, en tono mimoso, añadió—: Pero, terroncito, a nadie le gusta que estén dándole órdenes todo el tiempo.

—En una relación a tres bandas, claro está —dijo Ratartel, pensativo—, las cosas son distintas. Puede salir de una forma u otra, pero generalmente termina con dos personas arriba. A fin de mantener el equilibrio, quienquiera que acabe abajo deberá aceptar el doble de dominación. Tendrá que aprender a arrastrarse. A reptar. Tendrá que aprender a apreciar su humillación como si fuera un tesoro.

Mona lanzó una rápida mirada a Jane. Tenía los ojos duros y brillantes, como botones de carbón, y las ventanas de la nariz abiertas. Sacudió la cabeza y se dio la vuelta.

—Eso es perverso.

—Oh, sí —convino Ratartel—. Pero claro, tantas cosas lo son.

Jane estaba mirando fijamente el candelabro. Observando cómo se desvanecía y reaparecía la llama dentro del grueso cristal rojo. Como una polilla pugnando por escapar.

—Dijiste que me querías contar algo.

Alta, bella, resplandeciente y orgullosa
como la Columna junto a la Puerta Preciosa...

—¿Ah? Cierto. Cuando te fuiste estaban pasando tantas cosas raras... —Ratartel sacó un sobre de un bolsillo interior de su abrigo y lo dejó encima de la

mesa junto a su jarra. Jane alargó la mano para cogerlo y él lo retiró—. Cosas raras, muy raras. Te marchaste tan de repente que no te molestaste siquiera en despedirte de tus viejos amigos. Después de todo lo que significábamos los unos para los otros. Eso me despertó la curiosidad. Decidí hacer algunas indagaciones.

Bruscamente, Mona dijo:

—¿Salíais juntos?

—No.

—No fue nada... locuras de juventud. —Ratartel agitó una mano sin darle importancia—. Convencí a Strawwe para que solicitara información a la Oficina del Ladrón de Niños. —Dio unos significativos golpecitos al sobre—. ¿No sientes curiosidad por saber lo que nos dijeron?

Siendo ella misma la Puerta que al amor
facilita la entrada al Templo...

La voz del poeta era atiplada, nasal y vacilante, un ramillete de propiedades desagradables.

—¿Tenemos que escuchar esta basura? No, no siento curiosidad. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Buena pregunta. —Ratartel volvió a guardarse el sobre en el bolsillo y cambió improvisadamente de tema—. Espero que te lo hayas pasado bien esta noche, Mona, tesoro. Paseando por la Ciudad, viendo tiendas, conversando agradablemente.

Mona le dio un abrazo.

—Ya sabes que sí, Ratartelín.

—Si sólo pudieras quedarte con una prenda de todas las que hemos visto esta noche, ¿cuál sería?

—Oh, los guantes de fauno. Sin lugar a dudas, los guantes.

Ratartel se volvió hacia Jane.

—Ya has oído a la señora. —Chasqueó los dedos, como si Jane tuviera que obedecer por fuerza.

Demasiado horrorizada como para analizar y poner en orden su indignación, Jane exclamó:

—Pero si ni siquiera me dejarían pasar por la puerta. La Jettatura está fuera de mi alcance. Es demasiado pija.

—Confiamos en ti. —Ratartel se puso de pie, y Mona detrás de él. Cerró una mano protectora sobre su espalda para empujarla fuera de allí—. Nuestra pequeña Mari es capaz de mucho más de lo que se imagina. —Le lanzó un beso por encima del hombro.

Mientras la pareja salía, se elevó un puñado de aplausos dispersos. El poeta había concluido su lectura. Bajó del escenario y fue reemplazado por otro tan parecido a él como dos cigarros de la misma cajetilla. El sustituto carraspeó delante del micrófono y empezó:

¿Cuál es, oh, tu aflicción, noble caballero,
que a solas y pálido te demoras?

En vez de preguntarse si La Jettatura estaba o no fuera de sus posibilidades, Jane debería haberse enfrentado directamente a Ratartel. Debería haberle dicho que nunca volvería a robar para él. Debería haberle dicho que nada de lo que hubiera dentro de aquel sobre podría afectar de ninguna manera a su situación académica. Que no le tenía miedo, ya no.

Había tantas cosas que debería haber dicho.

Los libreros del Antiguo Salón de Regentes abastecían a toda la Ciudad, Pero puesto que Senauden estaba cogido por la universidad, muchos se especializaban en textos de segunda mano, obras de turbia erudición y otros libros de especial interés para los estudiantes.

Las casetas medían dos y hasta tres pisos de altura, pero su interior era tan angosto que no se podían cruzar dos clientes sin incomodidad. Tiempo atrás, se habían colocado tuberías en el espacio que había debajo del techo abovedado con estrellas de color índigo y dorado. El vapor siseaba con suavidad, de forma incesante, desde las juntas de un juego de cañerías, y el agua se condensaba en la parte inferior de otra. Una llovizna contumaz caía sobre los tejados verdes de los puestos y la calle embaldosada entre ellos.

—¿A qué viene este ansia por conseguir un libro sobre orquídeas? ¿No se te puede ocurrir un nombre si no? —Sirin cogió un paraguas del perchero junto a la puerta oeste y lo abrió con una sacudida. Jane tomó otro.

—Igual sí. Es difícil, sin embargo. Es una cosa tan personal, ¿sabes? Me daría rabia tomar una decisión precipitada y quedarme pillada con algo como Lady Fátima. —Paraguas en ristre, Jane y Sirin se cogieron del brazo. El paso entre las casetas estaba atestado de peatones.

—Jenny Dientesverdes llamó a la suya Doña Jardincito de Rosas.

—Demasiado florido. Casi tan malo como el que le puso Eleanor a la

suya.

—¿Cuál? Dime.

—Mandona.

—¡Oh, qué gusto más pésimo! ¡Pero si es un nombre de vaca! ¿Conoces a esa bwca que vive al final de tu pasillo? Jura que se ha decidido por Asedio Peligroso.

—Ése es buen nombre.

—Y aun así es poco probable que llame mucho la atención. —Sirin se rió por lo bajo—. Corvina dice que piensa llamar a la suya Ineluctable Caverna de Desesperación.

—Es sólo que está resentida porque la han dejado por una sanguina. ¿Has oído cómo llama Nant a la suya?

—¿Cómo?

—Jaleo. —Esta vez se rieron las dos—. ¿Y tú?

—La Picadora.

—¡Oh, no! ¿En serio?

—No, claro que no. La he llamado Coraje. ¿No era ése...?

—¡Rápido! —Jane agarró a su amiga del brazo y la metió en la caseta más cercana. La inscripción en letras doradas que había encima de la puerta anunciaba: FULLIGO—. ¡Entra aquí!

Sorprendida, Sirin estiró el cuello y se asomó al pasaje.

—¡Jane! Pero, ¿qué...? —Puck Aleshire pasó por delante de la puerta, con expresión sombría y la cabeza descubierta bajo la lluvia, sin mirar a izquierda ni a derecha. Lo engulló un mar de paraguas. Sirin hizo un ruidito de exasperación—. Oh, Puck. Esto que hay entre tú y él se os está yendo de las manos.

A Jane le dio un vuelco el corazón.

—¿Esto? ¿Qué ha estado diciendo de mí?

—No dice nada de ti, ¿y sabes por qué? Porque lo ignoras, lo evitas, no quieres saber nada de él. No puede desear lo que no sabe que existe.

Jane empezó a hurgar en una bandeja de libros de sueños de saldo, colecciones de crucigramas y herbarios.

—Apesta a muerte. Basta un vistazo para saber que no va a sobrevivir al Diezmo.

—Eso sólo hace que resulte más delicioso. Debería apelar a tu faceta más

depravada. —Un punto de enfado brillaba en los ojos de Sirin—. Venga, Jane, pero si es perfecto. Puedes hacer lo que quieras con él sin que venga husmeando a recordártelo el semestre que viene. Cualquier chica normal mataría por una oportunidad así.

—Bueno, yo ya he pasado por todo eso, gracias. Nunca más.

Sirin descargó un pisotón en el suelo.

—¡Campanas de iglesia y agua bendita! Eres jodidamente imposible. No sé por qué te soporto.

—Pero si yo...

—¡Olvídalo! Nunca, ¡nunca!, intentaré hacerte otro favor.

Lívida de furia, Sirin abandonó la tienda dando un portazo. Desapareció en las arremolinadas corrientes de la multitud.

Jane estaba asombrada. Aquello no tenía ningún sentido. Sirin tan pronto estaba riéndose como le daba un ataque de rabia. Su buen humor se había evaporado tan deprisa como la luz sobre un prado al cruzarse una nube por delante del sol. Nada de lo que Jane había dicho podía justificar esa transformación.

Suspiró, se volvió hacia las estanterías y puso la mano exactamente sobre lo que estaba buscando. Era un volumen delgado encuadernado en cuero labrado y titulado *El nombre de la orquídea.* Jane lo hojeó. Había una decena de planchas coloreadas a mano y un diccionario con varios cientos de nombres definidos, derivados y separados por méritos y deficiencias. Tocarlo era desearlo.

Levantó la cabeza y miró al fondo de la caseta. Estaba vacía. Miró hacia arriba. Las estanterías parecían reducirse y retroceder hasta el infinito. Una escalera de mano larga y estilizada se extendía más allá de las colgantes luces eléctricas, hacia reinos lejanos donde las interminables filas de libros se perdían en la oscuridad.

—¿Hola? —llamó—. ¿Hay alguien ahí? ¿Maese... —¿Cuál era el nombre que había en la fachada?— ... Fulligo?

No hubo respuesta. Se encogió de hombros y buscó la puerta.

La escalerilla traqueteó con irritación. Un adoquinoso bajó gateando de cabeza desde las alturas. Al llegar al octavo peldaño se impulsó para dar una voltereta y aterrizar a sus pies con un topetazo.

—No está a la venta. —Cogió el libro de manos de Jane.

—¿Cómo? —Jane se apartó.

—¡No está a la venta, no está a la venta! ¿Es que eres lela? No está a la

venta significa que no se puede comprar. —Maese Fulligo le llegaba a la cintura y sus gafas de media montura dorada eran brillantes semicírculos contra su cara negra y entrecana—. Lárgate. Aquí no hay nada para ti.

—Um... esto es una caseta de libros, ¿no?

—Bueno, ¿y qué pasa?

—La mayoría de las casetas de libros venden libros.

—A mí no me vengas con lógicas. —Fulligo se pasó el libro sobre orquídeas de la mano a un pie y lo encajó en el estante más bajo sin mirar siquiera. Intencionadamente o no, se interponía entre Jane y la puerta. De lo contrario Jane se hubiera ido sin más—. Estoy prevenido contra tus artes de ratera. Estos libros son míos, ¿me oyes? ¡Míos! Los defenderé hasta la muerte, y no lo digo por hablar.

Jane se descubrió temblando.

—Ésta es la tienda más demencial que he pisado en mi vida.

—¿Demencial? —Se plantó frente a ella, todo ángulos en movimiento, y le agitó un dedo bajo la nariz—. Conozco a los de tu calaña y vuestras patéticas fantasías. Oh, sí, vaya si os conozco. Os pensáis que una biblioteca es como la mente de un gran y noble erudito... católico, universalmente educado y precisamente organizado. Cada opinión sopesada frente a su opuesto, cada hecho presto a ser demostrado. Sin más prejuicios que los que conlleva el mismo conocimiento. Si existe algún vacío en la omnisciencia colectiva, una horda de lacayos se apresurará a rellenarlo con los mejores volúmenes disponibles, todos ellos calibrados y catados para garantizar que la calidad y el sabor de la información sean adecuadamente excelentes. Y este constructo pueril, este remedo de señor de los saberes, os parece algo bueno. ¡A ver si nos enteramos un poquito!

—Si se aparta usted un par de pasos, me iré.

—Te sonríes ante mi caseta porque es más parecida a lo que es realmente tu mente... erráticamente educada, atestada de todas aquellas aserciones sin examinar que den en ponerse a su alcance, colmada de información dudosa y contradictoria. El volumen que necesitas está aquí en alguna parte, pero mal colocado y pasado de moda. La basura y los tesoros se entremezclan a conciencia sin que haya forma de distinguir cuál es cada cuál. —Cogió un volumen al azar y leyó el lomo—. *Scribbledehob.* ¿Reflexiones sobre chimeneas? ¿Las picaras aventuras de un joven demonio? ¿Los ilegibles garabatos de un maníaco trastornado? ¿Quién sabe? —Lo devolvió a su sitio y sacó otro—. *Bandolaro y Bandoliro,* las alegres correrías, sin duda, de una pareja de picaros tan ingeniosos como encantadores, archivadas junto a esa utilísima obra de referencia que es *Cultos innombrables.* ¿Y para proveerlos, encargarlos y

reabastecerlos? Sólo yo, y nadie más que yo.

—Está bien. No quiero comprar nada. He cambiado de opinión.

—¡Pero piensa! Usa la cabeza, para variar. Es la excentricidad y no la cotidianidad lo que valoramos en los demás. Son nuestras diferencias las que nos individualizan. Si te encontraras con tu cacareado erudito a horcajadas en este mismo pasillo, con sus rasgos perfectos y su intachable dicción, te parecería entendido pero extrañamente monótono, un fárrago de hechos y citas y nada más.

»Compara eso con el ingenio y la variedad, con la eterna sorpresa de mi dulce, dulcísima amante. —A ciegas, con ternura, acarició los libros con su vieja mano picaza—. ¿Te gustaría que la mutilaran, redujeran... sí, y lobotomizaran? ¡Oh, pérfida, pérfida, diez mil veces pérfida!

—¡Sólo era un libro!

—Disculpe. —Una mujer lagarto de semblante afable asomó la cabeza por la puerta—. Acompañaré a la joven afuera. Creo que lo que quería desde el principio era visitar mi caseta. Siéntate, vejete. Tómatelo con calma.

—¿Eh? —Fulligo se sobresaltó y se volvió a medias hacia la puerta. Una expresión desconcertada se propagó por su rostro. Entonces se le doblaron las rodillas y, en lento derrumbamiento, se hundió sobre una caja de cartón llena a rebosar de mapas, panfletos y octavillas publicitarias desechadas. Apoyó la cabeza en las manos—. Desaparecido, todo ha desaparecido para siempre —se lamentó.

Ésta era la oportunidad que Jane estaba esperando. Aceptó la mano de la mujer lagarto y pasó delicadamente por encima del desatento adoquinoso. Ahora tenía vía libre hasta la salida.

En el umbral, abrió su paraguas y preguntó en voz baja:

—¿A qué venía todo eso?

—Es un riesgo de la profesión. —La mujer lagarto se encogió de hombros. Era corpulenta y sus movimientos, en concordancia, resultaban aletargados—. Se empieza leyendo libros y se acaba enamorándose de ellos.

—¡Pero todos esos disparates! Acerca de muerte y mutilación y lobotomías.

—Los avisos llegaron hace tres días. —Sacó un papel de copia de un bolsillo de su delantal, lo desdobló, lo miró, volvió a plegarlo y lo guardó de nuevo—. Las autoridades van a requisar una décima parte de nuestro stock para las hogueras del Diezmo. Hasta entonces Fulligo no regía tan mal. Pero cuando quiso hacer una criba de libros obsoletos descubrió que era incapaz. Vinimos unos pocos con cajas de cartón para animarle a empezar, echando

dentro duplicados, textos inferiores, cosas que jamás vendería. Se abalanzó sobre nosotros, dando chillidos y recuperándolos. Al final de la jornada sólo teníamos una caja con una sola novela romántica de bolsillo sin tapas en el fondo, y él la dejó aparte para pensárselo. Así que nos dimos por vencidos.

—¿Qué será de él?

—Requisarán todos sus libros, por supuesto, y se lo llevarán a él con ellos.

—Eso es espantoso. ¿No puede usted detenerlo?

—Niña, ¿para qué sirve un librero que no quiere vender sus libros? Sonará cruel, pero él es precisamente el tipo de inadaptado que se pretende purgar con el Diezmo. Estaremos mejor sin él. —La mujer lagarto esbozó una sonrisa triste y se agachó para trasponer la puerta del puesto adyacente.

Jane se quedó bajo la lluvia, vacilante. Al final volvió a entrar.

—Maese Fulligo.

—¿Quién eres? —dijo él, sin levantar la cabeza.

—Nadie. Una amiga. Escúcheme. La Ciudad sólo quiere una décima parte de su inventario. Piense en los cientos y miles de libros que tiene... ¡es imposible leérselos todos!

Maese Fulligo la miró, y en sus ojos Jane vio la dureza nudosa de viejas raíces, una determinación fanática que se podría matar, pero jamás someter.

—Es mejor así. Mejor que ardamos juntos a que yo sobreviva y habite el cadáver de mi amada, rodeado constantemente de recordatorios de su antigua belleza.

—Su colección no es ninguna mujer. Eso sólo es una metáfora... ¡una abstracción! Morirá usted por nada, por un principio que nadie más puede comprender siquiera.

Mientras hablaba, Jane se convenció de que ella jamás estaría dispuesta a morir voluntariamente por un principio. Podría sentirse culpable por ello, pero sonreiría y mentiría, bajaría la cerviz, fingiría, cualquier cosa con tal de sobrevivir. Se sintió un poco triste al comprender esto, pero también, al mismo tiempo, muy adulta.

—No son los principios los que te matan al final. —Fulligo abrazaba un almanaque contra su pecho con los dos brazos. Su voz estaba apagándose conforme perdía interés en ella—. Son los libros.

Entrar en La Jettatura era como entrar en un sueño. La música de fondo sutilmente molesta de las tiendas de los centros comerciales era reemplazada por texturizadas capas de silencio. Al pasar junto a los percheros altos como pinos, la suavidad imperial de la vicuña le acariciaba la mejilla. A un lado se vislumbraba el brillo discreto del bronce, al otro se oía el timbre exquisito de una campana de mano. Todo conspiraba para complacer los sentidos. Aun así, el aire tremolaba de tensión, como si algún lord elfo estuviera a punto de entrar en la sala.

Tras observar a los clientes, Jane había reunido un atuendo que podría conseguirle el pase. Había roto sus mejores vaqueros por las rodillas y tres sitios más arriba en los muslos, deshilvanando los hilos para que sobresalieran blancos y desafiantes. Encima de un sostén de encaje negro llevaba una blusa de seda transparente con una ristra de perlas de diseño lo bastante trasnochado como para sugerir que eran heredadas. Como guinda del pastel había tomado prestada de Corvina una chaqueta con bordados adquirida por una fracción de su valor en un viaje de estudios independiente a las montañas de Lyonesse.

Un toque de maquillaje completaba el conjunto. Examinado los resultados en el espejo, Jane decidió que era la encarnación visual de una chica Teg con dinero intentando hacerse pasar por una elfa malcriada con carácter.

Los guantes de fauno estaban en la parte delantera. Jane pasó frente a ellos sin mirarlos siquiera de reojo, como tenía por costumbre. Se entretuvo contemplando un muestrario de vestidos de tela de araña que se pegaban a las yemas de los dedos al tocarlos, y a continuación siguió un largo y sinuoso pasillo que discurría entre chales para el otoño y bolsos con los ricos tonos marrones de hojas de roble secas. Sobresaltó a una ardilla, que se alejó corriendo para desaparecer entre las faldas de algodón.

Por todas partes sentía Jane la presión de pequeños ojos brillantes sobre ella. Pero cada vez que se giraba los dependientes estaban discretamente apartados, con la cabeza vuelta, perdiéndose ya en la oscuridad. Su atención era la perfección misma.

Definitivamente esto tendría que ser un agárralo como puedas.

Al otro lado del pasillo empedrado, frente a La Jettatura, había un callejón sin salida revestido de oficinas. Podría cruzar a la carrera el despacho del agente de seguros y salir por su puerta de atrás, doblar una esquina y colarse en un lavabo de señoras en un periquete. Buscar un compartimento, subirse al retrete y encaramarse a la trampilla del techo. Desde allí podría ir a cualquiera de una decena de locales. Ya había retirado un panel acústico y comprobado el espacio por si los trolls. Sólo necesitaba nervio y velocidad.

Inspiró hondo, despacio, para tranquilizarse.

—Señorita. —Un hada delgado y deferente vestido de forma impecablemente anónima le tocó la mano—. Me gustaría tener unas palabras con usted.

—La verdad, no sé si... —Jane empezó a darse la vuelta; jadeó de dolor cuando la mano se cerró en torno a su muñeca.

La sonrisa de disculpa del dependiente no se extendía a sus ojos.

—Por aquí si es tan amable.

A la sombra de una columna de mármol verdemar había dos sillas afelpadas de color gris. Su captor liberó a Jane para que pudiera sentarse. Acto seguido se sentó él a su vez, tirando delicadamente de las rodillas de sus pantalones para que no se arrugaran. Ajustó la silla para encararse ligeramente con ella. Debían de parecer dos viejos amigos enfrascados en una charla confidencial.

—Me llamo Furo. Seguridad del establecimiento. No he podido evitar percatarme de que estabas pensando en sustraer algunos de nuestros artículos.

Jane imprimió indignación a su voz.

—No puedes saber algo así con solo mirarme.

—¿No? Todos revelamos más sobre nosotros de lo que sospechamos. Veamos qué señales sutiles pueden apreciarse en ti. No te molestes en negar nada. Esto sólo es un ejercicio. —La miró fijamente un momento. Sus párpados se abatieron sobre unos ojos tan blancos como sus dientes—. Eres humana, una trocada, y alumna de la universidad. Matriculada en hechicerías en vez de en artes liberales. Eso salta a la vista. No quieres robar para ti. —Chasqueó la lengua con pesar—. Alguien disfruta obligándote a hacer esto. Lamentable, pero más común de lo que piensas.

»No eres tan ordinaria como pareces, sin embargo. Sobre ti flota una sombra, y el olor a hierro frío. En alguna parte hay una fábrica que te querría ver de vuelta, señorita.

Jane hizo ademán de levantarse. Pero la mano de Furo le dio un golpecito en la rodilla y la detuvo.

—Por favor. Nuestra clientela requiere un entorno sereno y donoso. Si no quieres cooperar... en fin. Vas a cooperar, ¿verdad que sí?

Se sentó. Furo enarcó una ceja, animándola a responder, y Jane asintió con abatimiento.

—Sí. Sí, voy a cooperar.

—Bien. Quiero recordarte que sólo estamos teniendo una agradable conversación, nada más. —Sacó un estuche de plata de un bolsillo interior y

cogió una pastilla para la garganta. No le ofreció ninguna a Jane. Un pinzón gris pizarra posado en un perchero de bufandas italianas abrió las alas y se alejó volando—. Eres una chica sumamente solitaria —dijo Furo—. Dime, ¿sabes cuál es la pena por robar en una tienda?

Cuando Jane meneó la cabeza, Furo frunció los labios.

—En ese caso, deja que te lo diga. Por sustraer un par de guantes... guantes de la calidad que nosotros vendemos, al menos... el castigo es azotamiento, humillación pública y la posible pérdida de una mano.

Jane se sentía mareada. Debió de reflejarse en su rostro, pues Furo le recordó amablemente:

—Todavía no has robado nada.

»Pero permíteme abundar un poco más en esta hipótesis. Supongamos que fueras a irrumpir en el apartamento de alguien, armada, estipulemos más todavía, con un cuchillo. Digamos que has elegido bien. Quizá esperes llevarte lingotes de oro, joyas, tal vez algunos objetos de valor artístico. Un cargamento de vajilla de plata, por lo menos. El allanamiento de morada requiere poco ingenio más que la ratería, ¿no crees? Y la recompensa es potencialmente mucho mayor que un par de guantes de piel de fauno. Ahora bien, ¿cuál te imaginas que sería el castigo para ese crimen? Azotamiento, humillación pública y la posible pérdida de una mano.

Jane esperó, pero Furo no añadió nada más. No acertaba a intuir el significado de lo que acababa de decirle. Era como una de esas historias que te contaba el oráculo el día de tu nombramiento, cargada de presagios y al mismo tiempo tan críptica y escurridiza que la mente no lograba aprehenderla.

Furo se levantó y le ofreció una mano. Jane la aceptó.

—Quiero que pienses seriamente en lo que he dicho.

—Lo haré.

—Excelente.

Furo la condujo a la parte delantera de la tienda. Una vez en la puerta le soltó la mano e, inclinándose educadamente, dijo:

—Ha sido un placer conversar contigo. Permíteme recordarte que, en caso de que se cruce algo de dinero en tu camino, La Jettatura estará siempre a tu servicio.

—Te he estado buscando —dijo Puck Aleshire.

Jane giró sobre sus talones. Había guardado su bici en una taquilla pública dos plantas por debajo de la tienda. Estaba abriéndola cuando Puck se cernió de repente sobre su hombro.

Su mano se cerró sobre algo y lo guardó en un bolsillo de sus vaqueros.

—Escucha —dijo Puck—. He oído que tienes problemas con el nuevo novio de Mona.

—No creo que eso sea asunto tuyo.

Puck se quedó callado un momento, cabizbajo, con un pulgar enganchado en el cinturón. Las bicicletas zumbaban por su lado, con sus conductores dedicándole furiosos timbrazos. No les hizo caso.

—Ya, bueno, verás, tengo algunos amigos en la calle. Si quieres, podría pedirles que tuvieran una charla con Ratartel. Algunos de esos tipos pueden ser muy persuasivos.

Jane levantó su bici del garfio y posó la rueda trasera en el suelo.

—Si necesitara tu ayuda, estoy segura de que te lo agradecería.

—Mira —dijo Puck—. Conozco a los de su clase. Se creen muy duros pero no lo son. Sólo son desagradables. Los de su especie te tirarán por un pozo de ventilación si creen que pueden salir indemnes. Pero rómpeles un dedo... ¡el meñique, sin más! —Levantó el suyo—... y se vendrán abajo. No volverás a verlo, te lo prometo.

Con los labios apretados, Jane meneó la cabeza. No podía mirarle a los ojos.

—No hace falta ni que te enteres. Tan sólo dime que no te importaría.

Jane se calzó el casco y ajustó la correa.

—No pienso decirte nada por el estilo. A lo mejor me gusta lo que está pasando. A lo mejor me gusta Ratartel. A lo mejor no tengo ningún problema con él, sino contigo. ¿No se te había ocurrido? —Agachándose, se puso las pinzas. Enderezándose, asió el manillar con tanta fuerza que se le pusieron blancas las manos—. Así que apártate de mi vista, ¿vale? Sal de mi vida. ¡No... te acerques!

Puck no se estaba creyendo ni una palabra. Tenía los ojos encendidos de rabia. Con voz tensa, queda, dijo:

—Tan sólo tenlo presente.

Jane montó en la bici, cargó sobre el pedal y salió huyendo.

Pero los ojos de Puck seguían con ella, la preocupación y el desconcierto en su voz, y el olor de su chaqueta de cuero. La comprendía mejor que nadie, y

el tono y el timbre de su voz, más que sus palabras, le decían a Jane que se preocupaba por ella.

Sus ojos fueron desvaneciéndose poco a poco, y luego el recuerdo de su voz. Fue el olor a cuero lo que se quedó con ella, todo el día y hasta bien entrada la noche.

16

Corvina había estado hablando de reunir a algunos amigos y organizar una orgía para el nombramiento. Jane no tenía nada en contra de las orgías, pero no le agradaba la idea de hacer un espectáculo de ello. Le ponían más las cosas tranquilas y con significado.

De modo que el último día antes de las vacaciones de invierno tuvo unas palabras con Jimmy Saltarriba en el pasillo después de clase. Jimmy era un tipo decente, aunque un poco seco. Inventó la manera de colarla en su cuarto sin que los vieran. Era un día frío y el aguanieve se acumulaba en las esquinas de su ventana. Dejó caer las persianas con un traqueteo y rehízo pulcramente la cama.

Se besuquearon un momento, y luego se quitaron la ropa mutuamente.

—¿Dónde está ese libreto? —preguntó Jimmy. Jane se lo pasó y se sentó sobre los talones en la cabecera de la cama, con las rodillas muy separadas. Jimmy encendió un pebete y se agachó delante de su coño—. Preciosidad, flor de vida —empezó.

Ya tenía la polla dura. Debido a su miopía, Jimmy se había dejado las gafas puestas. Sostenía el misal a un lado, con expresión solemne mientras leía la liturgia que ensalzaba hasta la última cualidad y condición de su coño, sus colores, textura, forma y fragancia. A Jane esto le resultaba irresistiblemente cómico. Tenía que esforzarse para que no se le escapara la risa.

—Que todos los visitantes te muestren el debido respeto. —Dejó caer una gota de crisma roja de su botella en el vientre de Jane. El aceite cosquilleó ligeramente al resbalar hacia abajo. El aire estaba helado. A Jane se le endurecieron los pezones y se le puso la piel de gallina en el dorso de los brazos—. Que nunca pases necesidad. —Destapó la botella de crisma dorada.

Con cada plegaria se agachaba cada vez más, acercando la boca. Jane podía sentir su cálido aliento en los muslos, agitando el vello de su entrepierna, suave como un pensamiento sobre su coño. Las palabras reverberantes le traspasaban la piel y aun así no la tocaba. Poco a poco a Jane se le habían quitado las ganas de reír. Sufría de deseo. Pero era importante esperar.

Por fin Jimmy se enderezó y dejó el libreto.

—¿Qué nombre has elegido para ella?

—Pequeña Jane.

—Sea.

Jimmy Saltarriba vertió la crisma transparente. Luego dejó sus gafas a un lado y, mezclando los aceites, adoró a la Pequeña Jane con sus manos. Transcurrido un momento la adoró con la boca. Y al final Jane lo agarró del pelo y pegó su boca a la de ella, y Jimmy la adoró con todo lo que tenía.

Técnicamente la ceremonia había acabado. Pero a efectos prácticos, lo que venía a continuación era inmensamente importante. El objetivo de ponerle nombre a la Pequeña Jane era volverla dócil y cooperativa, convertirla en una amiga y aliada de por vida. Su futura conducta se vería enormemente influenciada por la calidad de su primera experiencia postnombre.

Por un momento Jane se concentró en hacer de ésta una buena experiencia. Luego se distrajo. Pasó el tiempo. Jimmy se puso colorado y empezó a resoplar, como una máquina de vapor estropeada. Jane le rodeó enérgicamente la cintura con las piernas y se abrazó a él con todas sus fuerzas.

Entonces se corrió y la habitación se llenó de mariposas.

Jimmy levantó la cabeza, asombrado. Estaba pálido y boquiabierto. Se empezó a reír. Había alas brillantes por todas partes. Copos de azul cobalto, rojo y naranja aparecían y desaparecían en diseños huidizos que se podían atisbar pero no asir antes de que se disolvieran en nuevas formas. Era como estar dentro de calidoscopio. Jimmy inspiró un diminuto macaón y a punto estuvo de atragantarse, y para cuando Jane hubo terminado de aporrearle la espalda los dos se estaban riendo sin poder contenerse.

Se apresuraron a vestirse y, toallas en mano, espantaron a la mayoría de los insectos hacia el pasillo. El monitor salió de su cuarto justo cuando cerraban la puerta y empezó a recorrer el pasillo arriba y abajo dando bramidos, intentando averiguar quién era el culpable. Jane tuvo que tumbarse boca abajo en la cama, mordiendo una almohada para sofocar sus risitas. Le dolían los costados. En un momento dado el monitor se plantó ante su puerta y se quedó escuchando, y a punto estuvieron de ser descubiertos.

Parecía un comienzo prometedor.

El día siguiente amaneció cálido para esa época del año y Jane salió al Campanario tan sólo con una cazadora. El Campanario no había doblado nunca que Jane recordara. Quizá no hubiera dinero para ello. Pero si el día acompañaba era un buen sitio para quedar con los amigos, tomar el sol y puede

que colocarse un poco.

Una brisa errática tiraba hacia atrás del pelo de Jane. Metió las manos en los bolsillos de las caderas y cargó contra ella. Desde lo alto de Tintagel podía ver los otros tres edificios de la universidad, y detrás de ellos las apretadas filas de edificios grandes y pequeños que constituían la Gran Ciudad Gris. Formaban un ejército de piedra, marchando a la batalla en algún lugar más allá del horizonte. Se veían grises y neblinosos contra un cielo tan blanco como una hoja de papel.

Sirin todavía no había llegado, pero Jane se lió un pito de todos modos. Gastó tres cerillas antes de encenderlo. Lo caló, cerró los ojos y soltó el humo despacio. Recostada en una de las vigas del Campanario, se quedó mirando fijamente las negras campanas de bronce veteadas de excrementos de paloma.

Una suerte de sombrío júbilo se apoderó entonces de ella. De algún modo iba a sobrevivir, conseguir el dinero para completar su educación y hacerse un sitio en el mundo. Las ciegas superficies riscosas de la Ciudad la convencían de ello. Seguro que había nichos de sobra en un hábitat tan vasto y anónimo para alguien tan pequeña e insignificante como ella.

—La vista acojona, ¿verdad?

Se dio la vuelta. Quien había hablado estaba en cuclillas al filo de la barandilla de piedra. Tenía el ceño simiesco, la barbilla huidiza, la mirada bisoja, los labios colgantes, la nariz chata, alas de murciélago, barriga cervecera, cuernos de cabra, joroba de camello y patas de esfinge, y en conjunto resultaba adorable. Una luz marrullera destellaba en sus ojos rasgados. Una gárgola.

—Sí —respondió Jane—. Vaya que sí.

—¿No piensas soltar eso en todo el día?

Jane bajó la mirada a su mano y volvió a levantarla hacia la gárgola. Hurgó en su mochila buscando algo que tuviera el peso adecuado. Dejó el porro en la barandilla y lo sujetó con un estuche de maquillaje.

—¿Hace una calada?

—Si no te importa. —La gárgola se acercó pesadamente y extendió un largo brazo simiesco. Sus dedos romos se cerraron en torno al cigarro. Le dio una calada lenta, meditada, antes de volver a ofrecerlo con el brazo estirado. Jane meneó la cabeza. Sabía un par de cosas sobre las estrategias de caza de las gárgolas—. ¿Cómo te llamas?

—Jane.

La gárgola ensayó una reverencia brusca y torpe, casi cómica.

—Sórdido di Orgulous, a tu servicio. Habrás venido aquí a reflexionar

un rato, ¿no?

—No, esperaba encontrarme con alguien. —Jane estaba buscando a Sirin, y Nant le había dicho que le gustaba merodear por allí a esa hora del día.

—Igual que yo.

Jane contempló la Ciudad, solazándose en su complejidad, su tamaño, su silencio. Por fin, más por educación que por verdadero interés, preguntó:

—¿Otra gárgola?

Sórdido se carcajeó.

—¡Ja! Los del pueblo de roca somos demasiado territoriales para eso. Yo tengo la cara sur, las últimas quince plantas. La cara norte, arriba del todo, es de Lordo di Branstock. Ahí abajo se encuentra Sozzo di Tintagel. Oriundo de aquí. Como alguno de esos sacos de mierda ponga el pie en mi terreno, tendré que darle una lección sobre cómo caer en picado.

»No, tengo una pequeña clientela fiel que sube aquí para hablar de cosas conmigo. Se me da bien escuchar. Viene incluido en los metabolismos lentos como el mío. No me aburro fácilmente.

—¿De qué tipo de cosas hablan?

—Te sorprenderías. Mierda que no les contarían a sus mejores amigos. La mayoría de ellos sólo quiere coquetear un poco con el peligro. Otros tienen una fuerte vena suicida. Ellos hablan. Yo escucho. Me piden consejo. Se lo doy. De vez en cuando consigo convencer a alguno para que salte. Entonces como. Nueve de cada diez veces, eso es lo que querían desde el principio. Tengo buenas esperanzas depositadas en la que suele venir por aquí sobre esta hora.

Una siniestra sospecha se apoderó de Jane.

—No sabrás cómo se llama, ¿verdad?

—Nah.

—¿Alta, buenas piernas, pelo largo?

—No te ofendas, doñita, pero me cuesta distinguiros a unos de otros.

—Ya veo. —Jane se quedó callada.

Por un momento, compartieron la vista sin hablar.

—Bueno, ¿qué hay de ese Diezmo? —dijo Sórdido de repente—. ¿Lo esperas con ganas?

Jane lo miró.

—Por decirlo de alguna manera. Una se imagina que seguramente pillen a alguien que conoce, puede que a más de uno. Así que no es que esté ansiosa

precisamente. Pero claro, una vez hecho, hecho está. Se puede seguir adelante. Así que igual sería mejor que se produjera y acabáramos de una vez. —Hizo una pausa—. Además, ¿a ti qué más te da el Diezmo? Pensaba que erais inmunes.

—Es la única ocasión que tenemos de comer hasta hartarnos.

—Oh. —Jane apartó la mirada.

—Oh —la imitó Sórdido—. Oh, cielos. Qué espantosamente vulgar. —Enfadado, se irguió sobre las patas traseras y desplegó lentamente las alas. Eran enormes—. Mírame. ¿Cuánta energía te crees que hace falta para levantar algo tan pesado por los aires?

—Bueno...

—Mucha, eso es. Te diré otra cosa que desconoces sobre el pueblo de roca. Sólo nos apareamos en vuelo. ¿Lo pillas? Así que una vez cada diez años llenáis las calles de carroña, nosotros bajamos y nos saciamos. No es un espectáculo agradable, lo admito, pero, ¿quién tiene la culpa? Comemos todo lo que podemos. Luego empezamos a trepar de nuevo, por las paredes del edificio que tengamos más a mano.

»Es una putada de ascenso. Tardamos horas. Nos habremos pasado el día entero enfrascados en nuestros asuntos, por lo que probablemente sea la hora del ocaso. Los cielos cargados de sangre brillan tan cegadoramente como la mismísima Puerta del Infierno. Las nubes están moradas como magulladuras. Subimos. Todo se oscurece y salen las estrellas. Para cuando llegamos arriba, ya es de noche.

»Quizá te hayas fijado en que entre el pueblo de roca no abundan las hembras. Así que cuando nuestras señoras se ponen en celo, hay una feroz competición por sus favores. La luna sale. Esperamos. Por fin una empieza a cantar. —Se estremeció—. ¡Nekhbet! No sabes lo hermosas que son sus voces. Tan dulces que te entran ganas de saltar directamente al vacío.

La puerta a Tintagel se abrió y se cerró discretamente. Sirin salió al Campanario. Al ver a Jane pareció sobresaltarse. Pero tras un instante de vacilación, se sentó junto a ella en la barandilla. Escucharon juntas a la gárgola.

—... por una, los caballeros elevan sus voces en respuesta. Bajas y profundas. No suenan tan encantadoras, tal vez, pero es profundo. Como el trueno tras el canto de la alondra.

»No sé durante cuánto tiempo se prolongan los cantos. Se pierde la noción del tiempo. Pero al final una se estira y mira a su alrededor. Incitante. Abre las alas. Salta. Vuela. Se eleva alto en el firmamento, sin dejar de cantar.

»Es entonces cuando perdemos el control por completo. Nos agolpamos

al filo, y el instinto entra en acción. Puede que unos veinte, o treinta, o cuarenta de nosotros formamos una bandada y volamos en pos de ella. Todos estamos tanteando el ambiente, bromeando y riéndonos. Sólo va a aparearse con uno de nosotros. Así que las cosas se ponen duras allí arriba. Así me hice esta mella en la pierna. Así perdí dos de éstas. —Sacó las garras, volvió a retraerlas.

»Veamos, son las damas las que perpetúan la raza. Tienen que criar a los cachorros, alimentarlos y tirarlos por el borde cuando se hacen lo bastante grandes como para empezar a matarse entre ellos. Naturalmente, son mucho más fuertes que los caballeros. Sólo los mejores de nosotros podemos mantener su ritmo. La bandada se reduce. Y, por supuesto, hay formas de convencer a la competencia de que tal vez sea hora de irse a casa.

»Por fin, sólo quedáis tú y ella. Todavía te saca ventaja, pero no está intentando escapar. De hecho, puede que haya aminorado un poco. Puede que mire atrás de reojo, coqueta, para ver la pinta que tienes. Inclina un ala y la luz de luna se refleja pálida en su flanco. Ahhhh, pero es esbelta, tostada y enjuta como una leona. Sus garras son como puñales de cristal negro. Sus pechos son dos calaveras blancas, y hay hambre en sus ojos.

»Asciende en espiral, y uno la sigue. La Ciudad se pierde al fondo. El aire es frío y prístino. Sientes los músculos en llamas, pero te estás acercando. Sus alas rasgan el cielo. Te tiende sus brazos airosos y es tan tierna y hermosa como la misma Muerte. El olor de su almizcle es enloquecedor. Te quiere... no puede ocultarlo... tanto como tú a ella.

Sirin estaba respirando entrecortadamente.

—Suena precioso —susurró.

—Eso dicen las damas. —Sórdido exhaló un largo y hondo suspiro—. Claro que, ¿qué van a decir, no? No es que el caballero vaya a tener voz ni voto sobre ese tema después.

—¿Cómo dices? —preguntó Jane.

—Bueno, no sobrevivimos, ¿verdad? La dama ha tenido una noche larga, y dentro de poco estará incubando una carnada de una decena de cachorros, así que le harán falta energías. Tiene que comer algo.

—¡Eso es grotesco! —exclamó Jane.

Sirin no dijo nada.

—Ya, bueno, desde vuestro punto de vista, puede. Pero no se les puede culpar por ello... a las damas. Nuestra biología es así. No pueden hacer nada al respecto.

—Por un momento Sórdido se quedó encogido, melancólico. Luego, con visible esfuerzo, se enderezó. Se encogió lentamente de hombros—. Bueno.

Mira, perdona si te estoy deprimiendo. Es sólo que este tema es un poco... ya sabes.

—Lo entiendo.

—¿Sin rencor? —Le tendió la mano.

—Sin...

—¡Jane! —Sirin agarró a Jane y tiró de ella cuando se disponía a estrechar la mano de la gárgola. Los dedos de piedra se cerraron sobre el vacío.

Sórdido se rió por lo bajo.

—Diantre.

Sirin acompañó a Jane fuera del Campanario. Los corredores de granito y los pasillos de mármol de Tintagel se cerraban sobre ellas con una tenue exhalación de aire rancio. El sobresalto había dejado a Jane tensa y debilitada. Pero no le dio las gracias a Sirin por haberle salvado la vida. Sabía que mientras no se lo agradeciera, mientras persistiera la tensión entre ellas, Sirin no podría marcharse. Y había cosas que necesitaban decirse.

Caminaban a ciegas por un pasadizo cuyo techo estaba tan bajo que Jane se encogió cada vez que pasaban por debajo de un tubo de ventilación. Había cables eléctricos grapados a las paredes grises por pares y tríos, rizándose sobre los marcos de las puertas para adentrarse en aulas abandonadas transformadas en almacenes. Junto a unas puertas que jamás se abrirían para ellas había cajas de cartón llenas de guías de estudios y antiguos programas de graduación.

El pasadizo descendía por el hueco de una escalera; se sentaron en el primer escalón. Se escuchaban voces abajo, y el ocasional golpeteo de pasos apresurados, pero no apareció nadie. Sobre sus cabezas, un polvoriento cocodrilo disecado se mecía despacio empujado por unas corrientes de aire indetectables por lo demás. Su relleno gris escapaba por las costuras abiertas.

—Sirin, ¿qué diablos haces, viéndote con esa criatura?

Sirin se quedó mirándose las rodillas, meneó la cabeza.

Jane tomó las manos de su amiga entre las suyas. Estaban frías como el hielo. Sirin había perdido peso; tenía los pómulos más afilados, un resplandor aterido en los ojos. Parecía hermosa y condenada.

—Sé que no es asunto mío. Pero últimamente has faltado mucho a clase. Las chicas están empezando a hablar. Dicen que si tu nota media baja un poco más, te las verás con una expulsión automática.

—Expulsión. Menuda broma.

—¡Ésa es exactamente la actitud a la que me refiero! Sirin, mira, yo también tengo mis problemas, no me atrevo a implicarme demasiado en los tuyos. ¿Entendido? Si te intento ayudar, lo único que conseguiremos será caer las dos juntas. Pero soy tu amiga. Lo menos que puedo hacer es advertirte de lo que está viendo venir todo el mundo menos tú.

Sirin se quedó sentada, inmóvil como una columna. Tenía la cara blanca como la sal.

—Me han seleccionado —dijo—. Para el Diezmo.

Eso tú no lo sabes, estuvo a punto de decir Jane. Pero había algo en la expresión de Sirin que la convenció de lo contrario.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo he adivinado. Tres veces. Una vez en un espéculo virgen. Una vez en un charco de tinta. Una vez en el cuenco de mis manos, lleno con mi propia sangre.

—¡No puedes estar segura! La clarividencia es una ciencia imprecisa, al fin y al cabo.

—¿Tres veces? Eso es condenadamente preciso.

Ahora por fin Jane empezó a llorar. No pudo evitarlo.

—Oh, Sirin, ¿cómo has podido? Sabes igual de bien que yo lo peligroso que puede ser espiar el futuro. La mitad de las veces lo que te muestra no ocurriría si no lo hubieras previsto. —Soltó las manos de Sirin, con la intención de abrazarla para consolarla. Pero sus sentimientos se desataron y en vez de eso le dio un puñetazo en el hombro, con todas sus fuerzas. Todo aquello era demasiado espantoso—. ¡Maldita seas! ¿Por qué?

Desapasionadamente, Sirin respondió:

—No tenía ningún motivo. Nunca he tenido ninguna razón para hacer nada. Puede que otras personas tengan sus motivos. Cuando yo miro en mi interior es como si hubiera un vacío donde debería haber algo pero no lo hay. ¿Por qué? No lo sé. ¿Por qué no?

El cocodrilo les sonreía a ambas con lascivia. Una chispa de ironía rutilaba en un ojo de cristal apagado y una risita muda amenazaba con ensancharle tanto la sonrisa que todo su relleno gris se derramaría. Controlándose, Jane se enjugó los ojos con una manga.

—Todavía puedes tomar alguna medida para protegerte.

—Ya lo he hecho todo. He mirado incluso la manera de comprar una exención, tan desesperada estaba.

—Podrías...

—Pero puesto que no voy a hacerlo, ¿qué sentido tendría? —De pronto Sirin se rió, agitó la melena y dijo—: Ni una palabra más. Vayamos al centro de estudios. Tomaremos un refresco, echaremos unas partidas a las cartas, nos enteraremos de algunos rumores. Sería divertido. Pero con el poco tiempo que me queda, no quiero desperdiciar ni un momento hablando una y otra vez de esto.

Jane se mordió el labio y asintió. Empezaron a bajar juntas las escaleras. El cocodrilo se encogió sobre sus cabezas. Pudo sentir su mirada desdeñosa reduciéndose a una mota caliente de emoción antes de desvanecerse.

—¿Sirin? Eso que has dicho de la exención. ¿Quieres decir que podría comprar la manera de librarme del Diezmo?

—Olvida lo que te he dicho. De todos modos, cuesta más dinero del que tienes.

Resultó que el precio de una exención del Diezmo era algo más que exorbitado. Jane se pasó por el despacho de la doctora Némesis para informarse, aunque dudaba que pudiera conseguir el dinero. Llevaba el folleto en el bolso la tarde que Ratartel fue a preguntar por los guantes.

La pilló saliendo del laboratorio de disección. La puerta metálica se cerró con un suave chasquido a su espalda, aislando las congeladas hileras de cadáveres tendidos en camillas de cromo. Las cámaras refrigeradoras se encontraban al fondo de un oscuro callejón sin salida, y a una hora tan avanzada del día siempre había muy poco tráfico. El silencio reinaba en los pasillos.

Al frente, donde el corredor se torcía, apareció Mona empujando su bici, bloqueando el paso. Ratartel caminaba a su lado.

Jane se detuvo.

Ratartel dejó atrás a Mona y se acercó a Jane. Ésta esperó, lista para escuchar lo que tuviera que decir.

—¿Te has enterado? —preguntó Ratartel—. Sirin anda colgada de perdición.

—¿Qué? No te creo. —Nerviosa, porque encajaba perfectamente, Jane dijo—: Ella no haría eso. Sirin no es así.

Un encogimiento de hombros.

—Cree lo que quieras. —Al final del pasillo Mona se apoyó en su

bicicleta; sus ojos eran dos tiznotes encendidos de odio—. Tú y yo tenemos cosas de las que hablar.

—No voy a robar nada para ti. Ni ahora, ni luego, ni nunca.

—Hay formas y formas de saldar cuentas.

—No te debo nada.

—¿Oh? —Ratartel enarcó las cejas. Extendió la palma de la mano—. Dame los guantes de fauno y me daré por satisfecho. Saldré de tu vida y no volverás a verme.

Jane no dijo nada. No había nada que pudiera decir.

Ratartel miró de soslayo por encima del hombro para comprobar que no hubiera nadie cerca aparte de Mona y él. Luego se desabotonó los pantalones, despacio, en lo que a él evidentemente debía de parecerle una forma seductora, y se sacó el miembro.

Jane sintió un involuntario escalofrío de repulsión. Los penes nunca le habían parecido el culmen de la belleza, pero el de Ratartel era particularmente feo y ligeramente verde además, sin duda debido a que sus estándares de higiene habían permitido que algún tipo de moho u hongo microscópico se instalara allí.

Ratartel la observaba con avidez, con el rostro cruzado por una sonrisa eléctrica. Abajo, su pene estaba endureciéndose en pequeñas convulsiones, como un ridículo juguete de goma inflado por una bomba de mano.

—Será mejor que te lo guardes antes de que empiecen a acudir las moscas —dijo Jane.

La rabia deformó la cara de Ratartel.

—¡Hipócrita! Te estaba observando... te gustaba lo que veías. No te cansabas de mirarlo. Querías abalanzarte sobre mí aquí mismo. —Pero volvió a metérselo dentro de los pantalones y se abrochó los botones.

—Tiene gracia. Hubiera jurado que lo que estaba pensando era que nunca hay un par de tijeras de esquilar a mano cuando las necesitas.

Ratartel se irguió y por un instante Jane pensó que iba a golpearla. Pero en vez de eso le tomó una mano entre las suyas y le besó los nudillos.

—*Touché,* mi dulce dama. Pero un toque no hace duelo, como tampoco una simple escaramuza decide el combate. Volveremos a encontrarnos en el campo de batalla... mi más preciada adversaria.

Se alejó bamboleándose, sin mirar atrás siquiera para ver si Mona lo seguía.

En cuanto se hubo marchado, Jane se metió en el aseo más cercano para lavarse las manos.

El baño estaba embaldosado y pintado de un negro lustroso. Había grafitos concienzudamente labrados en la pintura. Varias generaciones de runas angulosas resultaban visibles entre las capas sucesivas, palimpsestos de rabia y burda obscenidad. Unos espejos curvos se inclinaban sobre los lavabos, de modo que Jane hubo de fijarse en una imagen distorsionada de su cara para arreglarse el maquillaje.

La puerta del aseo se cerró de golpe. Una Mona a intervalos hinchada y desinflada corría hacia ella en el espejo.

Mona estaba fuera de sí, con el rostro congestionado y los puños apretados. Tenía el pelo hecho un desastre.

—¡Zorra! ¡Pécora! ¡Aparta tus putas zarpas de mi pequeñín!

—Todo tuyo. No quiero saber nada de él. —Jane siguió lavándose las manos—. Sabe la Diosa que los dos os merecéis el uno al otro.

—Cuca. Muy cuca. Me conozco tus enrevesadas artes. —Mona empezó a llorar—. He hecho cosas por él que tú no harías jamás. Ni en un millón de años. Me he degradado por él.

Jane terminó de enjugarse las manos. Arrancó una toalla de papel de la máquina expendedora.

—Bueno, me alegro por ti.

—No te pases de lista conmigo. Ni se te ocurra. Te lo advierto. —Mona trastabilló de pronto y se tambaleó. Se agarró al filo del lavabo para no caerse.

—¿Estás bien? —preguntó Jane con recelo.

—Por un segundo pensaba que me... —Mona sacudió la cabeza. Era evidente que había perdido el hilo de lo que estaba diciendo. Tiritaba convulsivamente. De un bolsillo de la chaqueta extrajo un bulto envuelto en pañuelos de papel—. Mira esto. —Apartó los pañuelos para revelar un unicornio de vidrio soplado. Lo dejó encima de la balda para los cosméticos—. Esto me lo compró Ratartel el primer día que salimos. —La patética baratija atrapaba la luz y la hacía bailar—. ¿Alguna vez te ha regalado a ti algo?

—Nada.

—¡Exacto, nada! —Con gesto triunfal, Mona cogió el unicornio.

Se hizo añicos en su mano.

Jane retrocedió un paso, sobresaltada. Mona se quedó transfigurada, con el brazo extendido. La sangre le corría por las puntas de los dedos y goteaba en el suelo.

—Es un pequeño paso para el hombre —dijo—, pero un gran paso para... —Se atragantó, y una espuma de ojos de pez escapó de su boca. Se le derramaron sobre la pechera de la blusa.

—¿Mona?

—La superficie es delicada y polvorienta, se adhiere en finas capas, como polvo de carboncillo, a las suelas y los lados de mi pie. —La voz que salía de la boca de Mona no se parecía a nada que hubiera oído Jane en su vida, dura y rota por la estática, como si estuviera hablando desde algún lugar a cientos de miles de kilómetros de distancia—. Puedo ver las huellas de mis botas y las pisadas en las delicadas partículas arenosas.

Con el ataque de *awen* sus pupilas se habían constreñido, sorbiendo los iris, y desaparecido, dejando sus ojos de un duro blanco lechoso. No se resistió cuando Jane, dominando el horror que sentía, la condujo hasta una pila y le lavó la mano ensangrentada con agua fría.

—Es una superficie muy suave —dijo. Había un pañuelo limpio en el bolso de Jane; lo usó para vendar la palma de Mona, esperando que no hubiera trocitos de cristal en los cortes—. Pero aquí y allá, donde sondeo con el recogedor de muestras, me topo con una superficie muy dura.

—Superficie dura —repitió Jane. Humedeció una toalla de papel y enjugó el vómito de las comisuras de los labios de Mona. Se descargó una cisterna y una rusalka salió de uno de los compartimentos. Les dedicó a las dos una mirada de extrañeza y se fue sin lavarse las manos. Jane comprendió que tenía que decidir si pensaba dejar que su compañera de cuarto pasara la noche allí o no. Empezó a dirigirse a la puerta, regresó junto a la pequeña figura desplomada en el suelo, volvió a buscar la puerta. No podía marcharse.

Al final soltó un suspiro.

—Voy a llevarte a casa, Mona.

Su compañera de cuarto asintió distraídamente.

—Sin duda ésta tiene que ser la llamada de teléfono más histórica jamás realizada.

La bicicleta de Mona estaba apoyada afuera en la pared, y la de Jane estaba guardada en una taquilla no muy lejos. Mona no estaba en condiciones

de montar, pero por suerte llevaba un kit de conversión en sus alforjas. Jane sacó una llave de tuerca y conectó las dos barras con pericia, igualó las marchas y trabó los pedales, y desarmó uno de los manillares. Pronto tuvo una cuatro ruedas con un asiento colgante bajo en la parte trasera y el sillín del conductor elevado en la delantera. Con su compañera de cuarto reclinada en cadavérica languidez a su espalda, Jane se puso en marcha.

Dos cambios de ascensor más tarde habían regresado a Habundia. Cuando llegaron a su habitación, Mona se apeó débilmente del tándem, trastabilló y a punto estuvo de caerse. Jane abrió la cerradura, agarró a Mona del cuello de la blusa y la condujo a su cama. Un empujón y se desplomó de bruces encima de la colcha.

Jane aupó las piernas de Mona encima de la cama y le dio la vuelta. Mona tenía la cara agrisada, pero cuando Jane le puso un dedo debajo de las ventanas de la nariz, su aliento tenía un deje cálido. Descalzó a Mona y empezó a desabrocharle la ropa. Luego se lo pensó mejor. Todo tenía un límite.

Tardó diez minutos en separar las bicicletas y guardarlas. Una vez hecho eso, Jane descubrió que estaba demasiado enervada como para pensar siquiera en estudiar. Sentada al filo de su cama, se quedó mirando fijamente a su compañera de cuarto con repugnancia.

Llamaron a la puerta.

—¿Es que este estúpido día no piensa terminar nunca? —Jane acudió a la puerta a largas zancadas y la abrió de golpe—. ¡Qué!

Le sonrió una spunkie bajita y pechugona.

—Billy Bugaboo te espera en el vestíbulo. Me parece que quiere darte un plátano que lleva en el bolsillo.

—Ya, bueno, puedes decirle...

—Me pidió que te dijera que tiene eso que querías.

—Oh.

—Entonces, ¿qué le digo?

—Mierda. —Jane estaba cansada. Se sentía abusada, enfadada e inconfundiblemente antisocial. Billy Bugaboo, siempre igual de oportuno—. Dile que bajaré en cuanto encuentre una muda de ropa interior.

—¿Quieres que me ponga esto?

—No, es para mí. —Dejó su blusa a un lado y le dio la espalda a Billy—.

Ayúdame con este sujetador, ¿quieres? —Mientras Billy se peleaba con las trabillas, le preguntó—: ¿Tuviste algún problema para robarlo?

—¿Qué más da? Te conseguí el puto chisme, ¿no?

—Caray, Billy —se sorprendió Jane—. Eso es completamente impropio de ti.

—Perdona, es sólo... no lo sé. —Desconcertado y abochornado, Billy se atareó desabotonándose la camisa. Por un instante se había agrandado ante los ojos de Jane. Ahora se reducía a su tamaño original—. Es sólo que me gustaría que pudiera ser de otro modo.

—Ése fue el trato, ¿recuerdas? —Jane lo miró con una mezcla de culpa y desprecio. ¡Qué cosita más mojigata e inútil que era! Pero se cuidó de mostrar lo que sentía. Con delicadeza, dijo—: A veces la gente quiere cosas que no debería querer. Estoy confiando en ti, Billy. —Luego, cuando él no respondió—: Será agradable. Te lo prometo.

Se quitó los vaqueros de una patada. Billy dobló los suyos y los dejó encima del tocador. Ahora los dos estaban desnudos.

—Ven aquí —dijo Jane.

La habitación de Billy era una cajonera, tan austeramente amueblada como un decorado. No había alfombras en el suelo. No había pósteres en las paredes. Tenía una cama, un tocador, una silla, una lámpara... una cosa de cada. Un montoncito de libros de texto descansaba en el tocador junto a la lámpara. Con la cortina corrida y la luz del techo atenuada, Jane se sentía inmersa en el momento de silencio que precede al comienzo de una actuación.

Billy fue a su armario y sacó la chaqueta.

Era la correcta, sin duda; Jane reconoció los parches y las partes raídas y desgastadas. Era la chaqueta de Puck Aleshire. Su olor era inconfundible.

Se la echó por los hombros. Pesaba más de lo que esperaba, y eso le gustó. La sentía caliente contra la piel, y el hecho de estar parcialmente cubierta hacía que el resto de ella pareciera expuesta y vulnerable. Los aromas mezclados de Puck y el cuero la envolvían. Cerró los ojos.

—Ven aquí.

Billy se agachó, pasó los brazos por debajo de la chaqueta y la abrazó fuerte. Jane levantó la boca hacia la suya. Se puso de puntillas, de modo que la Pequeña Jane se frotara contra su polla. Podía sentir cómo martilleaban sus venas. Ya estaba listo para estallar, y en lugar de intentar aplacar aquel primer orgasmo de ansiedad, Jane decidió ver lo deprisa que podía descargarlo.

Apartándose, ahuecó la mano para acoger las pelotas de Billy,

apretándoselas suavemente, equilibrando dos contra una. Le lamió los pezones, se los chupó con fuerza, excitándolos con pequeños mordiscos. Las manos de Billy le agarraron la cabeza, y emitió un ruido ronco en el fondo de la garganta, como una bestia del pantano que llamara a su pareja en la noche.

Jane deslizó la mano hacia arriba y apretó. La chaqueta empezó a caérsele de los hombros, y alargó el brazo deprisa para sujetarla. Empezó a mover la mano, sacudidas largas y vigorosas arriba y abajo.

—¿Te gusta?

—Ssí.

—Bien. —Siguió sacudiendo. Arriba y abajo, arriba y abajo. Más deprisa.

Con un gritito de frustración, se vertió. El esperma caliente se derramó sobre los vientres de ambos y por el canto de su mano.

Jane le puso la zancadilla y lo derribó encima de la cama. Se encaramó sobre él.

—Qué desastre —murmuró—. Menudo desastre más pegajoso. —Asiendo su miembro reblandecido, se dio la vuelta de forma que su entrepierna quedara a la altura de la boca de Billy. Empezó a limpiarle la barriga con la lengua.

Cuando hubo terminado de pasar la lengua por todo aquel torso tan largo, Billy volvía a estar empalmado. Sin tener que decírselo empezó a lamerle el abdomen, devolviéndole el servicio que le había hecho ella.

—He dejado un par de gafas de aviador encima de la silla con mi blusa —dijo Jane después de un momento—. Sé buen chico y tráemelas, ¿quieres?

Mientras obedecía, Billy rezongó:

—Me gusta mirarte a los ojos.

—Son tres cuartas partes de mi nota final —mintió Jane—. No querrás que me cateen, ¿verdad? —Se las puso—. ¿Ves algo?

—Claro que no —respondió Billy—. Si me fijo mucho puedo ver que tienes los ojos cerrados.

—Entonces no te fijes. Ahora tienes que prometer que no dirás ni una palabra más hasta que hayamos terminado. —Acallando su protesta, añadió—: Esto es para mi tesis, ¿recuerdas? No pido demasiado. Y esta noche, haré todo lo que quieras. Lo que quieras, como quieras... adelante. Pero no puedes hablar. Así funcionan las artes esotéricas.

Lo cierto era que la esotérica era estrictamente personal e inimitable, un conjunto de técnicas y habilidades sin recetas, rituales ni guías. La mitad de su poder surgía del descubrimiento, de afrontar y superar la vergüenza, el miedo y

aun el asco propios. Pero algunas de las cosas que Jane se proponía hacer esa noche sólo podría disfrutarlas si fingía que Billy B era otra persona.

Frotó un lado de la cara contra su polla y pensó, qué suave y sedosa. Qué dura, pensó, qué grande. Cerró la boca en tomo a la punta y pensó, ¡qué salado sabe mi Puck!

El tiempo se desvaneció.

Durante la mayor parte del trayecto fue como el timonel de una pequeña embarcación, moviéndose con confianza con las corrientes, orientando las velas para capturar más viento, corriendo ante la tormenta. Se deslizaba por la superficie a gran velocidad, con el agua siseando, las velas crujiendo con el esfuerzo. De improviso, todos los océanos se conjuraron para encabritarse a sus pies, y perdió el control. Billy estaba encima de ella cuando ocurrió. Empezó a debatirse ferozmente.

Alarmado, Billy quiso apartarse, pero Jane lo agarró y lo devolvió de golpe a su sitio. Puck no se retiraría. Sería implacable. Estaba machacándola —«¡Más rápido!», musitó— como un animal salvaje en celo. Le rastrilló la espalda con las uñas, con la violencia suficiente para hacer sangre. Eso sólo le enardeció aún más. Estaba loco de lujuria. Su pasión era ahora tan grande que había perdido cualquier noción de la identidad de Jane. Ya no le importaba lo que hubiera debajo de él. Podría haber sido cualquiera. La furia de su necesidad aniquilaba cualquier pensamiento.

Ya estaba cerca. Jane se revolvió dentro de la chaqueta para poder enterrar la cara en su cuello. Inspiró el olor del cuero. La fragancia de Puck imbuía la chaqueta. Emanaba con más fuerza de las axilas, pero su esencia lo impregnaba todo. Jane estaba escurrida de sudor. Sus olores se mezclaban y elevaban en un matrimonio alquímico, formando algo intenso y salvaje. Cogió la chaqueta entre los dientes y mordió con fuerza. Estaba alcanzando su meta.

La energía sexual resultaba más accesible en el momento del orgasmo. Por ese motivo sus adeptos solían ser mujeres. Donde una bruja podría tener una cadena, una serie, un archipiélago de orgasmos con los que trabajar, el brujo estaba limitado (por lo general) a uno solo. Los varones tendían a gravitar hacia las artes nigrománticas, puesto que matar cosas no requería ningún talento especial. Jane sabía, sin embargo, que tendría que arreglárselas con aquél. Debido a su inexperiencia, sería a la primera o nunca.

Hizo acopio de fuerzas y se concentró en identificar, aislar y distanciarse del poder que crecía en su interior. Su mente se cerró a su alrededor como dos manos en torno a un zorzal. Se apoderó de ella una quietud perfecta y universal. Por un instante fugaz, fue libre de cualquier atadura.

Obligándose —ésta era la parte más difícil— a no esperar nada, abrió los

ojos.

Estaba sentada en un taburete ante una barra de comedor abarrotada. Su madre levantó la cabeza, sobresaltada, de una taza de café marrón claro. Uno de sus codos rozó un cenicero, tirándolo del mostrador. Salieron despedidas colillas y ceniza. Se giraron las cabezas.

Jane mantenía la esforzada fuente cautiva en su mente. ¡Seguro que así se debían de sentir las hechiceras! El poder exultante inundaba todo su ser, como luz en una figurita de cristal. Pugnaba por escapar. Era un ave, una fuerza, una esfera de luz. La impulsó desde su interior a recorrer uno de sus brazos. Su mano cosquilleó con la ferocidad del poder. Se estaba volviendo más intensamente real, más sólido que cualquier otro objeto de la estancia.

¡Ahora!

Descargó un manotazo sobre el mostrador. La taza de café dio un salto, y Jane cogió lo que había junto a ella. Su madre estaba abriendo la boca para formular el comienzo de una pregunta.

Antes de que pudiera decirse nada, el poder se desbordó y dispersó. El instante acabó. El restaurante y su madre desaparecieron. Jane volvió a estar en la cama de Billy. Éste yacía inerte a su lado. Jane alargó la mano y se desenredó las gafas de las orejas.

—No puedo respirar —dijo.

Con un lento gruñido, Billy se apartó rodando.

Jane miró fijamente la cuchara que tenía en la mano.

Estaba allí y era real. Jane la acarició una y otra vez con el pulgar. Estaba hecha de acero sin niquelar. Una sencilla fila de círculos estampados inscritos entre dos finas rayas se rizaba alrededor de los bordes del mango a modo de decoración. Le dio la vuelta y leyó la inscripción del reverso:

IKEA
inoxidable

Made In Korea

Unas runas extrañas, y perfectamente ininteligibles para ella. Pero cargadas de esperanza. La grandeza de su presagio tranquilizaba a Jane. Eran la prueba tangible de que su poder estaba creciendo. Todo era posible. Sólo le harían falta suerte y conocimientos. Podría conseguir el dinero suficiente para costearse la matrícula y también para comprar una exención del Diezmo. Y otra para Sirin, ya puestos... ¿por qué no?... y otra para Puck Aleshire.

Su vida era un completo desastre, cierto, pero podía enderezarla. Lo único que necesitaba era dinero. El dinero podía arreglarlo todo, si se tenía el suficiente.

Sabía de dónde sacar aquel dinero, pero hasta esa noche no había tenido el valor de intentarlo. Ahora se lo había demostrado a sí misma. Había llegado el momento.

—Guau —dijo Billy.

—Oh, cierra el pico.

17

La fabricación de una mano de gloria requería antes de nada una mano cortada del cadáver de alguien que hubiera muerto de causa violenta. La conmoción de una muerte súbita era imprescindible porque inundaba la carne de endorfinas, y éstas eran esenciales para la eficacia del hechizo. Por suerte, Jane tenía acceso a la morgue de anatomía. Sacó la mano guardada en su bolso y la puso en conserva dentro de un tarro al fondo de su armario, en una solución de sal y nitro. Secarla al sol le hubiera llevado semanas, de modo que la sometió a un proceso de congelación ultrarrápido y sublimó el hielo en una cámara de vacío.

La Ciudad se veía dura y brillante tras las ventanas e irradiaba frío en el laboratorio. Las últimas y pálidas luces de un ocaso muerto titilaban como fuegos fatuos sobre el horizonte. Jane estaba sentada con las piernas cruzadas en un taburete alto, sujetando cabos de velas entre los dedos. No había encendido las luces por temor a que la descubrieran. Pero a la escasa luz que había, podía ver que la mano estaba toscamente proporcionada y que su antiguo propietario había tenido afición a morderse las uñas.

La hora azul era el mejor momento para esta clase de trabajo, puesto que las influencias del sol y la luna eran aproximadamente equitativas entonces y distorsionarían los resultados lo menos posible. Con las velas firmemente sujetas, Jane sacó una navaja. Labró runas con cuidado entre la segunda y la tercera articulación de uno de cada dos dedos, *sfwa* en el pulgar, *ya* en el anular y *sig* en el meñique, para que juntas deletrearan el nombre secreto de la Diosa en su aspecto de Asignataria de Sueños.

Lo único que restaba, así pues, era sujetar con un goma a la palma una de las tarjetas de crédito de Galiagante.

Una vez hecho aquello, Jane soltó la pelota de bramante en su cajón de herramientas y bajó del taburete de un salto. Guardó la mano de gloria en su mochila junto a la palanca, los guantes de gamuza y la linterna.

Había elegido su atuendo pensando en pasar desapercibida: bambas negras, vaqueros del mismo color, y la chaqueta de cuero de Puck para rematar el conjunto. La suerte había querido que su mochila fuera de un gris sucio. Se la colgó del hombro y se caló un gorro de lana. El atuendo no era tan llamativo

como para atraer la atención; con él sería lo suficientemente indetectable como para no tener que preocuparse.

Había practicado un agujero en la cucharilla de su madre y la llevaba colgada de un cordel alrededor del cuello. La sacó de debajo de su blusa y la besó para desearse suerte.

Hora de pisar la calle.

Era una noche muy fría. Un viento helado capturaba trocitos de basura y los hacía bailar en círculos. No había nadie a la vista. Apretó el paso por unas calles vacías y mudas, dejando atrás Branstock, Pentecostés y Lonazep, cobijándose fugazmente en el vestíbulo de Anowre para calentarse las mejillas y las orejas y la parte delantera de los muslos, donde la tela vaquera helada los aguijoneaba, para luego encaminarse a trote rápido a Cadbury y Sewingshields, Lombard, Worm, Altatripa y Melvales. El enano o pilongo nocturno ocasionales que se encontraba caminaban embozados y ansiosos por encontrar cobijo, tan apresurados como ella. Al cabo llegó a su destino.

Caer Gwydion.

Levantó la mirada a sus brillantes muros de cristal, sus resplandecientes superficies lustrosas que se elevaban hasta perderse en la noche, y por un instante le Maqueó el ánimo. Era una ciudadela, inexpugnable. ¡Qué pequeña e insignificante era ante ella! Luego, cuadrando los hombros, se coló en un callejón y dio la vuelta hasta la parte de atrás.

La parte trasera del edificio no se parecía en nada a la fachada: una sucia pared de ladrillos de ceniza con un muelle de carga, un contenedor y un incinerador que humeaba suavemente. Era como si hubieran retirado un hechizo de Caer Gwydion, revelando así su verdadera naturaleza. Jane encendió un cigarrillo y se apostó en las sombras, vigilante.

Pasó el tiempo. Un ogro salió por una puerta de servicio, arrastrando un bidón de desperdicios. Lo vació dentro del incinerador y volvió adentro arrastrando los pies. La puerta se abatió hasta cerrarse a su espalda.

Jane encendió otro cigarrillo para dar al custodio tiempo de atarearse en otra parte. Se lo fumó despacio, saboreando su calidez, y tiró la colilla a despecho. Acto seguido se puso los guantes de gamuza gris y sacó la mano de gloria. Sujetándola por la muñeca, con un mechero desechable listo en la otra mano, se dirigió a la puerta de servicio. Empujó para abrirla. Barriles, escobas, artículos de limpieza. Trapos viejos. No se veía al custodio por ninguna parte. En la penumbra siseaba un monstruoso horno de hierro negro.

—¿Hola? —dijo—. ¿Es aquí donde tenía que venir por lo del trabajo?

No respondió nadie.

Jane dejó que la puerta se cerrara detrás de ella. Su corazón latía desbocado. Resistiendo el absurdo impulso de caminar a hurtadillas, se adentró en la estancia. Hacía calor dentro. Le hormigueaban dolorosamente las mejillas y los lóbulos de las orejas. En alguna parte murmuraba un televisor. Al frente, un ascensor de carga la esperaba con las puertas abiertas. Entró.

Según el contenido de la cartera de Galiagante, éste vivía en el ático. Devolviendo temporalmente a la mochila la mano y el mechero, Jane cerró las puertas y asió los mandos. La embargaba el júbilo. ¡Iba a conseguirlo! Esto era brillante, mejor que las drogas, mejor que el sexo, mejor que cualquier otra cosa que hubiera experimentado en su vida. Todo parecía sobrenaturalmente nítido y vivido, como recién inmerso en frío cristal líquido. Era un colocón maravilloso.

Condujo el ascensor hasta arriba del todo.

Las paredes caían deslizándose, con las puertas abriéndose y cerrándose como bocas brillantes. De pasada, percibía breves atisbos inconexos de pasillos y talleres. Ocasionalmente se cruzaba con voces —discusiones, risas sarcásticas— pero no veía a nadie, ni nadie reparaba en ella. Se sentía invisible.

El ascensor llegó a su destino. Jane salió a una cocina a oscuras.

El silencio era absoluto.

Blandiendo la mano de gloria ante ella como un escudo, Jane investigó las habitaciones contiguas. No hubo de explorar mucho para determinar que toda la planta estaba consagrada a funciones domésticas y que el personal no pasaba allí la noche. Empero, empuñaba el mechero amartillado y listo.

Un ascensor privado frente a la cocina indudablemente comunicaba con el lugar al que necesitaba llegar. Pero estaba investido de un aura peculiar, una fría sensación de amenaza que irradiaba de las emblemáticas cabezas de buitre que adornaban los paneles de sus puertas de bronce. Éstas debían de estar conectadas a una alarma. Tendría que encontrar otra manera de subir.

Pensó. Allí donde los alimentos se preparaban lejos del comedor, el tiempo de servicio era un factor fundamental. Si los platos se llevaban hasta el ascensor y arriba, empezarían a enfriarse para cuando llegaran a la mesa. Tenía que haber un modo más rápido de transportarlos. Un montaplatos.

Una vez supo lo que buscaba, encontrarlo no tuvo misterio. El montaplatos se encontraba en la cocina, frente a los hornos.

Se subió.

Era un hueco apretado. Metió primero la mochila, luego se encogió alrededor de ella. Consiguió colarse pegando las rodillas a la barbilla. La mano de gloria le pegó en la nariz.

Al cerrar la puerta, la oscuridad se abatió sobre ella como un puño. No podía ver nada. Inspirando hondo, Jane agarró la cuerda. Empezó, a izarse despacio para que no chirriaran las poleas.

Mano a mano, el montaplatos ascendía en la oscuridad.

Fue una larga escalada.

Más tarde, Jane descubriría que el apartamento de Galiagante ocupaba cuatro plantas, la primera para el servicio, las otras tres para él y sus ocasionales invitados. Pero en el horno lento y ciego del montaplatos parecían al menos veinte pisos. El viaje se le hizo eterno. Aunque intentaba no pensar en ello, su imaginación forjó la fantasía de estar atrapada en una caja que se arrastraba por el espacio infinito entre las estrellas.

Empezaron a dolerle los hombros, y luego los brazos.

Le chorreaban de sudor las axilas y los costados. Tenía la blusa empapada. Jane se maldijo por no haberse quitado la chaqueta de Puck antes de entrar. Estaba asfixiándose dentro de ella. Se iba a cocer con aquella cosa.

El cajón estaba forrado de cuero. Los tachones se le clavaban en el culo. Se revolvió ligeramente, en vano. Mano a mano, la cuerda se deslizaba. Sentía calambres en el estómago y se le empezaba a dormir una pierna. Todo eran hormigueos. Se detuvo, enroscándose la cuerda en un brazo para anclar el cajón, e intentó devolverle algo de vida masajeándolo. No dejaba de aguzar el oído por si escuchaba voces, pasos, el sonido de alguien agitándose. Ya había subido mucho. Si patinaba, la caída seguramente la mataría.

Le sudaban las manos. Se las enjugó una por una en los vaqueros. Empezó de nuevo.

Arriba y arriba, en la oscuridad.

Por fin descendió una rendija de luz, llegó a la altura de los ojos de Jane, se hundió a sus pies. Sus manos frenaron hasta detenerse sobre la cuerda. Contuvo el aliento y escuchó.

Había alguien moviéndose fuera.

Enroscando torpemente la cuerda alrededor de una pierna para que el cajón no se deslizara hacia abajo, cogió la mano de gloria. La necesidad de silencio hacía que cada movimiento fuera agónicamente lento. Sacó el mechero de su bolsillo.

Abrió la puerta de una patada.

Un enano vestido con la librea de la casa de Galiagante la miró, sobresaltado.

—¡Hey! —exclamó—. ¿Qué estás...? —Jane acercó el mechero a la mecha. Nació una llama.

Los ojos del enano capturaron el fulgor de la vela y se ensancharon. Un diminuto punto de luz bailaba en el centro de cada uno de ellos.

Jane encendió la segunda vela.

—¿Dónde está Galiagante? —preguntó. El enano sostenía una bandeja de plata. En ella llevaba dos vasos de vino, servilletas y una jeringuilla vacía.

Se encontraban en un extremo del comedor. Una mesa imposiblemente larga jalonada de grandes candelabros de plata intentaba sin conseguirlo cubrir la distancia hasta la otra punta. El enano se giró a medias y señaló con la barbilla a una puerta lejana.

—En el dormitorio principal —dijo con voz pastosa—. Con una amiga.

Jane encendió la tercera vela.

—¿Hay alguien más en el apartamento?

—No. Sólo él. Yo. La otra. —Se avivó una cuarta llama. Ocho primas más pequeñas ardían en sus ojos.

—Creo que querrás ir a echarte un ratito.

—Sí. —Aturdido, el enano pasó junto a ella camino de un pasillo. El ascensor lo reconoció y abrió sus puertas. Desapareció.

No había mucho tiempo. Una vez encendida, la mano no podía reavivarse. Duraría unos veinte minutos.

Jane se puso manos a la obra.

Encontrar algo que mereciera la pena robar era más difícil de lo que hubiera creído posible. Evitando el dormitorio principal, Jane registró rápidamente las demás habitaciones. Todas ellas eran espaciosas, suntuosas, e inservibles para lo que se proponía. Pasó junto a escritorios de arce atigrado y cómodas altas de caoba prodigiosamente tallada. Los jarrones de cristal contenían ramos de tulipanes albinos o pálidos hongos de floración nocturna. Sus pies hollaron alfombras cuya confección había devorado vidas enteras. La tarjeta de crédito sujeta con una goma elástica a la mano de gloria supuestamente debía guiarla hasta el tesoro de Galiagante; pero la mano se veía atraída por todo cuanto tocaba. Era demencial. Allí todo era tan caro como imposible de empeñar.

Habían pasado seis minutos. Le quedaban catorce.

Deprisa, en silencio, deambuló de una habitación a otra. En las paredes del salón había cuadros de vociferantes luchadores con protectores de cristal y elegantes señoritos pesadamente apoyados en lavabos de porcelana blanca. Nada salvo lo mejor para Galiagante.

Nueve minutos todavía. Jane se descubrió en un callejón sin salida con forma de vestuario sin ventanas. La mano de gloria se quedó helada y se retorció en su presa. Abrió el armario, apartó sedas y tweeds, y desveló una caja fuerte de pared. Era un poco complicada, pero por lo menos la caja fuerte reconoció la tarjeta de crédito de Galiagante y se abrió para ella. Dentro había un fajo de billetes de banco —los hojeó; suficiente para cubrir todas sus necesidades— amén de una selección de documentos legales y un pequeño alijo de joyas.

¡Al fin! Jane se descolgó la mochila del hombro y metió dentro los billetes. Dejó los documentos en su sitio. Los anillos, alfileres y brazaletes de diamantes se los guardó en los bolsillos de la chaqueta.

Quedaban cuatro minutos.

Estaba cruzando el comedor camino de la salida cuando los candelabros le llamaron la atención. Eran pesados y poseían el suave brillo de la plata. Casi por acto reflejo alargó el brazo para coger uno.

Una corriente eléctrica le recorrió el brazo. Su mano enguantada se crispó sobre el candelabro y se negó a soltarlo. Sus músculos habían sufrido un espasmo.

—¡Amo! —gritó el candelabro—. ¡Una ladrona! ¡Amo!

—¡Suéltame! —chilló Jane. El candelabro era inamovible. Parecía estar anclado a la mesa. Y no para de vociferar.

—¡Una ladrona! ¡Una ladrona!

—¿Qué está pasando aquí? —Se abrió una puerta de golpe.

Jane se giró y vio a Galiagante en el umbral. Llevaba puesta una bata de seda apresuradamente sujeta por la cintura. A su espalda había una cama con medio dosel. El marco era blanco y sus pedestales estaban tallados con la efigie de dos lebreles rampantes que sostenían las puntas de una sábana entre los dientes, de modo que la línea superior de la sábana formaba la curva superior de la base. Encima de los cojines había una bola de luz blanca, alargada en una suerte de capullo. Podía atisbarse algo en su interior, medio disuelto, sinuoso. Una ninfa.

Se cerró la puerta. Galiagante avanzó con paso airado. Sus ojos eran estremecedores, y se erguía revelado como un Poder. Un viento se proyectó desde el lord elfo. Apisonó a Jane, echándole el pelo hacia atrás con furia

desatada. Empujó hacia adelante la mano de gloria. Sus llamas se agitaron, chisporrotearon y se apagaron.

Jane intentó retroceder, pero el condenado candelabro la retenía prisionera.

—¡Amo! ¡Sálveme! —El ruido apenas si le dejaba pensar.

—Te conozco. —Galiagante la observó con el ceño fruncido—. La... estudiante de alquimia, ¿verdad? —Chasqueó los dedos y el candelabro enmudeció. El viento amainó.

Con asombrosa delicadeza, cogió la mochila de su espalda y hurgó en su interior. Rehízo el montón de billetes y los dejó a un lado. Tras soltar la mochila encima de la mesa, le metió la mano en los bolsillos dos veces y sacó las joyas. Jane no intentó resistirse. La habían pillado.

—Esto es una oportunidad, diría yo. —Una sonrisita extraña aleteó como el fuego en sus labios. Estaba mirándola de arriba abajo—. Pero, ¿de qué tipo? —continuó, pensativo—. ¿Qué debería hacer contigo?

Involuntariamente, las lágrimas se agolparon en los ojos de Jane.

—Suéltame —susurró.

Galiagante había cogido la mano de gloria y estaba estudiándola. Hizo un ruidito sarcástico con la lengua.

—No estropees la buena impresión que estabas dando hasta ahora —dijo con un toque de aspereza. Bajó la mano y alargó el brazo para desabrochar la chaqueta de cuero de Jane. El olor a sudor rancio escapó de ella como una ola cuando la abrió—. ¿Qué es esto?

Le deshizo los dos primeros botones de la blusa y levantó la cucharilla de Ikea.

—¡Oh, cielos! —Su diversión era manifiesta. Dejó colgar la cuchara de la punta de un dedo—. Supongo que tendré que...

La puerta del dormitorio se abrió con un chasquido para dar paso a una figura desnuda y desgreñada.

—¿Cuándo piensas...? —Se interrumpió, y con voz de perplejidad dijo—: ¿Jane?

Galiagante se envaró. Sin mirar, espetó:

—Espérame en el dormitorio. Cierra la puerta al salir.

La figura obedeció.

—Ésa era Sirin —dijo Jane.

—Olvídate de ella. —La expresión de Galiagante se tornó distante, tenuemente irresuelta, como si vacilara al filo de una decisión—. Su condena es sólo suya. Piensa en tu propio destino. —Luego, de improviso, se echó a reír—. Voy a dejarte marchar.

—Gracias —dijo humildemente Jane.

—Y te voy a hacer una oferta.

Jane se estremeció; no dijo nada.

—Si sobrevives al Diezmo... y a juzgar por las apariencias eso es un «si» considerable... ven a mi despacho y habla con mi gente. Tendré un encargo para ti. Un encargo lucrativo. Incluso agradable, según algunos estándares.

Volvió a chasquear los dedos y el candelabro la soltó. Jane retrocedió un paso, frotándose el codo. Sentía el brazo magullado y dolorido.

Galiagante le devolvió la mochila, pero se quedó con la cucharilla. Señaló el ascensor.

—Ya puedes irte. En el montaplatos no, si eres tan amable.

Luego agarró el candelabro y se lo lanzó a Jane. Por acto reflejo, lo atrapó al vuelo.

—Toma. Llévatelo. Como muestra de mi sinceridad.

Antes de que llegara el ascensor, ya había regresado al dormitorio. Jane se quedó viendo cómo se cerraba la puerta detrás de él y se fue a casa.

Jane caminó sonámbula por sus clases al día siguiente. El deshielo de mitad del invierno había llegado por fin, y por todas partes los estudiantes habían abierto las ventanas, de suerte que el aire frío y fresco se colaba dentro y helaba los termostatos, empujando a los radiadores a humeantes frenesíes de esfuerzo para compensar. Las pequeñas corrientes térmicas agitaban papeles y formaban pequeños remolinos de polvo que surcaban los pasillos.

Habría sido agradable, si no se hubiera sentido tan desconectada. Todo era oníricamente distante, como si fuera un fantasma que vagara por un mundo cuya importancia para ella estuviera cayendo rápidamente en el olvido. Esto no podía continuar. Algo tendría que estallar pronto. Quizá esa noche llegara por fin el Diezmo y pusiera fin a esa provisional y expectante suerte de semivida. En el ínterin, todo era tan espantoso que Jane simplemente era incapaz de sentir ningún interés.

Incluso cuando Ratartel se acercó a ella por detrás en la cola ante el mostrador del comedor del Centro de Estudios y le lanzó con mímica un fuerte beso con todas las babas, Jane se limitó a encogerse de hombros y darse la vuelta. Atisbo el rostro de Ratartel adoptando una fea expresión ante aquello, y sabía que eso debería preocuparla. Nada de lo que pudiera haber hecho estaría más calculado para enfurecerlo.

Sin embargo, ¿qué se suponía que tenía que hacer? Había llegado a un punto en el que todo se le antojaba más de lo mismo.

Se llevó su bandeja hasta una mesa de plástico bajo un espino plantado en un macetero y se sentó. Había un alcaudón merodeando por las espinosas profundidades, saltando de una rama a otra. Cuatro sillas rodeaban la mesa. Ratartel ocupó la que estaba justo enfrente de la suya. Jane clavó la vista en su ensalada.

—Aquí no eres bien recibido, sabes.

Ratartel hundió un tenedor en la salchicha grasienta que había en su plato y la ondeó delante de su cara.

—Te pondrás mala comiendo toda esa mierda verde. Tienes que meter algo de carne en esa boca. —Mordió una punta de su salchicha y, masticando con la boca abierta, continuó—: Te diré una cosa. ¿Por qué no te vienes a picar algo con Mona y conmigo esta noche? Le echaremos un poco de carne a esos huesos. Te daremos unas cuantas proteínas.

Jane soltó su tenedor.

—Si no puedes...

De pronto, Sirin se deslizó en la silla que había al lado de Jane. Sin más preámbulo, dijo:

—Tengo que explicarte lo de anoche. Sólo para que no te hagas una idea equivocada.

Ese día llevaba el pelo recogido en una coleta tirante, y lucía apenas un toque de lápiz de labios blanco y sombra de ojos a juego. Un polo negro de cuello vuelto. A ella le sentaba bien.

—Me parece que lo entiendo perfectamente.

Ratartel se aclaró la garganta.

—Me alegra verte, Sirin —dijo en voz alta.

—Hola, Tartel. —El vistazo que le dedicó fue tan efímero que podría haber pasado por inexistente—. Tú no sabes lo que es tener apetitos que... en fin, que tal vez no sean precisamente respetables. Pero son míos. Eso lo entiendes, ¿verdad? Forman parte de mí... no puedo ignorarlos.

Azorada, puesto que Ratartel estaba pendiente de cada palabra, Jane dijo:

—No hace falta que me expliques por qué te gusta Galiagante. No a todo el mundo le gustan las mismas cosas. Eso puedo entenderlo.

—¡Gustarme Galiagante! —Sirin soltó un plateado estallido de risas de asombro—. ¿De dónde has sacado eso? Galiagante no tiene nada que ver con esto.

—No se trata tanto del individuo como de la idea del macho dominante —acotó Ratartel—. Todas esas feromonas que soltamos.

Sirin descartó su comentario con un ligero ademán. Era estupendo ver cómo rebotaban en ella los garfios de Ratartel.

—Me gusta cómo me trata. Me gusta cómo me hace sentir. Si pudiera encontrar a alguien más conveniente que hiciera eso por mí, sería historia. Pero puedes apostar a que el nuevo fichaje no supondría ninguna mejora sobre él. Nunca es así con ese tipo de hombres.

—No lo sabrás hasta que me hayas probado. Quizá conmigo sí lo sea.

—Sirin, ¿por qué me cuentas todo esto? —A Jane le resultaba inimaginable mostrarse así de franca, contar sus secretos delante de todos... ¡delante de Ratartel!... como si lo que pensaran los demás no tuviera absolutamente ninguna importancia. Como si no fueran a sacar partido de lo que oyeran.

—Tuve un sueño. Sobre mi condena. —Sirin tenía el rostro tenso y enjuto—. Soñé con Galiagante. Que él... Oh, no puedo contarte lo espantoso que era. Me desperté y sólo podía pensar: *Así no.* Jane, tú siempre estás tan segura de ti misma, eres tan fuerte.

—¿Yo? —dijo Jane, sorprendida. La sonrisa de Ratartel era lasciva y calculadora. Casi podía ver cómo giraban las ruedecillas en su interior.

—He pensado que te podrías venir a pasar unos días conmigo. Ya sabes, sólo para hablar y salir juntas y cosas así. Sólo para asegurarnos de que no cometo ninguna locura. —La voz de Sirin se hundió—. Sé que como plan no es gran cosa.

—Te avisé —dijo Jane, envarada—. Lo siento por ti y ojalá pudiera ayudarte. Pero no puedo hacer nada.

—Pero si te pido tan poco.

Justo entonces apareció Billy Bugaboo detrás de la única silla que quedaba vacía, bandeja en mano.

—¿Está ocupada?

—¡Oh, por...! —Jane se puso de pie—. ¡Cógela! ¡Quédate con mi almuerzo! ¡Me da igual! ¿Qué he hecho yo para merecerte a ti encima de todo lo demás que me está pasando?

Billy se la quedó mirando, perplejo. Jane salió huyendo de la sala.

Aquella tarde, en lugar de arriesgarse a encontrarse con alguien en la cafetería o en cualquier otro punto de encuentro habitual de los estudiantes, Jane salió a la Ciudad y cenó en un restaurante de Orgulous. Pidió pastel de carne picada y puré de patatas. Un enano intentó tirarle los tejos, y cuando Jane empezó a gritarle el gerente la instó a marcharse.

El tiempo era plácido y agradable. Los sonidos del tráfico sonaban apagados y el aire era casi cálido. Jane caminaba encorvada, con las manos hundidas en los bolsillos y el ceño fruncido. ¿Hasta cuándo?, se preguntaba, ¿hasta cuándo?

Jane había llegado a Orgulous vía Senauden; llevada por el impulso, alquiló un vehículo privado hasta la calle. Al pisar el vestíbulo de Bellegarde comprendió de pronto que entre unas cosas y otras era la primera vez que iba allí en meses. También se dio cuenta de que se había dejado el pase para el ascensor en el bolso en su cuarto.

—¡Mierda!

No tenía sentido tirar el dinero en algo por lo que ya había pagado, de modo que tomó los pasillos traseros hasta las áreas de servicio en busca de un montacargas. No estaba permitido, pero los alumnos los usaban constantemente.

Se perdió casi de inmediato. Una escalera la condujo abajo hasta el sótano, y cuando intentó desandar sus pasos no supo encontrarla de nuevo. De modo que siguió caminando, por una serie de cuartos de almacenamiento cada vez más lóbregos que olían a trementina, brea, vinagre y libros mohosos. Empezaba a sucumbir al pánico cuando vio una puerta de acero pintada de verde junto a un bidón de carbón. Se detuvo.

Sin ninguna razón específica, la embargó la abrumadora intuición de que lo que buscaba se hallaba justo detrás de aquella puerta.

La abrió.

En la oscuridad pendían amenazadoramente enormes masas de hierro negro. Percibió un tufo a grasa y aceite en el aire. La luz de una solitaria bombilla desnuda destellaba en una enorme construcción de acero y malicia que le resultaba tan familiar como los confines de su misma alma. Era el N°

7332... Melanchthon.

El dragón sonrió.

—¿Sorprendida de verme de nuevo, pequeña trocada? —El calor de su sarcasmo era como un alto horno abierto en su cara. La puerta se disolvió en la mano de Jane y las tinieblas se intensificaron a su alrededor. En todo el universo no existían nada más que el dragón y ella. La cabina de Melanchthon se abrió sin hacer ruido—. Sube. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

No había otra cosa que hacer. Jane se montó.

El asiento del piloto parecía más nuevo de lo que recordaba. Pero cuando se sentó, se ajustó a su alrededor de una forma que resultaba íntimamente natural. Los instrumentos brillaban con una luz suave. Algo se arrastraba en la negrura del rabillo de sus ojos. En alguna parte, un meryon chilló y fue silenciado.

—Me abandonaste —dijo Jane.

—Ahora he vuelto.

Las manos de Jane descansaban en los apoyabrazos. Un giro y las agujas penetrarían en sus muñecas. Las gafas envolventes descenderían para sumergirla en el sistema sensor del dragón. No giró los mandos.

—Parece que te van bien las cosas.

Como esperaba, esto le ofendió.

—Igual de mema y aburrida que siempre —dijo Melanchthon con desprecio. En las profundidades de su tórax, un motor cobró vida con un rugido. Sus vibraciones estremecieron la cabina—. He venido para traerte muerte, sangre, venganza, y una pequeña participación en la mayor aventura desde el primer asesinato... y tú me vienes con insustancialidades.

—Es lo único que tenemos que decirnos.

—Habla todo lo que quieras —dijo con furiosa impaciencia el dragón—. Contamina todo el aire que quieras con tus rancias e insulsas palabras, palabras, palabras. Pero tú y yo hemos vivido el uno dentro del otro. Hemos compartido esencias, y ninguno podrá librarse del otro mientras viva. —En el consiguiente silencio, Jane tuvo la enfermiza convicción de que decía la verdad.

Cuando el dragón volvió a hablar de nuevo por fin, había templado sus pasiones. Su tono era frío y desdeñoso.

—¿Cómo puedes haber vivido tanto y experimentado tantas cosas sin preguntarte ni una sola vez quién fue el autor de tus infortunios?

—Conozco de sobra a mi enemigo. Lo conozco hasta sus códigos de activación.

—¿Yo? —dijo con sorna el dragón—. Yo soy un síntoma, a lo sumo. ¿Fui yo acaso el que creó el mundo y te puso en él? ¿El que decretó que debías vivir y amar y perder y envejecer y morir? ¿El que envenenó todas tus amistades y te alejó de quienes más deseabas? ¿El que dijo que sólo debías aprender a fuerza de errores y que las lecciones que aprendieras no debían servirte de nada? Ése no fui yo. Estás atrapada en una tela tejida por un poder superior al mío.

»Conozco a tu rival, pues también es el mío. Comparada con el odio que me inspira, nuestra enemistad es como una vela en relación con el sol.

Entiéndeme: estás en mi poder, y me proporcionaría un inmenso placer jugar contigo, como haría un gato con un ratón de campo. Pero te dejaré partir en libertad, pues tenemos una causa en común. También tú debes renunciar a cualquier emoción inferior. Concéntrate en tu verdadero adversario. Ódialo con toda tu alma. Témelo, como hago yo.

Jane siempre había pensado que la sangre no podía helarse, que quienes empleaban esa expresión lo hacían rendidos ante la metáfora y el juego de palabras. En ese momento cambió de opinión.

—¿De quién estás hablando?

¿Era simple teatralidad o algo más profundo, el paladear de su misma blasfemia, lo que hizo que Melanchthon vacilara? Con calmosa satisfacción, dijo:

—La Diosa.

—¡No!

—Venga ya. ¿No lo sospechabas? En plena noche de insomnio, ¿no viste nunca que la vida misma es la prueba de que la Diosa no te ama? ¿De que su consideración es malévola en el mejor de los casos, y que tu dolor debe de divertirla con seguridad, pues qué otra función cumple? No puedes eludir tu condena. Tienes un pequeño papel que representar en su destrucción. Deberías sentirte orgullosa.

—Estás loco —susurró Jane—. Nadie puede destruir a la Diosa.

—Nadie lo ha intentado nunca. —La voz de Melanchthon era suave y plausible, la antítesis de la locura—. El tiempo que hemos estado separados no ha sido en vano, te lo aseguro. He asumido el control de mi evolución y he aumentado mi poder por encima de la media de mi especie. Poseo la potencia destructiva necesaria, no lo dudes. Pero no hay futuro para un dragón renegado, perjuro y sin amo. Los cielos están cerrados para mí. Puedo arrastrarme eternamente entre las raíces y los sótanos del mundo o disfrutar de un último vuelo fatal. No volveré a coger desprevenidos a los defensores de la Ley. Pues bien, que así sea. Cruzaré volando por cuarta vez la Puerta del Infierno. Asaltaré el mismísimo Castillo Espiral y lo arrasaré, y sacaré a rastras a

la Diosa de entre sus escombros.

»Y por todo lo impío, juro que mataré a esa zorra.

—Es imposible —dijo débilmente Jane.

—Todavía estás infestada de esperanza. Crees que en algún lugar hay una vida que vale la pena vivir, y que algún tipo de combinación de acción, moderación, conocimientos y suerte te salvará, conque consigas tan sólo hallar la mezcla adecuada. En fin, tengo noticias para ti. Aquí y ahora... esto es todo lo que hay.

—¡Las cosas mejorarán!

—¿Alguna vez lo han hecho? —El desprecio del dragón era palpable. La escotilla de la cabina se abrió con un siseo—. Vete. Vuelve a tu dormitorio y disfruta de tu regalo. Regresa aquí cuando hayas crecido lo suficiente como para enfrentarte a la futilidad sin encogerte. Regresa cuando hayas desesperado y cruzado la línea que separa la decepción de la venganza. Regresa cuando hayas decidido dejar de engañarte.

—¿Qué regalo?

Las luces se atenuaron. Melanchthon no dijo nada.

—Has dicho que disfrute de mi regalo. ¿Qué regalo?

Nada.

—Ya he pasado antes por esto. ¡No pienso seguir jugando a tus putos jueguecitos psicológicos!

Silencio.

Jane pugnó por controlar su rabia, su miedo, su ultrajante sensación de impotencia. Tardó un rato. Pero al final se apeó de la cabina, tal y como Melanchthon deseaba.

Como siempre, era lo único que podía hacer.

De alguna manera consiguió volver a Lady Habundia. Cuando su mano tocó la puerta, la atravesó una lanza glacial de premonición. Vaciló, incapaz de girar el pomo.

Era ridículo. No había nada dentro... no podía haber nada dentro... peor que lo que acababa de soportar en los sótanos de Bellegarde. No era más que Melanchthon, retorciendo el cuchillo por simple despecho. Abrió la puerta de golpe.

Mona y Ratartel yacían sin vida en el suelo.

Un ruidito inarticulado escapó de la garganta de Jane. Sin duda eso era lo que Melanchthon entendía por una broma. O quizá fuera su grotesca versión de lo que Galiagante había llamado una «muestra de buena voluntad», la eliminación por cortesía de su vida de dos enojosas molestias.

Las luces estaban encendidas. Eso era lo que hacía que fuera tan espantoso. Si hubiera habido alguna pincelada de sombra por alguna parte, sus ojos habrían podido huir y refugiarse en ella. Pero a la luz llana y cruel de la lámpara su vista estaba petrificada. No podía mirar a otro lado. No podía negar lo que yacía ante ella.

Muerta, la cara de Mona se había vuelto gris; la de Ratartel había adoptado un blanco cadavérico con reflejos azules. Sus iris se habían disuelto por completo, dejando tras de sí unas indistintas lunas crecientes bajo los párpados morados. Tenían las bocas flojamente abiertas. Un húmedo rastro de saliva cruzaba la barbilla de Ratartel, y una gota solitaria colgaba de su parte inferior, negándose desquiciantemente a caer. Era como si se hubiera parado el tiempo.

Ratartel todavía tenía la aguja clavada en el brazo. Debía de haber inyectado a Mona primero antes de pincharse él, sin verla desplomarse en la cama. Luego, cuando la perdición llegó a su corazón, sencillamente se había echado de lado. Su cabeza apuntaba hacia el suelo. Hasta muerto, se apartaba de la pobre Mona.

Jane estaba paralizada de horror.

Una sirena levantó la voz a lo lejos. Una segunda se unió a ella, y después una tercera. Pronto toda la Ciudad era una sinfonía de bocinas y alarmas.

Había empezado el Diezmo.

18

Era lo peor que podía haber hecho. En las hojas mimeografiadas que la universidad había distribuido entre todos sus alumnos, la primera frase, en grandes letras púrpuras perfumadas, era: 1. NO SALGAN DE SU CUARTO.

Jane sabía que era un buen consejo.

Pero el pánico ciego la había sacado de su habitación, de Habundia, de Bellegarde, hasta alcanzar la calle. No había tomado ninguna decisión consciente. Tan pronto estaba contemplando fijamente los dos cadáveres que yacían en su piso como estaba temblando, desorientada, en una parte desconocida de la ciudad.

Un hada con cabeza de jabalí pasó bamboleándose, llorando. Sus codos pistoneaban más altos que su cabeza, y se descolgaban lágrimas de sus retorcidos colmillos. Lo seguía una decena aproximada de niños lobo, entre pullas y risas. Una vara le aguijoneó el flanco, trastabilló, lo asieron y desapareció.

Sonó un cristal al romperse.

¡Tenía que regresar a Bellegarde! Cerrarían las puertas de emergencia a medianoche. Pero si conseguía colarse antes, quizá encontrara refugio en el cuarto de Sirin, puede que en el de Linnet, muy por encima de la planta baja, donde sin duda estallaría lo peor.

La calle se dobló y estrechó. A ambos lados se elevaban paredes sin ventanas, convirtiéndola en un canal o tobogán. Al final de la manzana, un grupo de hadas bailaba alrededor de una hoguera al rugiente son de un enorme radiocasete portátil. Otros habían irrumpido en un almacén de textiles y estaban lanzando balas de muselina, percal, estambre, popelina y seda aguada por las ventanas de cinco plantas. Caían sobre la acera como lluvia al desenrollarse. Algunos grigs y picagranitos corrían a la zona de impacto para conseguir material con el que alimentar el fuego.

Jane retrocedió, pero de pronto la calle a su espalda se llenó de grotescos, que entonaban:

Verbena, potentilla,
hipérico, abestiado.
¡Que arda la villa,
que arda el estado!

Estaban tocando campanas y cuernos, ondeando pancartas publicitarias por encima de sus bamboleantes cabezas. Portaban lámparas colgadas de altas pértigas. Con orejas de murciélago, astas de ciervo y patas de cigüeña, tenían todo el aspecto de juerguistas de carnaval.

¡Que arda la villa,
que arda el estado!

Demasiado asustada para correr, Jane fue alcanzada por la multitud, absorbida y arrastrada. De repente era una de ellos, no su objetivo sino a salvo en su alegre compañía, protegida y sostenida por la presión de los cuerpos. Todo el mundo se reía, tenía la cara colorada y era horroroso. Un enano rojo le pasó una lata de cerveza. Para tranquilizarse, la abrió y le pegó un largo trago. Estaba tan fría que le picó la lengua.

¡Que arda la villa,
que arda el estado!

La embargó una extraña mezcla de temor y trepidación.

La turba llegó a la hoguera. Los dos grupos se fundieron y fluctuaron.

—¿Te estás divirtiendo?

Jane giró sobre sus talones, atónita.

—¡Linnet! ¿Qué haces tú aquí?

Su compañera de clase se encogió de hombros.

—Lo mismo que tú... pasármelo bien.

—Linnet, tenemos que volver al dormitorio. ¿Tienes idea de dónde queda? Si no está muy lejos, todavía conseguiremos llegar a Habundia antes de que cierren las puertas.

—¡A la mierda! —Linnet se abrazó con fiereza; se le marcaban los hombros huesudos como un segundo par de alas—. No voy a renunciar a esto

para quedarme sentada en mi cuarto mirando a la pared. O leer un libro. A lo mejor sacar el calentador eléctrico y prepararme una manzanilla. Habundia está a un millón de años luz de distancia. ¿No te das cuenta? Esta noche nada está prohibido. Que quieres algo... ¡cógelo! Que te gusta alguien... ¡adelante, a por él! Puedes sentarte en el bordillo y comerte los mocos delante de todos, si eso te pone. No te lo va a impedir nadie. No se va a fijar nadie.

Se metió un vapuleado cigarro de hachís en la boca y chasqueó los dedos debajo. Una chispa, una llama, una vaharada de humo. No se ofreció a compartirlo. La radiante luz de abandono en su rostro era tan intensa que Jane agachó la cabeza avergonzada.

La multitud reanudó la marcha con un rugido. Jane fue empujada primero a un lado y después a otro. Tuvo que trotar para no caerse.

—¿Adónde vamos? —gritó.

—¡Qué más da!

Desfilaron corriendo junto a una ristra de tiendas. Las lunas se hacían añicos a su paso. Algunos individuos aislados irrumpían en los establecimientos para apañar un bolso o un puñado de gemelos, pero el grueso de la turba no aminoró la marcha. El sonido de los cristales al explotar se perpetuaba.

—¡Esto es horrible! —gritó Jane.

—Esto no es nada. —Linnet tenía los ojos incandescentes. Su sonrisa era tan amplia que debía de dolerle—. Tú espera.

El pelotón se contrajo. Hombros, codos y barbillas afiladas hostigaban a Jane por todas partes, amenazando con romperle las costillas. Los cuerpos se apretujaron. Como una pepita de pomelo estrujada entre el pulgar y el índice, Linnet salió disparada perdiéndose de vista.

La impotencia de Jane era perfecta. Atrapada en el torno, prensada, era incapaz incluso de caerse; la multitud la sostenía. Por un instante sus pies se elevaron del suelo y avanzó por inercia. Al ensancharse la carretera, sus pies tocaron el pavimento y tuvo que correr para no caerse y ser arrollada.

Otro rugido. El frente del tropel había encontrado algo. Era, como descubrió Jane cuando la empujaron lo bastante cerca para ver, un mastodonte. Lo habían atrapado en un callejón sin salida y estaban balaceándolo de un lado a otro. Se volcó con un bramido de rabia frustrada, y los conquistadores se amontonaron sobre sus cuartos traseros. Arrancaron la capota y la puerta del conductor y empezaron a sacarle las tripas. Asientos, cables, bujías, una estatua de salpicadero de plástico de la Gran Madre... todo fue a parar a la multitud.

—¡Cabrones! —rugió el mastodonte—. ¡Os mataré! ¡Os aplastaré! ¡Os

apisonaré! —Era aterrador ver que una bestia tan enorme, una máquina tan poderosa, pudiera ser doblegada tan fácilmente.

Tan aterrador como espléndido.

La fachada de una taberna había sido desmantelada y su barra asaltada. Se estaban pasando botellas a quienquiera que pasara por allí cerca. Jane se descubrió agarrando una pinta de licor de menta. Sabía asqueroso. Pero después de un rato se acostumbró.

Destrozando y saqueando, la muchedumbre continuó avanzando hasta que algo que surgió al frente —un callejón sin salida, un cruce de caminos— hizo que se detuviera, indecisa. Frenando hasta poder caminar de nuevo, Jane volvió a divisar a Linnet. Iba colgada del brazo de un enorme tumulario deforme. Jane le dio un golpecito en el hombro.

Linnet levantó la cabeza, inexpresiva.

—¿Qué haces tú aquí? —Sin esperar una respuesta, soltó el brazo de su acompañante—. Éste es Cabezahueso.

Cabezahueso sin duda hacía honor a su nombre. Su cráneo se veía enormemente grueso, ladeado y cadavéricamente blanco bajo el pelo rapado. En la frente y las mejillas llevaba tatuados unos discos solares resaltados en negro. Sus ojos eran dos pozos inanimados de ceniza.

Sonrió con lascivia y se tocó las pelotas.

Ignorándolo desesperadamente, Jane dijo:

—¿Tienes idea de dónde estamos? No hace falta que vengas conmigo. Tan sólo indícame la dirección adecuada y me iré a casa yo sola.

Con fulminante desprecio, Linnet respondió:

—Es que no lo pillas, ¿verdad? No lo pillas. —Se sacó el jersey por la cabeza con un batir de alas. No llevaba nada debajo. No tenía los senos especialmente crecidos, pero sus pezones eran enormes, grandes como ciruelas y de color albaricoque. Su exhibición suscitó una ronda de vítores.

Linnet lanzó el jersey por los aires. Un músico jorobado se agachó para meter la cabeza entre sus piernas y volvió a levantarse. Linnet se elevó a hombros como un mascarón de proa para la turba.

—¡A los Túmulos! —gritó alguien. Linnet agitó los brazos, instándolos a avanzar.

—¡A los Túmulos! —los arengó. Con el jorobado tocando la flauta debajo de ella, encabezó la marcha.

Caminaban a buen paso, casi al trote. El embriagador olor de su sudor rodeaba a Jane, como fruta podrida. El gentío ya no cantaba, sino que hacía un

ruido extraordinario, un farallón de voces con ocasionales gritos atiplados que rompían la superficie como lanzas sónicas, y un retemblor bajo que vibraba en la boca de su estómago y no cesaba. Zumbaba y crepitaba en su cabeza como un subidón de anfetaminas, constante, inalterable, y sin embargo complejamente variado, una sinfonía del caos.

Jane se pasó una mano por el pelo, que chasqueó. Ya no se quería marchar. Lo que estaba ocurriendo era demasiado excitante, demasiado vital a su espantosa manera, como para renunciar a ello. Tenía que ver qué sucedía a continuación. Liviana, una partícula cargada en la corriente de la multitud, dejó que ésta la arrastrara lejos, sin ofrecer la menor resistencia a su voluntad.

Jane se vio de improviso en una tienda de electrodomésticos. Por doquier había formas tenues afanando videocámaras, reproductores de CD, neveras portátiles. Le pusieron una caja en los brazos. Patidifusa, la sujetó.

Un duende negro como el hollín surgió de las sombras de un salto y gritó con voz risueña:

—¡Fuego! ¡Peligro! ¡Fuego! ¡Salid! ¡Salid!

Las llamas brincaban a su espalda.

Todo el mundo intentó escapar por la puerta principal al mismo tiempo. Por un angustioso instante Jane pensó que iban a aplastarla y temió por su vida. Había recorrido varias manzanas antes de que se le ocurriera mirar y ver qué era lo que le habían dado.

Un horno microondas.

Era un verdadero golpe de suerte. Le hacía muchísima falta un microondas en el cuarto, y puesto que no había manera de robar algo tan grande en ninguna tienda, decidió quedárselo.

Cargada con el horno, no obstante, Jane descubrió que no podía mantener el ritmo. Fue rezagándose paulatinamente, deslizándose sin remedio hacia la retaguardia de la muchedumbre. Hasta que por fin, con los brazos y los hombros doloridos, tuvo que sentarse en unos escalones de acero y cemento a orillas de un antiguo canal industrial. Estaba extenuada.

La cola de la turba se perdió de vista. La temperatura del aire bajó. El tronar de voces se redujo a un murmullo que surgía esporádicamente de distintas partes de la Ciudad, como si la multitud fuera un monstruo que pudiera existir en varios sitios al mismo tiempo. Bajó la vista a sus pies, al revoltijo de chatarra oxidada, ampollas de crack y colillas. Todavía le zumbaba la cabeza.

La turba había absorbido toda la vitalidad de las calles y los edificios a su paso. Tras su estela la pintura se ampollaba, se rompía y liberaba esporas de herrumbre en diminutos estallidos. El asfalto se socavaba. El estuco se caía a parches de los ladrillos. La basura se multiplicaba junto a los bordillos y flotaba en las untuosas aguas del canal. Las paredes se desmoronaban.

En el interior de los edificios desalojados, la maleza se reproducía a velocidad nigromántica. Ante los ojos de Jane, una enredadera se abrió paso desde una grieta en la base de un puntal de cemento y se transformó en una laberíntica mata de espinas. En sus profundidades se abrieron rosas cuya fragancia, como leche cuajada, atrajo a una especie de ninfas aladas no más grandes que su puño.

Las ninfas cruzaron el canal a gran velocidad con un delicado cascabeleo. Viajaban en parejas, transportando prisioneros igualmente diminutos colgados de cuerdas gemelas no más gruesas que un hilo. Arremetieron de cabeza contra el lúgubre espino.

Unos alaridos diminutos hendieron la noche.

Como alquimista en ciernes, Jane comprendía los procesos naturales. El equilibrio había sido destruido; había que restaurarlo. Pero ella no tenía por qué mirar. Ya había recuperado el aliento. Era hora de irse. Se levantó y dejó el microondas en los escalones. A fin de cuentas, en realidad no quería aquel condenado trasto.

Un chorro de vómito salpicó la carretera. Se apartó dando un respingo, pero aun así varias motas le alcanzaron los zapatos.

Tres criaturas con cabeza de hiena estaban asomadas por encima de la barandilla de un paso elevado sobre ella.

—¡Eh, más cuidado! —gritó.

Una, la mareada, aparentemente ni siquiera reparó en ella. Una segunda se carcajeó de su indignación. La tercera se puso de pie encima de la barandilla, se desabrochó la cremallera y le enseñó la minga.

—¡Cómete esto, guapa!

—¡Gilipollas! —chilló.

—Esta zorra —dijo fríamente el exhibicionista— necesita aprender una lección. —Su amigo ya estaba buscando la forma de bajar.

—¡Por ahí! —gritó. Dejando a su ebrio camarada agarrado a la barandilla, emprendieron la carrera hacia una escalera que había al extremo más alejado del puente. Aterrada, Jane se coló en un zaguán y descubrió que era la entrada a otra escalera, menos obvia, que daba a la calle que acababan de abandonar sus perseguidores.

Se detuvo en lo alto cuando primero una decena y después un centenar de criaturas deformes pasaron corriendo frente a ella. Sus atormentadores habían sido la avanzadilla de un brazo de la turba. No era el mismo grupo que había dejado ella; no reconoció a nadie, y entre éstos había algunos rostros que no hubiera podido olvidar. Pero eso daba igual. Se sumó a su apresurado número.

De nuevo a salvo.

Jane no había llegado muy lejos cuando un rugido descomunal explotó al frente. La calle se abrió de repente a una gran plaza pentagonal. Como moléculas de gas que escaparan de la compresión, el gentío aceleró y se dispersó para ocupar el nuevo espacio. Con un estremecimiento de temor, Jane comprendió dónde estaban.

Ésa era la Plaza de Oberón. Cuatro de sus caras estaban ocupadas por tabernas, tiendas de discos, ferreterías, mercerías y otros establecimientos por el estilo. En la quinta, la colosal fachada de obsidiana de la penitenciaria más infame de toda la Gran Ciudad Gris señoreaba sobre la plaza como la gigantesca proa de un ominoso carguero negro.

Los Largos Túmulos.

Enfrentada a su destino, la turba resultó sentirse curiosamente remisa a atacar. Se separó en grupos más pequeños por los otro cuatro costados, ignorando el objetivo más evidente. Las fachadas de los almacenes estaban cubiertas por verjas de seguridad y pantallas de contención, pero había ventanas desprotegidas en los pisos superiores. La muchedumbre las acribilló con piedras y trozos de ladrillo.

Siguiendo un impulso demasiado rápido como para aprehenderlo, Jane cogió una lata de cerveza vacía, amartilló el brazo y la lanzó. Su ventana saltó en pedazos. Echó la cabeza hacia atrás y gorjeó de placer. Un troll le dio una palmadita en la espalda, consiguiendo que se tambaleara.

Era una sensación fantástica.

La locura de la hueste feérica se apoderó por completo de ella en aquel momento, arropándola como un par de alas de gasa. Inspiró hondo, llenándose los pulmones y el abdomen de aquella arremolinada sensación efervescente. Una vez dado el primer paso, era inevitable. Ahora era una de ellos, en cuerpo y alma, ciudadana de la turba.

Un borracho tropezó con ella y Jane lo apartó de un brusco empujón con las dos manos.

—¡Fuera de mi camino, puto sinvergüenza!

Y también esa sensación era fantástica.

Cuando hubieron destrozado todas las ventanas, arrancado las verjas de las tiendas, saqueado su interior y prendido fuego a dos de los almacenes, se produjo una pausa. Varios enanos fornidos intentaron romper los goznes de la enorme puerta de la penitenciaria. Pero pese a toda su maña y su fuerza, tuvieron que desistir abochornados.

El tropel estuvo a punto de quedarse parado en ese momento. A fin de no perder impulso, algunos de sus componentes se dirigieron a una bodega de lujo que hasta entonces había escapado a su atención. Sillas de cuero y plantas trepadoras aterrizaron en la calle. Óleos de ogros desnudos en cuclillas sobre retretes fueron arrojados a las llamas. A continuación tres barriles gigantescos fueron a parar rodando a los adoquines, empujados por tres esforzados lamios. Uno de ellos saltó encima de la tinaja de cabeza y ondeó su gorro emplumado en el aire.

—¡Alegres compañeros! —exclamó. Risas sarcásticas. Blandió un hacha—. Nuestros bienamados señores, los Lores de la Ciudad, han encarcelado... ¡por su propio bien!... a este irreverente y proscrito licor. No pocos largos y enconados años ha pasado confinado entre estas paredes de roble, madurando, macerando, perdiendo sus asperezas, aspirando a convertirse en una bebida clemente y sumisa, digna de los nobles gaznates de nuestros dignísimos dueños. —Era el centro de todas las miradas. El lamió sacó pecho, hizo un gesto teatral y gritó—: ¿Ha madurado?

—¡¡¡No!!!

—¿Ha aprendido la lección?

—¡¡¡No!!!

—¿Se ha arrepentido de su afán insurrecto?

—¡¡¡No!!!

—Bien dicho. Es un brebaje a todas luces contumaz e inadecuado para nuestros superiores. —Descargó el hacha sobre la piquera del barril. El vino se derramó por la plaza. Un puñado de grotescos se apresuró a correr entre risas a las cunetas para arrodillarse y beber.

Se sustrajo una bomba de la tienda de electrodomésticos y se empleó para llenar una fuente vacía en el centro de la plaza. Los festejantes —Linnet entre ellos— chapotearon desnudos en ella, bebiendo de los cuencos de sus manos y bañándose en líquido unos a otros. Los edificios en llamas y las farolas de vapor de mercurio se combinaban para proyectar una sombría luz anaranjada sobre todos ellos.

Se escucharon gritos en la periferia de la multitud.

Un gigante de construcción se adentró con parsimonia en la plaza, dirigido por un sonriente y malicioso boggart que, sentado en su hombro, le susurraba al oído. Se detuvieron frente a las puertas de la prisión y el gigante levantó su puño descomunal. Tres veces aporreó las puertas forjadas en hierro. Se astillaron y resistieron. Al cuarto golpe, la puerta cedió y se vino abajo.

Los gritos de júbilo hicieron temblar a las estrellas.

Jane corrió adelante con todos los demás. Se descubrió siguiendo un pasadizo oscuro y angosto al lado de Cabezahueso. Éste le agarró el brazo y la detuvo delante de una celda.

—¡Aguanta esto! —Le tiró la chaqueta y escupió un chorro de flemas amarillas entre sus zapatos. A continuación calzó una palanca entre la cerradura y la jamba de la puerta. Los músculos se abultaron bajo su camiseta empapada en sudor.

La puerta se abrió con un chasquido.

Dientes podridos en una boca podrida. Una cara que parecía estar torcida de lado. La criatura salió de su celda y pellizcó a Jane en la mejilla con unos dedos que escocían como el hielo.

—¿Esto es para mí? —jadeó, antes de reírse ante el desmayo de Jane y alejarse renqueando.

Cabezahueso forzó una segunda cerradura. Algo oscuro, como una sombra granulosa, se liberó flotando. Miró a Jane soslayadamente de pasada. Atisbó fugazmente unos ojos inyectados en odio, como las puntas de mil pinzas de escorpión. El miedo hizo que le diera un vuelco el corazón.

—¡No te quedes ahí plantada! —Cabezahueso le propinó un pescozón—. Tenemos trabajo que hacer.

Pero Jane se quedó allí plantada. Demasiado enfrascado como para darse cuenta, Cabezahueso avanzó por el corredor rompiendo una puerta tras otra, liberando horrores como Jane no había visto en su vida.

Dejó caer la chaqueta y retrocedió.

En la calle, una pixie le pasó a Jane una botella de whisky con una sonrisa. Bebió. Una ninfa de agua estaba pasando pastillas. Se tragó cinco sin remojarlas con nada.

Demasiado impacientes para esperar, los pirómanos ya habían empezado varios fuegos dentro. Alborotadores y prisioneros emergían

boqueando y jadeando, borrachos y riéndose por lo bajo. Sólo los bloques de celdas más próximos habían sido desalojados. En un abrir y cerrar de ojos las áreas del interior fueron engullidas por unas llamas más abrasadoras que cualquier horno.

Los convictos fugados cruzaban la puerta gritando, corriendo en círculos frenéticos, agitando los brazos y con las cabezas en llamas. Eran recibidos con risas.

Caía una nevada de cenizas. Los copos eran tan grandes como la mano de Jane. Levantó la mirada, parpadeando.

Como era habitual en la arquitectura de prisiones, la puerta estaba rematada por un corto puente sobre el que había una pequeña torre de vigilancia. Los guardias habían huido hacía tiempo y las puertas se habían desplomado, pero todavía cubría la distancia sobre el espacio que habían ocupado.

El puente se veía negro contra las llamas y en la pequeña torre, en su centro, cabriolaba un puñado de hadas que cantaban y orinaban en el fuego. No les importaba el peligro. Eso iba más allá de lo meramente suicida. Era aterrador.

De improviso, las hadas de encima de la puerta lanzaron un grito. Una señaló a una calle lejana.

Un destacamento de guerreros elfos con cascos de cristal negro entró desfilando en la plaza.

Como si todo estuviera previsto, aparecieron unas mantas al pie del muro, sostenidas tirantes por las esquinas. Los vigías saltaron de uno en uno, rebotaron en las mantas y bajaron al suelo.

La turba se quedó curiosamente callada.

Los guerreros elfos formaron a un lado de la plaza en tensas filas, con porras antidisturbios y escudos de plexiglás colgados de un brazo. Todos lucían la insignia del ronyon alado en sus túnicas.

Su capitán montaba a lomos de un caballo de guerra cromado, pulido hasta conseguir un brillo tan fino que costaba distinguir los detalles. Reflejos de la turba, los guerreros, las paredes en llamas de los Largos Túmulos, fluían silenciosos sobre sus frías superficies, abultándose al avanzar el corcel, siendo tragados de nuevo por el misterio al desviarse ligeramente hacia un lado.

Las cenizas seguían cayendo suavemente.

El capitán elfo se levantó sobre los estribos y, con voz alta y clara, gritó:

—Este tumulto va en contra de las convenciones del Diezmo. Su

presencia aquí es ilícita y prohibida. Tienen dos minutos para desalojar la plaza.

Se escucharon burlas, pero débiles. La muchedumbre estaba dudosa, insegura. Hacia los extremos, un puñado de los tumularios más volubles empezaba ya a escabullirse. Si los guerreros elfos hubieran avanzado hacia ellos, podrían haber despejado la plaza casi sin esfuerzo. Pero su capitán no dio la orden. Una sonrisa cruel aleteaba en su rostro.

Las burlas arreciaron. Voló una piedra, y después una botella. Explotó. Ante aquel sonido una ola de conmoción se propagó por la turba, un batiente de aprensión que cruzó la plaza en menos tiempo que un grito. Jane se estremeció involuntariamente. A su alrededor, se tensaron los cuerpos.

—Oh, mierda —masculló un enano. Lo iban a hacer de verdad. Realmente pensaban plantar cara a los elfos.

El enano agarró a Jane por el codo y señaló con un dedo. Giraron las cabezas. Aparecieron más guerreros en una calle de acceso. Luego en otra. Estaban bloqueando todas las salidas. He ahí el motivo por el que su capitán había vacilado. Quería a la turba encajonada y sin escapatoria posible.

—Si no se dispersan, habrá de emplearse la fuerza contra ustedes. —El capitán elfo consultó su reloj de pulsera con indiferencia.

Toda aquella hipocresía reforzó la determinación de Jane. El odio que sentía por los altos elfos llameó al rojo blanco. ¿Así que pensaban que podían amedrentarla? De eso nada. Quizá estuviera aterrada, pero no era ninguna cobarde. Aquí estoy, pensó. No me moveréis.

Con un alarido, los guerreros cargaron.

El choque fue caótico.

Todo el mundo empujaba y gritaba y maldecía. Allí no había orden alguno que Jane pudiera discernir. La carga fue tan brutalmente simple como el asalto del océano sobre la tierra. Pero la muchedumbre la encaró con el mismo arrojo que las montañas al mar. Justo antes de que los guerreros llegaran a los primeros alborotadores, su capitán levantó en alto su porra y pronunció una palabra de poder.

Todas las farolas estallaron. La plaza se sumió en una penumbra rojiza, iluminada por el fuego.

Las nuevas condiciones favorecían a los elfos, que habían sido adiestrados en el combate nocturno y, merced a una antigua bendición de la Diosa, seguirían gozando de buena visibilidad mientras flotara en el cielo al

menos un atisbo de la Dama Luna. Avanzaron con sus porras refulgentes y la turba cedió terreno ante ellos. Pero tal era la ansiedad de los soldados por conectar sus golpes que la formación se desgajó rápidamente en nudos irregulares de violencia, y gran parte de su ventaja se perdió.

Jane fue empujada a un lado y a otro. Vio a un mañuelo fornido abalanzarse sobre un escudo, y su soldado retrocedió con un grito de agonía y un brazo roto. Desapareció en el remolino de personas. Otra vuelta de la multitud y Jane vio a tres elfos aporreando a su enano. Le habían arrancado el jubón. Su cuerpo yacía a los pies de sus agresores, cubierto de sangre, medio desnudo y sin ofrecer resistencia. La cabeza colgaba flácida de su cuello. Trompicaba con cada porrazo. Le habían partido la columna. Jane avanzó. Atónita, comprendió que iba a intentar ayudarle.

¡Estúpida, estúpida, estúpida!, despotricó contra sí misma. ¿Qué coño hago aquí? Esto no tiene sentido. El enano está muerto. No puedo hacer nada por él. ¡Date la vuelta, corre, huye!

Siguió avanzando como una sonámbula.

Un guerrero se cernió sobre ella; había perdido su casco y su fino cabello rubio restallaba. La luz de combate le iluminaba la cara. Levantó su porra contra ella. Pisó mal un adoquín empapado de vino e hincó una rodilla en el suelo.

En ese instante un ogro se echó sobre él, con la cabeza gacha y afianzada entre sus omoplatos, con las piernas estebadas ciñéndole la cintura, las manos nudosas tirándole de la barbilla. Se escuchó un chasquido seco. El elfo pataleó, y la luz se apagó en su rostro. Su porra repicó en el empedrado.

Jane la recogió.

Las cenizas caían más espesas que nunca. Un ápice más y sería imposible respirar. El olor a vinilo, madera, tela y plástico quemados procedente de los edificios incendiados llegaba a todos los rincones; irritaba la nariz y se demoraba en el cielo de la boca. Jane sabía que aquél debería ser el momento más aciago de su vida, pero a su extraña y desagradable manera no lo era.

Era divertido.

—¡Apartaos! ¡Apartaos, apartaos! —La porra era de metal macizo y tan larga como alta era ella, con un corto travesaño a un lado para empuñarla en tácticas de control de disturbios. Indocta en su manejo, Jane asió un extremo y la blandió adelante y atrás como si fuera un enorme espadón a dos manos. Abrí un espacio frente a ella y a los lados. Podía respirar otra vez—. ¡Bastardos! —gritó—. ¡Elfos chupapollas!

Un ruido similar a un suspiro y luego otro y luego tres más, sonidos distanciados del clamor general de la batalla por su queda difidencia. Unos

botes de gas repicaron en los adoquines. Explotaron, liberando nubes de gas antidisturbios.

Quienes entraban en contacto con el gas retrocedían entre arcadas. Se empujaban y arañaban en su afán por escapar. Pero antes de que los guerreros pudieran aprovecharse del desorden, unos cabezas rapadas con la boca y la nariz tapadas por pañuelos humedecidos corrieron, agarraron los botes y se los devolvieron a los soldados.

Un toque de viento plegó una de las nubes delicadamente sobre la sección de la turba donde se encontraba Jane.

¡No podía respirar! ¡No veía nada! ¡Le ardía la piel! Estaba tosiendo, atragantándose, llorando miserablemente. Moqueaba. Sentía un lado de la cara como si se lo hubieran azotado con ortigas. Trastabillando, doblada por la cintura, tanteaba en busca de una salida.

Y entonces, milagrosamente, una mano tomó la suya y tiró de ella. Sintió aire fresco en el rostro. Entre pestañeos vio un acuoso atisbo de una carretera abierta frente a ella.

—Vamos —gruñó su benefactor—. Pronto dispararán más gas.

Cuando se hubieron zafado de la plaza, sin embargo, Jane tuvo que detenerse. Clavó los talones en el suelo y soltó la mano de un tirón. Se enjugó los ojos en un hombro de la chaqueta y la nariz en el otro. Entre lágrimas, volvió a observar el tumulto.

El humo de un centenar de fuegos había tornado el cielo en un lienzo para luego pintarlo de un rojo embarrado. Bajo su sombrío dosel, unas criaturas oscuras se cernían sobre los cuerpos de los caídos. Algunas estaban robando carteras. Otras no. Reconoció en algunas de ellas a los prisioneros que había ayudado a escapar.

—No hay tiempo para contemplar el paisaje —insistió su acompañante—. Los casacas verdes se acercan. —Y, en efecto, podía oír los pasos acompasados de tropas elfas de refuerzo. Jane recibió un empujón y salieron corriendo. Sólo entonces se le ocurrió mirar a ver quién era su salvador.

Era Cabezahueso.

Cuando estuvo claro que no los seguía nadie, Jane se detuvo tambaleándose. Tenía que vomitar. Cabezahueso la sostuvo con un brazo por los hombros mientras ella se purgaba de las cenizas, la locura y la plaga. Cuando volvió a enderezarse sentía la cabeza sorprendentemente despejada.

—Menuda pelea, ¿eh? —dijo Cabezahueso.

Jane lo miró.

—Le arranqué un dedo de un mordisco a uno de esos cabrones. Llevaba un pedazo de anillo de oro puesto, todo cubierto de piedritas de esmeraldas y rubís y mierda de ésa. Aquí lo tengo. —Se dio una palmada en un ensangrentado bolsillo de la camisa, jactancioso—. Así que esta noche me he sacado una buena tajada.

Cabezahueso era tan alarmantemente feo como siempre. Pero sus ojos habían cambiado. Ahora eran verdes, con motas de oro, como hojas a principios de verano. Brillaba en ellos un humor jovial, como si Cabezahueso fuera tan sólo un papel que estuviera representando, o como si estuviera usándolo como máscara y espiando tras las cuencas de su calavera.

—Tienes algo enganchado en el pendiente —dijo Jane.

—¿Eh? —Cabezahueso se giró, levantando las manos, cuando Jane le tiró de la oreja. Demasiado tarde. Sus dedos se cerraron en torno al talismán que colgaba del lóbulo—. ¡Hey, cuidado con eso!

Le arrancó el talismán. Con un grito de alarma, Cabezahueso fluctuó y se encogió. Su cara y sus rasgos cambiaron por completo de naturaleza. Los tatuajes se desvanecieron, y con ellos su malévola expresión desencajada. Ya no era Cabezahueso.

Era Puck Aleshire.

Jane echó un vistazo al talismán —ámbar, hueso, un disco superconductor, dos plumas de arrendajo azul— y lo tiró lejos. No era nada; ella misma podría hacer uno de ésos cuando quisiera.

—¿Qué cojones haces tú aquí?

—Te estaba buscando, ¿vale? Cerda sagrada, esto pica. —Torció el gesto. Puck llevaba puesto un raído abrigo de paño que no le sentaba bien en absoluto—. Mira, ya sé que no me pediste que viniera a por ti. Pero estoy aquí de todos modos. Y si no estuvieras tan colocada, te alegrarías. Tenemos que salir de aquí. Han sacado los cuchillos. No van a volver a envainarlos cuando se hayan quedado sin elfos.

La agarró del brazo y empezó a arrastrarla.

Corriendo tras sus pasos, Jane hubo de reconocer que Puck tenía un porte heroico. Le brillaban los ojos y tenía la mandíbula tensa. Su corazón se suavizó por un instante. Entonces miró abajo. Había algo colgando de su bolsillo, donde había sido guardado apresurada e incompletamente. Era una tira de tela negra. Unas bragas. Por su aspecto y tejido parecían conocidas.

—¿Qué es esto? —Jane las cogió. Estaban usadas y sin lavar. Se las acercó a la nariz y aspiró.

Suyas.

—¿De dónde has sacado esto?

Puck agachó la cabeza, azorado, pero no aminoró el paso.

—Yo, eh, se las cambié a Billy Bugaboo por otra cosa. Me dijo que una vez habías pasado la noche en su cuarto, y que te olvidaste de recogerlas cuando te vestiste a la mañana siguiente.

—¡Ese Billy! —exclamó Jane, ofendida—. ¡Voy a estrangularlo!

—No pensamos que fuera a importarte.

—Bueno, pues si que me importa, gracias por preguntar.

—Además, no podría haberte encontrado sin ellas. Hay que combatir el fuego con el fuego, ¿no? Ése es el principio del contagio.

—¡¿Contagio?!

—No es para tanto, ¿vale? Billy me dijo que le hacía falta mi chaqueta de cuero y me preguntó si yo quería algo suyo a cambio. —La miró de reojo y por primera vez reparó en el estropicio que había hecho Jane con su chaqueta—. Hey. ¿Cómo te has hecho con ella?

Jane se ruborizó.

Caminaron en silencio durante un momento. Luego Puck dijo:

—Supongo que los dos hemos hecho cosas de las que no nos sentimos especialmente orgullosos. Ahora eso no importa. En serio, tenemos que salir de aquí antes de que la situación empeore.

Había cadáveres en la carretera.

Caminaban tras la estela de un brazo de la turba. Periódicamente podían oír su voz rugiendo por delante de ellos. Era estremecedor, puesto que en manzanas a la redonda no había ningún ser vivo a la vista. Sólo cuerpos.

Los cadáveres eran en su mayoría pequeños; se encontraban en un barrio poco privilegiado y varias facciones de la muchedumbre habían sucumbido a la tentación de reventar enanos. Pero también había lutines y nisken y hombres cabra, aunque en menor número. Jane estaba hipnotizada por uno en particular, un fauno con la cara medio desollada. Algún cazador de trofeos había arrancado la carne de la mandíbula inferior antes de que algo lo distrajera de su proyecto, revelando una sonrisa demencialmente torcida hacia arriba. El único

ojo visible estaba abierto de par en par y había adoptado un tono azul nieve. La expresión resultante era astuta, amedrentadora, fascinante. Contemplándola, Jane se sentía próxima a entender algo importante. Oh, la que te espera, decía esa expresión. Si tú supieras.

—No te quedes ahí —dijo Puck—. ¿Estás loca? —Tiró de ella.

Las calles se hinchaban y rodaban bajo sus pies. Jane tenía que agarrarse al brazo de Puck para no caerse.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Bueno, había preparado un hueco detrás de un contenedor en Bellegarde. Pero perdí mucho tiempo buscándote. Jamás conseguiríamos llegar hasta allí ahora. El viejo Flacochambre nos acogería, pero su queli queda al otro lado del río. Hay un nido de mimsis amigas mías que me darían cobijo, pero soy un chico... a ti no te aceptarían. No tenemos muchas opciones. —Más que enumerar posibilidades, parecía que estuviera intentando justificar una mala decisión.

—¿Adónde? —insistió Jane.

—Allí. —Doblaron una esquina y se encontraron en una calle circunvalada por la turba. Al frente, un amasijo de edificios decrépitos se arracimaba bajo los contrafuertes de un puente de hierro colgante. No debían de estar lejos de los muelles; Jane podía oler el río. Todos los edificios estaban abandonados y tenían las ventanas cubiertas con tablas. Una solitaria lámpara ilesa proyectaba la luz suficiente para leer el cartel de lo que alguna vez había sido un restaurante:

COCINA DE LA HERMANA MINNIE

—Es una casa de picos —explicó Puck—. La regenta Tom Salaz. Pero esta noche será tan segura como cualquier otro sitio. Dentro sólo hay yonquis flipados. Nada que valga la pena robar. Nada que valga la pena quemar. Mientras no esté Tom, que no estará, no nos pasará nada. Habrá salido a buscarme. —Chasqueó la lengua—. Es el último sitio donde miraría.

—¿Estás seguro de eso?

—No pensaba acercarme a este sitio. Me conoce lo suficiente como para saber eso.

Un alarido desgarró el cielo. Un negro atisbo de alas los envolvió en temor por un fugaz instante y acto seguido desapareció cuando el terror se elevó para posarse en lo alto del puente. Cayeron más formas oscuras de los

cables, chillando. Como gaviotas de pesadilla, le disputaron a la primera algo que llevaba en el pico.

Dos de los voladores colisionaron, y el bocado cayó rodando a la calle. Se estrelló con un sonido enfermizamente carnoso.

—¡Aj! —exclamó Jane sin querer.

—No mires —le ordenó Puck. Pero miró, por supuesto. Era el torso sin piernas ni brazos de un enano. Distaba de ser la cosa más horrenda que había visto Jane esa noche, pero de algún modo fue lo que más le afectó. Fue como una bofetada en la cara.

—Llévame dentro —rogó.

Subieron un solo escalón de cemento desmigado. Puck empujó una puerta astillada con un lazo de cuerda que atravesaba el agujero donde alguna vez hubo un pomo.

Se abrió al esplendor.

El interior era tan elegante como un anuncio de perfumes. El suelo era un tablero de damas de mármol resplandeciente. Delicadas columnas de piedra semipreciosa sostenían un techo tan alto que no se alcanzaba a ver. En el aire aleteaban búhos nevados que aparecían y desaparecían al azar. Ante las paredes flotaban colgaduras de seda. Bajo ellos, un grupo de jóvenes como dioses se recostaban en enormes cojines. Una cinta de música de sintetizador sonaba de fondo.

Jane sintió una oleada de vértigo. Apoyó una mano en una columna de pórfido para no caerse. Bajo las puntas de sus dedos crujieron escamas de pintura seca. El suelo de mármol cedió bajo sus pies. Parecía ligeramente esponjoso.

—Es todo glamour. —Puck dejó que la puerta se cerrara tras ellos—. Nos está pegando una especie de subidón de contacto. —Uno de los soñadores dorados nadó lánguidamente hacia ellos. Puck le ofreció una moneda, pero el soñador la despreció con una sonrisa erizada de dientes.

—Esta noche todo es gratis. —Indicó una hilera de bandejas blancas, cada una de ellas con un cono de polvo o un montoncito de barritas resinosas en el centro—. Tomad todo lo que queráis. Hay para todos y sólo de lo mejor. —Jane percibió una vaharada rancia de putrefacción—. Invita nuestro anfitrión.

—Nadie como Tom para encontrar la mejor manera de pagar el Diezmo.

—Es la generosidad encarnada —convino el joven.

—Es un podrido hijo de perra.

Con un encogimiento de hombros y un conato de reverencia, el soñador

regresó a su narguile. Muy por encima de su cabeza una ventana arqueada y enrejada permitía atisbar una tarde de mediados de verano, toda enredaderas en flor y aves canoras. Un soplo de brisa acercó su fragancia hasta Jane y ésta contuvo el aliento. ¡Era el jardín de su madre! Reconocería aquel olor entre un millón.

Puck tomó la cabeza de Jane entre sus manos y se la giró por la fuerza.

—No te impliques demasiado —dijo—. Una vez conocí a una chica que se obsesionó con ese jardín. No dejaba de volver, intentando encontrar la forma de entrar. Era peor que una adicta al crack buscando cualquier migaja. No podía dejarlo. Estaba segura de que tenía que haber una puerta.

—¿Qué le pasó?

—No le pasó nada. —El rostro de Puck era como la piedra—. Seguirá aquí por alguna parte.

Jane se estremeció.

—En realidad nunca había visto a nadie puesto de perdición. No es como me lo imaginaba.

—¿Esta mierda? Esto no es perdición. No es más que el alimento para las venas de todos los días. Juegos de salón. Aquí no hay nada más que sueños y bonitas imágenes.

—Oh —dijo Jane. Luego—: Pareces saber mucho sobre esto.

—Ya, bueno, cometí algunos errores cuando era joven. —Puck miró en rededor, tenso—. Me pregunto si habrá algún sitio por aquí que esté lo bastante limpio como para sentarse.

Se corrió una cortina que ocultaba un arco morisco en la otra punta de la estancia. Una figura vestida con la luz del sol traspuso el umbral.

—¡Empollón! —Tom sonreía como un demente—. Te estaba esperando.

Jane supo entonces qué se sentía al entrar en la historia de alguien a mitad del guión. Nada de lo que ocurrió a continuación tuvo ningún sentido para ella. No había ocasión de hacer preguntas. Sabía que harían falta horas para responderlas. Y, de todos modos, no se sentía con fuerzas para explicaciones. Todo le parecía irremediablemente injusto.

—Ya sabes dónde está mi despacho —dijo Tom—. Tengo el juego preparado y esperándote.

—¿Qué es esto? —preguntó Jane—. ¿Qué está pasando?

Puck agachó la cabeza.

—Cometí unos cuantos errores en el pasado.

—Bah, no seas tan duro contigo mismo —dijo Tom Salaz—. Todo el mundo comete errores. ¿Cómo íbamos a aprender si no?

—Pero sigo sin saber... —empezó Jane.

Puck se encargó con Tom y lo agarró por la pechera de la blusa.

—¡A ella que no le pase nada! ¿Entendido? —dijo ferozmente—. ¡Pase lo que pase, ella podrá marcharse!

—Ella no me ha hecho nada a mí. ¿Por qué debería hacerle yo algo a ella? Como si pudieras hacer algo al respecto.

Toda la vida abandonó a Puck.

—Ya, ya. —Soltó la pechera de Tom Salaz. Cruzaron el arco morisco.

Al otro lado la cortina de seda era un trapo roto y mugriento. El linóleo gris se rizaba en el suelo. Un pasillo mal iluminado discurría entre unas habitaciones poco menos que miserables. Habían quitado las puertas y Jane pudo ver a yonquis enjutos flipando encima de colchones mojados de orines. En una pared había un cartel escrito a mano que decía: «Limpiamos las hagujas por ti».

Tom echó una perspicaz mirada de reojo a Jane.

—Eso sí que es la perdición. No como esa mierda del salón. Ni ilusiones. Ni sueños. Ni mentiras. Nada excepto la pura verdad.

Esto último sacó brevemente a Puck de su estupor.

—¿Qué es la verdad? —dijo con voz grave.

—Bueno, ahora lo veremos, ¿no es así?

Al final del pasillo había una puerta de verdad. Tom la abrió para revelar un cuarto iluminado únicamente por cinco televisores repartidos por el suelo y otro más encima de un archivador metálico. Siseaban y chisporroteaban ruidosamente. Sus pantallas sólo mostraban estática. Jane se preguntó si sintonizarían siempre canales muertos, o si era que esa noche no transmitía ninguno.

Se había preparado una mesa de juego con dos sillas enclenques. Encima de la mesa había un par de tiras de cuero y dos jeringuillas cargadas. Puck ocupó una de las sillas. Tenía la mirada vacía.

Los televisores crepitaban y escupían.

¿Cómo convencer a alguien para que deje de hacer algo que uno no comprende? Jane apretó el hombro de Puck y susurró:

—Por favor, no hagas esto.

—No tiene esa opción, señorita —dijo Tom, casi con pesar—. Todo esto se estableció mucho antes de que tú entraras en juego. —Se sentó delante de Puck—. ¿Te parece bien el juicio por inyección?

Puck asintió con la cabeza.

Se enroscaron las correas en los brazos. Cuando las tiras estuvieron apretadas, abrieron y cerraron las manos para hinchar las venas. Tom le dio a Puck la jeringuilla que había elegido. Él cogió la otra y estudió el fluido gris lechoso de su interior.

—Estáis viendo la base de toda nuestra civilización.

—¿Cómo? —dijo Jane.

—El pistón. —Lo agitó en el aire, como si fuera un cigarro—. Éste es el motor de cuatro tiempos en su forma más simple. Toma. Compresión. Ignición. Expulsión. Elegante.

—Sólo por esta vez —murmuró sombríamente Puck—. Tan sólo por esta puta última vez, te agradecería que me ahorraras tu discursito. —Clavó el codo en la mesa. Tom soltó una risita e hizo lo mismo. Juntaron las pulgares.

—¿Listo?

—Acabemos de una vez.

Cogieron las jeringuillas con la mano libre y las colocaron delicadamente en el antebrazo del otro. Las agujas apuntaron, se detuvieron, apretaron, y penetraron al fin.

—Puck...

—No. No digas nada.

—Pero...

—¡No quiero oírlo! ¿Vale? Sé lo que quiero creer, y me apuesto lo que sea a que no es lo que quieres decir. —Dirigiéndose a Tom—: Primer tiempo.

Los émbolos subieron ligeramente. Una serpiente de sangre se enroscó y revolvió dentro de cada cilindro de cristal. El ruido de los televisores se hizo ensordecedor. Su fulgor azulado proyectaba sombras rosas sobre los rostros de los duelistas, ceños demoníacos sobre sus ojos, duras crecientes sobre sus barbillas. Trabaron las miradas. Jane se quedó fuera de su circuito de repulsión y deseo, excluida.

Una sombra cruzó ante sus ojos.

Una mano le tocó el hombro con suavidad.

—Ven —dijo el chico sombra—. No puedes hacer nada por él y lo sabes.

El chico sombra apartó a Jane del cuadro vivo congelado. Cruzaron sin oposición el falso esplendor oriental del salón y salieron a la calle.

Deambularon por las calles de la Ciudad como si estuvieran encantados. En dos ocasiones se toparon con fragmentos de la turba, salvaje y bañada de sangre, con trofeos que Jane se resistió a mirar. En ambas ocasiones el chico sombra la condujo lejos sin que nadie los molestara. Mientras él sostuviera su mano, al parecer, nadie podía detectarla.

Una puerta de servicio en Bellegarde se abrió al tocarla el chico sombra. Montaron en un ascensor lo bastante espacioso como para transportar a cien personas y subieron solos todo el trayecto hasta la planta de arriba. Su guía había querido llevar a Jane a su habitación, pero ella insistió en ir al salón de estudiantes.

—No pasa nada —le aseguró el chico sombra—. La administración ya ha levantado los cadáveres. Se les da bien ese tipo de cosas.

—No.

El salón estaba vacío. Jane volvió la espalda a las ventanas y contempló los sillones. Cualquiera de ellos sería una buena cama. O si no, siempre podía dormir en el suelo.

—Ahora tengo que irme. Si no vuelvo pronto a la planta, en fin... —El chico sombra se encogió de hombros con abatimiento.

—Ya, claro, la planta. —Jane no le soltó el brazo.

—Tengo que irme —repitió él.

—¿Quién eres?

El chico sombra apartó la mirada.

—Ya me conoces —musitó.

—¿Quién eres?

No hubo respuesta.

—Entonces supongamos que te lo digo yo.

—No —susurró el chico sombra—, no lo hagas.

Lo que Jane estaba a punto de hacer era algo horrible. Pero estaba borracha y alterada y dolorida y destrozada y ya todo le importaba una mierda. Se abrazó a su cuerpo flaco y sumiso. Estaba tan frío y era tan pequeño. Le asombró descubrir lo mucho que había crecido desde que dejara la fábrica de dragones. El chico sombra la miró a los ojos, compungido, y se estremeció. Jane

inclinó la cabeza y le susurró su propio nombre al oído.

—Hice todo lo que pude —lloriqueó el chico sombra.

—Igual que yo. No fue suficiente, ¿verdad?

Ahora estaba temblando convulsivamente. No respondió.

—Si quieres mantener cautivo a un hipogrifo, le cortas las plumas principales que le sirven de guía en el vuelo. Si quieres un fauno, le cortas los tendones de una pata. Pero, ¿cómo mutilas a un mortal sin reducir su capacidad de trabajo?

—Por favor... no lo hagas. —El chico sombra se revolvió débilmente entre sus brazos.

—Chis. —Jane bajó la boca a la suya. Empujó con la lengua entre sus labios dóciles para abrirlos. Luego le chupó la lengua dentro de la suya. Chupó más de él dentro de ella, y más. Siguió chupando hasta no dejar nada.

Cuando levantó la cabeza, un tenue resplandor había entrado en la sala. Estaba saliendo el sol.

El Diezmo había terminado.

19

La tarde tocaba a su fin cuando Jane consiguió levantarse del sofá. Todavía llevaba puesta la misma ropa del día anterior. Olía bastante mal, pero no apestaba tanto como ella misma. El cielo en la calle era gris y la atmósfera dentro era opresiva. Le dolía la cabeza. Un sabor a herrumbre se había instalado en su garganta y sentía las tripas sueltas. Para colmo de males, tenía resaca.

Le hacía falta una ducha y cambiarse de ropa. Ya debían de haber sacado los cuerpos de Mona y Ratartel de su cuarto. El chico sombra tenía razón en eso. Era precisamente el tipo de cosas que se le daban bien a la administración.

Giró la cabeza en círculos un par de veces, escuchando el crujido de sus vértebras. Luego se limpió los dientes lo mejor que pudo con una uña.

Luego miró el reloj.

—¡Oh, joder!

Iban a sacar las listas de un momento a otro.

El cuerpo de Sirin había sido encontrado en la calle Watling junto a Caer Gwydion. Alguien la había tirado por una ventana alta. Según la exégesis, los Lores de la Universidad habían tenido que recurrir a sus archivos dentales para identificarla con seguridad.

Los anuncios se exhibían en unos tablones de anuncios de cristal con cerradura en el Nuevo Salón de Regentes. Junto a muchos de los supervivientes, Jane estaba allí para ver cómo los colgaban. Todavía tenía el pelo mojado —se había pasado más de media hora en la ducha— y le latían las sienes. Repasó atentamente las listas en busca de amigos y compañeros de clase. Le llevó su tiempo; por comodidad burocrática se habían elaborado por orden de hallazgo.

Sirin *Mona* *Ratartel*

Había algo de lánguido, casi erótico aislamiento en la experiencia. Jane fue recorriendo las listas centímetro a centímetro, pasando las manos por el cristal, estudiando intensamente cada uno de los nombres. A su alrededor los demás hacían lo mismo. Nadie hablaba. Nadie miraba a nadie. Nadie quería establecer contacto con nadie.

El Nuevo Salón era un espacio enorme con bóveda de cañón, iluminado indirectamente por ventanas de triforio ocultas. Los paneles de madera de nogal le daban un toque casi natural, como si Jane sólo fuera un insecto caminando por el piso de un tronco hueco. Pero el vacío imperaba. Los estudiantes dispersos parecían tristemente pocos, despoblada la universidad.

Un enano vestido con un traje de tres piezas y zapatos de cocatriz escudriñaba las listas, examinando las vitrinas con brusca eficiencia profesional. Era —Jane intentó hacer memoria— amigo de Nant, el que había conocido aquella noche lejana cuando Sirin y ella vieron a Galiagante por primera vez. Gwalch el Rojo, ése era su nombre. Se preguntó si debería saludar. Pero entonces el enano rompió a llorar, tapándose los ojos con un brazo, y se dio la vuelta. Así que supuso que lo mejor sería que no.

Nant	*Jimmy Saltarriba*	*Martha Pasofalso*
Baruca	*Salicaria*	*Dick Vinagre*

La mayoría de los nombres que poblaban las listas le resultaban desconocidos. A otros sólo los conocía vagamente, de oídas o por su reputación. A un extremo y otro del salón los estudiantes consultaban las listas. Todos tenían los ojos hinchados y expresión de aturdidos. Algunos movían los labios al leer. Ocasionalmente alguno empezaba a sollozar. De pronto, alguien se rió con incredulidad. Nadie hablaba. Todos tenían sus propias historias que contar. Nadie iba a contarlas.

Linnet	*El Niño de Pelo Cano*	*Ponche*
Barguest Huy	*Pica*	*Puck Aleshire*

Allí estaba. El corazón le dio un vuelco, como si lo hubieran golpeado con un ladrillo. Después nada. Ninguna emoción en absoluto. Tan sólo la espantosa y gris impresión de que realmente debería sentir algo.

Jane descubrió entonces que no tenía lágrimas que derramar. Era una sensación monstruosa, pero ahí estaba. Un hogboon que tenía al lado arrastró

significativamente los pies y Jane pasó al siguiente tablero. Siguió leyendo de forma automática. Puck nunca se habría encontrado con Tom Salaz si no hubiera salido a buscarla. Había tirado su vida por la borda por ella. Y había muerto sin saber siquiera cuáles eran sus sentimientos. Era incomprensible que no pudiera llorar por él.

Lampanegra *Billy Bugaboo* *El Chivato*

Se detuvo. ¿Qué era lo que acababa de leer? Repasó el listado y encontró de nuevo la entrada. Se la quedó mirando sin dar crédito a sus ojos.

Billy Bugaboo había muerto. Según la exégesis, estaba dirigiendo a una facción de la turba —¡imposible creerse aquello!— en un asalto al Gremio de Bolsistas cuando cayó abatido por el disparo de un casaca verde. El asterisco y el puñal al final de la cita indicaban que, puesto que había perecido heroicamente, se le concedería una licenciatura a título póstumo.

Al no habérsele pasado siquiera por la cabeza que Billy pudiera estar muerto, la impresión de ver su nombre le heló las entrañas. Como un río que atravesara un dique de tierra, las lágrimas brotaron incontenibles, desbordándola. Cayeron por sus mejillas formando mantos y arroyos.

Jane echó la cabeza hacia atrás y soltó un berrido.

Lloró de culpa, por lo mal que había tratado a sus amigos, y de pérdida. Lloró por el horror descarnado de la existencia. Lloró al principio por Billy Bugaboo y por el dolor más intenso de la pérdida de Puck. Pero, de alguna manera, Linnet y Sirin y Mona se añadieron también a la mezcla. Igual que el chico sombra, aunque intelectualmente sabía que sólo era un aspecto de ella. Lloró por todos ellos, por los alumnos que conocía y por los que no, por todas las víctimas del Diezmo, por todas las víctimas de un mundo hostil y peligroso.

Entonces, tan deprisa como habían surgido, las lágrimas cesaron y se quedó más vacía que antes, desprovista de toda emoción. No volveré a llorar nunca, pensó, y casi de inmediato demostró ser una embustera. Pero esas nuevas lágrimas, aunque violentas, tampoco duraron mucho. Y tras su estela volvió a sentirse lacónicamente despojada de emociones. Así iba a ser el resto del día, comprendió, a ratos racional y a ratos torturada de aflicción. Pero nunca racional y afligida al mismo tiempo. En su interior había una herida que sólo el tiempo y el sueño podrían restañar.

Una mano con garras cayó sobre su hombro.

—Bienvenida a la sociedad adulta —dijo secamente la doctora Némesis—. Tanto si te lo mereces como si no, ahora eres miembro de nuestra

orden.

Jane se giró y por primera vez vio realmente más allá de los repugnantes pliegues de piel rosa que rodeaban los ojos de su consejera hasta las profundidades de aquellos duros orbes. Vio culpabilidad allí, y la cualidad social de la culpa compartida. Era repugnante que una parte de ella respondiera ante eso con comprensión.

—Gracias —dijo.

La doctora Némesis llevaba gafas tintadas ese día, con unas lentes de vidrio azul tan gruesas que casi parecían púrpuras. Se las empujó pico arriba y sus ojos desaparecieron por completo.

—Tengo buenas noticias para ti. Se te va a restituir la ayuda financiera.

—¿Por qué?

—Es costumbre pasado el Diezmo. Simple economía, en realidad. Con el abrupto descenso en la demanda de recursos de la universidad, hay de todo lo suficiente como para ir tirando. Durante una temporada, el dinero fluye libremente. En tu caso es algo inconsecuente, desde luego. Una formalidad. Aunque quedará bien en tu historial.

—¿Por qué inconsecuente?

La doctora Némesis metió la mano en un bolsillo de su chaleco. Emergió con un sobre sujeto entre dos garras de hierro.

—Como consejera tuya es mi grato deber informarte de que tu solicitud de un año sabático ha sido aprobada. —Sacó un documento, examinó los sellos, y lo leyó despacio para sí. Luego asintió, volvió a meterlo en el sobre, y se lo guardó de nuevo en el bolsillo—. No se conceden años sabáticos a los alumnos por lo general. Para facilitar tu caso, hemos emitido una licenciatura provisional en alquimia industrial y te hemos adscrito... a condición de que termines con éxito el programa... a la plantilla de personal docente. Algo inusitadamente irregular. —Su pico se levantó en lo que para ella pasaba por una sonrisa. Una luz se reflejó oscura en sus gafas—. Por suerte para ti, la administración es totalmente corrupta. De lo contrario jamás se hubiera tolerado algo así.

—Yo no he solicitado ningún año sabático.

—No hace falta. La Fata Incolore lo solicitó en tu nombre. El papeleo está listo. Lo único que falta es tu consentimiento.

—¿Quién es la Fata Incolore?

—Una amiga íntima, tengo entendido, de lord Galiagante, quien a su vez es uno de los mecenas preferidos de varias actividades universitarias.

—Ahhh —dijo Jane—. Empiezo a verlo claro.

—Ven a mi despacho cuando quieras a lo largo de la semana y nos quitaremos el papeleo de encima. Tu salario estará congelado hasta que empieces a dar clase, por supuesto. Pero recibirás una prestación de alojamiento y pequeñas cantidades discrecionales de dinero para cubrir tus gastos imprevistos.

—Vaya —dijo Jane—. Supongo que hoy es mi día de suerte.

Con la ayuda de un vasito de vodka y un cuarto de gramo de hachís, Jane consiguió adormilarse por fin. Durmió sin sueños la mayor parte del día siguiente, despertando sólo cuando ya se ponía el sol. Un rápido cambio de ropa y abandonó su habitación para no regresar jamás. No hizo las maletas; más tarde podría enviar a buscar lo que decidiera quedarse. Había llegado el momento de tener una larga charla con Melanchthon. Tenían asuntos que zanjar.

El dragón se había mudado de los sótanos de Bellegarde en algún momento del Diezmo. Eso Jane lo sabía, si bien no sabía por qué lo sabía. Era un profundo conocimiento que emanaba de su interior. Como sabía que lo único que tenía que hacer era caminar a ciegas, sin prestar ninguna atención especial a su destino, para que sus pasos errabundos la guiaran directamente hasta el dragón. Éste acechaba en el ciego interior de su mente. Podía sentirlo allí al fondo, donde sus pensamientos recalaban siempre con la remisa compulsión de la lengua que busca un diente suelto.

Era suyo de nuevo, como lo había sido antes. Está vez sabía que jamás volverían a librarse el uno del otro en ese mundo.

Encontró al dragón en Termagant, a catorce pisos de la última planta. Era un vecindario extraordinariamente refinado y se ganó unas cuantas miradas raras por el mero hecho de tomar el ascensor. Como si le importara.

Sus pies se detuvieron en medio de un pasillo silencioso y sobrenaturalmente limpio. La placa de bronce de una de las puertas anunciaba: 7332. Se abrió cuando la tocó.

Habitaciones espaciosas, paredes beis. Los rieles de alumbrado generaban texturadas densidades de luz sobre resplandecientes suelos de duramen. Al otro lado de un arco Jane vio la cocina, toda tajo de carnicero y electrodomésticos integrados. Todo estaba recién pintado. No había muebles.

—¿Hola?

Sólo la respondió un eco sordo.

Jane dejó que la puerta se cerrara con un chasquido a su espalda. Se adentró en lo que debía de ser la sala de estar. Siguiendo con esa lógica, el espacio casi igual de grande que había al otro lado seguramente era el dormitorio principal. Jane traspuso la doble puerta de madera labrada. Fue allí donde encontró al dragón.

Melanchthon esperaba callado y sombrío, un muro de hierro negro que se extendía más allá de los límites de la habitación. Debía de ocupar casi toda la planta, comprendió Jane, y la mitad del piso de arriba. El mero hecho de hacerse un hueco debía de haber sido increíblemente aparatoso. Organizar la reparación y la decoración de los apartamentos de alrededor sin alertar a los Lores de la Ciudad de su presencia era una proeza que ensalzaba el ingenio del dragón.

La cabina se abría al cuarto, un círculo de metal en el centro justo de la pared. Jane subió los peldaños y accionó la barra de la escotilla, que se abatió para ella.

—Nada de juegos —dijo. El interior era cálido y estaba suavemente iluminado. El sillón del piloto la aguardaba—. Nada de mentiras, ni chorradas, ni evasivas. —Se sentó, como había hecho tantas veces en el pasado—. He venido a hacer un trato contigo. Si te portas bien, hablaré. —Las gafas envolventes se cerraron en torno a su cabeza. Todo se volvió negro. Habló a un espacio infinito—: Sólo tienes una oportunidad.

No hubo respuesta.

Sus manos empuñaron los mandos. Aquel era el punto de no retorno. Los controles de goma estaban secos y duros. Los retorció convulsivamente. Las agujas se hincaron en sus muñecas.

La oscuridad se intensificó a su alrededor, adoptando una profundidad y una textura de las que antes había carecido. Aparte de eso no ocurrió nada. Jane esperó. Ahora era lo bastante mayor como para comprender que Melanchthon estaba comunicándose con ella a su manera. Su silencio era más elocuente que cualquier palabra que pudiera haber elegido. Le hablaba de debilidad y fuerza, de su impotencia en comparación con su poder. Le decía que los sentimientos del uno hacia el otro no habían cambiado.

Se escuchó un gorgoteo cuando el freón líquido fue bombeado de una parte del dragón a otra.

Jane se revolvió en el asiento. La cabina parecía imposiblemente pequeña. El olor a hierro lo impregnaba todo. Suspiró y se rascó el hombro con la barbilla, y una chispa de luz nació en el casco envolvente. Era pálida como una luciérnaga y tan pequeña como una mota de polvo.

Una estrella.

Sin fanfarria apareció una segunda estrella y después una tercera y una cuarta, cada vez más, hasta haber miles de millones de soles organizados en galaxias y nebulosas, configuraciones que contenían estructuras aún mayores. Jane parecía encontrarse en algún lugar al margen de la Creación, viendo desapasionadamente cómo se encogía todo hacia la inexistencia. O bien pudiera ser ella la que estuviera alejándose de todo a una velocidad inimaginable, sujeta a una aceleración cada vez mayor. Hasta que por último todas las estrellas y los mundos que las acompañaban se fundieron en una sola estructura cuya forma podía retener en su mente.

Jane vio entonces el universo entero, todo el espacio y el tiempo arrastrados por la totalidad de fuerzas gravitacionales hacia una solidez con forma de silla de montar. Melanchthon rotó la visión a través de las dimensiones superiores para que el universo se plegara sobre sí mismo, creciendo en complejidad, de la silla de montar a una mariposa enedimensional y finalmente a un zigurat de dimensiones infinitas. Era la culminación de la futilidad, puesto que el zigurat era todo cuanto había. No tenía exterior, ni más allá. No es que no hubiera nada fuera de él, sino que su exterior no existía ni podía existir.

Con la mirada fija en la radiante involución, Jane comprendió que aquél era el modelo perfecto y exacto de su vida: estaba atrapada en un laberinto en espiral ascendente, regresando siempre a lugares conocidos en los que no había estado nunca, volviendo a enfrentarse siempre a dilemas que, en retrospectiva, debería haber visto venir. Avanzaba en círculos cada vez más pequeños, describiendo curvas cada vez más limitadas, hasta que por alguna última vuelta o recodo llegaría al punto omega de inercia, sin opciones, sin direcciones, sin futuro, sin salida.

Por fin era evidente cuan completa y despiadadamente atrapada estaba. Todo lo que intentaba —ingenio, compasión, inacción, paciencia, crueldad— conducía inevitablemente al fracaso. Porque, sencillamente, así eran las cosas. Así estaba amañado el juego.

Las estrellas se habían fundido en algo sólido. El universo ardía ante los ojos de Jane como una monstruosa concha marina. No era la primera vez que contemplaba esa forma. Con un enfermizo vuelco de revelación, la reconoció y le puso nombre.

Jane vio el Castillo Espiral y desesperó.

Melanchthon debía de estar esperando precisamente eso, pues entonces habló al fin. Con voz sorprendentemente amable, dijo:

—En los Montes Rifeos todavía hay trolls salvajes, protegidas sus tribus

primitivas de la cultura moderna, conservados como vastas reservas sus territorios. Son criaturas brutales que llevan vidas sencillas. Sus machos están salvajemente personificados, pero el carácter por lo demás admirable de sus hembras se diluye en un inexplicable amor por la belleza.

»Conocedores de esta debilidad, los cazadores dejan trozos de feldespato, llamados piedras de luna, repartidas por las sendas montañosas. Pasa un día, una semana, hasta que alguna hembra troll pasa inocentemente por allí. Ve algo que brilla en el polvo. Se para. Se siente cautivada por la sutil imbricación de colores. Quiere apartar la mirada, pero no puede. Ansia coger esa baratija, pero teme acercarse a ella. Pasan las horas y su determinación se tambalea.

Cae de rodillas ante la piedra de luna. Se siente impotente, incapaz de apartar la mirada aun cuando oye los pasos de los cazadores que se acercan.

»Lo que hace que esto sea un deporte y no una simple carnicería es que hay dos razas de trolls, indistinguibles a simple vista. Una representante de la primera raza moriría con los ojos clavados en la piedra de luna. Ah, pero en la segundo su amor por la belleza se ve superado por la fuerza del odio. Esta troll se arrancará los ojos con sus propios dedos para liberarse de la tiranía de la piedra. Ciega, podría escapar entonces a las cavernas sin luz que la vieron nacer. Pero no lo hace. En vez de eso permanecerá agazapada todo el tiempo que haga falta, incluso días, a la espera de quien tendió la trampa. Sabe que va a morir. Pero está decidida a llevarse al menos a uno de los cazadores con ella.

»Motivo por el cual uno nunca debería acercarse solo a un troll cautivo sino en compañía de un amigo. Un amigo que no sepa que es un poquito más lento que tú.

Durante largo rato el dragón no dijo nada. El interior de la cabina era glacial; el aire acondicionado estaba puesto demasiado alto. Por fin, con rabia, concluyó:

—Ha llegado la hora de elegir. ¿Qué tipo de troll eres?

—¿De verdad puedes matar a la Diosa? —preguntó Jane.

—¡Estúpido pegote de carne! ¿Es que aún no lo entiendes? No hay ninguna Diosa.

—¡No! —exclamó Jane—. Tú mismo dijiste...

—Mentí —repuso el dragón con temible complacencia—. Todos los que has conocido alguna vez te han mentido. La vida existe, y todo el que vive nace para sufrir. Los mejores momentos son efímeros y se pagan al precio de un exquisito tormento. Todos los lazos se rompen. Todos los seres amados mueren. Todo lo que valoras desaparece. En esta existencia tan vejatoria la risa es locura y el gozo es necedad. ¿Debemos aceptar que todo ocurra sin motivo, sin causa

alguna? ¿Que no haya nadie a quien culpar más que a nosotros mismos pero que aceptar esa responsabilidad sea indiferente, puesto que hacerlo no va a calmar, aplazar ni paliar el dolor? ¡Lo dudo! Resulta mucho más reconfortante erigir una figura de paja sobre la que cargar todas las culpas.

»Hay quienes se humillan ante la Diosa, y hay quienes maldicen su nombre. No hay un pedo de diferencia entre ambos enfoques. Se aferran a la ficción de la Diosa porque admitir la alternativa sería intolerable.

—Entonces, ¿qué... por qué... qué quieres de mí? —Para su desolación, las lágrimas bañaban el rostro de Jane. Oh, cómo debía de estar disfrutando Melanchthon de esto, pensó. Qué satisfacción debe de proporcionarle—. Has jugado conmigo, me has hecho promesas, has urdido el Infierno sabe qué maquinaciones para traerme hasta aquí. ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene?

—Quiero que me ayudes a destruir el universo.

Jane soltó una risa brusca y amarga como un ladrido. Pero Melanchthon no habló ni mostró ningún otro signo de enfado. Un escalofrío siseante le recorrió la columna. Lo decía en serio. Con un hilo de voz, preguntó:

—¿De verdad puedes hacerlo?

La imagen de la concha marina ardiendo en las fluctuantes tinieblas dio paso con un fundido a un esquema del Castillo Espiral, líneas que convergían vertiginosamente unas en otras, rizándose en curvas feroces, regresando siempre a un punto central.

—El universo está construido sobre una inestabilidad. Una fuente de debilidad al comienzo del tiempo y el albor de la materia. Un trémulo instante del que emana todo lo demás. Un niño con una honda sería capaz de desestabilizar ese punto si pudiera llegar hasta él. Y es en la centralidad de ese instante de donde deriva su estructura todo el sistema. Alterada, todo se derrumba.

Era inimaginable, y sin embargo, conectada a los sistemas del dragón, Jane no podía dudar de su sinceridad.

—¿Qué ocurrirá entonces?

Un motor entró en funcionamiento en las férreas profundidades de las tinieblas. El asiento se estremeció.

—Preguntas algo que no se puede responder sin conocer la naturaleza del caos primario del que surge el ser. ¿Es el Castillo Espiral como el cristal, que una vez roto quedará destruido para siempre? Eso es lo que prefiero creer. ¿O es como un plácido estanque, cuya superficie especular puede hendirse y removerse, pero que inevitablemente se restaurará al morir las olas? Puedes creer esto si lo prefieres. Puedes creer incluso... ¿por qué no?... que el universo

restaurado será mejor que el antiguo. En cuanto a mí, siempre y cuando obtenga mi venganza me da igual lo que venga después.

—¿Y nosotros?

—Moriremos. —Un aumento involuntario en el timbre del dragón, una leve aceleración de la cadencia, le dijo a Jane que había tocado un ansia impura, similar al hambre de batalla pero menos decorosa—. Moriremos más allá de cualquier posibilidad de renacimiento. Tú y yo y todo lo que conocemos dejará de existir. Los mundos que nos dieron a luz, las criaturas que nos moldearon... todo será deshecho. Su destrucción será tan fundamental que aun sus pasados morirán con ellos. Cortejamos una extinción que va más allá de la muerte. Aunque las eras se extiendan vacías y desoladas hasta el infinito y más allá, no habrá nadie que nos recuerde, nadie que nos llore. Nuestros gozos, pesares, porfías... no habrán acontecido jamás.

»Y aunque surja un nuevo universo, no sabrá nada de nosotros.

La visión nihilista del dragón era tan exhaustiva que Jane no pudo hablar al principio. La reducía a la inconsecuencia, le hacía sentir grotesca, una trivialidad, un rechinar ridículo. Gradualmente Melanchthon había ido cerrando sus sentidos externos, dejándola a la deriva en el vacío, con los oídos colmados de silencio, los ojos ciegos y sin vista, la boca y la garganta desbordadas de parálisis. Sólo su voz existía, y al cesar, las reverberaciones que dejó atrás en el silencio.

Después no hubo nada.

—Está bien. —Jane inspiró hondo. Se sentía fría y dura como una roca—. De acuerdo. Siempre y cuando nos entendamos el uno al otro.

20

Dos enanos, uno rojo y otro negro, peleaban ceñudos en el balcón. Tenían el cuerpo empapado de sudor y sus cuchillos rutilaban a la luz de los focos. Sus pies levantaban penachos del serrín que se había esparcido sobre las losas para absorber la sangre. Los dos estaban desnudos.

Jane los observaba desde el jardín del tejado, con su bebida apoyada en la barandilla.

Los enanos caminaban tentativamente en círculos el uno alrededor del otro, como escorpiones, aguardando una abertura. De pronto uno de ellos se tambaleó fuera de control y pisó en falso. Era una pifia incomprensible en un luchador de su talla. El segundo fintó como si estuviera a punto de aprovechar el desliz. Pero cuando el primero pivotó sobre un brazo tenso y giró las piernas por los aires para hacerle perder el equilibrio, su oponente estaba fuera de su alcance. Con un alarido, el segundo enano saltó. El primero consiguió bloquear su golpe sólo a costa de un dedo. La suerte quiso que ese dedo no perteneciera a su mano armada.

Los invitados atestaban el balcón. Jane no era la única que presenciaba el duelo desde las alturas, pero la barandilla distaba de estar abarrotada. Los auténticos aficionados querían estar lo bastante cerca como para oír los gruñidos de los combatientes, lo bastante cerca como para oler su rabia y su miedo.

Era un deporte atroz. Jane no entendía dónde radicaba su atractivo. Pero los espectadores, en cambio... Se mordió el labio. Le había prometido combustible a Melanchthon; casi cualquiera de ellos serviría. ¿Cuál elegir?

Iba a coger su vaso cuando la base de su nuca y el vello de sus brazos y la cara interior de sus muslos se agitaron y erizaron. Era una sensación electrizante y crepitante, similar a darse cuenta de repente de que se tiene un ciempiés caminando por la pierna. Galiagante estaba cerca.

Jane esperó hasta tenerlo casi encima, momento en el que se dio la vuelta tal y como había aprendido en las clases particulares de coquetería: separando los labios a la vez que se enarcaba sutilmente una ceja y se abrían

desmesuradamente los ojos de forma sutilmente burlona y provocadora al mismo tiempo. El conjunto de su expresión decía: Veamos qué es lo que tienes.

Galiagante no se dejó impresionar.

—Deberías mezclarte con la gente. —Las orillas de un arroyo artificial estaban jalonadas de antorchas. Con éstas ardiendo a su espalda, parecía uno de sus salvajes antepasados, la reminiscencia de un tiempo en el que no se podía invocar a su especie sin pagar un tributo de sangre de una u otra forma. Jane se apoyó en la barandilla, fingiendo indiferencia.

No te disculpes nunca. Eso era lo primero que le habían enseñado.

—Eso hago. —Levantó el vaso y lo miró por encima del borde—. Mezclarme con la gente y exhibir mi vestido. —Se dio la vuelta, se sentó y levantó una bota de tacón alto hasta la barandilla junto a ella, de modo que sus pantaloncitos de cuero negro quedaran a la vista de todos—. Debo añadir que los dos hemos cosechado un gran éxito.

Se inclinó hacia delante, dejando que su chaqueta con cremallera hiciera alarde del escote verdaderamente impresionante que era en gran medida de creación propia; el bustier elevaba y constreñía sus senos, haciéndole sentir como si los tuviera apoyados en una balda.

—¿Te gusta lo que han hecho con mi cucharilla? —La hizo oscilar juguetonamente al extremo de su cadena.

Galiagante cogió la cuchara y examinó de reojo las dos caras. Unos artesanos enanos habían retorcido el mango en una espiral para hacer más obvio su significado alegórico. La cabeza se había aplanado a martillazos e inscrito con un relieve de la Diosa, toda mamas y celulitis por delante, toda culo y misterio por detrás.

—Eres una caricatura. —La soltó para que se columpiara—. Esto no es suficiente.

—Podría venderme mejor si supiera exactamente cómo quieres etiquetarme.

—Todavía estás en fase de desarrollo. Los detalles exactos no importan.

—Pero me...

—Si no te esfuerzas —dijo Galiagante—, volveré a dejarte donde te encontré. —El énfasis puesto en esas últimas palabras era demasiado palpable como para ser impremeditado. Chasqueó los dedos y dijo por encima del hombro—: Enséñala por ahí. Mantenía en circulación. —A continuación, como una montaña envolviéndose en niebla, retiró su presencia.

—Fata Jayne —dijo servicialmente alguien.

Con los sirvientes la barbilla debería levantarse de modo que el gesto resultara distante sin llegar a arrogante. Los lacayos, los enanos y los acreedores nunca son lo bastante importantes como para merecer un desaire. Sostenles la mirada con firmeza. Aparta la vista antes de terminar de hablar. No los trates como a amigos a menos que tengas buenas razones para querer que se sientan perturbados.

Jane se dio la vuelta. Se le desencajó la mandíbula.

—¡Furo!

—Madame se acuerda de mí. —El hada de pelo gris sonrió gravemente y agachó la cabeza. Con la boca cerrada y la mirada humillada no parecía peligroso en absoluto—. Me honra.

La única vez que Jane se había encontrado con Furo había sido en La Jettatura, cuando la había pillado robando. Sin embargo, conservaba un recuerdo lo bastante vivido de él como para encontrar su presencia alarmante.

—¿Qué haces tú aquí?

—Lord Galiagante puso en marcha una investigación sobre su pasado. En el transcurso de la cual me encontró. Galiagante aprecia la inteligencia. Me ofreció un puesto con unas condiciones que no pude rechazar. Aquí estoy. —Furo le ofreció el brazo—. ¿Ha conocido ya a Fata Incolore?

—Todavía no. Es la querida de Galiagante, ¿verdad?

—Oh, es mucho más que eso.

Conversando amigablemente, la condujo hacia el corazón del jardín.

La Fata Incolore se encontraba junto a un estanque poco profundo, iluminado por el tragaluz que cubrían sus aguas. Estaba enfrascada en una animada discusión con tres intelectuales Teg. Peces oscuros sobrevolaban como flechas a los ondulantes bailarines del salón de abajo. La luz acuosa resaltaba el color de su piel, cadavérico tal y como dictaba la moda. Sus ropas hacían que Jane pareciera una caricatura.

Furo murmuró al oído de Jane:

—La de azul es Fata Jouissante, firme aspirante a ser la candidata de la Senda de la Mano Izquierda al senado en las próximas elecciones, y aspirante más firme todavía a reemplazar a la Fata Incolore en las atenciones de Galiagante. Tendrá que decidirse pronto. No puede tener las dos cosas. A su lado está lord Corvo. Corvo es el arquetipo de su clase, indiferente pero presto a encolerizarse con quien suscite sus iras. Ríase de todos sus chistes. El flaco del

sombrero de plumas es un advenedizo. No le haga usted caso. —Soltó el brazo de Jane y se quedó atrás. Jane se acercó al grupo. Concentrados en su discusión, nadie reparó en su presencia.

—Pero no me dirás, Fata Incolore...

—Los experimentos con quimeras torturadas han demostrado, estarás de acuerdo, que...

—No es posible que...

Fata Incolore sacudió la cabeza con impaciencia.

—Todo el mundo intenta extraer correspondencias entre los dos mundos. Ellos abajo y nosotros arriba. Nosotros el barco y ellos el ancla. Ellos la realidad, nosotros el sueño. Ridículo. Los mundos son simplemente dos niveles distintos de ser físico: el nuestro existe en energías superiores a las que existen en su mundo y el suyo en energías exactamente inferiores a las nuestras. La separación es absoluta. Nada de nuestro mundo puede existir en el suyo y nada del suyo en el nuestro. Si una mete el brazo en el mundo inferior, explotará con una fuerza espantosa al convertirse instantáneamente en energía hasta el último de sus átomos. Es posible trasponer la puerta del Sueño, sí, pero no para llevarles ni quitarles nada.

—Siempre está el tráfico de niños —acotó Fata Jouissante. Al advenedizo se le iluminó el rostro con la brusca sonrisita de quien disfruta de una obscenidad inesperada—. Los trocados os proporcionan pingues beneficios para ser alguien que no cree en la posibilidad de semejante intercambio.

La rabia floreció en los carnosos labios de Incolore. Sus cejas se alzaron como llamas negras. Pero el enfado que bailaba bajo ellas estaba teñido de humorismo. Era como si fuera un depredador que se hubiera encontrado arrinconado por un adversario indigno de su respeto.

—No hay tráfico físico entre un mundo y otro, al fin y al cabo, y eso es lo que cuenta. Los niños trocados son un caso especial, una exención si lo prefieres, que... —Levantó la cabeza—. Ah. Pero si es el juguete nuevo de nuestro anfitrión.

Todas las miradas se posaron en Jane.

—Oh, por favor. —Jane afectó una expresión dolida, aunque todo su interés estaba puesto en la conversación que acababa de interrumpir—. Un juguete no. Digamos, más bien, una inversión.

—¿Cuál es la diferencia? —El advenedizo no se dirigió a ella sino a sus tetas, sus botas, las caderas cruzadas de cadenas, candados y llaves que tintineaban y colgaban de su cinturón.

Mirando de reojo a Fata Jouissante, Jane dijo:

—En mi caso significa que puedo esperar que Galiagante se lo piense dos veces antes de dejarme de lado.

Fata Incolore resopló, y su competidora pareció ruborizarse ligeramente. Corvo carraspeó con severidad y se interpuso entre ellas.

—Dime —se dirigió a Jane, con el semblante gris compuesto en una sonrisa inverosímil—, ¿es verdad lo que cuentan? Sobre Galiagante y tú.

—Me cazó en su casa desvalijando la plata —admitió Jane—. No de esta guisa, evidentemente... esto sólo es una fantasía. Pero era una ladrona profesional, sí. Así es como Galiagante y yo nos descubrimos el uno al otro.

—Tengo entendido que Galiagante está preparando un especial de televisión basado en tus andanzas.

—Una serie, por lo que he oído —intervino el advenedizo.

—De hecho, creo que Galiagante está pensando en darme las direcciones de algunos de sus amigos y hacer que nos repartamos el botín.

El advenedizo se rió con tantas ganas ante esto que se le cayó el sombrero. Hasta Jane tuvo que mirar para otro lado.

Había camareros paseándose por la fiesta, aprendices infantiles ataviados para la ocasión con disfraces tan fantásticos como vestidos de pétalos de flores, túnicas de pelo de abejorro, chales de vid, y gorros de bellota. Algunos llevaban tallos de dientes de león con blancos molinillos de viento colgados de los hombros. Otros portaban setas lo bastante grandes como para servir de paraguas. Unos pocos eran meramente decorativos; patinaban y cabriolaban en una grotesca imitación de juegos infantiles. La mayoría tenía el rostro solemne como psicopompos.

Una pequeña con una falda de pétalos de margarita y un niño con mallas y jubón marrones con espinas y un sombrero con forma de cabeza de cardo pasaron con una bandeja de plata en la que había una cabeza de caballo desollada.

Fata Incolore agitó la mano para que le acercaran la cabeza. Con ayuda de un cuchillo y una cuchara, sacó diestramente los ojos. Colocó uno en un platillo blanco.

—Para ti. —Cogió el otro entre el pulgar y el índice y se lo quedó para sí. Le llenó la boca y le abultó un carrillo. Jane la vio masticarlo, horrorizada. Luego miró al plato que tenía en la mano. Aquel ojo espantoso escudriñaba el cielo inexpresivo. Inevitablemente hizo que se acordara de la fábula que le había contado Melanchthon acerca de los cazadores y sus cebos de piedra de luna. Se sentía atrapada por él, incapaz de apartar la mirada.

—¿Puedo? —Corvo sacó un cuchillo y, con enorme solemnidad, empezó

a partir el ojo en rodajas. El humor vítreo se derramó por el plato. Ensartó una loncha—. Como ocurre con tantas exquisiteces, hay que aprender a apreciarlo. —La apuntó con el cuchillo—. Abre.

Jane empezó a negar con la cabeza. Pero al ver la expresión que se adueñó de la cara de Corvo cambió rápidamente de opinión. Abrió la boca. Corvo le introdujo el pedazo.

—No está mal, ¿eh?

Estaba frío y gomoso, tal y como se lo había imaginado. No se esperaba, sin embargo, que estuviera tan picante. Le lloraron los ojos.

—Excelente —jadeó.

—De modo que meterte cosas nuevas en la boca te excita. —El advenedizo parecía complacido con su ingenio. Las fatas parecían aburridas.

—Seguro que no sé a qué te refieres —dijo fríamente Jane.

—Seguro que sí.

—Con permiso. —Fata Jouissante apartó al advenedizo—. No se hace así. —Se quitó un guante y posó delicadamente una fría yema del dedo en la muñeca de Jane. Un abrasador destello de deseo corrió por las venas de Jane, que se encabritó como un caballo. Se le tensó el vientre y se le erizaron los pezones. Mirando fijamente a la cara de la dama elfa, se sentía expuesta y vulnerable de un modo que no le hacía la menor gracia. Pero no podía hacer nada al respecto. De haber querido, la dama podría haberla conducido a su tocador en ese preciso instante. Y todos los allí presentes lo sabían.

—Vale —dijo apasionadamente Jane. Con las manos abajo, engaritó los dedos como si fuera una pendenciera callejera instando a la fata a enfrentarse a ella—. Si eso es lo que quieres. Aquí y ahora. En el suelo. Delante de tus amigos.

Jouissante se enfureció.

Por un momento interminable no se movió nadie. Entonces Fata Incolore se rió, y se rompió el hechizo.

—Ahora estáis en paz las dos —dijo. Y luego, sin resentimiento—: Pero no intentes meterte en política, pequeña. Es un juego peligroso que acabará contigo si no tienes cuidado. —Se dio la vuelta. El grupo se revolvió ligeramente, y de improviso Jane se encontró fuera de él. Igual que, al otro lado, el advenedizo.

Se escabulló.

El advenedizo se apresuró a darle alcance e igualar el paso con ella.

—Soy un apestado social —dijo con amargura—. ¿Has visto cómo me trataban esas dos payasas?

—Para ser brutalmente sincera —respondió Jane—, no.

—¡Menudo desprecio! Esa zorra de Jouissante me interrumpió cuando estaba hablando. Me dio de lado... ¡a mí!... como si fuera un don nadie. —En tono más confidencial, dijo para los pechos de Jane—. Mi casa es antigua, por nueva que sea nuestra riqueza. No hagas caso de quienes dicen que el linaje es fingido. El nombre está recién restaurado, y nuestra espada ancestral reforjada.

—A ver —dijo Jane—. ¿Exactamente qué tengo que hacer para librarme de ti?

—No debes. —Sonriendo, se quitó el sombrero en lo que resultó a lo sumo una parodia de galantería—. Mi queridísima Fata Jayne, soy tu escudero, tu cisne enamorado, tu esclavo.

—Caballero. —Furo se materializó en su camino e hizo una reverencia—. Creo que no tengo el placer.

El advenedizo se quedó boquiabierto ante él, encogido.

—Apolidón —consiguió decir, al cabo.

—Encantado. —Furo tomó a Jane del brazo—. Estoy seguro de que sabrá disculparnos.

Una escalera se curvaba elegantemente fuera de la noche hacia la luz. Descendieron. Desde las alturas, los invitados eran como pétalos de flores a merced de la corriente. Deslizándose con confiada comodidad, formaban temporales alianzas, giraban despacio y al final eran separadas dando vueltas por brisas demasiado tenues como para detectarlas de cualquier otro modo.

Una nixie subió corriendo las escaleras con una bandeja de bebidas. La de Jane había perdido su fuerza. Furo le quitó la copa de la mano, la soltó con fuerza y cogió una burbujeante sustituía sin frenar siquiera el ascenso de la niña.

Aquella noche no había traspuesto los labios de Jane ni una sola gota de alcohol. El numen de tantos altos elfos congregados en el mismo sitio hacía que el aire mismo chispeara con el embriagador encanto de su presencia; se sentía como si nadara en champán. Un sorbo bastaría para hacerle perder la cabeza.

—Lo ha hecho bastante bien, por cierto —dijo Furo.

—Me han humillado.

—Eso es de esperar cuando uno mide su ingenio con tres potencias. No obstante, ha entretenido a las dos damas y ha incitado a Corvo a mostrar aunque sólo fuera un despunte protector de compromiso. Son inversores en

potencia, y ha conseguido despertar su interés.

—Dudo que Jouissante se sintiera muy «entretenida».

—Oh, con toda seguridad. A su manera. —Cambiando de tema, Furo dijo—: ¿Le han presentado ya a Cohete?

—No.

—Un muchacho delicioso. No se deje engañar por su nombre... no es ningún hada mestiza de los bosques. Es de noble cuna, consanguíneo de la mismísima Fata Incolore. Si no fuera un bastardo, y medio humano para colmo, podría esperar grandes honores en la Casa Incolore. Así y todo, es alguien a tener en cuenta.

—¿Cómo es que la Fata Incolore tiene un hermano mestizo?

—Es piloto de dragones. —Furo bajó la voz—. La fortuna de la Casa Incolore es fruto del comercio, sabe, y existe... una debilidad heredada en esa dirección. —Se movían sedosamente en medio de la multitud, con Furo murmurando un nombre por aquí, un título por allá, pero principalmente despreciando a los invitados por irrelevantes para ella. Por fin dijo—: Ahí está Cohete.

El piloto de dragones estaba vestido de azul y de espaldas a ellos, hablando de trivialidades con una tríada de bajos elfos anodinos. Visto desde atrás resultaba peculiarmente atractivo. Jane se sintió sorprendida ante su altura, sus nalgas y la anchura de sus hombros. Quizá sea él, pensó. Sí, eso me vendría muy bien.

Alertado por algún cambio sutil en el ambiente, Cohete se dio la vuelta.

Sus miradas se encontraron. Los ojos de Cohete eran del veleidoso verde gris de los mares hiperbóreos. Ojos sutiles, ojos de pillo, ojos que sólo prometían problemas. A Jane le dio un vuelco el estómago. Lo conocía. Era la primera vez que se veían, y sin embargo era tan familiar para ella como el interior de su bolso.

Era Puck de nuevo, Peter de nuevo, Gallo de nuevo. La fachada era superficialmente distinta, el pelo más corto y disciplinado que el de cualquiera de los otros, la nariz más fina, los rasgos más regulares. Era más alto y más recto y tenía el porte de un guerrero. Pero por dentro era él y nadie más que él. Ardía en su visión como un cartel de neón. Lo hubiera reconocido en cualquier parte.

Que no se note.

El enano derrotado estaba cruzando la fiesta tumbado en la misma bandeja de plata donde estuviera antes la cabeza de caballo despellejada. Hacían falta seis niños para cargar con él. Los invitados se agolpaban a su

alrededor, disputándose el privilegio de mojar una ramita de acebo en su sangre para llamar a la buena suerte.

Con una extraña sonrisa, Cohete dio un paso dubitativo en dirección a Jane.

—Piérdete —le dijo Jane a Furo. Éste enseñó los dientes en un breve siseo de asombro, y a continuación Jane se abrió paso a empujones entre los invitados, atravesando la cálida masa de cuerpos hasta salir al balcón.

El aire era frío y limpio; le despejó maravillosamente la cabeza. Dos enanos uniformados con la librea de Galiagante estaban barriendo, tirando las últimas paladas de serrín por encima de la barandilla. Cogieron sus escobas, inclinaron bruscamente la cabeza y se fueron.

Jane se quedó contemplando la Gran Ciudad Gris. Los edificios eran negros y misteriosos, sus luces un mensaje que no podía descodificar en un idioma que nunca había aprendido. Empezó a posar su vaso en la barandilla, para luego empujarlo impulsivamente lejos de ella. Se volcó y rutiló al caer, una estrella fugaz.

Cohete salió al balcón, tal y como ella había temido o esperado que haría.

—¿Quién eres? —preguntó—. Te conozco. ¿Por qué?

Jane le dedicó una mirada de desprecio.

—A lo mejor ha bebido demasiado.

—Te conozco —insistió él—. Tu destino y el mío están ligados de alguna manera. Si no es en esta vida, entonces en otra.

—Sus premoniciones y fantasías no significan nada para mí, caballero. Buenas noches.

—Soy piloto de dragones. Todos los días trabajo con máquinas que me arrancarían el alma si les diera la oportunidad. Te aseguro, señora, que no soy una persona dada a ensoñaciones.

—Ah. —Jane no pasó por alto la jactancia de esa declaración. Un tema muy de machos, controlar dragones. Sujetar aquellas grandes máquinas de hierro negro entre las piernas y pisar el acelerador. Seguro que las jovencitas se derretían—. Es usted uno de esos caballeros que se gana la vida esclavizando niños.

Cohete se sonrojó.

—Mi trabajo no consiste sólo en cosechar trocados —protestó.

—¿No? —Jane se sentía liviana como el aire, inconsciente, amoral—. Cualquiera diría que eso es bastante.

Cohete tenía el rostro tenso. Pero consiguió componer una sonrisa plausible y una inclinación de disculpa.

—Me parece que hemos empezado con mal pie. Si me permites el privilegio de empezar de nuevo... Me llamo Cohete. Me complacería disfrutar del placer de tu compañía.

—¿Es que es usted tonto? —Aquello era tremendamente divertido—. Puede retirarse, señor.

El piloto de dragones hizo un movimiento abortado hacia ella, como si lo empujara una poderosa emoción. Parecía que sus únicas opciones fueran marcharse de inmediato o abofetearla. Jane se lo quedó mirando fríamente, sintiendo una excitación malsana, el deseo irresistiblemente contraproducente de ver exactamente hasta dónde podía provocarlo. Entonces, con un gritito estrangulado, Cohete se adelantó de una zancada y le asió la barbilla. Le echó la cabeza bruscamente hacia atrás y a un lado.

—¡Por el lobo sagrado, eres una trocada!

Jane se zafó de su presa.

—¿Es así como suele usted tratar a las damas, señor? Buenas noches.

—He cruzado la Puerta del Sueño diecisiete veces. No podría equivocarme en algo así.

—¿Y qué pretende hacer al respecto? —quiso saber Jane—. ¿Entregarme a los hospitalarios? Soy lo bastante mayor como para que empiecen a inseminarme, ¿verdad? Deberían ser capaces de sacarme diez o doce bastardos mestizos antes de que se me rompa la matriz.

Si le hubiera cruzado la cara, Cohete no podría haber palidecido más. Retrocedió un paso, con los puños apretados y los ojos en llamas. Abrió la boca para decir algo, la volvió a cerrar.

Empero, no se marchó.

—¡Ahí estás!

Galiagante salió al balcón. Lo seguía su séquito, derrochando glamour y chispas. Jouissante dijo:

—Vamos a los suburbios.

E Incolore explicó:

—Estamos formando un grupito para visitar el Mercado Trasgo.

Y Galiagante en persona preguntó con indiferencia:

—¿Te gustaría acompañarnos?

—Sí —dijo Jane—. ¿Por qué no? Sí, me gustaría.

—Yo también voy —dijo Cohete, sombrío.

Era una banda de siete: Galiagante, con Jouissante e Incolore en precario equilibrio de cada uno de sus brazos, Cohete, Jane, y dos elfos pertenecientes a una de las casas inferiores, Floristan y Esplandian, más funcionarios que invitados propiamente dichos. Los criados les trajeron las capas. Jane, junto a las otras fatas, se puso la capucha hasta mostrar tan sólo un fino óvalo facial. Todos se pusieron máscaras blancas.

Cogieron el ascensor para bajar a la calle, los funcionarios eligieron el camino, y el grupo entero llegó paseando tranquilamente al Mercado Trasgo.

—¡Nobles, nobles, nobles! —gritó un panadero trasgo.

De unos altavoces decrépitos escapaban borbotones de pésima música disco, toda estática y repetitivos golpes de bajo. Galiagante hizo un gesto, el trasgo se hizo a un lado, y se agacharon para trasponer un umbral que daba a un vestíbulo con paredes de espejo.

Crujieron y suspiraron billetes de banco. Los condujeron a una pequeña sala de proyección a oscuras. El suelo de linóleo se pegaba a las suelas. En la pantalla, la cabeza magnificada de un kobold masticaba ruidosamente con la boca abierta. Se quedaron en la parte de atrás, viendo cómo desaparecían o se desprendían en húmedos pegotes de aquellas fauces enormes chuletas, plátanos, ostras, barritas de chocolate e interminables tazones de gachas calientes. Sólo había un puñado de espectadores en las apretadas filas de asientos.

Justo cuando a Jane empezaban a latirle las sienes al compás de la banda sonora, Galiagante se acercó de repente a la pared del fondo y abrió de golpe la puerta contra incendios. Todos lo siguieron por un pasillo que hedía a desinfectante y subieron un angosto tramo de escaleras. Susurró más papel, y otro trasgo se apartó de un torniquete. Pasaron.

El cuarto en el que entraron estaba dominado por una herradura de puertas. Galiagante cruzó una. Jouissante abrió otra. Uno de los funcionarios —¿Esplandian?— dejó caer varias fichas en la mano de Jane, que abrió una puerta a su vez.

Había una silla. Se sentó. Una solitaria luz tenue revelaba un aparato en la pared con una ranura para las fichas. Las metió todas.

Se levantó la cobertura de una ventana. Estaba contemplando un escenario semicircular, en cuyo centro se contoneaba un troll tumbado en un sofá liso. Estaba desnudo salvo por un par de calcetines, unos zapatos marrones

de cordones apretados y la mitad superior de una camiseta interior de color gris. Su enorme barriga peluda sobresalía como un continente que se elevara de un feo mar de carne. Le habían cosido los párpados hacía tanto tiempo que la carne se había fundido.

Jane vio a Cohete en una ventana frente a ella. Su máscara la sobresaltó.

El troll gemía. Tenía una erección asombrosa. De un rosa crudo en casi toda su extensión, como si le hubieran arrancado las capas superiores de piel, oscureciéndose en un morado hemático en la punta. A juzgar por la parsimonia con que se retorcía, Jane pensó al principio que se estaba masturbando. Pero entonces se giró de costado, y pudo ver el muñón de su hombro, y comprendió que no tenía brazos con los que realizar esa acción.

Cuando se acabaron las fichas, las ventanas volvieron a cerrarse y el grupo salió con un cascabeleo de puertas.

—Quiero organizar un pase privado —dijo Galiagante a un trasgo que tenía un bigote sobre el labio superior como una fina línea de grasa. Conferenciaron brevemente. A continuación el trasgo los condujo dos rellanos más abajo, cruzaron un trastero con goteras en las tuberías y llegaron a un teatro de bolsillo.

Se había realizado un débil intento por conseguir algo de lustre. Había mesas pequeñas distribuidas alrededor de una tarima baja. Sonaba heavy metal en un radiocasete, y dispersos puntos de luz se reflejaban en una bola de espejos que giraba alrededor de la sala. Ocuparon sus sillas.

—Esto debería estar bien —comentó Jouissante.

—¿Me mira a mí, señor? —preguntó Jane.

Cohete meneó la cabeza y clavó la mirada, malhumorado, en la máscara apretada entre sus manos.

—No sé si me van este tipo de escenas.

—Si no ha venido a divertirse, ¿por qué se invitó a acompañarnos?

Una ninfa poco menos que desnuda acudió a su mesa.

—Falernia —dijo Galiagante, y le guardó varios billetes en las bragas. Se quitó la máscara y la dejó al lado del cenicero. La sala estaba caldeada y el ambiente era sofocante, pero Jane decidió dejarse la máscara puesta de todas maneras.

Al poco, el mismo troll que habían visto antes apareció en el escenario guiado por dos enanos. Le quitaron la bata; estaba vestido exactamente igual que antes con su camiseta interior, zapatos y calcetines. Uno de los enanos tenía un palo y aguijoneó al troll con él.

Se hincó de rodillas en el centro de la tarima.

La ninfa regresó con el vino y con cestas de monedas de plata para cada mesa. El trasgo de untuosos bigotes enchufó un micrófono al radiocasete, y su voz se impuso a la música.

—Damazycaballeroz —dijo en una oleada de sonido confuso—. Noblezyfataz, eztimadoz clientez todoz...

—Gilipollazyenanoz —mascculló uno de los bajos elfos.

—Buzcadordelazabiduría —se rió Incolore.

—... bienvenidozal ezpeztáculo. —Se atenuaron las luces sobre las mesas. El troll se jaspeó de puntos rojos y azules—. ¡Ezta noche nozenorgullezemoz deprezentaral azombrozo y zimprezedente Tooooooooby Clunch!

Jane se unió a los demás en un educado remedo de aplauso.

El enano con el palo indicó a Toby que era su turno pegándole en la garganta. El troll se estremeció, y en voz alta y clara dijo:

—La Guerra Fría ha terminado. Nos encontramos al filo de un nuevo orden mundial. Pero muchos peligros e incertidumbres nos esperan. Uno tiene que leer todas las hojas de té y fijarse en los matices. Sé que son tiempos difíciles. Fuera de onda. Pero yo nunca me sentí... ya saben, en sintonía al estilo de Rodney Dangerfield. Crematorios de mil luces afiladas. Esto no es ningún asalto indiscriminado que nos pille de nuevas. Tengo fe en el pueblo americano bombas inteligentes trazando con sigilo una raya en la arena. Eso de la visión. Tiendo la mano a esos locos. —Toby se retorció, un conducto de locura, con las palabras escapando de él cada vez más deprisa, su voz convirtiéndose en un chillido—. ¡Para resumirlo en una palabra, empleos!

Enano Uno lo silenció con otro palo en la garganta.

Enano Dos le agarró las orejas por detrás y tiró hacia abajo. El troll levantó la barbilla y emitió un sonido incoherente, gorgoteante, que podría haber sido una protesta. Enano Uno le dio unos golpecitos en los labios con el bastón. Despacio, dolorosamente, forzó su boca a abrirse aún más. Un crujido escapó de los goznes de su mandíbula. Aun así, siguió intentando ensanchar aquella abertura imposible, haciéndola más grande y redonda, hasta convertirla en un enorme agujero en su cabeza, un embudo inmenso a su gaznate. Algo chasqueó. El trasgo del bigote pintado subió el volumen de la música.

Galiagante metió una mano lánguida en su cesto. Amartilló el brazo y lanzó una moneda. Cruzó la tarima volando y cayó en la boca del troll.

—¡Bravo! —exclamó Jouissante. Tiró una. Cayó dentro. Incolore tiró otra. Una cuarta moneda, la de Jane, pareció a punto de errar el blanco.

Pero Toby, guiado por algún sentido primitivo, torció el cuello a un lado y la atrapó.

El aire se llenó de plata, trazando estelas blancas hacia el escenario como estrellas fugazas. Toby Clunch se mecía y respingaba cómicamente, desesperado por capturarlas todas. Era asombrosa la de monedas que consiguió apresar la desventurada criatura.

Jane hizo una pausa para mirar de soslayo a Cohete. Éste estaba tamborileando con los dedos en la mesa. De todos ellos, él era el único que no había lanzado ni una sola moneda. Le plantó una delante.

—¡Súmese, *monsieur* dragonero!

Cohete se apartó de la mesa con tanta violencia que estuvo a punto de volcarla. La silla se estrelló contra el suelo.

Salió de la sala dando zancadas.

Indescriptiblemente ofendida, Jane agarró un puñado de monedas y las arrojó todas a la vez, con todas sus fuerzas. Toby se incorporó a medias de sus rodillas en su afán por interceptarlas todas. Consiguió engullir algunas, pero la mayoría rebotó en su cara y su cuerpo, dejando pequeñas marcas rojas.

Riéndose, Fata Jouissante posó una mano cálida en el hombro de Jane.

—¿Qué te parece? ¿Podrías atrapar tantas monedas si tuvieras que hacerlo?

—Oh, yo nunca podría abrir tanto la boca.

—Estaba pensando que podrías hacer el pino con la cabeza y cogerlas con tu *belle chose.* —Se volvió hacia Galiagante—. ¿Cuánto pides por ella?

—¿Venta directa? —Galiagante lo consideró—. Como mínimo tres veces el coste de la inversión. Pero todavía no estoy listo para vender. Quiero ver si consigo poner en marcha un buen lote, aprovechar para poner un pie en la televisión. Tengo demasiado dinero paralizado en la industria. Me gustaría verlo diversificado.

Apareció la ninfa con nuevos cestos. Toby Clunch se estaba llenando. Cada nueva moneda producía un duro tintineo ahora al chocar con las que tenía ya en la garganta.

—Con permiso —dijo Jane. Cogió su bolso y se levantó. El trasgo apuntó con un pulgar por encima del hombro, indicando la dirección del aseo de señoras.

Era un estercolero. A Jane no le hacía falta mirar para saber que algunos de los retretes estaban atascados. Esquivó un maloliente charco de agua, se dirigió a los lavabos y se quitó la máscara. Tenía el rímel hecho un desastre.

Se abrió la puerta. Entró Fata Incolore. Quitándose la máscara, se miró al espejo. Se peló un labio y se rascó un trocito de algo de un canino. Luego sacó su neceser.

—¿Un toque?

—Está bien.

Incolore dejó el neceser al filo del lavabo y midió dos rayas. Le ofreció un billete enrollado a Jane, que se acercó un extremo a la nariz y se inclinó sobre el polvo.

Le golpeó el fondo de la garganta y la cúpula craneal casi simultáneamente, con una sensación intensamente artificial de límpidos prados verdes. Era como si se hubiera encendido una lucecita en una habitación que no supieras que estaba ahí.

Incolore se metió la otra raya, arrugó el billete y lo tiró.

—¿Qué hay entre Cohete y tú? Está claro que le has puesto un erizo debajo de la silla.

—¿Yo? —dijo despreocupadamente Jane—. Será algo que he dicho.

—Hm. —La mano de Incolore se cerró en torno al neceser y lo empujó a la inexistencia—. Primero Fata Jouissante, y luego mi hermano. Es como si le hubieras declarado la guerra al mundo.

—Aunque así fuera, está claro que no es asunto tuyo.

—No me andaré con rodeos. Mi hermano se siente claramente atraído por ti. Por motivos de mi incumbencia, es una alianza que no me importaría alentar.

—Sigue soñando. —Jane alargó el brazo hacia su máscara.

Incolore la detuvo con un roce.

—Galiagante se ha diversificado demasiado. Esta idea suya de expandirse hacia el mundo del espectáculo... —Se encogió de hombros—. Condenada sin remedio. Ni siquiera es capaz de decidir qué quiere hacer contigo. ¿Me sigues? Si no consigue encontrar financiación, no le quedará más remedio que intentar recuperar una parte de su inversión. Te venderá a Jouissante. —Tenía la mirada oscura, seria, chispeante de rabia—. Te prometo que es un trato que terminarías lamentando.

—No estoy a la venta —espetó Jane—. Galiagante no es mi dueño. Jouissante no puede comprarme. Y tú ni siquiera estás en el juego.

—Qué criatura más rara eres. —Incolore se pasó una mano por la boca y un cigarro encendido colgó de sus labios. Expulsó el humo por la nariz—. Te diré una cosa. No tengo ningún interés especial en seguir subvencionando los

disparates de Galiagante. Pero le daré cuerda durante una semana más o menos, si accedes a dejar que te enseñe una cosa.

—¿Qué cosa?

—Nada que no puedas soportar. —Cogió la brasa del cigarro y se la tragó sin apagar. Tiró el resto al suelo—. Llama a mi secretaria, y buscaremos una fecha.

Galiagante estaba impaciente por irse. Lo siguieron por las ciegas entrañas de otro retorcido tramo de escalones. Un palo de escoba encajado entre las paredes los desvió a un lado y a un cuarto revestido de cabinas de cristal desde las que los llamaban huríes ataviadas con bikinis de un rosa vivo y arneses de cuero con tachones de cuero. A Jane se le ocurrió de repente que el Mercado Trasgo bien pudiera no tener fin. Podía haber un número infinito de habitaciones sin ventanas y pozos de orgías bajo la Ciudad, apestando a incienso y amoníaco, cargados de música rap sobreamplificada y regentados por incontables hampones de tres al cuarto. Se sentía irremediablemente perdida, irremediablemente cansada e irremediablemente aburrida. Contuvo un bostezo.

—Parece que Fata Jayne no se está divirtiendo —observó el que probablemente era Floristan.

—Estoy bien.

—A lo mejor nuestros placeres son demasiado refinados para ella —dijo puede que Esplandian.

—¿Por qué no vamos a un sitio que le guste a Jayne?

—Si es que existe tal sitio.

Los elfos de relumbrón se cernieron sobre Jane, con los ojos maliciosamente ardorosos tras sus máscaras. Jane retrocedió, sucumbió de improviso al pánico, giró sobre sus talones y se descubrió ante un arco. Encima de las puertas de cristal, rodeado de luces parpadeantes, había un letrero:

CORRE CON LOS SIMIOS DEL INFIERNO

* Sueños hechos realidad * Drogas adictivas * Repulsivas fantasías *

—Creo —dijo Galiagante— que podemos darle a Jayne lo que quiere. —Abrió una puerta—. Por aquí.

—Sí, sin duda, delicioso, oh, sí. —Estaban sentados en la antesala, en sillas de cretona, escuchando el rollo publicitario de un viejo trasgo sin pelo que no paraba de cabecear y frotarse las manos—. Oh, lo sabemos —decía—. Sabemos lo que quieren, antes que ustedes. Cosas secretas, cosas privadas, cosas repugnantes que jamás admitirían ante los demás. Amor verdadero, enemas, ochenta metros de cordón viejo quebradizo y marrón por la edad. El deseo de su corazón. —Sonrió con lascivia a Galiagante—. Anzuelos. Otras cosas.

Galiagante sacó un montón de billetes.

—Sírvela. —El trasgo saltó hacia él, con las manos extendidas. Pero Fata Incolore interceptó el fajo. Contó la mitad, dobló el resto y lo devolvió al bolsillo de la chaqueta de Galiagante.

—Ya que vamos a ser socios —dijo—, primero tendremos que instituir algún tipo de responsabilidad financiera.

Galiagante la miró con interés renovado.

—¿Vamos a ser socios, entonces?

—Espera y verás.

—Por aquí. —El trasgo apoyó una mano en una puerta sin distintivos—. Sucio asqueroso, muy bueno, oh cielos sí.

Jane vaciló. Se sentía remisa a pasar. Dentro había algo temible. Podía intuirlo. Algo que lamentaría eternamente haber visto.

—¿Asustada? —preguntó Jouissante.

La palabra flotó en el aire como un desafío.

—No, claro que no. —Jane cruzó la puerta, cerrándola con firmeza a su espalda. Ni loca dejaría que los demás vieran aquello, fuera lo que fuese.

Entró en una habitación del tamaño de una cancha de baloncesto, vacía. Había media docena de enanos sentados en el suelo en un rincón, arracimados en torno a un televisor portátil. Ante su llegada, lo apagaron de golpe y desaparecieron por varias puertas. Dos de ellos volvieron, empujando un viejo tocadiscos accionado por manivela. Un tercero llegó corriendo tras ellos con un cilindro de cera. Lo encajó, giró el manubrio y bajó la aguja.

Se escuchó una rayada música de vals.

Chocaron con las paredes unas escalerillas de mano. Se tendieron por la estancia ristras de campanas de papel crepé a una velocidad vertiginosa. Se

escuchó un traqueteo en la escalera al regresar los tres enanos restantes.

Escoltaban al Baldwynn.

El Baldwynn estaba vestido formalmente con un traje de gala, clásicamente caro, y usado lo justo para indicar que no era de alquiler. Su paso era débil y tambaleante. Sus manos de porcelana, moteadas de marrón, colgaban inmóviles. Pero su cabeza oscilaba lentamente de uno a otro lado como la de una tortuga, su mirada desconcertada y desenfocada, como si estuviera contemplando otro universo.

No estoy asustada, se dijo Jane. No tendré miedo.

La cabeza del Baldwynn apuntó hacia ella. Se detuvo.

Miró directamente a Jane.

Sonriendo, los enanos se agolparon alrededor de ella. Uno le quitó la máscara. Otro, la capa. Tiraron de ella hacia delante, colocándole la mano izquierda en el hombro del Baldwynn. A él le pusieron una mano cadavéricamente blanca en la de ella y la otra en torno a su talle.

Estaban bailando. El cacofónico vals los llevaba por todo el gimnasio. Los dos se movían con torpeza, arrastrando los pies en respuesta a los golpecitos y pinchazos de sus asistentes. Giraban, incómodos, dando vueltas y más vueltas.

Al principio Jane mantuvo la mirada clavada en el pecho del Baldwynn. Pero un enano se metió entre ellos y le levantó la barbilla con su pequeño puño. Se asomó a sus pálidos ojos grises.

Allí despuntó fugazmente una chispa de algo. Los labios del Baldwynn temblaron, como si estuviera intentando recordar cómo realizar con ellos alguna tarea olvidada hacía tiempo. Una vez. Dos.

A la tercera fue la vencida. Frunció lentamente los labios, como una niñita rogando un beso. Los separó con un delicado chasquido.

Jane meneó la cabeza.

—No.

De nuevo se fruncieron sus labios. Bajó la cabeza hacia ella. Jane podía oler su aliento, podrido y dulzón. Sus manos se insuflaron de vida. Sus dedos la pellizcaron con blandura.

—¡No! —Jane empujó contra el pecho del Baldwynn con todas sus fuerzas. Pero no logró liberarse. Era imposible que alguien tan frágil y decrépito la retuviera, y sin embargo así era. Sus brazos eran como bandas metálicas. Lenta, inexorablemente, apretaron, aplastándola contra el vetusto terrateniente elfo. Su boca se cerró sobre la de ella. Cuando Jane intentó torcer la cabeza, los enanos la sujetaron en su sitio.

El Baldwynn sacó la lengua y se la metió en la boca. La penetró como una llave deslizándose en su cerradura.

Jane se abrió al contacto.

El sondeo de su lengua lo cambió todo. El salón de baile, los enanos, aun el mismo Baldwynn, todo se calentó y derritió como la cera en ácido carbólico. A Jane le dio un vuelco el estómago. Experimentó un mareo desorientador como no lo había sentido nunca, como si estuvieran retándola por una dimensión impenetrable a sus sentidos. La cancha se transformó en otro lugar.

—¿Jane?

No se dio la vuelta. Estaba mirando fijamente la ventana, hipnotizada por el horror que había en ella. Los cristales estaban veteados y mugrientos, y en la repisa descansaban los secos cascarones de moscas domésticas muertas. La pintura de la madera era blanca y yesca, y se desmenuzaba en lascas afiladas si se empujaba sobre ella con la fuerza suficiente con el pulgar. Eso aguijoneaba la piel hasta el punto de lastimarla, aunque nunca lo suficiente como para hacer sangre.

Pero ninguna de esas cosas era el horror.

—Te he traído un poco de rica fruta —dijo Sylvia—. Manzanas y plátanos. Y un cartón de Salem Mentolados, cientos esta vez, como a ti te gusta. Se los he dado a la enfermera de la ventanilla, y ojalá pudieras decirme de alguna manera cuántos te fumas realmente. Estoy segura de que siempre se queda algunos para ella.

El cielo estaba bajo, pero no parecía que fuera a llover. Parecía que fuera a estar gris y nublado para siempre. La vista era fea, aunque se suponía que no debía serlo. Los ondulados jardines sólo existían para recibir el paso del cortacésped, cada dos días por lo visto, tan apurado que desde allí arriba se podía distinguir la tierra entre las briznas de hierba. Supuso que temían que una de ellas pudiera elevarse fugazmente y crecer en libertad. Para Jane, el césped era el símbolo perfecto de la opresión. Pero tampoco eso era lo horrible.

—Siéntate al borde de la cama y te peino.

Jane se giró entonces para mirar a su madre. Qué aspecto más demacrado tenía Sylvia, qué desdichada parecía, qué vieja. Lucía esa expresión valiente que adoptaba siempre al entrar, esa sonrisa tranquilizadora de «todo está en orden» que quedaba más que contradicha por la hastiada infelicidad de sus ojos.

Jane se acercó a la cama y se sentó. Sentía el cuerpo pesado, torpe,

incómodo. Era la dieta rica en almidón, la falta de ejercicio, el hecho de que nunca había tenido ningún motivo para no abandonarse.

Sylvia se sentó a su lado, sacó un cepillo y empezó a imponer orden en el cabello de Jane. ¡Cómo volaban sus manos! Al contemplarlas, Jane podía imaginarse lo grácil que debía de haber sido su madre de joven, cuan alegre y coqueta en el pasado, antes de que Jane irrumpiera en su vida.

—El otro día he visto a tu tía Lillian —dijo despreocupadamente Sylvia—. Me dijo que el joven Albert piensa volver con su esposa, ¿te imaginas? ¿Cuántas van ya... tres veces? Algo anda mal en esa relación, te lo digo yo, ahí hay algo más de lo que parece a simple vista. —Hizo una pausa para encender un cigarro y observó a Jane con ojo crítico—. ¿Qué te parece si te arreglo el pelo en trenzas africanas?

Mamá, intentó decir Jane. Quiero irme a casa.

Pero no salió nada.

Nunca salía nada.

Levantó ligeramente la cabeza y volvió a mirar fijamente a la ventana. Aunque no resultaba visible desde ese ángulo, en su imaginación podía ver la cosa horrible que había estado mirando cuando entró su madre. Era su reflejo. La cara redonda e hinchada, el maquillaje aplicado descuidadamente, los ojos oscuros y llenos de resentimiento. El tipo de expresión que indicaba que su atención estaba a un millón de años luz de distancia.

De pronto se le ocurrió a Jane que las cosas no iban a mejorar. Estaba atrapada. Se iba a quedar en la institución eternamente, envejeciendo y engordando paulatinamente, sorbiendo la savia vital de su madre hasta la última gota. Después dejaría de haber visitas. Se quedaría sola, deteriorándose, volviéndose cada vez más mudamente resentida, arrastrándose hacia la nada.

Empezó a llorar.

Asombrada, a su madre se le cayó el cepillo. Resonó con fuerza al chocar con el suelo.

La lengua del Baldwynn salió de la boca de Jane.

La liberó.

Presa del pánico giró sobre sus talones y, con los enanos atropellándose en desbandada a su paso, huyó de la sala. La puerta resistió sus forcejeos, estremeciéndose en el marco, hasta que se le ocurrió empujar. Se abrió al despacho principal.

Cuando salió, el grupo había desaparecido.

Sólo el trasgo seguía allí. Anadeó hacia ella, sonriendo efusivamente, cargando con su máscara y su capa.

—Bonito y repugnante... te gusta, ¿verdad? Justo lo que quieres, algo asqueroso. No dejes de volver.

Los elfos eran volubles. Lo recogían a uno sin pensar y lo soltaban sin ningún motivo. No se les podía culpar, la verdad; estaba en su naturaleza. Nadie salía con uno a menos que estuviera dispuesto a correr el riesgo de descubrirse de golpe y porrazo a solas en medio de un charco, a oscuras, con un bolsillo lleno de hojas secas, abandonado.

Así eran las cosas. Jane no dejó de recordárselo, una y mil veces, durante toda la temible e interminable hora que tardó en regresar a Caer Gwydion. Pero lo que deseaba realmente era arrojarlos a todos ellos, con todos sus primos y allegados, a la boca del Diezmo. Si hubiera podido empujarlos a todos y cada uno de ellos por la Puerta del Infierno, lo habría hecho encantada.

Para cuando llegó a la fiesta, Jane ya casi se había repuesto de su encuentro con el Baldwynn. Pero estaba cansada y de mal humor, y no le apetecía ni un solo instante más de inconsecuentes festejos. ¿Qué hago aquí?, se preguntó. De no ser por las promesas hechas a Melanchthon, ahora podría estar en casa.

Se quitó la máscara y entregó su capa a un criado. Apolidón se materializó en el vestíbulo.

La vio y fue derecho a por sus tetas.

—Aquí no soy nadie —dijo sin más preámbulo el advenedizo—. Todos me tratan como si fuera una mierda. Aquí nadie me respeta por mi linaje.

—Bueno, sí que son bastante estirados, supongo —dijo con indiferencia Jane. El tipo seguía fijándose sólo en su atuendo. Podía irse a casa y ponerse un jersey y unos vaqueros, y no la reconocería jamás.

—Si desapareciera esta noche y no volviera a dar señales de vida, nadie me echaría de menos. Debo de ser el individuo más universalmente repudiado de toda la creación.

—¡No me digas! —Jane dio un respingo. ¿Sería posible que hubiera tenido la respuesta delante de sus narices toda la noche?

Decidió averiguarlo.

Tocando el brazo de Apolidón, envió una oleada de deseo a su sistema

nervioso. Era la misma jugarreta que le había hecho antes a ella Fata Jouissante, y si no le salía ni la mitad de bien, en fin, no dejaba de ser su primera vez. En cualquier caso, a juzgar por la reacción del advenedizo, le salió lo bastante bien. Apolidón se estremeció, y por primera vez sus ojos se clavaron en los de ella. Conectaron. Tenía las pupilas henchidas de deseo.

Entonces, Apolidón se ruborizó al comprender lo que había ocurrido.

—Eres perfecto —le aseguró Jane antes de que pudiera desviar la mirada—. Ven a casa conmigo.

21

Con la mejilla pegada al muslo de Tommy Piepala, Jane le sacudió el pene adelante y atrás. Qué cosita más graciosa, y qué floja, pensó afectuosamente. Le gustaban no poco los penes, eran casi como artículos de broma; la clase de colgajo ridículo que quedaría igual de bien en el cetro de un bufón que en su gorro.

Sólo en ocasiones así, inmediatamente después del sexo, se sentía Jane plenamente en paz. Atesoraba esta serena y calma sensación de satisfacción, y la prolongaba cuanto podía, arropándose en el momento como si fuera una manta que pudiera resguardarla brevemente de los violentos embates y helores del mundo. Temía el brusco instante en que debería tocar inevitablemente a su fin.

—Hey. Ya que estás ahí abajo, ¿qué tal si me tocas el flautín un rato?

Jane lo soltó.

—Eso no será necesario. —Rascó un poco de algo del punto húmedo y, sosteniendo la punta de la uña directamente encima de su polla, susurró un conjuro—. Arriba, Mister Balumbo. Levántate y crece. —Con la otra mano formó la mudra de expansión espiritual. Y puesto que conocía el nombre del órgano de Tommy y las técnicas adecuadas, el pene se insufló de sangre y se irguió para ella.

Había terminado el recreo. Hora de volver al trabajo.

Se sentó, se giró y se agazapó sobre la figura aletargada de Tommy. Con una mano, guió a Mister Balumbo hasta la Pequeña Jane.

—¿Vas a volver a hacer eso con la bufanda?

—Voy a hacer algo mejor —le prometió Jane—. Pero para hacerlo, necesitaré tu nombre verdadero.

—Ah, no —rezongó Tommy Piepala—. No debería, en serio.

—¿No? —Jane le acarició suavemente la cara con los senos, apartándolos de su boca ávida para que sólo obtuviera la más levísima traza de sabor a pezón, y luego alargó un brazo a su espalda para pasarle las uñas delicadamente por las pelotas. Tommy inspiró entre dientes—. ¿Pero sí que te

gustó el jueguecito con la bufanda?

—Bueno, sí, pero...

—Esto te gustará mucho más. Te lo prometo.

Frente a la pequeña cocina había una despensa a la que Jane no daba ningún uso. Abrió la puerta y tiró dentro las ropas de Tommy Piepala. La alacena había amasado un buen montón de sedas, algodones y cueros. Seguro que el sombrero con plumas de Apolidón había quedado aplastado. Cerró la puerta de golpe.

—Furo ha estado haciendo preguntas hoy —dijo.

—¿Oh?

—¿Eso es todo lo que tienes que decir... «Oh»? ¿No te preocupa que Furo esté husmeando tras tus pasos?

—No.

—Pues debería. Sabe que algo huele a chamusquina en mi pasado. No pasará mucho tiempo antes de que descubra qué es.

Un airado siseo de vapor estremeció las paredes. Pero la voz del dragón sonó serena e indiferente.

—¡Así que te persiguen! ¡A menuda llorona más enclenque y patética estoy encadenado! No tienes la menor idea. Hemos sido perseguidos más de cerca de lo que te imaginas, y por poderes que te helarían la sangre si pensaras en ellos. En ocho ocasiones a lo largo del último año hemos estado a punto de ser descubiertos. En estos instantes, todas las fuentes de octano de aviación están siendo controladas de cerca. Saben que ando cerca y saben cuánto combustible me llevé. Están seguros de que tarde o temprano intentaré conseguir más. Y eso haría, si no hubiéramos encontrado esta fuente de energía alternativa.

—¿Qué poderes? ¡Dime su nombre!

—Salvo por uno, esos nombres no significan nada para ti. Y el que conoces seguramente lo subestimarías enormemente. Si te dijera que el Baldwynn lleva tres noches consecutivas merodeando por los pasillos frente a este mismo apartamento, te...

—Oh, el Baldwynn —dijo con indiferencia Jane—. ¿Te he mencionado que estuve bailando con él? Jamás adivinarías lo que intentó.

—¡No dejes que te bese! —Conmocionado, Melanchthon profirió un rugido que sacudió el armazón de acero de Termagant hasta sus cimientos. Jane trastabilló. Un plato de caramelos se cayó y se rompió en la sala de estar.

—¿Por qué no? —quiso saber Jane—. ¿Qué pasará si lo hace? —No

escapó a su atención el que el dragón hubiera sabido que el Baldwynn quería besarla. No es que asumiera que no lo había conseguido. En fin, era más dura de pelar de lo que Melanchthon se creía.

El dragón se refugió en el silencio.

—¡Todavía sigues mintiéndome, maldito seas! ¡Yo no te miento a ti! Se supone que somos socios, ¿no? Iguales. Estamos en el mismo barco. ¿Cuándo piensas dejarte de estúpidos juegos mentales y fingimientos para que podamos trabajar en equipo?

El dragón siguió sin decir nada. Después de un momento Jane fue a darse una ducha.

Cuando salió veinte minutos después, envolviéndose la cabeza en una toalla, el dragón no estaba por ninguna parte. Había tejido la ilusión de paredes encaladas, ventanas cubiertas de cortinas y maceteros colgantes de hiedra a su alrededor. Pero el aire tañía de tensión. Tremolaba con la malicia de su escrutinio.

—¿Y bien? —dijo tentativamente Jane.

El silencio se sostuvo un instante más. Al cabo, a regañadientes, el dragón dijo:

—Tienes razón. Nos queda poco tiempo. Debemos completar nuestra preparación lo antes posible.

—Sé lo que quieres, y te puedes ir olvidando. Esta noche no.

—Esta noche —insistió el dragón—. Necesito más.

—¿Más? Ya debo de haberte proporcionado cerca de cien nombres. Joder, ¿cuántos te hacen falta?

—Te avisaré cuando sea suficiente.

Jane tenía un guión que repasar y líneas que memorizar. Llevaba tres noches seguidas sin dormir y su tez empezaba a acusarlo. Se había prometido irse pronto a la cama con una mascarilla de barro y una novela barata.

—Dame un respiro. Te puedes permitir una noche.

—La destrucción —dijo el dragón— es mi única razón de ser. Tus gritos serían como pan y vino para mí, tu tormento más dulce que la sangre de inocentes, tu muerte lenta una eternidad de placer. No creas que eres la única que ha hecho sacrificios. ¿Quieres a la Diosa o no? Es una presa esquiva, y no pienso ir contra ella si no es a plena potencia. Si no quieres cooperar, dilo y renunciaré a algunas de mis aspiraciones. Quizá no tenga aún el poder necesario para matar a la Dama, pero sí que tengo más que suficiente para destruir la Ciudad y a todos cuantos habitan en ella.

La peste a indignación y hierro frío inundó el apartamento.

Jane suspiró y consultó el reloj de reojo. Siempre perdía estas discusiones. Puede que a un nivel inconsciente quisiera perderlas. Puede que, al vivir dentro de la esfera del aura del dragón, su cuerpo tradujera en deseo las pasiones de éste. Fuera como fuere, la Pequeña Jane siempre tomaba partido en silencio por Melanchthon. Y era innegable que sus deberes en esta fase de la conspiración estaban resultando ser mucho menos onerosos de lo que se había esperado.

—Tengo una audición por la mañana —dijo. Sus adiestradores necesitaban unas fotografías publicitarias para renovar su imagen. Que Jane supiera, su nueva imagen era la misma que la antigua, sólo que con cuero rojo en vez de negro. Pero se había pospuesto el rodaje dos semanas para garantizar apariciones en más revistas de moda. Empero, siempre podría meterse una anfetamina para desayunar. Mientras no empezara a tomarlo por costumbre—. Supongo que podría pescar a alguien en el bar.

—Mi putita —dijo con aprobación Melanchthon.

Al final de la sesión, mientras los ayudantes del fotógrafo recogían el equipo, Corinde se acercó a Jane y, dejando a un lado su bastón, le rodeó los hombros con un brazo. Corinde era el elfo más anoréxico que Jane había visto en su vida, un palo vestido de negro, y un hatajo de amaneramientos tal que costaba distinguir a la verdadera persona debajo. Se rumoreaba que ni siquiera era elfo, sino una variedad socialmente elevada de pilongo nocturno, y lo cierto era que Jane nunca le había visto con luz natural. Así y todo, siempre la trataba razonablemente bien.

Calzándose elegantemente el bastón bajo un brazo, Corinde dijo:

—Querida, detesto tener que decirte esto. He trabajado con las mejores... y tú me conoces, nunca hago cumplidos si puedo evitarlo... absolutamente las mejores, y en todos mis años no había visto nada ni remotamente parecido a ti hoy. ¡Has estado sencillamente espantosa!

—Lo siento, me...

—Sí, sí, sí. Todas estas drogas, sexo y glamour. ¿Crees que no lo entiendo? Puedes ir a los mejores clubes y llevarte a todos esos jovencitos tan guapos a casa y hacer lo que quieras con ellos. —Jane se mantuvo impertérrita—. Créeme, dulzura, lo entiendo perfectamente. Pero escúchame. Tu riqueza y tu notoriedad... dependen sólo de las expectativas. Se podrían desvanecer de la noche a la mañana. Todavía no te las has ganado. Es como meterse speed. —Enarcó elocuentemente las cejas—. Uno se siente vigoroso y

en forma por tiempo limitado. Tienes un aspecto increíble. Estás en lo más alto. Pero tarde o temprano tendrás que estamparte contra el suelo. Y entonces tendrás que pagar, ni más ni menos según lo mucho que hayas estado tomando a cuenta. ¿Me sigues?

—Sí, eso... eso creo —dijo Jane con un hilo de voz.

—Bien. Ahora vete a casa y duerme un poco.

—Oh, Corinde, lo haría, en serio. Pero le prometí a Fata Incolore...

Los ojos de Corinde centellaron. Golpeó el suelo con la punta de su bastón y giró sobre sus talones. Por encima del hombro, espetó:

—Que alguien le acorte el camino a Fata Jayne. Tiene una cita importante en las afueras.

Bajo su quisquillosa fachada, Corinde era un auténtico encanto. Era una lástima que lo hubiera ofendido. Jane esperaba sinceramente no haberse ganado su enemistad. Aquella idea la torturó todo el camino hasta Pentecostés.

La puerta de Casa Incolore —o, mejor dicho, de la expresión física del nexo local de Casa Incolore— era gris y discreta. Se abrió al tocarla y se cerró sin hacer ruido tras ella. Cruzó un nártex tenuemente iluminado con paso dubitativo.

El salón al que llegó Jane era abrumador. Parecía estar esculpido en sombras abovedadas y arqueadas que se elevaban en grandes curvas hacia la lejana penumbra. Las paredes grises, que se convertían en granito al contacto, estaban afianzadas por esbeltos pilares blancos que refulgían suavemente al gris distante. Al principio Jane pensó que las columnas eran de mármol. Pero cuando rozó una, sintió la calidez y la textura del marfil.

Sobresaltada, volvió a levantar la vista hacia la bóveda, mareada de reconocimiento. Se encontraba en el interior apuntalado de algún monstruo enorme cuyas costillas y huesos habían sido pulidos y reformados para integrar los sostenes del salón de granito. ¿Cómo podía sostenerse siquiera semejante criatura? Sin duda sus órganos se derrumbarían bajo su propio peso. ¿Cómo podría haber ingerido comida suficiente para mantenerse con vida? Debía de tener un metabolismo increíblemente pausado. Quizá sus movimientos hubieran sido agónicamente lentos, siglos para formar un solo pensamiento, eras para completar una acción.

—Ahí estás.

Fata Incolore irrumpió en el salón a paso vivo, poniéndose los guantes.

—¿Vamos?

—Eh, sí. ¿Por qué no? —Jane seguía contemplando con curiosidad las columnas de marfil. No podía evitarlo. Incolore siguió la dirección de su mirada.

—Mi antepasado.

—Oh. —Jane siguió a su anfitriona hasta un ambulatorio que discurría por detrás de la hilera de columnas de la mano derecha. Entraron en un ascensor enrejado cuyos detalles resultaban invisibles en la oscuridad, y subieron a una galería superior. Un angosto pasillo se adentraba aún más en las sombras. Cada paso que daban las alejaba más de la entrada—. Pensaba que iríamos a algún sitio.

—Sí. Al sitio que accediste a ver.

—¿No vas a pedirle a nadie que acorte el camino? —Incolore era una silueta de papel gris justo delante de ella, en constante peligro de desvanecerse en la indistinción. Su paso era largo y Jane tenía que darse prisa para no perderla.

—No hace falta. En mi casa hay puertas que conducen adonde yo quiero. —Hizo una pausa, con una mano extendida, y miró de reojo por encima del hombro. Sus ojos eran chispas gemelas de calma depredadora—. Por aquí.

Jane cruzó la puerta y quedó deslumbrada por el sol.

Cuando recuperó la vista, una habitación de hospital cobró forma a su alrededor. El olor antiséptico era inconfundible, como también lo eran las institucionales cortinas entreabiertas, ante las que danzaban motas de polvo gruesas y doradas como la miel en la luz sesgada. Sin embargo Jane sabía a ciencia cierta que no había ningún hospital en kilómetros a la redonda de Pentecostés.

Unos zapatos repiquetearon con fuerza en el pasillo. Incolore se acercó a la puerta y la cerró. Se hizo de nuevo el silencio. Tras ella, el portal que habían traspuesto se cerró sin dejar rastro. En el centro de la sala, con un gotero ocioso a su lado, había un ataúd de cristal.

Dentro había una mujer dormida.

Era delgada, enjuta y descarnada, y su cuero cabelludo se veía rosa bajo las hebras de pelo blanco. Tenía el rostro surcado de profundas arrugas. Jane pensó al principio que era vieja, y luego que no estaba tan mayor como desgastada. En el sueño había encontrado una suerte de paz melancólica. Tenía el ceño y la piel en las comisuras de los ojos tirantes, como si estuviera escudriñando a lo lejos. Pero su boca estaba relajada y despreocupada. No era la suya una expresión gozosa, sino la de quien ha alcanzado un merecido cese del

sufrimiento tras mucho padecer.

—Es una mortal —dijo Incolore—. Una trocada, como tú.

—Está claro que no sé lo que quieres... —empezó Jane. Luego, al ver la expresión indulgente que se propagó por los rasgos de Fata Incolore, dijo—: ¿Cómo te diste cuenta?

—Estoy en el negocio, querida, ¿recuerdas? No podrías ocultarme tu naturaleza como no pudiste ocultársela a Cohete. —Se rió brevemente—. No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. ¿Qué importan unas cuantas pérdidas cuando el inventario está tan lleno?

Jane dejó que transcurriera un momento antes de preguntar:

—¿Qué le pasa?

—El mal de la bella durmiente. —Fata Incolore tiró su colilla al vaso de agua y sacó otro de su cajetilla—. Es endémico entre los trocados de cierta edad. Éste no es su sitio. El mundo los rechaza, o son ellos los que rechazan al mundo. Es lo que terminará por pasarte a ti. ¿Eso te asusta?

—Sí. —Jane estudió, fascinada, el rostro de la mujer. Intentando comprenderla, intentando dilucidar qué sueños extraños se representaban en el teatro de su cerebro durmiente—. No. No lo sé. ¿Quién es?

—Se llama Elizabeth.

—Elizabeth. —Jane paladeó el nombre, saboreando sus exóticas sílabas. Ésta era la primera mortal de pura sangre, aparte de ella misma, que recordaba haber conocido nunca—. Parece que ha tenido una vida dura.

—¿Cómo podría ser de otro modo? —Había una mesita junto a la ventana, con un jarrón de flores parduzcas encima, el vaso que le servía de cenicero a Incolore y un retorcido pino bonsái en una maceta de cerámica vidriada. Incolore cogió el tiesto y lo sostuvo en la palma de la mano—. Este árbol tiene más de cien años. ¿Sabes cómo se confina a la forma deseada?

—Se envuelve el tronco con alambres, ¿verdad? Se limita su consumo de agua y se le restringe el suelo donde crecer. También hay que podarlo.

—Sí. Sólo es una planta, por supuesto. Un mestizo utilizable requiere muchos más cuidados. Pero nuestros jardineros son hábiles. Empiezan trasplantando a los pequeños mestizos y sus madres a pequeñas cabañas en una finca vallada acondicionada para tal fin en una isla del sur donde siempre es verano. Es un lugar adorable; te encantaría. La vida es agradable allí. Las colinas resuenan con las risas y las madres son animadas a vincularse a su prole. Algunas se niegan, y ésas son descartadas y enviadas a las mismas fábricas que absorben a sus hijas. La mayoría, sin embargo... en fin. La Diosa no les ha dado otra opción salvo amar a los suyos. Crían a sus hijos lo mejor que

pueden. Intentan no pensar en el futuro.

»Pero hay criados en el jardín, cuentacuentos y otros ayudantes con métodos sutiles de recordar a los niños la noble herencia de sus padres. Cuando son lo bastante mayores, los chicos se visten con sedas y son llevados a visitar a sus familiares elfos. En las mansiones de sus progenitores, reciben todas las atenciones. Por primera vez catan la riqueza. No se les niega nada. Sus parientes mayores los tratan con suma condescendencia y desdén.

»Después se les vuelve a vestir de lana y regresan a las cabañas.

»De este modo se les da forma. Se fomenta la ambición. La envidia es inevitable. Con la pubertad llegan las primas que se los llevan a la cama, les enseñan los modales de la corte y los humillan en público. Sus padres les dejan bien claro que tienen la sangre sucia, que son bastardos a los que nadie reconocerá jamás. La tarea de enjugar sus lágrimas de humillación recae sobre sus madres mortales. ¿Adónde te imaginas que conduce todo esto?

—Desprecian a sus madres.

—Exacto. Saltémonos unos cuantos años... te los puedes imaginar... hasta el día en que los mejores y más astutamente retorcidos entre los jóvenes mestizos son invitados a la academia. Ser un piloto de dragones es algo grande, algo que está más allá de cualquier expectativa razonable que pudieran albergar, y próximo, muy próximo, a sus sueños más irrazonables. No tienen ni idea de que ése era el destino que les estaba reservado desde mucho antes de su nacimiento.

»Un mensajero presenta la invitación en un rincón apartado de la hacienda, en una tablilla de madera fría, junto a una puerta que nunca antes han visto abierta. El destinatario debe partir de inmediato. Deberá cruzar esa puerta sin ir a buscar comida, ni una capa, ni un adiós. A sabiendas de cómo se sentirá su madre, debe abandonarla sin tan siquiera una palabra de arrepentimiento. Le dicen que no volverá a verla nunca.

—De modo que la traiciona —dijo Jane.

—La traiciona.

—Pero, ¿cuál es el objetivo de tan elaborado ejercicio?

—La culpa —respondió Incolore—. Una cualidad tan rara, tan preciada. He de confesar que yo misma no termino de entenderla, aunque la fortuna de Casa Incolore descansa sobre ella. Pero su mecanismo es sencillo. Los jóvenes guerreros, habiendo renegado una vez de su especie, comprenden el dolor de la traición al nivel más profundo. Su lealtad a esa parte de su herencia que permanece intacta es increíblemente feroz. Rasgo sumamente deseable en alguien que maneja criaturas tan peligrosas como los dragones y debe enfrentarse a sus traicioneras artes a diario.

Con delicadeza, dejó la maceta en la mesilla.

Jane estudió la cara de la mujer. Acaparaba toda su vista, tan inmensa y misteriosa como un continente nuevo. Podría caerse en ella si no tenía cuidado.

—¿Qué está mirando?

—Pues...

La puerta del pasillo traqueteó. Se abrió.

Cohete entró en la habitación.

Se detuvo, confuso, al ver a Jane. Sostenía un ramo de flores en el doblez del brazo.

—Lo siento, no quería... —empezó. Luego, desconcertado—: ¿Qué haces tú aquí?

—Buenas noches, hermano —dijo Incolore.

—Ahhhh. —Fue casi un suspiro—. De modo que se trata de eso.

Jane frunció el ceño.

—¿A alguien le importaría decirme qué está pasando?

—Vengo aquí todas las semanas. A visitar a mi madre. —Cohete se dio la vuelta y dejó el ramillete encima de la mesa. Sacó las flores viejas del jarrón, cambió el agua y se puso a colocar las flores nuevas—. Mi hermanastra lo sabe. Sin duda tendrá sus motivos para propiciar que nos encontremos.

Cuando volvió a girarse su expresión era envarada y formal. Con una ligera reverencia, entregó una margarita a Jane.

—Te ruego que disculpes a mi familia, madame. Comprendo que no formas parte deliberada de esta farsa.

Jane bajó la vista a sus manos, a la flor aferrada entre ellas.

—Oh, no seas tan estirado —dijo Incolore—. Jayne, quítate la blusa y enséñale a mi hermano esas tetas tan bonitas que tienes.

Jane se sintió enrojecer. Pero Cohete se limitó a decir:

—No insultes a la chica, Lesya. No vas a manipularnos para que sintamos un afecto mutuo con esos trucos baratos.

Sonriendo gravemente, Lesya Incolore se cruzó de brazos. Sus largas uñas negras se clavaron desagradablemente en la carne de sus antebrazos.

—Qué vejación —dijo—, ver frustrados los planes de una.

Un dejo de humor animó la expresión de Cohete.

—Por definición.

—Oh, déjate de retóricas. Mírate, rodeado de recordatorios de muerte y mortalidad, y mira a Jayne, testigo de la prueba más palpable que se podría desear de tu naturaleza obstinadamente leal. Los dos podríais ahorrarme un montón de quebraderos de cabeza si sucumbierais locamente a la pasión.

Haciendo oídos sordos a las palabras de su hermana, Cohete se acercó al féretro y apoyó una mano en su superficie. Se quedó allí unos instantes, antes de volver a girarse.

—Con vuestro permiso —dijo—. Me iré por donde habéis venido vosotras. —Tanteó el aire. Algo emitió un chasquido, y se abrió un portal a las sombras—. Fata Jayne —dijo, sosteniéndole con firmeza la mirada—. Sigo siendo tu siervo más devoto.

—Tiene las ancas y los muslos moteados a colores —dijo Incolore—. Como un cervatillo.

Cohete traspuso el portal como una exhalación, estremeciendo el aire a su paso.

Incolore soltó un suspiro.

—La lealtad del sistemáticamente traicionado. ¿Hay algo más triste?

—Se me ocurren unas cuantas cosas. —Jane se puso la margarita detrás de una oreja. Se atusó los cabellos extraviados—. ¿Qué coño intentabas hacer?

Fata Incolore se encogió de hombros, airada.

—Entrometerme, está claro. Eso es todo. Nada más. Se me ocurrió que los dos teníais el potencial necesario para complicaros enormemente la vida. Hubiera sido divertido.

—¿Divertido? ¿Qué mierda es ésa? Eres un poder... ¿No tienes nada mejor que hacer con tu vida?

—Para mí es importante implicarme en las cosas efímeras de vuestras pequeñas vidas. Para convencerme de que son importantes. Para anclarme... —Incolore se detuvo—. Para... —Un espasmo le recorrió el cuerpo. Le temblaba incontrolablemente un brazo.

De improviso profirió un grito. Se derramó luz de sus ojos, un rayo escapó de su boca abierta. Era como si algún dios la hubiera agarrado de los cabellos para revelar los fuegos nucleares que ardían en su interior. La luz chapoteó contra la pared e hirió los ojos de Jane. Con una mueca de dolor, levantando un brazo para escudarse, Jane exclamó:

—¿Qué está ocurriendo? ¿Qué debo hacer?

—Tengo... pastillas —jadeó Incolore—. En... en Casa Incol... —Se tragó las palabras, obligándose a cerrar con fuerza los ojos y la boca. Cuando volvió a

abrirlos, el fuego estaba sofocado y sus rasgos habían recuperado la normalidad. Pero no eran los mismos rasgos de hacía un momento.

—¡Gwen!

Con una sonrisa de reconocimiento, Gwen se llevó un dedo a los labios y guiñó un ojo. Jane quería preguntarle a su amiga cómo había sobrevivido al sacrificio en el campo de fútbol, cómo había conseguido renacer como Incolore. Pero entonces la cara de Gwen se desencajó y se agrisó. Brotaron cuernos de su frente. Cuando Jane la agarró por los hombros, siseó y proyectó hacia su cuello una boca cuajada de dientes como agujas.

Jane se apartó dando un respingo.

—¡Ahora basta de eso!

La criatura se meció y enderezó, adelgazando, haciéndose más alta. Por un instante Jane pensó que se iba a convertir en una serpiente. Pero entonces su semblante se estabilizó en unos rasgos inconfundiblemente masculinos.

—Oh, esto es un incordio —masculló lord Corvo—. Dile a Incolore que si no es capaz de controlarse más que... —Se atragantó en plena frase, se dobló por la cintura y se transformó en otra persona.

Jane agitó un brazo a un lado y a otro por los aires, tanteando en busca del portal a Casa Incolore. Pero comoquiera que lo encontrase uno, comoquiera que funcionase aquel truco, escapaba a sus posibilidades. No tenía ninguna esperanza de llevar a Incolore a su casa sin ayuda.

En ese momento Incolore experimentó una última transformación. Engarfió un dedo bajo la barbilla de Jane para obligarle a sostener su mirada. Horrorizada, Jane reconoció la afilada inteligencia de sus nuevos rasgos.

—¡Anda, vaya! —se rió Jouissante—. Menuda oportunidad.

Se llevó las aterciopeladas yemas de los dedos a los labios perfectos.

—¿Por dónde empezar? ¿Quieres que te arregle un poco de aquí y de allá, encanto? ¿Te gustaría? —Entonces, al ver que Jane retrocedía desesperadamente—: ¡Bah! Por supuesto que te gustaría, si yo quisiera. Pero no desperdiciemos esta ocasión en algo tan pueril. Debemos hacer algo memorable, algo realmente maravilloso.

Con un gesto repentino, Fata Jouissante abrió el portal de las sombras.

Apresó el brazo de Jane y la arrastró a través de la puerta hasta Casa Incolore.

Jouissante condujo a Jane a través de la casa de sombras y por un tramo interminablemente retorcido de escalera.

—Todos somos pompas de tierra —dijo—. ¿Lo sabías?

—¡Por favor! —chilló Jane. Desesperada, mudamente, llamó a Melanchthon. No pudo invocarlo. Buceó en las primitivas profundidades de su cerebro, donde normalmente él acechaba, quiescente, alerta, a la espera.

El dragón no estaba allí. Había vuelto a abandonarla.

—Eres alquimista y entiendes que todo está hecho de las mismas partes componentes. La diferencia entre un árbol y un troll es de mera organización. —Una bruma fría soplaba por la escalera iluminada sólo a intervalos por unos braseros que eran borrones de luz plateada en medio del fuerte celaje marino, desprendiendo su olor a carbón, con inestables corazones rosados donde las ascuas batallaban con la humedad—. Si un árbol se comprendiera lo suficientemente bien, podría ventosear y comer carne.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Se diría que sus aplicaciones son evidentes. —Los rellanos se sucedían a una velocidad vertiginosa—. ¿No te preguntas nunca por qué los poderes somos tan propensos a la rabia, el deseo y la envidia? ¿Por qué padecemos tantas rencillas, aventuras y escándalos? Es nuestra elección. Nuestra comprensión del mundo y de nosotros mismos es tal que se difumina la distinción entre ambos conceptos. Estamos en constante peligro de disolvernos por completo. E Incolore... no lo dudes... es grande entre nosotros. Hay quienes susurran que... en fin, no importa. Nuestros defectos son la fricción que nos impide deslizamos por el tobogán de la existencia.

Jane pisó en falso y fue arrastrada media decena de escalones, forcejeando como una subversiva muñeca de trapo. Jouissante se detuvo en un rellano el tiempo justo para dejar que Jane recuperara el equilibrio, antes de reanudar el ascenso. Sus tacones arrancaban chispas de la escalera.

—Pero si... si... si tú en realidad no eres tú... —Resultaba complicado pensar con claridad en esas condiciones—... si en realidad eres Fata Incolore, ¿por qué... por qué te comportas como si...?

—¿Es que eres retrasada? —inquirió Jouissante—. ¿Acaso estoy hablando sola? La identidad es una ilusión. Seguro que hasta ahí llegas. Las fatas Incolore y Jouissante son meros juegos a los que decide jugar la materia. Soy tan Lesya Incolore como tú.

Todavía seguían subiendo. El vigor de Fata Jouissante era aparentemente inagotable. Jane, sin embargo, estaba sin aliento. Le daba vueltas la cabeza. Por un segundo le pareció como si los fantasmas de todas sus víctimas se agolparan a su alrededor, tirándole del pelo, pellizcándola con sus deditos maliciosos,

exigiendo mudamente la devolución de sus nombres robados. Sacudió la cabeza y desaparecieron.

—... te preguntarás. Hay veces en que nace un niño sin nombre verdadero. No tiene cuerpo sutil... ¿Lo entiendes? No tiene yo. Posee ojos, cerebro, dedos y órganos en la debida cantidad y en su sitio. Pero es insensible. No sabe nada. No responde ante nada.

Devuélveme mi nombre, dijo Esmeree. Jane se dio la vuelta y no vio a nadie. Quiero, dijo Wibble, dijo Apolidón, dijo Gandalac. Devuélveme, dijo Lip, la, dijo Gloam, vida, dijo Hypallage. Eran demasiados como para llevar la cuenta, y ninguno de ellos estaba allí, y Jouissante estaba diciendo algo.

—Cuando esto ocurre, el niño se reclama por el bien del Estado. Se envía un dragón a través de la Puerta del Sueño para que asalte el mundo inferior y recoja los cuerpos sutiles... lo que allí llaman almas... de los niños mortales. No se puede volver con nada material al mundo superior. ¡Ah, pero las almas...!

No me siento culpable, dijo Jane a los fantasmas. Marchaos. Se arremolinaron alrededor de ella, menos sustanciales que los esqueléticos restos de las hojas de otoño, manoteándole enfadados los costados, abofeteándole los labios con toda la fuerza de una polilla extraviada. Era asombroso que Jouissante no pudiera verlos.

Jouissante miró atrás por encima del hombro.

—Si no vas a prestar atención, tendré que arrancarte los ojos.

—¡Por favor! —jadeó Jane.

Llegaron por fin a un último rellano. Sin aliento y extenuada, Jane se detuvo agradecida con un traspié. Jouissante abrió una puerta de marfil de par en par.

—Éste es el asiento de su poder... el presbiterio de la calavera.

Entraron. Una fría luz blanca desbandó y dispersó a los fantasmas.

Las paredes estaban cubiertas de cofres de marfil, y el suelo de alfombras de color hueso. Un techo bajo sostenía rieles de iluminación. Un muro pálido dividía la estancia en dos cámaras de modo que uno podía asomarse a una u otra, pero nunca a ambas a la vez. Cada cámara contenía una sola silla de respaldo recto frente a las vidrieras que ocupaban las cuencas oculares. Jouissante tiró de Jane hacia la cámara de la mano izquierda.

—Estamos dentro del cráneo de la primera Incolore. Si se queda una muy quieta, puede sentir la fuerza de su personalidad resonando en lo más hondo del hueso.

De ser así, la antepasada de Fata Incolore debía de haber sido más

extraña incluso de lo que sugerían sus restos, pues una abrumadora sensación de la tenuidad de la existencia retumbaba en Jane procedente de todas direcciones. Allí, presentía, nada que fuera muy querido deseaba conservar su identidad. Tanto le daba al escritorio de arce albino contener cartas que aceite de motor, tenerse de pie que estar enterrado en la tierra, clamar por sangre bajo la lluvia torrencial que sencillamente estallar en llamas. Un cocodrilo de alabastro tremolaba a las puertas de levantar el vuelo.

—¿Qué... qué vas a hacer conmigo?

—Eso es lo que estaba intentando explicarte, pazguata. Estoy pensando en destruir tu cuerpo grotesco y encarnarte en la piel de un zorzal o un reyezuelo. Con tu propia jaula de mimbre. —Empezó a rebuscar en los armarios—. O mejor aún, en una cerdita rosa. Incolore podría sacarte a pasear con una cinta. —Levantó fugazmente la mirada—. ¡Oh, no pongas esa cara! Tendrías una vida mucho más agradable como cerda que como reyezuelo. Se te podría adiestrar para que usaras el orinal, por ejemplo. —Las botellas entrechocaban y repiqueteaban—. Siéntate en esa silla y no mires por la ventana. No te gustaría lo que podría decidir enseñarte.

Jane no tenía más remedio que obedecer, aunque se arriesgó a echar un vistazo de todos modos. La ventana daba a un cuarto vacío con un solitario par de botas de trabajo descansando a un lado del centro. Proyectaban una sombra exangüe. Una estaba tumbada de lado. Tenía barro pegado a la suela. Los cordones estaban sucios. Ni aunque le fuera la vida en ello podría imaginarse por qué debería concentrarse en algo así la ventana. Y sin embargo su captora tenía razón. Por algún motivo indefinible, la vista la inundaba de un terror irracional.

—Hay dos ventanas en el presbiterio; una da a mentiras y otra a la verdad. Ni siquiera Lesya Incolore sabe cuál es cuál. —Jouissante volcó un baúl. Derramó su contenido por la habitación de una patada—. ¡Aquí tampoco! En el nombre de Maga Argea, ¿dónde puede estar?

Había algo en la silla, o posiblemente en la estancia misma, que inducía al letargo. Jane se quedó sentada con la mirada clavada en el regazo, incapaz de levantarse.

—¡Ajá! —Fata Jouissante levantó un teléfono inalámbrico con gesto triunfal. Pulsó las teclas. Esperó, y dijo—: Al habla Fata Incolore. Quiero que me mandes un cerdo. Sí. No, la criatura debe ser dócil. Dulce, sí. Su disposición es muy importante para mí. No, hembra.

Mientras escuchaba, Jane sabía que debería sentirse molesta. Pero era tan difícil preocuparse. La apatía que la retenía en la silla estaba propagándose por todo su cuerpo. Si no hacía algo ahora mismo, jamás volvería a hacer nada.

En un gesto casual, los dedos de Jane subieron hasta su cabello y lo apartaron de la margarita que le había dado antes Cohete. Miró la flor y cerró los dedos sobre ella. Aplastando los pétalos.

—¿Cuánto tardará en llegar? ¡Ah, y también una almohada de satén!

Contemplando sus manos, Jane se concentró en el nombre verdadero de Cohete y realizó una invocación. No había intentando nunca un hechizo tan poderoso, pero se sabía la teoría de cabo a rabo. Acu, susurró en el silencio ártico del fondo de su cerebro. Ven a mí.

Jouissante giró sobre sus talones.

—¿Qué has hecho? —chutó—. ¡Has hecho algo! ¿Qué ha sido eso?

Jane le sonrió vagamente. La invocación había consumido los últimos restos de su volición. Ahora estaba completamente pasiva. Carecía aun de la voluntad precisa para hablar.

Se escuchó un paso en la escalera. La puerta se abrió y entró Cohete.

Era imperioso. Cohete comprendió la situación a primera vista. Actuó sin vacilar. Dando una zancada adelante, casi demasiado rápido para seguirlo, le quitó el teléfono de la mano a Jouissante de un golpe. Con un grito de desmayo, la fata se abalanzó sobre él, arañándole la cara con las manos, buscando sus ojos. Con destreza, sin embargo, Cohete la tomó por las muñecas, forzándole los brazos a la espalda. Jouissante impulsó el cuerpo hacia delante, intentando alcanzarle la yugular con los dientes. Eso era lo que él estaba esperando. Fugazmente, la oreja de Jouissante quedó a la altura de la boca del piloto de dragones.

—Kunosoura —murmuró Cohete, en voz tan baja que en condiciones normales Jane no podría haberlo oído de ninguna manera. Pero Jane conocía su nombre verdadero, y con él lo había invocado. Su palabra susurrada pasó directamente a través de ella.

Kunosoura. Significaba cola de perro.

Era el nombre verdadero de Lesya Incolore.

Ante aquel sonido, el espejismo del aspecto de Fata Jouissante huyó de su rostro. Los rasgos se fundieron unos con otros, endureciéndose algunos, ablandándose otros, afilándose y agudizándose los demás. Cuando hubieron terminado de cambiar, Incolore había vuelto a estabilizarse en ella misma. Se le cerraron los ojos y se le doblaron las piernas. Cohete levantó en vilo su figura inerte.

Hizo un gesto con la barbilla.

—Abre esa puerta, por favor.

Con el regreso de Fata Incolore, la fuerza que mantenía pasiva a Jane había desaparecido. Se incorporó de la silla de un salto y abrió la pequeña puerta que le había indicado Cohete.

Los llevó a un cuarto cuyas paredes estaban cubiertas de máscaras de carnaval. No había ventanas. Cohete dejó a su hermana encima de un sofá.

—Hay un botiquín en ese armario —dijo—. Cuando vuelva en sí, le daremos dos pastillas de las blancas. Con eso será suficiente.

Jane dejó de comprobar que Incolore estuviera cómoda y se enderezó.

Se miraron con timidez.

—Bueno —dijo Cohete, al cabo—. Qué suerte que apareciera por aquí.

—Ya —dijo Jane—. Qué suerte.

—Mis disculpas por imponerte mi presencia dos veces en el mismo día, madame. Comprendo que no os gusto...

—Mira, sí que me gustas, ¿vale? Me gustas mucho.

Cohete dio un paso adelante y Jane hizo lo propio hacia atrás. El piloto se detuvo, desconcertado.

—Entonces, ¿por qué? Si es verdad que te gusto, ¿por qué te comportas así? ¿Por qué tanto empeño en sacarme de mis casillas?

—No quiero que te veas envuelto en toda esta mierda —dijo Jane—. Eso es todo. Están pasando cosas, y no quiero hacerte daño.

—Hacerme daño. —Cohete era la cosa más envarada y sincera que Jane hubiera visto en su vida—. Mientras mi honor no quede mancillado, puedes hacer lo que quieras conmigo. Trátame mal si eso te hace feliz. Nada será peor que el dolor de tu desprecio.

Aquello se le estaba yendo de las manos. Decidida a tomar las riendas, Jane dijo, con la voz más fría que supo reunir:

—Los juegos políticos de tu hermana se han desbocado por completo, señor. Iba a transformarme en una cerda. —De pronto cayó en la cuenta de lo ridículo de todo aquello y se le escapó una risita, alarmada—. ¡Una cerda!

—Ésa era Fata Jouissante —le recordó Cohete—. Pero tienes motivos para estar enfadada, y ya que no puedo compensarte, intentaré al menos darte una explicación. —Suspiró y se pellizcó el puente de la nariz—. Los ojos del presbiterio son mecanismos delicados. Realizar una transformación importante bajo uno de ellos sería... ¿cómo decirlo?... ¿distorsionaría?... no, obsesionaría al ojo, volviéndolo remiso a fijarse en cualquier otra cosa que no fuera el acto en sí, una y otra vez. Eso reduciría incalculablemente el poder de Lesya. Pero más de una gesta incomprensible se lleva a cabo en nombre del amor.

—¡Amor! ¿Por quién?

—Bueno, por Lesya, desde luego. ¡Pobre Jouissante! Vive temiendo el día... que llegará... en que Lesya ascienda al colegio invisible y se convierta en guardiana. Ser nombrado guardián es un escándalo terrible y el mayor honor al que se puede aspirar. Su posibilidad empuja a todos los implicados a extremos de emoción. —Se encogió de hombros—. Aun en las mejores condiciones, los poderes se enfrascan en estos pasatiempos tan retorcidos cuando juegan al amor.

Jane reflexionó sobre eso en medio de un prolongado silencio. Al fin, preguntó:

—¿Es eso lo que es el Baldwynn... un guardián?

Toda la calidez de Cohete se esfumó como la niebla ante el viento.

—¿Cómo sabes lo del Baldwynn? —preguntó con severidad—. Es uno de los Ocho. Se supone que nadie debe conocer la existencia del Baldwynn.

Jane tocó el jubón de Cohete. Le desabrochó los dos botones de arriba y metió la mano dentro. Le acarició el torso con los dedos. Eso confundió, aplacó y silenció a Cohete.

—¿Dónde vives? —preguntó Jane—. La dirección completa.

—Caer Arianmod. Norte 9743-A Plaza Corte D.

Jane invocó su nombre verdadero por segunda vez.

—Ve allí —le dijo—. Olvida todo lo que ha pasado aquí esta noche.

A regañadientes, apartó la mano.

Y Cohete se fue.

Fata Incolore se estremeció cuando las pastillas surtieron efecto. El color regresó a sus mejillas.

—Parece que estoy en deuda contigo.

—¡No quiero tu gratitud!

—Sí, me lo imagino. —Unas uñas largas golpetearon la tapa del botiquín como si fuera un tambor—. Supongamos que te dijera que podría arreglarlo para que cierto joven y estoico piloto de dragones se materializara, desnudo y solícito, en tu cama una noche de éstas. Tú simplemente volverías a enseñarme los dientes.

Jane se cruzó de brazos y no dijo nada.

—De verdad que eres asombrosamente perversa. Creo que nunca he conocido a nadie como tú. —Lesya se rió suavemente—. En fin, cambiemos de tema. ¿Te he enseñado mi colección? —Indicó las máscaras de la pared con un ademán negligente. Las faces severas contemplaban a Jane inexpresivas, serenas, tentadoramente carentes de alma.

—No.

—Son bastante valiosas. Y útiles, además. Lo que más me gusta de ellas, sin embargo, es que pese a toda la hechicería empleada en su creación, no son toscos encantamientos. Son instrumentos, dependientes de la formación y el talento natural de quien se las ponga.

—No te sigo.

—Mira ésta, por ejemplo. —Cogió una media máscara con plumas de la pared. La careta se elevaba desde los ojos en unas alas simuladas, cubría la frente y la nariz, y dejaba la boca al descubierto—. Se sacrificaron tres bueyes sólo para activarla. Pero la mayor parte de su poder reside en la habilidad con que se aplique.

Jane meneó la cabeza ligeramente, sin proponérselo.

—El glamour de la máscara es lo bastante fuerte como para impedir la identificación de su portador mientras éste no hable. Este tipo de máscaras puede utilizarse, como ocurre a menudo, en escarceos sexuales ocasionales, para proteger la reputación de una. Pero su verdadero propósito consiste en usarla con alguien prohibido para ti a quien desees enormemente.

»Debes quererlo extraordinariamente, con tanta pasión que cuando copuléis lo extremado de tu deseo será obvio para él. Debes ser impúdica en tu corazón; debes hacer cosas que no pensabas que harías jamás, y debes disfrutarlas. Debes esforzarte por impresionar a tu amado. Debes empujarlo a los límites de su resistencia... para que cuando te levantes de su cuerpo al primer atisbo de luz del amanecer, él no sea capaz de levantar una mano para impedir tu partida, aunque querrá hacerlo.

»En todo momento mientras hacéis el amor él te mirará a los ojos, cuyo color no podrá recordar debido a los poderes decognitivos de la máscara, y verá en ellos el fuego de su amorosa ferocidad. Serán espejos de su yo interior, y lo mostrarán a una luz mucho más halagadora de lo que él se haya visto nunca, como si estuviera compuesto de llamas.

»Querrá saber quién eres... no debes hablar. Cuando te pregunte si lo amas, sonríe y mira a otro lado. Estudiará el color y las proporciones de tus pezones, e intentará sopesarte los pechos con la medida de sus manos, ver cómo le caben en la boca. Memorizará tus suspiros y tus gemidos, y te hará cosquillas para estudiar la música de tu risa. Atesorará en su corazón el olor y el sabor de

todas tus partes, la delicada oquedad bajo tu cuello, el centro de calor en la cúspide de tus muslos, los sabores de tu mismo coño y cómo cambian en cada fase de tu enardecimiento.

»Es natural preguntarse por la identidad de quien te ama tan evidentemente. Y por consiguiente tu objetivo se quedará con lo que al principio quizá sólo sea una leve curiosidad. Tal vez sospeche quién puedes ser. Despreocupadamente, al principio, empezará a buscarte.

»Claro está, la ratificación de tu identidad sólo podrá obtenerse haciendo el amor. Debes disponerlo todo para no ser una de las muchas que se lleve a la cama. Sentirás celos de todas y cada una de ellas, agonizarás, pero sin necesidad. Pues cada vez que ayunte con una catará su sabor, lamerá el dorso de sus rodillas y la línea vellosa que parte entre sus riñones y desemboca en la hendidura de sus nalgas, y estará pensando: No. No es ella.

Lesya volvió a colgar la máscara en la pared, sus manos tan gráciles como mariposas.

—Lo que comienza siendo mera curiosidad pronto arde sin control. Pasan los meses. Se obsesiona. Aquellas rivales de quienes tenías más motivos para temer son insultadas una a una y alejadas por su conducta... ¿pues qué mujer no sabe cuándo el hombre con el que comparte la cama está pensando en otra? Tú permaneces elusiva. Tu amado sucumbe a un comportamiento salvaje y aberrante. Lo gobiernan únicamente el amor y el deseo.

»Ésa es tu estrategia inicial.

Era tarde, y si Jane quería recuperar el favor de Corinde tendría que estar radiante y descansada por la mañana. Se hubiera marchado entonces encantada, pero Incolore seguía bajo los efectos de lo que quiera que hubiese en las pastillas que había tomado y siguió hablando otra hora más. Discutieron las dificultades que tenía lord Corvo con sus amantes, y las posibilidades de Fata Jouissante de conseguir la capa senatorial. Hablaron de la guerra. Debatieron las virtudes de las vísceras de armiño como catalizador para los hechizos hidratantes y si la mayor eficacia justificaba el gasto añadido.

Por fin, Jane se levantó para irse. Se detuvo en la puerta y, como si acabara de ocurrírsele la idea, preguntó:

—Esa máscara... ¿Me la prestas?

—Querida. ¿Por qué crees que te la he enseñado?

Jane tenía intención de ir directamente a casa. Pero sin saber cómo sus pies la alejaron directamente de Termagant, hacia Caer Arianrod. No voy a

entrar, pensó mientras subía en el ascensor de la Plaza Corte D. Tan sólo voy a ver su planta y a bajar de inmediato. Las puertas del ascensor se abrieron y salió a la moqueta. Caminaré hasta su puerta. No pienso llamar.

Llamó. La máscara de Fata Incolore seguía en su mano, colgando de su cordón. La guardó impacientemente en su bolso.

Cohete abrió la puerta.

—Jane —dijo sin emoción.

—¿Puedo pasar?

22

Jane se despertó al alba. Con cuidado, se desembarazó de las sábanas y de los brazos de Cohete.

Se vistió aprisa, metiendo su ropa interior en el bolso, con cuidado de recoger la innecesaria máscara de Incolore. Cohete roncaba suavemente. Contempló su rostro dormido. Tenía la boca abierta, lo que le confería un aspecto grosero que Jane encontraba rayano en lo irresistible. Le hubiera besado, pero temía que se despertara y quería marcharse sin ningún contratiempo.

Las calles estaban casi vacías. El aire era frío y cortante, y la ciudad se bañaba en la claridad de la madrugada. Jane caminaba aprisa, corriendo casi, balanceando los brazos para entrar en calor. Después de un rato empezó a cantar una antigua melodía pop:

¿Me has echado de menos? Ven y dame un beso.
Que no te importen mis golpes...

Una chica raptor la oyó cantando, se rió, se elevó por los aires y desapareció, perdida entre el deslumbrar dorado del amanecer que se reflejaba en un millón de ventanas de cristal cilindrado. Jane sacudió la cabeza y levantó la voz:

Abrázame, bésame, sorbe mis jugos
exprimidos de...

Su voz rebotaba en los costados de los edificios y las melosas paredes de ladrillo. ¡Ah, qué bien se sentía!

Hacía una mañana preciosa, una mañana perfecta. Su buen humor resistió todo el camino hasta llegar a Termagant.

De las alturas del edificio escapaba un humo negro. Grandes franjas de hollín cubrían sus flancos. La calle estaba atestada de evacuados de Termagant. Nixies, orendos y abogados Teg se arremolinaban en agitada confusión, mientras modelos, powries y leshiye discutían unos con otros, gesticulando acaloradamente hacia arriba. Tres hombres de caramelo habían sacado una campana enorme y estaban tocando a rebato con golpes lentos y firmes.

Se quedó mirando. A lo lejos despuntó un haz de luz, seguido de un retumbar lejano parecido al trueno. Jane sintió como si le hubieran dado una patada en el estómago. Toda la alegría se desmoronó en su interior. Era el fin. Todo había acabado.

Un casaca verde llegó a caballo, apartando a la multitud del edificio con la coraza metálica de su montura de guerra.

—¡Atrás! —ordenó a Jane.

—¡Tengo que entrar!

—No va a entrar nadie. ¡Esto es asunto de la policía! —Levantó su lanza contra ella, y Jane se vio obligada a retirarse. Llegaron más casacas verdes para acordonar el edificio.

Algo se revolvió en el rinconcito oscuro de su cerebro que el dragón había abandonado la noche anterior. Melanchthon había regresado, una presencia inarticulada e irresistible. Una fría sensación de apremio inundó a Jane. Tenía que cruzar las líneas policiales. Sacó la máscara de Incolore e inspeccionó su interior con ojo crítico. Tenía bastante claros los rudimentos de su funcionamiento. Estaba segura de poder improvisar un hechizo de invisibilidad con ella si conseguía hacerse de un poco de cloruro de amonio, tinte rojo y una hoja de saúco. Se consumiría en cinco minutos, pero cinco minutos serían suficientes.

Había una farmacia en la esquina. Corrió.

El calor había llevado todos los ascensores de pasajeros a las plantas en llamas como polillas a una vela. Pero los montacargas eran criaturas más simples, operadas manualmente. Jane requisó uno.

En tres ocasiones a lo largo del lento y accidentado ascenso al piso setenta y tres se produjeron explosiones. En cada una de ellas, Jane detuvo el cajón y aguardó por miedo a que pudiera resultar dañada la maquinaria o se desviara el árbol motor. Jane temía que el fuego pudiera cortarle el paso, pero en su planta, cuando llegó a ella, sólo había una ligera neblina de humo. De

pronto todo estaba en silencio. Sintió el sabor a plástico quemado y madera chamuscada en el paladar.

Jane salió al pasillo inclinado. Su máscara se calentó y se la arrancó de la cara. Ampollada y crujiente, cayó al suelo y estalló en llamas. La dejó ardiendo a su espalda.

La puerta que conducía a 7332 se desplomó al tocarla.

Su apartamento había quedado arrasado. Sus muebles habían sido reducidos a astillas. Todos los tabiques habían desaparecido. De distintos puntos del techo se descolgaban abanicos de listones sueltos. El dragón estaba expuesto, un risco de hierro negro.

Furo estaba en el centro de la sala, con una espada corta de doble filo a su lado. Era un athalme; Jane lo reconoció por el mango negro y el tirón casi imperceptible de su hoja magnetizada.

Estaba muerto.

El suelo estaba sembrado de cuerpos diminutos, negros y arrugados. Formaban ventisqueros junto a las paredes. Los meryons habían muerto a miles allí. Ahora, por fin, su nación se había extinguido. Pese a ser unos repugnantes piojos fascistas, Jane descubrió que su aniquilación la afectaba horriblemente.

Sin proponérselo de forma consciente, se arrodilló al lado de Furo y le acarició el pelo corto y plateado. Era tan, tan suave. La muerte le había dejado el semblante franco, candoroso, inocente. Demasiado tarde, lamentó no haber cultivado nunca su relación. ¡Qué amigo podría haber sido! Y ahora se había ido.

—Era un necio —dijo Melanchthon—. Quería el placer de abatirme en persona. Pero no era tan necio como para no llevar encima su espada. Pronto llegarán más, y ésos no serán necios en absoluto. Es hora de irse. Es hora de cruzar la Puerta del Infierno y asaltar el Castillo Espiral.

Jane levantó la cabeza.

Debería haberse sentido desolada. Furo estaba muerto, los meryons estaban muertos, y sin duda había más, atrapados en el caos del combate de Melanchthon con Furo, que habían muerto también. Cuando escaparan de Termagant, todas las personas que estuvieran en la calle se verían atrapadas por el derrumbamiento del edificio. Y eso sólo sería el comienzo de la carnicería generalizada. Estaban embarcados en una empresa de destrucción, enfrentándose al mayor Adversario de todos, para morir y en la muerte buscar el exterminio de la historia. Era el fin de todas las cosas.

Era una sensación estupenda.

—¿Tengo suficiente poder? —preguntó Jane. Ya estaba corriendo entre

los escombros, subiendo los peldaños hasta la cabina. Tiró su cazadora y su blusa a la sala de estar por el portal y cerró la escotilla con fuerza. Su chaqueta de aviador la esperaba. Se escudó tras su cremallera.

—Tendremos que apañarnos. —Las palabras de Melanchthon eran moderadas pero su tono era confiado, engreído en su fuerza y su potencial destructivo. Uno a uno estaban encendiéndose sus motores, estremeciendo las paredes y provocando que titilara la suave luz verde de los instrumentos. Había un casco; Jane se lo caló y se guardó el pelo dentro. La cabina olía a cuero y aceite lubricante. Se colocó la máscara de oxígeno encima de la boca.

Jane se acomodó en el sillón, asió los mandos de goma y torció las muñecas. Las agujas se hundieron en su carne. Las gafas envolventes se cerraron en torno a su cabeza. Una vez más descansaba en el cálido centro del sistema sensor del dragón.

A tres lados de Termagant había demasiados rascacielos como para trazar un rumbo seguro entre ellos. Tendrían que volar hacia el este, hacia el sol naciente. Ya caían trozos de cornisa y ladrillo, arrancados por las vibraciones de los motores del dragón. Jane accionó sus sistemas armamentísticos, y los controles se desplegaron ante ella en tres gradas, como las teclas de aquel órgano enorme que había tocado la Dama el primer amanecer.

Todo estaba en su sitio.

—¿Estás preparado? —preguntó Jane.

—Antes de existir, estaba preparado.

—¡Entonces adelante!

Sobrevolaron a baja altura el Páramo de los Relinchos, volando a lo que habría sido el nivel de las copas de los árboles si hubiera habido algún árbol. Bajo ellos centellaban las llanuras de barro y los parques industriales, las salomas, los depósitos de aceite y los vertederos químicos. La luz pintaba de plata los estanques y ríos poco profundos y arrancaba arco iris de las manchas de aceite. Las estrechas callejeras se enroscaban y retorcían como serpientes.

—¡Arriba! ¡Arriba! —gritó Jane, y el dragón se impulsó hacia el cielo, soslayando una ristra de cables de alta tensión, esquivándolos por metros, dejándolos restallando furiosamente en su abrasadora estela—. ¡Eso ha estado demasiado cerca, joder! Danos un poco más de altura, ¿quieres?

—Estamos volando por debajo de su radar —gruñó Melanchthon—. Sabrás lo que es un radar, ¿no?

La fábrica de dragones era un borrón en el horizonte.

Jane activó los dos cañones y encendió los sistemas de puntería. Una cruz solar apareció en el centro de su visión, flotando arriba y abajo ligeramente

mientras trazaban los contornos del suelo.

—Primera pasada —dijo Jane—. Arrasaremos la puerta principal y el Reloj Registrador, y pulverizaremos la piedra de la Diosa. —Se sentía salvaje, libre, vengadora, obscena... imparable—. Vamos a darle un toque de atención a la Zorra. —Sabía que no había ninguna Diosa, que no existía salvo como metáfora para lo que de lo contrario sería inconcebible, que las fuerzas a las que iban a enfrentarse eran tan impersonales como vastas. Pero así resultaba más satisfactorio.

—Eso no atraerá su atención —rugió el dragón. Estaba dispuesto a seguirle el juego; si había algo que entendía, era la mecánica del odio—. Nada va a llamarle la atención por debajo de un termodirigido metido en el culo.

Jane ajustó la guía una milésima, plantando la cruz solar sobre los muros de la fábrica.

—Eso es lo que vamos a hacer.

Pasaron sobre la puerta principal como el trueno, bajo y duro, volando subsónicos, y dejaron dos llamaradas gemelas floreciendo tras ellos. Melanchthon viró a la derecha y sobrevolaron las áreas de clasificación, soltando fuego infernal y perdición élfica.

Los dragones chillaban tras ellos, retorciéndose de agonía, ardiendo, clamando venganza en todas las frecuencias del espectro electromagnético mientras morían. Uno de ellos consiguió de alguna manera remontar el vuelo antes de que un depósito de combustible se rompiera y explotara, lanzándolo dando vueltas contra el costado de la fragua naranja.

Melanchthon se reía y Jane también, gritando y vitoreando mientras describían una curva cerrada para realizar una segunda batida. Se derramaban motas negras de todos los edificios. Las llamas salían disparadas de la fragua naranja. En la radio se acumulaban voces teñidas de estática entre los enloquecidos gritos de los dragones, exigiendo que se identificaran, solicitando ayuda, advirtiéndoles de que se retiraran, ordenando que los persiguieran en el aire.

Las turbulencias desviaron el disparo del cañón hacia arriba, cobrándose un costado del taller de montaje. Pero no antes de que el fuego suficiente encontrara su objetivo y redujera a cascotes lo que quedaba de la fachada. A Jane le pareció ver figuras diminutas, más pequeñas que hormigas, atisbadas un instante antes de desaparecer, adentrándose en el humo. Aprovechando la oportunidad para escapar. Adelante, pensó. Hicieron otro barrido sobre las áreas de clasificación, asegurándose de que la primera pasada hubiera cumplido su cometido. Allí abajo se había desatado un infierno. En medio del humo vislumbró a dos dragones enzarzados en una lucha a ciegas, furiosos aun

en sus momentos de agonía. Otros se retorcían todavía en las llamas químicas. Ninguno de ellos suponía ningún peligro.

Jane empezó a virar el dragón para realizar una tercera pasada. La mayoría del muro había caído.

—¡Ya vienen! —exclamó Melanchthon. El radar mostraba tres señales intermitentes elevándose sobre el horizonte.

—Una vez más.

Terminado el último asalto, Jane mantuvo el armamento apagado. Intentó encontrar el Edificio 5, donde había estado su dormitorio. Se imaginó que lo vislumbraba, pero para cuando consiguió distinguirlo ya lo había dejado atrás. Era como algo visto entre relámpagos. Corred, ordenó en silencio a los niños. No miréis atrás. Si Vilano y Dimity seguían con vida, lo conseguirían, estaba segura de ello. Eran unas oportunistas. Pero algunos de los otros...

—He cumplido mi parte del trato —dijo Melanchthon—. A ver cómo te portas tú. Mantén el rumbo y vira a la derecha cuando yo te diga. A la velocidad que llevan su radio de giro es monstruoso. Podemos aprovecharlo para disminuir su ventaja.

—Entendido.

Sus perseguidores eran visibles tras ella como miniaturas asombrosamente diminutas, no mayores que granos de arena. Jane podía oír sus voces en la radio, los fríos y arrogantes jóvenes tecnócratas y sus máquinas rabiosas.

—Tenemos contacto visual. Halcón, mantén el rumbo. ¿Identificación positiva, alguien?

—Roger. Ajustando un punto. Es nuestro prófugo, sin duda.

—¡Arrancadles las putas entrañas!

—Escupefuego, estás demasiado lejos.

—¡Dejad que le meta una buena por el recto a ese bastardo!

—Halcón, Escupefuego, preparad los misiles aire-aire.

Jane sintió cómo se le congelaba la cara. ¡Conocía esa voz! ¡Era Cohete! Por un vertiginoso instante le pareció imposible... lo había dejado durmiendo, a kilómetros de cualquier base interceptora. Sin embargo, tenía acceso a Casa Incolore, cuyas muchas puertas, Lesya había dicho, se abrían a todas partes. ¿Cuánto tardaría en llegar a su base si lo llamaban? Absolutamente nada.

—¡Ahora! —gritó Melanchthon. Jane dio una vuelta brusca y apretada. Los interceptores pasaron de largo, accionando los frenos de aire, empequeñeciéndose con la distancia. Ahora Melanchthon se dirigía al norte.

Jane abrió el regulador—. A toda potencia —ordenó el dragón mientras reconfiguraba los sistemas para alcanzar su velocidad máxima—. Basta de tonterías. Vamos directos a la Puerta del Infierno.

—¿Dónde está? —Los sistemas de navegación no eran de ninguna ayuda—. ¡No está indicada! No la encuentro por ninguna parte.

—¿Que dónde está? ¡Idiota! La Puerta del Infierno no es un lugar... es una condición.

A su orden, Jane levantó el morro de Melanchthon todo lo posible. Antes de que pudiera pararse, cerró los dispositivos de poscombustión. La fuerza de la gravedad la aplastó contra el asiento. Le estrujó la cara y le emborronó la vista... todo estaba dando saltos; sólo se atrevía a mirar adelante. El dragón tomó el mando de sus funciones autónomas y bombeó sangre a su cabeza para impedir que se desmayara.

Las columnas de humo que se erguían sobre ellos se redujeron a la nada.

—En posición. Mira cómo suben.

—Aguanta, Escupefuego.

—Creo que tengo ángulo de tiro.

—Aguanta.

Los caracteres alfanuméricos digitales parpadeaban cuando hablaban los dragones, marcándolos con sus identidades públicas.

—Baja, bonito. —2928—. Queremos darte una pequeña lección de entelequia experimental.

—¡Ja! —6613.

—¿Está tu piloto a la escucha? —8607—. Tengo un mensaje para él: Separa las nalgas, gilipollas, y prepárate para una dosis de ontología en acción.

Asqueada, Jane accionó una función de enmascaramiento sobre ellos, dejando tan sólo la templada conversación de los pilotos.

—Halcón, ¿ves algo en el radar?

—Ah, negativo, Cohete.

—Es la estrategia más demencial que he visto en mi vida. ¿Qué opináis vosotros?

—Me da que es una maniobra de PDS.

—Ésa es también mi conclusión. Escupefuego, acude a tu punto de intercepción. Halcón, lo mismo a la izquierda. Le pisaré la cola y lo llevaré directo a vosotros.

—Roger.

—Doble afirmativo.

Sus perseguidores tenían altura. Pasarles por encima consumió la mitad de la distancia que había interpuesto Jane.

—Chulos cabrones —dijo Melanchthon—. Se creen que nos tienen acorralados. Activa los cañones traseros. En cuanto se aproximen, dispara una ráfaga. Tan sólo para sacudírnoslos de encima.

—O-okay. —Jane estaba siendo sacudida y vapuleada como un dado en el cubilete de un gigante. Le estaba costando un esfuerzo enorme seguir sus instrucciones. Las luces del panel de instrumentación pestañearon cuando Melanchthon disparó las dos cargas de superconductores grandes como barriles situadas justo debajo de las escotillas ventrales de su tórax—. Nunca he entendido para qué sirven esos chismes.

—Mira y aprende.

Melanchthon plasmó trescientos cincuenta grados de exteriores aumentados en las pantallas envolventes. Jane vio campos electromagnéticos proyectándose desde su cuerpo de hierro como inmensas alas invisibles. Una luz azul actínica destellaba donde los campos interactuaban con el aire ionizado por el paso del dragón.

—Allá va, puntual. Es una maniobra de PDS, me juego lo que sea.

—No entiendo por qué querrían golpear la Puerta del Sueño, pero nada más tiene sentido. Aguanta la posición, Escupefuego. Vamos a hacer esto según el manual.

—Tú mandas, Cohete.

Salieron por completo de la atmósfera y Melanchthon cortó los dispositivos de poscombustión. Por un instante, la balística se apoderó de ellos. Tras las aplastantes fuerzas de aceleración, la inesperada liviandad casi consiguió que Jane vaciara el estómago. Se tragó la brusca arcada y realizó una rápida comprobación de todos los sistemas. Todo aparecía en verde.

—¿Puedes entablar contacto electrónico con nuestros perseguidores? Quiero tener unas palabras en privado con su líder.

—Levanté las contramedidas electrónicas en cuanto aparecieron sobre el horizonte —dijo desdeñosamente Melanchthon—. Ten. Tú y tu amorcito podéis intercambiar mimos en virtual.

El rostro de Cohete apareció en los visores envolventes.

—¡Jayne! —exclamó asombrado—. ¿Qué haces tú aquí?

Jane no pudo responder.

—Te han secuestrado —dijo tajantemente Cohete.

—¡Corta el rollo! —repuso Jane, dolida—. Sé lo que me hago. —Podía oír de ruido de fondo el murmullo indistinto de los dragones sólo ocultado a medias; su ira estaba investida de una convicción más poderosa de lo que podían expresar las palabras. Jane no podía ignorarla. Era como si sus huesos y vísceras, sus órganos y entrañas hubieran cobrado voz—. No tengo futuro. Llevo toda mi vida atrapada en una partida amañada. Los dados están cargados y se me declaró perdedora antes incluso de empezar a jugar. ¡No hablo por hablar! ¿Qué elección he tenido nunca? Sólo ésta, aquí y ahora. Puedo encajar dócilmente la derrota o puedo lanzar el tablero por los aires y aplastar todas las fichas. Pues bien, llevan jodiéndome desde el primer día... ¡No tengo la menor intención de ser buena perdedora!

Con voz tensa, Cohete dijo:

—No puedes regresar por la Puerta del Sueño. Me da igual lo que te haya contado tu dragón, es mentira. Los dragones mienten. No sabes lo que te espera al otro lado. Si cruzas, te... —Su imagen se apagó de pronto. Pero Jane conocía los circuitos de Melanchthon demasiado al dedillo como para permitir que se saliera con la suya. Anuló sus órdenes. Cohete reapareció—... para siempre. El cuerpo mundano que dejaste atrás todavía sigue con vida. Los iguales se atraen. Te verás arrastrada directamente a él.

—Que sí, vale.

—No te reintegrarás. —El dragón de Cohete le dijo algo por los auriculares, y él sacudió la cabeza con impaciencia—. Quedarás atrapada en tu antiguo cuerpo. Sin habla, sin respuestas, sin comunicación de ningún tipo con el exterior. Puede que sin control sobre tus propias tripas.

—Deja de comportarte como un idiota, gilipollas. —No quería ser tan brusca, pero los murmullos de los dragones la distraían. Sus tres chorros de rabia se combinaron de repente con la creciente aprensión de su dragón para pulsar un rápido acorde de nerviosismo en su sangre—. Sólo quería decir... adiós. Sólo quería decir que no te guardo rencor. No es mucho. ¡Pero tú no paras de hablar!

—Tengo que conseguir que escuches. No sabes...

Jane lo interrumpió.

—Lo sé todo. Sé lo peor. No hay nada malo que puedas contarme... me ha besado el Baldwynn.

Melanchthon rugió de miedo y alivio. Eso era lo que había estado intentando ocultarle: que si lo conseguían, Jane tenía una probabilidad del cincuenta por ciento de verse arrastrada a su antiguo cuerpo. Si la destrucción era menos que universal, pasaría el resto de su vida prisionera de su propia

carne extraña. Pero a Jane no le importaba. Hacía tiempo que lo había deducido. Su voluntad era tan firme e inquebrantable como la del dragón.

—¡Estoy intentando ayudarte, idiota! —Cohete se había enfurecido por fin—. Cometes un terrible error.

—¿Ayudarme? ¿Qué tenías en mente? Si doy la vuelta ahora, ¿me iré de rositas? ¿Sin resentimientos? ¿Puedo retomar mi carrera donde la dejé? A lo mejor estabas planeando casarte conmigo y llevarme a una limpia ciudad de mármol blanco en las verdes praderas azotadas por el viento de Mag Mell. ¿Es eso?

Cohete se mordió el labio. Sus ojos eran dos ascuas.

—Puerta a la vista —informó el dragón.

La Puerta del Infierno se abrió como una flor en el límite de la visión, una negrura indefinida sobre la bóveda cuajada de estrellas del espacio. Más allá había dos motas brillantes, camaradas de Cohete tomando posiciones donde esperaban que se abriera una puerta completamente distinta.

Cohete levantó la voz, incrédulo.

—Maldita sea, ¿qué crees que estás haciendo? Las cosas son inestables ahí fuera... un paso en falso podría poner en peligro tanto al mundo superior como al inferior. No puedes cruzar la Puerta del Infierno.

Tenía un aspecto tan pálido y atormentado que Jane sintió deseos de abrazarlo. Te amo, pensó. Te quiero. Pero algo fuerte y perverso en su interior no ansiaba consolarlo sino zaherirlo y provocarlo. No comprendía en absoluto ese impulso, pero se veía impotente ante él. Melanchthon soltó una risita de desprecio.

—Mira y verás.

—Soy un defensor —dijo Cohete con voz estrangulada. Tenía el rostro fuertemente ruborizado; su mal genio contenido apenas—. No juegues con mis emociones, señora. No pienso arrastrar mi honor por los suelos por ti... ¡No lo haré!

—Nadie te está pidiendo que lo hagas.

Arrancada a la nada, la Puerta del Infierno era un oscilante boquete lenticular en el vacío. Los dos pilotos de cabeza, anticipando las peores condiciones, no podían virar con la brusquedad necesaria para seguirla. Se alejaron, con sus dragones aullando de sed de combate frustrada. Pero la montura de Cohete siguió pegada a su cola, pisándole los talones. Desesperada con la necesidad de luchar y destruir.

—¡Éste es el último aviso!

—No te molestes... malgastas tu aliento. Ya estoy de vuelta de todo eso.

—¡Jayne!

La Puerta del Infierno le estalló en la cara.

Sobrevolaban a gran altura un turbulento océano blanco. Su superficie burbujeaba y espumeaba, proyectando por los aires aristas de ochocientos metros de altura, brillantes como bombillas eléctricas. Una de ellas surgió disparada bajo ellos y apenas lograron esquivarla. Cuando parecía estar a punto de desplomarse, la arista fue recogida rápidamente y reabsorbida por el océano.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Jane.

—Incertidumbre cuántica... caos... materia informe... de lo que está hecha la creación —dijo distraídamente Melanchthon—. No existe un nombre adecuado para lo que es. ¿A quién cojones le importa? Tú asegúrate de que no llegue a tocarnos.

Al frente, una forma de concha marina blanca que Jane podría haber cubierto con el pulgar estirado se mecía lentamente en un cielo monótono. ¡El Castillo Espiral!

Cohete les disparó un misil aire-aire.

Voló con feroz resolución. Los sistemas de seguimiento del dragón tradujeron la canción de caza del misil en un estridente chirrido electrónico. Cuando alcanzó su apogeo, Jane volcó el dragón a la izquierda. El misil pasó rozándole un ala. Una arista del océano primordial surgió bajo ellos y Jane los enderezó de golpe.

—¡Me cago en Cernunos! ¿Por qué no podemos dejar atrás esta mierda?

—Condiciones locales... ésta es la altitud máxima que vamos a conseguir. Olvídalo. Tu amorcito está demasiado cerca. Asústalo.

Jane se acordó entonces de las ametralladoras traseras y disparó una ráfaga. El dragón de Cohete se deslizó de lado y recuperó su posición, sin perder casi velocidad. Jane rodeó una columna elevada y lo atisbó hundiéndose en un arco descendente de materia primaria para acortar un ápice de distancia. Era un piloto de primera, eso no se podía negar.

Dos explosiones negras florecieron en el aire detrás de Cohete. Sus compañeros de armas aparecieron tras su estela.

—Eh, colega, ¿nos echabas de menos?

—Espero que nos hayas dejado algo.

Se situaron en formación. Los tres eran intermitentemente visibles e invisibles entre los sinuosos, crecientes y descendentes tentáculos de luz. Cohete levantó la voz de pronto, clara y sorprendentemente alta, en la radio, cantando:

¡Lloro por mi amada... ha muerto su belleza!
¡Oh, lloro por mi amada!, ¡aunque las lágrimas
no derriten la escarcha que ciñe su hermosa cabeza!

Una llamarada solar cayó como un *mazazo* ante ella, y Jane consiguió evadirlo a duras penas.

—¡Está loco! —exclamó—. ¿Qué diablos cree que está haciendo?

—Entonar tu canto fúnebre. —Una peculiar inflexión, casi de pesar, tiñó la voz de Melanchthon—. Es una tradición del Cuerpo. No le hagas caso. —El retumbo de bajo profundo de 8607 aumentó por debajo del de Cohete y a él se unieron las voces de Halcón y su 2928, y de Escupefuego y su 6613, fundiéndose todas en una:

¿Dónde estabas, Madre poderosa,
cuando yacía su beldad, cuando yacía tu hija,
traspasada por la flecha que vuela en la oscuridad?

La canción poseía una belleza extraña, sobrenatural. Jane experimentó un trémulo atisbo de cómo sería tener a Melanchthon sojuzgado, sometido a su voluntad, con su fuerza e inteligencia ilesas pero obediente.

—¡Maricas! —rugió Melanchthon—. Si tuvierais una pizca de amor propio os desharíais de esos parásitos y os uniríais a mí. ¡Chupapollas! ¡Esclavos! —Pero el canto continuó, ininterrumpido. Un bosque de caóticos surtidores de agua los separaba de sus perseguidores, aunque la distancia estaba reduciéndose despacio pero sin pausa.

—¡Todavía no estoy muerta! —les gritó Jane.

Sin hacerle caso, sus perseguidores cantaron la endecha hasta el final. La canción no los distrajo de su actividad, sino que más bien les sirvió para enfocar su concentración. Al terminar, estaban más cerca que cuando empezaron.

—Hazte a un lado, Cohete —dijo Halcón arrastrando las palabras—, y les soltaré un misil aire-aire.

—No.

—Hey, confía en mí por esta vez. Los tengo casi en el punto de mira.

—¡No!

—Nos acercamos al punto de no retorno —dijo Escupefuego—. Tenemos combustible suficiente para otros dos o tres minutos si queremos regresar intactos a la base. ¡Déjanos el objetivo!

—No, es mía. —El dragón de Cohete flotaba tentadoramente al filo del punto ciego de Jane, apareciendo y desapareciendo de su visión periférica. Irónicamente, su proximidad la escudaba de los misiles de sus camaradas.

—¡Cohete, quita el culo de en medio!

—Convergencia y divergencia a tres bandas, jefe. Es lo que pone en el libro.

—Os he dicho que es mía.

Estaba acercándose lentamente a la tenaza del rebufo, de la que ninguna táctica evasiva posible conseguiría arrancarlo. Aunque el dragón de Cohete no fuera más joven, más fuerte, más rápido —y Jane no tenía motivos para dudar que lo fuese— ella no era piloto. No tenía ni una fracción de las habilidades de combate de Cohete.

El Castillo Espiral se aproximaba, pero despacio, demasiado despacio.

—Ha llegado la hora de la verdad —musitó Melanchthon. Jane vio en los sistemas de navegación cuatro luminosas cabezas de alfiler que se arrastraban hacia una línea naranja curvada; los extremos del alcance de los dragones. Ninguno podría cruzarla y esperar volver a casa con vida.

Halcón y Escupefuego ya estaban frenando a sus contrariadas monturas, desviándose antes de alcanzar la línea. Cuando su comandante se negó a seguir su ejemplo, lo llamaron con voces repentinamente cargadas de temor:

—¡Cuidado, Cohete!

—¡Eh, colega! Da la vuelta.

—¡Cohete!

Jane sofocó sus voces apagadas. Vio el rostro de Cohete en virtual, los ojos clavados en su propia imagen virtual. En el exterior de falsos colores, podía distinguir la curva de su estela, visible en las frecuencias de altos ultravioletas y bajos infrarrojos, el trazo de iones supercalentados de un centenar de nombres verdaderos meticulosamente reunidos y dilapidados ahora en un prolongado y temerario estallido de velocidad. El dragón de Cohete había llegado casi a la raya naranja.

—Ahora soy yo la que te lo advierte por última vez... ¡Da media vuelta!

—Ni hablar —respondió torvamente Cohete—. Moriremos juntos.

—¡Como desees! —gritó Jane.

En los monitores, Cohete parecía un dios joven. Las luces de combate centellaban furiosamente sobre su cara. Restallaban y crepitaban en la cabina. Sus huidizos compañeros de armas debían de haberle dicho algo, puesto que torció el gesto de repente.

—¡Es mía! —aulló—. ¡No la jode nadie más que yo!

—¡Ven a buscarme, encanto! —se burló Jane—. ¡Todo lo que pilles es tuyo!

El dragón de Cohete cruzó la línea.

—Mierda —masculló Melanchthon, con una voz tan lúgubre que penetró en el entusiasmo de Jane.

—¿Mierda? ¿Qué quieres decir con «mierda»?

—Averígualo tú solita.

8607 estaba ahora en el punto ciego de Jane, a un lado de su chorro de escape, fuera del alcance de sus ametralladoras. Pero no de sus misiles. Volcó el dragón a la derecha, izquierda, izquierda de nuevo. Cohete siguió pegado a ella ágilmente, sin esfuerzo. No iba a dar media vuelta. Y el Castillo Espiral todavía estaba lejos, muy lejos.

—¡No podemos dejarlo atrás! —gritó Jane, desesperada—. No vamos a conseguirlo.

—Entonces dame el nombre verdadero de ese mestizo.

—¿Qué?

—Su nombre verdadero —gruñó Melanchthon—. Tengo el programa y sé cómo usarlo. Dame su nombre y le ordenaré que destruya a su montura con él dentro.

—¡No!

—Sé que lo tienes. Arde en tu cerebro como una estrella polar. —El dragón hundió en ella sus negros tentáculos. Jane podría haberlo aislado sin ningún problema apagando y encendiendo rápidamente sus sistemas eléctricos. Pero a esa velocidad, no podían permitirse la menor distracción. Se matarían los dos.

—¡Cohete! —exclamó—. ¡Da la vuelta! ¡Huye!

El contacto del dragón era deliberadamente obsceno a su tosca y caricaturesca manera, como una mano empapada en melaza negra y arrastrada por la pechera de una blusa de algodón blanco. Veloz como una rata mojada en

el muro de un jardín, escarbaba en su alijo de recuerdos.

Era totalmente irracional, Jane lo sabía. No había ningún lugar seguro al que pudiera ir.

—¡Tienes que escucharme! —Le oyó reír por lo bajo, un ruidito desagradable compuesto a partes iguales de deseo y lágrimas—. ¡Cohete!

El chillido de un segundo aire-aire resonó en los sistemas de seguimiento al detectar su activación. Un pitido agudo mientras buscaba contacto en el radar. Un grito de júbilo cuando lo encontró.

—¡Su nombre! —El dragón se acercaba a su presa. Jane se resistió interponiendo en su camino aleatorias instantáneas de recuerdos: Ratartel de pie, con la polla en la mano, sonriéndole con socarronería. Gwen probándose un collar nuevo. Cosiaca sentado en las sombras tras una caja de virutas de hierro, llorando, mientras Gallo observaba con fastidio. Arrastrada escaleras arriba por la retorcida columna dorsal de Casa Incol... Melanchthon se abalanzó ávidamente sobre lo que vio allí.

—¡Kunosoura! —exclamó, justo cuando se lanzaba el misil.

Por espacio de un parpadeo Jane vio una ola esférica alejarse de ellos a Mach Uno. El nombre verdadero de la hermanastra de Cohete debía de poseer alguna influencia tangencial, pues a su contacto el misil se desvió descontroladamente, cayendo dando vueltas hacia el refulgente océano. Una cúpula elevada de blanco ampollado lo tocó y sin transición el misil simplemente dejó de existir, refundido en su propio potencial. El nombre verdadero de Lesya se desplomó asimismo sobre sus sílabas y cesó su existencia.

Un tercer misil estaba situándose en posición. Jane podía oír su voz en los auriculares, y también la de Cohete, que estaba dándose susurradas palabras de ánimo en una demencial suerte de amalgama de rabia, pasión y desesperación.

—Vamos, nena. Un poquito más cerca. Eso es. Eso es, ya te tengo. Ya eres mía, dulce pécora. —Mantuvo a 8607 firmemente detrás de ella, fuera del alcance de sus ametralladoras. Comenzaron los pitidos—. Ohhh sí, ya eres mía.

—¿Es que tu palabra no significa nada? —inquirió Melanchthon—. Te has estado engañando todo este tiempo, imaginándote que podrías engatusar a tu lemán mestizo para que impidiera tus actos, para que te rescatara de las consecuencias, para que desviara el puñal, te cogiera en brazos y te llevara a un cálido lecho de sábanas de satén rosa donde estaríais tan a salvo y confortables como dos gusanos en una bellota por siempre jamás. ¡Chorradas! Da igual lo que sienta o lo que quiera. Ahora no puede hacer nada salvo matarte. El universo te ha acorralado en otra esquina... puedes matar o morir. No hay más

opciones. ¿No te da rabia? ¿No te inspira venganza? ¿O es que vas a someterte servilmente a la Dama Destino una vez más, para ser aplastada y seguramente resucitada para recorrer el mismo laberinto de tormentos una y otra vez? ¡Plántate por una vez en tu vida!

—Yo...

Un chillido extasiado escapó del tercer misil.

—¡Su nombre!

Era inevitable. No podía hacer nada más.

—Acu —murmuró Jane.

Melanchthon profirió un rugido triunfal cuando el misil, detenido en el momento del lanzamiento, explotó directamente delante de 8607. El dragón de cohete cayó en picado hecho pedazos.

Jane no podía mirar. Estaba llorando de rabia.

Mata a la Zorra, pensó con desespero. Las aristas se alzaban ferozmente a su alrededor, cientos de ellas, retorciéndose como tornados. Si tengo que morir, que sean éstas mis últimas palabras, mi último pensamiento. Mata a la puta Zorra. Su corazón latía desbocado. Mata a la Zorra mata a la Zorra mata a la Zorra mata a la Zorra. Las palabras se concatenaron en su mente, convirtiéndose en un alarido, un mantra, una especie de histérica plegaria, una última concesión a regañadientes ante el poder de la Diosa.

El Castillo Espiral crecía cada vez más, ocupando su vista con sus paredes lechosas. Jane se sentía como un mosquito asaltando un continente. Melanchthon se reía... ¡se reía!... mientras volaban, disparando todas sus armas, encarnación pura de la locura y la destrucción. El cuerpo de hierro del dragón se estremeció espasmódicamente al salir disparados de dos en dos los misiles. Soy la piedra que lanza la honda, pensó Jane. Soy la flecha en pleno vuelo. La temperatura de la cabina estaba subiendo, el sudor corría en regueros por la cara de Jane y le bañaba las axilas y los costados, donde ya sentía el cuerpo untuoso e irritado. Le importaba un carajo. Había nacido para esto, había sido creada para esto, para esto había conspirado durante años exiliada de los cielos.

Ésta era la muerte de todo.

Pero mientras el Castillo Espiral continuaba creciendo, inundando el universo, y el océano se tornaba extrañamente sereno bajo ellos, algo empezó a ocurrirle al dragón.

Comenzó en forma de fallo en la respuesta de las puntas de las alas y se

propagó rápidamente. Las columnas de lecturas en caracteres alfanuméricos cayeron en picado hacia el cero. Sus extremidades se abotargaron. Perdió toda la sensibilidad en la piel. Se colapsaron cantidades ingentes de masa de datos. Hilachos de niebla blanca oscurecían el océano cuántico a sus pies. Estaban atravesando una lechosidad tibia, oxidante. El exterior del dragón se cubrió de parches de corrosión. Aparecieron agujeros en su piel.

La atmósfera estaba devorando a Melanchthon de fuera adentro.

—¿Qué ocurre? —exclamó Jane—. ¿Qué pasa?

Los controles no respondían.

—¡Tormento y sodomía! —aulló el dragón—. Maldición, muerte y roja agonía, digo... que se jodan los elfos, que se jodan los Teg, que se jodan los enanos, los trasgos, los kobolds, los Hombres Diestros y los siniestros. Que se jodan todos en todo rango y graduación. Fijo en ellos el ojo de la muerte. Abato sobre ellos el mundo de la ira. Los maldigo con el grito de la culpa. Malditos sean ellos y todos sus lores y poderes y amos y patriarcas.

—¿Qué puedo hacer? ¡Dime qué hacer!

Se desprendieron grandes pedazos de la sustancia del dragón. El espantoso chirrido del metal desgarrado ensordeció a Jane. Uno de los motores explotó y cayó al vacío. Se vio zarandeada de un lado a otro. La mayor parte del dragón se había desgajado y lo que quedaba estaba derritiéndose, y aun así bramaba, bramaba contra la Diosa, contra la vida, contra el mismo hecho de la existencia.

—¡Dime!

La voz de Melanchthon se alzó en un aullido inarticulado mientras se desleía en la nulidad.

—Lo siento —musitó Jane—. Siento que tuviera que acabar así.

Al dragón no le quedaban palabras. Sus sistemas lingüísticos habían quedado destruidos. Pero la empatía que había entre Jane y él era lo suficientemente grande como para que ella todavía pudiera descodificar la emoción que modulaba su último estertor: era satisfacción porque ella iba a morir también y pesar porque sería rápido.

El grito fue lo último en desaparecer, atenuándose bruscamente para luego reducirse a un sollozo y de ahí al silencio.

Melanchthon ya no existía.

Por un fugaz instante, Jane siguió adelante sin él. La inercia la impulsaba hacia delante sin disminuir la velocidad a través de la tibia blancura. Su destino se volvía infinitamente más grande sin aproximarse en absoluto; podría volar

eternamente y no alcanzarlo jamás. Jane tuvo el tiempo justo para comprender que en realidad nunca habían tenido la menor oportunidad, que por su misma naturaleza el Castillo Espiral era inexpugnable al asalto de cualquier mujer o dragón.

Entonces murió.

23

Sylvia, vestida con una sucia bata blanca de laboratorio, estaba inclinada sobre un microscopio electrónico.

—¿Mamá? —dijo Jane, dubitativa.

—Chis. —Sin levantar la cabeza, Sylvia se encajó un cigarro en la comisura de los labios—. Enciéndeme esto, ¿quieres, tesoro?

Jane obedeció.

—Pequeños cabrones. —Su madre inspiró hondo, expulsó el humo por la nariz—. De verdad que lo intentan, pero es tan difícil hacer que estos cretinos comprendan lo que quiero que hagan.

El laboratorio presentaba un aspecto alarmantemente corriente: paredes de ladrillos de ceniza pintadas de un beige indistinguible, mesas de trabajo con superficies de ébano, ninguna ventana. Era inexplicable. Lo último que recordaba Jane era a Melanchthon desintegrándose en las brumas blancas sobre el océano cuántico. Y ahora esto. Le daba vueltas la cabeza. Tenía la misma sensación de extrañeza y desconexión que la asaltaba siempre aproximadamente una hora después de ingerir ácido, justo antes del subidón.

—¿Dónde estoy? —exhaló.

—Estás en el Castillo Espiral —dijo una voz masculina.

Giró sobre los talones.

El recién llegado lucía un traje de raya diplomática con solapas anticuadamente finas. Se tocaba con un pulcro bombín negro cuya ala se rizaba en dos cuernos cortos. Si bien tenía el rostro apergaminado y marchito, en el fondo de sus ojos anidaba un deleite vivaz. Su boca se frunció en una sonrisa.

—Señorita Jane —dijo el Baldwynn—. Encantado de volver a verte.

Jane se lo quedó mirando, boquiabierta.

—Con permiso. —La tomó del brazo—. Será un honor hacer de cicerone.

—¿De qué?

—De guía. —Tras despedirse de Sylvia tocándose el sombrero, empezó a conducir a Jane hacia la puerta—. El Castillo Espiral es inmenso, al fin y al cabo, y hay partes de él con las que no querrías toparte por equivocación. —Su zancada era larga y vigorosa. Jane apretó el paso para no rezagarse.

—De joven conducía un Trans Am. —La voz del Baldwynn era cálida y confidencial, aunque no especialmente fuerte. Jane tenía que caminar con la cabeza agachada para escucharlo. Resonaba en sus oídos el silencio huero tras el golpazo de una puerta con mosquitera al cerrarse, aunque no recordaba haber oído ningún portazo—. Era un deportivo de los buenos, y había volcado un montón de trabajo en él. Por aquel entonces yo tenía un trabajo temporal en los astilleros, y cada vez que nos quedábamos unas semanas en la calle convencía a un colega para pagar a medias la gasolina y nos bajábamos hasta Fort Lauderdale por la US-1, turnándonos al volante, con un termo de café solo y un puñado de anfetaminas para no tener que parar en ningún motel. Poníamos el volumen de la radio a tope y escuchábamos a, no sé, Queen, T. Rex, a lo mejor a un Springsteen primerizo. Lo que pusieran los pinchadiscos locales. A toda pastilla con esa lluvia de electrones cayendo sobre nosotros desde la ionosfera, como si los mecanismos de la noche hubieran cobrado voz. Cuando llevas conduciendo el tiempo suficiente, la autopista se sitúa tras los ojos y se experimenta una especie de liviana sensación zen. Uno se queda muy quieto. Sólo las manos se mueven, y el volante. El mundo fluye a tus pies.

Jane frunció el ceño, esforzándose por seguir el hilo de la narración entre la maraña de terminología desconocida. Una rama crujió en el suelo. Levantó la cabeza y vio que estaban siguiendo un camino que cruzaba un bosque oscuro. Las ramas de los árboles estaban despojadas de hojas y no terminaban en cepas sino en partes del cuerpo humano. Un árbol próximo era todo manos, inmóviles al aire sin aliento. Un fluido claro se acumulaba bajo las uñas, formaba gotas en las puntas de los dedos y caía a la marga con un luctuoso chasquido final.

—Una vez, mientras atravesábamos las Carolinas en algún momento entre las dos y las tres de la mañana, Jerry-D y yo adelantamos a un Lotus blanco con dos rubias dentro. Tocamos la bocina y las saludamos con la mano. Ellas nos enseñaron el dedo y pegaron el pedal al suelo. Yo hice lo mismo, claro, pero ni siquiera con el carburador dual era rival. Nosotros teníamos un deportivo pero lo de ellas era una máquina sexual. Nos hicieron comer polvo.

El suelo se elevaba a ambos lados del sendero. Jane miró a los distantes árboles inclinados y no vio el horizonte. Levantó aún más la vista, y más, hasta ver por fin el bosque rizándose a lo lejos sobre su cabeza y, cayendo de nuevo al otro lado. Estaban caminando por un tubo o un túnel inmenso. Zigzagueaba vertiginosamente, una arteria radiando del negro corazón de algún cuerpo inimaginablemente enorme. Los quiméricos árboles semihumanos se cerraban sobre ellos.

—Quince o veinte kilómetros más adelante vimos el Lotus en el aparcamiento de un Roy Rogers. Entramos a buscar unas hamburguesas para llevar. Allí estaban. Entablamos conversación. Al salir, Jerry-D se fue con la conductora del Lotus. Su amiga se vino conmigo.

—Eso no fue en nuestro mundo, ¿verdad? —Jane consiguió formular la pregunta con dificultad. Cuando el Baldwynn hablaba, sus palabras la arrastraban compulsivamente; lo seguía sin esfuerzo. Por lo demás, le costaba concentrarse—. No era el mundo superior, quiero decir. Debía de ser el mundo inferior.

—Oh, no creerás que hay ninguna diferencia sustancial entre ambos, ¿verdad? El caso es que ahí estaba yo, con una rubia restregándome sus ceñidos pantalones de color rosa. Yo tenía el pedal pegado al suelo, su lengua en mi oreja, y su mano dentro de la bragueta. Le levanté el top de tirantes y le estrujé los pechos. El aire temblaba con la inmanencia de la revelación. Little Richard cantaba "Tutti-Frutti" en la radio y no sé por qué me parecía importante que lo que estaba escuchando hubiera sido codificado electromagnéticamente, transmitido en forma de radiación modulada, reconstruido por la radio en forma de sonido, y reinterpretado únicamente como música en los oscuros confines del interior de mi cabeza. Tuve entonces la impresión de que el mundo era una ilusión, y además bastante chapucera, una imagen proyectada sobre la más fina de las membranas, y que si aplicaba presión en el sitio adecuado, podría salir por completo del mundo.

»Le desabroché los pantalones cortos. Se contoneó un poco para ayudar. Le metí la mano en las bragas. Estaba pensando que todo era información cuando me encontré agarrando un pene erecto.

»Giré la cabeza de golpe. La rubia se sonreía como una loca delante de mis narices. Mi mano se tensó involuntariamente sobre su polla. Su mano me apretó la mía. Podrían haber sido la misma mano. Podríamos haber sido la misma persona entrelazada. El coche estaba rozando los ciento sesenta por hora. Ni siquiera miraba adónde íbamos. Me daba igual.

»Fue en aquel preciso instante cuando alcancé el conocimiento.

Algo rodó en el suelo. Jane trastabilló y, al girarse, vio que le había agarrado el zapato una mano que surgía de las raíces de un árbol cercano.

Jadeó y liberó el pie de un tirón.

El zapato se quedó suelto. La mano lo empujó al interior de una boca que se abrió en el tronco y empezó a roerlo. Jane no hizo el menor intento de recuperar el zapato, sino que caminó a la pata coja tras el impertérrito Baldwynn.

—Hice todo lo posible por impedir que vinieras aquí —comentó él—. El

Castillo Espiral puede resultar especialmente peligroso si se llega antes de tiempo.

—¡No lo entiendo! —exclamó Jane—. ¿Qué significa tu historia? Dime lo que significa.

—Pero es que sólo la Diosa puede explicar tales cosas —respondió el Baldwynn, en un afable tono de asombro—. ¿Quién soy yo para hablar por la Diosa? No soy más que su consorte... y disto de ser el único, te lo aseguro. Podrás hacerle todas las preguntas que quieras cuando la veas.

—Pensaba que la Diosa no existía. Pensaba que era una metáfora.

—Es indudable que la Diosa existe. Te estoy llevando a su encuentro.

Un racimo de fríos dedos de bebé rozaron la mejilla de Jane. Se apartó y se estremeció. Pero el camino se estrechaba y los árboles y arbustos estaban cerrándose. La hostigaban y acosaban formas oscuras, brazos y hombros que chocaban con ella. Percibió una vaharada de humo de diesel y la multitud, Baldwynn incluido, se derramó por una escalera. Impotente, Jane se dejó arrastrar.

Las personas a su alrededor guardaban silencio, sin decir nada. Con la cabeza agachada descendieron rápidamente varios tramos de escalones. El único sonido era el susurro de tacones que repiqueteaban y el arrastrar de suelas. Las pintadas de las sucias paredes de piedra tenían formas extrañas y Jane no podía leerlas. Por todas partes se apretujaban contra ella sobretodos y bandoleras.

La escalera describió una curva y los condujo entre hileras de torniquetes cromados que cardaban el gentío como lana. De las gargantas de los lúgubres pasadizos al fondo escapaba un rugido de grandes máquinas o de ríos vertiéndose en abismos sin fondo. Al final del rellano, la escalera la depositó en una explanada tenuemente iluminada. La muchedumbre se expandió para ocupar el espacio pero no aminoró el paso. Todo el mundo estaba callado, apresurado, absorto.

—Ya no falta mucho —dijo el Baldwynn. Jane asintió con la cabeza.

Al frente, vio un brillante charco de luz alrededor del cual el tropel de gente fluía y fluctuaba sin detenerse. Al acercarse vio que era una niña, una muchacha con rosas rojas en el pelo. La piel de la chica era más pálida que el mármol, descolorida y exangüe. Sus rasgos eran exquisitos, delicados sin la menor sombra de debilidad. Miró a Jane con ojos tan blancos como su piel, su vestido, su pelo.

—¡Tú! —exclamó.

—¿Yo? —Jane se detuvo, desconcertada. Nadie más prestaba la menor

atención a aquella extraordinaria criatura. La muchedumbre pasaba corriendo por su lado.

—¡Qué estúpida eres! —dijo la niña—. ¿Cómo se puede ser tan estúpida?

—Yo...

—No has entendido nada, ¿verdad? —Agarró la cazadora de aviador de Jane y empezó a registrarle los bolsillos—. Pero qué idiota eres, un caso perdido. Por tu culpa Gallo resultó herido... ¿Por qué te entretuviste tanto en el despacho de Blugg? Jodiste a Gwen y a Peter cuando tendrías que haberles proporcionado consuelo. ¡Ni siquiera te acostaste con Puck! Tú. No tengo tiempo para enumerar todos tus fracasos y traiciones. ¿Dónde están las cosas que te presté?

—¿Qué cosas? —Jane intentó retroceder, pero la niña se abalanzó sobre ella, una furia en miniatura, imparable. Desgarró la blusa de Jane, metió una mano en su pechera y sacó una pequeña bolsita fetiche de cuero que Jane no sabía que estuviera allí. Vació el contenido de la bolsa en su mano. Era un objeto momificado de aproximadamente el doble de la longitud y el grosor de una pata de conejo, y un fino destello radiante de luz.

Jane se los quedó mirando. Su corazón latía desbocado. Aunque no los había visto nunca en su vida, esos dos objetos se le antojaron las cosas más preciadas del universo.

—¡Los has malgastado! —La niña sostuvo la astilla de luz entre el pulgar y el índice, y Jane pudo ver lo que era: una aguja. Volvió a guardarla en la bolsa. Cogió el objeto más grande. Estaba cubierto de pelos cortos y tiesos: la cola amputada de un perro. Rechinaron unos dientes furibundos—. ¡Me apuesto lo que sea a que ni siquiera sabes para qué eran!

El rabo de perro corrió la misma suerte que la aguja. Los dedos espantosamente blancos se cerraron sobre la bolsa, formando un puño.

—¡Pusilánime! ¡Necia! ¡Mojigata egoísta y engreída! —A cada palabra, la niña golpeaba a Jane en el pecho. Las rosas rojas como la sangre se estremecían con cada impacto. Al final, con una mueca de desprecio, la pequeña se dio la vuelta. El gentío se cerró a su alrededor, y cuando volvió a abrirse, se había ido.

Jane parpadeó. Se cerró y abotonó la blusa. Se subió la cremallera de la chaqueta. Estaba en una intersección. La plataforma se extendía a lo lejos, indistinta, en todas direcciones.

Presa de un pánico repentino, se dio cuenta de que no veía al Baldwynn por ninguna parte.

Su guía había desaparecido.

En medio de una neblina gris de desesperación, Jane deambuló entre

carteles que anunciaban Bar-B-Q, Ternera, Descuento en Vitaminas, Deli-Sándwiches, Reparación de Calzado, Dólar Expres$, y China Fast Wok. Pensó con rotundidad, así que ya está. Un deambular sin sentido por toda la eternidad. Era una condena singularmente insulsa y que, sin embargo, le parecía apropiada.

Pero al tiempo que pensaba eso, no obstante, quiso la casualidad que se asomara al interior de un restaurante y viera al Baldwynn sentado a la barra, comiéndose una rosquilla de azúcar. Entró.

Al acercarse, el Baldwynn dejó la rosquilla en su plato. Se limpió los labios con su servilleta. Sonrió educadamente.

—Estás aquí.

—Sí —dijo Jane—. Pero, ¿dónde?

—Donde has estado siempre; sólo que la forma en que percibes este lugar ha cambiado. —El Baldwynn se levantó—. Sígueme.

La condujo detrás del mostrador y abrió lo que Jane había tomado por la puerta de un trastero. Entraron.

Estaban en una habitación, supuso. O en algún tipo de espacio, o posiblemente en ningún espacio en absoluto. Era imposible saberlo, pues toda su atención quedaba absorbida y engullida por lo que tenía delante.

Se encontraba ante la Piedra Negra.

Era enorme, tres veces más alta que ella por lo menos. Pero dado que no había nada con lo que comparar su escala, podría haber tenido cualquier tamaño, mayor que mundos, más grande que estrellas. Su superficie era suave e irregular, cristalina casi en algunos puntos, con mellas y espiras como la de un meteorito. En su mayor parte, sin embargo, era negra y sólida y real. A Jane no le cabía la menor duda de que se trataba de la Diosa encarnada.

—Puedes preguntar lo que quieras —dijo el Baldwynn, y se marchó.

Jane contempló la Piedra Negra. Pasó mucho tiempo antes de que dijera nada. Luego se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Por qué?

No hubo respuesta.

—¿Por qué? —insistió—. ¿Por qué es tan odiosa la vida? ¿Por qué existe el dolor? ¿Por qué duele tanto el dolor? ¿No podrías haber ordenado las cosas de otra manera? ¿O es que no tuviste más elección que nosotros? ¿Existe

siquiera la elección? ¿Acaso no somos más que autómatas? ¿Por qué existe el amor? ¿Nos creaste simplemente para que pudiéramos ser castigados? ¿Por qué se nos castiga? ¿Cuál fue nuestro pecado? ¿Cómo puede tratar así una madre a sus hijos? ¿No nos quieres? ¿Nos odias? ¿Somos distintos aspectos de ti? ¿Tanta hambre de sensaciones tienes que encarnas pedacitos de ti en nosotros a fin de experimentar la ignorancia, el miedo y el dolor? ¿Tan mala es la omnisciencia? ¿Qué es la muerte? ¿Qué es de nosotros al morir? ¿Dejamos de existir, sin más? ¿Los mortales sólo tienen una vida? ¿Hubo otras vidas antes de ésta? ¿Hicimos algo imperdonable en ellas? ¿Por eso nos odias? ¿Habrá más vidas? ¿Serán peores? ¿Hasta tú puedes morir? Si tanto nos odias, ¿por qué existe la belleza? ¿Depende de ella nuestra miseria? ¿Seríamos más felices sin belleza? ¿Por qué existe la alegría? ¿Qué es lo que quieres, exactamente?

No hubo respuesta.

Jane se quedó ante la Piedra Negra, inmóvil, durante lo que podrían haber sido horas, días, eras, antes de darse la vuelta por fin. El Baldwynn se materializó a su lado y, tomándola del codo, se la llevó de allí.

El bosque oscuro ya no albergaba terrores para ella. Diecisiete pares de ojos se abrieron de repente en un árbol próximo. Sólo eran ojos. Unas manos correosas intentaban aprehenderla. Sólo eran manos.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó el Baldwynn.

—Sí.

—La Diosa me ha encargado concederte lo que desees.

—Oh.

—¿Qué deseas?

—Quiero ser castigada —respondió Jane. No tenía control sobre las palabras. Escaparon de sus labios sin volición y le sorprendió escuchar lo que había dicho. Pero no quiso retirarlas. Sabía reconocer la verdad cuando la oía.

El Baldwynn estuvo largo rato sin hablar. Al cabo, dijo:

—¿Servirás ahora a la Diosa? ¿Con pleno conocimiento y amor, con dulce obediencia y humilde aceptación de todo lo que es?

—No. —La palabra era como un guijarro en su boca. La escupió—. Ni ahora, ni mañana, ni aunque viva un millón de años. Nunca.

El Baldwynn se detuvo y le arropó las manos con las suyas.

—Mi niña —dijo—. Me temía que no hubiera esperanza para ti.

Se encontraba de nuevo en el laboratorio. Jane sacudió la cabeza y se bajó de un salto del taburete en el que estaba sentada.

Su madre levantó la vista de los mandos del micromanipulador.

—Has vuelto —dijo—. ¿Ha sido una visita agradable?

Jane no consiguió obligarse a hablar. Se acercó al banco de trabajo y empezó a revolver el desordenado montón de papeles que lo cubrían. Eran todas fotocopias del mismo mapa genético circular. En cada una de ellas había garabatos indicando las secuencias que se habían eliminado y reemplazado, analizado y descartado. Pese a los cientos de hojas que había, sólo se había estudiado una fracción de las posibilidades.

—Qué cantidad de trabajo —dijo a lo tonto.

—Todo negativo. —Su madre curvó una comisura de la boca—. A veces le dan ganas a una de agarrar a los pequeños cabrones por las solapas y sacudirlos, de obtusos que son. En serio te lo digo, me gustaría tirarlos a todos a la autoclave y empezar cualquier otro trabajo desde cero. Detrás de una barra, por ejemplo, o vendiendo coches usados.

De pronto se le ocurrió a Jane que su madre no estaba refiriéndose en absoluto a las secuencias genéticas, sino a algo a un tiempo mayor y más personal. Su repentina agitación debió de resultar visible, pues Sylvia le dio un abrazo mecánico.

—Oh, no pongas esa cara... sólo es una fantasía pasajera. Siempre tengo sueños así, y casi siempre desaparecen por sí solos tarde o temprano. —La soltó—. En realidad ellos no tienen la culpa, ¿verdad?

—No.

—Es sólo la forma en que están hechos.

—Sí.

Sylvia aplastó su cigarro. Una especie de nerviosismo equino le indicó a Jane que estaba ansiosa por regresar al microscopio electrónico.

—En fin, chica, ha sido estupendo verte por aquí. Pero en estos momentos tengo trabajo que hacer. Gracias por venir, cielo.

—Ya —dijo Jane—. Vale, claro. Cuídate, ¿eh?

Empezó a darse la vuelta.

—Espera —dijo su madre—. Tienes algo en la ropa. —Alargó el brazo y cogió del cuello de Jane una pequeña criatura negra, muy parecida a un milpiés.

Se retorció furiosamente en la palma de su mano, contoneándose, aguijoneándola con impotencia una y otra vez.

Desplegó fugazmente unas alas negras. Jane dio un respingo. Miró más de cerca y vio que el bicho era el Número 7332, el dragón Melanchthon del linaje de Melchesiach, del linaje de Moloch.

—Me parece que esto ya no te hace falta —dijo su madre. Con gesto práctico, lo aplastó entre el pulgar y el índice.

Atónita, Jane miró directamente a su madre a los ojos y vio en ellos algo vasto y alienígena, riéndose. Comprendió entonces que Sylvia sólo era una máscara para algo imposiblemente enorme, y en aquel instante experimentó un terror mayor de lo que hubiera creído posible. Entonces una mano la agarró por el pescuezo. La levantó en vilo y la soltó de nuevo en otro lugar.

24

Jane fue dada de alta en la institución una fría tarde de febrero. Su madre pidió un día libre en el trabajo y la llevó a casa en un viejo Subaru con la calefacción estropeada. Las dos fumaron durante todo el trayecto. Ninguna dijo gran cosa.

Jane consiguió un empleo de dependienta en el centro comercial. Asistía a clase por las noches, y en el plazo de un año se había sacado el equivalente al título de bachiller. Leyó todos los textos de química que caían en sus manos. Al septiembre siguiente fue aceptada en el centro de educación terciaria de la localidad, donde podía ahorrar dinero cogiendo el transporte público desde la casa de su madre. Para entonces ya había perdido los kilos de más, jugaba al tenis y estaba a medio camino de ponerse en forma.

No era fácil. Había días en que le costaba incluso levantarse de la cama, tan sombrías parecían sus posibilidades de tener alguna vez una vida normal. A menudo sufría pesadillas. En ellas volvía a encontrarse ante la Piedra Negra, exigiendo ser castigada. Inteligencias hostiles infestaban las sombras, riendo disimuladamente, y esta vez el significado del temible silencio de la Dama estaba claro. Al salir el sol, sin embargo, recordaba la expresión en el rostro de la Diosa en aquel instante final de su último encuentro, justo antes de encontrarse viva de nuevo y devuelta al mundo. Y sabía que era de amor.

De modo que, sin duda, no era éste el castigo que había recibido.

En cuestión de dos años había logrado asimilar todo cuanto podía enseñarle el departamento. Tras una larga conferencia a finales de enero, el doctor Sarnoff empezó a hacer llamadas de teléfono en su nombre. Para abril le había conseguido una beca de trabajo en la Carnegie Mellon. Que era adonde quería ir realmente desde el principio. Celebraron una pequeña fiesta en su honor y bebieron champán rosado del estado de Nueva York en matraces de Erlenmayer, y lloró al pensar que tenía que abandonar a todos sus nuevos amigos. Pero lo hizo.

Fue entonces cuando las cosas empezaron a despegar de verdad.

Obtuvo la licenciatura y el máster de la UCM siguiendo un programa acelerado para alumnos prometedores. Su doctorado le costó mucho más

porque su tutora opinaba que, por buena estudiante que fuera, debería estar esforzándose más. «Si aspiramos a la bueno», le gustaba decir a Martha Reilly, «estaremos renunciando a la brillantez. ¡Pero si aspiramos a la brillantez, estaremos renunciando a una química de primera!» Reilly era una tirana, pero gracias a sus intimidaciones Jane realizó un trabajo mejor del que hubiera creído posible. Cada vez con más frecuencia, no obstante, se descubría estrellándose contra algo básico, un lugar donde el lenguaje de la química y la intuición que tenía ella de su funcionamiento sencillamente no encajaban.

Redactó algunas notas para ayudarle a poner en orden sus ideas. Su tutora las vio y le sugirió que basara su tesis en ellas. Así lo hizo.

Reilly la obligó a reescribirla desde cero cinco veces.

El día después de los orales, Diane se pasó para decirle que iba a haber una fiesta en Squirrel Hill. Era la comilona de fin de año en honor de un joven instructor de física que conocía y habría alumnos de Pitt y Chatham también, por lo que no sería la misma gente de siempre. Jane convino que probablemente nunca se presentaría una ocasión mejor para emborracharse y hacer diabluras. Se puso una falda limpia y cogió el bolso.

Diane encontró una plaza de aparcamiento para su Miata que estaba sólo ligeramente más cerca de Schenley Park que de la fiesta. Cuando se apearon, el olor a madreselva hizo que Jane se detuviera un instante. Es primavera, pensó extrañada. No, verano. Qué rápido ha pasado el tiempo. Cerró la puerta del coche y saltó el pestillo. Lo intentó de nuevo.

—El mecanismo anda mal —dijo Diane—. Hay que cerrar desde fuera. ¡Ten, pilla!

Jane intentó atrapar las llaves con la mano derecha y las tiró al suelo. Ahora era zurda; a veces se le olvidaba.

—¿Cómo lo lleva tu madre? —preguntó Diane por el camino.

—Bueno, al principio era en plan: «No sé cómo te planteas siquiera la posibilidad de trabajar para cerdos como du Pont», pero ahora que he decidido rechazar su oferta y seguir la ruta académica es: «¡Jane, no puedes! Todo ese dinero». —Jane se encogió de hombros—. Sylvia es maja. Hemos tenido nuestras diferencias, pero, ¿quién no? Oye, ¿dónde está el sitio?

—Tres manzanas más arriba. —La acera discurría frente a una hilera, de casas victorianas de piedra caliza. Números de cristal tintado sobre las' puertas y esparragueras en las ventanas.

Jane levantó la cabeza y vio a la Dama Luna flotando a lo lejos en el cielo. Una abrupta melancolía sin origen definido se apoderó de ella, y se estremeció.

—Me siento como una niña en este mundo —musitó.

—¡Chis! Eso es un billete de vuelta a la institución. ¿Te he contado ya lo que intentó hacer Roger el jueves pasado? —Charlando sobre banalidades, Diane la arrastró por la calle. Cuando llegaron a su destino, el humor de Jane había cambiado—. ¡Aquí estamos! —exclamó Diane y, retomando un tema anterior—: Es desalentador. ¿Por qué cuesta tanto encontrar un buen hombre?

—¿Eso te parece difícil? Intenta dejar de fumar.

—¡Oh, para ya!

Entre risas, subieron repiqueteando las escaleras. Caían voces sobre ellas.

—Si ésta no es la fiesta correcta, nos apañaremos hasta que venga la buena —dijo Diane, y aporreó la puerta. Un universitario completamente ebrio con el peinado de un matriculado en humanidades la abrió y dijo:

—La bebida está por ahí.

Entraron.

Las habitaciones eran previsiblemente encantadoras, con la acostumbrada distribución ingeniosa del espacio mezclada con una elegante mezcla del mobiliario de duramen original y colgaduras posmodernistas en las paredes. Había estudiantes apelotonados en todas partes. Encontraron a su anfitrión en el ático con un ejemplar de menor con trenzas y pinta de nórdica, saludaron con la mano y cogieron un par de cervezas. Diane le pegó un codazo a Jane y apuntó con su botella a un grabado lujosamente enmarcado que había en la pared. Un Piranesi. Entre dientes, preguntó:

—¿Qué te parece... original?

Jane se estremeció.

—Oh, Dios. —Se agarró al brazo de su amiga con tanta fuerza que Diane protestó entre risas, y señaló a un hombre que había al otro lado de la estancia—. ¿Quién es? Tienes que decírmelo.

Por casualidad, o posiblemente en respuesta al comentario de alguien que tenía cerca, el hombre levantó la cabeza. Sus miradas se encontraron. Jane sabía que Diane debía de pensar que estaba haciendo el ridículo, pero le daba igual, le daba igual, le daba igual.

—¡Su nombre! —dijo—. Tengo que saber su nombre.

Fin